

LA NOVELA MÁS EXTRAORDINARIA
DEL REY DE LA AVENTURA

WILBUR SMITH

EL DIOS DEL DESIERTO



104

DE FENIX EDITOR

LA NOVELA MÁS EXTRAORDINARIA
DEL REY DE LA AVENTURA

WILBUR SMITH

EL DIOS DEL DESIERTO



LOS IMPERDIBLES

El dios del desierto

Wilbur Smith

Traducción de Carme Font
y Josep Escarré Reig



Duomo ediciones

Barcelona, 2015

Portadilla

Índice

Portada

El dios del desierto

Dedicatoria

El dios del desierto

Créditos

*Dedico esta novela a mi querida esposa y amada
compañera, Niso. Nunca llegué a conocer la
felicidad hasta que te conocí. Ahora colmas cada
uno de mis días con amor, risas y felicidad.*

*Contigo a mi lado renuncio a cambiar mi suerte
por la de los reyes.*

Atón hizo parpadear sus diminutos ojos hundidos en sus pronunciadas ojeras, y luego los alzó del tablero de bao que se extendía entre nosotros. Desplazó la mirada hacia las dos jóvenes princesas de la casa real de Tamose, que se entretenían jugando en las aguas cristalinas de la laguna.

—Ya no son niñas —dijo distraídamente, sin rastro de un interés lascivo en el tema.

Estábamos sentados cara a cara debajo de una terraza abierta con techo de hojas de palma junto a una de las lagunas de los remansos del gran río Nilo.

Sabía que su alusión a esas muchachas era un intento de distraer mi atención de su siguiente jugada con las piedras bao. A Atón no le gusta

perder, y por eso no es muy escrupuloso sobre el modo en que obtiene la victoria.

Atón siempre ha figurado en un lugar muy alto en mi lista de amigos más antiguos y queridos. Al igual que yo, él es un eunuco y en su día fue un esclavo. Durante su etapa de esclavitud, y mucho antes de que alcanzara la pubertad, su amo lo eligió por su intelecto excepcional y sus agudas facultades mentales. Quería alimentar y concentrar estos dones; y deseaba evitar que acabaran disipándose por las distracciones de su libido. Atón era un bien sumamente valioso y por eso su amo llamó al médico de más renombre de Egipto para llevar a cabo la castración. Su amo murió hace muchos años, pero Atón se ha erigido por encima de su condición de esclavo. En la actualidad es chambelán del palacio real del faraón en Tebas, pero también es un experto en espionaje que gestiona una red de informadores y agentes clandestinos por todo el mundo civilizado. Sólo existe una organización que supere a la suya,

y es la mía. En este tema, como en casi todas las cosas, mantenemos una competencia amistosa y no hay nada que nos cause mayor placer y satisfacción que marcar un punto sobre el otro.

Disfruto inmensamente de su compañía. Me divierte y a menudo me sorprende con sus buenos consejos y perspicacia. De vez en cuando pone a prueba mis habilidades con el tablero de bao. Suele ser generoso con sus halagos. Pero, sobre todo, pone a prueba mi propia genialidad.

Ahora nos estábamos fijando en Bekatha, la más joven de las princesas reales en casi dos años, aunque era un dato que no podría advertirse a simple vista, puesto que era alta para su edad y sus pechos ya habían empezado a hincharse. En las frías aguas de la laguna, sus pezones sobresalían alegremente. Era liviana, ágil y de risa fácil. Además, era de temperamento voluble. Tenía las facciones regias bien marcadas, una nariz estrecha y recta, una mandíbula recia y redondeada y unos labios delicadamente arqueados. Lucía una espesa

cabellera que bajo la luz del sol parpadeaba con destellos de cobre. Había heredado este rasgo de su padre. Aunque todavía no había conocido la flor roja de la feminidad, sabía que no tardaría en hacerlo.

La amo, pero a decir verdad, amo un poco más a su hermana mayor.

Tehuti era la mayor y más hermosa de las dos hermanas. Cuando la miro tengo la sensación de estar viendo de nuevo a su madre. La reina Lostris había sido el gran y único amor de mi vida. Sí, la había amado como un hombre ama a una mujer. A diferencia de mi amigo Atón, me castraron después de haber alcanzado la madurez plena como hombre y llegué a conocer el placer del cuerpo de una mujer. Bien es cierto que mi amor por la reina Lostris nunca fue consumado porque me castraron antes de que ella naciera, pero fue el más intenso porque nunca logró satisfacerse. Había cuidado de ella cuando era una niña, y la acompañé en su larga y dichosa vida, aconsejándola y guiándola,

dándolo todo por ella sin rechistar. Al final, la sostuve entre mis brazos cuando murió.

Antes de descender al inframundo, Lostris me susurró algo al oído que nunca olvidaré: «Sólo he amado a dos hombres en mi vida. Tú, Taita, eres uno de ellos».

Fueron las palabras más dulces que jamás he oído pronunciar.

Planifiqué y supervisé la construcción de su sepulcro real y enterré su cuerpo corrupto que tan hermoso había sido. Deseaba adentrarme con ella en el inframundo. Sin embargo, sabía que eso no era posible, ya que tenía que quedarme para ocuparme de sus hijas del mismo modo que cuidé de ella. En realidad no ha sido una carga muy pesada, porque mi vida se ha enriquecido con esta sagrada carga.

A los dieciséis años de edad, Tehuti ya era una mujer hecha y derecha. Tenía una piel radiante y sin manchas. Sus brazos y piernas eran esbeltos y elegantes como los de una bailarina, o como los

miembros del gran arco de guerra de su padre que yo mismo había tallado, y que coloqué sobre la tapa de su sarcófago antes de sellar su tumba.

Tehuti tenía caderas anchas pero una cintura estrecha como el cuello de una jarra de vino. Sus pechos eran redondeados y recios. Los densos rizos dorados que cubrían su cabeza lucían con todo su esplendor. Sus ojos presentaban el mismo verdor que los de su madre. Su encanto no tenía límites; y cuando me dedicaba una sonrisa se me encogía el corazón. Era de carácter afable, le costaba enfadarse, pero era resuelta e imperturbable cuando la provocaban.

La amo casi tanto como amo a su madre.

—Has hecho un buen trabajo con ellas, Taita —
Atón no escatimaba en elogios. Son los tesoros que todavía pueden salvar a nuestro Egipto de la barbarie.

En esto, al igual que en otras muchas cosas, Atón y yo estábamos plenamente de acuerdo. Ésta fue la verdadera razón por la cual ambos habíamos

llegado a este lugar lejano y aislado del mundo; aunque todos los demás en el palacio, incluido el propio faraón, estaban convencidos de que habíamos coincidido aquí para seguir con nuestra eterna rivalidad en el tablero de bao.

No respondí de inmediato a su comentario, pero bajé la mirada hacia el tablero. Atón había completado su última jugada mientras yo seguía observando a las muchachas. Era el jugador más hábil de este juego sublime de Egipto, que era igual que decir «en todo el mundo civilizado». Sin contarme a mí, por supuesto. Por lo general puedo superarlo en tres de cada cuatro partidas.

En ese momento, y de un vistazo, me di cuenta de que esta partida sería una de las tres ganadoras. Su último movimiento había sido insensato. La distribución de sus piedras estaba desequilibrada. Era uno de los pocos defectos en su juego; a menudo, cuando se convencía a sí mismo de que tenía la victoria a su alcance, bajaba la guardia y pasaba por alto la regla de las siete piedras. Luego

tendía a concentrar su ataque a partir de su castillo sur y me permitía asumir el control de su flanco este u oeste. Esta vez fue el este. No necesité una segunda invitación. Me abalancé como una cobra.

Él se echó atrás sentado en su taburete mientras evaluaba mi jugada sorpresa, y cuando al fin se percató de mi golpe de genialidad, su rostro se oscureció de rabia y su tono de voz se volvió entrecortado.

—Creo que te odio, Taita. Y si no lo hago, entonces debería hacerlo.

—Tuve suerte, viejo amigo —dije, tratando de no complacerme en la victoria—. En cualquier caso, se trata sólo de un juego.

Hinchó las mejillas en un gesto de indignación.

—De todos los comentarios inútiles que te he oído decir, Taita, éste es el más burdo. No se trata de un juego. Es la verdadera esencia de la vida.

Estaba realmente enfadado.

Busqué la jarra de vino de cobre que estaba debajo de la mesa y volví a llenar su vaso. Era un

vino estupendo, el mejor de todo Egipto, y lo había sacado directamente de las bodegas del palacio del faraón. Atón volvió a hinchar sus mejillas y trató de alimentar su ira y su instinto de confrontación, pero sus dedos rechonchos asieron en un acto reflejo el asa de su vaso y se lo acercó a los labios. Tomó dos sorbos, y cerró los ojos de placer. Cuando bajó el recipiente, suspiró.

—Tal vez tengas razón, Taita. Existen otras buenas razones para vivir. —Empezó a guardar las piedras bao en sus bolsas de piel con cordón—. Dime, ¿qué noticias tienes del norte? Sorpréndeme una vez más con el alcance de tu inteligencia.

Al fin nos estábamos acercando al verdadero propósito de este encuentro. El peligro siempre venía del norte.

Hacía más de cien años que el poderoso Egipto estaba dividido por la traición y la rebelión. El Aspirante Rojo al Trono, el falso faraón —no pronuncio a propósito su nombre; maldito sea toda la eternidad—, este traidor se rebeló contra el

verdadero faraón y conquistó todo el territorio del norte de Asiut. El corazón de Egipto se sumergió en un siglo de guerra civil.

Cuando, a su vez, el heredero del Aspirante Rojo quedó superado por una tribu salvaje y guerrera que surgió de los confines septentrionales más allá del Sinaí, estos bárbaros arrasaron Egipto y lo conquistaron con unas armas de las que no se tenía ningún conocimiento: el caballo y el barro. Cuando hubieron derrotado al Aspirante Rojo y sitiado la región del norte de Egipto, desde el mar Mediterráneo a Asiut, estos hicsos nos atacaron por el sur.

Los verdaderos egipcios no tenían defensas contra ellos. Nos expulsaron de nuestra tierra, y nos vimos obligados a retirarnos hacia el sur más allá de las Cataratas del Nilo en Elefantina y del desierto del fin del mundo. Perekimos en estos lugares mientras mi ama, la reina Lostris, reconstruía nuestro ejército.

La parte que desempeñé en esta regeneración no

fue en absoluto insignificante. No soy dado a la fanfarronería; sin embargo, en este caso puedo afirmar sin temor a equivocarme que sin mi orientación y consejo, mi ama y su hijo, el Príncipe de la Corona Memnón, que en la actualidad es el faraón Tamose, nunca habrían alcanzado su propósito.

Entre mis otros numerosos servicios para ella, construí los primeros carros con ruedas radiales que eran más ligeras y rápidas que las de los hicsos, que sólo tenían ruedas sólidas de madera. Luego encontré los caballos para tirar de ellas. Cuando estuvimos a punto, el faraón Tamose, que ya era un hombre hecho y derecho, condujo a nuestro nuevo ejército por las cataratas y se adentró en el norte de Egipto.

El líder de los invasores hicsos se hacía llamar rey Salitis, pero no era ningún rey en absoluto. Era como mucho un simple barón de pacotilla y un forajido. Sin embargo, el ejército que comandaba seguía superando a los egipcios en una proporción

de dos por uno, y además iba bien equipado e intimidaba.

Pero los pillamos despistados y, en Tebas, libramos una larga batalla con ellos. Destrozamos sus carros y matamos a sus hombres. Se dispersaron en desbandada y retrocedieron hacia el norte. Dejaron diez mil cadáveres y dos mil carros rotos sobre el campo de batalla.

No obstante, causaron graves daños a nuestras valientes tropas, así que no pudimos seguirlos ni acabar de aplastarlos. Desde entonces los hicsos han estado escondidos en el delta del Nilo.

El rey Salitis, ese viejo saqueador, ha muerto. No murió en el campo de batalla por una estocada de un buen espadachín egipcio, que hubiera sido lo propio. Murió de anciano en su lecho, rodeado de una hueste de sus repugnantes esposas y su espantosa prole. Entre ellos estaba Beón, su primogénito. Ahora este tal Beón se hace llamar rey Beón, faraón de los Reinos Superior e Inferior de Egipto. Lo cierto es que no es más que un

asesino filibustero, peor incluso que su malvado padre. Mis espías me informan a menudo de que Beón va reconstruyendo poco a poco el ejército de los hicsos, que nosotros mismos herimos de gravedad en la batalla de Tebas.

Son noticias perturbadoras porque estamos teniendo muchas dificultades para abastecernos de materias primas para compensar las pérdidas que registramos en esa misma batalla. Nuestro reino del sur –que no tiene acceso al mar– queda aislado del gran Mediterráneo y del comercio con otras naciones civilizadas y ciudades estado del mundo, que poseen pieles, madera, cobre, antimonio, hojalata, y otros utensilios de la guerra de los que carecemos. También vamos cortos de mano de obra. Necesitamos aliados.

Por otro lado nuestros enemigos, los hicsos, tienen puertos avanzados en el delta donde el Nilo se adentra en el Mediterráneo. El comercio fluye sin interrupciones. También sé por mis espías que

los hicsos buscan forjar alianzas con otras naciones guerreras.

Atón y yo nos reuníamos en este lugar aislado para debatir y reflexionar sobre esta clase de problemas. La supervivencia de nuestro Egipto dependía del filo de un puñal. Atón y yo habíamos hablado de todo ello en profundidad, pero ahora estábamos dispuestos a tomar las últimas decisiones para plantear al faraón.

Las princesas reales tenían otros planes. Habían visto la jugada de Atón con las piedras de bao y lo tomaron como señal de que ahora podían tener toda mi atención. Vivo consagrado a ellas pero son muy exigentes. Salieron de la laguna salpicando agua por todas direcciones y echaron a correr para ver quién me alcanzaba primero. Bekatha es la pequeña, pero es muy rápida y resuelta. Hará casi todo lo posible para obtener lo que quiere. Derrotó a Tehuti por un palmo y se plantó sobre mi regazo, su piel estaba fría y húmeda por el agua.

–Te amo, *Tata* –gritó mientras pasaba sus brazos

alrededor de mi cuello y apretaba su cabellera roja y empapada contra mi mejilla—. Cuéntenos una historia, *Tata*.

Como había perdido la carrera, Tehuti tenía que aceptar la posición menos deseable de permanecer a mis pies. Descendió lentamente su cuerpo desnudo que goteaba agua hacia el suelo, y abrazó mis piernas hacia su pecho mientras colocaba su barbilla sobre mis rodillas y me miraba a la cara.

—Sí, por favor, *Tata*. Cuéntenos algo sobre nuestra madre y lo hermosa e inteligente que era.

—Primero debo hablar con tío Atón —protesté.

—Bien, de acuerdo. Pero no te demores —atajó Bekatha—. Es tan aburrido.

—No estaré mucho tiempo, te lo prometo.

Volví a mirar a Atón y cambié sin problemas a la lengua de los hicsos. Ambos hablábamos la lengua de nuestro enemigo mortal con fluidez.

Conocer a mi enemigo se ha convertido en mi trabajo. Tengo cierta facilidad con las palabras y los idiomas. He tenido muchos años para aprender

desde el regreso a Tebas. Atón no se había unido al éxodo de Nubia. No era una alma aventurera. De modo que se quedó en Egipto y pereció bajo el yugo de los hicsos. Sin embargo, había aprendido todo lo que pudieron enseñarle, incluido su idioma. Ninguna de las princesas entendía una palabra de ello.

–Te odio cuando hablas esa horrible jerga –dijo Bekatha haciendo un mohín, y Tehuti se mostró de acuerdo con ella.

–Si nos amas, hablarás egipcio, Taita.

Abracé a Bekatha y acaricié la hermosa cabeza de Tehuti. Sin embargo, seguí hablando con Atón en la lengua que las jóvenes deploraban amargamente.

–Haz caso omiso del llanto de las pequeñas. Sigue, viejo amigo.

Atón dejó de sonreír entre dientes y continuó:

–Entonces, estamos de acuerdo, Taita. Necesitamos aliados y necesitamos comerciar con

ellos. Además, tenemos que negarles estos aspectos a los hicsos.

Tuve la tentación de responder con un sarcasmo, pero ya le había dado un disgusto con el tablero de bao. Así que asentí seriamente con la cabeza.

—Como de costumbre, has dado en el blanco y has expresado el meollo del asunto. Aliados y comercio. Muy bien. ¿Con qué comerciamos, Atón?

—Tenemos el oro de nuestras minas de Nubia, el que descubrimos mientras estábamos en el exilio pasadas las cataratas. —Atón nunca había salido de Egipto, pero a juzgar por sus palabras parecía como si él hubiera guiado el éxodo. Sonreí para mis adentros pero mantuve una expresión circunspecta mientras continuaba—. Aunque el metal amarillo no es tan valioso como la plata, los hombres también lo codician. Y con las cantidades que el faraón ha acumulado en su tesorería, podemos comprar fácilmente a amigos y aliados.

Asentí con la cabeza en un gesto de aprobación,

pero sabía que Atón y muchos que, como él, no están tan cerca del trono como yo, sobrevaloraban el tesoro del faraón. Quise ampliar esta cuestión.

—Sin embargo, no olvides que la producción de la rica marga negra de Madre Nilo nos deja una inundación al año en sus riberas. Los hombres tienen que alimentarse, Atón. Los cretenses, los sumerios y las ciudades estado Helénicas tienen poco terreno cultivable. Siempre tienen dificultades para cosechar cereales para su pueblo. Nosotros tenemos trigo en abundancia —le recordé.

—Sí, Taita. Tenemos trigo, y también tenemos caballos para comerciar; hemos criado a los mejores caballos de guerra del mundo. Y tenemos otras cosas poco comunes y de gran valor.

Atón se detuvo con delicadeza, y miró a la encantadora niña acurrucada junto a mí y a la otra que estaba sentada a mis rodillas.

No había más que decir sobre este tema. Los cretenses y los sumerios del territorio entre los

ríos Tigris y Éufrates eran nuestros vecinos más cercanos y poderosos. Ambos pueblos tendían a ser morenos de piel y de cabello oscuro. Sus líderes desean a las mujeres de piel blanca y cabello claro de las tribus Egeas y las de la casa real de Egipto. No obstante, las mujeres helénicas, pálidas e insulsas, no pueden hacer sombra a nuestras radiantes joyas del Nilo.

Los progenitores de mis dos princesas eran Tanus, el de los deslumbrantes rizos rojos, y la reina Lostris, de un rubio esplendoroso. Se habían apareado bien y la belleza de sus dos hijas se estaba dando a conocer por el mundo entero. Los embajadores de pueblos lejanos ya habían emprendido viajes caros por los desiertos y los mares con el fin de llegar al palacio de Tebas y transmitir cuidadosamente al faraón Tamose los intereses de sus respectivos amos en establecer una alianza marital y marcial con la Casa de Tamose. El rey sumerio Nimrod y el Minos

Supremo de Creta ya habían enviado a sus emisarios.

A petición mía, el faraón había recibido a estos embajadores con amabilidad. Había aceptado los generosos obsequios de plata y madera de cedro que le presentaron. Había escuchado con atención sus ofertas de matrimonio a una o a las dos hermanas Tamose, pero luego el faraón les explicó que las dos muchachas eran todavía muy jóvenes para contraer matrimonio y que deberían volver a hablar de ello cuando alcanzaran la pubertad. Ya la habían alcanzado hacía un tiempo, y ahora las circunstancias eran distintas.

Para entonces el faraón había debatido conmigo la posible alianza entre Egipto, Sumeria o Creta. Yo le había hecho notar delicadamente que Creta sería un aliado más deseable que los sumerios.

En primer lugar, los sumerios no eran una raza de navegantes, y aunque podían comandar a un poderoso ejército equipado con caballería y carros de combate, no destacaban por su marina.

Le recordé al faraón que nuestro Egipto del sur no tenía acceso al mar Mediterráneo. Nuestros enemigos hicsos controlaban los confines del Nilo y éramos básicamente un país sin acceso al mar.

Los sumerios también tenían un acceso limitado al mar y su flota era escasa comparada con la de otras naciones, como los cretenses o incluso el pueblo mauritano por el oeste. Los sumerios siempre eran reacios a arriesgar su acceso marítimo con barcos repletos de mercancía. Tenían miedo de los piratas y del mal tiempo. La ruta terrestre entre nuestros países también estaba plagada de dificultades.

Los hicsos controlaban el istmo que discurre entre el mar Mediterráneo y el mar Rojo, y que conecta a Egipto con el desierto del Sinaí por el norte. Los sumerios se vieron forzados a avanzar por el desierto del Sinaí por la franja sur y luego cruzar el mar Rojo para alcanzarnos. Esta ruta planteaba muchos problemas a su ejército, y

debido a la falta de agua y la escasez de navíos en el mar Rojo, la tarea resultó imposible.

Lo que ya le había propuesto al faraón, y que ahora le resumía a Atón, era un tratado entre nuestro Egipto y el Minos Supremo de Creta. El Minos Supremo era el título del soberano hereditario cretense. Era el equivalente a nuestro faraón. Dar a entender que era más poderoso que nuestro faraón sería un acto de traición. Huelga decir que su flota era conocida porque constaba de diez mil galeras de combate y mercantes de un diseño tan avanzado que ningún otro buque podía superarlos en velocidad ni en capacidad bélica.

Tenemos lo que quieren los cretenses: trigo, oro y mujeres hermosas. Los cretenses tienen lo que nosotros necesitamos: la flota más extensa de buques de combate con los que bloquear los puertos de hicsos en la desembocadura del delta del Nilo; con ellos se puede conducir al ejército sumerio hasta las costas del sur del Mediterráneo y apresar a los hicsos en un movimiento mortal en

pinza que nuestro ejército se encargaría de aplastar.

—¡Un magnífico plan! —Atón me aplaudió—. Un plan casi infalible. Salvo por un pequeño detalle casi insignificante que has pasado por alto, Taita, mi viejo amigo. —Sonreía entre dientes y de forma taimada, saboreando su venganza por la paliza que le había dado en el tablero de bao. Nunca había sido una persona rencorosa, pero en este caso no pude contener las ganas de reírme inocentemente a costa de Atón. Forcé una expresión de desaliento.

—Oh, no me digas eso, por favor. Lo he pensado con todo detenimiento. ¿En qué falla mi plan?

—Llegas demasiado tarde. El Minos Supremo de Creta ya ha establecido una alianza secreta con el rey Beón de los hicsos.

Atón se mordió los labios, y dio una palmada de júbilo sobre una de sus caderas elefantinas. Había refutado mi propuesta con determinación, o al menos eso creía él.

—¡Por supuesto que sí! —contesté—. Imagino que

te estás refiriendo al fuerte comercial para tratar con Beón que los cretenses abrieron hace cinco lunas en Tamiat, la desembocadura del extremo este de Madre Nilo en el delta.

Ahora le tocaba el turno a Atón de mostrarse desarmado.

—¿Cuándo lo supiste? ¿Y cómo lo supiste?

—¡Por favor, Atón! —Extendí mis manos en un gesto de súplica—. No esperarás que revele todas mis fuentes, ¿verdad?

Atón recuperó rápidamente su compostura.

—El Minos Supremo y Beón ya han establecido conversaciones, por no decir una alianza de guerra. Por muy inteligente que todos sabemos que eres, Taita, hay muy poco que puedas hacer al respecto.

—¿Y si Beón está planeando una traición? —pregunté con un tono de voz misterioso, mientras él me miraba boquiabierto.

—¿Traición? No lo entiendo, Taita. ¿Qué forma adoptaría esta traición?

—¿Tienes la menor idea de cuánta plata está acumulando el Minos Supremo de Creta en su nueva fortaleza de Tamiat en el territorio de los hicsos, Atón?

—Imagino que debe de ser mucho. Si el Minos Supremo propone comprar la mayor parte de la cosecha de trigo de la próxima temporada a Beón, entonces necesitará empuñar un buen lingote de plata —dijo Atón—. Tal vez de unos diez o incluso veinte lakhs.

—Eres muy perspicaz, mi querido amigo; no obstante, has mencionado sólo una pequeña parte de los problemas a los que se enfrenta el Minos Supremo. No correrá el riesgo de que sus barcos cargados de tesoros crucen las aguas abiertas durante la estación de tormentas. Así que durante cinco meses al año no puede enviar lingotes de oro a las costas sureñas del mar Mediterráneo, lo cual en invierno implica una travesía de más de quinientas leguas desde su isla.

Atón intervino de inmediato, tratando de

precipitar mi conclusión.

—¡Ah, sí! Ya lo entiendo. ¡Significa que durante ese período de tiempo el Minos Supremo es incapaz de comerciar con los estados y naciones que se extienden a lo largo de su costa africana del Mediterráneo!

—Durante todo el invierno la mitad del mundo le está vedada —accedí—. Pero si pudiera obtener una base segura sobre la costa egipcia, su flota quedaría protegida de los vientos invernales. En ese caso, sus barcos podrían comerciar a lo largo del año desde Mesopotamia a Mauritania al abrigo de la tierra. —Me detuve para que entendiera la magnitud de lo que el Minos Supremo estaba planificando, y luego añadí sin remordimientos—. Veinte lakhs de plata no serían suficientes para financiar ni siquiera una centésima parte de esta actividad. La cantidad de quinientos lakhs se acerca más a lo que él tendrá que acaparar en su nueva fortaleza de Tamiat para seguir con su negocio durante el invierno. ¿Estás de acuerdo en

que esa cantidad de plata haría a cualquier hombre contemplar la posibilidad de una traición, especialmente con un canalla dado a la perfidia y la rapacidad como Beón?

Durante cincuenta latidos Atón quedó paralizado por la magnitud de la visión que le había facilitado. Cuando al final volvió a moverse su voz tembló al preguntar:

—De modo que tienes pruebas de que Beón, desafiando a su primer tratado con el Minos Supremo, tiene previsto irrumpir en la fortaleza de Tamiat y hacerse con el tesoro del Minos Supremo? ¿Es esto lo que me estás diciendo, Taita?

—No digo que tenga pruebas de que ésa sea la intención de Beón. Sólo te formulo una pregunta. No estoy afirmando nada. —Me reí para mis adentros de su confusión. Era impropio de mí, pero no pude resistirme. Jamás, en toda nuestra larga amistad, le había visto tan perdido a la hora de refutar o contradecir. Me compadecí de él.

—Ambos sabemos que Beón es de calaña salvaje, Atón. Puede conducir un carro de combate, empuñar una espada, disparar un arco o saquear una ciudad. Sin embargo, dudo de que sea capaz de planificar una visita al consejo privado del rey sin pensarlo con detenimiento.

—Así pues, ¿quién está planificando este saqueo del tesoro del Minos Supremo? —exigió saber Atón. En vez de responderle de inmediato, me dediqué a recostarme en mi taburete y sonreí. Él me miraba fijamente. Entonces se le despejó la expresión de su rostro—. ¿Tú? ¡Debes de estar bromeando, Taita! ¿Cómo puedes pensar en robar los quinientos lakhs de plata del Minos Supremo y luego seducir a la corte del cretense para obtener su ayuda y alianza?

—En la oscuridad es difícil distinguir a un hicsos de un egipcio, especialmente si el segundo se viste con uniforme de guerra de hicsos y empuña sus armas y habla su idioma —señalé, y él negó con la cabeza porque no sabía qué decir. Pero yo insistí—.

¿Estás de acuerdo en que un acto de traición destruiría para siempre cualquier opción de que Creta y los hicsos formen una alianza contra nosotros?

Atón sonrió al fin.

—Tu resentimiento es tan profundo, Taita, que me asombra pensar cómo puedo confiar en ti — entonces preguntó—: ¿La guarnición de Creta en Tamiat es muy grande?

—En la actualidad consta de dos mil soldados y arqueros. Aunque casi todos ellos son mercenarios.

—¡Caramba! —quedó impresionado. Volvió a detenerse y luego continuó—: ¿Cuántos hombres necesitarías, o debería preguntar mejor, ¿cuántos hombres necesitaría Beón para llevar a cabo su perverso plan?

—Un número suficiente —aventuré a decir. No quería revelar mis planes a Atón. Él lo aceptó y no insistió directamente en este asunto. No obstante, me hizo una pregunta relacionada.

—¿No dejarías supervivientes cretenses en el fuerte de Tamiat? ¿Los matarías a todos?

—Por supuesto que dejaría escapar a la mayoría —le contradije con firmeza—. Quiero que en la medida de lo posible la mayoría de ellos vuelva a Creta para advertir al Minos Supremo de la traición del rey Beón.

—¿El tesoro de Creta? —preguntó Atón—. ¿Estos quinientos lakhs de plata? ¿Qué serán de ellos?

—Las arcas del faraón están prácticamente vacías. No podemos salvar a Egipto sin un tesoro.

—¿Quién dirigirá el ataque? —quiso saber—. ¿Lo harás tú, Taita?

Me quedé horrorizado.

—Sabes que no soy un guerrero, Atón. Soy un médico, un poeta y un sabio filósofo. Sin embargo, si el faraón me invita a ello, estoy dispuesto a acompañar a la expedición como asesor del comandante.

—¿Quién será el comandante? ¿Kratas?

—Me encanta Kratas y es un soldado muy capaz,

pero es mayor, tiene mucho arrojo y no se presta a la razón ni a las sugerencias.

Me encogí de hombros y Atón se rio para sus adentros.

–Has descrito perfectamente al general Kratas, oh gran sabio. Si no es él, ¿a quién nombraría el faraón?

–Seguramente nombrará a Zaras.

–¡Ah! ¿El famoso capitán Zaras de la división del cocodrilo azul de la guardia real? Uno de tus preferidos, Taita, ¿verdad?

Hice caso omiso de la provocación.

–No tengo preferidos. –De vez en cuando puedo manipular un poco la verdad–. Pero Zaras es, sencillamente, el mejor hombre para emprender esta labor –le respondí sin gran entusiasmo.

Cuando le planteé al faraón mi plan para desacreditar al rey Beón con el Minos Supremo de Creta y forzar una brecha entre dos potencias que

tenían la capacidad de ser nuestros peores enemigos en todo el mundo se sorprendió de la brillante simplicidad de mi plan.

Había solicitado una audiencia privada con el faraón y por supuesto me la había concedido sin pestañear. Él y yo nos quedamos a solas en la espaciosa terraza de palmeras que rodeaban su sala del trono, que daba al Nilo en su tramo más amplio del sur de Egipto. Más allá de Asiut el río se ensancha y la corriente fluye más lenta cuando atraviesa el territorio que los hicsos nos arrebataron, y continúa por el delta antes de desembocar en el Mediterráneo.

Había centinelas a ambos extremos de la terraza para asegurar que nadie, amigo o enemigo, nos observara o nos escuchara. Los guardias estaban bajo las órdenes directas de oficiales de confianza, pero se mantenían discretamente apartados de la vista del faraón y nada nos distraía. Paseamos por el camino de mármol. Sólo cuando estábamos a solas tenía permiso para

caminar codo a codo con él, aunque manteníamos una relación muy estrecha desde el momento en que nació.

En realidad, fui yo el que lo trajo al mundo. Fui yo el que recogí su cuerpo de bebé en mis manos mientras la reina Lostris lo expulsaba de su útero real con la fuerza de una piedra lanzada con una honda. El primer gesto que me dedicó el príncipe fue vaciar su vejiga sobre mí. Ahora sonrío al recordarlo.

He sido su tutor y su mentor desde ese día. Yo fui quien le enseñó a limpiarse el trasero, a leer y escribir; a disparar un arco y conducir un carro de combate. De mí ha aprendido a gobernar una nación. Finalmente se ha convertido en un hombre hecho y derecho, un guerrero correoso y un líder curtido de Egipto. Pero seguimos siendo grandes amigos. Me atrevería a decir que el faraón me quiere como a un padre, el padre que nunca conoció, y yo lo amo como al hijo que nunca he tenido.

En estos momentos, mientras atiende a la estratagema que le estaba proponiendo, se detuvo y me miró a la cara con una expresión de asombro. Cuando alcancé a explicar el desenlace de mi plan me asió por los hombros con unas manos que eran recias y fuertes como el bronce porque sabían empuñar una espada, disparar el arco y dirigir una agrupación de cuatro caballos de un carro.

—Taita, ¡viejo rufián! —me gritó—. Nunca dejas de sorprenderme. Sólo tú podías haber ideado un plan tan desafiante. Tenemos que empezar de inmediato a perfilar los detalles. Recuerdo perfectamente que detestaba el hecho de que me obligaras a hablar la lengua de los hicsos; ahora no sería nadie sin ese conocimiento. Nunca podría comandar esta expedición sin hacerme pasar por uno de nuestros enemigos.

Invertí varias horas de hábil manipulación para convencerlo del peligro de abandonar Egipto sin dejar un líder en un momento crucial de nuestra historia, que superara con creces la gloria u otras

ventajas que pudiera esperar obtener de la captura de la fortaleza minoica de Tamiat y su tesoro. Le agradecí a Horus que él fuera lo suficientemente joven como para conservar una mentalidad flexible, y que fuera también lo suficientemente maduro como para preservar un mínimo de sentido común. Hace tiempo aprendí a decantarlo hacia mis intereses sin que se diera cuenta de ello. Al final suelo salirme con la mía.

Según le sugerí, el faraón designó a Zaras para que dirigiera la expedición. Aunque Zaras era joven, tenía sólo veinticinco años de edad –casi la misma del faraón– ya se había forjado un nombre propio, tal como atestiguaba su rango militar. Había trabajado muchas veces con él y sabía que su reputación era bien fundada. Lo más importante es que él me veneraba.

No obstante, antes de que se despidiera de mí, el faraón Tamose colocó en mis manos su sello real del halcón. Era la forma que tenía un faraón de delegar todos sus poderes en el portador de ese

sello. Éste respondía sólo al faraón. Bajo pena de muerte nadie podía cuestionarlo ni entorpecer el curso o la ejecución de los encargos reales.

El faraón tenía por costumbre conceder el sello real del halcón a su emisario electo con una ceremonia solemne en presencia de los miembros más veteranos de su corte, pero pronto me di cuenta de que en un tema tan sensible como éste decidió hacerlo en absoluto secreto. Sin embargo, me sentí honrado por la confianza que había depositado en mí.

Me arrodillé y toqué el suelo con mi frente ante él. Pero el faraón se detuvo e indicó que me levantara.

—Nunca me has defraudado, Taita —dijo, dándome un abrazo—. Sé que tampoco lo harás ahora.

Partí en busca de Zaras. Le hice saber la importancia de nuestra misión y la oportunidad que

se le presentaba para fortalecer la estima del faraón. El éxito de esta misión lo encaminaría hacia un camino ascendente de favores reales. Trató, de forma poco convincente, de ocultarme su asombro.

Entre los dos elaboramos un listado de doscientos veinte hombres que formarían la partida de ataque. Al principio, Zaras insistió en el hecho de que esa cifra no bastaría para tomar la guarnición cretense de casi dos mil hombres. Cuando le expliqué las circunstancias particulares que no había compartido con Atón ni con el faraón, aceptó mi plan sin reservas.

Le dejé elegir a sus hombres. Yo insistía en que el único atributo de los hombres que eligiera fuera la capacidad de hablar el idioma de los hicsos con fluidez. Zaras era demasiado joven como para haber participado en el éxodo a Nubia cuando los hicsos dominaban el sur de Egipto. De hecho lo habían reclutado en las legiones de hicsos a la edad de dieciséis años. El resultado era que podía

hablar el idioma como un nativo, y en cualquier caso podía hacerse pasar por uno de ellos. Sin embargo, era leal a los egipcios y se había contado entre los primeros por renunciar a su verdadera raza cuando el faraón Tamose nos hizo atravesar las cataratas para aplastar a los hicsos en la batalla de Tebas, y conducir a sus supervivientes hacia el norte en un clima de pánico y confusión.

Los hombres que Zaras eligió para el grupo de ataque estaban muy bien formados y entrenados, y muchos lo estaban gracias al propio Zaras. Todos ellos eran navegantes así como soldados, y se habían pasado la mayor parte del tiempo en tripulaciones de combate a bordo de galeras de río, donde no se ocupaban de los carros de guerra. No había nada más que Zaras pudiera enseñarles.

Le dije que dividiera este destacamento en pequeños grupos de quince a veinte hombres para no llamar demasiado la atención cuando se marcharon de la ciudad de Tebas.

Cuando le mostré el sello real del halcón, el

capitán de la guardia de las puertas de la ciudad no me interrogó. A lo largo de las noches siguientes estos pequeños destacamentos de Zaras se adentraron en el desierto del este. Se reagruparon en las ruinas de la antigua ciudad de Akita, lugar en el que los esperaba.

Contaba con carros repletos de auténticos cascos de hicsos, armaduras, uniformes y armamento. Era sólo una pequeña parte del botín que habíamos conseguido del enemigo en la batalla de Tebas.

Desde Akita nos dirigimos hacia el este hasta las costas del Golfo de Suez en el extremo septentrional del mar Rojo. Los hombres llevaban ropas de beduino sobre sus uniformes y armas.

Zaras y yo íbamos a la cabeza del destacamento principal. Estábamos esperando en un pequeño pueblo pescador de Al Nadas, sobre la costa del golfo, cuando nos alcanzaron.

Zaras había contratado a un guía con quien ya había trabajado anteriormente, a quien

recomendaba. Su nombre era Al Namjoo. Era un hombre alto y silencioso con un solo ojo. Nos esperaba en Al Nadas.

Al Namjoo tenía localizadas todas las embarcaciones pesqueras de los pobladores para que nos trasladaran a la costa del este. El golfo estaba a menos de veinte leguas de ancho y llegados a este punto pudimos ver a lo lejos las colinas bajas del Sinaí.

Cruzamos por la noche, de modo que sólo las estrellas iluminaban nuestro sendero. Desembarcamos en la costa este del golfo cerca de otro diminuto pueblo pesquero. Era Zuba, donde uno de los hijos de Al Namjoo nos estaba esperando. Llevaba una hilera de más de cien asnos que había comprado para transportar nuestro equipamiento pesado. Todavía nos quedaba una caminata de casi doscientas leguas en dirección norte para alcanzar el mar Mediterráneo, pero los hombres estaban entrenados para rendir al máximo y avanzábamos con rapidez.

Al Namjoo mantuvo el ritmo hasta llegar al este del istmo del Sinaí, que une África con Asia, y así pudimos reducir el riesgo de encontrarnos con tropas de los hicsos. Al final salimos por la costa rocosa del sur del Mediterráneo cerca del puerto fenicio de Ushu. Quedaba aproximadamente a medio camino entre la frontera sumeria y esa parte del norte de Egipto que sigue en manos de los invasores hicsos.

Dejé a Zaras y sus hombres acampados en el perímetro del puerto, mientras yo avanzaba con dos asnos cargados de lingotes de oro ocultos en sacos de piel para trigo y cuatro hombres elegidos a dedo para ayudarme. Después de tres días de negociar con los comerciantes del puerto, obtuve tres galeras de tamaño medio que estaban atracadas en la playa debajo del templo fenicio de Melkart. Cada uno de estos barcos tenía capacidad para un centenar de hombres. Pagué mucho por ellos, y me quedaba muy poco oro en los sacos que habíamos traído de Tebas.

Dejé dicho en el puerto que éramos un grupo de mercenarios que viajaba hacia el este para vender nuestros servicios al rey asirio Al Haturr, que estaba sitiando la ciudad de Birrayut. Tan pronto como los hombres embarcaron, nos alejamos de la playa. Cuando alcanzamos las aguas profundas y seguíamos siendo visibles para los oteadores de Ushu, viramos y remamos en dirección hacia Líbano. Sin embargo, cuando estuvimos fuera de la vista de todos, invertimos el rumbo para volver hacia Egipto y el delta del Nilo.

Soplaba una suave brisa que nos favorecía. Izamos las velas mayores, y relevamos a los remeros de astas largas. Volvimos a pasar por Ushu, aunque esta vez nos dirigíamos en la dirección contraria. Mantuve a nuestros barcos justo por debajo de la línea del horizonte, de manera que nadie pudiera vernos desde el puerto.

Aunque cada galera transportaba a setenta hombres o más, avanzábamos deprisa, y había agua blanca serpenteante bajo los remos de cada

embarcación. A última hora de la tarde del segundo día, calculé que la fortaleza cretense de Tamiat quedaba a menos de cien leguas de distancia.

Evidentemente, yo viajaba en la galera principal con Zaras y le propuse que, como habíamos dejado Ushu atrás, ahora podíamos acercarnos un poco para no perder de vista la costa. Es mucho más fácil para mí navegar y calcular una posición cuando veo tierra firme que me sirva de guía. Al final, mientras el sol rozaba la superficie del mar delante de nosotros y la oscuridad seguía nuestra estela, le indiqué al timonel que se dirigiera a una bahía protegida pero desierta de playas de arena. Avanzamos rápido hasta que las quillas tocaron tierra. Luego los hombres saltaron por la borda y arrastraron las embarcaciones hasta la playa.

La travesía desde Tebas hasta donde ahora nos encontrábamos había sido larga y dificultosa, pero estábamos a pocas leguas de nuestro destino. Esa noche se notaba una sensación contagiosa de

entusiasmo y agitación en nuestro campamento que era atenuada por las amenazas de peligro que incluso los hombres más valientes sienten en la víspera de una batalla.

Zaras había elegido a dos de sus mejores hombres para dirigir las otras dos galeras. El primero de ellos se llamaba Dilbar. Era un hombre alto y apuesto, con antebrazos musculosos y manos recias. Captó mi atención desde el primer momento y se ganó mi aprobación. Tenía ojos oscuros y penetrantes, y tenía una visible cicatriz rosada provocada por un corte de espada en la mejilla derecha. Pero eso no le restaba atractivo. Cuando daba una orden, sus hombres respondían con rapidez y agilidad.

El comandante de la tercera galera era un hombre corpulento de hombros anchos y cuello de toro. Se llamaba Akemi. Era una persona jovial con voz grave y una sonrisa contagiosa. Su arma preferida era el hacha de asa larga. Akemi se

acercó a mí después de que los hombres terminaran de comer.

—Mi señor Taita —dijo a modo de saludo. Cuando los hombres utilizaron estas cortesías por vez primera les regañé diciéndoles que no me merecía ese título. Habían hecho caso omiso a mi queja y tampoco quise insistir—. Los hombres me han preguntado si les harías el honor de cantar para ellos esta noche.

Tengo una voz excepcional y cuando lo interpreto, el laúd se convierte en un objeto celeste. Apenas puedo negarme a súplicas de este tipo.

La noche anterior a la Batalla de Tamiat elegí «El lamento de la reina Lostris». Es una de mis composiciones preferidas. Los hombres se congregaron a mi alrededor en el fuego del campamento y recité sus ciento cincuenta versos. Los mejores cantantes del grupo se unieron al coro mientras los demás tarareaban el estribillo. Al final quedaron pocos ojos secos entre el público.

Mis propias lágrimas no hicieron desfallecer el poderío y la belleza de mi actuación.

Con el primer destello del amanecer del día siguiente, nuestro campamento ya estaba en marcha. Los hombres podían despojarse de sus prendas de beduino y los pañuelos para la cabeza y abrir los sacos que guardaban su armadura de hicsos y las armas. La armadura estaba compuesta principalmente de parches de cuero, pero los cascos eran piezas de bronce con una aplicación de metal para la nariz. Cada hombre iba armado con un potente arco en curva y una aljaba de flechas de punta de pedernal, que estaban marcadas con plumas de colores siguiendo el estilo de los hicsos. Llevaban las espadas en una funda ligada a las espaldas, de modo que el asa sobresalía por detrás de su hombro izquierdo, lista para desenvainar. Las cuchillas de bronce no acababan en línea recta, como las armas regulares

egipcias, sino que lo hacían en curva, como las de estilo oriental.

La armadura y las armas eran demasiado pesadas y se calentaban rápido cuando remaban con sol directo. Así que los hombres se despojaron de las prendas superiores y dejaron el equipamiento de guerra sobre la cubierta, debajo de los bancos de remo, entre sus pies.

La mayoría de mis hombres eran de piel clara y muchos tenían el pelo rubio. Les ordené que emplearan hollín del fuego de la cocina para oscurecer las barbas y la piel hasta que tuvieran una apariencia morena como cualquier legionario hiso.

Cuando nuestras tres galeras cargadas se alejaron de la playa y se apartaron de la bahía, volví a encontrarme con Zaras en el barco principal. Yo estaba junto al timonel que empuñaba el remo largo de la popa. Al mismo mercader del puerto de Ushu que me había vendido las embarcaciones le compré un mapa de

papiro que prometía ofrecer detalles de la costa sur del mar Mediterráneo entre Gebel y Wadi al Nilam. Dijo haber trazado este mapa con sus propias manos y a partir de sus observaciones. Ahora lo desplegabá en la cubierta sobre mis pies y fijé sus extremos con unas piedrecitas que había recogido en la playa. Pude identificar casi de inmediato parte de la topografía de la costa. Me alegré al comprobar que el mapa era bastante preciso.

En dos ocasiones a lo largo de la mañana atisbamos las velas de otras embarcaciones sobre el horizonte, pero viramos y les dimos esquinazo. Luego, cuando tocaba el sol de lleno, el oteador de proa gritó otro aviso y señaló en dirección recta. Entorné los ojos y miré hacia donde nos indicaba. Me sorprendí al ver que la superficie del mar por el horizonte estaba revuelta con agua blanca, como si una quilla pesada nos estuviera mostrando el camino. No era la estación de tormentas.

—¡Desplegad las velas! —vociferé a Zaras—.

Desarmad los remos y levantad las anclas de proa. Listos para seguir la corriente.

Las aguas agitadas chocaban contra nosotros mientras buscábamos el impulso del viento. El agua blanca emitía un fuerte rugido a medida que se acercaba.

Me agarré a un poste de la escotilla delante de mí y me sujeté con fuerza. Luego una ola cubrió todo el casco de la nave. El rugido fue ensordecedor, mientras los hombres gritaban órdenes e insultos y las aguas chocaban contra los costados del barco. Sin embargo, me sorprendí al comprobar que no soplaba viento. Supe de inmediato que esta tormenta sin viento era un fenómeno sobrenatural. Cerré los ojos y empecé a recitar una oración dedicada al gran dios Horus para que nos protegiera, y me aferré al poste con ambas manos.

Luego noté una mano que zarandeaba mi hombro y una voz que me gritaba al oído. Supe que era Zaras, pero me negué a abrir los ojos. Esperé a

que los dioses hicieran conmigo lo que creyeran conveniente. Pero Zaras no dejaba de llamarme y yo seguía con vida. Abrí los ojos con cierta precaución. Seguí rezando para mis adentros. Ahora entendía lo que Zaras me estaba diciendo, y me arriesgué a echar un rápido vistazo a un costado.

El mar estaba repleto de enormes cuerpos brillantes que tenían la forma de puntas de flecha. Tardé unos instantes en darme cuenta de que eran seres vivos, y que cada uno de ellos tenía como poco el tamaño de un caballo. Sin embargo, eran peces gigantescos. Había tantos que los de abajo forzaban a los de arriba a alzarse en un tumulto de oleaje y espuma. La aglomeración de esas criaturas no parecía tener fin.

—¡Atún! —me gritó Zaras—. Son atunes.

La región superior de Egipto no da al mar y por tanto nunca había tenido la oportunidad de pasar tiempo en mar abierto y nunca había presenciado una migración de atunes de semejante magnitud.

Había leído mucho sobre el tema y debería haber reconocido la situación. Me di cuenta de que corría el riesgo de hacer el ridículo, así que abrí los ojos y le grité a Zaras con todas mis fuerzas.

—¡Por supuesto que son atunes! ¡Preparad los arpones!

Reparé en la presencia de arpones cuando embarqué la primera vez. Estaban guardados debajo de los bancos de remo. Supuse que eran para ahuyentar a los piratas y corsarios en el supuesto de que quisieran abordar el barco. Las astas eran casi el doble de largas que un hombre alto. Las cabezas eran de pedernal afilado como una cuchilla. Había un ojo detrás de la lengüeta con la que poder encajar ambas piezas. Y en el otro extremo del asta había una pieza flotante de madera tallada.

Aunque había dado la orden de sacar los arpones, era típico de Zaras que él fuera el primero en cumplirla. Siempre quería que los demás siguieran su ejemplo.

Se hizo con una de las armas largas que estaba atada en la bancada, y mientras corría con ella hasta un costado del barco le sacó la cuerda que la había sujetado. Se colocó en la borda de la galera y no tardó en encontrar el equilibrio del largo arpón, de modo que el asta descansara sobre su hombro y la punta de pedernal señalara hacia el deslumbrante banco de peces que fluía a sus pies como un río de plata fundida. Los peces lo miraron con sus enormes ojos redondos cuyas pupilas parecieron dilatarse de miedo.

Observé cómo se tranquilizaba, apuntaba, y efectuaba el lanzamiento sobre las aguas que quedaban a sus pies. El asta de la pesada arma se zarandó al impactar contra su objetivo y el arpón se movía bajo la superficie y la agitación del primer pez grande que fue alcanzado por la punta de pedernal.

Zaras volvió a cubierta y recogió la cuerda mientras ésta oponía resistencia, se deshilachaba y se quemaba por efecto de la fricción de sus fibras

contra la madera de la galera. Otros tres hombres de la tripulación corrieron a ayudarlo y consiguieron sujetar la cuerda hasta someter a la víctima y arrastrarla.

Otros cuatro hombres habían seguido el ejemplo de Zaras y se hicieron con sus respectivos arpones situados en las bancadas para luego dirigirse a la borda del barco. No tardé en ver agrupaciones de hombres esforzados a cada extremo del barco. Gritaban de emoción, insultando y profiriendo órdenes inconexas mientras luchaban contra esas enormes criaturas.

Uno tras otro, los atunes fueron remolcados y rematados. Antes de que el último pez fuera despedazado, el resto de sus compañeros de banco se habían sumergido en las profundidades con la misma rapidez milagrosa que habían aparecido.

Esa noche volvimos a tocar tierra, y al calor del fuego de la playa nos obsequiamos un festín de succulenta carne de atún. Es el pescado máspreciado de los mares. Los hombres sazonaron la

carne con una pizca de sal. Algunos no tuvieron paciencia para cocerla, y se la tragaron cruda y sangrante. Luego completaron su manjar con un largo trago de vino de las tinajas.

Supe que a la mañana siguiente tendrían la fuerza y el ánimo para luchar al detectar la presencia enemiga. A diferencia del trigo y de otros alimentos insípidos, la carne despierta los demonios en el corazón de un guerrero.

Esa noche canté para ellos la «Balada de Tanus y la espada azul». Es un himno guerrero de los Azules, y les encantó. Todos los hombres se unieron al estribillo, por muy ronca que fuera su voz, y después pude ver el destello de la guerra brillando en sus ojos. Estaban preparados para enfrentarse al enemigo.

Botamos las galeras de nuevo a la mañana siguiendo al primer atisbo de luz para poder

detectar los arrecifes de debajo de la superficie y encontrar un paso seguro.

Cuanto más nos acercábamos a las numerosas desembocaduras del delta del Nilo, más seguro estaba de nuestra posición, hasta que a última hora de la tarde pasamos por una desembocadura de estuario flanqueado en el este por un bosquecillo y en el este por un banco de lodo visible a simple vista. En el bosquecillo que daba al mar se erigía una torre rudimentaria de ladrillos de lodo pintados con cal. El techo de la torre se había derrumbado, al igual que la mayor parte del muro del costado del mar. Sin embargo, seguía mucho en pie para darme cuenta de que se trataba de una marca de navegación del canal de Tamiat, posiblemente erigido por algún marinero egipcio muerto desde hace tiempo.

Corrí hasta el pie del mástil principal y me subí a él hasta alcanzar la verga de la vela latina. Crucé las piernas y me abracé al mástil principal. Desde ese punto obtuve una perspectiva clara de tierra

adentro y reparé de inmediato en el perfil cuadrado de una estructura erigida por el hombre que también estaba barnizada con cal. No tenía ninguna duda de que se trataba de la torre de vigilancia del fuerte comercial minoico y el tesoro que estábamos buscando. Descendí por el mástil y cuando mis pies tocaron el suelo grité al timonel:

–¡Atención al timón! ¡Vira tres puntos a estribor!
Zaras se acercó a mí dando varias zancadas.

–¿Sí? –preguntó.

Por lo general es un hombre genial y simpático, pero en momentos como éste se convierte en un hombre de decisiones rápidas y reacciones todavía más ágiles.

–¡Sí! –exclamé, y me obsequió con una sonrisa breve y fría y un gesto escueto de asentimiento para confirmar mi orden al timonel. Nos dirigíamos a mar abierto. Las otras dos galeras nos siguieron. Ahora navegábamos en dirección oblicua a la costa. No obstante, tan pronto como pasamos por el siguiente bosquecillo y nos

exponíamos a la vigilancia de los centinelas de la torre de la fortaleza de Tamiat, ordené otro cambio de rumbo. Volvíamos directamente hacia las marismas laberínticas del delta.

El mapa me indicaba dónde encontrar lo que parecía ser un fondeadero seguro. Hicimos descender las velas de los mástiles y las colocamos planas sobre la cubierta mientras nos abríamos paso entre los densos bancos de papiro y espadañas hacia la laguna protegida que había elegido. Aquí estábamos completamente protegidos por la vegetación densa. Anclamos a una embarcación de distancia de las aguas oscuras y poco profundas con nuestras quillas poco incrustadas en el lodo. Pudimos vadear entre las embarcaciones mientras el agua, en las zonas más profundas de la laguna, nos rozaba sólo a la altura de las mejillas.

Mientras contemplábamos el atardecer y el ascenso de la luna, los hombres se acabaron los restos del atún fumado. Zaras vadeaba lentamente

de una galera a otra, eligiendo a ocho de sus mejores hombres y advirtiéndoles que se prepararan antes del amanecer para acompañarnos en una operación de reconocimiento.

Una hora antes del amanecer nos congregamos en dos de los esquifes que habíamos remolcado por detrás de las galeras. Nos abrimos paso por la ancha laguna hasta la costa más cercana del bosquecillo donde había atisbado la torre de vigilancia del fuerte.

Podía oír los chillidos de las aves de las marismas y el susurro de sus alas al sobrevolarnos en plena oscuridad. Mientras la luz iba ganando intensidad, pude distinguir las largas líneas de la estela de las aves acuáticas y sus formaciones en flecha contra el cielo radiante. Había patos salvajes y gansos, cigüeñas, garzas, y grullas con cuellos largos y esbeltas patas, ibis y garcetas y otras cincuenta especies distintas más o menos. Se alzaban en bandada desde la superficie de la laguna cuando nos acercábamos con nuestra

embarcación a remo. Por fin el sol se plantó firmemente sobre la línea del horizonte y la vasta extensión del delta se hizo visible. Es un lugar salvaje y solitario, no apto para la vida humana.

Tuvimos que arrastrar los esquifes por las aguas poco profundas y ocultarlos en los cañaverales, pero al fin alcanzamos tierra firme. No estaba muy seguro de la distribución del fuerte y sus inmediaciones, así que fuimos avanzando a tientas y con prudencia por la densidad de los juncos y las espadañas.

De repente llegamos a la ribera de un canal profundo que cruzaba los lechos de papiro desde el sur en la dirección de las aguas abiertas del Mediterráneo. Tenía unas ciento cincuenta brazas de ancho y reparé en el hecho de que las aguas eran demasiado profundas como para poder vadear. En la ribera opuesta al canal pude distinguir el tejado plano de la torre de vigilancia que habíamos atisbado el día anterior. Las cabezas

con casco de al menos tres guardias sobresalían por el parapeto mientras hacían la ronda.

De pronto me percaté del sonido inconfundible de una embarcación que se acercaba en la dirección del mar desde donde nos encontrábamos, y les indiqué a mis compañeros que guardaran silencio. El crujir de los aparejos, la voz del marino entonando sus indicaciones por la popa, y el ruido seco de los remos en los escálamos se volvía más intenso hasta que, de repente, un enorme buque hizo su aparición en el primer recodo del canal.

Nunca había visto a una embarcación de ese tipo o tamaño; no obstante supe, a partir de las descripciones que me habían enviado mis espías, que se trataba de un trirreme cretense. Servía de buque de carga y de guerra. Tenía tres cubiertas y tres bancos de remos.

Su proa larga y puntiaguda estaba reforzada por una lámina de bronce batido para poder embestir a los buques enemigos. Tenía dos mástiles, que le

permitían desplegar una gran superficie de velamen, aunque ahora estaba plegado mientras la embarcación se abría paso por el angosto canal remando en corto. Era una hermosa nave, con líneas claras y largas y un travesaño alto. Viéndola de este modo no era difícil de comprender por qué Creta era la potencia naval indiscutible del mundo. Era la embarcación más rápida y poderosa que surcaba los mares. Aunque iba muy cargada y avanzaba rozando el agua, ningún navío podía con ella. Sin embargo, me pregunté qué tipo de mercancías cargaría en la bodega.

Mientras se acercaba a nuestro escondite entre los bancos de juncos, pude observar a sus oficiales. Había tres en popa, que estaban al lado de cuatro hombres que manipulaban el largo remo de navegación. Aunque las piezas de la mejilla de su armadura ocultaban gran parte de sus facciones, parecían ser hombres más altos y robustos que nuestro egipcio medio. Pude ver que sus faldones eran de un lino de mayor calidad y que sus armas

estaban pulcramente pulidas y grabadas. Eran más guerreros que mercaderes.

Mientras pasaba por delante de nosotros, la brisa levantó un tufillo procedente del barco hasta nuestra posición. Supe que estaban utilizando la hilera superior de remos largos, y que esos hombres tenían más madera de guerrero que de bestias de carga. Al oír la orden de su capitán, saltarían de su posición en los remos para hacerse con las armas que descansaban a sus pies. Lucharían como hombres y compartirían el botín.

Sin embargo, los esclavos sujetos por grilletes de cubierta remaban en las hileras inferiores. El hedor que emitían era el de esos desdichados que pasarían toda la vida en los bancos. Remaban, dormían, comían, defecaban y por último morían en el mismo asiento en el que remaban.

La galera cretense pasó frente a nosotros y luego oímos las órdenes que gritaban sus oficiales. La hilera superior de remos se alzó del agua como las

alas de una gaviota plateada cuando anclaron, y sólo las hileras inferiores siguieron chapoteando y tirando con cuidado hasta que el barco tomó el último recodo del canal en dirección a las lustrosas paredes blanquecinas de la fortaleza que mostraba la distancia por encima de las cabezas de los bancos de papiro que asentían.

Luego ocurrió un suceso extraordinario; algo para lo que no estaba preparado. Una segunda embarcación, casi idéntica en cada sentido a la primera, rodeó el recodo del canal y pasó remando por el sitio en el que nos encontrábamos. También avanzaba sobre la superficie del agua, y transportaba mercancía pesada.

Después, y también para mi asombro y delicia, un tercer trirreme fuertemente cargado se acercó por el canal y pasó por delante de nosotros. Seguía a sus dos embarcaciones hermanas hacia la fortaleza.

Me di cuenta de lo que pasaba. Tres meses antes, mis agentes me habían informado de que los

tres barcos del tesoro estaban listos para zarpar en el puerto principal cretense de Aggafer. Sin embargo, esta información tardó varios meses en llegarme. Mientras tanto, la marcha del convoy debió de retrasarse por circunstancias imprevistas, y la razón más probable eran las condiciones meteorológicas. Mis agentes no habían podido avisarme a tiempo de esta demora.

Tenía previsto llegar a la fortaleza de Tamiat mucho después de que el convoy hubiera llegado, desembarcado la mercancía y vuelto a embarcar en su travesía de regreso a Aggafer.

Las opciones para llegar a Tamiat al mismo tiempo que el convoy del tesoro eran tan remotas que sólo cabía esperar una intervención divina. Desde pequeño he sabido que soy un hombre predilecto de los dioses, especialmente del gran dios Horus a quien dirijo mis plegarias. ¿De qué otro modo podía haber heredado de nacimiento tantos talentos y virtudes? ¿De qué otro modo habría podido sobrevivir a tantos peligros

terribles y amenazas mortales que sin duda alguna habrían destrozado a cualquier ser inferior? ¿De qué otro modo me habría conservado tan joven y apuesto, y preservado una mente tan aguda, cuando los demás se arrugan, palidecen y se deterioran con la edad? Hay algo en mí que me distingue de otros mortales.

Éste era otro ejemplo del favor y la indulgencia de Horus. Le susurré una palabra de agradecimiento y juré que le dedicaría un generoso sacrificio a la menor oportunidad que tuviera de hacerlo. Luego me acerqué arrastrándome hasta el rincón donde se encontraba Zaras, y tiré de su manga.

—Debo cruzar este canal y acercarme al fuerte cretense —le dije.

Existen dos enigmas en el corazón de Egipto que nunca he sido capaz de entender. El primero es que aunque utilicemos el caballo como bestia de carga y el carro como nuestra arma de guerra más importante, casi ningún egipcio montará a

horcajadas. El segundo enigma es que aunque vivamos en la ribera de un gran río casi ningún egipcio sabe nadar. Si le preguntas a cualquiera por qué, por lo general se encogerá de hombre y dirá: «Los dioses fruncen el ceño ante estas conductas inapropiadas».

Ya he dejado claro que soy muy distinto de los demás. No me atrevo a afirmar que soy de algún modo superior al resto. Creo que basta con decir que soy un jinete experimentado, así como un nadador capaz y resistente.

¡Sabía que Zaras carecía de estas habilidades, aunque para ser completamente justos he de decir que nadie lo superaba al tirar de las riendas de un carro. Por eso le había ordenado que trajera consigo una boya de corteza de árbol para que se mantuviera a flote. Los dos nos desvestimos hasta arremangar nuestros calzones y nos adentramos en el canal. Zaras llevaba la espada atada al flotador de corteza. Yo llevaba la mía a mis espaldas. Zaras resoplaba y bufaba como un hipopótamo,

mientras yo nadaba como una nutria y alcanzaba la ribera más alejada del canal antes de que a él le diera tiempo de cubrir media distancia.

Cuando logró cruzar el paso lo ayudé a salir del agua. Después, cuando hubo recuperado el aliento, nos arrastramos sigilosamente por los juncos hasta el fuerte cretense. Una vez alcanzada una posición desde la que tener una buena vista del edificio, me di cuenta de la razón por la cual los cretenses habían elegido este emplazamiento. Se encontraba en el punto más alto de una cordillera estrecha de limo que sobresalía de las blandas tierras aluviales y ofrecía una buena base sobre la que anclar su fortaleza.

Este bloque de piedra caliza dividía la corriente del canal principal hasta formar un foso alrededor del fuerte. Había varios tipos de navíos anclados en la cuenca formada por la curvatura del río alrededor de la fortaleza. La mayoría de estas embarcaciones eran simples barcazas que seguramente los cretenses habían utilizado para

transportar materiales de construcción. No había ningún barco de navegación en solitario entre ellos. La única excepción era el escuadrón de tres magníficos trirremes que antes había pasado por delante de nuestro escondite.

No estaban anclados en la cuenca, sino que ya estaban amarrados al muelle de piedra que quedaba directamente por debajo de la puerta principal a la fortaleza de Tamiat. La puerta permanecía abierta de par en par, y había una reunión de soldados uniformados en el muelle para dar la bienvenida a los recién llegados. Pude ver, por los cascos emplumados y los detalles de oro que lucían, que muchos de ellos eran oficiales de alto rango.

Durante el lapso que Zaras tardó en cruzar el canal a nado y llegar a nuestro emplazamiento actual, las tripulaciones habían abierto las escotillas del trirreme principal y una cadena de esclavos semi desnudos había empezado a descargar la mercancía. Los esclavos trabajaban

bajo la supervisión de varios vigilantes que llevaban media armadura y espadas cortas en los cinturones. Todos ellos empuñaban unos látigos de cuero trenzado.

Los esclavos iban descargando una sucesión de cofres idénticos de madera y los dejaban sobre unas planchas en tierra. Aunque los cofres no eran voluminosos, era evidente que estaban cargados porque los esclavos caminaban zarandeándose. Todo el proceso de descarga avanzaba demasiado lento a gusto de los observadores que arengaban y gritaban al grupo de esclavos.

Mientras observábamos la escena, uno de los esclavos tropezó mientras se subía a la plataforma del muelle. Se desplomó y el cofre que transportaba también cayó al suelo. Rompió los cierres de piedra y se abrió de par en par.

El corazón me dio un vuelco al ver el destello radiante del sol reflejándose sobre las superficies metálicas de los lingotes de plata amontonados sobre el muelle. Las barras eran pequeñas y

rectangulares, y no medirían más que la mano de un hombre; sin embargo, había otros veinte o treinta lingotes dentro de ese cofre. Seguramente uno de esos lingotes habría bastado para pagar la construcción del gran trirreme que lo había transportado por todo el Mediterráneo. Todas mis esperanzas y expectativas se habían cumplido. Aquí estaba el enorme tesoro que había anticipado.

Tres de los supervisores se acercaron al esclavo postrado en el suelo y lo azotaron con ganas, levantando los látigos por encima de sus respectivas cabezas hasta golpear la piel lustrosa y sudorosa del esclavo. El hombre gritó y se contorsionó y trató de cubrirse la cabeza con los brazos. Uno de los latigazos le alcanzó el rostro y le arrancó el ojo derecho, que le quedó colgando del nervio óptico y le golpeaba la mejilla mientras el hombre movía la cabeza de un lado a otro. Al final el esclavo cayó inconsciente y no pudo protegerse. Uno de sus torturadores se inclinó para

asirle los talones, lo arrastró por la espalda hasta un extremo del muelle y luego lo empujó por un costado. El cuerpo salpicó las aguas del río y se hundió lentamente, desapareciendo en las profundidades de las aguas lodosas.

En el muelle, los otros esclavos respondieron de inmediato a los gritos de los supervisores y el crujido de sus azotes. La hilera de hombres medio desnudos reanudó la labor, zarandeándose por el peso de la carga como si esa tarea nunca hubiera sido interrumpida.

Golpeteé con los dedos el hombro de Zaras para llamar su atención y luego nos retiramos a la hondonada del banco de juncos. Cuando hallamos un rincón seguro, lo conduje hasta el extremo de la fortaleza y la orilla de la otra ramificación del río. Tardé una hora de prudentes y cuidadosas maniobras hasta encontrar un punto de visión desde el que supervisar la distribución estratégica de la fortaleza y sus alrededores. Ahora estaba en

condiciones de verificar en persona las noticias que había recibido de mis espías.

Aunque las paredes de la fortaleza eran enormes y seguramente inviolables, la zona que cubrían no era muy extensa. Quedaba muy poco espacio disponible en la cordillera, y no era en absoluto suficiente para albergar algo más que un tesoro y unos barracones para una guarnición de hombres que despejara cualquier incursión terrestre por parte de un pequeño destacamento procedente de uno de los canales del mar.

Sin embargo, los cretenses también debieron darse cuenta de que necesitaban a un grupo más nutrido de varios miles de hombres para medirse ante una fuerza enemiga contundente que llegara a la costa y se adentrara en el territorio con la intención de atacar el fuerte. Habían resuelto este problema construyendo un puente de pontones entre ambos canales del río, de modo que el fuerte de la isla en el centro del río fuera accesible

rápida por las tropas defensoras cretenses de cada orilla.

Desde donde estaba tenía una buena vista del canal situado en el extremo este hasta llegar a la tierra plana y seca que había después. Ahí era donde los cretenses habían construido su campamento fortificado, que proporcionaba barracones para el grueso de su ejército. Habían rodeado el campamento con una empalizada de protección con leños acabados en punta y el doble de altos que un hombre. Calculé que ese campamento podría albergar unos dos o tres mil soldados.

Había una torre de vigilancia en cada esquina del edificio cuadrado, y pude ver que los tejados de la estructura dentro de la empalizada estaban cubiertos de lodo negro procedente de las orillas del río que se había secado. También los protegía de las flechas de fuego que una posible fuerza enemiga lanzara contra sus muros.

Desde la entrada del muro que quedaba más

cerca del río, los cretenses habían construido un pasadizo de ladrillo de lodo negro seco hasta llegar a la entrada del puente de pontones. Esto protegía a sus tropas de las flechas enemigas cuando salían del campamento.

Habían utilizado una serie de lanchas ancladas a ambos lados de los ramales del río para que hicieran las veces de pontones para el puente. Sobre ellos había un paso elevado de tablones. Este puente aseguraba que pudiera moverse un número mayor de tropas del campamento cuando más se las necesitaba.

—Lo tienen todo previsto.

Zaras dio su opinión mientras observaba las fortificaciones.

—Ésta es la razón por la cual los cretenses son conocidos... por su atención por los detalles.

Yo estaba de acuerdo con él, pero seguía inspeccionando el terreno, buscando cualquier muestra de debilidad de las defensas cretenses. Por mucho que buscara sólo podía dar con una.

Era el puente de pontón en sí, pero estaba convencido de poder tratar con ello.

Volví mi atención al muelle en el que los tres grandes trirremes seguían amarrados. Pensé en el modo en el que los cretenses estaban descargando la mercancía del primer barco. Me di cuenta de que no era eficiente. Si yo tuviera que ocuparme de esta labor, sacaría los trípodes y las poleas por las escotillas abiertas y subiría los cofres de plata a cubierta para dejarlos sobre unos pallets. Allí tendría unos carros listos para cargar los cofres hasta el muelle y transportarlos después hasta las puertas del fuerte.

Los esclavos cretenses estaban cargando individualmente cada cofre por la escalera del fondo de la bodega a la cubierta principal. A este ritmo tardarían varios días en desembarcar la mercancía de los tres barcos.

Estaba preocupado. No había reconocido del todo la inmensidad de mi labor hasta que la vi ante mis ojos. Una cosa era hablar a la ligera de

gestionar centenares de lakhs de lingotes, pero el asunto cambiaba completamente cuando había que considerar el peso físico y el volumen de ese tesoro, así como el problema de hacerse con él y transportarlo a centenares de leguas por mar, montaña y desierto mientras te perseguía un ejército vengativo.

Empecé a preocuparme de que quizá me había enfrascado en una tarea imposible, y me desanimé al pensar que tal vez la única solución era que si alguna vez lograba echarle el guante a un cargamento de estas dimensiones sería para sacarlo de las aguas profundas del Mediterráneo y tirarlo por la borda, donde quedaría para siempre fuera del alcance del rey Beón y el Minos Supremo.

Entonces huiría con los hombres que hubieran sobrevivido a la ira de los cretenses y regresaríamos al abrigo de Tebas. Tal vez lograra persuadir al Minos Supremo de que el rey Beón era el culpable, pero tenía mis dudas al respecto.

La solución no era fácil, y tuve que batallar con este problema durante casi una hora mientras Zaras y yo seguíamos en nuestro escondite entre papiros. Entonces, alcancé a ver una solución como si de un rayo se tratara. Era tan ingeniosa que llegué a sorprenderme de su belleza.

Pensé que se lo explicaría todo a Zaras, pero entonces decidí no abrumarlo con algo tan sencillo y tan endemoniadamente complejo.

Levanté la cabeza hacia el sol. Había alcanzado su punto álgido horas antes, y ahora volvía a descender por el cielo. Me fijé en el trío de barcos del tesoro y creo que esboqué una sonrisa. Percibí que Zaras me estaba observando con atención. Creo que se dio cuenta de que por fin había dado con algo, y que estaba esperando mis órdenes con impaciencia, aunque yo no estaba todavía dispuesto a revelárselas.

—¡Ya basta! —exclamé—. Tenemos que irnos.

—¿Dónde, Taita?

—De vuelta a las embarcaciones, tenemos mucho

por hacer antes de que oscurezca.

* * *

Era ya el atardecer cuando por fin Zaras y yo logramos nadar y vadear de vuelta por donde habíamos dejado nuestras tres pequeñas embarcaciones en la laguna. Los hombres estaban muy contentos de volver a vernos. Creo que se habían convencido a sí mismos de que habíamos sido descubiertos por el enemigo y que nos habían matado, dejándolos solos, sin liderazgo, y con pocos recursos. Todos se mostraron ansiosos por obedecer mis órdenes.

El primero de los numerosos desafíos que me aguardaban era hacer cruzar a todos mis hombres fuertemente armados y ataviados con armadura (teniendo en cuenta que la mayoría no sabía nadar) por los canales profundos del río hasta alcanzar el fuerte.

Por este motivo elegí la embarcación más

pequeña y ligera de las tres. Luego les indiqué que sacaran las cuerdas y cualquier pieza suelta de las otras dos naves. Pensé en quemarlas, pero los cretenses verían el humo y enviarían a un destacamento para investigar su procedencia. Les ordené a mis hombres que desmontaran la quilla y barrenaran las naves en la hondonada de la laguna.

Luego arrastramos la embarcación que había elegido por las aguas poco profundas de la orilla oriental de la laguna, ya que estaba más cerca de la fortaleza. Llegados a ese punto necesité a cada uno de mis hombres para maniobrarla por la superficie seca del canal del río. Les ordené que amarraran las cuerdas del ancla que habíamos rescatado de las dos naves en barrena a la proa de esta que habíamos puesto en circulación.

Con un centenar de hombres tirando de cada cuerda, la quilla del barco hizo de patín, y el casco se deslizaba rápidamente por los tallos de papiro que quedaban planos debajo de su peso. Sin embargo, nos faltaba todavía media legua de

terreno seco hasta llegar al canal principal del río. Era cerca de la medianoche y la luna creciente de media sonrisa lucía bien alto en el cielo.

Les di un breve descanso a los hombres a orillas del río, así podrían poner a punto su armadura y comer algo frío. Entonces, con los remos amortiguados y con un destacamento de cincuenta hombres en cada flanco empezamos a avanzar por el canal. Cuando uno de ellos se cruzaba dividía nuestro pequeño destacamento en dos grupos.

Envié al grupo más numeroso de ciento cincuenta hombres con Zaras para que avanzara a rastras por los juncos, así podían llegar lo más cerca posible de la puerta principal del fuerte sin correr el riesgo de ser descubiertos por los centinelas. Se esconderían hasta recibir mi señal.

Antes de partir le expliqué mis planes a Zaras. Remaríamos por el canal con una tripulación de cincuenta hombres. Mi intención era atacar y destruir el puente de pontón que conectaba el

principal campo enemigo con la isla sobre la que se erigía el tesoro. Antes de partir abracé por unos instantes a Zaras, y luego le repetí mis órdenes para que no hubiera ningún malentendido.

Luego nos despedimos, mientras yo subía a bordo de la galera que esperaba y ordenaba a mis remeros que se pusieran en marcha. La corriente era veloz y fuerte, pero mis hombres remaban con ahínco y a buen ritmo, y, al abrazar la orilla del canal que quedaba más apartada del fuerte, recuperamos velocidad corriente arriba. No tardamos en ver la torre de piedra caliza del fuerte que resplandecía a la luz de la luna. La imagen animó a mis remeros para esforzarse más.

Llegamos al último recodo del canal y la fortaleza se abrió ante nosotros. Los tres trirremes estaban tal cual los había visto por última vez, amarrados en el muelle de piedra. La luz de la luna era lo suficientemente brillante como para distinguir a dos de ellas que seguían avanzando a ras de la superficie del agua; seguían con la carga

entera de lingotes. El tercer trirreme estaba más levantado, ya que lo habían despojado de gran parte de su carga. No obstante, calculé que todavía guardaba la mitad de los cofres del tesoro en su bodega.

No avisté a ningún centinela cretense. No había ningún indicio de luz a bordo de las embarcaciones más grandes. Sin embargo, había un fuego quemando en un extremo del muelle y las antorchas ardían sobre unas repisas a cada lado de la puerta de entrada al fuerte.

Me saqué el casco de bronce y lo coloqué sobre mi regazo. Luego me ajusté el pañuelo amarillo claro que llevaba atado al cuello para ocultar la parte inferior de mi rostro. Es una clase de tela extraordinaria conocida como seda. Es muy poco común y vale cien veces su peso en oro. Procede de una tierra situada en los confines del mundo, y no la tejen hombres sino gusanos. Posee propiedades mágicas. Puede ahuyentar a los malos espíritus y repeler enfermedades como la peste y

la fiebre amarilla. Pero ahora sólo la utilizaba para ocultar mi rostro.

Mis facciones son tan peculiares que siempre cabe la posibilidad de ser reconocido por un amigo o enemigo. La belleza tiene un precio. Después del rostro del faraón, mi cara es posiblemente la segunda más conocida del mundo civilizado, y con ello me refiero a Egipto. Cuando me ponía el casco perdía mi rostro entre las filas de hombres sin rostro.

Mientras nos acercábamos al muelle a remo, las llamas de la antorcha parpadeaban y emitían una luz suficiente como para distinguir los contornos humanos ataviados con túnicas de los centinelas agazapados al calor de sus fuegos de vigía.

Saltaba a la vista que los oficiales cretenses no querían pasar la noche en el fuerte con el resto de los hombres. Al atardecer debieron de volver al puente con la mayoría de sus hombres para disfrutar de las comodidades de su campamento en

la orilla más lejana del canal. Esto convenía a nuestros intereses.

Mientras nos manteníamos lo más lejos del muelle que el canal nos permitía, pasamos por delante de las galeras amarradas y los muros amenazadores del fuerte. Mientras los dejábamos atrás pude distinguir delante de nosotros la hilera de lanchas que formaban el puente de pontones que atravesaba el canal.

Remamos por el canal principal hasta calcular que estábamos por lo menos a doscientos metros corriente arriba del puente de pontones. Luego hice girar la embarcación contra corriente de modo que la proa quedara en el centro del largo estrecho puente de pontones. Ordené en voz baja a los remeros que dejaran de empujar y que detuvieran los remos, de manera que la corriente nos arrastrara hasta el centro del puente.

En el último momento me enfundé el casco y nos dimos la vuelta para quedar de costado con el puente, de manera que permanecemos

inmovilizados por la banda de estribor mientras la corriente nos empujaba contra el arrecife.

Mis hombres estaban preparados para ello. Dos pequeños grupos de tres saltaron de la proa y la popa de nuestra embarcación y la amarraron al puente. El resto de los hombres, armados con hachas y espadas, saltaron por la borda del barco hasta llegar a los pontones. Sin esperar mis órdenes, empezaron a cortar las cuerdas que aseguraban y unían a las embarcaciones.

El ruido de las estocadas había atravesado el canal hasta llegar al campamento más remoto, puesto que oímos casi de inmediato a los tambores cretenses que llamaban a las armas. Estalló el caos en el campamento; los sargentos gritaban órdenes, se oía el martilleo y el estrépito de las armas sobre los escudos, el traqueteo de las armaduras y el clamor de los tambores que retumbaba hacia nosotros. Entonces vimos el destello de luz de las antorchas y el reflejo de sus llamas al chispear

sobre el metal pulido de los escudos y los petos de armadura.

Una larga columna de infantería montada irrumpió en la desembocadura del corredor que iba desde el muro de la empalizada del campamento hasta la entrada del puente de pontones. Marchando en una columna de cuatro, los cretenses arremetieron por el puente estrecho, y éste se tambaleó por efecto de los pisotones de sus sandalias tachonadas con metal.

Rápidamente, el frente enemigo cayó sobre nuestro escaso equipo, que quedó al descubierto por el destello de las antorchas. Aun así, las cuerdas amarradas entre los pontones resistieron los hachazos de mis hombres. Cuando apenas los separaban cincuenta pasos oí a uno de los oficiales que dirigía la carga gritar una orden. No entendía su idioma, pero el significado de la orden saltaba a la vista.

Sin reducir su embestida por el corredor, los soldados de infantería de las primeras líneas

retrocedieron y luego lanzaron una descarga de flechas. Los proyectiles cayeron sobre mi equipo de hombres que seguían abriéndose paso entre los recovecos que mantenía unida la línea de lanchas. Ví cómo una jabalina alcanzaba a uno de los míos por la espalda de modo que la punta de la flecha sobresalía casi un metro de su pecho. Se derrumbó tambaleándose sobre un costado de la embarcación sobre la que trataba de mantener el equilibrio y fue engullido por las aguas negras. Ninguno de sus compañeros bajó la guardia. Continuaron con pesadumbre, pero blandiendo sus hachas sobre las cuerdas de cáñamo que unían a ambos pontones.

Oí un gemido agudo cuando una de las cuerdas sucumbió, y después el traqueteo y el crujido de los tablones de los cascos chocando entre sí mientras cedía el resto de cuerdas que sujetaban las lanchas.

Luego, al fin, el puente se partió por la mitad. No obstante las dos partes desencajadas seguían

unidas por nuestro barco, que quedó atrapado entre ellas. Grité como loco a mis hacheros que volvieran a bordo. No me preocupaba mi propia seguridad. Mi única preocupación era la seguridad de mis valientes compañeros.

El torrente de cretenses armados alcanzó los pontones sin que nadie opusiera resistencia. Arremetieron contra nosotros en formación sólida, profiriendo gritos desafiantes y blandiendo sus jabalinas. Mis hombres habían roto filas para volver a nuestra pequeña embarcación y se agachaban para evitar los proyectiles que impactaban contra la madera de nuestro casco.

Entonces grité a uno de mis hombres que partiera las cuerdas que seguían uniendo nuestra nave con el centro del puente. Mis órdenes se perdieron entre el barullo. No pude hacerme entender. Así un hacha de uno de mis hombres que estaba agazapado en el pantoque y corrí hacia la proa.

Un cretense se acercó a mí por el corredor.

Ambos llegamos a la proa al mismo tiempo. Había lanzado su jabalina y se esforzaba por desenvainar su espada, que parecía haberse atascado en la funda. Pero logró desatascarla cuando nos cruzamos.

Pude ver que sonreía entre dientes debajo del casco. Pensó que me tenía a su merced y que estaba a punto de matarme. Llevó la espada hacia atrás y apuntó en dirección a mi pecho, pero había reparado en el movimiento de sus ojos, que delataban su intención, y pude anticiparme al golpe. Contorsioné mi cuerpo hasta el punto de que su espada apuntó debajo de mi antebrazo; cerré mi brazo sobre su codo.

Ahora lo había retenido. Trató de zafarse de mí, pero el suelo cedió y perdió el equilibrio. En ese momento aflojé y así su brazo armado. No estaba preparado para ello, se alejó unos pasos, extendiendo los brazos hacia mí mientras se esforzaba por recuperar el equilibrio.

Blandí mi hacha, apuntando hacia la única parte

de su cuerpo que no estaba cubierta de metal: la muñeca de la mano que sujetaba la espada. También yo tenía dificultades para mantener el equilibrio en el barco que se balanceaba y se partía, de modo que no fue un golpe perfecto. No partió su espada limpiamente, tal como quería. Pero le hizo un corte al hueso del interior de la muñeca. Oí el chasquido de los tendones al partirse. Sus dedos se abrieron involuntariamente y la espada cayó al suelo, retumbando sobre los tablones del puente. Retrocedió hacia uno de sus compañeros que estaba agazapado a sus espaldas. Entre los dos, juntos, se dirigieron a un costado del puente y cayeron al río salpicando una gran cantidad de agua. El peso de su armadura los sumergió en las profundidades de inmediato.

Yo seguía blandiendo el hacha y las dos cuerdas de amarre que aseguraban la proa de nuestro barco al puente de pontones seguían extendidas delante de mí con tanta tensión que salía agua de los nudos de la cuerda. Alcé el hacha por encima de mi

cabeza y luego apunté hacia la cuerda más gruesa, apoyando el golpe con todo el peso de mi cuerpo y todas mis fuerzas. La cuerda se partió con un golpe seco, como si de una cuerda de arco se tratara. Nuestra embarcación volcó mientras todo el peso recaía en una única cuerda más delgada. Asesté otro golpe y la cuerda se partió, retorciéndose y desenredándose en pleno vuelo. La proa de nuestra embarcación se balanceó cuando perdió el peso y la tensión, y entonces pudimos navegar siguiendo la corriente.

El efecto sobre el puente fue mucho más espectacular. Cada uno de los segmentos del puente seguía firmemente unido a sus amarres por las orillas del río. Sin embargo, ya no estaban unidos por el centro del canal y la corriente los fue separando sin dilación. Me quedé observando al nutrido grupo de cretenses que pereció en los arrecifes mientras luchaba por mantener el equilibrio y coger aire bajo sus pies.

El cambio de peso intensificó la inestabilidad

de los pontones flotantes. Los hombres ataviados con armadura perdían el equilibrio y se tambaleaban como borrachos, chocaban entre sí y se empujaban por la borda.

Comprobé horrorizado cómo uno de los pontones volcaba y una decena de hombres caía por un costado. Al cabo de unos minutos la mayor parte del destacamento cretense luchaba entre las aguas oscuras y se ahogaban como ratas en una cascada.

Lo que me resultó trágico de esta escena es que estos hombres no eran ni siquiera nuestros enemigos; toda esta destrucción había sido prevista deliberadamente para persuadirlos de la conveniencia de ser nuestros aliados. No fue un gran consuelo para mí saber que había hecho esto para Egipto y mi faraón. Me sentí horrorizado ante las consecuencias de mis acciones.

Después, haciendo acopio de una enorme fuerza de voluntad, dejé a un lado mis sentimientos de culpa y mis remordimientos. Supe que no había

vuelta atrás en lo que había hecho. Traté de olvidarme de los hombres que perecieron en esas aguas y pensé en los míos y en las bajas que habíamos sufrido. Me obligué a mirar hacia otro lado, y retrocedí hasta llegar al punto en el que pude cortar la cuerda que nos mantenía amarrados. Grité a mi tripulación, descargando mucha furia contra ellos. Les grité que volvieran a los remos y se pusieran en marcha, dando patadas y cachetes a quienes dudaban y se mostraban desconcertados.

Al fin volví a tener el remo del timón en mis manos y los hombres empezaron a remar al unísono. Aceleré el timón y éste nos condujo de vuelta al muelle de piedra debajo de la puerta principal del fuerte donde estaban amarrados los barcos del tesoro.

Salté de nuestra pequeña embarcación tan pronto como la proa tocó los escalones de piedra del muelle. Zaras estaba esperándome empuñando la

espada y jadeando de cansancio, aunque sonreía entre dientes como un necio.

—Hemos dado caza a los tres buques del tesoro, e incluso la fortaleza es nuestra —me dijo mientras apuntaba con su cuchilla manchada de sangre hacia las puertas del fuerte, que estaban abiertas de par en par—. El bullicio que montaste en el puente de pontones fue una estupenda maniobra de distracción. Redujimos a los guardias del fuerte mientras seguían observando su actuación, y no repararon en nuestra existencia. No creo que ninguno de ellos escapara, pero si lo hicieron no llegaron demasiado lejos. —Se detuvo para recobrar el aliento y luego preguntó—: ¿Cómo te fue en el puente, Taita? —Me complació escuchar que incluso en el fragor de la batalla y la victoria se acordaba de hablar en la lengua de los hicsos.

—Derruimos el puente y la mitad de las fuerzas enemigas cayeron al río y se ahogaron —le expliqué sin ofrecer más detalles, y luego me dirigí a Akemi, que echó a correr al ver que me acercaba a

la costa—. Toma el mando de esta embarcación y conserva a una docena de hombres para que remen contigo. —Señalé hacia una agrupación de pequeñas embarcaciones no tripuladas que permanecían ancladas en la cuenca que formaba el río—. Llévate las antorchas y los postes y quema estos botes, antes de que los cretenses puedan capturarlos y utilizarlos como medio de transporte para volver a atacarnos esta noche.

—Así lo haré de inmediato, mi señor —contestó Akemi.

—Quédate sólo con el mayor de ellos —continué—. Ese viejo bote de carga al final de la cola. No quemes ése. Tráelo de vuelta y lo dejaremos amarrado al muelle cuando nos marchemos.

Akemi y Zaras me miraron sorprendidos; sin embargo, fue Zaras el que se atrevió a cuestionar mis órdenes.

—¿Dejarlo para los cretenses? ¿Qué objeto tiene obrar así?

—Nos conviene para que los oficiales cretenses puedan regresar a Creta sin dilación e informar a su rey de la traición de sus aliados hicsos. Incluso el poderoso Minos de Creta se sentirá profundamente herido por la pérdida de quinientos lakhs de su plata. Cuando reciba las noticias, pedirá la sangre del rey Beón.

Esperé en el muelle y vi a Akemi y a su tripulación alejarse del muelle con rumbo a la cuenca del río. Lo vi traspasar a cuatro de sus hombres al buque de carga más grande. Izaron una vela de foque y llevaron la embarcación al muelle en el que me encontraba.

En la cuenca, Akemi permanecía de pie en la proa de nuestra pequeña embarcación. Sus hombres remaban siguiendo la línea de lanchas ancladas y Akemi encendió una antorcha al pasar junto a cada una de ellas. Sólo cuando todas ellas ardieron con fuerza me sentí satisfecho. Volví para reunirme con Zaras en medio del alboroto.

—Llévate a estos hombres, y ven conmigo —le

dije, y corrí por el muelle de piedra donde estaba amarrado el trirreme cretense más cercano—. Quiero que asumas el control de este barco, Zaras. Pero yo navegaré contigo.

—Por supuesto, maestro —contestó—. Algunos de mis hombres ya han subido a bordo.

—Dilbar será el capitán de éste —señalé al segundo trirreme—. Y Akemi se ocupará del tercer barco del tesoro minoico.

—Como usted ordene, amo. —Al parecer, Zaras me había ascendido de Taita a amo. Sin embargo, seguíamos conservando un grado de intimidad que le permitía formularme preguntas indiscretas. Cumplió mi orden de inmediato.

—Cuando salgamos a mar abierto, ¿en qué dirección navegamos? ¿Pondremos rumbo este para Sumeria o rumbo oeste hacia la costa mauritana? —Luego incluso se dignó a ofrecerme un consejo paternal—. Tenemos aliados en ambos países. En el este tenemos al rey Nimrod, el gobernante de la Tierra de los Dos Ríos. En el

oeste tenemos un tratado con el rey Shan Daki de Anfa en Mauritania. ¿Cuál de los dos será, Taita?

No respondí de inmediato. Opté por formularle una pregunta.

—Dime, Zaras, ¿qué rey o gobernante del mundo entero te confiaría un tesoro de quinientos lakhs de plata? —Zaras pareció confundido. No había pensado en ello—. Tal vez... bueno, en cualquier caso no sería Shan Daki. Su pueblo es corsario, y él es el rey de los ladrones.

—¿Qué me dices de Nimrod? —aventuré a decir—. No estoy seguro de confiarle una pieza de plata más grande que mi pulgar.

—Tenemos que confiar en alguien —protestó—, a menos que encontremos una playa desierta y enterremos la plata en ella, y luego podamos volver a recuperarla.

—¡Quinientos lakhs! —le recordé—. Tardaría un año en cavar un hoyo lo suficientemente profundo, y necesitaríamos una montaña de arena para taparlo—. Me lo pasaba en grande con su

confusión—. ¡El viento nos favorece! —levanté la vista hacia la insignia minoica, el toro dorado de Creta, que seguía ondeando en el mástil del trirreme que le había procurado—. Y los dioses siempre favorecen a los valientes.

—No, Taita —me contradijo—. El viento no sopla a nuestro favor. Sopla desde el interior del mar, directamente hacia el canal. Nos empuja contra tierra. Habrá que remar con fuerza para que nos lleve hasta las aguas abiertas del Mediterráneo. Si no confías en Shan Daki ni en Nimrod, entonces, ¿en quién confías? ¿En qué dirección deberíamos navegar?

—Sólo confío en el faraón Tamose —le contesté, y entonces me dejó entrever su frustración por primera vez.

—¿De modo que tu plan consiste en regresar al faraón por la misma ruta que seguimos aquí? ¿Deberíamos cargar con el tesoro sobre nuestras cabezas desde Ushu atravesando el desierto del Sinaí, y luego cruzar a nado el mar Rojo? Desde

allí no se tarda mucho en llegar a Tebas a pie. El faraón se mostrará sorprendido de verte; de eso puedes estar seguro –dijo en tono burlón.

–No, Zaras –le devolví el comentario con una amplia sonrisa–. Desde aquí navegaremos en dirección sur por el Nilo. Vamos a transportar a esos tres monstruos cretenses y la plata en sus bodegas directamente de vuelta a Tebas.

–¿Te has vuelto loco, Taita? –dejó de reírse–. Beón domina cada tramo del Nilo desde aquí hasta Asiut. No podemos navegar trescientas ligas por las hordas de los hicsos. Es una verdadera locura. Debido a su agitación, había abandonado la lengua de los hicsos para pasarse al egipcio.

–Si hablas el idioma de los hicsos cualquier cosa es posible –le contradije y le refuté su argumento–. En cualquier caso, ya hemos desmantelado a dos de nuestras naves y voy a quemar la tercera antes de abandonar Tamiat, únicamente para cerciorarme de que no dejamos rastro de nuestra verdadera identidad.

—En nombre de la gran madre Osiris y de su amado hijo Horus, creo que realmente hablas en serio, Taita —volvió a sonreír entre dientes—. Y tu plan consiste en que me vuelva tan loco de remate como tú lo estás, y que en medio de esta locura me muestre de acuerdo contigo, ¿verdad?

—En la batalla, la locura es sensatez. Es la única forma de sobrevivir. Sígueme, Zaras. Te conduciré a casa.

Levanté el puentecillo de la cubierta del trirreme. Había veinte hombres de Zaras delante de mí. Me di cuenta de que ya habían asumido el control de la embarcación y de los hombres que viajaban en ella. En cubierta, la tripulación cretense estaba de rodillas formando una fila con las cabezas inclinadas y los brazos plegados a sus espaldas; la mayoría sangraba debido a las heridas abiertas. Sólo quedaban seis. Los hombres de Zaras los vigilaban con las espadas desenfundadas.

—Buen trabajo, muchachos —les dije, dando

muestras de apoyo. Luego volví a dirigirme a Zaras—. Ordena a tus hombres que despojen a los prisioneros de sus uniformes y armadura, y dejadlos en tierra bajo vigilancia. —Mientras daba las órdenes, bajé por la escalerilla hasta la cubierta superior de remo. Los bancos no estaban tripulados y los remos largos estaban desarmados. Pero contaba con cincuenta de mis hombres para llenar esos espacios. Bajé sin detenerme por la siguiente escalerilla que conducía a la cubierta inferior de los esclavos. Volví a percibir ese hedor. Era tan penetrante que me costaba respirar, pero continué avanzando.

Había unas lámparas humeantes de aceite que ardían en las repisas del techo bajo, e iluminaban lo suficiente como para distinguir las filas de cuerpos semidesnudos que se agazapaban en los bancos de remo o posaban sus cabezas sobre los remos largos ante ellos mientras dormían. Los que estaban despiertos me miraron con ojos en blanco

e inexpresivos. Cuando se movían, las cadenas de sus grilletes tintineaban.

Había pensado en dedicarles un pequeño discurso, tal vez en ofrecerles la libertad cuando llegáramos a Tebas si remaban con ahínco durante mucho tiempo. Pero descarté la idea al darme cuenta de que eran criaturas semi humanas. Habían quedado reducidos al nivel de bestias por el vil y cruel tratamiento que recibieron. Mis amables palabras no significarían nada para ellos. Lo único que todavía entendían era el látigo.

Bajé la cabeza para no golpearme con la cubierta superior y avancé hacia la popa siguiendo el pasadizo entre los bancos de los esclavos hasta llegar a la puerta que estaba seguro que me conduciría hasta la bodega de carga. Había un pesado candado de latón. Zaras me pisaba los talones. Me quedé junto a él y vi cómo abría el cerrojo con la espada y daba una patada a la puerta.

Después saqué una de las lámparas de aceite de

la repisa y la sostuve muy alto mientras entraba en la espaciosa bodega de carga. Los cofres de los lingotes de plata estaban apilados de un costado a otro de la estancia. Sin embargo, había un enorme agujero abierto en el centro de esa pila. Hice un cálculo rápido del número de cofres preciosos que los cretenses ya habían desembarcado. Calculé que debían de ser un centenar, como poco.

Tuve una leve sensación de pánico y pensé en abandonar esa pequeña parte del tesoro y zarpar con lo que teníamos a bordo, pero entonces descarté esa idea.

Cuando los dioses te sonríen, Taita, aprovéchate al máximo antes de que vuelvan a fruncir el ceño, me dije a mí mismo, y entonces me dirigí a Zaras:

—Ven conmigo. Trae a tantos hombres como puedas permitirte.

—¿Adónde vamos?

Señalé al espacio vacío del montón de cofres.

—Nos dirigimos al fuerte en el que los cretenses han guardado estos cofres que faltan. En ellos

encontraremos la plata suficiente como para equipar a todo un ejército y llevarlo al campo de batalla. Debemos evitar que una parte de ese botín caiga en manos de Beón.

Subimos rápidamente a cubierta, y luego Zaras me siguió por la escalerilla que conducía al muelle. Diez de sus hombres nos pisaban los talones, trayendo consigo a los marineros cretenses prisioneros. Los habían desudado. En el interior de las puertas del fuerte encontramos a Dilbar y a treinta de sus hombres que vigilaban a los hombres y esclavos que habían capturado en tierra.

Le ordené a Dilbar que también desnudara a los cautivos. Necesitaba el mayor número posible de uniformes cretenses y todas las piezas de armadura que pudiéramos conseguir. Los oficiales minoicos lucían collares, anillos, brazaletes y pulseras de oro y plata y piedras preciosas.

—Llévate también estas alhajas de los prisioneros —le ordené a Dilbar. Seleccioné dos de

las piezas más destacadas de joyería del montón y las escondí en mi bolsito de piel. Al igual que la mayoría de mujeres, mis dos princesas adoran las alhajas bonitas y brillantes.

Centré mi atención en los esclavos capturados, que permanecían encadenados e imperturbables. Me di cuenta de inmediato que aunque eran un grupo mixto, que incluía a libios, hurrianos y sumerios, la mayoría eran egipcios. Con toda probabilidad habían sido capturados por los hicsos y entregados a los cretenses para ayudarlos a construir el fuerte. Elegí a uno de ellos, uno que tenía un rostro inteligente y no parecía haber sucumbido todavía a la desesperación.

–Llévate a ése a la estancia contigua –ordené a Dilbar, y asió al egipcio y lo arrastró hasta la antecámara del fuerte. Allí le comenté que nos dejara a solas. Cuando se hubo marchado, me quedé mirando al esclavo en silencio por unos instantes. Tenía una actitud de resignación, pero vi

un atisbo de desafío en su mirada que trataba de ocultar.

–¡Bien! –pensé. Sigue siendo un hombre.

Al fin hablé con él despacio y en nuestro dulce idioma.

–Eres egipcio –se sobresaltó y vi que me había entendido–. ¿En qué regimiento estás? –le pregunté, pero se encogió de hombros fingiendo que no entendía. Bajó la mirada hacia sus pies.

–¡Mírame! –le ordené, y me saqué el casco de bronce y el paño liso de seda que cubría la mitad inferior de mi rostro–. ¡Mírame! –le repetí.

Levantó la cabeza y se llevó una sorpresa.

–¿Quién soy yo? –le pregunté.

–Eres Taita. Te vi en Luxor en el Templo de Hathor cuando era niño. Mi padre me dijo que eras uno de los egipcios vivos más grandes –susurró extrañado, y luego se postró a mis pies. Me conmoví ante esta muestra de veneración, pero mantuve firme mi tono de voz.

–En efecto, soldado. Soy Taita. ¿Quién eres tú?

—Soy Rohim, del regimiento veintiséis de los aurigas. Fui capturado por los cerdos de los hicsos hace cinco años.

—¿Regresarás conmigo a nuestro Egipto? —le pregunté, y él sonrió. Le faltaba un diente en la mandíbula superior, y tenía el rostro amoratado. Le habían dado una paliza, pero seguía siendo un guerrero egipcio y su respuesta era firme.

—¡Soy tu hombre hasta el día de mi muerte!

¿Dónde guardan los cretenses los cofres que ayer os obligaron a descargar del barco?

—En la sala protegida del fondo de la escalera, pero la puerta está cerrada.

—¿Quién tiene la llave?

—El gordo con el fajín verde. Es el amo de los esclavos.

Ya había visto al hombre que describía. Era uno de los que estaba arrodillado con el resto de prisioneros.

—¿También tiene la llave de tus grilletes,

Rohim? La necesitarás, porque vuelves a ser un hombre libre. –Sonrió al pensar en ello.

–Guarda las llaves en una cadena que lleva colgada de la cintura. Las esconde debajo de su fajín.

Supe por Rohim que más de ochenta esclavos del fuerte eran arqueros y aurigas egipcios capturados. Cuando les sacamos los grilletes, se esforzaron por sacar los cofres de plata del fuerte y guardarlos en la bodega del trirreme de Zaras.

Mientras se producía este traspaso de cofres de plata, Rohim me condujo hasta la armería. Cuando abrimos la puerta de par en par, me encantó ver toda una amplia variedad de uniformes, armadura y armas que guardaban en ese lugar.

Ordené que el equipo entero fuera transportado a los barcos y guardado en la cubierta principal de remo, donde podríamos acceder fácilmente a él.

Por último, encerramos a todos los cretenses capturados en sus propias barracas de esclavos, y embarcamos en los otros tres trirremes.

Había dividido a nuestros hombres disponibles equitativamente en los tres barcos, de modo que todos los bancos de remo estuvieran completos. Di la orden de que los esclavos que seguían encadenados en las cubiertas inferiores recibieran una comida de pan duro, pescado seco y cerveza que habíamos encontrado en los almacenes del fuerte. Fue patético ver cómo se llevaban la comida a la boca con sus manos callosas y oscurecidas por la suciedad y sus propios excrementos secos. Se tragaron la cerveza que les dimos hasta que sus estómagos encogidos no aguantaron más. Algunos la vomitaron entre los pantoques que se abrían entre sus pies desnudos. Pero el alimento y el trato amable los había vivificado. Supe que me servirían.

Cuando el sol del amanecer brillaba por el este, nos dispusimos a zarpar. Me coloqué en mi lugar de proa en el trirreme principal junto a Zaras, ataviado con el casco de hicso y tapándome la nariz y la boca con el pañuelo de seda.

Zaras ordenó desamarrar, y el tambor de cada cubierta de remo dio la señal. Los remos largos se hundieron en el agua, tiraban y ascendían de nuevo siguiendo el ritmo de los tambores. Comunicé la orden a los hombres de los remos principales y nos dirigimos hacia el canal principal del río. Los otros dos trirremes zarparon a nuestras espaldas. Formábamos una fila por la popa y nos dirigíamos decididamente por el sur hacia la capital de los hicsos recorriendo doscientas leguas de vía fluvial controlada por el enemigo.

El humo de las naves que seguían quemando flotaba sobre una densa orilla del río, y de vez en cuando cubría el campamento cretense por el otro lado. Pero cuando una bocanada de viento del norte partió la cortina de humo, vi que mis naves no eran las únicas que habían sido sorprendidas cuando me dirigí hacia el sur.

Las tropas del campamento cretense que habían sobrevivido a la destrucción del puente de pontones se habían congregado en la ribera abierta

con todo sus aparejos de guerra. Los oficiales que las dirigían habían elegido un punto en el que el canal fluvial navegable discurría junto a la orilla. Las filas de sus arqueros seguían el borde del agua por lo puntos más cercanos del canal. Tenían previsto que tomáramos el afluente hacia el norte hasta llegar a mar abierto. Llevaban los arcos y cada hombre tenía una flecha lista y colocada para disparar.

Cuatro de sus oficiales, los de los penachos altos en los cascos y los adornos brillantes en el pecho y hombros, iban a caballo. Se colocaron detrás de las formaciones de arqueros, preparándolos para dirigir las flechas de sus hombres al pasar por nuestra ruta hacia el mar Mediterráneo.

Se sorprendieron al ver que virábamos por el ramal sur del canal y que nos alejábamos de ellos. Nadie reaccionó por unos instantes. Sólo cuando el trirreme comandado por Dilbar siguió a nuestro barco por el recodo empezaron a actuar. Cuando

Akemi, cuya embarcación ocupaba la retaguardia de nuestro escuadrón, empezó a seguirnos, las voces de los oficiales cretenses que gritaban órdenes se volvieron frenéticas. Me llegaron a través de las aguas, y me eché a reír cuando los vi espolear sus caballos por la ribera del río en un intento fallido por ir delante de nosotros.

Los arqueros cretenses rompieron sus filas perfectamente ordenadas y echaron a correr sin ton ni son detrás de sus oficiales, pero mientras empezábamos a alejarnos sin piedad de todos ellos, se detuvieron. Levantaron sus arcos y enviaron una descarga de flechas tras otra siguiendo una trayectoria elevada. Sin embargo, todos estos intentos fueron infructuosos y las flechas cayeron en la estela del barco de Arkemi.

Los oficiales montados se negaron a abandonar la persecución. Fustigaban a sus animales y los condujeron hasta el camino de sirga para intentar dar alcance a nuestra flotilla. Cuando poco a poco se fueron acercando al trirreme de Akemi,

desenvainaron las espadas. Se quedaron en el estribo profiriendo insultos y provocaciones al otro lado de la orilla de donde se encontraban los hombres de Akemi.

Akemi había cumplido mis órdenes estrictas de no disparar flechas a los minoicos. Aunque habrían sido un blanco fácil para sus arqueros situados en la cubierta superior de su trirreme, él y los suyos les hicieron caso omiso. Esto pareció enfadar a los minoicos. Avanzaba al galope por el caminito, alcanzando primero la nave de Akemi y después la de Dilbar. A final llegaron al mismo nivel en el que me encontraba en el barco principal.

Mis hombres acataron las órdenes de que no hicieran ningún intento por esconderse. El cuarteto de oficiales cretenses pudo ver nuestros uniformes hicsos auténticos y sus adornos desde una distancia de escasos cientos de pasos mientras avanzaban dificultosamente por el camino de sirga con la intención de dar alcance a nuestras naves.

Para entonces ya habían recorrido más de tres leguas siguiéndonos, y sus caballos estaban empezando a dar muestras de agotamiento. Cuando se levantó una brisa tierra adentro desde el Mediterráneo y ésta fue cobrando fuerza, arrastrándonos hacia el sur, nos alejamos de ellos con un ritmo sostenido. El camino de sirga desembocaba en una marisma. Los cascos de los caballos expulsaban lodo negro y los animales luchaban por no hundir las patas en el barro. Se vieron obligados a abandonar la persecución. Detuvieron a sus caballos mientras observaban desesperados cómo nos alejábamos de su posición.

Yo estaba complacido por cómo se había desarrollado la operación. Los oficiales minoicos habían visto todo lo que querían que viera, que eran tres barcos cargados de piratas hicsos con quinientos lakhs de lingotes de plata del Minos Supremo navegando por el río en dirección sur hacia la capital del rey Beón en Menfis.

Ahora llegó el momento de empezar la transformación en nuestro próximo papel. Di la orden de que los uniformes cretenses y las armas que habíamos confiscado en la fortaleza de Tamiat fueran llevados a cubierta. Entonces nuestros hombres, riéndose y haciendo bromas, se despojaron de los uniformes hicsos y los aparejos y los sustituyeron por todo un despliegue de esplendor militar minoico, desde cascos dorados a espadas grabadas y botas de cuero fino que llegaban a la altura de las rodillas.

Tanto Akemi como Dilbar habían recibido mi orden estricta de no permitir que sus hombres dejaran o tiraran los uniformes hicsos por el río. Si eran arrastrados por la corriente y recuperados por las tropas de Tamiat, entonces descubrirían mi engaño.

Los cretenses no tardarían mucho en darse cuenta de que les habíamos dado esquinazo. Así que hice un fardo con las prendas hicsas y lo

guardé todo en un rincón de las cubiertas inferiores.

Como el viento soplaba directamente en la retaguardia, nuestras velas se hinchaban y los remos se alzaban y descendían como las alas plateadas de una bandada de enormes cisnes blancos en vuelo. Avanzamos por el sur a buen ritmo. Estos trirremes minoicos eran los barcos más grandes y rápidos que existían. A pesar de la enorme carga de hombres y plata que transportaban, su velocidad era asombrosa. Además de la velocidad, se notaba una emoción contagiosa por el hecho de saber que nos dirigíamos a casa, y eso puso de buen humor a mis hombres.

Mientras dejábamos el delta y sus numerosos afluentes a nuestras espaldas y salíamos por fin al río principal, los tres barcos de nuestra flotilla se abrieron formando una misma línea y navegando a toda vela hacia el sur. Los miembros de la

tripulación lanzaban pullas e insultos amistosos de un trirreme a otro.

Pasamos por delante de unos barcos pesqueros anclados y adelantamos a otras pequeñas embarcaciones cargadas de mercancías de consumo y de comercio. Al pasar por delante pude fijarme en ellas desde lo alto de nuestra cubierta superior. Ví unos cuantos rostros egipcios entre las tripulaciones que nos miraban atónitos mientras los adelantábamos, pero la mayoría eran hicsos.

Para mí es muy fácil ver la diferencia entre estas dos razas. Mis egipcios son un pueblo agraciado con rostros vivaces e inteligentes, frentes altas, ojos grandes y separados entre sí, y facciones bellamente esculpidas. En definitiva, uno es capaz de ver a simple vista que son una raza superior.

Por otro lado, los hicsos poseen escasos atributos. No tengo ningún prejuicio hacia ellos. Sin embargo, tengo razones para aborrecerlos con un odio profundo y amargo. Son ladrones y

bandidos; cada uno de ellos, sin excepción. Se deleitan con la crueldad y la tortura. Su lengua tosca y gutural ofende a los oídos de los hombres civilizados. Adoran a Seth, que es el más necio de todos los dioses. Nos han robado nuestra tierra y esclavizado a nuestro pueblo.

Pero no guardo rencor. Aborrezco a los rencorosos. De hecho, he intentado hacer lo posible para hallar rasgos dignos de mención en el carácter nacional de los hicsos. Todos los dioses saben que no es error mío no haber dado todavía con uno.

Mientras analizo algunos ejemplos de esta desdichada raza, se me pasó por la cabeza el hecho de que en algún momento del futuro sería adecuado expresar mi desacuerdo de un modo más concreto y sin ambigüedades. Debería hacer un gesto en el que incluso el rey Beón pudiera considerar como bien merecido.

Ése será un día dichoso para todos los egipcios, pensé. Sonreí, y entonces el pensamiento persistió

en mi mente: ¿por qué ese día no debería ser más temprano que tarde? Se me ocurrió el plan entero, y sólo tarde unos instantes en concebirlo y en verlo nacer.

Había visto varios rollos de papiro y una tabla de escritura en el camarote del capitán en la cubierta inferior. Los cretenses son un pueblo culto. Emplean una variedad de escritura cuneiforme que no es muy distinta a la de los sumerios. Puedo leer y reconocer los símbolos, aunque confieso que todavía no puedo mantener una conversación en el idioma minoico.

Tal como cabía esperar, los hicsos son completamente analfabetos. Sin embargo, supe por mis espías que han capturado y esclavizado a escribas egipcios para que lean, escriban o traduzcan nuestros jeroglíficos por ellos.

También supe que han aprendido de estos escribas el uso de las aves para enviar mensajes rápidamente y a grandes distancias. Al igual que los simios, los hicsos son buenos imitadores;

aunque rara vez son capaces de resolver un problema de forma original, suelen copiar los inventos de mentes superiores a la suya.

Me disculpé ante Zaras con unas breves palabras y bajé corriendo al camarote de la cubierta inferior. Los aparejos de escritura estaban donde los había visto por última vez. Había un cofre ornamental decorado con miniaturas de Thoth, el dios con cabeza de ibis de la escritura.

Me senté a horcajadas sobre la cubierta y abrí el estuche de escritura. Me alegré al comprobar que aparte de los rollos de papiro de tamaños y formas distintas había una selección de pinceles y bloques de tinta. El estuche contenía cuatro vainas en miniatura del tamaño de mi pulgar, tejidas con esmero a partir de los filamentos de la crin de un caballo. Las vainas podían atarse a la pata de una de las palomas comunes que criábamos para uso alimentario. Estas aves también poseen la extraña habilidad de regresar sin equivocarse al mismo nido del que nacieron, y por eso no fallan cuando

llevan consigo las pequeñas vainas atadas a sus patitas.

Elegí sin pensarlo un pedacito de papiro para que cupiera en la vaina de la paloma. Luego seleccioné el pincel más delgado de escritura y un bloque nuevo de tinta molida del bloque de carbón.

No tuve que pensar en el contenido de mi mensaje porque lo tenía todo en la cabeza. Cuando es necesario soy capaz de escribir jeroglíficos que no sólo son pequeños y pintados con precisión, sino también lúcidos y legibles, puesto que tengo maña para la escritura.

Al poderoso Beón, faraón del Egipto Superior e Inferior. –Empecé con el saludo acostumbrado. Evidentemente él no era nada de eso, pero él aspira a tener estos atributos—. Yo, Minos

Supremo de Creta, te saluda. Como muestra de nuestra amistad y favor, le envío a Su Excelencia tres de mis grandes barcos del tesoro cargados con mercancías. Zarparán el segundo día del mes de Epiphi desde mi destacamento de Tamiat en el delta del Nilo. Confío en que lleguen a su palacio de Menfis en el quinto día de ese mismo mes. He tardado en informarlo de estos sucesos, esperando al último momento, para evitar que esta información caiga en manos de hombres perversos antes de que llegue a su noble conocimiento. Confío en su buen hacer para recibir estas informaciones con el mismo

espíritu de respeto y entendimiento con el que se envían.

Tan pronto como la tinta se secó enrollé con cuidado mi pequeño pergamino y lo guardé en una de las vainas de paloma. Lo sellé con una gota de goma arábica. Luego me marché del camarote y descendí a la cubierta inferior para dirigirme a la puerta de entrada de la bodega.

El cerrojo no había sido sustituido desde el trato tan duro que le administró Zaras. Pude abrir fácilmente la puerta con la mano. La cerré tras de mí. El cofre que había abierto para inspeccionar sus contenidos permanecía apartado del resto. La tapa había perdido el mecanismo de seguridad. Volví a forzar su apertura con mi puñal, tal como era acostumbrado en mi tradición cretense. Luego me arrodillé ante él y saqué uno de los lingotes de plata. Era pesado pero lo coloqué en el bolsillo de mi cinturón. Luego regresé a la cubierta superior y

me coloqué a un costado de Zaras. Le hablé en voz baja para que ningún miembro de la tripulación pudiera escucharme.

—En el transcurso de la próxima hora deberíamos llegar al puerto fluvial de Kuntus, donde Beón tiene un puesto aduanero para recabar impuestos de los buques que pasan.

Zaras me interrumpió con una sonrisa ahogada.

—Eso no tiene la menor importancia, amo Taita. No nos retrasaremos. Los apartaré como si fueran mosquitos.

—No, Zaras. Reducirás la intensidad de los remos y las velas para dejar que se acerque la lancha de recaudación. Cuando lo haga, te mostrarás respetuoso con esas personas. Debo quedar bien con el recaudador, porque necesito su cooperación.

Me di media vuelta hacia un costado del barco antes de que él me atosigara a preguntas. Lo cierto es que no estaba seguro de lo que nos encontraríamos al llegar a Kuntus.

Avanzamos río arriba, dejando atónitos a los barcos que nos encontrábamos por la ruta. Éramos los más rápidos del Nilo. Ni siquiera un hombre montado a caballo podía superarnos ni dar el aviso de nuestro acercamiento. Tan pronto como nos veían acercarnos contracorriente, los barcos trataban de evitarnos apartándose hacia la orilla o dejando caer las velas y virando hacia el norte para permitir que la corriente los alejara de nuestro curso. No sabían quiénes éramos. Pero en estos tiempos de incertidumbre, cargados con el humo de las nubes de guerra cerniéndose sobre el mundo, ningún hombre sensato quiere asumir riesgos.

Cuando viramos por otro amplio recodo del río vi el puerto de Kuntus abriéndose desde la orilla este ante nosotros. Lo reconocí por la elevada torre de vigilancia de piedra que se erigía sobre la colina que dominaba la ciudad. Había una enorme bandera negra ondeando en un poste colocado en la parte superior de la torre. Era el emblema del

recaudador de impuestos. Supe que habría hombres apostados en la torre para detectar cualquier nave que tratara de cruzar sin pagar el impuesto.

Mientras nos acercábamos al puerto, otra bandera negra de recaudación de impuestos ondeaba en una faluca que zarpó del malecón para interceptarnos en mitad del río. Ordené a Zaras que plegara las velas y detuviera los remos para que la faluca pudiera acercarse. Había varios hicsos fuertemente armados y congregados en la cubierta abierta de la faluca. Zaras se inclinó para mirar por un costado del barco e inició una conversación a gritos con uno de ellos, quien nos comunicó que se llamaba Grall y que era el recaudador provincial de impuestos.

Me sentí muy aliviado al ver que la conversación discurría en la lengua de los hicsos. Si esta persona, Grall, se hubiera dirigido a nosotros en minoico habría sido muy difícil tratar de explicar por qué nadie de los que estaban a

bordo de un trirreme minoico hablaba una palabra de ese idioma. En ese momento decidí que a la menor oportunidad iniciaría un estudio sobre este tema. Gracias a mi habilidad con los idiomas, estaba seguro de que en cuestión de meses podría hacerme pasar por un oriundo de Creta.

Desde la cubierta de la faluca, Grall pedía permiso en nombre del rey Beón para subir a bordo de nuestra embarcación. Tal y como le había encomendado, Zaras no se demoró en ordenar de inmediato a nuestra tripulación que desplegara una escalerilla de cuerda para que Grall pudiera subir a bordo. Era un hombre bajito y nervudo, de modo que pudo trepar por la cuerda con la misma habilidad de un simio.

—¿Es usted el capitán de este barco? —le preguntó a Zaras—. Es mi deber inspeccionar la cédula de su nave.

—Por supuesto, señor —accedió Zaras—. Pero primero déjeme invitarle a mi camarote para tomar una copa de nuestro excelente vino minoico, y

luego le enseñaré todo lo que me pida. –Asió al hombre bajito por el brazo en un gesto amistoso y lo acompañó por el corredor hasta el camarote del capitán.

Hasta ese momento yo me había mantenido en un segundo plano. Esperé hasta que oí a Zaras cerrar la puerta del camarote debajo de mis pies. Luego los seguí en silencio por debajo de la cubierta.

Zaras y yo habíamos planificado los detalles de este encuentro, y había tomado la precaución de abrir una mirilla en el ojo de buey a través de la cual pudiera ver y escuchar todo lo que pasara en el camarote. Ahora veía que Zaras había acomodado al visitante de caras a la mirilla. Grall guardaba un parecido más que inquietante con un enorme sapo venenoso. Tenía sus mismos ojos de cuentas pequeñas y una boca ancha. Además, tenía el rostro adornado con varias verrugas de gran tamaño. Cuando se bebió un trago del vino que Zaras le había servido, todo su cuello se contrajo como si se hubiera tragado una rata de agua, que es

el alimento preferido de los sapos grandes. La escena me pareció fascinante por ser un fiel reflejo de la naturaleza.

—Doy por sentado que usted está informado de que el rey Beón ha concedido una exención tributaria a nuestra nave. —Zaras hablaba con un tono de voz que transmitía respeto y sensatez.

—Es a mí a quien le corresponde determinar si la nave es apta para esta exención, capitán. —Grall bajó su jarrita de vino—. No obstante, aunque le corresponda dicha exención, es posible que tenga que cobrarle por mis servicios. —Su sonrisa era taimada y tenía una doble intención. —Pero será una suma menor, eso se lo aseguro.

—Lo entiendo —asintió Zaras con la cabeza—. Todos tenemos que ganarnos la vida. Sin embargo, le estoy agradecido por tener la oportunidad de hablar con usted en privado. Tengo que enviar un mensaje a Menfis informando al rey Beón de nuestra inminente llegada. Transporte para él una gran cantidad de lingotes de plata como tributo de

nuestro Minos Supremo. –Zaras rebuscó debajo de la mesa y sacó el lingote de plata que le había dado antes. Lo colocó sobre la mesa entre los dos—. He aquí una muestra.

Grall apartó lentamente la jarrita de vino y plantó su mirada en el lingote. Sus ojos parecieron salirse de las órbitas. Su boca de sapo quedó entreabierta de modo que el vino le goteaba de los labios y manchaba su barba. Pareció quedarse sin habla. Seguramente nunca había visto un tesoro como ése en toda su vida.

–Me pregunto si dispone de aves mensajeras aquí en Kuntus; aves que puedan volar a Menfis y llevar mi mensaje a su rey para avisarle de nuestra llegada a la capital –continuó Zaras.

Grall carraspeó y asintió con la cabeza. Era incapaz de articular una frase coherente o de apartar la mirada de esa brillante barra de plata.

–Tal vez deberíamos considerar este lingote como pago por sus valiosos servicios. –Zaras dio un empujoncito al lingote en dirección a su

interlocutor—. Como muestra del acuerdo que existe entre nuestras dos grandes naciones. —Zaras dejó la vaina de paloma que contenía mi misiva junto al lingote—. Éste es el mensaje que debe enviarse a su rey Beón, si le parece bien.

Grall plantó una de sus manazas sobre la mesa como si fuera una enorme araña peluda y la plantó sobre el lingote de plata. Lo levantó con un gesto reverencial y lo introdujo dentro del chaleco de cuero manchado que lucía; cuidó de abrochárselo bien. Sus manos temblaban de la emoción. El lingote sobresalía debajo de su chaleco, pero lo llevaba bien sujetado en su regazo con la misma ternura que una madre amamanta a su bebé.

Se levantó zarandeándose y con la mano que tenía libre recogió la vaina de la paloma.

—Entiendo que está implicado en asuntos de estado, Su Excelencia. —Hizo una larga reverencia a Zaras—. Por favor, perdone mi intromisión. Desde luego, lo consideraré un privilegio enviar su mensaje al rey Beón utilizando una de mis aves.

El rey recibirá su mensaje en sus propias manos antes del atardecer de esta misma noche. Ni siquiera con este magnífico barco podrá llegar a Menfis antes del mediodía de dos jornadas.

—Es usted muy amable. Ahora lo conduciré de vuelta y a salvo hasta su faluca —se ofreció Zaras, pero Grall ya había subido la mitad de la escalerilla que conducía a la cubierta superior.

Zaras y yo vimos cómo la faluca regresaba rápidamente hacia Kuntus. Nos quedamos a ver cómo Grall desembarcaba a trompicones en el malecón y echaba a correr hacia el interior del pueblo. Sólo entonces asentí con la cabeza a Zaras. Desplegamos las velas y activamos los remos para reanudar nuestra ruta hacia el sur.

Miré por detrás de nuestra popa y vi a un jinete que partía de los edificios desperdigados de Kuntus y se dirigía al galope hacia la torre de vigilancia situada en el cabo. Protegí los ojos procurándoles una sombra con la palma de mi mano y vi que el jinete se detenía al pie de la torre

y entregaba las riendas a un mozo. Después descabalgaba y se apresuraba a entrar en el edificio de gran altura.

Poco después, el mismo hombre reapareció en el piso superior de la torre. Su perfil quedaba dibujado sobre el fondo del cielo mientras alzaba ambas manos por encima de su cabeza. Una paloma morada empezó a revolotear en sus manos ahuecadas y no tardó en alzar el vuelo.

El pájaro rodeó tres veces la torre y luego se dispuso a volar decididamente hacia el sur. Llegó hasta el curso medio del río, y luego subió con rapidez. Pero mientras sobrevolaba nuestra embarcación, lo hizo a tan poca altura que no me costó imaginarme que el ave llevaba la diminuta vaina atada a una de las patas que estaba arremolinada junto a su cola emplumada.

Navegamos hacia el sur durante el resto de la tarde. Luego, tan pronto como el sol se hundía bajo

las colinas de la ribera oeste, ordené a Zaras que encontrara un fondeadero seguro para pasar la noche. Eligió un tramo de aguas poco profundas en un recodo del Nilo que quedaba apartado de la corriente principal.

Supe que Grall había acertado en sus cálculos, y que seguíamos estando a un día y medio de navegación del norte de Menfis. Zaras hizo vigilar el ancla a bordo de nuestras tres naves. Luego apostó a varios centinelas más en tierra para asegurarnos de que ningún bandido se colara en nuestras filas aprovechando la oscuridad de la noche.

Mientras cenábamos alrededor de un fuego de campamento, departí con mis tres capitanes la táctica para abordar a un navío enemigo. Había estudiado la teoría de esta maniobra durante la escritura de mi famoso tratado sobre tácticas navales de guerra. Les expliqué con todo lujo de detalles cómo infligir el mayor daño posible en un barco enemigo y su tripulación, sin llegar a

destruir tu barco ni sacrificar a tus hombres a lo largo de este proceso. Dejé claro que lo más importante en estos casos es mostrar a tus hombres la posición en brazas que deben adoptar antes de llegar a colisionar con un buque enemigo.

En cuanto a lo demás, fue una noche tranquila y sin incidentes. Nos pusimos en marcha una vez más antes del amanecer, y tan pronto como observamos un atisbo de luz que nos permitiera discernir el canal de navegación, levamos las anclas y zarpamos de nuevo. El viento había arreciado durante la noche, soplando con fuerza por el noroeste. Nos empujó con tanta velocidad que la espuma que salpicaba por la proa mojaba nuestros rostros cuando nos acercábamos a la borda. Los hombres estaban contentos. Incluso los esclavos que seguían encadenados en las cubiertas inferiores habían respondido bien al incremento de sus raciones y a mi promesa de manumisión cuando llegáramos a Tebas. Podía oírlos cantar incluso desde mi posición frente al timón.

Creo que yo era probablemente el único hombre a bordo que tenía alguna duda sobre nuestra empresa. Todo había ido tan bien desde que abandonamos Tebas que los hombres estaban empezando a creer que eran infalibles e invencibles. Sabía perfectamente que estas suposiciones eran falsas. Ni siquiera yo sabía lo que encontraríamos al llegar a Menfis. Empecé a lamentarme con amargura de haber tenido el atrevimiento de avisar a Beón de nuestra llegada. En retrospectiva, pensé que habría sido mucho mejor y más seguro acercarse a su capital con remos amortiguados y en plena noche. No me apaciguó el hecho de que Zaras se acercara al lugar en el que estaba haciendo estas cavilaciones a un costado del barco y me diera unas palmaditas por la espalda con tal vigor que el gesto me hizo zarandear.

—A pesar de tu reputación, nunca me había dado cuenta de que eres un imprudente y un temerario, Taita. Sé que nadie habría ideado estas

incursiones, excepto tú. Deberías componer una balada para celebrar tu heroicidad. Si no lo haces tú, entonces me veré obligado a hacerlo yo en tu nombre. —Se puso a reír a carcajadas y me dio otra palmada. Dolió más que la primera.

Aunque estábamos navegando por territorio egipcio, había sido conquistado por nuestros enemigos muchos años atrás. No había vuelto a visitar esta parte del río desde mi juventud. Era un terreno desconocido para mí, como para cualquier otro hombre de a bordo, salvo por una excepción.

Este hombre era Rohim, el auriga del destacamento veintiséis, el esclavo egipcio que encontré y liberé en la fortaleza de Tamiat. Había sido prisionero de los hicsos durante cinco años y la mitad de ese tiempo estuvo encadenado en los bancos de remo de una galera que patrullaba esta sección del Nilo.

Se quedó detrás de Zaras y de mí mientras navegábamos el trirreme en dirección sur a toda vela y remando a toda velocidad. Era capaz de

señalar los recodos y las curvas del canal fluvial mucho antes de llegar a ellos, y nos advertía de cualquier obstáculo oculto bajo la superficie.

Anclamos al caer la noche. Pero al amanecer del día siguiente volvimos a navegar a toda vela surcando hacia el curso norte del Nilo. Era el quinto día del mes de Epiphi, el día en que, según le comuniqué a Beón, debía esperar nuestra llegada a Menfis.

Navegamos durante cuatro horas hasta que al final nos adentramos en un recodo en forma de pasadizo estrecho que discurría entre unos peñascos. Desembocaba en un tramo de aguas tranquilas que se abría más de dos leguas por delante de nosotros.

—Éste es el último tramo antes de llegar a Menfis —nos explicó Rohim—. El canal gira a la izquierda al final de este estrecho y la ciudad de Menfis se extiende por ambas riberas justo por delante del recodo.

—¡Abandonen los remos! —ordenó Zaras—. Que

los remeros descansan hasta llegar a ese recodo. Que beban de las tinajas. Tienen que estar listos para conducirnos a gran velocidad cuando yo dé la orden. —Los otros dos trirremes siguieron nuestro ejemplo tan pronto como desarmamos los remos las tres naves continuaron por el estrecho navegando sólo con el velamen.

El río estaba repleto de barcos de todo tipo y tamaño; desde galeras a lugres y lanchas. Se comportaban de un modo completamente distinto de cualquier otra embarcación que habíamos conocido hasta ese momento. Aunque nos cedían el paso con respeto, no trataban de huir de nosotros. Las tripulaciones nos saludaban con la mano o a gritos al pasar.

—Nos están esperando —le dije a Zaras con un tono complaciente, tratando de ocultar mi alivio—. Al parecer, nuestra paloma ha encontrado su camino de regreso al palomar.

Zaras me miró con un gesto de sorpresa poco disimulado.

–¿No es esto lo que tenías previsto? ¿Acaso esperabas algo menos que esto? –preguntó, y yo negué con la cabeza y me di media vuelta. Me resulta desalentador que los hombres esperen que haga milagros de forma rutinaria. Sé que soy más astuto y listo que la mayoría de otros hombres, pero en mi opinión la suerte es preferible a la inteligencia y la suerte es una dama inestable. Nunca puedo estar seguro de cuándo me abandonará.

Recorrí las filas de bancos y me encontré con la misma confianza infantil y expectativas desmesuradas. Los hombres me saludaban con sonrisas y bromitas, que yo les devolvía con inocencia. No obstante, mi verdadero propósito era comprobar que los arcos que estaban escondidos debajo de los bancos estuvieran a punto y que las aljabas junto a ellos estuvieran llenas.

Con el viento soplando desde la popa en punto muerto, nos abrimos paso entre las aguas y el

último recodo del río pareció salir a nuestro alcance. Sin ninguna sensación de urgencia, sonriente y haciendo bromas con los hombres, regresé a mi puesto en el timón.

Eché un vistazo a nuestro casco para asegurarme de que los trirremes de Dilbar y Akemi estaban en formación de ataque en punta de flecha en cada flanco. Tanto Dilbar como Akemi levantaron sus respectivos brazos derechos para saludarme y para señalar que estaban preparados para la batalla.

Asentí con la cabeza ante Zaras mientras doblábamos por la curva y éste gritó una sola palabra: «¡Remos!».

Extendimos nuestras alas, y las hojas emplumadas de los remos surcaron la superficie.

—¡Tirad! —di la orden y las palas se sumergieron de manera que fuimos cobrando impulso hacia adelante, prácticamente duplicando nuestra velocidad. Los tamborileros marcaban el ritmo y lo iban incrementando a medida que avanzábamos.

De repente, nos encontramos en medio del

recodo. Las riberas del río se abrieron por ambos costados y la ciudad de Menfis se extendía ante nosotros. La deslumbrante luz del sol se reflejaba desde las paredes y las torres de mármol, desde las cúpulas y las torres revestidas de pan de oro. El esplendor de los palacios y los templos que se erigían ante nuestros ojos competían con el de mi amada Tebas.

Cada ribera del río estaba bordeada con tres o cuatro filas de pequeñas embarcaciones, y cada una de ellas estaba llena de gente. Formaban una muchedumbre imposible de cuantificar. La mayoría de los botes tenían velamen y lucían banderines blancos y rojos; sabía que eran los colores hicsos de la alegría y la felicidad. La muchedumbre blandía hojas de palma en señal de bienvenida. Sus voces se erigían en un tumulto de melodías y cánticos nativos.

La vía principal del centro del Nilo había sido despejada para dejarnos pasar. En el extremo de esta vía fluvial estaban ancladas varias barcazas

lujosamente pintadas y galeras de río. En el centro de esta agrupación estaba la barcaza real que hacía empequeñecer a todas las demás, a excepción de nuestro trío de trirremes.

—Aumenta a velocidad de embestida. —Alcé el tono de voz por encima del tumulto para que Zaras me escuchara—. La barcaza roja del centro de su fila debe ser la de Beón. Apunta hacia ella.

Me llevé ambas manos a la cabeza para asegurarme de que mi máscara de seda cubría la parte baja de mi rostro justo por debajo de los ojos, y luego me enfundé el casco de bronce con determinación. Quería estar del todo seguro de que nadie en la corte de Beón pudiera reconocerme en cualquier momento del futuro.

Los dos hombres que manejaban el remo principal conservaban el ariete de bronce en la proa de nuestro trirreme apuntando infalible hacia el centro de la barcaza de estado del rey Beón. Los otros dos trirremes de nuestro escuadrón conservaron su posición a media distancia del

barco por ambos lados y ligeramente por detrás de nosotros, de modo que pudiéramos ser los primeros en disparar. Nuestro tamborilero tocó un redoble que indicaba velocidad de embestida, y pude notar cómo mi propio ritmo cardíaco se correspondía con esa pulsación.

La distancia entre nosotros y la barcaza roja se redujo drásticamente de cuatrocientos pasos a doscientos. Pude darme cuenta de que la nave estaba anclada en proa y en popa, de manera que quedaba de costado respecto de la corriente. En el centro de la cubierta superior había una pirámide coronada por un toldo. Debajo de esa lona pude distinguir el trono sobre el que descansaba una voluminosa forma humana. Pero seguía estando muy lejos como para poder asegurarme de los detalles.

En las inmediaciones del trono se desplegaba la guardia de honor de piqueros, todos ellos fuertemente armados y ataviados con armadura.

Sus cascos y armillas eran toda una reluciente exhibición bélica.

A cada lado de la barcaza real había ancladas varias embarcaciones pequeñas que formaban una fila. En su interior estaban los cortesanos del séquito de Beón. Me pareció que eran varios centenares, pero resultaba imposible juzgar su número con precisión porque estaban muy juntos, y la mayoría eran mujeres ocultas detrás de hombres más altos. Todos reían, saludaban y se mostraban alegres. Algunos de los hombres llevaban la armadura ceremonial y unos cascos ornamentales de metal. Los demás, tanto hombres como mujeres, con telas brillantes y exóticas de cualquier color inimaginable. Eran tan fantásticos y variopintos como una nube de mariposas recién salidas de su cascarón, revoloteaban, se arremolinaban y bailaban al son del viento.

En una embarcación más pequeña, que estaba amarrada junto a la gran barcaza real, una banda de músicos tocaba melodías bárbaras de los

hicsos. Era una cacofonía de tambores y laúdes, de trompetas de cuerno de animal, de instrumentos de viento de madera y flautas de junco.

Avanzábamos tan rápido por la barcaza real que ahora podía distinguir los detalles que antes no lograba ver a lo lejos. En la parte superior del estrado con forma de pirámide, debajo del toldo pintado, en su trono de plata batida, estaba sentado el rey Beón. Había subido a ese trono después de la muerte del rey Salitis, su padre.

Lo reconocí a primera vista. Lo había visto antes en el campo de batalla de Tebas. Había sido el comandante del flanco izquierdo de los hicsos, con cuarenta mil soldados y arqueros a sus órdenes. No era la clase de hombre que uno olvida fácilmente.

Era una figura colosal. Su túnica blanca era igual de voluminosa que una tienda de acampada, y se movía al sol de su protuberante estómago. Su barba era negra y rizada, y estaba recogida con unas cuerdas gruesas, algunas de las cuales

colgaban de su cintura mientras que otras caían por detrás sobre sus hombros. Esas trenzas llevaban entretejidas cadenas y adornos de plata brillante y oro. Lucía un casco alto y con corona de plata pulida que llevaba incrustados varios tipos de joyas brillantes. Tenía un aspecto imponente, casi divino. Incluso yo mismo, que aborrezco todo lo que guarde alguna relación con los hicsos, quedé impresionado.

El rey Beón tenía una mano levantada y una de sus palmas abiertas miraba hacia nosotros en un gesto de saludo o bendición; no estaba seguro de sus intenciones, pero se mostraba sonriente.

Con escasas palabras le señalé a Zaras el punto más vulnerable del casco de la barcaza real en el que la madera de los tablones aguantaba todo el peso. Ese punto quedaba ligeramente por delante del podio más alto.

—Tómalo como punto de referencia, Zaras, y cíñete a él hasta el momento del impacto.

Para entonces estábamos tan cerca que me di

cuenta de que el rey Beón ya no sonreía. Dejó caer su mandíbula inferior, dejando la boca abierta de modo que se veían sus dientes frontales manchados. Cerró la boca de inmediato. En ese momento ya era muy tarde, pero se dio cuenta de que nuestras intenciones eran hostiles. Dejó caer sus peludas manos sobre los apoyabrazos de su trono y trató de levantarse. Pero era lento y pesado.

Los cortesanos se arremolinaron en las barcazas que flanqueaban el buque real y también se dieron cuenta de la amenaza de nuestros trirremes que avanzaban a gran velocidad contra ellos. El griterío de las mujeres se escuchaba desde mi posición. Los hombres se esforzaban por llegar a los costados de las barcazas ancladas, desenvainando sus armas y desafiándonos con inútiles gritos de guerra e improperios. Vi a muchas mujeres en el suelo y pisoteadas. Otras fueron llevadas a la borda del barco. Saltaban o eran empujadas hacia las profundidades del Nilo.

Llegamos en medio de esta confusión como una avalancha de montaña.

—¡Remos! —Zaras gritó la orden lo suficientemente alto como para que se escuchara por encima de los lamentos y los gritos de los hicsos. Los remeros de cada lado de nuestro trirreme levantaron los remos a una posición vertical y los empotraron en sus recovecos para que no se soltaran por la fuerza del impacto. No redujimos la velocidad mientras cubríamos los últimos metros de aguas abiertas.

En el último momento antes del impacto me arrodillé sobre la cubierta y me abracé al banco de remos que estaba delante de mí. Me di cuenta de que los hombres que tenía a mi lado se tomaban por fin mis lecciones en serio. Cada uno de ellos estaba inclinado con los brazos alrededor de las caderas y el rostro tocando las rodillas.

Chocamos contra la barcaza real en el punto exacto que había mostrado a Zaras. El enorme carnero de bronce de nuestra proa cayó sobre la

madera con un contundente estruendo. La mayoría de nuestros hombres salieron despedidos de sus bancos de remos hasta cubierta, pero yo logré mantener mi posición en el recio banco de madera noble. Pude ver todo lo que ocurría a mi alrededor.

Pude ver que toda la fuerza y el peso de nuestro trirreme se concentraban en una pequeña zona del costado de la barcaza real. Al igual que la cuchilla de un hacha pesada cuando corta un leño en astillas, nosotros la partimos en dos. Las mitades sueltas de su casco rodaban por debajo de nuestra proa mientras pasábamos por encima de la nave dañada.

Al superarla, vi que los guardias de los hicsos echaban a correr en manada desde los escalones de la pirámide real, como si fueran las hojas otoñales de las ramas altas de un sicómoro moviéndose por efecto de un vendaval. El rey Beón cayó desde lo más alto. Su túnica blanca ondeaba al son de su voluminoso cuerpo, y las

trenzas de su barba le daban en la cara. Cayó al río agitando los brazos y las piernas. El aire que quedó atrapado entre su túnica lo hacía flotar sobre la superficie del agua a escasos treinta pasos de donde yo trataba de mantenerme erguido, utilizando el banco de remo como punto de apoyo.

A ambos lados, los otros dos trirremes de nuestro escuadrón destrozaron las pequeñas barcazas de la formación de los hicsos. Las hicieron volcar sin esfuerzo, partiendo sus cascos, y catapultando a los pasajeros aterrorizados de las cubiertas al río.

Los escombros de la barcaza real llegaron hasta los flancos de nuestro trirreme, creando un barullo de velas rotas, cuerdas partidas, y tablas astilladas, así como de los gritos de agonía de los hombres que quedaban aplastados entre los cascos implacables. Nuestra cubierta se inclinó formando un ángulo agudo, y los hombres y el equipamiento de mano se fueron deslizando a babor.

Luego, nuestro hermoso barco se libró de los

escombros, y con la elegancia propia de una mujer, recuperó el equilibrio y volvió a erigirse sobre la superficie.

Zaras volvía a gritar «¡remos!», y los hombres respondieron sin dilación. Sacaron los remos pesados de sus casilleros y los colocaron en sus respectivos toletes.

—¡Invertid la marcha! —volvió a gritar Zaras. Sólo los remeros de los bancos posteriores podían tocar el agua con sus remos. Los de los bancos delanteros no podían maniobrar debido a los escombros desperdigados de la barcaza real.

Los que pudieron efectuar algún movimiento, hincaron las palas de los remos y lograron sacarnos con unos cuantos movimientos decididos. En cuestión de segundos, las secciones partidas de la barcaza real se llenaron de agua, volcaron y se hundieron. Una erupción de aire contenido emergió ruidosamente hacia la superficie.

Me fijé en los otros dos trirremes. Dilbar y Akemi gritaban órdenes a sus hombres. Sus

respectivas tripulaciones se apresuraron a volver a los bancos, prepararon los remos, y adaptaron sus movimientos al ritmo de los tambores. Los timoneles los conducían de vuelta a la formación con nuestra embarcación principal.

Entre nosotros, la superficie del río estaba cubierta de cabezas humanas bamboleándose, cuerpos que se esforzaban y salpicaban agua y restos de escombros. Los gritos de los hombres y mujeres que se ahogaban eran tan lastimeros como los balidos de las ovejas al cruzar las compuertas del matadero y oler la sangre.

Durante un largo minuto me quedé observando horrorizado esa carnicería. Me sentía abrumado por la culpa y el remordimiento. Ya no podía obligarme a mirar a esas desdichadas criaturas como si fueran animales. Eran seres humanos que luchaban por su vida. Mi corazón se identificaba con ellos.

Luego volví a ver al rey Beón y mis sentimientos cambiaron de repente. Mi corazón

rebelde recuperó la compostura con la misma rapidez e infalibilidad que una paloma vuelve a su palomar. Recordé lo que Beón había hecho a doscientos de nuestros mejores y más valientes arqueros, cuando sus bestias hicsas los capturaron durante la batalla de Naquada. Los había cercado con barricadas en el Templo de Seth sobre la colina que dominaba el campo de batalla y los quemó vivos como sacrificio a su monstruoso dios.

Ahora Beón se aferraba con una mano a un palo desvencijado de su barcaza real; mientras tanto, con su otra mano empuñaba su espada enjoyada, utilizándola para decapitar a las mujeres de su harén que trataban de asirse al poste igual que él. Las apartó sin clemencia, incapaz de compartir su punto de apoyo con alguna de ellas. Vi cómo golpeaba a una muchacha que no sería mayor que mi querida y pequeña Bekatha. Su cuchillo partió su cabeza hasta la barbilla como si fuera una granada madura. Mientras la sangre brillante

brotaba de su piel hasta teñir de rojo el agua que la rodeaba, Beón profirió un insulto y volvió a atestarle un golpe.

Me incliné de inmediato y sujeté el arco curvo de guerra que estaba debajo del banco de remo delante de mí. Las flechas se habían soltado de la bolsa y yacían desparramadas a mis pies. Ensarté una de ellas, me enderecé y tensé todo el arco. Como hace cualquier arquero experimentado, siempre relajo la tensión cuando la cuerda del arco roza mis labios. Sin embargo, esta vez mis manos temblaban de rabia y el vuelo de la flecha fue amplio.

En vez de alcanzar la garganta de Beón, tal como era mi intención, la flecha encajó su antebrazo contra el poste en el que se apoyaba; el poste por el que había matado a su joven novia.

Zaras y los demás, que observaron la escena, dieron muestras de júbilo. Saben que soy buen tirador y pensaron que había empalmado a Beón a propósito. Coloqué otra flecha, y debo reconocer

que esta vez lo hice para complacer a mi público. Clavé deliberadamente el brazo de Beón que sujetaba la espada al poste, de modo que su cuerpo quedó extendido sobre la madera como si fuera un cuerpo crucificado. Aulló como el chacal cobarde que era.

Soy un hombre compasivo por naturaleza, y no permití que sufriera más de lo que en realidad merecía. Mi tercera flecha le dio en el centro exacto de la garganta.

Las tripulaciones de tres de mis trirremes siguieron mi ejemplo. Cogieron los arcos y se apostaron en los bordes de los buques para lanzar una descarga de flechas contra los desgraciados que perecían en las aguas que quedaban a sus pies.

No pude impedir que ocurriera, o tal vez carecía de la motivación y la inclinación para hacerlo. Muchos de mis hombres habían perdido a sus padres y hermanos por culpa de esos desalmados. Violaron a sus hermanas y madres y quemaron por completo sus casas.

Así que me detuve a contemplar cómo la flor y nata de la nobleza de los hicsos quedaba mermada. Cuando el último cuerpo flotante y cosido a flechas fue arrastrado por la corriente recuperé el control de mis hombres, y les indiqué de malos modos que volvieran a sus asientos en los bancos de remo.

Sin dar ninguna muestra de arrepentimiento, y bramando de júbilo ante la sangrienta matanza, izaron las velas y volvieron a colocar los remos. Dejamos a los hicsos a merced de su insidioso dios Seth, y navegando por el sur nos dirigimos hacia Tebas y el verdadero reino de Egipto.

La frontera entre nuestro Egipto y el territorio que las hordas de hicsos habían conquistado nunca había quedado demarcado. La lucha parecía fluctuar a diario a medida que los ataques eran contrarrestados y la fortuna de la guerra fluctuaba por toda la región.

Habíamos partido de Tebas en el quinto día del mes de Payni. En esa época el señor Kratas había hecho retroceder a los invasores hicsos unas veinte leguas al norte de la ciudad de Sheik Abada. Sin embargo, ahora ya estábamos de lleno en el mes de Epiphi, y muchas cosas podían haber cambiado en nuestra ausencia. Pero seguíamos teniendo la baza del elemento sorpresa.

Ni las tropas de primera línea de los hicsos ni nuestros propios hombres luchando bajo las órdenes del señor Kratas esperarían una aparición milagrosa de una flota de buques de guerra minoicos en el Nilo, a más de cuatrocientas leguas de distancia de las costas del Mediterráneo.

No había naves en los confines del sur del Nilo, ni hicsas ni egipcias, que pudieran enfrentarse a nuestros trirremes. Acabábamos de demostrar que éramos imbatibles. Desde luego, los hicsos podrían enviar a sus palomas para avisar a las tropas que tenían apostadas entre nuestra ubicación actual y Egipto. Pero las palomas son espíritus

libres y vuelan sólo en la dirección hacia donde fueron incubadas, y no a cualquier otro lugar que prefieran sus amos.

No anclamos al atardecer; nos encontrábamos en aguas conocidas y estábamos familiarizados con cada banco de arena y recodo, cada canal y cada obstáculo de este tramo del río.

Seis días y noches después de abandonar Menfis, unas pocas horas antes de medianoche, justo en el momento en el que lucía la luna del primer cuarto creciente, pasamos por delante de los campamentos de ambos ejércitos.

Los fuegos de vigía de las legiones enfrentadas estaban desperdigados por varias leguas en ambas riberas del Nilo. Sólo quedaba un estrecho pasadizo de oscuridad entre ellas, que demarcaba una tierra de nadie.

Nuestros propios barcos no mostraron luz alguna, excepto una pequeña antorcha en la popa para poder establecer el contacto entre nosotros en la oscuridad. Estas luces tenues no podían verse

desde la ribera. No quería ser reconocido por alguno de los dos ejércitos, así que me quedé en medio del río. Navegamos sin contratiempo, hasta que al final llegamos a nuestro Egipto.

Al romper el alba nos encontramos a una pequeña flotilla de ocho galeras de río que avanzaba hacia nosotros desde Tebas. Incluso a esa distancia me di cuenta de que iban llenas de soldados egipcios, y que exhibían los colores azules del faraón Tamose. Supe que tenían que ser buques de suministro egipcios que aprovisionaban al ejército del señor Kratas.

Tan pronto como se percataron de que nuestro extraño escuadrón les había alcanzado, cada uno de esos hombres se puso el casco y trató de huir de nosotros despavorido. Días antes había pedido a mis hombres que cosieran penachos sencillos pero eficaces para preparar un encuentro de esta índole. Cada uno de nuestros trirremes izó uno de ellos en el mástil y las galeras se acercaban a la ribera para dejarnos pasar. Las tripulaciones nos miraban

atónitas mientras navegábamos rumbo a Tebas con un único saludo de cortesía. Estoy seguro de que ninguno de ellos había visto barcos como nuestros trirremes.

Éste era un encuentro que habría evitado de haber sido posible hacerlo. Era mucho mejor que el destino de los trirremes del futuro siguiera siendo para siempre un misterio para el Minos Supremo de Creta. Nunca debía dudar de que los hicsos eran los falsos aliados que le robaron su alijo de lingotes de plata. Para lograrlo tenía que asegurarme de que nuestros tesoros incautados, por muy colosales y visibles que fueran, desaparecieran sin dejar rastro. Era una labor que habría desalentado a un hombre de pocos recursos, pero yo ya había pensado en una solución.

En la época en la que nuestro pueblo fue expulsado de su tierra natal por los hicsos, antes del éxodo, nuestro comandante había sido el faraón Mamose.

En ese momento yo, Taita, era el esclavo del señor Intef, que era Nomarch de Karnak y gran visir de los veintidós topónimos de Egipto Superior. No obstante, entre sus numerosos títulos y honores, mi amo era también el Señor de la Necrópolis y el Guardián de las Tumbas Reales.

Era responsable del mantenimiento de las tumbas de todos los faraones pasados y presentes, vivos y muertos. Pero lo que era aún más importante, también era el arquitecto oficial de la tumba del faraón Mamose.

Mi señor Intef nunca había sido dotado de habilidades creativas. Sus talentos se centraban en el caos y la destrucción. Dudo que pudiera haber diseñado un redil para el ganado o un palomar, y menos aún una compleja tumba real, apta para un faraón. Aunque conservaba para sí la gratitud real y los favores que eran intrínsecos al título, dejaba el trabajo duro, el que no le gustaba o el que superaba sus escasas habilidades y dotes, para que yo me ocupara de él.

Mis recuerdos del señor Intef no me resultaban gratos. Fue él quien ordenó mi castración a uno de sus secuaces. Era un hombre cruel y despiadado. Pero, al final, saldamos las cuentas pendientes.

Mucho antes de ese feliz día diseñé todas las cámaras, los túneles y el vestíbulo funerario de la magnífica tumba del faraón Mamose. Luego supervisé y dirigí a los operarios, los constructores, los artistas y los artesanos que fueron convocados para trabajar en esta empresa.

El sarcófago exterior del faraón Mamose estaba tallado a partir de un gigantesco bloque de granito. Era lo suficientemente espacioso como para dar cabida a una agrupación de siete ataúdes de plata, que encajaban perfectamente uno dentro del otro. El del centro interior estaba diseñado para contener el cuerpo embalsamado del faraón. Todo ello añadía una pesada carga y volumen. Tenía que ser transportado con gran veneración unos dos mil metros desde el templo funerario a orillas del río

Nilo hasta la tumba en las estribaciones del Valle de los Reyes.

Para llevar a cabo este transporte, diseñé y construí un canal que discurría en línea recta como una flecha desde la orilla del Nilo siguiendo la planicie ribereña de suelo negro hasta la entrada de la tumba real. Era un canal lo suficientemente ancho y profundo como para dar cabida a la barcaza funeraria del faraón.

El faraón Mamose había sido superado por el destino y no disfrutó ni de un solo día en su tumba antes de que los hicsos nos expulsaran de nuestra tierra. Cuando nos embarcamos en el largo éxodo su esposa, la reina Lostris, nos ordenó que nos lleváramos su cuerpo embalsamado.

Muchos años después, la reina Lostris me ordenó diseñar y construir otra tumba en el desierto salvaje de Nubia, a miles de leguas hacia el sur. Éste era el lugar donde ahora yacía Mamose.

La tumba original del Valle de los Reyes había

permanecido vacía todos estos años. Pero lo que era más importante para mis planes es que el canal que había construido desde el templo funerario a orillas del Nilo para la tumba real seguía siendo un espacio inmejorable para descansar. Lo sabía porque poco antes había cabalgado por la ribera con mis dos pequeñas princesas para mostrarles la tumba vacía de su padre. Debo reconocer que ninguna de ellas mostró demasiado interés en esta lección de historia en el seno de su familia.

Incluso después de todos estos años, pude recordar las dimensiones exactas de la barcaza funeraria de Mamose. Mi memoria es infalible. Nunca olvido un dato, una cifra o un rostro.

Ahora medía las dimensiones generales de nuestros trirremes del tesoro incautado a los minoicos. Luego le ordené a Zaras que anclara brevemente en aguas tranquilas, mientras yo descendía hasta la quilla del trirreme para medir la cantidad de agua que movilizaba con todo su

cargamento de plata en la bodega. Había una ligera variación en estas medidas de un barco a otro.

Regresé a la superficie muy satisfecho con los resultados de mis pesquisas. Ahora podía comparar las dimensiones de la barcaza funeraria del faraón Mamose con las de los trirremes incautados. El canal funerario aceptaría el tránsito del mayor de mis trirremes con diez codos de espacio en cada costado del casco, y con un margen de quince codos de agua debajo de la quilla. Lo que resultaba aún más alentador era que durante todos estos años había dejado bloques de granito en todo el canal y había diseñado un sistema de cierres y compuertas para que siempre estuviera lleno de las aguas del Nilo.

Sé por mi experiencia que si tratas a los dioses con la reverencia y el respeto que se merecen y esperan, suelen devolver el cumplido. Aunque pueden ser caprichosos, en esta ocasión se acordaron de mí.

Planifiqué el último tramo de nuestra travesía

hasta llegar a la entrada del canal funerario poco después de la puesta de sol. Amarramos en plena oscuridad en el muelle de piedra por debajo del templo funerario del faraón Mamose. Evidentemente, Mamose es ahora un dios y cuenta con su propio templo que da al Nilo. No es más que un paseo desde el muelle en el que desembarcamos Zaras y yo.

No es un templo muy imponente. Debo aceptar la responsabilidad en este sentido. Cuando regresamos a Tebas después del éxodo y derrotamos a los hicsos en la batalla de Tebas, mi ama la reina Lostris decidió dedicar un templo a su esposo, el faraón fallecido tiempo atrás. Quería honrarlo y al mismo tiempo darle las gracias por nuestro regreso a salvo del desierto.

Evidentemente, me llamó para que me ocupara de la construcción del templo. Cuando me di cuenta del alcance y la suntuosidad del edificio que tenía pensado, me sorprendí y alarmé. Habría ensombrecido y superado al gran palacio de los

faraones que tendría delante en la orilla opuesta del río. El faraón Mamose había reducido a su Egipto casi a la penuria con la construcción de sus dos tumbas: la que está aquí, en la entrada al Valle de los Reyes, y la otra aún más compleja y cara en Nubia.

Ahora mi ama, a quien adoraba y veneraba, tenía previsto arruinar de nuevo a la nación erigiendo otro deslumbrante edificio en recuerdo de su esposo.

Afortunadamente, ejerzo una influencia considerable sobre su único hijo, el actual faraón Tamose, que es una persona sensata. Hasta cierto punto había aprendido por mi larga y amarga experiencia a controlar los excesos insensatos de mi reina. Las dimensiones del templo de Mamose que al final decidimos eran la mitad del tamaño del edificio del recolector de impuestos en Tebas, e incluso me las apañé para prescindir de los suelos de mármol.

Un edificio de esta índole ya no requería los

servicios de una gran cantidad de sacerdotes, tal y como quería mi reina. Fui reduciendo su determinación hasta que extendió sus brazos en un gesto de resignación y aceptó mi contrapropuesta de cuatro sacerdotes, en vez de los cuatrocientos que ella había calculado en sus primeras estimaciones.

Cuando Zaras y yo ascendimos por el río hasta la entrada trasera del templo y recorrimos la nave sin anunciar nuestra llegada, descubrimos que los cuatro religiosos en cuestión estaban algo más que moderadamente alegres por efecto del vino barato de palma. Disfrutaban de la compañía de dos jovencitas que por alguna razón extraña y misteriosa estaban desnudas. Estaban absortas en un ritual de oración con dos de los sacerdotes de Mamose, que parecía consistir en revolcarse por el suelo de baldosas de barro cocido, acoplar sus respectivos cuerpos y proferir gritos de puro abandono. Los dos sacerdotes que no estaban ocupados aplaudían y animaban a los devotos a

dar muestras aún más esforzadas de devoción religiosa.

Tardaron un tiempo en reparar en nuestra presencia. En ese momento las damas se apresuraron a recuperar sus prendas y desaparecieron por la puerta secreta detrás de la estatua del dios Mamose. No volvimos a verlas, ni tampoco se las mencionó en nuestra posterior conversación con los sacerdotes.

Los sacerdotes de Mamose tienen una buena disposición hacia mí. Desde la muerte de la reina Lostris me he convertido en el responsable del pago de sus salarios mensuales. Los cuatro se arrodillaron delante de mí, haciendo una vigorosa genuflexión y bendiciéndome en nombre de Dios.

Mientras yacían postrados a mis pies, saqué el sello del halcón del faraón del interior de mi túnica. Se quedaron atónitos. El sacerdote supremo se arrastró hasta mis pies y trató de besarlos. Olía poderosamente a vino dulzón, barato, y a una feminidad aún más barata. Me aparté y Zaras lo

persuadió para que abandonara sus demostraciones de piedad con el filo de su espada rozándole su trasero desnudo.

Luego me dirigí a esos cuatro hombres con pocas palabras pero conservando un tono firme de voz. Les avisé con toda gravedad que la presencia de los tres grandes buques de guerra amarrados en el muelle a las afueras de su puerta principal no debía mencionarse ni reconocerse a nadie excepto al faraón Tamose en persona. Además, apostaríamos guardias armados en su templo y la tumba vacía del extremo del canal tanto de día como de noche. Sólo los hombres que estuvieran bajo las órdenes del capitán Zaras tendrían permiso en un futuro para entrar en los recintos sagrados. Estos mismos guardias se asegurarían que los cuatro sacerdotes permanecieran estrictamente encerrados en estas instalaciones.

Por último, insté al sumo sacerdote a que me entregara el voluminoso manajo de llaves de la tumba y de todos los monumentos que tuviera a su

cargo. Cuando nos fuimos, seguían declarando su deber y obligación hacia mí y el faraón, así como su estricta obediencia a mis órdenes. Zaras y yo regresamos a nuestras embarcaciones.

El descenso desde la entrada al Valle de los Reyes al muelle del río era menor de veinte codos, pero requería cuatro esclusas por separado para levantar a cada uno de nuestros trirremes a esa altura antes de llevarlos a la tumba. Llevamos la primera embarcación a la esclusa que estaba debajo del templo y luego cerramos las compuertas. El nivel del agua en ese recinto era cinco codos más bajo que en el canal.

Les demostré a mis tres capitanes cómo abrir las compuertas del fondo. El agua del canal superior se había drenado en la esclusa y levantaba al enorme barco poco a poco al mismo nivel que el canal superior. Cuando las compuertas se cerraron a sus espaldas, cincuenta hombres que sujetaban las cuerdas de remolque estaban preparados para arrastrar el gran trirreme por el

canal hasta la próxima esclusa, mientras que ese mismo proceso se repetía para levantar al segundo trirreme.

Ninguno de mis hombres había visto nada parecido, algo que no era de extrañar porque yo fui el inventor de este sistema. No existía ningún otro en todo el mundo. Se mostraron entusiasmados y emocionados ante un mecanismo que les pareció un acto de brujería. Pero por lo general mi tipo de magia requería un trabajo duro.

Afortunadamente, tenía a más de doscientos hombres dedicados a esta labor. Entre ellos estaban los esclavos que los minoicos habían encadenado en las bodegas. Ahora eran hombres libres, pero estaban obligados a trabajar para conservar su libertad.

El agua que se había drenado del cabal superior para levantar la nave debía sustituirse. Lo logré bombeando agua fresca del río por medio de una batería de palancas. En realidad eran un sistema de cubos encadenados con contrapeso que

manipulaban dos hombres. Era un asunto que requería dedicación, ya que tenía que repetirse cuatro veces por cada trirreme.

Antes de levantar cada bote por la primera esclusa, dejamos las velas y los mástiles en plano sobre la cubierta superior. Luego cubrimos el casco con unas alfombrillas de junco tejido hasta que adoptó la apariencia de un montón de escombros. Cuando los ciudadanos de Tebas se levantaran a la mañana siguiente y miraran al río no verían nada fuera de lo común en la orilla más lejana. Los tres grandes trirremes habían desaparecido como si nunca hubieran existido.

Era casi el amanecer del día siguiente cuando remolcamos los barcos por la llanura y los amarramos en la entrada a la tumba de Mamose. Los hombres estaban exhaustos, así que ordené a Zaras que les diera raciones extra de pescado seco, cerveza y pan, y que descansaran durante las horas más calurosas del día.

Recorrí el sendero de remolque desde el canal

hasta el templo. Los sacerdotes parecían haberse recuperado de sus esforzados rituales, devociones y oraciones de la noche anterior. Me llevaron a remo por el río con la esquifa del templo. Me disponía a informar del éxito de nuestra expedición al faraón.

Fue un deber agradable que me apetecía mucho cumplir. Mi devoción al faraón sólo está superada por la que sentía por su madre, la reina Lostris. Evidentemente, es absurdo comparar superlativos, así que no incluyo a propósito a mis princesas en esta ecuación. Huelga decir que hago extensible mi devoción por la familia real a todos sus miembros.

Mis sumisos sacerdotes me dejaron en la escalinata que discurre por debajo de los bazares del muelle de la ciudad, que ya estaban repletos de gente a pesar de que era muy temprano. Enfilé por las callejuelas estrechas hacia las puertas del palacio. Debajo de mi casco de plata batida y mi mugrienta máscara facial nadie pudo reconocerme, aunque un corrillo de granujas revoloteaba junto a

mí insultándome y apedreándome. Cogí uno de sus proyectiles en pleno vuelo y se lo devolví con mucha más fuerza. El granuja que se erigía como líder del grupo gritó de dolor y se llevó las manos a la herida de la cabeza, que sangraba copiosamente. Luego se marchó con sus secuaces a buscar un refugio seguro.

Cuando llegué a las puertas del palacio me saqué el disfraz, y el capitán de los vigías del recinto me reconoció de inmediato. Me saludó respetuosamente.

—¡Debo ver al faraón! —anuncié—. Envía a un mensajero y dile que lo esperaré lo que haga falta.

—Te pido mis disculpas, señor Taita. —No lo corregí. Me estaba acostumbrando a mi nuevo título—. El faraón no se encuentra en Tebas, y no está previsto que regrese pronto.

Asentí con la cabeza. Fue una gran decepción, pero tampoco me cogió desprevenido. El faraón invierte la mayor parte de su tiempo y energía en perseguir la interminable campaña contra los

hicsos por el norte—. Pues entonces, llévame ante el chambelán, el señor Atón.

Cuando llegamos a sus aposentos privados, Atón se apresuró a abrazarme en la puerta.

—¿Qué noticias me traes, viejo amigo? —preguntó—. ¿Cómo fue nuestra aventura?

—Noticias de gran calado. —Adopté una expresión de seriedad en mi rostro—. El tesoro del Minos Supremo guardado en su fortaleza de Tamiat ha sido saqueado, y han asesinado al rey Beón.

Me asió por el brazo y me miró fijamente.

—Debes de estar bromeando, buen Taita —me acusó—. Cualquiera hombre honesto lloraría al oír estas noticias. ¿Quién cometería estos crímenes tan horribles?

—La misma mano cometió ambos crímenes, Atón. ¿Tal vez reconozcas esa mano? —Extendí mi mano derecha ante su rostro. Se quedó mirándola con una fascinación inteligentemente fingida. Para sobrevivir tanto tiempo en el puesto de chambelán real uno tiene que ser un actor bastante dotado.

Luego negó con la cabeza y se rio entre dientes; al principio en voz baja, pero su alegría fue subiendo rápidamente de tono hasta acabar resoplando y bufando de júbilo. Se movió tambaleándose por la habitación chocando contra los muebles y riéndose. Luego dejó de reír de repente y se dirigió a un armario contiguo. Se produjo un instante de silencio, pero antes de que me diera tiempo a seguirlo oí un sonido parecido a la inundación del Nilo por efecto de las cataratas. Duró bastante tiempo hasta que Atón regresó al lugar en el que me encontraba. Ahora su expresión era un poco más seria mientras se ajustaba la túnica.

–Tienes suerte, querido amigo, de que haya llegado a tierra a tiempo, o habrías acabado ahogado como el rey Beón.

–¿Cómo sabías que Beón murió ahogado?

–Tengo otras orejas y ojos aparte de los que ves en mi rostro.

–Si sabes tanto, entonces dime lo que pasó con

el tesoro de Minos.

—No he oído nada de ello. —Negó de mala gana con la cabeza—. ¿Tienes alguna información al respecto?

—Sólo sé que te equivocaste.

—¿De qué modo?

—Me dijiste que el tesoro tendría un valor de cien lakhs, ¿verdad? —Él asintió con la cabeza, y yo continué—: pues, desgraciadamente, tus cálculos eran erróneos.

—¿Puedes demostrármelo? —preguntó.

—Puedo hacer mucho más que eso, Atón. Puedo dártelo para que lo peses —le contesté con seguridad—. No obstante, primero debo transmitir un mensaje al faraón antes de abandonar el palacio.

Atón señaló hacia su escritorio, que estaba abierto en una esquina de la habitación.

—Escribe tu mensaje y el faraón lo recibirá antes del atardecer —me aseguró.

Mi mensaje era breve y críptico.

—Por favor, ten paciencia conmigo —le supliqué a Atón mientras le entregaba el mensaje—, no me he bañado ni llevado ropa limpia en casi dos lunas. Debo ir a mis aposentos de palacio antes de regresar contigo hasta la tumba de Mamose. —No creí necesario mencionar que tampoco había visto a mis dos princesitas desde mi regreso.

Tan pronto como llegué a mis aposentos, envié a uno de mis esclavos a las estancias de las mujeres de la familia real para comunicar un mensaje a Sus Majestades.

Las dos llegaron con energía y furia desatada de viento *khamsin* del desierto justo en el preciso instante en que salía de mi baño caliente. Son las únicas del mundo entero a quienes permito que me vean desnudo, a excepción de mis esclavos. No obstante, mis esclavos son también eunucos, como yo, así que no cuentan.

Tehuti y Bekatha estaban sentadas en el mármol que rodeaba la bañera y me atosigaron a preguntas. No repararon en mi desnudez. Una vez, hace

muchos años, Bekatha había hablado por los dos sobre este tema: «Eres igual que yo y Tehuti; los tres tenemos un aspecto mucho mejor sin esas cosas colgando por delante».

Bekatha se puso a chapotear con sus limpios piecitos en la bañera y se quejó:

–Nos hemos aburrido mucho desde que te fuiste. Sea lo que sea lo que has hecho, ¿por qué has tardado tanto? Júrame que la próxima vez nos llevarás contigo. –Volqué una jarra de agua caliente sobre la cabeza para evitar oír el insulto que me había dedicado.

–¿Nos has traído un regalo, Taita? ¿O te has olvidado? –Tehuti aceptó el relevo del interrogatorio. Como hermana mayor tenía una mayor comprensión del valor intrínseco de las cosas.

–Por supuesto que os he traído algo. ¿Cómo podría olvidarme de estas dos plagas? –contesté, y aplaudieron con deleite.

–¡Enséñanoslos! –exclamó Bekatha.

–Sí, por favor, querido Taita –refrendó Tehuti–. Por favor, muéstranos. Te amamos tanto.

–Pues entonces, buscad en mi bolsito –contesté, señalando hacia la prenda que descansaba en la habitación contigua, y como siempre, Bekatha era la primera en encontrarlo. Volvió dando pasos de baile, blandiendo el bolsito. Luego desabrochó los cerrojos de mármol con las piernas cruzadas apoyando el bolsito en su regazo.

–¡Ábrelo! –exclamé. Como siempre pienso en mis princesas, había elegido dos piezas de joyería del botín que habíamos incautado de los oficiales minoicos que capturamos en Tamiat.

–¿Hay algo allí envuelto en un trapo rojo? –pregunté, y Bekatha gritó de emoción.

–Sí, mi incomparable y encantador Taita. ¿Es mío? ¿Es el rojo mío?

–Por supuesto que sí.

Le temblaban las manos de la emoción mientras desenvolvía el paquetito. Levantó el collar de oro y estaba tan contenta que se le anegaron los ojos.

—¡Es lo más precioso que he visto en la vida! — susurró.

De la cadena colgaban dos figuritas doradas. Aunque eran diminutas, no les faltaba ningún detalle exquisito. La más grande era la imagen de un toro en posición de ataque. Tenía la cabeza gancho pero lista para embestir con sus peligrosos cuernos en curva. Sus ojos eran unas diminutas piedras verdes y muy relucientes. Sus lomos jorobados simbolizaban la fuerza bruta y la furia. Estaba en posición de ataque de la otra figura: la forma esbelta de una hermosa joven. Parecía bailar más allá del alcance de esos cuernos mortales. Lucía una guirnalda de flores encima de la cabeza, y los pezones de sus pechos eran un par de rubíes rojos. Echaba la cabeza hacia atrás como si se estuviera riendo del toro en posición de embestida.

—Es tan rápida que el toro nunca la alcanzará. — Bekatha movió el collar entre sus manos para que las figuras bailaran.

–Tienes razón, Bekatha. Ella es el amuleto que protege del peligro. Cuando lo lleves puesto, nunca correrás ningún peligro. La bailarina del toro te protegerá. –Levanté el collar de sus manos y se lo coloqué alrededor del cuello. Bajó la mirada para fijarse en él y movió los hombros para que la figurita bailara sobre la piel lustrosa de su pecho juvenil. Su risa era encantadora.

Tehuti había esperado pacientemente a recibir mis atenciones, y me sentí un poco culpable cuando me dirigí a ella.

–No me gusta hacer distinciones. Su regalo está en el interior del paño azul, Su Majestad.

Lo desenvolvió lentamente y ahogó un grito cuando vio el resplandor del anillo.

–Jamás había visto brillar algo de este modo –gritó Tehuti.

–Colócatelo en el dedo corazón –le recomendé.

–Me va muy grande. Me resbala.

–Eso ocurre porque se trata de una piedra muy

especial. Nunca debes mostrársela a un hombre, excepto...

–¿Qué?

–Excepto si quieres que se enamore de ti. De lo contrario, tienes que ocultarlo en la palma de tu mano. Recuerda que la magia sólo funciona una vez. Así que sé muy cuidadosa si decides mostrar ese anillo.

Cerró los dedos para proteger el anillo.

–No quiero que ningún hombre se enamore de mí –contestó con firmeza.

–¿Por qué no, querida?

–Porque si lo hace, entonces intentará hacerme un bebé en mi interior. Cuando el bebé está dentro, no quiere salir de nuevo. He oído gritar a las mujeres del harén, y yo no quiero eso.

–Algún día cambiarás de opinión –sonreí–. Pero la piedra tiene otras cualidades que la hacen especial.

–Cuéntanos. ¿Por qué es tan especial, Taita? –

Bekatha no tenía tantos escrúpulos absurdos como su hermana.

—Una razón es que se trata del material más duro del mundo. No hay nada que pueda cortarlo, y nada puede rallarlo, ni siquiera la daga de bronce más aguda. Por eso lo llaman «diamante»: «la piedra dura». El agua no puede mojarla. Pero se pega a la piel de la mujer que la luce como por arte de magia.

—No te creo, Taita. —Tehuti parecía dubitativa—. Se trata de otra de tus historias.

—Espera a ver si lo que te digo es cierto. Pero recuerda... —Blandí mi dedo en un gesto de severidad—. Nunca se la muestres a un hombre a menos que lo ames mucho, y a quien quieras amar para siempre. —Nunca sabré por qué le dije todo eso, aunque a esas niñas les encantan mis historias y no me gusta defraudarlas.

Me levanté de la bañera y le ordené a Rustie, mi esclavo principal, que me acercara una toalla para secarme.

–Vuelves a marcharte, Taita –me acusó Tehuti. Tiene el instinto de una mujer madura–. Te quedas una hora, y luego te vas. Quizás esta vez sea para siempre. –Estaba a punto de llorar.

–¡No, no! –Dejé caer la toalla y la abracé–. No es verdad. Me voy a visitar la tumba vacía de tu padre en la orilla oriental.

–Si lo que dices es cierto, entonces llévanos contigo –propuso Bekatha.

–¡Sí, por favor! Déjanos ir contigo, querido Taita –insistió Tehuti.

Me detuve para considerar la sugerencia, y me di cuenta de que me gustaba tanto a mí como a mis chicas.

–Hay sólo un problema con esta idea. –Fingí indeterminación–. Lo que vamos a hacer es un secreto muy importante y tenéis que prometerme que no contaréis a nadie lo que veáis y lo que hagáis allí.

–¡Un secreto! –Bekatha gritó y sus ojos resplandecieron al oírlo–. Lo juro, Taita. Juro por

todos los dioses que nunca diré ni una palabra a ninguna alma viviente.

Los tres barcos del tesoro seguían amarrados a lo largo del muelle en la entrada de la tumba del faraón Mamose cuando las princesas, Atón y yo llegamos allí.

Zaras y sus hombres habían trabajado mucho durante mi ausencia. Siguiendo mis instrucciones, habían colocado lonas de juncos alrededor de los recintos fúnebres para evitar ser observados desde las colinas de las inmediaciones. Estaba dispuesto a trabajar toda la noche para descargar los trirremes. Sin embargo, los espías hicsos podían acercarse de incógnito en la oscuridad de la noche, y además tendríamos que trabajar a la luz de la antorcha. Los toldos serían de vital importancia para preservar nuestra intimidad.

Valiéndome de la experiencia de Tamiat, tenía previstos todos los detalles sobre cómo proceder

con la descarga. Me dispuse a supervisar e instruir a Dilbar y a un grupo de sus hombres mientras montaban pallets pesados de madera barnizada que habían extraído de la cubierta del primer trirreme. Medían ocho codos cuadrados y encajarían en las escotillas de las bodegas. Luego, en la cubierta superior de cada embarcación, monté trípodes y poleas por encima de las escotillas. Con ellas mis hombres harían descender los pallets hasta la bodega, donde otro equipo iría colocando los cofres de lingotes.

Después aupamos los cofres hasta la cubierta en lotes de veinte, los traspasábamos por la borda y los dejábamos en el muelle.

—¿Qué hay en estos cofres, Taita? —preguntó Tehuti. Rocé el costado de mi nariz en un gesto que denotaba conspiración.

—En eso consiste el gran secreto. Pero pronto descubrirás lo que es. Sólo tienes que tener un poco más de paciencia.

—No me gusta ser paciente —me recordó

Bekatha—. Aunque sea por un rato.

Una larga fila de hombres recibieron los cofres hasta que acabaron de descargarlos de los pallets. La fila se extendía desde el muelle siguiendo la entrada a la tumba, y cubría cuatro tramos de escaleras. Continuaba por los túneles pintados y decorados, cruzando las tres amplias antecámaras hasta llegar a las cuatro tesorerías. Las tesorerías descansaban alrededor de la cámara fúnebre del faraón, con su sarcófago vacío a la espera de recibir el cuerpo embalsamado que nunca llegaba. Este enorme complejo se había esculpido a partir de la piedra original, una empresa que nos había llevado veinte años a mí, y a otros dos mil operarios, completar. Pero me sentía muy orgulloso de ello.

—Vosotras podéis ser de gran ayuda para el tío Atón y para mí —les dije a las princesas—. Sabéis contar y escribir, algo que sólo uno de estos muchachos sabe hacer. —Hice un gesto brusco con

la cabeza ante la hilera de esforzados hombres semi desnudos.

Las dos muchachas asumieron el papel de contables como si de un juego se tratara. Estaban encantadas de demostrar sus conocimientos.

Había dado instrucciones a Zaras y en mi ausencia había dispuesto dos tablas de balance para la primera tesorería. Ahora Atón y yo nos ocupábamos de ellas. Mientras los cofres estaban colgados del brazo de uno de los mecanismos, pasamos esa tarea a las chicas. Bekatha trabajaba con Atón y yo tomé a Tehuti como ayudante. Apuntaban cada peso en un rollo largo de papiro y calculaban los totales por cada diez cofres.

Cuando el primer tesoro se llenó contenía 233 lakhs de plata pura. Ordené a los hombres que subieran a la superficie y les di una hora para descansar, comer y beber. Cuando estuvimos a solas en la sala del tesoro cumplí la promesa a mis chicas de que les mostraría el contenido del

tesoro. Abrí la tapa de uno de ellos y saqué un lingote, y les permití tocarlo y admirarlo.

—No es tan hermoso como mi collar —comentó Bekatha mientras se acariciaba el amuleto de su garganta.

—¿Todo esto es propiedad tuya, Taita? —Tehuti tuvo a bien de preguntar mientras se fijaba en los montones de cofres.

—Pertenece al faraón —contesté, y ella asintió seriamente con la cabeza. La vi hacer unos cálculos. Se le dan bien los números. Al fin sonrió cuando supo el total.

—Estamos encantados contigo, Taita. —Empleó el plural mayestático por derecho de nacimiento.

Cuando los hombres regresaron les indiqué que prosiguieran con su labor. Trasladaron las balanzas a la segunda cámara del tesoro que era un poco más pequeña que la primera. En ella

encontramos un espacio para guardar otros 216 lakhs de plata.

En ese momento entró Zaras procedente del muelle para informar de que habían descargado por completo los dos primeros trirremes, pero que todavía quedaba una gran cantidad de tesoro para descargar en el tercer y último barco.

—Se acerca el amanecer, señor Taita —me advirtió, puesto que yo había perdido la noción del tiempo—, y los hombres están prácticamente exhaustos. —Noté un punto de censura en su tono de voz, y su expresión era triste. Pensé en contestarle con un sarcasmo, porque no estoy acostumbrado a que cuestionen mis decisiones, y también estaba cansado, aunque no exhausto. A pesar de mi porte esbelto, tengo más aguante que la mayoría de los hombres, pero me contuve.

—Tus hombres han trabajado bien, Zaras, al igual que tú. Pero tendré que abusar de vuestro esfuerzo un poco más. Me acercaré al muelle contigo para valorar cuánto queda por hacer.

En ese momento cometí un error fatal.

Eché un vistazo a Tehuti mientras se sentaba a horcajadas en el taburete que había a mis espaldas, con la cabeza inclinada sobre el rollo de papiro. El pelo le caía formando una densa honda dorada que tapaba su rostro. No había hallado el momento de detenerse para peinarse.

—Tehuti, has trabajado como una esclava —le comenté—. Sube conmigo a la superficie. Una bocanada de aire fresco nocturno te vivificará.

Tehuti se levantó. Movi6 la cabeza y apart6 el cabello de la cara mientras miraba a Zaras.  le devolvi6 la mirada.

Ví c6mo las pupilas de los ojos verdes de Tehuti se dilataban bajo la luz de la antorcha, y en ese momento o una risa de los dioses oscuros. Era un sonido lejano y burl6n, pero supe de inmediato que nuestro pequeño mundo había cambiado de repente.

La pareja se qued6 quieta como un par de estatuas de mrmar, mirándose entre sí.

Traté de mirar a Zaras a través de los ojos de ella. Aunque juzgo mejor la belleza femenina que la masculina, vi por primera vez que era un hombre más atractivo de lo normal. Aunque sabía que su linaje no era insignie, tenía un aura imponente que lo rodeaba. Tenía un porte y una actitud nobles.

Sabía que su padre era un mercader de Tebas que había amasado una gran fortuna con sus propios esfuerzos. Había procurado que su hijo recibiera la mejor educación que la plata pudiera comprar. Zaras era inteligente y rápido, así como un valiente soldado, tal y como reflejaba su rango militar. Sin embargo, sus antecedentes eran humildes y sin duda alguna no era un buen partido para una princesa de la Casa Real de Tamose. En cualquier caso el faraón decidiría por ella, valiéndose de mi sabio consejo.

Me interpuse rápidamente entre la pareja, interrumpiendo su contacto visual. Tehuti me miró como si fuera un desconocido al que nunca hubiera

visto. Toqué su mano, y ella se estremeció un poco antes de volver a reenfocar la mirada en mí.

—Acompáñame, Tehuti —le recomendé. Observé su rostro. Hizo un gran esfuerzo para recuperar el control de sí misma.

—Sí, desde luego. Perdóname. Tenía la cabeza en otra parte, Taita. Por supuesto que iré contigo.

La acompañé hacia la puerta del tesoro. Zaras la siguió. Sus pasos eran elásticos y una expresión de asombro mezclada con el júbilo impregnaba sus rasgos. Lo conocía bien, pero nunca lo había visto en este estado.

Una vez más tuve que interponerme entre la joven pareja.

—Tú no, capitán Zaras. Vigila que las barras de pesas se transfieran al siguiente tesoro, de modo que los hombres puedan hacer otro descanso. —Eran órdenes triviales para un oficial de su rango, pero tenía que distraerlo de su actual y peligrosa fascinación.

Entonces me di cuenta de que Tehuti y Zaras no

podieron haber coincidido con anterioridad. Ella vivía en el reducido mundo del harem del palacio, desde el que sólo se le permitía salir con un sistema estricto de acompañamiento. Yo era tal vez el vínculo más importante de esa cadena protectora.

Como princesa de gran belleza su virginidad era de un valor incalculable para la Corona y el Estado. Evidentemente, era posible que Zaras la viera a lo lejos durante una de las procesiones reales o en el desfile de festivales religiosos. Había pasado todo su servicio militar en el campo de batalla o entrenando y ejercitando a sus tropas. Estaba seguro de que, hasta ese día, nunca la había visto lo suficientemente cerca como para apreciar de cerca su extraordinaria presencia y belleza.

Le di unas instrucciones rápidas a Zaras:

—Libera a los hombres y dales una jarra adicional de cerveza a cada uno de ellos. Dales descanso hasta que yo les indique lo contrario. — Después conduje a las dos princesas hasta la

superficie, mientras Zaras se quedaba mirándonos fijamente.

Cuando salimos de las puertas hasta la tumba me detuve para echar un vistazo en dirección al este, y vi que las franjas rosadas del amanecer ya teñían el cielo. Luego me fijé en las filas de hombres y me di cuenta de que muchos estaban al borde de la extenuación. Zaras tenía razón en ambos sentidos.

Subí rápidamente por el poste del tercer trirreme y al llegar a cubierta oí el estruendo de las trompetas y las ruedas de los carros acercándose desde la dirección del río y la ciudad en su orilla más lejana. Me apresuré a descender por la escalerilla del barco y observé la planicie a través de la oscuridad.

La luz de las antorchas y el alboroto sólo podían querer decir una sola cosa: el faraón había recibido mi mensaje y había regresado a Tebas. Mi corazón late más rápido cuando detecto la

proximidad de la presencia real. Regresé para bajar por el poste, pidiendo antorchas adicionales y un destacamento de la guardia de honor, pero el faraón era demasiado rápido para mí.

Su carro atravesó la oscuridad de la noche como un rayo, acompañado de su escuadrón. El faraón llevaba las riendas atadas a su cintura y cuando me vio gritó un alegre saludo. Luego recuperó las riendas.

—Bien hallado, Taita. Te hemos echado de menos.

Pasó las riendas a su copiloto y bajó dando un salto mientras las ruedas seguían girando. Mantuvo el equilibrio como el experto auriga que es, y me alcanzó con una docena de zancadas rápidas. Me dio un abrazo tan fuerte que me hizo tambalear delante de todos mis hombres, haciendo caso omiso de mi dignidad. Pero puedo perdonarle cualquier cosa y reírme con él.

—Por supuesto, Majestad. Ha pasado mucho

tiempo. Una hora sin su presencia es como una semana sin sol.

Volví a recuperar la compostura y lo miré con una expresión inquisitiva. Me di cuenta de que iba cubierto de polvo y de suciedad debido a la crudeza de la campaña, pero también venía investido de la gracia y la nobleza de un verdadero faraón. Vio a sus hermanas que la estaban esperando para presentarles sus respetos. Las abrazó por separado, y luego regresó a mi posición.

Señaló en dirección a los tres grandes trirremes que permanecían amarrados en el muelle.

—¿Qué barcos son éstos? Incluso con los mástiles bajos y los remos parados son dos veces más grandes que cualquier otra embarcación que haya visto antes. ¿Dónde las has encontrado, Taita? —El mensaje que le había enviado era críptico y carecía de detalles. No obstante, no esperó a recibir mi respuesta a sus preguntas, y continuó—: Y, ¿quiénes son todos estos rufianes? Te hago

partir con un puñado de hombres y regresas con un pequeño ejército, Taita.

Eché un vistazo a las filas de hombres que se extendían desde el muelle hasta las profundidades de la tumba real. Los que estaban más cerca de nosotros dejaron caer los cofres de lingotes y se postraron en señal de obediencia.

—Por favor, no se deje llevar por las apariencias, Su Alteza. Aquí no hay rufianes. Son todos hombres valientes y verdaderos guerreros de su Egipto.

—¿Y qué son estos barcos? —Se dio media vuelta para estudiar los trirremes con renovado interés—. ¿Qué explicación puedes darme?

—Faraón, déjeme llevarlo a un lugar donde podamos hablar en privado —le imploré.

—Muy bien, Taita. Siempre te han gustado tus pequeños secretos, ¿verdad? —Eché a andar hacia las puertas de la tumba sin mirar hacia atrás. Seguí al faraón Tamose por la supuesta tumba de su padre.

Se detuvo al entrar en la primera cámara del tesoro, y escudriñó los montones de cofres de madera que llenaban la espaciosa cámara. Pensé que volvería a preguntar sobre el contenido de los cofres, y yo debí darme cuenta de que no se rebajaría de esta manera.

—Resulta curioso que cada uno de estos cofres lleve la insignia del Minos Supremo —dijo antes de pasar a la cámara siguiente, y después a la tercera donde Atón se arrodilló ante él.

—Y es todavía más extraño que mi honorable chambelán forme parte de este turbio asunto, Taita. —El faraón se inclinó para ver de cerca un montoncito inacabado de cofres, estiró las piernas y nos miró a ambos con una expresión de intensa curiosidad—. Ahora dime, Taita. ¡Cuéntamelo todo!

—Tal vez es mejor que te lo muestre, faraón —repliqué, y me dirigí al cofre que había abierto para sus hermanas. Aparté la tapa y levanté el mismo lingote brillante de plata que había mostrado a las princesas. Me arrodillé para

ofrecérselo. Lo cogió de mis propias manos y lo colocó lentamente en la suya. Con la yema del dedo señaló la insignia que había grabada en el metal. También era el toro de Creta en posición de embestida.

Al fin preguntó en voz baja:

–Tiene el peso y el tacto de la plata verdadera. No puede ser...

–Por supuesto que lo es, faraón. Cada cofre que ve aquí está lleno de los mismos lingotes.

Volvió a guardar un largo silencio, y debajo del polvo y el bronceado de su rostro pude observar un destello de intensa emoción. Cuando volvió a hablar tenía la voz ronca.

–¿Cuánto hay, Taita? –Me llamó por mi nombre familiar, que siempre era una expresión de gratitud y afecto hacia mí.

–Cada uno de estos cofres está lleno, Mem –a cambio, recurrí a su nombre de bebé. Yo era el único a quien le permitía esta salvedad.

–Déjate de tonterías. Dime cuánta plata me has

traído. Estoy esforzándome para entender la magnitud de todo este asunto. –Su tono de voz seguía delatando sorpresa.

–Atón y yo hemos tasado la mayor parte – respondí.

–Eso no responde a mi pregunta, Taita.

–Sólo hemos pesado los lingotes de los dos primeros barcos minoicos, y parte del que contenía el tercero y último. Por el momento, el total es de cuatrocientos cuarenta y nueve lakhs, faraón. Probablemente queden otros cien lakhs para tasar aunque esa cantidad podía ascender a ciento cincuenta.

Volvió a guardar silencio, negando con la cabeza y frunciendo el ceño. Volvió a hablar.

–Casi seiscientos lakhs. Es suficiente para erigir una ciudad el doble del tamaño de Tebas con todos sus templos y palacios.

–Para después construir diez mil barcos, y aún nos quedaría suficiente para librar una docena de guerras, mi faraón –concedí en voz baja–. Lo

suficiente como para recuperar al Gran Egipto de la barbarie de los hicsos.

–Me has dado el motivo para reducir y destruir a Beón y a todas sus huestes –coincidió el faraón; su tono de voz se volvió más rápido y alto al visualizar la situación.

–Es demasiado tarde, faraón. –Atón se levantó y se plantó delante de mí para captar la atención del faraón–. Beón de los hicsos está muerto y ahogado. –Retrocedió unos pasos y me dedicó un elogio–. Taita lo ha matado –declaró.

La mirada del faraón se volvió hacia mí.

–¿Es cierto lo que proclama Atón? ¿Además de todos los servicios que has prestado a mi corona, has matado a Beón? –exigió saber el faraón.

Agaché la cabeza en señal de asentimiento. Aborrezco la jactancia en los hombres, y muy especialmente en mí.

–Cuéntame, Taita. Quiero todos los detalles de la muerte de ese monstruoso animal.

Antes de que me diera tiempo a contestar, Atón

me interrumpió.

—Por favor, présteme su regia atención una vez más, mi faraón. —Se inclinó ante el rey—. Es una historia que merece toda su atención. Después de nuestro triunfo final sobre el tirano de los hicsos, se convertirá en parte de nuestra gloriosa historia militar. Las generaciones futuras la cantarán a sus hijos, y éstos a los suyos. Le suplico a Su Majestad que me deje disponer de un triunfo esta noche del que participará cada miembro del Sumo Consejo de Estado y su familia real al completo. Será un triunfo durante el cual podremos prestar los honores debidos a una hazaña bélica que seguramente no ha hallado parangón en nuestra historia.

—Tienes razón, señor Atón. Taita ha presentado ante mí un festón que no puede engullirse de un solo bocado. Debemos saborear cada mordisco. Debo informar a mi consejo de este increíble golpe de fortuna. Ocho de mis consejeros están instalados en mi palacio de Tebas, muy cerca de

aquí. El señor Kratas me sigue por la retaguardia procedente del norte y tú, Taita, así como el señor Atón, ya estáis aquí. Podemos reunir al consejo entero en tres o cuatro horas.

—Hay tiempo suficiente para darse un baño y descansar, mi faraón —le recomendé al ver el estado de su atuendo.

—Es una suciedad honesta, Taita, y pagada por la sangre de los hicsos. —El faraón sonrió entre dientes—. Pero como de costumbre, estás en lo cierto. Ordena a mis esclavos que calienten el agua para el baño.

* * *

Para cuando el Sumo Consejo de Egipto se reunió en su totalidad, el tercero y último trirreme había sido descargado y los lingotes de la bodega se habían pesado en la balanza. El triunfo formal ya estaba dispuesto y empezaba a atardecer.

Salí a informar al faraón; seguramente estaría

descansando. Para evitar que tuviera que viajar a su palacio y regresar antes del atardecer, había dispuesto que el sepulcro de su padre sirviera de alojamiento provisional. Nunca había albergado a un cadáver, y por tanto la estancia no estaba teñida de muerte. Era un espacio tranquilo y fresco, y además estaba ventilado gracias a unos respiraderos tallados en la roca que daban a la superficie. Sus criados habían montado el camastro y todos sus muebles de viaje.

Pero en vez de descansar, el faraón estaba perfectamente despierto y alerta, caminando de un lado para otro de la estancia y dictando despachos a tres o cuatro de sus secretarios. Se había puesto un uniforme limpio, sobre el cual lucía un peto de bronce con relieve de oro. Llevaba el pelo mojado y se le marcaban los rizos. Era tan apuesto como hermosa había sido su madre.

Cuando me arrodillé ante él, me detuvo con una mano sobre mi hombro.

—No, Taita —me amonestó—. Es mi firme

propósito convertirte en noble y en miembro de mi consejo privado lo antes posible. Ya no debes postrarte ante mí.

—El faraón es muy amable. No merezco semejante honor —dije adoptando mi papel de persona modesta.

—Por supuesto que no lo mereces —apuntó—. Lo hago sólo para evitar que te inclines constantemente delante de mí. Por las pezuñas de Seth, tal como diría Kratas, te juro que me provoca mareos. Mantente recto y cuéntame toda la historia detrás del tesoro que has ganado para mí.

—Le prometí seiscientos lakhs, mi faraón, pero nos faltan veinte lakhs para llegar a esa cantidad.

—Eso es más que suficiente para devolverme mi reino, y para que tú puedas conservar la cabeza sobre los hombros. —A veces el sentido del humor de los reyes tiende hacia el mal gusto—. ¿Ya se ha reunido el resto de miembros de mi consejo?

—Cada uno de ellos, incluido el Señor Kratas. Llegó hace una hora.

—Que comparezca.

Cuando salimos por las puertas del sepulcro, me di cuenta de repente de la magnitud y la extensión de lo que Atón había organizado en mi honor. El faraón me condujo entre las filas de sus guardias reales ataviado con un uniforme ceremonial y llegamos a la gran tienda que había sido erigida sobre el banco de arena del canal.

Cuando entramos, toda su corte estaba presente, esperando a recibirnos. Incluía a la familia real: sus dos hermanas y sus veintidós esposas y ciento doce concubinas. Luego estaban los nobles, sus generales militares y los consejeros de estado y su personal de alto rango; cada hombre y mujer de Egipto a quien el faraón se atrevía a confiar el secreto de los lingotes minoicos estaba allí para saludarme.

Se levantaron al unísono al entrar y los hombres desfundaron sus espadas para formar un arco para que el faraón y yo pasáramos por debajo de él. Al mismo tiempo, una nutrida banda de laúdes

y cuernos de viento que estaban en el desierto exterior junto a la tienda empezaron a tocar una marcha heroica.

El faraón y yo tardamos un rato en llegar a los asientos que habían preparado en nuestro honor. Todos los miembros de la asamblea querían tocarme, darme ambas manos y regalarme cumplidos y saludos.

Junto a la pared trasera de la tienda, y colocados unos junto a otros, se erigían unas enormes jarras de vino que eran más altas que un hombre. Cuando por fin toda la compañía estuvo sentada, los criados sirvieron vasos grandes de vino tinto de esas jarras y colocaron una delante del faraón. La levantó.

—Taita es a quien hoy tenemos que honrar. Sírvale el buen vino tinto y que sea él quien lo beba primero.

Todas las miradas de la tienda estaban puestas en mí cuando me levanté y alcé el vaso hacia el faraón.

—Todos los honores al faraón. Él es la esencia de Egipto. Sin el faraón y Egipto no somos más que polvo. Todos nuestros esfuerzos son infructuosos. —Me acerqué el recipiente a los labios y bebí un sorbo largo mientras todas las damas y sus señorías se levantaban y gritaban mi nombre. Incluso el faraón sonrió.

Me di cuenta de que cuanto menos dijera más me querrían, así que hice una reverencia al faraón y me volví a sentar.

El faraón se sentó junto a mí y colocó su mano derecha sobre mi hombro. Luego se expresó con una voz fuerte y clara que alcanzó cada rincón de la enorme tienda.

—El señor Taita ha conocido mi favor —dijo—. Ha realizado para mí y para Egipto un servicio enorme, más grande si cabe que el que ha hecho cualquiera de sus antecesores. Merece ser honrado por mí y por cada egipcio nacido y que aún está por nacer. Lo he elevado al rango de noble. A

partir de ahora se lo conocerá por el nombre de Señor Taita de Mechir.

El faraón se detuvo y se produjo un silencio de cortesía en el que la mayoría de esos ilustres trató de ocultar su expresión de desconcierto. Mechir es un pueblo situado en la ribera este del Nilo, a treinta leguas al sur de Tebas. Se trata de una agrupación de humildes cabañas de lodo, y de una población compuesta de un número igual de humilde de todo tipo de especímenes de la raza humana. El faraón nos dejó reflexionando sobre este acertijo durante un buen rato.

—También le he concedido, para su pleno usufructo, toda la finca real situada en la orilla este del río Nilo entre la muralla sur de la ciudad de Tebas y la torre de Mechir.

La asamblea emitió un grito contenido de asombro. La orilla del río desde Mechir hasta Tebas consta de treinta leguas de la tierra irrigable más fértil de todas las propiedades reales.

De repente, el faraón me había convertido en

uno de los diez hombres más ricos de Egipto.

Transmití un grado de sorpresa y deleite ante su magnanimidad. Sin embargo, cuando besé su mano derecha se me pasó por la cabeza la idea peregrina de que puesto que lo había convertido en el rey más rico del mundo, ninguno de los dos había sufrido amargamente por este intercambio de favores.

Ahora el faraón levantó su jarrita de vino hecha de plata y sonrió ante el grupo que se había formado.

—Mis reinas, mis príncipes y princesas, mis caballeros y damas, brindemos. He aquí la gratitud, el honor y una larga vida a mi señor Taita.

Volvieron a levantarse con las copas alzadas y gritaron al unísono: «He aquí la gratitud, el honor y una larga vida al señor Taita».

Probablemente era la primera vez en nuestra historia que un faraón egipcio dedicaba un brindis a uno de sus súbditos. Pero volvió a sentarse e

hizo un ademán al resto de la compañía para que hiciera lo mismo.

—¡Señor Atón! —exclamó a la mesa—. El vino es excelente. Sé que el banquete no va a ser menos. — Atón tiene la reputación de ser el mayor conocedor de la región. Algunos alegan que ésta es la razón principal por la cual han alcanzado la insigne posición de Amo de la Residencia Real.

La reputación no siempre es merecida. Atón es bueno, pero no es el mejor. Los filetes de perca del Nilo que había servido estaban poco salados, y la avutarda de desierto era un bizcocho demasiado cocido. Además, había dado manga ancha al chef de palacio para que se excediera con la especia de Baharat. Si me hubiera encomendado esta labor, imagino que la comida habría estado mejor preparada, aunque el vino era lo suficientemente bueno como para diluir estos inconvenientes triviales.

El grupo estaba comunicativo y de buen humor cuando Atón se levantó para presentar su encomio.

Había pensado en qué poeta habría elegido de haber estado en su situación. Por supuesto, no estaba cualificado para hacer este tipo de selección porque yo era el tema objeto de la composición. Así que pensé que sería Reza o Thoiak a quien Atón habría seleccionado para este gran honor.

Al final, Atón nos sorprendió a todos. Aunque dedicó méritos y alabanzas a los poetas más reconocidos de Egipto, trató de justificar su decisión final resaltando el hecho de que el elegido había sido testigo de los hechos. Naturalmente, fue una idea ridícula puesto que, ¿desde cuándo los hechos han sido de importancia para una buena historia?

—Gran faraón y damas reales, por favor acérquense y presten su atención a un valiente oficial de los Guardias del Cocodrilo Azul que navegaron con el señor Taita. —Se detuvo para dar más efecto a sus palabras—. Les presento al capitán Zaras.

La asamblea se quedó inmóvil e imperturbable mientras Zaras hacía su aparición por las cortinas de la tienda y se arrodillaba ante el faraón, que parecía tan sorprendido como cualquiera de los presentes. Pensé que yo era probablemente el único de ese grupo que había oído hablar del capitán Zaras de los Guardias del Cocodrilo Azul. Luego algo me vino a la cabeza con la misma claridad con la que una espada encaja en su funda.

Me fijé en la princesa Tehuti, que estaba situada entre el señor Kratas y el señor Madalek, el tesorero del faraón. Ella estaba sentada en primera fila en su taburete con el rostro iluminado y una expresión cautiva, observando a Zaras. No era tan descarada como para llamar la atención con un aplauso u otra estrategia para expresar su aprobación ante la elección de Atón; pero sabía que lo había hecho. De algún modo, había obligado a Atón a tomar esta ridícula decisión.

Nunca he infravalorado las habilidades diplomáticas de mis dos princesas, pero este gesto

sonaba a brujería. Centré mi atención en Bekatha y me di cuenta de inmediato que ella formaba parte de esta conspiración.

Desde el extremo contrario de la mesa del banquete ponía los ojos en blanco y hacía caras raras para captar la atención de su hermana mayor. Tehuti hacía caso omiso de ella deliberadamente.

Yo estaba muy furioso. Pero también sentía compasión por Zaras. Era un joven decente y un buen oficial, y lo amaba como un padre amaría a un hijo. En esos momentos se exhibía delante de todo el mundo para ser un hazmerreír. Esas dos arpías reales lo habían sometido a semejante crueldad.

Volví a fijarme en Zaras. Parecía no darse cuenta del desastre que se le avecinaba. Permaneció de pie, luciendo su atractivo y compostura con su uniforme. Deseaba poder hacer algo para ayudarlo, pero resultaba imposible. Tal vez podría intervenir con un verso improvisado, como si fuera un escolar, pero sus esfuerzos serían

comparados por esos jueces estrictos con los de Reza y Thoiak e incluso, a menos que así lo impidieran los dioses y las diosas, con las aclamadas obras maestras acuñadas de mi puño y letra.

Entonces tomé consciencia de un leve susurro de voces femeninas, un sonido parecido al de las abejas sobre un lecho de flores primaverales en mi jardín libando néctar. Me fijé en la compañía y vi que Tehuti no era la única mujer que estaba pendiente de Zaras. Algunas de las mujeres mayores aún eran más descaradas en sus intereses. Sonreían y susurraban detrás de sus abanicos. Zaras nunca había estado en la corte y por tanto nunca habían posado antes su mirada lascivia sobre él.

Entonces Zaras hizo un ademán de silencio y la tienda entera se calló, de modo que pude oír a un chacal aullando a lo lejos en el desierto.

Zaras se dispuso a hablar. Había oído su voz dando órdenes a sus hombres, dirigiéndolos en el

fragor de la batalla o alentándolos cuando flojeaban, pero nunca me había percatado de su timbre y profundidad. Su voz sonaba como la de una campana, y se erigía como el jazmín sobre las dunas del desierto. Estallaba como la tormenta marina sobre un arrecife y susurraba como el viento en las ramas altas del cedro.

Con unas cuantas estrofas logró cautivar a toda la compañía.

Su elección de palabras fue exquisita. Ni siquiera yo habría mejorado su combinación. Su ritmo era casi hipnótico y la historia resultaba irresistible. Barrió a su audiencia como si fueran los escombros recogidos en las aguas flotantes del Nilo.

Cuando describió la trayectoria de las tres flechas con las que herí al impostor hicsu de Beón, todos los señores de Egipto se levantaron y gritaron su aclamación, mientras que el faraón me asía por el antebrazo con tanta fuerza que los

moratones que me dejó en la piel duraron varios días.

Empecé a reír y a llorar junto al resto del público, y al final tuve que levantarme con ellos para aplaudirlo.

Mientras Zaras pronunciaba la última estrofa, se volvió hacia la entrada de la gran tienda y extendió los brazos.

—Entonces el noble Taita invocó en voz alta a todos los dioses de Egipto y a su faraón Tamose: «Esto es sólo una muestra del botín que he obtenido para ti. Pero es una milésima parte del tesoro que presento ante ti. Ésta es la prueba y el testimonio del amor y el deber que te debo, faraón Tamose».

Procedente del desierto, empezó a sonar un tambor solemne y en la entrada de la tienda había apostados diez guerreros con armadura y casco. Entre los dos cargaban un pallet sobre el que descansaba una reluciente pirámide de lingotes de plata.

Todos los presentes, al unísono, se levantaron en un tumulto de alabanzas y exaltación.

–¡Alabado sea el faraón real! –gritaron, y después–: ¡Todos los honores al señor Taita!

Cuando terminó de hablar, no querían dejar marchar a Zaras. El faraón habló con él varios minutos, los hombres le daban la mano o le asestaban unos golpecitos en la espalda, mientras que varias de las mujeres que habían bebido vino se reían y se enganchaban a él de la misma forma en que lo haría un gato.

Cuando se acercó a mí nos abrazamos brevemente y alabé su actuación:

–Bien escrito y hablado, Zaras. Eres un guerrero y un poeta.

–Si viene de un poeta de tu calidad, señor Taita, me complace oír eso –contestó, y me conmovió comprobar que lo decía de verdad. Me dejó y fue saludando a otros miembros del grupo. No quería hacer evidente su destino final, aunque al final se inclinó ante la princesa Tehuti.

Ambos se quedaron en un rincón de la tienda en el que estaba sentado; sin embargo, soy capaz de interpretar el sentido de las palabras en los labios de los demás sin haberlas oído, y hacerlo con la misma rapidez con la que leo los jeroglíficos de un rollo de papiro.

—¡Vergonzoso, capitán Zaras! ¡Su poesía me ha hecho llorar! —Éstas fueron las primeras palabras que ella le dedicó, y él se arrodilló ante ella. El rostro de Zaras estaba apartado, de modo que no pude leer su respuesta. Sin embargo, hizo reír a Tehuti.

—Es usted todo un galán, capitán. Pero le perdonaré con una condición. Y es que prometa cantar para nosotras un día de éstos. —Zaras debió de aceptar, porque ella continuó—: Le hago responsable de esta promesa. —Él se levantó y se alejó de ella respetuosamente.

«¡Bien!», pensé. «Sal de aquí, necio. Estás en desigualdad de condiciones. Corres más peligro

ahora del que jamás hayas corrido en el campo de batalla». Pero Tehuti lo detuvo con un gesto grácil.

—¡Qué torpe por mi parte! —Leí sus labios de nuevo—. Por lo visto se me ha caído uno de mis anillos. Lo llevaba puesto en mi dedo hace un momento. ¿Podría buscarlo por mí, por favor, capitán Zaras?

Él se mostró ávido como un cachorro. Volvió a arrodillarse para buscar en el suelo. Casi de inmediato recogió un objeto; y cuando se levantó quedó de cara hacia mí, así que pude leer sus labios.

—¿Es éste el anillo que ha extraviado, Su Majestad?

—Efectivamente. Es el anillo. Me lo regaló una persona muy especial; el hombre a quien usted ha encomiado tan hermosamente esta noche. —No hizo ningún esfuerzo por recuperar la alhaja de las manos de Zaras.

—¿Se refiere al señor Taita?

—Así es —asintió con la cabeza—. Pero fíjese en

la piedra del anillo que sostiene. Fíjese en su pureza.

—Es clara y pura como el agua —coincidió, sosteniendo el anillo a contraluz de la antorcha más cercana. Ella le había obligado a escudriñarlo minuciosamente, y ahora que ya estaba satisfecha extendió su mano hacia él.

—Gracias, capitán. —Colocó el anillo en su mano ahuecada, y ella le sonrió.

Se me pasó por la cabeza que, aunque ese anillo no fuera en realidad mágico, su sonrisa, la de la princesa Tehuti, sí que lo era, ya que podía derrumbar las paredes de Menfis y de Tebas. ¿Cómo puede un imberbe como Zaras resistirse a sus encantos?

La primera tarea, y la más urgente que tenía que abordar, era hacer desaparecer a los tres grandes trirremes sin dejar rastro. No debía sembrar ningún tipo de duda en la mente del Minos

Supremo de Creta de que Beón había sido el responsable del robo de su tesoro. Su rabia quedaría exacerbada por el conocimiento de que el culpable era un supuesto aliado suyo.

Primero pensé en quemar las tres naves y en arrojar las cenizas del Nilo de modo que el misterio de su desaparición fuera perpetuado. Pero entonces consideré la enorme cantidad de madera que tendría que destruir.

Egipto es una tierra carente de bosques densos. Para nosotros la madera es casi tan valiosa como el oro y la plata. Pensé en los barcos de combate y los carros que podría construir a partir de los cascos de los tres trirremes, y no podía resistirme a la idea de disfrutar de un botín tan merecido.

Hablé de ello con el faraón y el señor Kratas, por ser los comandantes supremos de nuestro ejército.

—Pero ¿en qué lugar de Egipto podríamos ocultar esa enorme cantidad de madera, Taita,

viejo rufián? –preguntó Kratas—. No has pensado en ello, ¿verdad?

El faraón se puso de mi parte.

–Una de las cosas de las que puedes estar absolutamente seguro, mi señor Kratas, es que Taita ha pensado en ello. A Taita no se le escapa nada.

–El faraón es muy amable conmigo. Pero procuro ser humilde –murmuré, y Kratas se quejó con gracia de mis reservas.

–No hay nada de humilde en ti, Taita. Incluso el hedor de tus gases es pretencioso y ostentoso. –El señor Kratas es mi gamberro preferido; no hay nadie en todo Egipto que pueda superarlo en sus indiscretas groserías. Hice caso omiso de su comentario y me dirigí al faraón.

–El faraón está en lo cierto, como siempre. Tengo unas cuantas ideas sobre esta cuestión. De hecho es que no tendremos que apostar a todo un regimiento en la tumba de su divino padre, el dios

Mamose, para vigilar la plata que guardamos allí. El regimiento puede servir a un doble propósito.

Incluso Kratas se dignó a escuchar atentamente.

—¡Continúa, Taita! —instó el faraón.

—Pues bien, faraón, he vuelto a medir las antecámaras de la tumba. Si guardáramos los cascos de los trirremes en postes individuales, entonces hay espacio para colocarlos en estas estancias subterráneas donde quedarían ocultas hasta que tuviéramos que utilizarlas en otra empresa bélica. —Me di media vuelta para desafiar a Kratas—. Sin duda alguna, el señor Kratas tiene un plan mejor. ¿Quizá podríamos llevar los cascos hasta las aguas profundas del mar Rojo y el señor Kratas se encargaría de sumergirlos con el peso enorme del excremento que tan profusamente emana de sus nobles labios?

—Por las liendres del vello púbico enmarañado de Seth, Taita, ésta es una de tus mejores pullas. ¡No la olvidaré! —Kratas soltó una risotada. No le

importa aceptar una broma a su costa. Ésa es una de las muchas cosas que admiro de él.

Costó varias semanas y la mitad de un regimiento de hombres desmontar los trirremes hasta reducirlos a varios postes sueltos, y luego numerar cada uno de ellos y dejarlos en las antecámaras subterráneas. Pero al menos había terminado mi truco de desaparición y los grandes buques se habían esfumado del todo.

En lo que a mí respecta, había un beneficio extra en el subterfugio. Fui capaz de manipular al faraón de manera que asignara a Zaras la tarea de desmantelar y guardar los barcos, con órdenes estrictas de permanecer en la cámara funeraria hasta terminar la labor. Así que cuando ambas princesas, Tehuti y Bekatha, tanto juntas como por separado, preguntaron sobre su paradero, fui capaz de informarlas honestamente de que el faraón le había enviado a efectuar una misión militar secreta de la que no regresaría en mucho tiempo.

El palacio de Tebas era para Zaras un lugar

mucho más peligroso que el campo de batalla de los hicsos. Pasé la noche sudando de miedo por mi protegido. Aparte del hecho de que lo considero un amigo leal que ha arriesgado su vida por mí, era también un soldado intrépido, un académico y ahora había demostrado ser un poeta. Teníamos mucho en común. No obstante, al igual que cualquier otro hombre de su edad, tenía una gran debilidad que en ningún modo quedaba mitigada por el hecho de que no la veía la mayor parte del tiempo, puesto que quedaba recogida debajo de su faldón.

También sé lo implacables e insensatas que pueden ser las mujeres jóvenes cuando sus ovarios suben de temperatura. Las gónadas de mi amada y pequeña Tehuti empezaron a arder en el preciso instante en que lo vio. No se me ocurría una manera factible de aplacar esas llamas.

En los días posteriores a mi regreso a Tebas, me vi

superado por circunstancias que me asaltaban en todas direcciones.

El faraón requería mi presencia a todas horas para debatir la tormenta política que se estaba gestando entre los hicsos y el Minos Supremo.

Atón y yo habíamos acordado que, en vista de la urgencia y el peligro de la situación, deberíamos declarar una tregua entre las operaciones de inteligencia a nuestros rivales y que, por el momento, debíamos aunar nuestros recursos y cooperar entre sí para la seguridad y tal vez la supervivencia última de nuestro propio Egipto.

Hombres y mujeres anónimos y desconocidos aparecían y desaparecían de nuestras puertas a todas horas de la noche, comunicando mensajes e informaciones procedentes del norte. Sus números sólo se veían superados por el de las palomas mensajeras que recorrían el mismo trayecto. A veces me imaginaba que había tantas aves surcando el cielo que éste se volvería morado como el color de su plumaje.

Atón y yo teníamos que analizar y debatir cada mensaje que recibíamos, evaluándolo cuidadosamente antes de entregarlo al faraón y a su comandancia.

Una de las informaciones secretas importantes que recibimos tenía que ver con la cremación del rey Beón, a quien había matado con mi arco en el Nilo a la altura de la ciudad de Menfis. Los hicsos tienen la costumbre bárbara de reducir a cenizas los héroes fallecidos, en vez de embalsamarlos tal como hacemos en los pueblos más avanzados y civilizados.

Al mismo tiempo, también realizan sacrificios humanos para aplacar la sed de sus monstruosos dioses, de los cuales Seth es el principal. Atón y yo supimos que cien de nuestros guerreros egipcios que habían sido capturados por los hicsos fueron arrojados a las llamas de la pira funeraria de Beón mientras seguían con vida, y que después arrojaron a un centenar de vírgenes para que proporcionaran placer a Beón en el otro mundo.

Algunas de estas vírgenes tenían sólo cinco años de edad, y eran lo suficientemente mayores como para saber lo que les ocurriría si entraban en esa pira. Después de oír este relato, ¿qué persona sensata no se atrevería a argumentar que los hicsos son el tipo de animal más indigno?

Fui el primero de Tebas en saber que después de la cremación de Beón, su joven hermano Gorrab fue coronado como el nuevo rey de los hicsos.

La principal preocupación de Gorrab parecía ser la venganza de la muerte de su hermano mayor. Desplegó a diez mil soldados de primera fila de la línea de batalla que se enfrentaba a nuestras fuerzas egipcias en la frontera entre Sheik Abada y Asiut. La decisión de Gorrab fue acertada para Egipto. El faraón estaba involucrado de lleno en esta contienda. Los hicsos nunca son parsimoniosos con las vidas de sus soldados, y siempre están dispuestos a emprender una batalla de desgaste a la menor oportunidad. Hasta ese

momento el faraón estaba infligiendo graves pérdidas en el ejército de Beón, pero sus propios hombres lo castigaban duramente a cambio.

En esos momentos, la presión se había atenuado y el faraón tuvo la oportunidad de volver a consolidar su posición mientras Gorrab ordenaba a casi un cuarto de su ejército hacia el norte para atacar a las fuerzas cretenses que yo había dejado intactas en Tamiat.

Gorrab había sido testigo de la muerte de su hermano. Había sido el comandante de los guardias a bordo de la barcaza real. Había visto cómo los tres trirremes cretenses podían con ellos y los uniformes minoicos de los oficiales y la tripulación mientras lanzaban ese ataque a traición y por sorpresa.

Gorrab había visto cómo uno de los arqueros cretenses apuntó tres veces contra su hermano desarmado mientras luchaba por su vida en el agua. Después ordenó sacar del río el cuerpo cosido a flechas de su hermano Beón, y lloró por

él mientras encendía la antorcha de la pira crematoria. Después colocó la corona de los hicsos sobre su cabeza con ambas manos, y declaró una guerra incondicional contra Creta.

Atón y yo seguimos la campaña de Gorrab contra los minoicos con alegría. Supimos por nuestros espías que los comandantes minoicos de alto rango habían vuelto a Creta desde Tamiat en la galera que yo había dejado para ellos. La pequeña galera sólo tenía capacidad para cuarenta hombres; los demás se quedaron en el fuerte. Cuando la galera alcanzó Creta, el comandante informó al Minos Supremo del vergonzoso y devastador ataque de los hicsos en el fuerte, así como de la captura de los barcos del tesoro cretenses. Informó al Minos de que los piratas no habían hecho ningún intento por ocultar su identidad, pero que llevaban uniformes hicsos y les había oído conversar en ese idioma.

El Minos Supremo envió de inmediato a un escuadrón de sus galeras de guerra a Tamiat con el

fin de rescatar a las dos mil tropas cretenses apostadas allí. No obstante, sus barcos llegaron demasiado tarde.

El rey Gorrab había estado allí antes que ellos con sus diez mil hombres. Los cretenses opusieron una meritoria resistencia, pero Gorrab masacró a la mayoría de ellos. Los supervivientes se rindieron. Gorrab los decapitó y mandó construir una pirámide con sus cabezas en el muelle de la parte inferior del fuerte. El escuadrón que debía relevarlos llegó procedente de Creta sólo después de que el rey Gorrab hubiera regresado a Menfis, dejando a ese montón de cabezas humanas pudriéndose en el sol mientras los buitres devoraban lo que quedaba de los hombres de Minos. El escuadrón relevado zarpó rumbo a Creta para informar a Minos de la masacre.

El Minos Supremo juró venganza ante el altar de sus extraños dioses y envió a su flota para saquear los puertos y las bases de los hicsos a lo largo de toda la línea costera del norte de África.

El rey Gorrab tomó represalias dirigiendo un pogromo sobre todos los minoicos que vivieran bajo sus dominios en el norte de Egipto. Los minoicos son un pueblo inteligente y trabajador. Son muy habilidosos con las artes y los oficios. Sin embargo, son sobre todo comerciantes y emprendedores. Allí donde exista un atisbo de plata o beneficio, siempre encontrarás a un minoico.

¿De qué otro modo pudieron los habitantes de una isla tan pequeña como Creta haberse convertido en la potencia dominante de todos los territorios aledaños del mar Mediterráneo?

Existen varios miles de minoicos que residen en el norte de Egipto. El rey Gorrab la tomó contra esta población local con toda la crueldad y ferocidad animal por las que se conoce a los hicsos. Sacaron a los minoicos a rastras de sus casas, y violaron a las mujeres y a las niñas de tierna edad. Luego los congregaron a todos, hombres, mujeres y niños, a los templos que los

minoicos habían erigido para sus dioses y quemaron los tejados sobre sus cabezas.

Aunque la población minoica trató de huir de la ciudad, muy pocos lograron escapar. Los barcos del Minos Supremo rescataron a algunos afortunados que vivían en las ciudades y puertos de la costa del Mediterráneo. Otras que vivían en el interior escaparon hacia los desiertos que rodean a nuestro Egipto. Ellos también murieron de sed y de las atenciones de los beduinos, que son también un pueblo cruel y rapaz.

No obstante, unos cuantos centenares de minoicos huyeron con sus familias hacia el sur procedentes de Menfis y Asiut, y algunos de ellos pudieron evadir a los aurigas hicsos que los perseguían y alcanzaron nuestras líneas de combate. El señor Kratas ordenó a nuestros hombres que dieran cobijo y protección a los refugiados, y que los trataran con amabilidad.

Tan pronto como oí estas informaciones, partí con mi caballo y cabalgué tan rápido como me era

posible hasta las líneas de vanguardia de las legiones nuestras que se enfrentaban a los hicsos.

A algunos de los comandantes más veteranos de estas legiones los conocía desde que eran unos imberbes. Los había instruido en la ciencia y el arte de la guerra, y mi influencia había ayudado a catapultarlos hacia sus respectivos altos rangos militares.

El señor Remrem había sido ennoblecido por el faraón en el campo de batalla de Tebas y ahora comandaba un regimiento a las órdenes del general Kratas, el comandante supremo.

Hui, que había sido un forajido cuando lo capturé, era ahora un oficial que dirigía a quinientos aurigas. Todos estos viejos amigos y conocidos se mostraron encantados de darme la bienvenida a su campamento, incluido a ese viejo censurable y réprobo Kratas, que era comandante en jefe a las órdenes del faraón. En la noche de la llegada, el señor Kratas trató de emborracharme hasta quedar inconsciente. Después, yo fui uno de

los que lo ayudaron a llegar a su litera, y le sostuve la frente mientras vomitaba. A la mañana siguiente me lo agradeció con cierta brusquedad y envió a su obediente oficial a que trajera ante mí a los refugiados minoicos que habían logrado huir de la ira del rey Gorrab y alcanzar nuestras filas.

Había unos cuarenta desdichados en esa situación. Era muy triste verlos, ya que habían huido prácticamente con lo puesto y con sus familias diezmadas por los hicsos.

Avancé lentamente entre sus filas, tratando a los fugitivos con respeto y amabilidad, aunque también les formulé las preguntas pertinentes.

Había un grupo familiar de tres personas arremolinadas en el extremo de la fila; tardé un poco en llegar hasta ellos. El padre hablaba un egipcio aceptable pero con un fuerte acento. Se llamaba Amythaon. Hasta hacía tres semanas había sido mercader en Menfis, comerciando con trigo, vino y cuero. Le iban tan bien los negocios que incluso había oído hablar de él gracias a mis

agentes de esa ciudad. Los hicsos habían quemado su hogar y su almacén, y violaron a su esposa delante de él hasta morir desangrada.

Su hijo tenía diecinueve años de edad. Se llamaba Icarion. Me gustó de inmediato. Era un joven alto y de constitución robusta. Tenía una buena mata de cabello moreno y rizado, así como un rostro risueño. No se había visto superado ni aplastado por las desgracias, aunque no podía decir lo mismo de su padre.

—Evidentemente, has escapado de Menfis con unas alas que tú mismo te has construido —le aseguré.

—Desde luego —respondió Icarion—. Pero procuro apartarme del sol, señor. —Había captado de inmediato mi alusión a su nombre.

—¿Sabes leer y escribir, Icarion?

—Sí, señor. Aunque no me gusta tanto como a mi hermana.

Me fijé en su hermana, que estaba detrás de los dos hombres de su familia, y contemplé su rostro.

Era una jovencita hermosa, con pelo largo moreno y una carita que denotaba una inteligencia vivaz, aunque no era tan bella como cualquiera de mis dos princesas. En realidad, hay muy pocas mujeres que lo sean.

–Me llamo Loxias y tengo quince años –dijo, anticipándose a mis preguntas. Tenía casi la misma edad que mi querida Tehuti. Su egipcio era perfecto, como si fuera nativa de este idioma.

–¿Sabes escribir, Loxias?

–Sí, señor. Puedo hacerlo en los tres sistemas: jeroglífico, cuneiforme y caracteres minoicos.

–Me lleva las cuentas y escribe mi correspondencia –intervino Amythaon, su padre–. Es una chica lista.

–¿Podrías enseñarme a hablar minoico y a escribir con escritura Lineal A? –le pregunté.

Pensó en ello por unos instantes y luego respondió:

–Tal vez, pero eso dependerá de su capacidad, Señor Taita. El minoico no es un idioma fácil. –

Reparé en el detalle de que había utilizado mi nombre y título entero. Eso quería decir que el padre tenía razón en jactarse de la inteligencia de su hija.

–Desafiame. Dime algo en minoico –la incité.

–Muy bien –contestó, y luego pronunció una larga secuencia de frases exóticas y ceceantes.

Se las repetí. Tengo oído para los sonidos musicales, tanto los instrumentales como los hablados. Puedo replicar la cadencia y el acento de cualquier acto de habla humano sin cometer errores. En este caso no tenía ni idea de lo que estaba diciendo, aunque lo pronunciaba a la perfección. Los tres me miraron perplejos y Loxias se ruborizó del disgusto.

–Me está tomando el pelo, señor Taita. No necesita mi tutelaje. Habla mi idioma casi tan bien como yo –me acusó–. ¿Dónde lo aprendió? –Esbocé una sonrisa de misterio, y la dejé con la incógnita.

Dirigí a la caballería del regimiento de Hui y

los cuatro partimos hacia el sur con destino a Tebas ese mismo día. Encontré un cómodo alojamiento para la pequeña familia perdida a poca distancia de los muros de la ciudad, en una de las aldeas de mi recién concedida propiedad de Mechir.

Pasaba varias horas al día con Loxias aprendiendo a hablar y a escribir en minoico. Al cabo de unos meses Loxias reconoció que no tenía nada más que enseñarme.

—El alumno ha superado al profesor. Creo que seguramente podrá enseñarme mucho, señor Taita.

Mis dos princesas no eran estudiantes natas ni interesadas como lo era yo. Al principio dejaron muy claro que no querían saber nada de un idioma estúpido y tosco como el minoico. Tampoco querían relacionarse con una campesina minoica de cuna humilde. Me informaron de que ésa era su decisión conjunta, y que además debía acatarse de manera definitiva e irreversible, y que yo no podía hacer nada al respecto. Tehuti se ocupó de

comunicármelo y su hermana pequeña se limitó a apoyarla en silencio y a asentir con la cabeza en un gesto de aprobación.

Me dispuse a hablar con su hermano mayor, el faraón Tamose. Le hice ver la necesidad de que nosotros, los egipcios, desarrolláramos y sacáramos el máximo partido de nuestra relación óptima con Creta, y de cómo esto dependía en gran medida de la capacidad de esas dos chicas de comunicarse con el Minos Supremo y su corte. Luego le expuse en detalle los planes que había elaborado para sus hermanas.

El faraón llamó a las dos pequeñas rebeldes y las regañó. Terminó su discurso a una sola banda con amenazas veladas pero contundentes y en cierto momento pensé que se atrevería a llevarlas a cabo. Después las princesas cambiaron de opinión de manera rotunda. Aunque en los días siguientes se enfurruñaron conmigo con una intensidad meditada.

Pero dejaron de lado cualquier muestra de

rencor cuando organicé un premio para la estudiante que se mostrara más aplicada la semana anterior, según el criterio de su nueva instructora lingüística, Loxias. El premio tenía que ser una alhaja codiciada por las mujeres que Amythaon encontró por mí en los bazares de la ciudad.

No tardaron en aprender a charlar fluidamente, argumentar y expresar emociones en minoico, y Loxias se superó a sí misma enseñándoles una serie de palabras y expresiones que eran más apropiadas para pronunciar en tabernas y burdeles de los barrios bajos de la ciudad que en las salas de un palacio. En los meses siguientes estos tres diablillos se deleitaban en sorprenderme con muestras de ese vocabulario.

En poco tiempo se convirtieron un trío tan bien avenido que las princesas se llevaron a Loxias a vivir con ellas en el harén real.

La propiedad de la finca de Mechir me

proporcionó una excusa para escapar del palacio a mi antojo y cabalgar a rienda suelta por mis propiedades, generalmente con mis princesas y la omnipresente Loxias que nos hacía compañía. Les había enseñado a montar a horcajadas, que es toda una hazaña para cualquier hombre o mujer egipcios, especialmente para las hermanas del faraón.

Además, hice construir unos arcos especiales para las tres muchachas que se correspondían con su grado de fuerza. Con la práctica lograron tensar el arco hasta los labios y colocar dos flechas de tres en la diana que marqué para ellas a cien pasos. Mantuve vivo su entusiasmo por este deporte otorgando premios y deshaciéndome en elogios para la mejor arquera del día.

Cuando mi pueblo sembraba los campos de maíz, las bandadas de pájaros nos robaban la semilla. Pagué a las niñas una cantidad extravagante para cada pájaro que pudieran derribar con una flecha. Las tres acabaron siendo

cazadoras de primera, y podían alcanzar a esos diablillos emplumados en pleno vuelo.

Sabía que la equitación y la caza eran habilidades que las chicas utilizarían en algún momento de su vida.

Disfruté genuinamente del tiempo que pude invertir en mis asuntos, porque cuando regresé a palacio tuve que someterme una vez más a las órdenes del faraón. Apenas pasaba un día sin que requiriera mi presencia para resolver un problema o darle mi consejo u opinión. Aprendí a no perder la compostura cuando rechazaba mi consejo, aunque lo hiciera resurgir poco después como si fuera su propia idea.

Uno de los problemas al que tuve que enfrentarme en esta ocasión fue el traspaso del tesoro que había traído a manos del faraón Tamose desde el fuerte minoico de Tamiat.

El faraón estaba impaciente de empezar a utilizarlo para el bienestar de sus súbditos. Tuve que persuadirlo de que no pagara las deudas de la nación con lingotes de plata que llevaran el sello del Minos Supremo de Creta.

—Gran faraón, tú y yo somos conscientes de que Minos tiene a sus espías en cada ciudad de nuestro Egipto —le hice notar—. Uno de ellos tardaría muy poco en enviar un mensaje de vuelta a Creta para informarle de que cada zoco y taberna de Tebas nadaba en abundancia con lingotes de plata impresos con el sello del toro de Creta.

—¿Entonces me estás diciendo que nunca podré gastar los lingotes que hemos guardado en la cámara del tesoro? —preguntó, apuntando con la

barbilla a la tumba de su padre en la otra orilla del Nilo—. ¿Y que no podemos hacerlo para no delatar su existencia? Su tono de voz era rudo y la expresión de su rostro denotaba enfado.

—Le pido perdón, Egipto Real. Eres el padre de la nación. El tesoro te pertenece y puedes disponer de él como te plazca. Sin embargo, debemos modificar su aspecto para que ningún hombre vivo, y en concreto el Minos Supremo, pueda reconocerlo.

—¿Cómo lo lograremos, Taita? —Ahora estaba ligeramente molesto. Al menos me miraba a la cara con una expresión más amigable e interesada.

—Tenemos que dividir los lingotes en fragmentos mucho más pequeños, y que además pesen la misma cantidad; digamos, medio deben. Cada uno de ellos podría llevar estampada la imagen de su busto real.

—Ya entiendo —murmuró. Supe que le gustaría la idea de ver su busto estampado en las monedas—.

¿Qué nombre recibirían esas monedas, estos fragmentos míos de plata, Taita?

—El faraón podrá pensar sin duda alguna en un nombre más acertado, pero se me ocurrió la idea peregrina de que podrían llamarse «mem de plata».

Sonrió de placer.

—Creo que es un nombre muy acertado, Taita. Pero entonces, ¿qué imagen estamparemos en el reverso de mis mems de plata, por detrás de mi busto?

—Por supuesto, el faraón tendrá que decidirlo. —Hice una reverencia con la cabeza y evité su mirada.

—Por supuesto que lo decidiré yo —coincidió—, pero me doy cuenta de que te gustaría hacer una sugerencia.

Me encogí de hombros.

—Hemos estado juntos desde el momento de su nacimiento, Majestad.

—Sí. Horus sabe que ya me lo has recordado en

numerosas ocasiones. Cuando me explicas que mi primera acción en este mundo fue orinar sobre ti, siempre pienso que debería haber orinado más y durante más tiempo.

Fingí no haber oído esta última parte de su comentario.

–Siempre le he apoyado con lealtad y fidelidad. Sería conveniente dar continuidad a esta tradición –dije. Me detuve, pero él me instó a seguir hablando.

–¡Continúa!

–Sin embargo, creo que puedo ver hacia dónde nos encaminamos.

–Tal vez –y lo digo con absoluta humildad–, tal vez el faraón encuentre apropiado disponer que la imagen del halcón herido decore el reverso de su mem de plata –propuse, y él soltó una carcajada.

–Nunca me defraudas, Taita. ¡Ya lo habías dispuesto de este modo desde el principio! El halcón herido con un ala rota es mi jeroglífico personal.

Bajo los auspicios reales y guardando el más estricto secreto, ordené acuñar esta moneda dentro del recinto de la tumba de Mamose. *Coin* fue la nueva palabra que había ideado para describir estas piezas de plata. El faraón la aceptó sin rechistar.

Esta moneda de curso legal fue otro de mis logros que sirvió para impulsar decididamente el progreso y la prosperidad de nuestro Egipto. Hoy en día, cualquier sistema monetario solvente es un instrumento fundamental para el gobierno y el comercio. Fue uno de mis regalos a mi Egipto, y una de las razones principales por las que siempre será la nación más destacada del mundo. Aunque desde entonces otras naciones nos han imitado, el *mem* de plata es hoy en día la moneda que se reconoce y acepta de buen grado en cada país del mundo.

También por recomendación mía, el faraón cambió el nombre de la tumba de su padre a «Real Casa de la Moneda»; de este modo se erradicaba

cualquier asociación macabra del lugar con la muerte y la sepultura. Cuando se procedió a efectuar el cambio, el faraón me nombró responsable de esta institución; ésta se añadía de manera destacada al resto de mis deberes y responsabilidades. Sin embargo, cuando el deber llama nunca me quejo.

Una de mis primeras decisiones en la calidad recién estrenada de director fue nombrar a Zaras Guardián de la Real Casa de la Moneda y Tesorería. Convencí al faraón para que le asignara la comandancia de un batallón de guardias para ayudarle a llevar a cabo estas tareas. Evidentemente, esto situaba a Zaras bajo mi completa autoridad.

Puesto que la princesa Tehuti había ideado una estratagema para obligarlo a inspeccionar su anillo de diamantes, y por tanto dejar claras sus intenciones ante mí, procuré que Zaras quedara aislado de la orilla occidental del Nilo. Supe que cuando mi querida decidía un cierto curso de

acción era muy difícil, por no decir imposible, disuadirla de lo contrario o hacerle cambiar de opinión.

Lo único que se me ocurría era impedir cualquier contacto entre ella y Zaras hasta tener claro el destino manifiesto para ella. Sin duda alguna, este destino era convertirse en la reina y consorte de la figura militar más poderosa del mundo y no la comparsa y asistente de campo de un soldado raso, por muy agradable y afable que pudiera ser ese hombre.

Uno de los pocos datos que conocía sobre la enigmática figura del Minos Supremo era su predilección por las mujeres hermosas de sangre real. Para ser totalmente sinceros, ni siquiera este hecho era irrefutable. Era sólo un rumor que había pasado a ser un hecho por su constante repetición.

No obstante, estaba convencido de que esta figura sombría pero omnipotente encontraría irresistibles a mis princesas, y que a través de ellas podría manipular al minoico a mi voluntad, y

para el bien común de nuestro Egipto. Me consolé con el hecho de que Tehuti no podría esperar mayor honor ni más alta responsabilidad que ocupar un trono y salvar a su región de la barbarie. Cuando se diera cuenta de ello, no tardaría en abandonar sus sentimientos caprichosos por Zaras.

Mientras tanto, tendría que dejar confinado a ese valeroso joven en la Real Casa de la Moneda y no darle ninguna opción de cruzar el río; desde allí olería el harén real como un perro que sigue el rastro de una perrita en celo.

Hasta ese momento, el faraón y nosotros, los miembros de su Consejo Real, habíamos seguido la escalada del conflicto entre el Minos Supremo y el rey Gorrab de los hicsos con la máxima atención. Hicimos todo lo que obraba en nuestro poder para intensificar la hostilidad entre ambas partes. Desgraciadamente, no sirvió de mucho.

Creta estaba muy lejos y nosotros no teníamos contacto con su gobernante.

Mientras esperaba el momento de poner en marcha mi plan para Tehuti y Bekatha, me dispuse a aprender todo lo que pudiera sobre Creta y el Minos Supremo. Fue en este sentido que Amythaon y su hija Loxias me proporcionaron información de un valor incalculable sobre la isla, su historia y población, sus recursos y, aún más importante, sus gobernantes.

Utilizo el plural «gobernantes» a propósito, ya que al parecer Creta tiene cuatro reyes. El Minos Supremo, tal como indica el título, domina a los otros tres reyes menores. Viven en palacios separados, pero están unidos con el gran palacio de Cnosos por unos caminos espléndidamente pavimentados con baldosas de mármol. En Egipto los llamaríamos «sátrapa» o gobernantes, pero no reyes.

Cuando hablamos a solas supe que Amythaon había nacido en una aldea situada a escasas tres

leguas de los muros de Cnosos, la ciudadela del Minos Supremo. Su padre había sido un oficial del palacio y de niño Amythaon acudió a muchos de los festivales y procesiones de Minos. Era la primera persona con la que hablaba que había visto a Minos con sus propios ojos.

Según Amythaon, Minos es una figura majestuosa e imponente que siempre lleva una máscara en sus comparencias públicas. La máscara que lleva adopta la forma de una cabeza de toro moldeada a partir de plata de ley. Ninguno de sus súbditos ha visto jamás su rostro.

—Es inmortal —declaró Amythaon—. Ha gobernado desde el nacimiento de la nación, perdido en la noche de los tiempos.

Hice bien de asentir con la cabeza, pero se me ocurrió que si ninguno de sus súbditos le habían visto la cara, ¿cómo podían saber que era el mismo hombre el que gobernaba? Para mí era de sentido común pensar que cuando el Minos

Supremo titular fallecía, su sucesor copiaba la máscara de plata y daba continuidad al reinado.

—Tiene cien esposas —continuó Amythaon y esperaba que estuviera impresionado. Yo adopté una expresión de asombro—. El Minos Supremo recibe esposas de todos los otros reinos de las ciudades estado situadas en las islas que pueblan el mar Egeo. Cuatro veces al año, en los festivales que marcan el cambio de estación, se las envían de regalo como tributo.

—¿Cuántos reyes vasallos tiene el Minos Supremo, Amythaon?

—Es un monarca poderoso. Tiene veintiséis vasallos en total, mi señor —respondió—, incluidos los tres de la isla de Creta.

—¿Cuántas esposas le envían?

—Cada año, cada rey vasallo le envía siete esposas.

—Esto suma un total de ciento ochenta y dos esposas al año. ¿Estás de acuerdo con mis cifras,

Amythaon? –Le vi contar con los dedos y al final asintió con la cabeza.

–Es correcto, mi señor.

–Entonces, ¿puedes explicarme cómo es posible que la cifra de esposas sea de cien, tal como afirmaste al principio?

–No estoy seguro, señor. Esto es lo que me comentó mi padre cuando yo era un niño. –Parecía confuso, y le formulé otra pregunta para aliviar su malestar.

Amythaon fue incluso de más ayuda para describir la topografía de la isla de Creta y su población. Había acumulado varios mapas supuestamente precisos de la isla pero todos diferían mucho entre sí. Amythaon los repasó conmigo, corrigiendo sin descanso el contenido y los detalles, y al final consolidando esta información en un mapa maestro que, según pudo confirmar, era perfecto. Este mapa mostraba todas las ciudades y pueblos, los puertos y los

fondeaderos, los caminos y los pasos a través de las cordilleras cretenses.

Debido a las conexiones familiares, Amythaon también pudo darme cifras fidedignas del ejército y la armada minoicos.

Tenían un buen número de soldados rasos. Sin embargo, éstos no eran más que mercenarios reclutados de otras islas helénicas o de entre los Medas y los Arios en Asia oriental. Debido a la naturaleza montañosa de Creta, me comentó que los minoicos poseían relativamente pocos carros, en comparación con los hicsos o con nuestro propio faraón.

Al parecer, el Minos Supremo equilibra esta carencia con una armada muy poderosa que supera con creces a cualquier otra del Mediterráneo. Amythaon pudo ofrecerme un cálculo de los números y los tipos de barcos que posee.

Las cifras que mencionó Amythaon eran tan grandes que supe que eran exageradas. Pensé que, si estaba equivocado y las cifras de Amythaon

eran correctas, entonces el Minos Supremo era verdaderamente un hombre poderoso.

Armado con toda esta información, consideré al fin que había llegado el momento de que nosotros, los egipcios, interviniéramos más activamente en el bando de Creta en la guerra entre los minoicos y los hicsos, y ejercer el impulso crítico que era necesario para derrotar por último a la barbarie de los hicsos hasta expulsarlos de nuestra tierra.

Atón y yo recabamos toda la información y los datos de nuestros agentes y él quedó impresionado con la magnitud de todas esas pesquisas, que tenían mucho más peso que la suya, aunque no desprecié sus esfuerzos.

Después de hablarlo largo y tendido, estuvimos de acuerdo en que el plan más factible para nosotros era iniciar vías de acceso amistosas y directas con los Minoicos, y forjar una alianza con ellos que convertiría a nuestras dos naciones en la

potencia dominante sobre la faz de la Tierra; un poder que los hicsos nunca podrían desafiar.

Fue entonces cuando, presa de mi entusiasmo, cometí un error. Le dije a Atón:

–Recuerdo que antes de la incursión de los hicsos a Egipto siempre habíamos mantenido un contacto diplomático endeble pero mutuamente reconfortante con Creta. Sin embargo, la invasión de Egipto Superior por los hicsos ha aislado nuestra franja sur del país. Por eso resulta casi imposible para nosotros continuar este contacto con Creta. Nuestros dos países han seguido caminos diferentes; separados por la cuña que los hicsos han colocado entre nosotros.

Atón me escuchó con una expresión de asombro en la cara que poco a poco fue debilitando sus facciones rechonchas. Cuando me detuve para escuchar su respuesta, continuó mirándome fijamente en silencio. Me vi obligado a insistir.

–Así pues, ¿cuál es tu opinión, Atón? ¿No te convence mi plan?

No me respondió la pregunta, sino que se limitó a contestar lo que ya le había dicho al principio.

—¿Te he escuchado bien, Taita? ¿Has dicho que en realidad recuerdas la época anterior a la invasión de los hicsos a nuestra tierra?

Por lo general soy reticente a decir mi edad. Incluso hombres como Atón, que me conocen bien, creen que soy varias décadas más joven de lo que soy en realidad. Si les dijera la cifra correcta me tomarían como poco por un loco o, lo que es peor, por un mentiroso. La invasión de los hicsos tuvo lugar hace unos noventa años, y sí, la recuerdo bien. Pero ahora tenía que enmendar mi error.

Reduje el impacto de la pregunta con una risita:

—Me he expresado con torpeza. Lo que quería decir es acerca de todo lo que he leído y oído sobre la época anterior a la invasión de los hicsos, cuando Egipto mantenía una relación amistosa con Creta, —dije, y enseguida añadí—: si vamos a intentar restablecer relaciones amistosas y firmar con ellos otro tratado de mutua defensa entre

nuestros dos países, va a ser muy difícil decirlo de manera tan directa. ¿No estás de acuerdo, Atón?

Tardó un poco en contestar. Él seguía con esa extraña expresión en su rostro, y ví que su mirada descendía hasta reparar en mi cuello y en mis manos, que descansaban sobre el escritorio de madera de cedro delante de mí. Atón sabe, al igual que yo, que los efectos del paso del tiempo son más visibles en esas partes del cuerpo humano.

No obstante, yo soy una excepción. La piel que cubre todo mi cuerpo es tersa y blanca como la de un muchacho imberbe. Atón no pudo dar con ningún indicio de mi verdadera edad que buscaba en esas zonas. Así que se limitó a asentir con la cabeza y a escuchar con atención mis explicaciones sobre el tema que yo mismo había planteado.

—Evidentemente, lo que dices sobre la situación actual es cierto, Taita. Sería prácticamente imposible establecer un contacto directo con el Minos. Has identificado correctamente el

problema; ahora dime cuál puede ser la solución dijo bajando el tono de voz, como si así suavizara el desafío.

—Evidentemente ya sabes que el Minos Supremo mantiene una misión diplomática en la corte del rey Nimrod de Acadia y Sumeria en su capital de Babilonia.

—¡Por supuesto! —coincidió Atón—. Pero aunque enviáramos a un emisario a Babilonia para establecer contacto con el embajador cretense emprenderíamos un viaje incluso más arduo que el hiciste para atacar el fuerte de Tamiat.

—Cierto, Atón, sería casi el doble de distancia y sin duda alguna más peligroso e incierto. Nuestro emisario tendría que viajar hacia el este hasta alcanzar las costas del mar Rojo. Entonces tendría que cubrir no sólo ese mar, sino también el vasto y hostil desierto de Arabia que se extiende más allá del mar. Se trata de una tierra olvidada por los dioses benevolentes, y habitada sólo por tribus beduinas hostiles y cualquier asesino y forajido

que haya burlado a la justicia. La distancia supera las mil quinientas leguas desde Tebas a Babilonia, y ni siquiera aquí acabaría todo.

—¿Por qué no, Taita? Pensé que coincidíamos en que Minos tiene un embajador en Babilonia.

—Así es; pero ese embajador no tendría la capacidad ni la autoridad de negociar una alianza entre Creta y Egipto. Se vería obligado a enviar a nuestro emisario con su mensaje a la corte del Minos Supremo de Creta. Nuestro hombre se vería obligado a encontrar un barco del puerto de Tiro o de Sidón en el extremo oriental del mar Mediterráneo. Después de acordar un corredor con el capitán del buque, tendrá que navegar con él durante medio trayecto por el mar Mediterráneo, evitando las tormentas del invierno y las atenciones de los piratas y las galeras de guerra de los hicsos, y todo ello para llegar al Minos Supremo en su ciudadela de Cnosos en la Isla de Creta.

—¿Cuánto tiempo crees que llevaría ese viaje,

Taita?

–Probablemente tardaría un año, con suerte y si los dioses le son favorables. El doble si no es así.

–Pueden cambiar muchas cosas en dos años – reflexionó Atón.

–Pero ahí no acabaría la cosa –señalé– porque después de que el Minos Supremo analizara el mensaje del faraón, y lo debatiera con su consejo, su respuesta tendría que llegar a Tebas por la misma ruta. El viaje de vuelta puede llevar hasta tres o cuatro años.

–¡No! –exclamó Atón contundentemente–. No podemos permitirnos esperar tanto tiempo. El rey Gorrab podría estar en Tebas para entonces con cien mil de sus canallas asesinos. Debe de haber otra solución.

–Estoy convencido de que llevas razón, mi querido Atón. ¿En qué piensas? –le pregunté. Le devolví el problema a él. A veces, incluso mi paciencia se pone a prueba cuando tengo que

alimentar de ideas a quienes me rodean como si fueran mis bebés.

—No he tenido ocasión de considerar el problema tal y como tú lo has hecho. ¿Ya has llegado a algún tipo de solución? —dijo con una sonrisa para congraciarse conmigo, y por supuesto yo me ablandé. A veces pienso que soy demasiado indulgente con los que no son tan perspicaces como yo. El gran Horus sabe perfectamente que rara vez me lo agradecen.

—¿Qué pasaría si un embajador egipcio nombrado por el faraón viajara con una escolta tan completa que pudiera atravesar sin reservas y rápidamente el mar Rojo y el desierto sin temer la presencia de bandidos o beduinos? ¿Qué pasaría si este embajador recibiera plata suficiente como para botar una nave en Tiro; un barco que sea tan grande y rápido que consiga eludir o derribar a cualquier pirata o galera de guerra de los hicsos?

—Ya veo —dijo.

Los ojos de Atón brillaban.

–¿Qué ocurriría si este noble barco navegara directamente de Cnosos a Creta? ¿Y si este embajador viajara con regalos codiciados y valorados por el Minos Supremo? –pregunté. Ladeé la cabeza y entorné los ojos conscientemente—. ¿Sabes qué regalos podrían ser más aceptables para los minoicos?

–Así lo creo, viejo amigo –se rio Atón—. Si todo lo que he oído es cierto, los minoicos tienen un par de testículos tan pesados que equivalen varias veces a los que a nosotros nos despojaron. Tiene un apetito insaciable para esas cosas que no nos importan especialmente.

Me reí forzado por la situación, aunque no encuentro que mi defecto físico tenga nada de divertido.

–Pero dime, Taita, ¿qué ganaríamos con todo ello? ¿Cómo nos ayudaría a coordinar la ofensiva contra las legiones del rey Gorrab? El mando del ejército egipcio seguiría recayendo en el faraón de Tebas. Cada una de sus órdenes tendría que

recorrer largas distancias de las que tú y yo ya hemos hablado y de las que nos hemos quejado.

—Una vez más, has dado en el clavo en esta cuestión —lo elogió—. Sin embargo, también he pensado en estos detalles. Si el embajador del faraón llevara puesto el sello real del halcón, podría tomar decisiones en plena batalla junto con Minos y sus altos mandos de Creta sin incurrir en retrasos prolongados. Una reacción ágil a circunstancias cambiantes suele decantar la batalla.

Atón negó tan vehementemente con la cabeza que sus mejillas cayeron como las alas de un pelicano.

—¡Jamás! El faraón nunca entregaría el mando de sus ejércitos y el mando militar a alguien en quien no tuviera plena confianza.

—¡Comprendo, Atón! ¿Crees que no hay nadie en Egipto en quien el faraón Tamose confíe sin reservas?

—No, no lo creo... —atajó, y me lanzó una mirada

de indignación—. ¿Tú, Taita? ¿No estarás insinuando que se te confíe el mando absoluto del ala norte de ejército egipcio bajo el sello real? No eres un soldado, Taita. ¿Qué sabes del arte de la guerra?

—Si no has leído mis rollos titulados «El arte de la guerra» entonces cuestiono tu derecho a juzgarme en este ámbito. Cada candidato de la academia militar está obligado a estudiar mi tratado como autoridad máxima en el tema.

—Reconozco que nunca los he leído. Tus famosos rollos son demasiado largos y además versan sobre un tema que no despierta particularmente mi interés, ya que es muy poco probable que llegue a comandar una legión —reconoció Atón—. Pero lo que quería decir con ello era que escribir sobre pergamino no es lo mismo que tomar decisiones en el fragor de la batalla. ¿Qué conocimiento directo y práctico tienes sobre la dirección de un ejército?

—Pobre Atón, sabes muy poco sobre mí —dije en

un tono lastimoso—. Déjame añadir, antes de que cambiemos de tema, que me encargué del diseño de nuestros primeros carros de nuestro ejército, y que fui el conductor del carro que llevó al faraón Tamose a la batalla de Tebas. El faraón dependía de mi consejo en la toma de decisiones instantáneas y en el fragor de la batalla. Tuve tal relevancia en el campo de batalla que después de salir victoriosos, el faraón me recompensó con una medalla de oro al valor y otra la de la gloria. Ese día el faraón me confió toda su vida. Y volvería a hacerlo.

—No sabía nada de eso, Taita. Perdona mi presunción, viejo amigo. Eres un hombre de múltiples facetas.

De vez en cuando considero que es necesario recordarle a Atón su lugar y su posición en el orden de las cosas. Sin embargo, encontré que su ayuda fue muy útil en la redacción del informe que estaba preparando para el faraón Tamose sobre la misión a Creta. Cuando se le indica la dirección correcta,

entonces Atón despliega su buen ojo para los detalles.

El faraón no era tan rauda en menospreciar mis capacidades como lo había sido Atón, especialmente en vista del éxito del que había disfrutado hacía poco en la fortaleza de Tamiat. Estaba dispuesto a prestar toda su atención y consideración a mis planes para establecer contacto con Minos. Se sentó conmigo durante dos días enteros repasando cada detalle, buscando cualquier fallo de construcción o un ángulo que pudiera haber pasado por alto. Al final de este proceso, se limitó a reconocer mi labor.

—No alcanzo a ver ningún fallo en tu proyecto, Taita. Sin embargo, es posible que el Señor Kratas y su estado mayor expresen algunas objeciones.

En la presencia del faraón y todo el consejo presenté mis planes ante el Señor Kratas. Kratas se levantó de un salto y empezó a dar zancadas por

la cámara del consejo con el rostro amoratado de la rabia mientras me escuchaba. Blandió el dedo delante de mis narices, y dio sendos puñetazos a la mesa del consejo mientras soltaba sus quejas y sus premoniciones de desastres a todos los dioses, benignos y malignos. Kratas es en el fondo un rufián y tiene los modales de un zoquete. Sin embargo, es un magnífico guerrero, por no decir uno de los más grandes.

Esperé a que acabara hasta que su voz se tornó ronca y agotó cada juramento, pulla e insulto de su extenso vocabulario. Tragaba saliva con la boca abierta y sin decir palabra como un pez que acabaran de sacar del río. Luego intervine con un tono de voz sereno que denotaba sensatez:

—Hay una cosa que no he mencionado, mi señor. Tendré que llevarme a Hui y a Remrem a Creta conmigo. Estoy seguro de que encontrará sustitutos adecuados para ellos entre las filas de su personal.

Kratas me miró horrorizado y sin pronunciar palabra, y luego, de repente, empezó a reírse. Su

alegría empezó como una risa sofocada y reticente, y luego fue subiendo de tono hasta que ésta llenó la sala con mayor contundencia que sus insultos de hacía un rato. Este júbilo parecía haber debilitado sus piernas, hasta el punto de que no pudieron soportar su enorme peso. Se tambaleó hacia atrás y se dejó caer sobre su silla. Era un mueble especialmente diseñado para resistir su peso, y viaja a todas partes con él. Pero ahora sus juntas chirriaban como señal de protesta, y las patas se combaron hasta que estuvieron a punto de romperse.

Dejó de reírse con la misma brusquedad con la que había empezado a hacerlo, y levantó los faldones de su túnica con ambas manos para secarse las lágrimas de júbilo de su rostro, dejando así al descubierto su abundante virilidad. Luego dejó caer esos faldones hasta las rodillas, y se dirigió al faraón con su tono de voz habitual:

—Majestad, después de haberlo meditado con total serenidad, el plan de Taita parece ofrecer

algunas ventajas. Sólo él pudo haberlo concebido, y sólo él pudo tener los huevos para plantearlo ante el consejo. –Se llevó las manos a la frente en un gesto de fingido arrepentimiento–. Perdónenme, caballeros, creo que he elegido una metáfora inadecuada. –Pronunció estas palabras con seriedad y luego volvió a estallar en carcajadas.

–¿Debo entender, así pues, que Hui y Remrem pueden acompañarme a Creta? –dije tratando de conservar una expresión neutral, a pesar de su desafortunada alusión a mis miembros faltantes.

–Llévatelos, Taita. Tus aspiraciones de conquistar la gloria militar merecen ser recompensadas. Llévate a dos de mis mejores hombres con mi bendición. Tal vez podrán salvarte de ti mismo, con o sin testículos; aunque tengo mis serias dudas de que alguien pueda hacer eso.

Los preparativos para el viaje a Babilonia tardaron casi dos meses en completarse.

Mi principal preocupación era la seguridad y la comodidad de las princesas y su séquito. Necesitaban ochenta y tres esclavos y criados para atender sus necesidades inmediatas. Entre ellos había cocineros, ayudantes de cocina, ayudantes de cámara, costureras, maquilladoras, peluqueras, masajistas, músicos y otros artistas. Además, las niñas insistieron en llevarse a una adivina y a tres sacerdotisas de Hathor, la diosa de la alegría, el amor y la maternidad, para que se ocuparan de sus necesidades espirituales. Su hermano mayor les permitía estas extravagancias, en contra de mi sabio consejo, y no les negaba ningún capricho.

Las arcas de la tesorería estaban llenas y el faraón gastaba su riqueza sin escatimar ni una moneda de plata. Después de pasar muchos años de escasez forzada con su reinado, creo que disfrutaba de estas extravagancias más que sus hermanas.

Animadas por esta actitud, mis chicas decidieron que también necesitaban adiestradores

para una amplia variedad de gatos domésticos, monos y pájaros, perros de caza y halcones que también se llevaban consigo. Todo ello estaba muy por encima de los mozos de cuadra que necesitaban para cuidar de los veinte caballos que habían elegido de los establos reales.

Desde mi punto de vista era esencial que las chicas estuvieran impecablemente vestidas y que lucieran su belleza durante nuestra estancia en Creta, bajo el escrutinio del Minos Supremo y su corte. El faraón estuvo de acuerdo conmigo, y las mejores costureras de Egipto se pusieron manos a la obra para cortar y coser las magníficas prendas que yo mismo había diseñado para las dos princesas.

Las niñas y yo recorrimos las tiendas de los zocos de Tebas y pudimos encontrar surtidos de exquisita joyería, con la intención de seducir a Minos e impresionarlo a él y a sus ministros con la riqueza y la importancia de nuestro reino. Una semana antes de partir de Tebas, Tehuti y Bekatha

se ataviaron con sus mejores galas y desfilaron para mí y el faraón con el fin de admirarlas y darles el visto bueno. Me satisfacía el hecho de saber que ningún hombre, fuera rey o plebeyo, se atrevería a resistirse a su belleza.

A estas alturas de los preparativos, las dos chicas se habían vuelto casi histéricas de emoción con los antecedentes y las descripciones que Loxias les había proporcionado sobre la isla de Creta. Ninguna de ellas había visto el mar, y tampoco habían navegado. Nunca habían visto montañas altas y bosques frondosos de árboles altos. Nunca habían visto montañas que soltaban humo y llamas. Nos retenían a Loxias y a mí hasta bien entrada la noche, haciéndonos preguntas y exigiendo descripciones detalladas de estas maravillas.

La Real Casa de la Moneda situada en la orilla occidental seguía a pleno rendimiento en estos últimos días, convirtiendo cien de los enormes lingotes cretenses en vagones llenos de monedas

de plata men que cubrirían los gastos del viaje y nos servirían durante nuestra estancia en Creta, así como en otras tierras extranjeras que pudiéramos visitar por el camino.

La escolta militar que acompañaba a nuestra caravana hasta Babilonia estaba compuesta de dos batallones de la guardia montada del Cocodrilo Azul. Era la formación de más renombre del ejército egipcio. El faraón dispuso que cada hombre se vistiera con un traje recién forjado de armadura, con un casco emplumado, coraza y espinillera. Llevaban arcos de guerra de doble curvatura, lanzas, espadas, y escudos. El coste de producir todas estas armas y armaduras superaba los dos mil deben de plata. Sin embargo, su aspecto deslumbrante debía impresionar a todo el mundo.

—Es un pequeño precio a pagar para la supervivencia de nuestro Egipto —dijo encogiéndose de hombros cuando le pregunté sobre los costes—. No es correcto quejarse ante mí

ahora. Fue todo idea tuya, Taita. –Lo cierto es que no podía discutirse.

Los preparativos del viaje iban como una seda, y debí de darme cuenta de que no podían continuar del mismo modo, especialmente si la princesa Tehuti estaba tan implicada en ellos y de un modo tan personal.

Tenía previsto abandonar Tebas el último día del mes de Epiphi, que siempre ha sido un mes afortunado para mí. Sin embargo, cuando le entregué una muestra de mis heces frescas a mi adivina preferida, inspeccionó mi ofrenda y me advirtió que la fecha que había elegido no era auspiciosa y que debería evitarla a toda costa.

Me recomendó que retrasara el inicio del viaje hasta el primer día de Mesore. Sus presagios siempre han sido acertados. Acepté de mala gana su consejo y di el aviso de la demora en nuestra partida a todos lo que tenían que acompañarme en

la travesía, incluidas, naturalmente, a las princesas.

Al cabo de una hora, las dos irrumpieron echas una furia a mis aposentos de palacio sin invitación ni previo aviso. Tehuti era la cabecilla de la ofensiva, pero como de costumbre Bekatha prestaba todo su apoyo a su hermana mayor.

—¡Nos lo prometiste, Taita! ¿Cómo puedes ser tan cruel hasta el punto de dar al traste con nuestros planes de diversión, Taita? Lo hemos estado esperando desde hace mucho tiempo. ¿Acaso no nos amas más?

No soy un debilucho; la mayoría de las veces soy capaz de ejercer mi voluntad, pero no es así en el caso de mis princesas. Cuando atacan al unísono ningún hombre es capaz de sobreponerse, ni siquiera yo.

A primera hora de la mañana siguiente, crucé el Nilo y cabalgué por el canal hasta la Real Casa de la Moneda. Me dirigía allí para avisar a Zaras de la fecha prevista de nuestra salida, tal como

exigieron las princesas reales, y para asegurarme de que Zaras entregaría los últimos diez sacos de monedas de plata mem a los almacenes reales del palacio antes de partir.

La cantidad total de plata que transportábamos superaba los diez lakhs, lo suficiente como para construir una flotilla de buques de guerra y pagar a un ejército de mercenarios. Seguía albergando mis dudas sobre el hecho de ignorar el consejo de mi adivina y poner en peligro un tesoro tan cuantioso.

Cuando entré en la Real Casa noté el calor y el ruido, como corresponde a una fragua. Las llamas de las forjas crepitaban, y el golpeteo de los tambores entumecía mis oídos.

Vi a Zaras en el otro extremo del taller. Se había sacado la túnica y sostenía un martillo de bronce sobre la parte superior de la cabeza. Sus brazos musculosos brillaban por efecto del sudor, y las gotas le resbalaban por la mejilla y le caían de la barbilla. Era muy típico de él no quedarse de brazos cruzados cuando había mucho que hacer. A

pesar de su insigne rango militar, se había volcado de lleno en la tarea insignificante de acuñar moneda.

Me quedé observándolo con gusto. No nos habíamos visto desde hacía varias semanas y casi me había olvidado de lo mucho que me había encariñado con él desde nuestra expedición a Tamiat. Incluso me remordió la conciencia el hecho de que no fuera mi mano derecha en la larga travesía que nos esperaba hasta Babilonia y Cnosos.

Zaras debió de percibir mi mirada. Levantó la vista y me vio. Tiró el martillo con un golpe seco sobre el suelo pavimentado de piedra, y con los brazos abiertos de par en par esbozó una sonrisa a través del humo y los gases de la forja.

A pesar de nuestra amistad, me sorprendió la calidez de su saludo cuando se acercó a mí dando largas zancadas:

—Pensé que ya me habías olvidado y que me habías dejado aquí para que me pudriera, pero no

debí desconfiar. Un hombre como tú nunca abandona a un amigo. He pulido mi armadura y afilado mi espada. Estoy dispuesto a marcharme contigo tan pronto como des la orden para partir.

Me quedé desconcertado y tuve que hacer gala de mi auto control para no soltar mi negativa o hacer patente mi confusión con alguna grosería.

—No esperaba menos de ti —le respondí con la esperanza de que mi sonrisa fuera convincente—. Pero ¿cómo supiste...? —dejé que se perdiera mi tono de voz antes de comunicar el hecho de que no tenía la menor idea de lo que estaba hablando.

—Esta misma mañana un asistente del consejo de guerra me trajo la orden. Pero evidentemente sabía que preguntarías por mí —volvió a reírse, y rememoré ese agradable sonido natural—. No cuento con ningún otro amigo en las altas esferas.

—¿Con qué sello venía la orden, Zaras?

—Dudo de si debo pronunciar el nombre en voz alta, pero... —Se dio media vuelta con gran secretismo antes de meter la mano en el bolsillo

que colgaba de su cadera. Sacó un pequeño rollo de papiro, lo manipuló con sumo cuidado y me lo entregó con profundo respeto.

Entonces me di cuenta del cartucho real con el que se sellaba el rollo.

—¿El faraón? —Me sorprendió que el faraón se preocupara por una cuestión trivial.

—Ningún otro. —Zaras escuchó solemnemente mientras desenrollaba el pergamino. La orden era contundente y explícita.

Ponte inmediatamente bajo el mando directo del señor Taita. Te dará órdenes que obedecerás sin cuestionar bajo peligro de muerte.

—¿A dónde vamos, Taita? —Zaras bajó el tono de voz hasta parecer un suspiro ansioso—. ¿Y qué vamos a hacer cuando llegemos allí? Estoy

seguro de que tendremos que hacer frente a una dura batalla. ¿Estoy en lo cierto?

—Responderé a esa pregunta cuando llegue el momento. Ahora no puedo decir más. —Negué con la cabeza en un gesto de severidad—. Pero tienes que estar preparado.

Me saludó con el puño encogido, y aunque había logrado hacer desaparecer su sonrisa burlona, el destello de sus ojos no se desvaneció.

Abordé por la vía rápida el tema de la acuñación de monedas, que era la razón por la cual había venido a verlo, y luego me apresuré a volver a palacio. Quería hablar desesperadamente con el faraón para que rescindiera su orden a Zaras; sin embargo, ni siquiera yo puedo requerir su presencia real sin ser anunciado o invitado. Existe un estricto protocolo real que debe observarse cuando se solicita una audiencia.

Me dirigí directamente a la antecámara de los aposentos reales, donde varias docenas de escribas reales estaban sentados con las piernas

cruzadas ante sus tablas de escritura, moviendo con agilidad sus pinceles para redactar mensajes y órdenes. El jefe de los escribas me reconoció de inmediato y se apresuró a recibirme. Aunque no podía ayudarme.

–El faraón ha salido del palacio al amanecer. No dejó dicho cuándo regresaría. Sé que él querría hablar contigo si estuviera aquí. ¿No querrías esperar su regreso, señor Taita?

Estuve a punto de rechazar su sugerencia, cuando de repente oí los inconfundibles tonos faraónicos retumbando por los pasillos del poder. El faraón se dirigió a la antecámara, seguido de un grupo de oficiales y dignatarios. Tan pronto como me vio, se separó de sus acompañantes y colocó su mano sobre mi hombro.

–Estoy encantado de verte. Una vez más, te has anticipado a mis deseos, Taita. Estaba a punto de llamarte. Ven conmigo. –Sin retirar su mano de mi hombro, me condujo a su gabinete privado y enseguida nos enfrascamos en una profunda

discusión sobre una serie de temas complejos. Después, con la misma brusquedad con la que me había recibido, me despidió, y centró su atención a los rollos que estaban extendidos sobre la mesilla delante de él.

—Te pido unos instantes más de tu tiempo, Mem.
—Alzó la cabeza y frunció el ceño de un modo inquisitivo—. La cuestión del capitán Zaras y sus órdenes...

—¿Quién? —El faraón parecía ligeramente confundido—. ¿Qué órdenes?

—Zaras. El capitán Zaras que me acompañó a Tamiat.

—¡Ah, él! —respondió—. Sí, quieres que él te acompañe a la misión a Creta. No entiendo por qué necesitabas mi permiso para este nombramiento, o por qué no me lo comentaste directamente si creías necesario proceder de este modo. No es propio de ti pedirle a mi hermana que interceda por ti. —Bajó la vista hacia los rollos—.

En cualquier caso, ahora ya está hecho y espero, Taita, que estés satisfecho.

Naturalmente, tenía mis sospechas sobre quién estaba detrás de este asunto, pero había infravalorado la astucia de mi princesa. Ésta era la primera vez que había interferido en el funcionamiento de una cadena de mando. Ahora tenía que tomar una decisión instantánea: recapitular como un cobarde o verme forzado a una confrontación con la princesa Tehuti, que nunca tuvo reparos para desplegar todo su poderío real y cualquier otro subterfugio para salirse con la suya. Agaché la cabeza.

–Es usted magnánimo, Egipto Real, y por ello le estoy agradecido. –Acepté lo inevitable.

Cuando terminamos los preparativos, y nuestra caravana estaba a punto de partir hacia Tebas, le pedí al señor Atón que soltara una paloma mensajera. Este pájaro se había incubado en el

palomar del embajador egipcio de Babilonia, y conocía la ubicación del nido. En el mensaje que transportaba, yo le pedía a nuestro embajador que informara al rey Nimrod de Acadia y Sumeria que las princesas reales habían partido hacia una misión diplomática a su capital y que el faraón Tamose estaría sumamente agradecido si Su Majestad el rey Nimrod extendiera una cordial bienvenida a Sus Altezas.

Al cabo de cuatro días, llegó otra paloma al palomar real de Tebas, después de hacer el trayecto de vuelta de Babilonia, con un mensaje del rey Nimrod emitido por el embajador de Egipto de esa ciudad.

El rey reafirmaba su compromiso con la alianza entre las dos naciones, y expresó su conformidad con la perspectiva de acoger a Sus Majestades en su palacio, donde esperaba que las jóvenes disfrutaran de su hospitalidad en su larga estancia.

Tan pronto como recibimos este mensaje, envié a Zaras a primera línea de la caravana real con una

nutrida escolta militar para abrir el camino que conducía desde Tebas a las costas más cercanas del mar Muerto. Mi excusa era que quería asegurarme de que no hubiera bandidos ni forajidos que pudieran tendernos una emboscada. Mi verdadero motivo era mantenerlo fuera del alcance de mi querida Tehuti.

No estoy seguro de cómo Tehuti supo de mi intento por evitarla. Tiene a sus espías por todas partes, y el harén real es un hervidero de intrigas y gestación de rumores.

Le di a Zaras la orden de que asumiera el mando de la primera línea esa misma mañana, y ahora me encontraba sentado en mi jardín junto al estanco de peces, disfrutando de una copa de vino que acostumbro a beber al caer la noche con el fin de celebrar el término de otro día con todos sus logros, éxitos y fracasos ocasionales. La joven se acercó a mí tan sigilosamente como una sombra, y me tapó los ojos con sus manos tersas y frías mientras me susurraba al oído:

–¡Adivina quién soy!

–No tengo la menor idea de quién puede ser, Su Alteza Real.

–Vaya, ¡seguro que has hecho trampa! –protestó, sentándose en mi regazo. Luego pasó sus brazos alrededor de mi cuello—. Te quiero tanto, querido *Tata*. Haré todo lo que me pidas. ¿Harás todo lo que te pida? –me abrazó.

–Por supuesto, Su Alteza Real. Haré todo lo que no ponga en peligro su seguridad o sea contrario a la seguridad y los mejores intereses de nuestro Egipto.

–Nunca te pediría nada semejante. –Parecía horrorizada ante mi insinuación—. Sin embargo, será un viaje largo a través de ese horrible desierto hasta Sumeria y Acad. Mi hermana y yo nos aburriremos y necesitaremos algún tipo de entretenimiento. Sería estupendo disponer de un bardo que pudiera cantar para nosotras y recitar su poesía.

–¿Es por este motivo que le has pedido a tu

hermano, el faraón Tamose, que destine al capitán Zaras a la caravana que nos llevará a Babilonia.

—¡El capitán Zaras! —exclamó con sorpresa y los ojos bien abiertos—. ¿Acaso viene con nosotros? Es estupendo. Es un poeta muy dotado y tiene una voz maravillosa. Sé que te gusta. Puede viajar con Bekatha y conmigo durante el día para hacernos compañía.

—El capitán Zaras es en primer lugar un oficial y un guerrero, no un trovador errante. Ya llevamos a toda una compañía de músicos profesionales, actores y actrices, animadores, malabaristas, bailarines, acróbatas y animales adiestrados, entre los cuales se incluye a un oso actor. Zaras estará al frente de la vanguardia y encabezará nuestra caravana. Él abrirá el camino y nos ofrecerá protección a todos nosotros; en concreto a ti y a tu hermana pequeña.

Los labios de Tehuti esbozaron una sonrisa halagadora. Se inclinó hacia atrás y me miró seriamente.

–¿Por qué estás siendo tan mezquino conmigo, Taita? –preguntó. Ahora era Taita, una advertencia clara de la desaprobación real—. No te pido demasiado.

–Éste es mi parecer, Su Alteza. –Tomé su mano derecha dejando la palma boca abajo de manera que se viera el anillo de diamantes que no se había sacado desde que yo mismo se lo di, salvo para obligar a Zaras a buscarlo en su nombre.

Apartó su mano y la colocó detrás de la espalda. Nos miramos en silencio.

Ella había delimitado las líneas de combate, además de sacar metafóricamente su puñal. Se levantó y se alejó de mí, moviendo con elegancia sus caderas sin mirar atrás ni pronunciar ni una palabra.

En el primer día del mes de Mesore, Zaras, que estaba a la cabeza de sus guardas de avanzadilla, llegó al puerto de Sagafa en la costa más cercana

del mar Rojo. Envió a una paloma con un mensaje dirigido a mí. En él decía que había dado con la flotilla de dhows y barcazas agolpadas en el litoral listas para recibir a toda nuestra caravana e iniciar la travesía. Como tenía esta confirmación, di la orden de iniciar nuestra andadura.

El faraón cabalgaba conmigo a la cabeza de la caravana mientras subíamos por la escarpa del Nilo. Cuando llegamos a un altiplano, desmontamos.

Las princesas estaban sentadas en taburetes con cojines, uno a cada lado del faraón. Todos los cancilleres y altos oficiales presentes formaron un círculo en torno al trío real. Luego el faraón me convocó y me arrodillé a sus pies. Permaneció levantado delante de mí y se dirigió a la audiencia.

—Hago un llamamiento a todos mis amados y leales súbditos aquí reunidos para que sean testigos de lo que ocurra a continuación.

Cada uno de ellos, incluidas Tehuti y Bekatha,

respondieron con un «¡Saludo, faraón! ¡Que se honre y obedezca su voluntad!».

El faraón tomó con ambas manos la diminuta estatuilla dorada de un halcón y la levantó por encima de su cabeza.

–Éste es mi sello del halcón, mi seña y firma. Su portador habla con toda la autoridad que me ha sido concedida por Dios. Que el observador tome buena nota de ello y sea consciente de mi poder y mi ira.

Yo seguía arrodillado. Ahuequé las manos y el faraón se inclinó ante mí para colocar el sello del halcón en mis manos.

–Utilízalo sabiamente, señor Taita, y devuélvemelo la próxima vez que nos veamos.

–Obedeceré tus órdenes, Egipto Real –expresé con voz alta y clara.

Me ayudó a levantarme y me abrazó.

–Que Horus y todos los dioses de Egipto favorezcan todas tus empresas.

Se dio media vuelta para despedirse de sus

hermanas. Luego se subió a su caballo y su séquito se congregó a su alrededor. Espoleó a su semental y se alejó al galope por la escarpa hacia los resplandecientes muros de Tebas a orillas de Madre Nilo. Pasó por la cola de nuestra caravana, que en ese momento subía la escarpa en dirección contraria.

Los esclavos desplegaron un toldo de pelo tejido de camello para que pudiéramos sentarnos y protegernos del calor del sol, que brillaba en lo alto del cielo. Nos sentamos y vimos al faraón y a su escolta desaparecer con una imagen temblorosa a lo lejos. La cabeza de la caravana alcanzó nuestra posición y empezó a adelantarnos.

En la vanguardia cabalgaba un batallón de Guardias Cocodrilo. Inmediatamente después venían cincuenta camellos con sus guías árabes. Cada uno de estos torpes animales cargaba con cuatro enormes bolsas de piel con agua, dos a cada lado de sus jorobas. Dependíamos de estos animales durante las largas travesías áridas que

nos separaban de los estanques y los oasis de los desiertos abrasadores de Arabia.

Detrás de los camellos y la tan preciada agua, cabalgaba un segundo batallón de Guardias de Cocodrilo Azul. Estaban situados estratégicamente para proteger nuestro suministro de agua o a las princesas y nuestro centro neurálgico en el supuesto de sufrir un ataque enemigo.

Aunque había previsto que nuestra ruta discurriera por el sur y el este de la Península del Sinaí, que los hicsos reclamaban como su territorio, no quería arriesgarme a que Gorrab se enterara de nuestros planes y enviara a un batallón de sus carros de combate para interceptarnos.

Detrás de la nutrida formación de guardias, venía otra hilera de cincuenta camellos larguiruchos de zancada larga. Cargaban con las tiendas, los muebles y otra compleja parafernalia de campo que montábamos en cada parada del camino.

Después de los camellos, y viajando a pie, nos

acompañaba un numeroso grupo de seguidores, criados y esclavos. Les seguían otros veinte dromedarios que cargaban con los sacos pesados de monedas de plata.

La retaguardia estaba compuesta de un tercer batallón de Guardias Cocodrilo, así como de caballos sueltos, camellos y carros de equipaje. Cuando llegaron a la línea en la que nos habíamos detenido, di la orden de levantar la tienda bajo la que nos habíamos sentado.

Continuamos nuestro camino hasta alcanzar nuestro lugar en el centro de la larga y tortuosa procesión que medía casi una legua cruzando el desierto. Esta rígida aglomeración de movimientos lentos de personas y animales tardó diez días en llegar a la costa occidental del mar Rojo.

Zaras cabalgó desde el puerto de Sagafa para unirse a nosotros. Él y su guardia de honor se acercaron al galope siguiendo la línea de nuestra

caravana. Se detuvo cuando alcanzó a la delegación real y desmontó de un salto para saludar a las dos princesas.

Se arrodilló con una pierna delante de Tehuti y le dio el saludo del puño cerrado. Ella le devolvió el gesto con una vivaz sonrisa.

—Capitán Zaras, estoy muy contenta de contar con su compañía durante el resto del viaje a Babilonia. Recuerdo perfectamente su declamación durante el asalto a la fortaleza de Tamiat cuando usted y el señor Taita regresaron de esa misión. Sería un enorme placer para mí si pudiera cenar con nosotros esta tarde y amenizar la velada con otra de sus actuaciones. Por lo que respecta al resto de la travesía a Babilonia, es mi deseo y mi orden que delegue su lugar en la vanguardia de esta caravana a otro oficial y que se coloque en una posición adecuada para proteger directamente a mi hermana, la princesa Bekatha, y a mí.

Solté una bocanada ruidosa de aire para que me

oyera, pero la joven hizo caso omiso de mi amarga protesta y concentró toda su atención en Zaras. Él parecía incómodo y tartamudeó al responder: era la primera vez que lo había oído expresarse de ese modo.

—Su Alteza Real, sus deseos son órdenes para mí. Sin embargo, debe excusarme. Debo informar de ello inmediatamente al Señor Taita, a quien el faraón ha confiado la dirección de esta caravana y su sello real del halcón.

Quedé impresionado por la lealtad de Zaras hacia mí, y por su intento de recordarle a Tehuti quién tenía aquí la última palabra. El pobre trataba por todos los medios de buscar una solución al conflicto de intereses que ella generaba con su insistencia.

Mantuve la calma para salir al rescate cuando la tormenta real estalló sobre su cabeza. Tehuti no estaba acostumbrada a que nadie le cuestionara la más mínima orden. Volvió a sorprenderme. En vez

de interrumpir a Zaras, esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza.

—Proceda sin dilación, capitán Zaras. Su deber como soldado se antepone a cualquier otra consideración.

Zaras se colocó junto a mí, y retrocedí un poco a propósito para que las princesas no pudieran oírnos mientras cabalgábamos siguiendo el borde de la escarpa, debajo de la cual se abrían los edificios dispersos de Sagafa a orillas del mar.

Siguiendo mi ejemplo, Zaras bajó el tono de voz cuando me comentó que mientras esperaba nuestra llegada había aprovechado la oportunidad de navegar por mar con un dhow rápido hasta el pequeño puerto pesquero de El Kumm situado en el litoral más alejado. Había ido hasta allí para asegurarse de que nuestro guía beduino recibía nuestras órdenes, y de que él y sus hombres estaban esperándonos allí para guiarnos por el desierto de Arabia.

El hombre en cuestión era Al Namjoo, el mismo

guía que nos había conducido por la península del Sinaí en nuestra travesía hasta las costas del Mediterráneo y la fortaleza de Tamiat.

—Me alegra informarte de que Al Namjoo estaba esperando nuestra llegada desde hace más de dos meses cuando recibió mi primer mensaje al respecto. —Zaras parecía satisfecho consigo mismo—. Sus dos hijos lo acompañan, pero los ha enviado de avanzadilla para localizar los abrevaderos y oasis que encontremos en nuestra ruta. Por el momento, las informaciones que le han enviado es que hay agua en esos parajes, tal como cabe esperar en esta estación del año.

—Me alivia oír eso —le contesté, pero luego lo miré de soslayo—. Continúa, Zaras. Ibas a decir otra cosa —lo incité, y él se sobresaltó.

—¿Cómo sabías...? —empezó a decir, pero yo acabé la frase.

—¿Cómo lo sabía? Porque no eres muy hábil en ocultarme información. Lo digo como un cumplido y no como un reproche.

Negó con la cabeza y se echó a reír con un atisbo de arrepentimiento.

—Hemos estado separados demasiado tiempo, mi señor. Me había olvidado de que eres capaz de leer los pensamientos de los demás. Pero tienes razón, mi señor. Sólo iba a añadir otra cosa, pero dudaba de si debía hacerlo para no parecer un alarmista.

—Nada de lo que puedas decirme me inducirá a pensar de este modo —le aseguré.

—En ese caso, debo decir que mientras estaba en el campamento de Al Namjoo llegaron tres refugiados del desierto. Tenían un aspecto lamentable debido a la escasez de bebida y al estado de sus heridas. A decir verdad, uno de ellos murió poco después de llegar a las tiendas y había otro que era incapaz de hablar.

—¿Qué ocurrió, Zaras? —pregunté—. ¿Qué les pasó a esos desdichados?

—Mi señor, el primero de ellos había sido alcanzado por unas hojas de espada candentes, de

modo que tenía quemaduras graves en todo su cuerpo. Su muerte debió aliviarlo de su agonía. En cuanto al otro, le habían arrancado la lengua del cuello con absoluta brutalidad. Sólo podía gritar y gemir como un animal.

–En el nombre de Horus el compasivo, ¿qué ocurrió? –volví a preguntar a Zaras.

–El tercer hombre había logrado evitar estas brutales heridas. Nos contó que él mismo dirigía una caravana de cincuenta camellos y un número parecido de hombres y mujeres que transportaban sal y lingotes de cobre desde la ciudad de Turok. Entonces fueron atacados por Jaber al Hawsawi, el hombre al que llaman El Chacal.

–Sólo conozco su reputación –reconocí–. Es uno de los hombres más temibles de Arabia.

–Existen razones de sobras para temerle, mi señor. Descuartizó y destripó al resto de hombres y mujeres de ese grupo sólo para divertirse. Desde luego, El Chacal y sus hombres se aparearon con

sus prisioneros, tanto hombres como mujeres, antes de masacrarlos.

—¿Y dónde está El Chacal ahora? ¿Este hombre sabe adónde se fue?

—No, mi señor. Ha desaparecido entre las arenas del desierto. Pero una cosa es segura, y es que estará pendiente de las rutas que siguen las caravanas como un animal que espera a una presa.

En ese momento, Tehuti se dio media vuelta y preguntó por encima del hombro:

—¿Qué asunto estáis discutiendo con tanto empeño? Venid aquí y cabalgad con Bekatha y conmigo. Si tú y Zaras os estáis contando historias, entonces queremos compartirlas con vosotros.

Ni siquiera yo me atreví a contradecir sus órdenes dos veces seguidas. Acercamos nuestros respectivos caballos hasta la altura de las princesas. Tehuti se había colocado con gran habilidad entre Zaras y yo para evitar que siguiéramos hablando de cuestiones que no le interesaban especialmente. En ese momento, el

camino pedregoso y escarpado que seguíamos terminó en la cima de la colina. Tehuti soltó las riendas y dejó escapar un grito de asombro y placer.

—¡Fijaos! ¡No os lo vais a creer! ¿Habéis visto alguna vez un río tan ancho y azul? Por la cabeza cornuda de Hathor, debe de ser cien veces más ancho que nuestro Nilo. Ni siquiera puedo ver la otra orilla.

—Eso no es un río, Su Alteza —aclaró Zaras—. Es el mar; el mar Rojo.

—Es enorme —reconoció Tehuti, y Zaras todavía no la conocía lo suficiente como para saber que estaba actuando para él—. Debe de ser el mar más grande de todo el mundo.

—No, Su Alteza Real —la corrigió Zaras con educación—. Es el más pequeño de todos los mares. El mar Mediterráneo es el más grande, pero los hombres sabios han calculado que el Gran Océano Oscuro sobre el que flota este mundo es todavía mayor.

Tehuti se volvió hacia él, abriendo los ojos en señal de admiración.

—Capitán Zaras, sabe usted mucho; tal vez casi igual que el señor Taita. Debe cabalgar conmigo y mi hermana Bekatha al menos varias horas al día para instruirnos sobre estas y otras cuestiones.

Tehuti no se rinde fácilmente de sus planes.

La travesía de Arabia fue infinitamente más difícil y exigente de lo que había sido nuestro viaje a Tamiat el año anterior. En esa ocasión éramos una compañía de menos de doscientos hombres que viajábamos rápido y con poco equipaje; sólo tuvimos que cruzar el Golfo de Suez, ese estrecho pasadizo de agua en el costado occidental que sobresale entre Egipto y la Península del Sinaí. Ocupa menos de cincuenta leguas de ancho.

Ahora teníamos que viajar hacia el sur para evitar a toda costa entrar en la Península del Sinaí,

donde los aurigas de los hicsos que Gorrab podría haber enviado están acechando.

Nos vimos obligados a cruzar el grueso del mar Rojo en su punto más extenso. Eso significaba una travesía de más de doscientas leguas; transportar a un millar de hombres y animales en cincuenta dhow de cubiertas abiertas. Una de estas pequeñas embarcaciones sólo podía transportar diez camellos a la vez. Cada uno de ellos tendría que tomar múltiples rutas.

Teniendo en cuenta todos estos factores, me veía obligado a dedicar como mínimo dos meses a la travesía de Arabia.

Dispuse que la delegación real acampara en la costa egipcia mientras los útiles de subsistencia eran transportados por el angosto mar. Sabía por propia experiencia que no convenía aburrir a las princesas, ni darles demasiado tiempo libre.

El recinto real quedaba ligeramente separado del resto del campamento. Aunque tenía el tamaño de una aldea, superaba a una gran ciudad en cuanto

a su suntuosidad y la cantidad de lujos y comodidades que rodeaba a sus habitantes.

Cada pocos días, las princesas cabalgaban con un destacamento de caza que yo mismo dirigía. Nos dedicábamos a perseguir a la gacela del desierto que correteaba ágilmente como si fuera una polilla sobre un depósito de sal, o bien subíamos las colinas en las que los íbices de cuernos retorcidos merodeaban por las laderas y peñascos. Cuando las chicas se cansaban de esta clase de caza, dejaban volar a sus halcones adiestrados para que persiguieran a los patos y los gansos que poblaban el litoral.

A veces organizaba almuerzos en las islas costeras, donde las chicas podían nadar en las aguas traslúcidas, o vapulear a los peces espada o los róbalos que encontrábamos bajo las aguas de los arrecifes de coral.

Me mostré muy insistente en que dedicaran casi todas las mañanas a sus estudios. Nos habíamos traído a dos escribas eruditos para que las

ayudaran en su escritura, matemáticas y geometría. También me gustaba hacer las veces de tutor. Nuestras clases eran un ejercicio solemne de trabajo duro, entremezclado con brotes de alegría y risitas de chica. Eran los momentos preferidos del día para mí. Conversaban con Loxias en minoico, y trataban de mantenerme al margen de la conversación, como si yo no supiera ni una palabra de ese idioma. Se referían a los temas más íntimos con detalles salaces. Loxias era la mayor de las tres, así que ya se había erigido a sí misma como la autoridad principal en materia carnal y erótica. Sin embargo, saltaba a la vista al oír sus palabras que no era experimentada en la materia. Basaba sus detalladas explicaciones en su vívida y fértil imaginación.

Durante estas sesiones llegué a conocer mejor a las tres muchachas, y descubrí lo que verdaderamente pasaba en el interior de esas cabecitas hermosas y activas.

Cada una de ellas aseguraba haber descubierto

el amor de su vida. Loxias se había decantado por el señor Remrem. Sin embargo, se convertía en piedra ante su presencia: era incapaz de hablar y sólo alcanzaba a ruborizarse y bajar la mirada. Creo que la intimidaba el hecho de que él fuera miembro del Consejo Real, mientras ella era plebeya y extranjera. El hecho de que Remrem le doblara la edad, tuviera tres esposas y prácticamente ignorara su existencia no parecía detenerla en absoluto.

Bekatha se había encaprichado con Hui, el famoso jinete y auriga. No tenía ni idea de que había sido hermano de sangre del infame criminal Basti el Cruel cuando lo capturé. Había hecho todo lo posible para domesticarlo y civilizarlo, pero seguía conservando una vena bárbara, especialmente en lo relativo a su sentido del humor. A Bekatha le encantaba dar tumbos por el terreno más escarpado que Hui podía encontrar con su carro, porque así podía pasar sus brazos alrededor de su cintura y gritar como posesa en el

Hades. A los dos les encantaba intercambiarse chistes y pullas que los demás apenas entendíamos, aunque ellos se reían a mandíbula batiente. Como señal de su especial aprobación, Bekatha le arrojaba pedacitos de pan y fruta por encima de la mesa cuando aceptaba su invitación para cenar con nosotros.

Tehuti se mantenía al margen de estos intercambios y muestras de afecto. Ninguno de nosotros le preguntaba sobre este tema.

Pasábamos las noches contándonos adivinanzas, cuentos y rimas; cantábamos y tocábamos instrumentos musicales; o bien recitábamos poesía y actuábamos.

De este modo, y siguiendo una cuidada planificación, pude mantener a mis tres chicas alejadas de cualquier peligro, y los días pasaban volando como aves migratorias. La mayor parte de nuestro convoy había alcanzado la costa este del mar, y había llegado el momento de seguirlos.

Antes del amanecer del día quince del mes de

Athyr, nos congregamos en la playa mientras las tres sacerdotisas de Hathor, hábilmente asistidas por Tehuti y Bekatha, sacrificaron a un cordero blanco para la diosa.

Prometimos a la diosa que sacrificaríamos a un camello si nos trataba bien en nuestra travesía por mar y nos guiaba a puerto seguro hasta la costa más lejana. Luego embarcamos y nos alejamos de la playa.

La diosa debió de escucharnos, porque envió una suave y ágil brisa marina procedente de Egipto que hinchó nuestras velas y nos permitió avanzar rápido por las aguas ligeramente agitadas. Antes de que se pusiera el sol, África se hundió detrás de las olas que dejábamos a nuestro paso.

Al caer la noche, los barcos subieron sus respectivas lámparas de aceite hasta la parte superior del mástil, de modo que pudiéramos vernos unos a otros. Nos guiábamos por las estrellas y mantuvimos nuestro rumbo hacia el este. Al romper el alba, enfilamos el lejano litoral

de Arabia como si fuera una hilera de dientes picados de tiburón, avanzando a oscuras contra el despejado cielo azul de la mañana. Seguimos esa misma ruta todo el día, y el sol seguía estando a poca distancia del horizonte cuando cincuenta hombres de los Guardias Cocodrilo vadearon para retener los cascos de nuestros dhow's y arrastrarlos hasta el terreno seco de la playa. Las chicas pudieron desembarcar en suelo asiático sin mojarse sus hermosos piecitos. El campamento real, con todas sus delicias, ya estaba distribuido por encima de la marca de la marea alta, y esperaba recibir a sus inquilinos. Yo mismo lo había dispuesto de este modo.

Sin embargo, no quisimos entretenernos en ese lugar, ya que a diario consumíamos grandes cantidades de valiosa agua dulce.

El convoy principal y el de equipajes habían partido varios días antes que nosotros. Ya habrían recorrido más de cien leguas. En el segundo día

después de nuestra llegada a Arabia, subimos a los caballos y camellos y salimos a su alcance.

Tan pronto como nos alejamos de las temperaturas moderadas del mar, el sol que brillaba con intensidad en lo alto del cielo hizo imposible que pudiéramos viajar durante el mediodía. A partir de entonces empezamos a viajar a última hora de la tarde, cuando el sol había perdido parte de su pugnaz malicia. Viajábamos de noche, deteniéndonos solo una hora cerca de la medianoche para dar de beber a los caballos y los camellos en los abrevaderos que la caravana principal nos había dejado. Reanudábamos la marcha al salir el sol. Cuando el calor se volvía insoportable, montábamos las tiendas y nos sentábamos a sudar a la sombra, hasta que el sol descendía de nuevo para poder repetir el ciclo.

Después de quince días y noches, alcanzamos por fin a la columna principal de la caravana. Para

entonces las bolsas de cuero de agua estaban a menos de la mitad de su capacidad, y sólo quedaban unos cuantos litros de agua verdosa y viscosa de mal gusto en los depósitos. Me vi obligado a reducir la ración diaria de agua a cuatro tazas al día por cabeza.

Nos habíamos adentrado en el desierto propiamente dicho. Las dunas se abrían ante nosotros como si no tuvieran fin. Los caballos estaban empezando a mostrar signos de abatimiento. Incluso cuando cargaban con poco peso, las suaves arenas resultaban difíciles de transitar para ellos. Los liberé de sus cargas para que se unieran al grupo de caballos de las primeras filas, y elegí a los camellos de carrera más aptos para que las chicas y el resto del grupo pudiéramos montar en ellos.

Al Namjoo me aseguró que el próximo reducto de agua se encontraba a pocos días de distancia. Así que me llevé a las muchachas, junto con Zaras y su escolta de hombres elegidos a dedo, y

avanzamos por delante de la columna principal para dar con el agua que se nos había prometido.

Al Namjoo me asignó a Haroun, su primogénito, para que nos guiara en el camino. Pudimos viajar mucho más rápido que el grueso de la caravana. Cabalgamos toda la noche, y al romper el alba, Haroun se detuvo en lo alto de otra duna enorme de arenas rojizas. Señaló hacia adelante.

Ante nosotros se erigía un acantilado de roca estriada. Las capas horizontales presentaban un vívido contraste de colores, que iba desde el oro miel y el blanco tiza hasta distintos matices de rojo, azul y negro. Algunas de las capas más blandas habían sufrido la erosión del viento, a diferencia de las capas superiores e inferiores. Formaban unas galerías colgantes y unas cuevas alargadas como si hubieran sido diseñadas por un arquitecto demente.

—Este lugar se llama Miyah Keiv —nos contó Haroun. Su traducción del árabe era «Caverna de agua».

Haroun nos condujo por debajo de una pared de roca vertical, en cuya base se abría una grieta lateral de techo bajo. Era lo suficientemente elevada como para que entrara un hombre alto sin tener que agacharse, aunque medía más de cien pasos de ancho y era tan profunda y oscura que no pude ver cuánto medía de largo respecto del acantilado.

—El agua se encuentra en las profundidades de esta cueva —nos contó Haroun. Las princesas y Loxias hicieron arrodillar a sus camellos, y luego dejaron sus sillas de madera tallada. Las conduje hasta la ranura de entrada, mientras Zaras retenía a sus hombres para dejarnos espacio.

El suelo de piedra descendía poco a poco a nuestros pies, y mientras descendíamos el día se fue apagando y el aire se fue volviendo más frío, hasta que el contraste de temperatura con el calor directo del sol nos hizo temblar.

Para entonces ya pude oler el agua dulce, y oírla gotear en algún punto por delante de nosotros. Me

ardía la garganta de sed. Traté de tragar saliva, pero tenía la boca seca. Las chicas tiraban de mis manos y me hicieron agachar la cabeza hasta llegar a la parte baja de la pendiente.

Vimos un enorme estanque ante nosotros. Su superficie resplandecía por efecto de la luz que se reflejaba de la entrada a la caverna. Esa misma luz creaba el efecto de que el agua era negra como la tinta de un calamar. Nadie albergaba ninguna duda, y nos sumergimos en ella con gritos de júbilo sin sacarnos las túnicas y las sandalias. Me arrodillé hasta que el agua rozó mi barbilla. Miré mi propio cuerpo y vi que el agua, lejos de ser negra, era tan clara como el diamante que le había dado a Tehuti. Llené mi boca y suspiré de placer.

He bebido el agua más pura de las bodegas del palacio del faraón, pero nada podía equipararse a este divino manantial antiguo.

Las muchachas estaban en el centro del estanque; nos salpicábamos agua; jadeábamos y gritábamos en mitad del frío. Alentado por nuestro

alboroto, Zaras y sus hombres bajaron a toda prisa por la pendiente. También ellos se pusieron a gritar y a reír, y no dudaron en adentrarse en las aguas oscuras.

Después de beber todo lo que nuestros estómagos eran capaces de retener, los hombres llenaron los recipientes de agua que habíamos traído y se los acercaron a los camellos. Zaras no permitió que los animales entraran en el estanque. El techo de piedra era demasiado bajo para ellos; además corríamos el riesgo de que acabaran contaminando la pureza sublime de esas aguas con sus excrementos.

Haroun confirmó mis cálculos de que la caravana principal se encontraba como mínimo a tres días de nosotros. Esto no me preocupó en exceso, ya que las chicas estaban cansadas por el viaje y esto les daría la oportunidad de descansar y recuperar fuerzas.

Lo que verdaderamente me preocupaba era nuestra vulnerabilidad en este lugar. La ubicación de este estanque sería conocida por todas las tribus beduinas de centenares de leguas a la redonda. Éramos un grupo reducido, pero nuestros animales, armas y armadura eran objetos muy codiciados por las tribus y atraerían a sus peores elementos. Si advertían nuestra presencia en la cueva y se daban cuenta de que éramos pocos, entonces corríamos un grave peligro. Teníamos que permanecer alerta y asegurarnos de no bajar la guardia.

Después de que Zaras y sus hombres terminaran de refrescarse, los convoqué a la salida de la cueva, aposté allí varios centinelas y organicé nuestra defensa para garantizar la seguridad de la zona.

Me llevé a Zaras y a Haroun para explorar las inmediaciones y buscar cualquier indicio de la presencia reciente de seres humanos. Los tres íbamos fuertemente armados. Llevaba el arco

colgado por encima de un hombro y una provisión de treinta flechas en el otro. Además, mi espada de bronce envainada colgaba de mi cadera derecha.

Cuando llegamos a la parte superior de la duna más cercana, nos separamos. Pero antes de partir acordamos que nos volveríamos a encontrar en Miyah Keiv antes de que el sol alcanzara su punto máximo, algo que ocurriría en el plazo de una hora. Envié a Zaras a trazar un círculo en dirección norte, y a Haroun le hice investigar lo que parecía ser el rastro de una caravana en el valle que se abría a nuestros pies. Yo seguí la duna elevada hacia el sur.

Era difícil no ser observado porque el terreno no ofrecía cobertura, pero me esforcé por mantenerme alejado de la línea del horizonte en la que un enemigo podía detectarme a larga distancia.

No tardé en sentirme fascinado por este paisaje inerte y desolado, al tiempo que conservaba una misteriosa belleza. Era una infinidad de dunas igual de mutables que los bancos de un mar

sosegado; terso y versátil como el cuerpo de una mujer hermosa, desprovista de durezas, maleable y escultural. Los picos de estas olas de arena estaban siendo desgastadas por el viento, y cambiaban de forma ante mis ojos. Las huellas de hombre y de animal se volvían indistinguibles, y poco después desaparecían por completo.

A medida que avanzaba no encontré nada en este otro mundo que me diera señales de vida; hasta que, de pronto, advertí un fragmento de hueso desteñido por el sol que sobresalía de la arena a mis pies. Me arrodillé para cogerlo, y me sorprendió comprobar que era el cráneo y el corto pico abierto de un chotacabras. El ave debió de desviarse de su ruta habitual debido a una ventisca.

Me di media vuelta y descendí por la ladera de la duna. Cuando llegué a la base me adentré en el estanque subterráneo. Al acercarme, oí los gritos de una mujer y las salpicaduras de agua.

Zaras había vuelto antes que yo. Él y sus

hombres habían desensillado a los camellos y los acercaron a la repisa de la entrada, donde los animales pudieron descansar y resguardarse de la luz directa del sol. Los hombres acicalaban a los caballos y les daban su ración de trigo en unas bolsas de cuero. Llamé a Zaras.

–¿Has encontrado algo?

–No, mi señor. Nada.

–¿Dónde está Haroun? ¿Ha regresado ya?

–Aún no, pero no tardará en llegar –respondió.

Dudé ante la entrada a la cueva. Todo parecía perfectamente común y corriente. No podía comprender la sensación de ansiedad que me estaba corroyendo por dentro; pero sabía que no podía descartarla.

En vez de entrar en la cueva, me di media vuelta y seguí la pared de roca en dirección contraria. Quedé fuera del alcance de visión desde la entrada a la cueva cuando llegué a una grieta que se abría en la cara vertical de la roca. No me había dado cuenta de ello hasta entonces, y después de

observarla decidí subir hasta la cima del acantilado para ver lo que se abría ante él. Extendí los brazos y coloqué mi mano a tientas sobre la roca expuesta.

El sol había calentado tanto la superficie que quemaba como el carbón. Aparté la mano con tanta fuerza que se me cayó el esqueleto de ave que aún sujetaba. Lamí mi dedo escaldado hasta atenuar el dolor, y luego me agaché para recoger el esqueleto. Me detuve antes de que mis dedos lo tocaran.

Cerca de la pared que el viento aún no había erosionado, había una huella humana sobre la arena. Me di cuenta que un costado de esa huella se perdía en un tramo de arena blanda, lo cual indicaba que era una huella reciente.

Estaba seguro de que no pertenecía a una de mis chicas. Era la señal de un gran pie masculino con sandalia y suela lisa de cuero. Todavía podía oír las voces y las risas ocasionales de Zaras y sus hombres detrás de mí. Regresé sin dilación al

punto desde donde podía ver la entrada a la cueva y al grupo de hombres que la resguardaban. Un vistazo rápido me convenció de lo que ya sabía. Todos los hombres calzaban sandalias militares reglamentarias con suelas de tachuela de latón.

Había un desconocido entre nosotros.

Después sólo pude pensar en la seguridad de mis chicas. Agaché la cabeza para escuchar las voces que seguían saliendo de las profundidades de la caverna. Reconocí a dos de ellas de inmediato, pero no pude identificar la tercera. En un intento por ocultar mi agitación, pasé delante de mis hombres con grandes zancadas y me adentré en la cueva. Descendí rápidamente por la pendiente de piedra hasta la orilla del estanque. Me detuve por unos instantes para que mis ojos se acostumbraran a la penumbra, y luego me fijé en los cuerpos pálidos y núbiles que retozaban en el agua como nutrias juguetonas. Pero sólo había dos de ellos.

—¡Bekatha! —grité con un tono de voz que

denotaba pánico—. ¿Dónde está Tehuti? —Asomó la cabeza con su cabello dorado y rojizo mojado cayendo sobre su rostro.

—¡Salió para hacer una ofrenda a Seth, Taita! — Era un eufemismo de chica para referirse a la culminación del proceso digestivo humano.

—¿Qué dirección tomó?

—No la vi. Sólo me dijo que se iba a hacer eso.

Tehuti era una niña muy quisquillosa. Supuse que se habría escondido para proceder a sus funciones corporales más íntimas. No elegiría quedarse en la caverna. Se habría ido al desierto. Eché a correr hacia la entrada a la cueva. Zaras y sus hombres seguían en el lugar donde los había agrupado en el costado izquierdo de la entrada. Volví a gritar a Zaras.

—¿Has visto a la princesa Tehuti abandonar la cueva?

—No, mi señor.

—¿Y qué hay del resto de hombres? ¿Alguien la

ha visto? –Todos ellos negaron aturdidamente la cabeza.

Tehuti los habría evitado. Quizá encontró otra salida a la cueva, pensé. Me di media vuelta y crucé la grieta de la roca donde había visto la huella del forastero.

–¡Horus, escúchame! –exclamé a mi dios, rezando con toda la fuerza de mis entrañas, liberando el extraño poder de mi interior al que he aprendido a invocar en momentos de profunda desesperación—. ¡Abre mis ojos, oh, Horus! Déjame ver. Oh, dulce dios. ¡Déjame ver!

Cerré los ojos durante diez latidos de mi corazón, y cuando volví a abrirlos, mi visión se había vuelto más clara. El gran dios Horus me había escuchado. Estaba viendo con mi ojo interior. Los colores se habían vuelto más vivos, el contorno de las formas era más definido.

Me fijé en la parte inferior de la pared de roca, y allí la vi. No era Tehuti, sino el recuerdo de donde había estado hacía un momento, como si

fuera el eco o una sombra de sí misma. Era una mancha en el resplandor, una diminuta nube intangible. Ni siquiera tenía forma humana ni un contorno, pero sabía que era ella. Se alejaba de mí, avanzando en paralelo por la pared estriada de la roca.

Supe de inmediato que estaba siendo perseguida, y que intentaba escapar del peligro. Pude sentir su miedo resonando en mi corazón, y probar el gusto de su terror en mi lengua.

—¡A las armas, Zaras! —exclamé. No me había dado cuenta del poder que podía adoptar mi propia voz—. Deja a cinco hombres para que protejan a Bekatha y a Loxias. El resto podéis montar y seguirme.

Como sabía que Zaras me había oído, eché a correr sin mirar atrás, concentrando todo mi ser en la nube evanescente que no era Tehuti, sino su misma esencia.

De repente, noté como si mis pies tuvieran alas. Corría cada vez más rápido, pero la pequeña nube

seguía mi ritmo absorbiéndome como si hubiera quedado atrapado en su estela. Luego se desvaneció de repente en el punto en el que la roca estriada se volvía hacia dentro.

El destello se desvaneció de mis ojos, y recuperé mi visión normal. Empecé a andar más despacio y mi cuerpo se tornó pesado, desprovisto de la gracia divina. Me obligué a continuar hacia adelante hasta llegar al rincón donde se había impreso esa imagen. Me detuve jadeando ruidosamente.

Eché un vistazo a mi alrededor, pero no vi nada. Había desaparecido.

Luego bajé la mirada hasta el suelo y me di cuenta de que aunque mi visión se había desvanecido, ella había dejado huellas de sus pies desnudos en la arena, donde habían quedado protegidas del efecto del viento. Levanté los ojos para seguir las señales y vi que volvían a desaparecer a corta distancia, pero esta vez no por efecto del viento. La arena había quedado

aplastada por los pies de hombres que calzaban sandalias de suela lisa. No podía determinar cuántos eran, pero calculé que serían una docena o más. Tuve claro que habían alcanzado y capturado a Tehuti, y que ella había opuesto resistencia. Vi dónde y cómo se había resistido. Tehuti poseía la fuerza de un gato salvaje cuando la provocaban, pero al final se había visto superada.

Entre todos la habían arrastrado a los pies de la pared de la roca. Aquí me di cuenta de una grieta en la ladera del acantilado. Pero ésta era más ancha y no tan escarpada como la primera.

Era algo más parecido a una escalera que a una chimenea. Sabía que podía subirla fácilmente, pero los camellos tendrían que buscar otro modo de llegar a la cima del acantilado. Miré hacia atrás y vi que Zaras conducía al primer camello por la base del acantilado hacia mí. Al darme alcance, me gritó:

—¿Qué está pasando, Taita! ¿Qué quieres que hagamos?

—Han secuestrado a Tehuti. Debieron de esperarla aquí. Se marchó sola y la encontraron. — Señalé hacia la grieta del acantilado—. La habrán arrastrado hasta aquí, donde los camellos no puedan seguirla.

—¿Quiénes son esos hombres y cuál es su procedencia?

—No lo sé, Zaras. No hagas más preguntas inútiles. Avanza por la base del acantilado hasta que encuentres el modo de subirlo. Yo les seguiré de cerca.

—Enviaré a la mitad de mis hombres para que te sigan y te cubran. Luego me llevaré al resto conmigo y nos encontraremos en la cima.

No le contesté porque quería reservar el aliento para el ascenso que me esperaba. Subí a buen ritmo pero conservando mis fuerzas. Pude oír a los hombres de Zaras detrás de mí. Aunque la mayoría de ellos era más joven que yo, me adelanté a mucha distancia.

A medio camino de la cima, oí voces desde

abajo. Me detuve unos segundos para escuchar. No domino el árabe, pero entendí lo suficiente para saber lo que pasaba.

Los hombres que estaban sobre mí eran beduinos y se estaban dando prisa. Luego oí un grito amortiguado de Tehuti: habría reconocido esa voz en cualquier lugar y circunstancia.

—¡Aguanta, Tehuti! —grité, apartando la cabeza—. Ahora voy. Zaras me acompaña con todos sus hombres.

El sonido de su voz fue un estímulo para mí; reanudé el ascenso con fuerza renovada y determinación. Luego oí el relincho de un caballo, un revuelo de cascos y el tintineo de los arreos. Los hombres que la habían capturado se disponían a partir.

Tehuti volvió a gritar, pero el sentido de sus palabras se perdió entre el grito de los árabes cuando subieron a los caballos, y luego en el crujir de los latigazos cuando los azuzaban a ir al galope.

Los caballos resoplaban, y sus cascos daban golpes secos contra la arena blanca.

Entonces me di cuenta de la razón por la cual estos bandidos habían dejado los caballos en lo alto del acantilado. Sabían que podían volver a ellos rápidamente, mientras que nosotros perderíamos tiempo en encontrar el modo de subir a nuestros camellos por una ruta intransitable.

Hice un esfuerzo en el último tramo y llegué a la cima dando un vuelco. Me detuve para valorar la situación.

Delante de mí había un grupo de unos treinta o cuarenta jinetes árabes, vestidos con sus túnicas polvorientas y sus turbantes. Se las habían arreglado para subir a los caballos y la mayoría estaba empezando a partir. Instaban a los caballos con gritos salvajes y se intercambiaban gritos de júbilo.

Uno de los bandidos seguía luchando cuerpo a cuerpo con Tehuti. La había sentado delante de su silla, de modo que él montaba por detrás. Era un

hombretón de aspecto imponente y una barba morena y rizada. Respondía a la descripción que me había proporcionado Al Namjoo del bandido Al Hawsawi, El Chacal. Pero no estaba seguro de que fuera él.

Tehuti pataleaba y gritaba, pero él la retuvo en la silla con un brazo, inmovilizando los dos de la chica. Vi que la túnica de Tehuti y su pelo seguían mojados. Sus rizos húmedos se movían libremente.

Miró hacia atrás y me vio en el borde del acantilado. Su rostro se iluminó con un patético destello de esperanza. Pude leer sus labios mientras pronunciaba mi nombre.

—¡Taita! ¡Por favor, ayúdame!

Con la mano libre que sostenía las riendas, el secuestrador tiró de la cabeza del caballo e instó al animal a emprender el galope por la llanura plagada de rocas. De este modo se alejaría de mí. En una ocasión miró hacia atrás por debajo de su brazo y esbozó una sonrisa triunfal. Ahora estaba seguro de que se trataba de El Chacal. Me

preguntaba cómo había sabido que nos detendríamos en este acantilado de Miyah Keiv.

Su grupo le dio alcance hasta formar una masa compacta. No pude contarlos. Al verlos partir me sentí abrumado por una oleada de rabia salvaje y desesperada que amenazaba con sofocarme.

No tardé en recuperar el juicio y así el arco que colgaba del hombro. Con tres movimientos rápidos tensé la cuerda del arco y saqué la flecha de mi bolsa para disponerme a apuntar.

La distancia era cada vez mayor. Supe que en cuestión de segundos tanto Tehuti como su secuestrador estarían fuera de mi alcance. Tomé mi posición, ayudándome a apuntar con el hombro izquierdo, y levanté la mirada sobre el lejano horizonte, calculando el ángulo de lanzamiento hasta alcanzar a El Chacal.

La energía propia del combate colmó mi corazón al darme cuenta de que el cuerpo de El Chacal se interponía entre Tehuti y yo, y que de esta forma la estaba protegiendo de mi disparo sin

pretenderlo. Lancé la flecha sin miedo a hacerle daño. Tensé hasta que la flecha rozó mis labios. Cada músculo de mis brazos y torso superior apoyó su peso sobre el arco tensado. Muy pocos hombres podían tensar tanto el arco como hacía yo. No se trata únicamente de fuerza bruta. Se requiere también serenidad y equilibrio, y ser capaz de lograr una sensación de unidad con el arco.

Cuando abrí los tres dedos que sostenían el arco, la flecha retrocedió y me hizo un rasguño en el antebrazo. Noté cómo brotaba la sangre de la herida infligida. No tuve tiempo de sacar el protector de brazos.

No sentí ningún dolor. Noté una ligereza de corazón al disparar la flecha y echarla a volar, porque me di cuenta de que había hecho un lanzamiento perfecto. Supe que el cerdo que se había llevado a Tehuti estaba muerto sin que él lo supiera.

Luego, de repente, solté un grito de rabia y

frustración cuando vi que el caballo que cabalgaba detrás de mi objetivo se desviaba de su trayectoria. Sólo Horus sabe por qué ocurrió; seguramente era para evitar un agujero. Fuera cual fuera la razón, tapó mi vista del objetivo. Vi cómo la flecha le alcanzaba como el pico encorvado de un halcón e hincaba su punta en la parte superior de la espalda, a una pulgada hacia un costado de su columna vertebral. El hombre echó la cabeza hacia atrás, y se retorció de agonía mientras trataba de darse la vuelta por encima del hombro para arrancar la flecha. Pero seguía bloqueando mi objetivo.

Coloqué una segunda flecha y la lancé con la esperanza desesperada de que el hombre herido cayera de la silla del caballo mientras la flecha estaba en pleno vuelo, dejando así al descubierto el cuerpo de Al Hawsawi. Pero el árabe herido se aferraba a su silla. Sólo cuando mi segunda flecha le alcanzó en el pescuezo, su cuerpo inerte se desplomó de la silla de montar y acabó dando

vueltas en el polvo y siendo vapuleado por los caballos.

Al Hawsawi estaba fuera de sí. Lancé otra descarga a pesar de que no tenía opciones de alcanzarlo. Pero me maldecía a mí y a todos los dioses oscuros que habían protegido a Al Hawsawi cuando mi última flecha cayó a veinte pasos por detrás de los talones de su caballo.

Eché a correr hacia el lugar donde yacía el cuerpo del hombre con dos de mis flechas. Quería alcanzarlo antes de morir para asestarle unos golpes y sacarle información. Con un poco de suerte, quizá averiguaría el nombre del villano que se había llevado a Tehuti, así como el lugar donde podría encontrarle.

Pero no pudo ser. El bandido sin nombre había muerto cuando me detuve a su lado. Su único ojo estaba hundido de modo que sólo se apreciaba el blanco del globo ocular, mientras que el otro parecía lanzarme una mirada iracunda. Le di varias patadas de todos modos. Luego me senté a

su lado y recé una oración desesperada a Hathor, Osiris y Horus, pidiéndole a cada uno de ellos que mantuvieran a Tehuti a salvo hasta que pudiera dar con ella.

Lo que más me disgusta de los dioses es que nunca los tienes a mano cuando más los necesitas.

Mientras esperaba a Zaras, me dediqué a arrancar las flechas del cuerpo del bandido al que acababa de abatir. Ningún arquero de Egipto puede disparar como yo lo hago.

Zaras tardó casi una hora en llegar. El grupo de bandidos beduinos había desaparecido entre el resplandor y el polvo del horizonte. Por lo general soy un hombre que controla sus emociones. Puedo permanecer tranquilo y sosegado ante un desastre o una tragedia. Y con ello me refiero al saqueo de ciudades, a la masacre de ejércitos y a cuestiones menores de este tipo. Pero con la pérdida de Tehuti me sentía preso de una profunda rabia

impotente y sobrecogedora. Debido a la larga espera, mis emociones estaban a flor de piel.

Los hombres que Zaras había enviado para subir el acantilado se convirtieron en el objetivo de mi ira. Les grité, les insulté por haber tardado tanto y ser una panda de inútiles. Los acusé de cobardes y de dilatar su llegada cuando más los necesitaba.

Cuando al final me percaté del polvo que levantaban los camellos de Zaras al acercarse por el extremo superior de la pared de roca estriada, no pude contenerme ni un instante. Eché a correr para recibirlo. Le grité para que se diera prisa, pero él seguía sin poder oírme.

Sin embargo, cuando se acercó lo suficiente como para leer la expresión de su rostro, me di cuenta de que su aflicción se equiparaba y posiblemente superaba a la mía. Con la misma fuerza y amargura que yo le instaba a darse prisa, él me gritaba y me imploraba que le dijera dónde estaba Tehuti, si es que aún seguía con vida.

Entonces me di cuenta de que estos dos jóvenes

no estaban unidos por un enamoramiento frívolo y transitorio. Era la misma pasión arrolladora e inmaculada que yo había sentido por la madre de Tehuti, la reina Lostris. Pude ver que la angustia de Zaras por la pérdida de Tehuti era tan devastadora como lo fue la mía en su día por su madre.

En el momento en el que reconocí este hecho, también supe que el mundo había cambiado para los tres.

Ví a Zaras convocar a sus hombres hacia el punto en el que me encontraba con la rapidez que le permitían los camellos al galope. Eran unos animales magníficos.

A corta distancia, los caballos beduinos podían superar a mis camellos, pero no podían mantener ese ritmo durante más de dos o tres horas. En cambio, mis camellos podían correr todo el día sobre terrenos arenosos y escarpados. Mis camellos acababan de beber. No tendrían que

volver a hacerlo en diez días o más. En estas condiciones de sed, calor y cansancio debido al suelo arenoso, los caballos quedarían agotados al amanecer, mientras que mis camellos podrían continuar la marcha durante toda la semana.

Le di la orden a Zaras cuando se acercó a mí. Llevaba a un hombre armado a lomos de cada camello. Le ordené a la mitad de ellos que desmontaran y que volvieran a la cueva a pie para proteger a las otras dos chicas. Evidentemente, la seguridad de Bekatha era cien veces más significativa que la de Loxias, pero de todos modos sentía debilidad por la pequeña cretense.

Zaras había tomado la sabia decisión de cargar a los camellos con las cantimploras. Esto explicaba el retraso. Ahora la mitad de las sillas estaban vacías y eso me permitía hacer rotaciones de jinetes. También me alegré de ver que Zaras había traído a nuestro guía principal, Al Namjoo. Nadie conocía el terreno mejor que él.

Empezamos a montar, procurando que cada

jinete cargara con un camello de repuesto guiándolo con una cuerda tras de sí, y que las cantimploras estuvieran llenas hasta los topes. Estaba dispuesto a apostar una bolsa de mems de plata a que alcanzaría a Al Hawsai antes del mediodía de la jornada siguiente.

El viento se había convertido en una suave brisa, pero seguía siendo demasiado cálido como para refrescar. Al menos ya no soplaban con la intensidad suficiente como para borrar el rastro de El Chacal, y eso me daría la oportunidad de interpretarlo. Los camellos avanzaban a un ritmo que consideré prudente.

Calculé el paso del tiempo según el ángulo del sol, y al cabo de tres horas me di cuenta de que habíamos ganado terreno a nuestros adversarios. Nos detuvimos un rato para cambiar de silla y permitir a los hombres beber dos tazas de agua antes de reemprender la marcha. Aún no forzábamos el ritmo, sino que manteníamos un

suave galope que los camellos aceptaban con sosiego y facilidad.

Al cabo de dos horas recibí la confirmación de que estábamos pisándoles los talones a los fugitivos. Encontramos abatido a uno de los caballos de El Chacal. Avanzaba despacio y cojeando por la ruta que habían recorrido sus compañeros de establo. Yo estaba bastante satisfecho con nuestro avance y le comenté a Zaras que esperaba darles caza antes de que cayera la noche.

Resultó ser una opinión prematura. Al cabo de una hora llegamos a una bifurcación. Levanté la mano para indicar a mi séquito que se detuviera. Luego confirmé este gesto con una orden verbal a Zaras.

–Diles a tus hombres que desmonten y estiren las piernas. Pueden beber dos tazas de agua. Pero tienen que replegarse y no confundir las huellas hasta que las haya interpretado.

Separar la persecución era un viejo truco

beduino que consistía en dividirse en dos grupos iguales. Cada uno tomaba una dirección distinta. En este caso era una táctica doblemente efectiva, puesto que no podíamos decidir cuál de los dos se había llevado a Tehuti. Estábamos obligados a separarnos para seguirlos a ellos.

Desmonté y entregué las riendas de mi camello a Zaras para que lo sujetara por mí. Avancé a pie y a paso ligero hasta llegar al punto en el que el grupo se había dividido. Me di cuenta de que no habían bajado de sus camellos. Por eso no pude discernir las huellas de Tehuti. Me agaché una vez más para invocar la ayuda de los dioses.

—Gran Horus, déjame ver. Abre estos débiles ojos ciegos y muéstrame el camino, te lo suplico. Abre mis ojos, amado Hathor, y prometo un sacrificio que hará las delicias de tu corazón.

Cerré los ojos y escuché veinte latidos de mi corazón antes de volver a abrirlos. Miré cuidadosamente a mí alrededor pero esta vez mi visión no se transformó. El desierto era el mismo.

No había ningún destello traslúcido que iluminara a las brutales arenas; ninguna sombra que bailara y guiara mi ánimo.

Entonces oí una voz, y agaché la cabeza para prestarle atención. Era sólo el ulular del viento rozando las dunas. Me di media vuelta para permitir que el viento afinara lentamente mi oído. Entonces pude oír en voz baja pero clara:

—Que Hathor te muestre el camino. —Era la voz de Tehuti. Miré a mi alrededor con la esperanza de encontrarla a la altura de los hombros. Pero no estaba allí. Cerré los ojos y esperé a que se produjera un pequeño milagro que sabía que acabaría llegando. Incliné en silencio mi cabeza y cerré los ojos para murmurar una expiación a la diosa Hathor por mis recientes pensamientos desdeñosos hacia ella.

—Te necesitamos ahora, dulce Hathor. Tehuti y yo te necesitamos.

Entonces, una escena de años atrás volvió a reproducirse detrás de mis párpados cerrados.

Tehuti y yo volvíamos a estar en el pequeño barco de juncos, navegando por las sagradas aguas del Nilo. Ella sonreía de placer y sostenía el regalo que acababa de darle para celebrar la flor roja de su feminidad. Era una hermosa joya que había pulido con todo mi amor y habilidad. De una delicada cadena colgaba una diminuta cabeza dorada de Hathor, la diosa del amor y la virginidad.

Tehuti, que seguía sonriendo, se colocó la cadena de oro alrededor del cuello y la sujetó con un cierre por detrás. La cabeza de oro retozaba por el valle de piel sedosa entre sus pechos, y la imagen de la diosa me sonreía de un modo enigmático.

—Siempre la llevaré puesta, Taita. —Recuerdo que éstas fueron las palabras exactas de Tehuti—. Cada vez que la siento sobre mi piel pienso en ti y mi amor por ti crece en intensidad. —Había cumplido su promesa. Cuando nos reuníamos tras una breve separación, me mostraba el amuleto,

colgando de la cadena de oro, que luego se acercaba a los labios.

No alcanzaba a averiguar por qué pensaba en este episodio cuando el tiempo y la velocidad eran tan importantes, e intenté sacármelo de la cabeza. El recuerdo persistía. Luego, con una repentina ráfaga de emoción, se me ocurrió que esa joya estaría impregnada de la energía esencial de Tehuti. Podría detectarla con la misma infalibilidad que si estuviera aquí en carne y hueso. Luego, la voz del viento me confirmó lo que yo ya percibía.

—Encuentra a Hathor y me encontrarás.

Cuando me incorporé, seguía estando en el punto en el que el grupo de Al Hawsawi se había dividido. Vi que un grupo de diez hombres se había alejado hacia el norte. Decidí primero seguirlos. Mis movimientos eran lentos, avanzando por un costado de las marcas que habían dejado los cascos de sus caballos.

Me abrí a mi percepción interior para recibir

instrucción de Tehuti o de Hathor. No sentía nada. Seguí avanzando y luego percibí una emoción que me conmovía. Era una sensación de frustración y soledad que se intensificaba a cada paso.

Regresé al punto en el que había empezado mi andadura y esa desagradable sensación empezó a atenuarse hasta desaparecer cuando llegué de nuevo a la bifurcación.

El segundo grupo de bandidos se había alejado hacia el sur. Seguí sus huellas.

Registré un cambio de estado de ánimo casi de inmediato. Me sentía más contento a cada paso, y era como si una mano cálida hubiera asido la mía y la hubiera estrujado. Miré hacia abajo, pero mi mano estaba vacía. Entonces supe sin el menor atisbo de duda que una presencia estaba guiando mis decisiones.

Eché a correr escudriñando la superficie de la arena árida. Recorrí otros cien pasos antes de detectar un parpadeo en el suelo del desierto que se abría ante mí. Estaba medio enterrado en la

arena amarilla, pero lo reconocí de inmediato. Me apoyé sobre una rodilla y removí la arena suelta. Luego recogí un diminuto resto de oro amarillo y me lo llevé a los labios.

Volví a mirar a Zaras. Estaba de pie junto a su camello, observándome. Le hice una señal con la mano por encima de la cabeza, instándole a acercarse. Montó sin pensárselo dos veces y azuzó al camello, arrastrando a mi animal tras de él con una rienda suelta.

—¿Cómo puedes estar seguro de que siguió este camino, y no el otro? —preguntó mientras me entregaba las riendas de mi camello.

—¿Reconoces esta alhaja? —Abrí la mano y le mostré la cabeza de la diosa que descansaba en mi mano ahuecada. Él asintió con la cabeza sin mediar palabra.

—Me la dejó para que la encontrara.

—Es tan maravillosa —dijo con admiración—. No hay ninguna otra mujer que pueda compararse a ella en este mundo.

Cabalgamos otras dos horas antes de alcanzar a otro caballo beduino moribundo. Le colgaba la cabeza del cuello, y era incapaz de dar otro paso más. Su jinete le había azotado sin piedad antes de abandonarlo. Tenía los cuartos traseros lacerados por el látigo y la sangre se había coagulado formando una masa negra y brillante sobre sus heridas.

—Dale agua —ordené, y Zaras se bajó del camello para llenar un cubo de la bolsa de agua que transportaba su camello. Yo también desmonté y me coloqué detrás del hombro del animal. Desenfundé mi espada. Zaras colocó el cubo de agua delante del desafortunado animal y mojó su hocico. Le dejé beber un poco antes de levantar mi espada con ambas manos por encima de la cabeza. El animal seguía bebiendo cuando hice descender la cuchilla con todo mi peso y fuerza.

Fue una decapitación limpia, en la que la cabeza se desprendió del cuello. La res muerta se

desplomó con la sangre brotando de sus vasos sanguíneos rotos. Luego se cayó sobre un costado.

—No malgastes el agua —le advertí a Zaras mientras limpiaba la cuchilla sobre el lomo del caballo antes de volver a enfundarla.

Ví que Zaras vertía los restos del agua que quedaba en el cubo a las bolsas de cuero. Necesité unos instantes para recuperar mi compostura. Había sufrido casi igual que el caballo antes de asestar mi golpe de misericordia. Detesto la crueldad innecesaria y el sufrimiento en cualquiera de sus formas, y habían abusado brutalmente de ese animal. Sin embargo, evité que mis verdaderos sentimientos salieran a la luz. De lo contrario, mis hombres me tendrían por un excéntrico y me perderían el respeto.

Cuando el sol alcanzó el horizonte, pasamos por delante de otros tres desdichados caballos, y pude observar por las muescas sobre la arena, que algunos de los árabes fugitivos compartían la silla con sus compañeros. Otros se vieron obligados a

caminar, aferrándose a los estribos de cuero de sus compañeros para mantenerse en pie.

Fuimos acortando distancias con cada hora que pasaba. Logré hacer avanzar a mi séquito después de la puesta de sol. Por fin la luna llena iluminaba nuestro camino. La intensidad de su resplandor plateado proyectaba una sombra sobre cada una de las marcas de casco que los caballos árabes habían estampado sobre la arena. Pude distinguirlas desde lejos. Hathor es la diosa de la luna, y supe que ésta era su respuesta a mis oraciones. Avanzamos a un ritmo que, según mis cálculos, era el doble que el de una persecución. Los camellos respondieron en consecuencia.

Pasamos por delante de otros dos caballos caídos en el camino, pero vi que estaban más allá de la fase de sufrimiento y no quise perder tiempo atendiéndolos. Luego reparé en una figura humana que yacía por delante de nosotros. Había algo de familiar en ella. Esta vez detuve mi camello y me obligué a arrodillarme.

–¡Cuidado, Taita! –exclamó Zaras con cierta inquietud–. Podría ser una trampa. Es posible que se esté haciendo el muerto. Tal vez esconda un cuchillo en la mano.

Hice caso de su advertencia y desenfundé la espada. Pero cuando me incliné sobre la forma humana, ésta se movió. Levantó la cabeza con gran esfuerzo y me miró. La luz de la luna iluminó el rostro del hombre y pude reconocerlo.

Me lo quedé mirando fijamente, y estaba tan sorprendido que al principio no pude articular palabra.

–¿Qué ocurre, Taita? ¿Qué te aflige? –gritó Zaras–. ¿Conoces a este hombre? –No respondí directamente a su pregunta.

–Que venga Al Namjoo –ordené sin mirar a Zaras. El hombre que estaba a mis pies empezó a gimotear de dolor al verme. Luego se tapó la mitad inferior de su rostro con su kufiyya hecha harapos atada al cuello, y apartó la cabeza de mí.

Oí a Zaras que llamaba a Al Namjoo, y luego el

sonido de su camello siendo obligado a arrodillarse detrás de mí.

–Ven aquí, Al Namjoo –dije con un tono de voz severo. Oí el crujido de sus pisadas sobre la arena mientras se colocaba a mi lado. No lo miré a la cara.

–Aquí estoy, amo –respondió en voz baja.

–¿Reconoces a esta persona? –Rocé al hombre que yacía a mis pies con la punta de mi sandalia.

–No, señor, no puedo ver su rostro... –murmuró Al Namjoo en voz baja, pero supe que estaba temblando por el tintineo de su voz. Me agaché para asir el extremo de su kufiyya y la retiré del rostro del hombre. Oí el grito ahogado de Al Namjoo.

–Ahora sí que puedes verle el rostro –le dije. ¿Quién es?

Se cernió un silencio mortal sobre todos nosotros y la figura que yacía de espaldas enterró su rostro en el espacio que circundaba el brazo.

Luego empezó a sollozar de forma entrecortada. Era incapaz de mirarnos a la cara.

—Dime, Al Namjoo, ¿quién es este trozo de mierda apestosa de paloma? —La figura retórica que había elegido para describirlo era una muestra de mi ira y aflicción.

—Él es mi hijo, Haroun —susurró el anciano.

—¿Y por qué está llorando, Al Namjoo?

—Está llorando porque ha traicionado la confianza que ambos depositamos en él, señor.

—¿Cómo traicionó nuestra confianza, anciano?

—Le dijo a Al Hawsawi, El Chacal, dónde podía encontrarnos. Lo condujo hasta el estanque de la caverna y allí nos esperó.

—¿Cuál es el castigo preceptivo para una traición de este tipo, Al Namjoo?

—El castigo es la muerte. Debe matar a Haroun, señor.

—No, anciano —dije; retiré mi espada—. No voy a matarlo. Él es tu hijo. Debes matarlo tú.

—No puedo matar a mi propio hijo, señor —dijo,

retrocediendo unos pasos—. Sería el acto más oscuro y vil inimaginable. Mi hijo y yo seríamos condenados en el inframundo de Seth por toda la eternidad.

—Mátale y rezaré por tu alma. Sabes que soy un hombre de poder. Sabes que puedo interceder con los dioses. Siempre es posible que escuchen mis oraciones. Tendrás que elegir.

—Por favor, amado amo. Ahórreme este terrible deber. —El hombre se puso a llorar, pero en silencio. Pude ver que las lágrimas le resbalaban de su barba plateada por efecto de la luz de la luna. Se puso de rodillas y besó mis pies.

—Morir a manos de su padre es el único castigo óptimo para él. —Hice caso omiso de sus súplicas—. Levántate, Al Namjoo. Mátale o mataré a tus dos hijos jóvenes, Talal y Moosa primero, luego mataré a Haroun y por último te mataré a ti. No quedará ninguna línea de sucesión masculina en tu casa. No habrá nadie que rece por tu sombra.

Se levantó tambaleándose y coloqué la

empuñadora de mi espada en sus manos. Me miró directamente a los ojos; y vio que mi determinación era tan dura como un diamante. Bajó la vista en un gesto de resignación.

—¡Hazlo! —insistí, y se secó las lágrimas de su rostro con ambas manos. Después levantó la barbilla con determinación, y tomó el asa de la espada que le estaba ofreciendo. Pasó por delante de mí y se quedó de pie sobre Haroun.

—¡Hazlo! —repetí, y entonces levantó la espada y la hincó una, dos y tres veces. Después dejó caer mi espada y se derrumbó por encima del cadáver de su hijo mayor. Abrazó la cabeza desencajada hacia su pecho y vio cómo los sesos amarillos resbalaban entre sus dedos. Entonó un lamento de duelo.

Recogí mi espada y sequé la hoja sobre el cadáver. Luego regresé a mi camello y monté. Dejé a Al Namjoo a solas para que se recuperara de su pérdida y enfilé el sendero de El Chacal una vez más.

Mi sentido de la compasión no abarca a toda la humanidad. Mi magnanimidad no cubre todos los pecados que se cometen contra mí.

A primera luz del día llegamos al lugar en el que Al Hawsawi había dividido a sus hombres por segunda vez. Era un acto desesperado. Eso quería decir que su primera división no me había apartado de su ruta.

Me bajé del caballo y escudriñé las marcas para hacer una estimación acerca del grupo de beduinos.

Había seis caballos en un grupo y cuatro en el segundo. Cada caballo cargaba con dos jinetes. Eso sumaba un total de veinte. Además, había cinco hombres que marchaban a pie.

Levanté la mirada para seguir el rastro que había dejado el grupo más nutrido, que había elegido la ruta del norte. Mi corazón empezó a latir deprisa al ver las pequeñas y delicadas

pisadas que tan bien conocía. Se habían llevado a Tehuti con ellos.

Sin embargo, ahora Tehuti no iba a caballo y vi por las marcas, que estaba siendo arrastrada contra su voluntad por dos de los árabes. Eché a correr para examinar las pisadas de cerca. Mi alivio se convirtió en ira al darme cuenta de que uno de sus pies desnudos estaba sangrando. Se había cortado con los fragmentos afilados de piedra que poblaban la arena.

El rastro era claro y poco ambiguo. No tenía la menor duda de que Tehuti estaba con el grupo que se había separado hacia el norte; aun así, sabía que mi enfado podía enturbiar mi buen juicio. Tenía que asegurarme más allá de toda duda.

—Quédate aquí hasta que te lo diga —le grité a Zaras. Lo dejé y seguí la fila de huellas distintivas. Sólo recorrí ciento veinte pasos antes de que las huellas desaparecieran por completo, pero eso no me preocupaba en exceso.

Pude determinar que uno de los árabes

montados a caballo, probablemente Al Hawsawi en persona, cargaba con ella. Ahora volvería a viajar sentada. Estas señales no sólo eran evidentes, sino que venían reforzadas por el aura que emanaba de la cabeza de Hathor, que sostenía en el interior de mi mano derecha.

Miré hacia atrás y le indiqué a Zaras que se uniera a mí. Me acercó el camello. Subí y conduje a nuestro séquito hacia adelante, siguiendo las huellas de los árabes que se habían desviado hacia el norte llevándose a Tehuti consigo.

Cabalgamos por una ligera ondulación del suelo del desierto y mientras subíamos una cuesta tomé conciencia de que el aura que emanaba de la joya dorada de Tehuti estaba perdiendo su poder. Solté las riendas de repente. Eché un vistazo lentamente a mi alrededor al vasto paisaje de dunas.

—¿Qué te ocurre, mi señor? —Zaras colocó su camello junto al mío.

—Tehuti no siguió esta ruta, a fin de cuentas —determiné—. El Chacal nos ha engañado.

–No es posible, Taita. También yo vi las huellas. No cabía ninguna duda –me desafió.

–A veces la mentira se ve con claridad, mientras que la verdad permanece oculta –le dije mientras tiraba de la cabeza del animal.

–No le entiendo, mi señor.

–Me doy perfecta cuenta de ello, Zaras. Hay muchas cosas que nunca entenderás. Así que no invertiré más tiempo tratando de explicártelo. – Fue una respuesta antipática por mi parte, pero tenía que descargar mi frustración en alguien.

Aunque se expresó en voz baja, pude oír a los hombres refunfuñar y quejarse cuando se vieron obligados a dar media vuelta y seguirme. Zaras lo silenció con un gruñido.

Volví al punto en el que había perdido las huellas descalzas de Tehuti para subirse a la silla del caballo de Al Hawsawi. Desmonté y entregué la rienda principal de mi camello a uno de los hombres para que la sostuviera.

Supe que había pasado algo por alto, pero

seguía sin verlo.

Regresé al punto en el que los dos grupos de beduinos se habían separado, y examiné el terreno minuciosamente. ¿Algunas huellas discurrían en dirección contraria?, me pregunté. La respuesta era que no. Desde su punto de bifurcación, los dos destacamentos habían seguido en línea recta; nadie había vuelto hacia atrás.

No obstante, sabía que estaba buscando la respuesta a la anomalía, pero no alcanzaba a verla.

—Debió de volver —susurré para mis adentros—. No continuó hacia delante con el segundo grupo, así que debió de hacerlo hacia atrás.

Repasé mis propias palabras. ¿Por qué había utilizado las palabras «hacia atrás»? Era incorrecto en ese contexto y mi uso lingüístico suele ser intachable.

—Una persona no «va hacia atrás» —hablaba en voz alta. Sabía que me estaba acercando a la solución—. Una persona se vuelve hacia atrás, o

camina hacia atrás... –volví a interrumpirme. ¡Ya lo tenía! ¡Ya lo tenía!

Retrocedí corriendo hasta el lugar en el que terminaban las huellas descalzas de Tehuti.

Como ya sabía lo que estaba buscando, lo encontré de inmediato. Había otro conjunto de huellas masculinas que parecían ir en la misma dirección del norte que las otras del grupo. Sin embargo, en ese momento reparé en sus sutiles diferencias.

Estas huellas extrañas empezaban en el mismo punto en el que las de Tehuti terminaban. Pisaban por encima de las otras. Fuera quien fuera el autor de esas huellas estaba cargando con un peso. Curiosamente, a cada paso del talón de sus sandalias esa persona había dejado un reguero de tierra hacia atrás... Mientras que cabía esperar que el dedo gordo del pie arrastrara la arena hacia delante.

–El Chacal hizo esas huellas. –Funcionó, y casi lo veía desarrollarse mientras hablaba—. En primer

lugar, dejó a Tehuti en el punto donde el grupo se dividió. La obligó a caminar por delante de su caballo, siguiendo a este grupo que viajaba hacia el norte. Después de que hubieran recorrido doscientos pasos, él desmontó. Envió a su caballo con el grupo del norte. Después levantó a Tehuti y cargó con ella hasta el lugar donde el primer grupo lo esperaba; pero entonces caminaba hacia atrás, llevándola sobre su hombro. El primer grupo tenía otro caballo esperándolo a él y a Tehuti. Se llevó a Tehuti en ese caballo con el grupo que viajaba hacia el sur. De este modo nos confundió y seguimos al grupo que se dirigía hacia el norte. Todo respondía a un plan endemoniadamente complicado y audaz. Sonreí para mis adentros.

–Pero no lo suficientemente perspicaz –hablé en voz alta con satisfacción.

Zaras y sus hombres me observaban con caras de confusión y total asombro, lo cual se fue intensificando cuando hice caso omiso a las huellas palpables de Tehuti, y los conduje de

vuelta hasta donde los dos grupos de beduinos se habían separado.

Mientras partíamos en busca del pequeño destacamento que viajaba hacia el sur, esperaba que Zaras o al menos uno de sus hombres protestaran. Me llevé una decepción cuando ninguno de ellos podía aunar el valor suficiente como para oponerse a mi decisión. Con cada legua que les guiaba hacia el sur, el calor que irradiaba de la cabeza dorada de la diosa que sostenía en mi mano fue creciendo en intensidad.

Sabía lo mucho que estaba sufriendo Tehuti. Sólo lucía una ligera túnica de algodón cuando El Chacal la capturó. Esto debió de protegerla muy poco de la silla de montar de madera o del sol que brillaba en lo alto del cielo. Había visto la sangre brotar de sus pies heridos cuando en realidad se vio obligada a caminar. Los pies de una princesa

egipcia son más delicados que los de una campesina.

Me consolaba el hecho de estar convencido de que El Chacal nunca se permitiría, ni a él ni a ninguno de sus hombres, violar su cuerpo apenas maduro. Era mucho más valiosa en su estado virginal. Debe ser lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de que podría comprar diez mil hermosas esclavas con su hermoso precio. Sin embargo, yo estaba muy tentado a incrementar el ritmo, y a forzar a los camellos al máximo para ahorrarle una hora de tormento.

Mi habitual buen juicio me frenó. Sabía que El Chacal sacaría algún otro truco más, y eso me obligaba a tener de reserva un as bajo la manga. Reduje la velocidad de los camellos a una marcha más relajada, pero no podríamos hacer más pausas para beber o descansar. Avanzamos durante toda la mañana.

Una hora después de que el sol llegara a su punto álgido subí por otra cresta de arenisca

compacta y cuando llegué a la cima me quedé observando la amplia cuenca de la superficie que se abría a muchas leguas de distancia. Se trataba de un valle de gigantescas esculturas naturales que habían sido forjadas por los vientos de la eternidad. Las pendientes y las cumbres de roca roja petrificada sobresalían tan alto que parecían rozar la superficie del cielo azul claro, aunque sus bases habían sido erosionadas por el viento hasta quedar reducidas a ligeros pilares sobre los que se apoyaban unas enormes cabezas.

Mis ojos eran los más veteranos de todo el séquito, pero como de costumbre resultaron ser los más afilados. Fui el primero en detectar la presencia de los fugitivos. Incluso cuando se lo indiqué a Zaras y los hombres no eran capaces de distinguir a ese grupo humano entre las tinieblas de la base de uno de los enormes monolitos de piedra. Para ser justos, el aire cálido que salía de las rocas calientes temblaba y se estremecía formando un espejismo que enturbiaba su visión.

Se reflejó un puntito de luz de sol en la cuchilla o la punta de una lanza, y esto centró inmediatamente su atención. Se oyeron expresiones de triunfo y gritos sanguinarios de guerra del séquito que viajaba tras de mí, y supe que lo peor estaba por llegar. Ahora nos enfrentábamos a hombres desesperados, y Tehuti corría más peligro que cuando El Chacal la secuestró.

Silencié a los hombres con un gesto abrupto y los conduje hasta la parte trasera de la cordillera. Dejé a un sargento de confianza y a dos de sus hombres para que vigilaran a los beduinos. Cuando volvimos a desviarnos de la línea del horizonte, indiqué al resto de mi séquito que desmontara para descansar y preparar las armas para el combate.

Saqué mi arco de guerra de su bolsa de piel, así como mi suministro de flechas del fardo que transportaba mi camello. Me los llevé cuando le comenté a Zaras que hablaríamos en privado.

Encontré un asiento en una losa de arenisca y le indiqué a Zaras que se sentara a mi lado.

—Todos sus caballos están agotados. No pueden continuar. El Chacal ha elegido el terreno en el cual oponer su última resistencia —empecé, y luego expliqué con exactitud lo que tenía que hacer para liberar a Tehuti de las garras de El Chacal sin causarle ningún daño. Cuando terminé, le dije que repitiera mis instrucciones para que no hubiera ningún malentendido.

Mientras charlábamos, sustituí la cuerda de mi arco. Seleccioné tres flechas del interior de la aljaba, que a primera vista, parecían perfectas. Las hice rodar entre mis manos para detectar en ellas cualquier posible distorsión. Cuando pasaron mi severo escrutinio, las escondí debajo de mi cinturón. Dejé las flechas que había desechado en la aljaba que colgaba de mi hombro. Era muy poco probable que pudiera lanzar más de una sola flecha, y además la distancia sería sumamente

larga. Si se presentaba otra oportunidad, no tendría tiempo para seleccionar una flecha.

—Estoy listo, Zaras. —Me levanté y le di una palmadita en el hombro—. ¿Tú también lo estás?

Se levantó de un salto.

—¡Sí, Taita! Estoy dispuesto a morir por la princesa. —Era una declaración melodramática, pero su sinceridad me conmovió. El amor juvenil tiene un peculiar esplendor.

—Creo que tanto la princesa Tehuti como yo preferiríamos que estuvieras vivo —observé secamente, y luego nos unimos al grupo que nos estaba esperando.

Mientras Zaras daba órdenes a sus hombres, me apropié de la coraza de piel de cocodrilo y el casco de bronce de uno de los guardas y me los coloqué de manera que pudieran ocultar mi túnica característica y mi larga cabellera. No quería destacar entre mis hombres.

Una vez terminados los preparativos subimos a los camellos, y después volvimos a cruzar la

cresta que habíamos iniciado en el valle de monolitos de arenisca. Los camellos avanzaban a paso lento hacia el lugar donde El Chacal y sus hombres nos estaban esperando.

Aproveché esta última oportunidad para ajustar el protector de cuero de mi antebrazo izquierdo que había quedado dañado por el retroceso de la cuerda del arco. La herida que yo mismo me había causado seguía abierta y supuraba.

Zaras dirigía el séquito. Nuestros hombres avanzaban juntos y en orden a unos veinte pasos de distancia de él. Yo ya no iba a la cabeza del grupo junto a Zaras.

Como quedé irreconocible con mi nuevo atuendo, me coloqué en el extremo del flanco izquierdo de la segunda fila. Oculté mi arco de guerra debajo de la tela de la silla de mi camello, donde el enemigo no pudiera verlo hasta que yo lo levantara.

Zaras avanzaba a buen ritmo delante de nuestra formación, de este modo podía centrar la atención

de El Chacal sobre sí mismo. Llevaba la espada en otro sitio, de modo que quedara en posición alta y con el mango bien visible. Era una señal universal de tregua.

Supe que El Chacal estaría esperando esta invitación al diálogo, puesto que estábamos encerrados en un punto muerto. No podía escapar. Todos sus caballos estaban agotados, y sus hombres fuera de juego.

Por otro lado, no podíamos optar por el ataque si él seguía blandiendo un cuchillo sobre el cuello de Tehuti.

Tenía que confiar en Zaras para que me situara dentro del alcance de tiro de El Chacal sin provocar su reacción asesina. A medida que nos acercábamos pude inspeccionar el terreno de un modo más efectivo.

A partir de mi interpretación de los rastros, sabía que el número de hombres de Al Hawsawi se había reducido sin dividirse, y que debido a las hostiles condiciones del desierto sólo quedaban

quince supervivientes. Yo contaba con cincuenta y seis guardias, incluido Zaras. Todos ellos estaban relativamente frescos y en condiciones óptimas para el combate. Sólo cabía un único resultado si las cosas acababan en combate. Todos ellos morirían, incluida la Princesa Tehuti.

Al Hawsawi había elegido cuidadosamente su última posición debajo del imponente monolito de arenisca. La piedra aseguraba ambos flancos, pero le daba una ventaja adicional. El techo protector de arenisca que se extendía sobre su posición limitaba incluso el rango de mi arco de guerra de gran tamaño. No podía quedar a tanta distancia y levantar el arco para disparar a El Chacal sin que la flecha impactara primero en el techo de la roca sobre su cabeza. Tenía que acercarme más y lanzar un tiro con una trayectoria más plana.

Sin embargo, la roca roja también era una cárcel para El Chacal. Impedía cualquier línea de retirada. Tendría que negociar un intercambio con

nosotros: las vidas de sus hombres y la suya propia a cambio de la de mi princesa.

Dirigidos por Zaras, cabalgamos despacio hacia el punto en el que El Chacal estaba esperando en la bahía.

Ahora pude ver que los caballos de los beduinos habían sucumbido a la sed y a las duras condiciones climáticas. Los árabes habían arrastrado las últimas reses formando un semi círculo encarado a nosotros. Detrás de esta estacada improvisada y patéticamente insuficiente se habían agazapado los supervivientes. La parte superior de sus respectivas cabezas sobresalía, así como las puntas de sus lanzas y hojas de cimitarra que blandían ante nosotros.

A medida que nos acercábamos a ellos me di cuenta de que al menos tres de los árabes sostenían arcos con flechas tensadas y preparadas para disparar. Pero los beduinos no son especialmente buenos arqueros. Sus arcos son débiles, y su alcance es mucho menor al del arma de doble

curvatura que llevaba sujeta debajo de la tela de la silla a la altura de la rodilla, lista para desenfundar.

Todo dependía de lo cerca que Zoras pudiera llevarme de esa escasa fortificación antes de que Al Hawsawi llamara el alto a nuestro acercamiento. Yo calculaba el rango cada vez más corto con cada paso que daba mi camello.

Llegamos al punto crítico en el que sabía que podía bajar mi trayectoria y alcanzar a cualquiera de los árabes con mi arco sin miedo a dar contra el techo de piedra que protegía sus cabezas. Solté un sonoro suspiro de alivio. Cada paso hacia adelante que tomara mi camello de ahora en más reforzaba mi posición.

El guardia que ocupaba la fila delante de la mía se dispuso a vigilarme mientras descendía del camello y preparaba el arco. Luego, sin agachar la mirada, elegí una flecha de mi cinturón con la mano que tenía libre. La coloqué sobre el extremo

superior del asa de mi arco y la retuve con el dedo índice de mi mano izquierda.

Mi camello avanzó otros cinco pasos lentos y majestuosos hasta que un hombre se acercó caminando hasta el centro de la línea beduina y se encaró a nosotros. Se apartó la capucha de su túnica para revelar su rostro, y nos soltó unas palabras en árabe.

—¡Paro! No me acerco más. —El eco de su voz resonó por todo el techo de arenisca que estaba encima de él.

Le reconocí de inmediato como el animal de barba negra que había visto tres días antes empujando a Tehuti para que montara en su silla. Se había reído de mí mirándome de reojo por debajo de su brazo. Pude confirmar este hecho de inmediato cuando volvió a gritar.

—Soy Al Hawsawi, el jefe de los beduinos. Todos los hombres temen mi poder.

Se agachó y, detrás del cadáver de su caballo,

en un espacio donde la había ocultado, levantó a Tehuti.

La retuvo para que pudiéramos verla y reconocer su rostro. Su brazo izquierdo rodeaba su cuello desde atrás, ahogándola para que no se atreviera a oponer resistencia ni a gritar. Sujetaba la espada desenfundada con la mano derecha. El cuerpo de Tehuti escudriñó el de él mientras Al Hawsawi nos miraba por encima del hombro de la muchacha.

Al Hawsawi había desnudado a Tehuti. Sé que lo había hecho para humillarla y demostrar que tenía un dominio completo sobre ella. Sus miembros parecían esbeltos y juveniles comparados con el robusto brazo peludo que había inmovilizado el cuello de la joven. La piel de su figura desnuda era opalescente como una perla. Sus ojos estaban tan abiertos por el temor que parecían ocupar todo su rostro.

Zaras se bajó del lomo de su camello y, mostrando su espada invertida, empezó a caminar

espacio hacia el lugar donde Al Hawsawi retenía a Tehuti. Levantó el visor de su casco, revelando su identidad del mismo modo que había hecho Al Hawsawi.

Al reconocer a Zaras, vi que el terror se desvanecía de la mirada de Tehuti, y quedó reemplazado por la intensa luz del valor y la esperanza. Sus labios se movieron al articular su nombre, pero el sonido quedó amortiguado por el peso del brazo robusto que la ahogaba.

Me sentí orgulloso de ella entonces, del mismo modo que siempre lo he estado de su madre. Pero descarté esos recuerdos y pensamientos que me distraían. Mis ojos midieron el alcance de tiro y mi mente calculó la altura y la inclinación de mi flecha al vuelo.

Sentí la suave brisa sobre mi hombro izquierdo, pero me di cuenta de que en el lugar donde se encontraba Al Hawsawi estaba protegido por una enorme losa de arenisca. Sólo un arquero muy experto podía acertar en el objetivo: primero la

inclinación del viento hacia la derecha, y después la ráfaga de aire estanco cuando la flecha recorría los últimos codos antes de dar en el objetivo.

Al Hawsawi se estaba poniendo nervioso, profiriendo insultos y advirtiéndole a Zaras que se detuviera y no siguiera avanzando. Sostenía la espada corta con la mano derecha y apretaba el extremo de la cuchilla de bronce por debajo de la mandíbula de Tehuti, rozando la parte blanda del cuello.

—Quédate donde estás, o mataré a esta zorra y cortaré sus putrefactos y enfermos ovarios —gritó a Zaras.

—Nadie tiene que morir —Zaras respondió con un tono de voz sosegado y apaciguador—. Podemos hablar. —Siguió avanzando hacia sus dos objetivos. Yo hice lo mismo con mi camello. Zaras estaba ganando un terreno muy útil para mí. Cada paso que daba me servía para acortar la distancia de mi tiro.

Lo más importante era que estaba obligando a

Al Hawsawi a darse media vuelta para mirarle a la cara. Estaba abriendo la zona del objetivo para que yo pudiera disparar mi flecha.

Sólo tenía que distraer la atención de El Chacal el tiempo suficiente para poder tensar el arco y disparar la flecha hacia su diana.

Sin mover la cabeza solté el grito de un halcón de caza cuando empieza su descenso. Mi señal vital es la del halcón herido. He perfeccionado el grito. Incluso el halconero más experimentado no es capaz de distinguir mi imitación de la del pájaro. Las paredes de la roca amplificaban el eco del sonido de modo que éste contrarrestaba con nitidez los insultos de Hawsawi.

Todos los beduinos son ávidos halconeros, y Al Hawsawi reconoció ese llamado y no fue capaz de resistirse a él. Detuvo su sarta de insultos, y levantó la mirada para ver de dónde procedía el grito. Fue un instante de distracción, pero era lo único que necesitaba.

Coloqué mi mejor flecha en el arco y encajaron

a la perfección como los cuerpos de los amantes divinos que están en el paraíso. Tensé la cuerda hasta que rozó mis labios y solté. Vi cómo la flecha ascendía por los aires y alcanzaba su punto álgido. Bordeó el techo de la roca por encima de la cabeza de El Chacal sin tocarla, y luego inició el descenso.

En mi opinión, la flecha fue avanzando con gran elegancia, aunque sabía que sólo una mirada tan afilada como la mía podía seguirla.

Después me di cuenta de que los ojos de El Chacal se movían nerviosamente. Aunque parezca imposible, y al igual que un animal salvaje, había visto o percibido la presencia de mi flecha apuntando hacia él. Apartó ligeramente la cabeza, y su cuerpo empezó a girarse. Luego mi flecha lo alcanzó en la parte superior del pecho hacia un costado. Se había desplazado lo suficiente como para alterar mi objetivo, y supe que mi flecha no alcanzaría su corazón.

No obstante, el peso y la velocidad del golpe lo

hicieron retroceder. Abrió los brazos de par en par instintivamente y en un intento por recuperar el equilibrio, pero le fallaron las piernas y se desplomó sobre el suelo de arenisca.

Tehuti empezó a girar hasta soltarse de su captor. Vi cómo contorsionaba su cuerpo en el aire, y cayó con la misma agilidad de un gato. Dio un rebote, se detuvo, desnuda y encantadora, aunque momentáneamente confusa por el alboroto que se había formado a su alrededor.

Zaras se había preparado para el grito del halcón, tal como habíamos acordado anteriormente. Cuando emití el sonido, se abalanzó hacia donde estaba Tehuti.

Era tan ágil como un guepardo de caza. Tuvo que pasar por encima del cuerpo postrado de El Chacal para llegar hasta Tehuti. Vi cómo mi flecha sobresalía del tronco superior de Al Hawsawi y pensó que lo había matado. No le prestó mayor atención. Llegó a Tehuti antes de que los otros beduinos se dieran cuenta de lo que estaba

pasando. Él la asió por el brazo y la empujó para situarla detrás de él, protegiéndola así con la envergadura de su cuerpo. Sacó la espada que guardaba invertida en la otra mano, y antes de que cayera al suelo, la asió por el mango y se la colocó en posición de ataque; quedó a la espera del grupo de árabes que habían acudido en su búsqueda.

—¡A la carga! —grité a nuestros hombres para que protegieran a la pareja—. ¡A por ellos, chicos! —azucé a mi camello para que iniciara el galope, y al mismo tiempo coloqué otra flecha. Vi que uno de los arqueros árabes comprobaba su trayectoria y levantaba el arco para apuntar a Zaras.

Lancé mi flecha un instante antes de que el árabe soltara la suya. Impactó en la garganta, justo a tiempo para anular su disparo. La trayectoria de su flecha fue muy amplia, y el árabe se puso de rodillas para tratar de sacarse mi flecha, que sobresalía por su garganta mientras la sangre brillante emanaba de su boca jadeante.

Sin pensárselo dos veces, uno de sus compañeros se precipitó contra Zaras, levantó su cimitarra y le asestó un golpe en la cabeza. Zaras esquivó la cuchilla del árabe, y utilizó este impulso para rajarle el brazo que sostenía la espada por la altura del codo. El árabe gritó y se echó hacia atrás, para proteger lo que quedaba de su brazo. Tropezó con el hombre arrodillado al que mi flecha había alcanzado. Los dos se desplomaron al suelo formando una única pila, obstaculizando así el paso de sus camaradas.

Disparé mi tercera flecha y derruí a otro de los bandidos beduinos. Zaras giró la cabeza y esbozó una sonrisa rápida de aprobación.

Increíblemente, me di cuenta de que el joven insensato se lo estaba pasando en grande.

—¡Ven aquí! —le grité—. Trae a Tehuti a buen recaudo.

La levantó del suelo como si fuera una niña pequeña, y apoyó el peso de su cuerpo sobre su hombro izquierdo.

—¡Bájame! —le gritaba mientras daba patadas para tratar de soltarse. Hizo caso omiso de sus protestas y volvió sobre sus pasos mientras nosotros avanzábamos para cubrir su retirada.

Al Hawsawi yacía en el lugar en el que mi flecha lo había abatido. Todos nos habíamos olvidado de él para centrarnos en el beduino que inició la embestida. Yo fui tan culpable como el resto de mis hombres. Sabía que El Chacal había conseguido eludir mi golpe mortal, y que probablemente estaba vivo. Pero pensé que, como mínimo, lo había herido de gravedad, y que ya no suponía ninguna amenaza para nosotros. Su cuerpo inerte quedó desparramado en el suelo, y la espada quedó inmovilizada debajo de su peso.

Zaras se había visto obligado a pasar por encima de él para llegar hasta Tehuti. Ahora iniciaba la retirada y sobrepasaba al enemigo. Toda la atención de Zaras estaba concentrada en los árabes que lo amenazaban.

De repente, Al Hawsawi se dio media vuelta y

se incorporó. Asió la espada con la mano derecha, aunque no le quedaban fuerzas para tenerse en pie.

—¡En guardia, Zaras! —le grité mientras palpaba otra flecha con mis manos, pero la tapa cerrada de mi bolsa me lo impidió—. ¡Detrás de ti, Zaras! ¡Cuidado con El Chacal!

Quizá mi voz quedó amortiguada por el barullo de la batalla; o tal vez no comprendió mi advertencia. Retrocedió un paso atrás, lo cual lo colocó dentro del alcance de la cuchilla de Al Hawsawi.

Con un grito incoherente de desesperación, El Chacal embistió contra él. Fue un golpe por la espalda y desde abajo. El golpe carecía de fuerza, pero la punta de la espada de Al Hawsawi era lo suficientemente afilada como para rajar el faldón de cuero de Zaras y penetrar sus robustas piernas juveniles.

Al Hawsawi trató por todos los medios de sacar su cuchillo de la carne dura de Zaras, pero le fallaron las fuerzas. Cayó hacia atrás y se apoyó

sobre sus codos. Mientras jadeaba para poder respirar, la punta de mi flecha que sobresalía de su pecho se movió espasmódicamente hasta cortarle la respiración, y un reguero de sangre brotó de la comisura de la boca.

El cuerpo entero de Zaras se combó y luego recuperó su rigidez habitual. Le cayó la espada que sostenía con la mano derecha sobre sus pies. Tehuti logró aflojar la presión de su brazo izquierdo y se puso de pie.

—Ve hasta Taita —le oí pronunciar dificultosamente a pesar del dolor—. Estoy muerto. Taita te defenderá. —Volvió a doblarse para sujetar la parte inferior del estómago, en el punto en el que la espada se había clavado en su interior.

Tehuti hizo caso omiso de sus instrucciones. Se quedó paralizada junto a él. Tuve la sensación de que al principio no alcanzaba a comprender lo que había ocurrido, hasta que bajó la vista y vio el asa de la espada de El Chacal sobresaliendo del

faldón de Zaras. La sangre le resbalaba por las piernas.

Zaras cayó de rodillas. Incluyó la cabeza hasta que su frente rozó la superficie.

El rostro de Tehuti, que permanecía de pie delante de Zaras, se contorsionó hasta convertirse en una máscara iracunda. Gritó a Al Hawsawi:

—¡Has matado a Zaras! ¡Has matado a mi hombre! —exclamó, levantando la espada de Zaras del lugar donde había caído. Se volvió contra El Chacal con una fuerza desproporcionada para la delicadeza de su cuerpo y una furia que no correspondía a su feminidad. Clavó la punta de la espada en la garganta de El Chacal.

El poco aliento que le quedaba salió de su conducto quebrado, y se agarró a la cuchilla desnuda con ambas manos, como si quisiera evitar ser apuñalado de nuevo. Con una fuerza renovada, Tehuti arrancó la espada de la garganta. Mientras rozaba los dedos de Al Hawsawi, la hoja afilada los rajó hasta alcanzar el hueso.

Tehuti se colocó encima de su enemigo y le asestó varias puñaladas en el pecho, entre sus costillas y sus genitales.

Mis hombres se acercaron corriendo a Tehuti, dejando solo al beduino superviviente que trataba de embestirlos con sus largas lanzas de caballería.

Los dejé marchar. Solté las riendas de mi camello junto a Tehuti y desmonté. Le di un largo abrazo hasta que se tranquilizó, y luego le arrebaté la espada de las manos.

—Lo has matado diez veces —le recordé—. Ahora Zaras necesita nuestra ayuda. —Sabía que su nombre calmaría su ira y centraría su mente.

No quería mover a Zaras, ya que esto a menudo sólo agrava las heridas. Di la orden a los hombres de que improvisaran un refugio para dejarlo descansar.

Mientras lo construían ordené al sargento de los guardias que recogieran las túnicas más limpias y

menos ensangrentadas de los cadáveres árabes y me los trajeran. Los utilicé para proteger a Tehuti del sol y del fascinado escrutinio de los hombres.

Luego les dejé dicho que arrastraran a los caballos muertos y los cadáveres de El Chacal y sus hombres una legua hacia el sur para dejarlos tirados en el desierto. Debido a las altas temperaturas, empezarían a pudrirse en el transcurso de una hora. Lo último que vi de El Chacal era que lo remolcaban desnudo detrás de un camello con un nudo alrededor de los tobillos y la cabeza dando tumbos por el suelo pedregoso. Llevaba los brazos extendidos sobre la cabeza y se movían como si quisieran despedirse de mí.

Me había llevado mi botiquín, así como un pequeño suministro de hierbas y fármacos. Siempre me acompañan a todas partes, como si fueran parte de mi propio ser. Pero supe incluso antes de empezar a examinar la herida de Zaras que mi equipo no bastaría para curarlo.

No contaba con ningún tipo de ayuda experta.

Los guardias que me acompañaban eran altamente experimentados en acabar con vidas humanas, pero su ignorancia era abismal en cuanto a operaciones de salvamento y socorro.

La única persona en quien podía confiar era Tehuti. Me había ayudado en el cuidado de los caballos heridos y otros animales domésticos. En cierto modo la seguía viendo como a una niña. No quería que viera morir a Zaras, que era lo más probable que sucediera. Pero no me quedaba ninguna otra opción.

—Tendrás que ayudarme a cuidar de él, princesa —le dije mientras preparaba un jarabe con una flor bosquimana roja que era lo suficientemente potente como para derribar a un buey.

—Por supuesto —respondió en voz baja, pero con una férrea determinación que me obligó a pensar en su madre—. Sólo dime lo que quieres que haga, y lo haré.

—En primer lugar, asegúrate de que beba esto. —Le entregué la copa de cobre llena del narcótico.

Ella recostó la cabeza de Zaras sobre su regazo. Sostuvo el recipiente sobre sus labios y le apretó las fosas nasales para obligarlo a tragar. Mientras tanto, saqué mis instrumentos quirúrgicos.

Cuando las pupilas de los ojos de Zaras se dilataron y cayeron en un estupor inducido por el fármaco, le sacamos la armadura y sus calzones. Luego lo tendimos completamente desnudo y boca abajo sobre un lecho de telas de silla de montar. Ya había visto a Zaras desnudo con anterioridad, pero su porte físico siempre me dejaba impresionado. Sentí un profundo remordimiento por el hecho de tener que devolver esta obra maestra de la naturaleza a la tierra.

Separé sus piernas para encontrar el punto de acceso de la cuchilla de El Chacal. Evidentemente, la hoja seguía sellando la herida. Sé que algunos que se dan en llamar cirujanos habrían arrancado la espada sin pensárselo dos veces, sellando de este modo el destino de su paciente.

Mientras estudiaba el ángulo y la profundidad

de la entrada de la cuchilla, supe que la embestida de la espada había dejado intactos los genitales. Era un tema sobre el que tenía mis propios prejuicios.

Me alegré en silencio por el bien de Zaras y Tehuti. Sin embargo, por lo que a mí respecta no era algo que me preocupara. Quizás hubiera sido preferible que estos órganos básicos de Zaras hubieran quedado inutilizados por efecto de la hoja cortante de la espada. Si eso hubiera ocurrido, entonces muchos de los problemas que anticipaba habrían desaparecido de un plumazo. Descarté estos pensamientos indignos y centré toda mi atención en sacar la hoja de la espada.

Había atravesado su nalga izquierda. Si hubiera dado contra la base dura del hueso pélvico, la herida no habría sido tan grave.

Pero no es lo que ocurrió. Pude determinar que había encontrado el modo de penetrar la cuenca huesuda que albergaba las entrañas de Zaras. He tenido la oportunidad de diseccionar y estudiar

centenares de cadáveres humanos. Sé que los alimentos que ingerimos pasan por estos tubos hasta que se vacían por el orificio situado en la base de nuestras nalgas.

Entonces me asusté de verdad. Si la cuchilla de El Chacal había perforado uno de estos tubos de las entrañas de Zaras, los desechos se filtrarían en la cavidad estomacal. Estos desechos, que todos conocemos por el nombre de «defecación», están compuestos de humores malignos que les dan su desagradable y característico hedor. Estos humores también son un veneno mortal, y si discurren libremente por el cuerpo pueden provocar la putrefacción. La muerte es el resultado inevitable de ello.

Tenía que sacar la espada de inmediato. Convoqué a seis de nuestros hombres más fuertes para que inmovilizaran a Zaras, porque a pesar de que el opiáceo que le había administrado era eficaz, el dolor provocado por esta operación anularía el efecto calmante del fármaco.

Tehuti se sentó apoyando la cabeza de Zaras sobre su regazo. Le acarició el pelo y lo meció como hacen las madres con sus bebés. Los hombres ocuparon sus posiciones e inmovilizaron sus miembros. Me arrodillé entre sus piernas y así el mango de la espada con ambas manos.

—¡Sostenedlo! —ordené. Luego me incliné y apliqué todo mi peso y mi fuerza, manteniendo la hoja alineada con su conducto de entrada para evitar más daños a su carne y entrañas.

El cuerpo entero de Zaras se tornó rígido. Cada músculo se tensó como el mármol duro, y gritaba como un toro herido en plena agonía. Los seis hombres fuertes apenas podían contenerlo. Por unos instantes, nada cedía. La hoja de bronce quedaba fuertemente atrapada contra el hueso pélvico y la succión provocada por el tejido pegajoso. Luego se detuvo la succión y la hoja se soltó de la herida. Perdí el equilibrio y retrocedí unos pasos.

Zaras se estremeció con un último gemido y

cayó inconsciente. Ya había preparado un cojín de lana de cordero. Lo coloqué sobre la herida y le ordené a Tehuti:

–Sostenlo aquí, pero añade todo el peso de tu cuerpo para detener la hemorragia. –Luego miré a los hombres que lo estaban inmovilizando–. ¡Soltadlo! –ordené.

Centré mi atención a la espada que empuñaba y medí la profundidad de la herida a ojo.

–Una mano y media de largo; medio codo –calculé, aunque el terror ensombrecía mi esperanza–. Es profunda, ¡demasiado profunda!

Procedí a levantar la almohadilla con la que Tehuti ejercía presión contra la herida. Me incliné hacia adelante para examinar la herida.

Era un corte que mediría igual que mis dos dedos juntos de ancho. Tan pronto como relajé la presión sobre ella, salió un fino reguero de sangre. Parecía limpio y sano. Me acerqué y olí la sangre. No percibí la podredumbre a heces.

Sentí un atisbo de renovada esperanza; ¿era

posible que el bronce afilado de la espada no hubiera rasgado sus entrañas?

Tehuti me miraba intensamente.

—¿Qué estás haciendo, Taita?

—Trato de calcular nuestras opciones.

Volví a colocar el cojín de lanilla para tapar la entrada de la herida y dejé caer un reguero de vino destilado para atenuar los humores malignos. Luego me coloqué detrás de Zaras y posé una de mis manos sobre cada una de sus nalgas. Me enderecé y luego las separé. Dejé escapar un suspiro de alivio. Su orificio estaba limpio y tenso.

Pero quedaba otra prueba por hacer. Coloqué la mano sobre la parte baja de su espalda y ejercí presión. Oí un ruido seco mientras se liberaba gas de sus intestinos, seguido de un chorrillo de excrementos líquidos y sangre brillante que salía por el ano. Tanto Tehuti como yo hicimos muecas para evitar el hedor.

Entonces supe con certeza que la espada había

penetrado sus entrañas. Me sentí devastado por la pena y la desesperación. Zaras era un hombre muerto. Ningún cirujano de este mundo, por muy habilidoso que fuera, podía salvarlo. Ni siquiera podía hacerlo yo. Ahora estaba en manos de Seth.

No levanté la vista para mirar a Tehuti, aunque pude sentir que ella sí me miraba fijamente. Me sentía indefenso y no me gustaba esa sensación. No es algo a lo que uno pueda acostumbrarse.

—Taita —dijo, susurrando mi nombre. Seguía sin poder alzar mis ojos para reconocer mi incapacidad—. Por favor, Taita —insistió, levantando el tono de voz—. Puedes salvarle la vida, ¿verdad? ¿Podrás salvar a Zaras por mí? —Tenía que darle una respuesta; no podía dejarla sufrir más tiempo de esta manera.

Levanté la cabeza y la miré. Nunca había visto tanto pesar y sufrimiento como el de ella; y he visto a multitud de viudas recientes.

Me imaginé primero la respuesta negativa y luego la pronuncié, e incluso negué con la cabeza.

Pero era incapaz de expresar la palabra «no». No podía abandonar a esos dos jóvenes.

—¡Sí! Puedo salvarlo por ti, Tehuti. —Sé que fue una insensatez. Hablar de un final es siempre mejor que infundir una falsa esperanza, pero no podía soportar su angustia y desesperación.

Supliqué a los dioses benévolos que perdonaran mi mentira, y me dispuse a librar una batalla con Seth por el alma de Zaras.

Lo único que sabía con certeza es que tenía que moverme con rapidez. Ningún cuerpo humano puede sobrevivir a una aflicción de este tipo por mucho tiempo.

No tenía ninguna pauta que seguir. Ningún otro cirujano de este mundo se había atrevido a viajar adonde yo estaba dispuesto a ir.

Me quedaba un último frasco de flor bosquimana roja que bastaría para mantener a

Zaras inconsciente durante una hora como mucho. Y la necesitaría completa.

Tendría que abrir la cavidad estomacal y hallar la escisión en las entrañas de Zaras. Tendría que reparar esos cortes de espada y coserlos. Luego tendría que expulsar los humores malignos que se habían filtrado desde sus entrañas hasta la cavidad estomacal.

Afortunadamente, al igual que todos nosotros, Zaras había comido poco desde que salimos de Miyah Keiv. Íbamos escasos de comida, y había racionado estrictamente nuestras reservas. Su intestino no estaría lleno de desechos. Traía conmigo infusiones de corcho de sauce y savia de cedro, pero resultaban insuficientes para la tarea de expulsar el veneno. El producto más eficaz era el vino destilado. Sólo tenía una pequeña cantimplora llena. Tanto Tehuti como yo nos lavamos las manos en un pequeño bol de este preciado líquido.

Había descubierto tiempo atrás que el calor

reduce, o incluso destruye, los humores. Siguiendo mis instrucciones, dos de los hombres dejaron un cazo grande de agua en el fuego. Cuando el agua empezó a hervir dejé caer en él mis cuchillas quirúrgicas de bronce, las aguas y las suturas de cuerda de tripa.

Forcé a que Zaras se tragara otra dosis grande de vino tinto mientras Tehuti secaba su estómago con el destilado del vino.

Luego, mis guardias más fornidos inmovilizaron a Zaras una vez más. Coloqué un retazo doble de cuero entre sus dientes para que no pudieran partirse ni romperse cuando sus mandíbulas se tensaran debido al agónico dolor. Todo estaba a punto. No podía hallar excusa alguna para retrasar la operación.

Hice el primer corte largo por la pared de su estómago, justo por debajo de su ombligo hasta la cima de su hueso púbico. Zaras aulló por detrás de la mordaza de cuero y movía la cabeza de un costado a otro.

Le mostré a Tehuti cómo mantener la herida abierta colocando sus dedos a ambos lados de mi larga incisión al tiempo que separaba la piel. Ahora podía introducir ambas manos en la cavidad estomacal hasta la altura de las muñecas. Guardaba en mi memoria la trayectoria que la cuchilla de la espada había tomado hasta dar contra su estómago, y seguí esa ruta.

Casi de inmediato encontré una perforación igual de larga que mi dedo meñique en el entramado viscoso de sus entrañas. Los desechos apestosos de la comida digerida salían por la ranura.

La cosí con la cuerda de tripa en puntos nítidos y regulares de mi aguja curvada de bronce. Luego saqué la serpiente resbaladiza de las entrañas y la estrujé con ambas manos para asegurarme de que no quedaran fisuras. Mi sutura era impermeable, pero la presión expulsó el líquido marrón y sucio de los otros cortes más profundos de sus intestinos.

Cerré estos pequeños cortes, trabajando con un delicado equilibrio entre velocidad y eficacia. Me di cuenta de que Zaras se estaba empezando a debilitar debido a este tratamiento extremo que me vi obligado a practicarle.

Cuando quedé satisfecho porque no había pasado por alto ningún otro daño causado por la espada, tanto Tehuti como yo quedamos intoxicados por el hedor fecal. Sin embargo, era un recordatorio constante de la importancia de retirar todos los humores de su cuerpo antes de cerrar su cavidad estomacal. Todo lo que huele mal debe de ser malvado.

Mientras Tehuti seguía manteniendo la herida abierta, sorbí tragos del vino destilado y lo fui derramando con mis labios fruncidos por los rincones y recovecos de sus entrañas. Luego lo colocamos de costado y drenamos el fluido de su estómago.

Después volvimos a lavar sus intestinos con el

agua hervida que ya se había enfriado a la temperatura corporal, y la drenamos.

Por último, lo lavamos con nuestra propia orina. Es una de las recetas más eficaces contra los humores, aunque la orina debe ser reciente y no estar contaminada por otros fluidos o sustancias corporales. Lo ideal sería que viniera directamente de una vejiga sana sin contacto previo con los órganos sexuales del donante: el pene y la piel de los labios masculinos o los femeninos.

En mi caso no hubo ningún problema. La extirpación de los miembros visibles de mi sexo es una historia tan antigua que su recuerdo ya no me hace ni siquiera temblar. Mientras vaciaba mi agua para Zaras, Tehuti hizo lo propio con un paño de lana empapado de vino destilado; cuando me aparté, se puso de cuclillas sobre Zaras y abrió los labios de su vulva. Luego apuntó un chorro de orina hacia la cavidad estomacal de Zaras. Una vez terminado este proceso, dimos la vuelta al

cuerpo del paciente para drenarlo una tercera y última vez.

Luego cerré su estómago, y con cada punto recité un verso de una oración para sellar heridas.

¡Cierro tu cruel boca roja, oh maldad de Seth! Abandona este lugar. Así lo ordeno. ¡Vete! Abandóname, Anubis de cabeza de chacal, dios de los cementerios. Deja vivir a este hombre. Lloro por él, Hathor de buen corazón. Muéstrale tu misericordia y alivia su dolor. ¡Déjalo vivir!

Ya había oscurecido cuando acabé de sellar su estómago con los harapos de tela de mi túnica y lo dejé descansar en el camastro improvisado del refugio. Tehuti y yo nos sentamos a su lado para prestarle todo el alivio y la ayuda posibles.

Cuando Zaras empezó a delirar y a luchar contra los demonios imaginarios y reales que se congregaban alrededor de su lecho, Tehuti se tumbó junto a él y lo abrazó. Empezó a mecerlo y a entonar una melodía.

Reconocí la canción de cuna. Era una de las que

la reina Lostris había cantado a Tehuti cuando era una niña. Poco a poco, Zaras se tranquilizó.

Sus hombres levantaron fuegos de campamento formando un círculo alrededor del refugio en el que esperábamos con Zaras. Creo que rezaron por él, al igual que hicimos nosotros. Oí el murmullo de sus voces a lo largo de toda la cálida noche.

Me quedé dormido al amanecer. No podía hacer nada más, excepto proteger mis reservas para las tareas que me aguardaban.

Sentí una pequeña mano cálida tirando de mi hombro, y me desperté de inmediato. Vi a través de las grietas del techo de nuestro refugio que se acercaba la mañana. Había dormido poco, pero me sentía tan culpable como si hubiera cometido un asesinato.

—Taita, despiértate. Tienes que ayudarme.

Podía oír el esfuerzo que estaba haciendo para impedir que le saltaran las lágrimas.

—¿Qué ocurre, princesa?

—Tiene la piel ardiendo. Zaras arde en su interior. Su temperatura es tan elevada que casi me quemó al tocarle.

Tenía a mano una vela de madera de cedro. Acerqué la punta a los leños moribundos del fuego y la apagué de un soplo. Cuando el leño empezó a arder, encendí la lámpara de aceite situada en el cabecero del camastro y me incliné sobre Zaras.

Tenía el rostro enrojecido y brillante por efecto del sudor. Tenía los ojos abiertos pero no podía ver nada porque estaba delirando. Cuando tratamos de sosegarlo y tranquilizarlo, nos dio empujones. Movía la cabeza de un costado a otro y profería insultos.

Ya me lo esperaba. Conocía perfectamente la fiebre elevada que anuncia la desaparición de los humores malignos. Había visto muchos casos que presentaban casi los mismos síntomas. Todos ellos habían acabado con el fallecimiento del paciente. Pero había preparado mi primera línea defensiva.

Llamé a mis seis secuaces, y entre todos pudimos abrigar a Zaras dentro de un caparazón de telas de sillas de caballo, de manera que apenas pudiera mover la cabeza. Luego empapamos las telas con cubos de agua y las abanicamos para acelerar el proceso de evaporación. Esto redujo la temperatura del cuerpo de Zaras hasta que empezó a temblar de relativo frío.

Procedimos de este modo durante gran parte de la mañana, pero al mediodía la fuerza de Zaras se estaba desvaneciendo. Estaba siguiendo la misma línea que todos mis pacientes anteriores a quienes retiré los humores. Ya no le quedaban fuerzas para resistirse al tratamiento que le aplicaba.

No pronunció ni una palabra, aunque sus dientes rechinaban. Su piel había adoptado una tonalidad azulada.

Lo despojamos de los harapos y Tehuti volvió a abrazarlo, mirándome a través de su cuerpo húmedo y tembloroso.

—Me dijiste que podías salvarlo, Taita. Pero

ahora entiendo que no puedes hacerlo.

La profundidad de su desesperación me caló tan hondo como la espada de El Chacal que había herido a Zaras.

En la época del éxodo, cuando nosotros, los egipcios, fuimos expulsados de nuestra tierra natal por los invasores hicsos, huimos hacia el sur por las cataratas del Nilo hasta las zonas más remotas de África. Pasamos muchos años deambulando y sobreviviendo en el desierto, hasta que recobramos la fuerza suficiente para regresar y recuperar lo que nos pertenecía por derecho de nacimiento. Durante ese tiempo, aprendí a conocer y a entender a las tribus negras. Tenían conocimientos y habilidades especiales que yo envidiaba en ellos. Me sentía especialmente atraído por la tribu Shilluk, y me hice muy amigo de ellos.

Una de estas amistades era un anciano chamán llamado Umtaggas. Otros miembros de nuestro grupo lo consideraban una especie de brujo

primitivo que se relacionaba con demonios. Consideraban que apenas se diferenciaba de los animales salvajes que abundan por estos parajes del sur. Pero me di cuenta de que era un hombre sabio que entendía muchas cosas que a nosotros, los intrusos del norte, se nos escapaban. Me enseñó más de lo que yo pude enseñarle a él.

Cuando al final el peso de los años fue excesivo para él y le quedaban sólo seis días de vida, colocó en mis manos una bolsita de piel con un tipo de setas negras secadas al sol que no había visto nunca. Estaban cubiertas de un grueso moho verde. Me advirtió que no sacara ese moho, ya que se trataba de un elemento esencial de las facultades curativas de esta medicina. Me indicó cómo preparar, a partir de estos hongos, una pócima que según él a menudo mataba más que curaba. Sólo debía emplearla cuando era lo único que quedaba entre mi paciente y el vacío.

A lo largo de los años, y desde el regreso a nuestro Egipto, sólo me he atrevido a utilizar esta

infusión en siete ocasiones. En cada uno de esos casos mi paciente estaba moribundo, con apenas el peso de la pluma de un pajarillo que evitaba que se precipitara por el borde de la eternidad. Cinco de mis pacientes murieron poco después de tomar el brebaje. Uno se debatió entre la vida y la muerte durante diez días, en los que parecía recuperarse hasta que su final llegó de forma abrupta e inesperada.

Sólo mi séptimo paciente ha sobrevivido a una herida de flecha en el pulmón y a los humores malignos que se expulsaron como resultado de ello. Ha recuperado sus fuerzas. Sigue viviendo en Tebas y cada año, en el aniversario de lo que él llama «un milagro», viene a visitarme con todos sus nietos.

Sé perfectamente que uno de cada siete no es una cifra muy alentadora, pero me daba cuenta de que a Zaras le quedaba una hora de vida, y Tehuti me lanzaba miradas de reproche con sus enormes ojos.

Quedaba menos de un puñado de setas mohosas en la bolsa de piel de gacela. Las herví en un recipiente de cobre hasta que el jugo quedó negro y pegajoso. Luego lo dejé enfriar antes de colocar una pequeña cuña de madera en el extremo de la mandíbula de Zaras para mantener la boca abierta mientras le administraba la pócima. En una ocasión probé una gota de este elixir. Fue un experimento que no tengo intención de repetir jamás.

La reacción de Zaras al gusto de este brebaje fue similar a la mía. Se resistió con tanta vehemencia que mis seis hombres y Tehuti tuvieron que inmovilizarlo, y luego vomitó más de la mitad de lo que le había obligado a tragar. Reuní las partes aprovechables y se las administré una segunda vez. Luego le retiré la cuña que sujetaba las mandíbulas, y cerré su boca hasta asegurarme de que mis preciadas setas estuvieran a buen recaudo a pesar de los repetidos intentos por expulsarlas una vez más.

Después, Tehuti y yo lo tapamos con los retales de las sillas de montar e hicimos salir a los hombres. Nos sentamos a cada lado de él para para verle morir.

Al caer la noche parecía haber alcanzado ese estado. A pesar de las telas, su temperatura había descendido a la de un siluro recién pescado y su respiración era casi imperceptible. Los dos nos turnábamos para acercar una de nuestras respectivas orejas a su boca para escuchar el aliento de Zaras.

Poco después de medianoche, cuando la luna brillaba en lo alto del cielo, Tehuti me dijo con firmeza:

–Está frío como un cadáver. Tengo que tumbarme con él para calentar su cuerpo.

Retiró las telas incómodas y manchadas de sangre que había recogido de los cadáveres de los beduinos y se colocó debajo de la manta con Zaras.

Ninguno de los dos había dormido en tres días,

pero ahora tampoco lo hicimos. No nos intercambiamos ni una palabra. No teníamos nada que decirnos. Habíamos renunciado a toda esperanza.

Llegó la hora del cementerio, es decir, la hora más oscura de la noche. Había una grieta en el techo de nuestro refugio en la que se habían colocado dos mantas para taparla. Levanté la vista y vi que la gran estrella fugaz roja, que sabemos que es el ojo de Seth, quedaba perfectamente enmarcada.

El dios maligno nos observaba. Mi espíritu se estremeció. Supe que Zaras había perdido la batalla y que Seth había venido a llevárselo.

Entonces ocurrió algo extraño y maravilloso. La luz de la estrella se apagó en un instante. Me dio un vuelco el corazón. Era incapaz de interpretar ese augurio, pero sabía que era bueno. Me levanté en silencio para no despertar a Tehuti, que seguía acurrucada junto a Zaras en el camastro. Asomé la

cabeza por la entrada del refugio y miré a lo alto del cielo nocturno.

El firmamento entero resplandecía con el destello de innumerables estrellas, salvo en el punto directamente encima de mi cabeza en el que instante antes había visto el ojo rojo de Seth mirándome. Ahora ese ojo había quedado oscurecido.

Una diminuta nube oscura lo tapó. Era la única nube del cielo. No era más grande que mi puño, pero el malévolo dios Seth había quedado cegado por él.

Entonces oí voces. No procedían de la cúpula celeste estrellada, sino del refugio improvisado que acababa de dejar atrás.

—¿Dónde estoy? —susurró la voz de Zaras—. ¿Y por qué me duele tanto el estómago?

Entonces, la voz que conocía tan bien le respondió de inmediato.

—No trates de levantarte, Zaras, no seas tonto. Debes descansar. Te han herido de gravedad.

–¡Princesa Tehuti! Está usted en mi cama. –La voz de Zaras se alzó de espanto y emoción–. Y va desnuda. Si Taita la encuentra de esta guisa, nos matará a los dos.

–Esta vez no, Zaras –le aseguré mientras entraba de vuelta al refugio mucho más alegre. Me arrodillé junto al camastro en el que yacía la pareja–. Pero la próxima vez sí que lo haré.

Tan pronto como la luz del día se fue intensificando, tuve la oportunidad de examinar a Zaras de cerca. Su piel se había enfriado hasta llegar a la misma temperatura de mi mano. Se redujo la inflamación debido a las incisiones de los puntos que había aplicado a la herida principal de su estómago. Olí los puntos y estaban limpios.

Zaras tenía sed y Tehuti le trajo un enorme tazón de agua. La bebió y pidió más. Yo estaba muy contento. Ésta era una señal certera de que estaba recuperándose. Sin embargo, también me hizo

pensar en el hecho de que las tinajas de agua estaban casi vacías y que el depósito de agua dulce más cercano estaba en la caverna, donde habíamos dejado a Bekatha y al resto de nuestra compañía. Debíamos emprender nuestro regreso de inmediato.

Aunque Zaras aseguró que era capaz de caminar, o como mínimo de montar a un camello, hice caso omiso de su valentía e hice armar una camilla de viaje para él. Estaba compuesta de dos lanzas con telas de silla de montar tensadas que las sujetaban. Las uní a cada costado de una silla de camello con las puntas de las lanzas arrastrándose por detrás del animal. Colocamos a Zaras en esta camilla.

Tehuti insistió en viajar a lomos de su camello. Se sentó mirando hacia atrás para poder vigilar a Zaras. Cuando el terreno se volvía escarpado y rocoso, bajaba del camello y se subía a la camilla con Zaras: quería abrazarlo y protegerlo para evitar que fuera zarandeado.

Durante el transcurso de nuestra travesía lo

estuvo atosigando sin piedad; y aunque él protestaba, pude darme cuenta de que le encantaban sus atenciones.

En la tarde del tercer día, insistió en salir de su camilla y recorrer un tramo corto a pie; andaba encorvado y cojeando como un anciano. Apoyaba una mano en la camilla. Tehuti asió su otro brazo para que no perdiera el equilibrio y para animarlo. Charlaba con él, le contaba chistes malos y le decía que era un chico listo. Cuando ella le hacía reír, Zaras se veía obligado a detenerse para colocar ambas manos en su estómago, aunque eso no parecía limitar su capacidad para divertirse.

Cuando nos detuvimos para descansar, examiné con ahínco los puntos de Zaras, y me sentí aliviado al comprobar que seguían intactos. Le administré el último trago de vino tinto que quedaba en el frasco y durmió como un bebé.

Al día siguiente se despertó más fortalecido. Caminó un trecho más largo y a paso más ligero. Me di cuenta de que la compañía de Tehuti era más

terapéutica para él que la mía, así que me trasladé a la vanguardia de nuestra columna. Aunque me mantuve discretamente en un segundo plano, podía seguir su conversación.

Ninguno de los dos era del todo consciente de mi habilidad para leer los labios. Así que conversaban entre ellos sin ninguna limitación. Algunas de sus bromas eran procaces y poco delicadas para una dama de alcurnia. Pero los dejé disfrutar de ese momento porque ninguno de nosotros sabía cuándo podrían disfrutar de otro igual.

Una de sus conversaciones ha permanecido conmigo hasta el día de hoy, aunque debieron de creer que eran las únicas personas del mundo que participaban en ella.

El ritmo de nuestro avance había quedado limitado por el estado de Zaras, así que nuestro regreso a Miyah Keiv fue mucho más lento que cuando perseguíamos a El Chacal y a su grupo de bandidos. En el quinto día seguíamos sin haber

llegado a nuestro destino. Ordené que cinco camellos rápidos partieran antes que nosotros para buscar agua, pero aún no habían regresado. Casi todas las cantimploras estaban vacías y nos quedaban muy pocas provisiones. Me había visto obligado a reducir la ración diaria a tres tacitas de agua y media hogaza de pan por cabeza. Evidentemente, esta restricción no se aplicaba a la princesa. Por imperativo real, ella podía comer y beber lo que le viniera en gana de nuestras reservas casi agotadas. Guardé unos cuantos artículos para su uso personal: medio trozo de queso y una cantidad todavía menor de ternera seca salteada. Sin embargo, a pesar de mi insistencia, se negó a aprovecharse de mi generosidad y se limitó a comer la ración general.

Después, en la noche del cuarto día, vi que se llevaba discretamente un tercer corte del queso duro y una loncha de ternera seca. Los ocultó en la manga de su túnica y luego intentó convencer a Zaras para que los aceptara.

—Estás herido, Zaras. Debemos recuperar tus fuerzas.

—Yo soy sólo un soldado raso, Su Alteza —protestó—. Es usted demasiado condescendiente conmigo. Le agradezco su amabilidad, pero no tengo hambre en absoluto.

—Mi valiente Zaras. —Tehuti hablaba en voz baja y con un punto de timidez, y por esas razones tenía ciertas dificultades para interpretar sus labios—. Has salvado mi vida, y casi has sacrificado la tuya. De buena gana te daría todo lo que me pidieras. —Aunque sus palabras eran sugerentes, su expresión no daba pie a ningún equívoco.

Mi corazón sentía debilidad por ellos. Su incipiente amor era algo hermoso de contemplar. De entre todos los hombres, sabía que pronto se vería superado y aplastado por los rigores del deber.

Por fin llegamos a los acantilados estriados que se

erigían por encima de Miyah Keiv, y los miembros de nuestra compañía que nos esperaban se volcaron en nuestro recibimiento. Nos rodearon con gritos de júbilo y se postraron a los pies de la princesa Tehuti. Luego la levantaron y la llevaron hasta el lugar en el que su hermana Bekatha la estaba esperando, junto con el señor Remrem y el coronel Hui para darles la bienvenida.

Festejamos nuestro regreso durante tres noches seguidas. Sacrificamos a tres camellos jóvenes y asamos su carne dulce en los troncos de cincuenta hogueras. Cada noche, la princesa Tehuti pedía quince ánforas grandes de cerveza para que pudieran repartirse entre todos. Aunque lo consideré excesivo, hice caso omiso de mis escrúpulos y probé una o dos tazas de esa bebida. Sin embargo, sentía un mayor respeto por las ofrendas menos abundantes de vino procedente de las bodegas del palacio del faraón. Justifiqué este hecho ante mí sabiendo que no podía malgastar

este néctar con una panda de soldados poco refinados.

Los músicos de la corte tocaron para nosotros y la compañía bailó y cantó alrededor de las hogueras hasta que desapareció la luna. Entonces las princesas reales me instaron a cantar, pero convencí a Zaras para que se uniera a mí. Lo había instruido en la materia cuando tuve la oportunidad de hacerlo. Pude pulir su habilidad natural hasta darle un brillo y una sofisticación que sólo se veía superada por la mía. Cuando los dos cantábamos un dueto, el público apenas se atrevía a respirar para no perderse la exquisitez de cada nota.

Me acosté sintiéndome a gusto conmigo mismo. Me quedé dormido en seguida. Rara vez duermo profundamente. Mi mente está demasiado activa y alerta como para permitirme ese lujo.

Me desperté con la certeza de que alguien había entrado en mi tienda con cuidadoso sigilo, y a

pesar de la oscuridad total noté que esa presencia revoloteaba sobre mi camastro. Pude oír su respiración, y me di cuenta de que había eludido a los centinelas de la entrada al recinto real, que sus intenciones eran malévolas y que debía de ser una seria amenaza.

Sin alterar el ritmo de mi respiración ni dejar escapar el menor sonido, me acerqué el puñal que siempre cuelga de su funda especial en la cabecera de mi camastro.

La luz de las estrellas se filtraba por la lona de mi tienda, y como mi visión nocturna es excelente, pude discernir el contorno de la cabeza del asesino sobre mí. Desenfundé el puñal con mi mano derecha al mismo tiempo que inmovilizaba el brazo derecho alrededor del cuello del agresor para estrangularlo.

—¡Si te mueves, te mataré! —le advertí y se puso a gritar como una niña pequeña. Luego pude oler el tufo lechoso y dulzón de su aliento y sentí las

inconfundibles protuberancias y hondonadas de su cuerpo cuando lo llevé contra el mío.

—¡No me mates, Taita! Soy yo, ¡Bekatha! Estoy llorando. He acudido a ti para que me salves. Estoy sangrando. Por favor, no me dejes morir.

La solté de inmediato y me levanté del camastro de un salto. Tardé sólo un minuto en volver a encender la mecha de mi lámpara de aceite. Para entonces Bekatha estaba acurrucada en mi cama, sollozando lastimosamente y colocándose la mano sobre su estómago.

—Me duele, Taita. Por favor, haz que desaparezca ese dolor.

La abracé tiernamente.

—¿Dónde estás sangrando, pequeña?

—Sangro entre las piernas. Por favor, haz que se detenga. No quiero morir.

Gruñí para mis adentros. Ahora tendría que lidiar no con una, sino con dos pequeñas yeguas en celo.

Pronto el coronel Hui tendrá que preocuparse

por otras cosas aparte de las migas de pan y dátiles arrojados a través de la mesa de la cena.

Nos quedamos en Miyah Keiv hasta que las heridas de Zaras sanaron lo suficiente como para iniciar el último tramo del viaje a la Tierra de los Dos Ríos y la ciudad de Babilonia. Sería el trayecto más largo y arduo, así que no quise asumir ningún riesgo para su salud.

A veces me sorprende comprobar el grado de sufrimiento que un cuerpo joven puede aceptar y lo rápido que puede recuperarse. A pesar de las heridas que El Chacal había infligido en sus entrañas días atrás, y del hecho de que yo abriera su cuerpo en canal y volviera a coserlo, Zaras se comportaba como si estuviera entrenando para los juegos anuales de atletismo que celebra el faraón durante la primera semana de Epiphi, ante el templo de Horus en Tebas para celebrar la cosecha.

Al principio, estas incursiones se limitaban a una caminata por la base del acantilado acompañado de Tehuti. Cada cincuenta pasos aproximadamente se veía obligado a parar y llevarse la mano a su estómago, tratando de no quejarse ni soltarse de la mano que le tendía Tehuti.

A pesar de mis advertencias y protestas, cada día ampliaba la distancia y la velocidad. No tardó en vestirse con toda la armadura y en cargar con un saco de arenisca por encima del hombro.

Cada día le ordenaba desnudarse para poder examinar sus heridas. Parecían cerrarse y convertirse en cicatrices blancas. Tenía la capacidad inusual de soportar o ignorar el dolor corporal. Forzaba el movimiento de sus músculos heridos cuando otra persona menos valiente se habría sentido tullida o incapacitada durante semanas e incluso más tiempo. En su caso, esta actividad parecía acelerar el proceso de curación, en vez de retrasarlo.

No obstante, las heridas de Zaras lo habían llevado al borde del precipicio. Mis vastos conocimientos sólo habían servido para salvarlo, y los recuerdos de los otros pacientes que había tratado con las setas mohosas seguían vivos en mi memoria.

Aparte del aprecio que sentía hacia Zaras, así como el hecho de que se había convertido en un símbolo y una prueba de mis dones curativos, me di cuenta de que su estado de debilidad física brindaba la oportunidad perfecta para separarlo de la princesa Tehuti, antes de que los dos pudieran arruinar mis planes cuidadosamente trazados de establecer una alianza entre el Minos Supremo de Creta y mi faraón Tamose, una alianza esencial para la supervivencia de Egipto como nación soberana.

En la quina noche después de nuestro regreso al acantilado estriado, llamé al señor Remrem y a Hui a mi tienda para darles nuevas órdenes.

También le ordené a Zaras que asistiera a la reunión.

Naturalmente, quería que él y Hui fueran simples observadores y no participantes de los debates más importantes.

Los cuatro nos acabábamos de centrar en el tema que nos ocupaba, y cada uno tenía un tazón de vino de calidad sobre la mesa para apaciguar la angustia de tener que tomar las decisiones difíciles a las que nos enfrentábamos. De repente, sentí una bocanada de aire frío en el pescuezo. Me di media vuelta rápidamente, ya que esperaba descubrir a un intruso en nuestras deliberaciones. Pero muy a mi pesar la princesa Tehuti revoloteaba por la entrada de la tienda dejando un rastro de su particular olor.

—No me dejen interrumpir sus deliberaciones, señores. Por favor, no reparen en mi presencia. No pronunciaré ni una palabra. Me sentaré en silencio para que ustedes puedan olvidarse totalmente de mí.

Con el fin de pasar inadvertida, Tehuti lucía un

espléndido vestido de delicada seda fina dorada que había comprado a un rico comerciante del zoco de Tebas. En ese momento acordó de buena gana, y bajo mi recomendación, que no se lo pondría hasta llegar a Cretas y ver al Minos Supremo por vez primera. ¿Se había olvidado de nuestro pacto?

Calzaba unas zapatillas plateadas. De su cuello colgaba el collar de Hathor, así como otro de varias piedras de colores, principalmente zafiros y esmeraldas. El brillo de su pelo era un milagro, superado sólo por su sonrisa.

Estaba más encantadora que nunca.

Su falda dorada dio un volantazo y Tehuti se sentó a mis pies. Colocó ambos codos sobre las rodillas y apoyó la barbilla en su mano ahuecada de modo que el anillo de diamante que le había dado brillara por efecto de la luz. Después lanzó una mirada de soslayo a Zaras y trató de parecer inocente.

¿Cómo saben las mujeres estas cosas que son

tan misteriosas para los mortales inferiores del sexo opuesto? No le había dicho nada de nuestra reunión; en realidad, hacía una hora que acababa de convocar a los demás y no les había dado ninguna pista sobre lo que tenía intención de debatir. No podía saber lo que pasaba. Pero ahí estaba ella, vestida para la batalla y con el penetrante destello en su mirada que conocía tan bien.

—Por favor, continúa con tus explicaciones, querido Taita. He prometido que no os interrumpiría.

—Gracias, Su Alteza Real —dudé. ¿Había alguna forma de evitar una confrontación?, me preguntaba. Desde luego que sí. Era el portador del sello faraónico del halcón. Hablaba con la autoridad de un rey. Nadie podía desafiarme, ¿verdad? Hice acopio de todo mi valor.

—Mi señor y caballeros, he hablado con nuestro guía, Al Namjoo, y con Condos, el Guardián de los Establos Reales. Ambos han coincidido conmigo

que nuestra compañía es demasiado numerosa como para quedarse más tiempo en Miyah Keiv. Les recuerdo que tenemos más de trescientos caballos y camellos, aparte de nuestros hombres y las damas reales. Según nuestro ritmo de consumición, en los próximos días el agua de la cueva se agotará. Y coincidirán conmigo en que esto sería una catástrofe.

—¡Desde luego! No cabe la menor duda de ello; tenemos que avanzar. —Mientras expresaba su opinión en voz alta, Remrem se acariciaba la barba; sabía que era de un gris plateado a pesar de teñírsela de pelirrojo brillante con henna para ocultar su verdadera edad. Es un magnífico señor y un valiente guerrero. Lo quiero como si fuera mi hermano, ya que en muchos sentidos lo es. Sin embargo, Remrem tiene un único defecto. Es insufriblemente vanidoso en cuanto a su apariencia.

Asentí con la cabeza para corroborar sus palabras y continué hablando.

—No es tan sencillo como eso, mi señor. Al Namjoo me ha comentado que el siguiente oasis de nuestra ruta se llama Zaynab, que significa «Joya preciosa». Está a más de doscientas leguas por delante de nosotros. Se tarda diez días en recorrer esta distancia. Eso significa que cuando la alcancemos, nuestros animales estarán agotados y gravemente deshidratados. Tendremos que dejarlos en Zaynab durante dos semanas como mínimo para que se recuperen. Sin embargo, Zaynab es un oasis pequeño. El agua que contiene es suficiente para abastecer las necesidades de toda nuestra compañía sólo durante unos días. —Me detuve para dejar que Remrem o alguien más pudiera sugerir una solución lógica a este dilema. Ello me permitiría desviar algo de culpa a la otra parte cuando la princesa Tehuti causara un lío y un alboroto, que es lo que sin duda haría cuando supiera todas las ramificaciones de mi plan. Se produjo un largo silencio, así que me vi obligado a continuar y a enfrentarme solo a las consecuencias.

—La única solución que nos queda es dividirnos en dos grupos: enviar a la mitad de nuestros hombres y animales por delante hasta Zaynab. La otra mitad se quedará aquí durante dos semanas para recuperarse. Seguiremos separados para el resto de nuestro viaje. No nos reuniremos hasta llegar a la Tierra de los Dos Ríos. De este modo, nunca estaremos en peligro de agotar por completo el agua de un oasis.

Se cernió un nuevo silencio mientras los demás consideraban mis palabras.

—Como siempre, tu plan es brillante, Taita. —Remrem habló por fin con su voz penetrante—. Y, conociéndote, sé que ya has decidido los componentes de cada grupo. —Me limité a sonreír e incliné ligeramente la cabeza en un gesto de asentimiento.

—Tú, mi señor Remrem, asumirás el mando de la vanguardia. Estará compuesta de la mitad de los hombres y todos los camellos. Además, tendrás a tu cuidado a las damas reales, la princesa Nekatha

y la princesa Tehuti. Evidentemente, la chica cretense, Loxias, viajará con ellas como dama de compañía.

—Será un placer, señor Taita. Su confianza en mí es de lo más gratificante. —Remrem tenía la habilidad de hacer que incluso los sentimientos más nobles parecieran pomposos.

Respiré hondo y continué:

—Cuando os siga al cabo de dos semanas, traeré los caballos. También me llevaré al capitán Zaras y al coronel Hui al segundo destacamento. Necesitaré a Hui para que se ocupe de los caballos. —Lo miré y él asintió con la cabeza. Hui no soportaba separarse de sus amados animales. Luego me fijé en Zaras—: de aquí a dos semanas deberías estar totalmente recuperado de tus heridas y podrás viajar a salvo.

Mi plan era prácticamente genial. Las princesas se adelantarían con Remrem. Yo viajaría con Zaras y Hui. Separé a las chicas y a los chicos de un plumazo, y dispuse que tanto Zaras como todo mi

ganado llegara a Babilonia bien alimentado y con reservas suficientes de agua. Y lo que es aún más importante, me había asegurado de que mis princesas llegaran intactas y sin explotar.

No me apetecía mirar a Tehuti. Albergaba la esperanza de haberla dejado sin espacio para maniobrar, de modo que pudiera capitular con elegancia.

—No. —Su tono de voz era suave pero contundente—. No creo que sea buena idea en absoluto, señor Taita. —Una vez más, me había convertido en señor Taita, y no querido Taita.

Supe que había pecado de optimista. Busqué en el interior de mi manga y me acerqué el sello real del halcón que siempre me acompaña. Necesitaba toda la autoridad que pudiera reunir.

—Lamento mucho oír eso, Su Majestad. Estaba seguro de que vería la necesidad de hacer estos arreglos, tal y como el señor Remrem había hecho. —Saqué el sello del halcón de mi manga y lo froté entre mis dedos de forma inconsciente.

–¿Me estás ofreciendo esa bagatela a mí? –Sin esperar una respuesta, ella se levantó y me la arrebató. Me quedé tan sorprendido que no opuse resistencia alguna.

–¿Es cierto lo que dicen, señor Taita?

–¿Qué es lo que dicen, Su Majestad?

–Dicen que quien ostente el sello del halcón habla con la voz del faraón.

–Sí, Majestad. Eso es cierto.

–Mira quién es el actual poseedor de ese sello, mi señor.

Para entonces los otros tres hombres de la tienda sabían que se estaba librando una guerra de voluntades e intentaban con todas sus fuerzas ocultar su fascinación. Incluso para mí era evidente que estaba empezando a parecer ridículo. Noté que se me arrugaba la frente y luego volvió a la posición normal cuando me inclinaba formalmente ante Tehuti.

–¡Quiero oírte hablar con la noble voz del faraón! –exclamé a modo de broma. No fue bien

recibida. La sonrisa de Tehuti se transformó en una ruina trágica, y sus encantadores ojos se llenaron de lágrimas.

—Oh, querido Taita —susurró casi con un sollozo—, por favor, no seas tan cruel conmigo. Eres el único padre que he conocido. No te separes de mí, te lo ruego. Le prometiste a mi hermano y a mi madre que siempre te ocuparías de mí. Eres el único hombre al que amo y en quien confío. —Se notaba la congoja en su voz y me devolvió el sello real del halcón—. Ten. Tómallo. Envíame donde quieras. Haré lo que me ordenes.

Nuestro interesado público dejó de sonreír. Sus rostros delataban desaliento y horror, y en consonancia, volvieron su mirada incriminatoria hacia mí. De repente, me convertí en el villano.

Desde luego, nadie era consciente de que es una actriz experimentada. Me hizo parecer como un abusador y un cretino. Por unos instantes perdí las fuerzas para la contienda.

—Perdóname, Tehuti. Dime lo que quieres y te lo

concederé.

—Bekatha y yo sólo queremos estar contigo, nuestro padre real. Eso es todo.

Volvió a tragar saliva y a sollozar, pero era de carácter superficial. Ella sabía que había ganado. Se había salido con la suya sin ni siquiera mencionar el nombre del hombre por el que estábamos debatiendo.

Al cabo de cuatro días, con el fresco de última hora de la tarde, el señor Remrem se dirigió con la mitad de nuestra compañía al oasis de Zaynab, a doscientas leguas al norte. Me llevé a Tehuti y acompañamos a Remrem para verlo cruzar las cinco primeras leguas de este viaje sano y salvo. Al final nos despedimos y volvimos a Miyah Keiv. Nuestra guardia de veinte miembros de los Cocodrilos Azules viajaba detrás de nosotros a una distancia prudencial, lo suficientemente cerca como para salir al rescate si surgía algún peligro,

aunque no demasiado como para oír nuestra conversación.

Antes de salir de Miyah Keiv había invitado a la princesa Bekatha a montar con nosotros, pero me llevé una sorpresa al ver que había declinado esa invitación con la excusa de que quería acabar el rollo de jeroglíficos que le había asignado como tarea. Bekatha no solía ser una alumna tan diligente y dedicada. Ahora me disponía a saber lo que instigaba su interés repentino en la escritura.

Durante la primera legua, Tehuti y yo cabalgamos estribo con estribo en un amable silencio. Luego, de repente, me preguntó:

–Conocías muy bien a mi padre, ¿verdad? Yo apenas llegué a conocerlo. Nunca me has hablado de él, Taita.

–Todo el mundo en Egipto conoce perfectamente a tu padre. Él fue el dios divino faraón Mamose: el octavo de ese nombre y linaje. Fue el pilar del reino, el justo, el grande, el conocedor y compasivo...

—No, no lo era. —Me contradijo sin contemplaciones—. Por favor, no me mientas, querido Taita. —Esta acusación me dejó desarmado en pleno desierto. Me giré sentado en la silla y la miré asustado mientras trataba de tranquilizarme.

—¡Al parecer he sido desinformado! —dije con una risa desdeñosa, pero me sonó demasiado impersonal—. Si no era el faraón, entonces por favor dime quién fue el afortunado que te tuvo como hija. Lo envidio de verdad.

—Mi verdadero padre fue el señor Tanus, y su padre fue Pianki, el señor Harrab. Su madre era una esclava liberada de Tehenu, de pelo claro y ojos azules que yo misma he heredado. Decían que era muy hermosa. Decían que mi padre se parecía a ella y que también era muy apuesto. Aseguraban que era el hombre más atractivo de Egipto.

«¿Quién te ha contado todo esto...», estuve a punto de preguntar. «Menuda sarta de tonterías», pero hice un esfuerzo y me controlé.

—Mi propia madre me lo dijo. La Reina Lostris.

Ahora dime que ella me mintió.

Quedé desconcertado... jamás me había sentido tan cerca de un ataque de pánico. El trono del faraón y los cimientos de mi Egipto se venían abajo. El firmamento estaba a punto de caer sobre mí. Era la frase más peligrosa que había oído en mi vida.

—¿A quién más se lo has dicho? —me atreví a preguntar.

—A nadie. Sólo a ti.

—¿Sabes lo que pasará si alguna vez se lo cuentas a alguien?

—Querido Taita, no soy una completa idiota. —Se inclinó en la silla y me dio la mano, como si fuera una madre calmando a su hijo asustado.

—¿Estás segura de que no le has dicho nada de ello a tu hermano? —pregunté, alzando el tono de voz y mis oídos se estremecieron—. ¿El faraón lo sabe? ¿Bekatha? ¿Se lo has dicho?

—No —dijo. Su tono de voz era sosegado y tranquilo—. Bekatha todavía es una niña pequeña y

tonta. Y podría matar a Mem si le contara que él no es el verdadero faraón.

—¿Tu madre también te lo dijo? —pregunté mientras levantaba su mano; estaba aterrorizado—. ¿Te lo contó todo? Por favor, dime que te he entendido mal. ¡Por favor!

—Me has entendido perfectamente. Mi madre me contó que los tres hermanos somos descendientes del señor Tanus y no del faraón Mamose. Somos tres pequeños bastardos.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora, Tehuti?

—Porque no tardaré en estar en una situación muy parecida a la de mi madre. Tú la salvaste... —empezó a decir, y negué la cabeza en un gesto de desaprobación.

—¡No lo niegues, señor Taita! —se rio. ¡En realidad, se estaba riendo en mi cara!—. Salvaste a mi madre, y ahora debes hacer lo mismo por mí.

Era muy cierto. La reina Lostris había sido el único y verdadero amor de mi vida, pero ahora se había ido y Tehuti la había reemplazado. No podía

negarle nada, pero al menos podía establecer mis propias normas y condiciones. Seguramente haría caso omiso a ellas tal y como había hecho su madre, pero al menos yo lo habría intentado.

–Dime exactamente lo que quieres de mí, Tehuti.

–Mi madre estaba casada con un rey, pero tenía a un marido de su elección. Dio a luz a sus hijos, no a los del rey. No pudo haber hecho esto ella sola. La ayudaste a conseguir todo eso. ¿No es eso lo que ocurrió?

–Sí, esto es lo que ocurrió –confesé–. Me pareció que era la única opción.

–He vivido en el harén de mi hermano la mayor parte de mi vida –continuó Tehuti–. Él tiene doscientas esposas, pero sólo ama a una de ellas. Masara fue la primera, y le ha dado tres hijos. Si yo pudiera tener lo que ella ha tenido, entonces me sentiría satisfecha. Pero he sido testigo de la tristeza de sus otras esposas. La mayoría sólo han recibido la visita de mi hermano una o dos veces en todo el tiempo en que han sido sus esposas.

¿Sabes lo que hacen, Taita? –preguntó, y su tono de voz denotaba desaprobación. Yo negué con la cabeza y ella continuó—. Juegan consigo mismas o con las otras mujeres del harén en vez de hacerlo con un hombre... un hombre a quien amen y quieran. Tienen penes de juguetes elaborados con marfil o plata. Introdúcen en su interior esas horribles piezas, o se las introducen entre sí. – Interrumpió su relato, y se estremeció—. Es muy triste. No quiero acabar como ellas.

Ví cómo su rostro cambiaba y empalidecía de pena. Ví que se acumulaban lágrimas en el rabillo de los ojos. Ya no estaba actuando.

–Sé que vas a convertirme en una forastera en un país extranjero. Allí me entregarás a un anciano arrugado y gris; alguien con manos frías y mal aliento cuyo miembro penetrará hasta mi estómago. Me hará cosas horribles... –Se estremeció con un sollozo—. Antes de que eso ocurra quiero tener lo que le diste a mi madre. Quiero tener a un hombre que me haga reír y que haga latir con fuerza mi

corazón. Quiero a un hombre que me ame y a quien pueda amar de verdad.

–Quieres a Zaras –dije en voz baja, y luego ella levantó la barbilla y me miró con ojos llorosos.

–Sí, quiero a Zaras. Sólo por una vez quiero estar enamorada y abrazar a esa preciosidad en mi corazón. Quiero que Zaras sea mi esposo y guardarlo bien profundo en mi interior. Si me concedes esto por un breve espacio de tiempo, entonces aceptaré gustosamente mi deber para el faraón, para Egipto, y para ti, mi querido Taita.

–¿Me lo prometes, Tehuti? ¿No se lo dirás a nadie, ni siquiera a tus propios hijos?

–Mi madre... –empezó, pero corté su protesta de raíz.

–Había unas circunstancias especiales en el caso de tu madre. No se repetirán contigo. Debes prometérmelo.

–Te lo prometo de verdad –accedió, y no tuve motivos para desconfiar de ella.

–Debes comprender que no podrás ser la madre

de los hijos de Zaras. Nunca, ¿de acuerdo?

–Desearía que fuera de otro modo, Taita. Me encantaría tener a un pequeño Zaras para mí. Pero sé que tiene que hacerse del modo que me explicas.

–Cada mes, cuando la flor roja de tu feminidad esté a punto de florecer, te daré un jarabe para beber. El bebé saldrá de tu matriz con el flujo de tu sangre.

–Lloraré solo con pensar en ello.

–Cuando te conviertas en la esposa del Minos Supremo renunciarás a Zaras. Vivirás en el harén real de Creta. Zaras regresará a Egipto. No volverás a verlo nunca más. ¿Lo entiendes, Tehuti?

–Ella asintió con la cabeza.

–¡Háblame! –le exigí–. Dime que lo entiendes.

–Lo entiendo –dijo en voz alta y clara.

–En la noche de bodas de Minos prepararé una vejiga de sangre de cordero para ti. Reventará cuando te lleve a su aposento. Lo convencerá de tu virginidad y castidad.

–Lo entiendo –susurró.

–No se lo dirás a nadie –insistí–. Ni siquiera a Bekatha; especialmente a ella. –Su hermana pequeña era una bocazas redomada y tenía fama de no saber guardar un secreto.

–No se lo diré a nadie –accedió–. Ni siquiera a mi hermana pequeña.

–¿Entiendes el peligro al que te expondrás, Tehuti? El Minos tendrá el poder de la vida y la muerte sobre ti. No sirve de nada engañar a un rey. Tienes que ser muy cuidadosa y procurar que tu secreto nunca se descubra.

–Lo entiendo. Sé que estás asumiendo el mismo riesgo que yo. Te amo aún más por este motivo.

Era una auténtica locura, pero he cometido muchas locuras en mi vida. Mi único consuelo es que aún me quedaba un espacio reducido de margen para ocuparme de los preparativos. Las heridas de Zaras le imponían ciertas restricciones. Todavía no estaba en condiciones para embarcarse

en los excesos salvajes del amor. No obstante, su recuperación era muy rápida.

Al cabo de dos días, Zaras se acercó a mí y me pidió permiso para hablar.

—¿Desde cuándo has necesitado mi permiso? La falta de permiso nunca te ha detenido antes. — Parecía avergonzado.

—La princesa Tehuti quiere que le enseñe el manual de armas, y que la instruya en el uso de la espada. Le dije que necesitaría tu permiso para hacerlo.

—Creo que no es muy buena idea, Zaras. Lo que Su Alteza Real quiere, casi siempre Su Alteza Real lo consigue.

—No quiero faltarle al respecto —se apresuró a decirme. Me reí de su aflicción.

—La princesa es una arquera excelente —apunté—. Es muy rápida. Tiene buena visión, y brazos fuertes. Así que no me cabe la menor duda de que

será una magnífica espadachina. Es una habilidad que puede servirle de mucho en el futuro. ¿Quién sabe? Incluso algún día puede llegar a salvar su vida. —No estoy muy seguro de por qué lo dije. Con el tiempo demostró ser una de las subestimaciones más flagrantes de mi vida—. ¿Pones alguna objeción para hacer lo que te pide, Zaras?

—En absoluto, mi señor —se apresuró a responder Zaras—. Al contrario, lo consideraría un gran honor y privilegio.

—Pues entonces, adelante. Será muy interesante ver lo que puedes hacer con ella. —No pensé más en este asunto, aunque no se trata de una verdad literal. Lo cierto es que apenas podía pensar en otra cosa. Las semanas siguientes a esta conversación agoniqué por la suerte de Zaras y Tehuti.

Zaras ganaba fortaleza cada día. Exigía mucho a sus hombres y era totalmente implacable consigo mismo.

Cada mañana, desde el amanecer hasta el mediodía, llevaba a sus hombres a correr por los terrenos más agrestes. Yo corría con ellos. He sido bendecido con una fuerza y una resistencia extraordinarias, y soy capaz de equipararme a hombres que son la mitad de jóvenes que yo, o incluso más.

Al principio podía ver cómo sufría Zaras y quedé impresionado con el modo en que era capaz de ocultar su preocupación con todo el mundo excepto conmigo. Pero en cuestión de días ya volvimos a dar zancadas juntos, y conducía a sus hombres al son de la marcha militar del batallón riéndose a carcajadas de mis chistes y bromas.

Me gustaba su capacidad de trabajo y su búsqueda constante de autosuperación. Por otro lado, todo tiene un límite. La conducta que es aceptable en el pueblo llano no es siempre la más óptima para la dignidad de los estratos superiores de nuestra sociedad.

Cuando Zaras decidió, sin consultarme, que en

futuras caminatas cada hombre debía cargar con un saco de arena equivalente a una cuarta parte de su masa corporal, me di cuenta de que había estado pasando por alto otras responsabilidades más importantes. En vez de dedicarme a las carreras por el desierto tratando de competir con una panda de jóvenes canallas, tendría que haber instruido a mis princesas en las ciencias de la matemática y la astrología; también tenía que terminar los últimos capítulos de mi tratado sobre la genealogía de los dioses. Por lo que a mí respecta, la mente siempre debe prevalecer sobre el músculo.

Mientras nos quedábamos en Miyah Keiv para permitir al Señor Remrem y a su huésped adelantarnos hasta el oasis Zaynab tuve tiempo para leer y hacer planes para nuestra llegada a Babilonia. El tiempo no pasaba rápido, sino velozmente.

Al resto de los miembros de nuestra compañía

les esperaban otros sucesos más espectaculares y explosivos. El más importante de ellos era el fin de la amistad entre Bekatha y el coronel Hui.

Bekatha insistió en que Hui le diera lecciones de equitación cada tarde. Gracias a su instrucción se estaba convirtiendo en una intrépida jinete. Siempre había sido audaz, y su equilibrio y su montura superaban a la mayoría de soldados de Hui. Estos nobles caballeros eran aurigas por naturaleza y la mayoría prefería estar detrás de un caballo que encima de él.

Por otro lado, a Bekatha le encantaba montar con elegancia, tal como le había enseñado. Siempre estaba dispuesta a sacarle el mayor partido. Le gustaba exhibir sus habilidades y siempre lo hacía muy bien cuando actuaba en público.

Una tarde, Hui le estaba enseñando el juego de las esferas. La esfera era una pelota grande y pesada compuesta de tiras de cuero trenzado. Los equipos contrarios estaban compuestos de cuatro

jinetes cada uno, y el objetivo consistía en hacer pasar la esfera entre dos postes erguidos al final de un campo marcado, al tiempo que el equipo contrario se esforzaba por evitarlo. Era un juego difícil y ruidoso porque por lo general atraía a multitudes que gritaban y animaban.

Esta tarde en particular Hui le había dicho a Bekatha que practicara inclinada sobre la silla de montar para recoger una esfera que rodaba y botaba sobre una superficie arenosa. Como era lo habitual, había una audiencia de unos cincuenta guardias que no estaban de servicio y otros gandules que acudían a ver el encuentro.

Bekatha entró en el campo de juego a pleno galope. No sujetaba las riendas y guiaba la monta con las rodillas.

Hui estaba de pie en un costado sujetando la esfera y esperándola. Cuando llegó, tiró la pelota por delante del caballo. Ella se inclinó para recoger la bola; apoyó el peso de su cuerpo sobre el estribo más cercano. Según mi opinión formada

y crítica, pensé que se trataba de una actuación elegante y atlética. La muchedumbre la animó con sus gritos, y yo me uní a ellos.

Bekatha parecía una figura sobrenatural sentada en el lomo de ese enorme animal, pero pudo estirarse lo suficiente como para asir una de las cuatro asas de piel de la esfera rodante. Empezó a levantar el premio con un gesto triunfal.

Luego su estribo de cuero se partió, y para mi consternación, Bekatha resbaló de la silla. Eché a correr antes de que cayera al suelo. Estaba seguro de que moriría o que como mínimo quedaría gravemente herida. Hui fue igual de rápido que yo y llegó antes de que perdiera el caballo.

Afortunadamente, Bekatha logró sujetarse con los pies y se quedó temblando de rabia y remordimientos. Había caído sobre un montón de estiércol de caballo. Esto permitió atenuar el impacto de la caída y probablemente le salvó la vida, pero no sirvió de mucho para conservar su imagen y aún menos su dignidad.

Quedó empapada de estiércol verde y fresco desde lo alto de sus rizos pelirrojos hasta los pies. Hui llegó poco después, y se la quedó mirando. Me di cuenta de que no tenía ni la más remota idea de lo que debía hacer. Antes de que pudiera alcanzarlo para tranquilizar a Bekatha y resolver esta crisis, Hui hizo lo único que garantizaba una escalada de ese incidente. Se puso a reír.

Bekatha respondió de la forma más natural en ella. Dio rienda suelta a su famoso temperamento. Seguía sujetando la esfera con la mano derecha. Se la lanzó a la cabeza. Hui no esperaba ser atacado de este modo y no supo reaccionar. Fue a bocajarro. La esfera era pesada y el cuero secado al sol era tan duro como un hueso. Le disparó en el puente de su nariz prominente y empezó a sangrar. Ni siquiera esta reacción bastó para apaciguar el orgullo herido de Bekatha.

Se detuvo, y con un ágil movimiento cogió un montón de excremento de caballo del montículo sobre el que estaba; después cargó directamente

contra Hui y le dio sendos bofetones de estiércol a su nariz herida.

–Si crees que es divertido, pruébalo tú mismo, coronel Hui –dijo con una furia controlada. Luego se dio media vuelta y abandonó el campo hacia el complejo real. Ningún espectador se atrevió a reír. Ni siquiera yo.

Hui no volvió a ser invitado nunca más a cenar en la mesa real. Nunca más volvió a disfrutar de la exclusiva de ser bombardeado con trozos de comida, o de tener que dar clases de equitación a la realeza.

Al cabo de unos días, pude escuchar una conversación entre Bekatha y Loxias. Hablaban en minoico y estaban en la tienda del complejo real que yo mismo había habilitado como aula para las niñas. Yo estaba a la salida de esa tienda admirando el paisaje de las colinas multicolor sobre el campamento. No es que espicara a propósito a mis alumnas, pero a veces cuando me detenía un momento en este lugar y me disponía a

entrar en la tienda, oía sin querer intercambios interesantes entre las chicas.

—¿Ya has perdonado al coronel Hui? —oí que Loxias preguntaba y que Bekatha respondía con vehemencia:

—Jamás podré perdonarlo. Es un gamberro y un bárbaro. Cuando sea la reina de Creta seguramente ordenaré que lo decapiten.

—Eso sería divertido. ¿Me invitarás a contemplar la escena?

—No estoy bromeando, Loxias. Lo digo en serio.

—Pero nos dijiste a mí y a Tehuti que él era el único hombre que te importaba.

—He cambiado de opinión. —El tono de voz de Bekatha era contundente—. ¿Qué tengo que ver yo con un hombre feo, viejo y maleducado que tiene cuarenta esposas igual de feas que él?

—No es tan viejo, Bekatha, y además es bastante apuesto. Sé a ciencia cierta que sólo tiene cinco esposas en Tebas y que algunas son bastante hermosas.

—Es viejo —respondió Bekatha con firmeza—. Probablemente sea mayor que Taita. Y no me parece un hombre atractivo con esa nariz rota y excremento de caballo por toda la cara. Que se lo queden sus cinco esposas. No quiero volver a saber de él nunca más.

Perdoné las palabras severas de Bekatha, así como su comentario despectivo hacia mi edad. Al menos, uno de mis problemas más inmediatos ya había sido resuelto. No era necesario montar guardia sobre la virginidad de Bekatha además de la de su hermana mayor.

Me di permiso para ser sorprendido por un ataque de tos y las voces del interior de la tienda se callaron. Cuando hube terminado, incliné la cabeza por la ranura de acceso y vi que las cabezas de las dos damas estaban inclinadas sobre sus tablas de escritura. Las dos estaban admirablemente enfrascadas en la labor que les había mandado de copiar un rollo de historia de Egipto a partir de la versión original que yo mismo

había escrito años atrás, para luego traducirla al idioma cretense. Bekatha apenas levantó la mirada cuando me detuve a su lado.

—Estoy muy impresionado con tu capacidad de trabajo y la perfección de tus jeroglíficos, Su Alteza. Pero, ¿por qué no te acompaña tu hermana?

—Bueno, está muy ocupada con sus asuntos. —Dio unos toques de pincel—. Me comentó que se nos uniría más tarde. —Luego volvió a concentrarse de lleno en el rollo en el que estaba trabajando.

Era plenamente consciente de los cánticos de los guardias procedentes del campo de instrucción improvisado en un extremo de nuestro campamento, pero era algo tan común que no le presté ninguna atención. Como Bekatha había despertado mi curiosidad, me marché de la tienda y salí a averiguar lo que pasaba. Había un corrillo de mozos de cuadra, artistas, criados, esclavos y otros no combatientes que poblaban el campo de instrucción. Estaban tan enfrascados en la labor que tuve que azuzarlos con mi báculo para que me

dejaran pasar. Llegué al extremo del campo, me quedé allí parado y busqué a Tehuti, aunque no la vi de inmediato.

Zaras estaba de pie delante de sus filas. Todos los hombres lucían su media armadura. Sin embargo, llevaban levantados los visores de sus cascos para poder verse la cara. Estaban en posición firme sujetando sus espadas desenfundadas para saludar, de modo que las cuchillas rozaban sus labios.

—¡Presenten armas! —ordenó Zaras con un grito—. Los doce cortes y embestidas avanzados. Uno...

—¡Uno! —repetieron sus hombres, y embistieron perfectamente al unísono por la parte inferior izquierda, y luego volvieron a su posición inicial. Las cuchillas brillaban como el oro cuando resplandece por efecto de la luz del sol.

Luego, de repente, mis ojos se posaron sobre una pequeña figura en el centro de la fila principal. Por unos instantes dudé de lo que estaba viendo. Luego me di cuenta de que no me había

equivocado, y de que esa persona era en realidad Tehuti. Lucía un uniforme de guardia que le iba perfectamente. Al menos tres de sus ayudantes de cámara nubias eran expertas costureras que podían haber confeccionado esa prenda en una tarde. Cualquiera de los herreros del regimiento pudo haber modificado la media armadura de modo que la forma más esbelta de la chica se amoldara a ella. Blandía una espada pesada reglamentaria que había sido forjada para un hombre mucho más bajo que ella.

La muchacha se sonrojó. Tenía el pelo empapado en sudor, al igual que su túnica. Quedé horrorizado. Se parecía a una campesina que se pasara el día desconchando maíz o arando los campos de su marido. Estaba rodeada de un grupo de soldados muy experimentados, y ella se comportaba como si no se avergonzara de su aspecto ni sintiera respeto por su rango y posición privilegiada.

Evidentemente, yo había aceptado que Zaras le

enseñara a manejar la espada. Reconozco que incluso la animé a ello. Sin embargo, había dado por sentado que esas lecciones serían de naturaleza privada y que no se relacionarían con el populacho.

Los dioses benévolos pueden dar fe del hecho de que no soy un presentuoso, pero creo que la condescendencia real debería tener unos límites.

Mi primera reacción fue salir a la palestra, llevarme a Tehuti por el pescuezo, arrastrarla hacia la zona privada del complejo real, e insistir con toda contundencia que en el futuro prestara más atención al vestuario y que su conducta fuera más moderada cuando se sometía al escrutinio público.

Después prevaleció mi sentido común. Supe que ella no dudaría en desafiarme delante de todo un regimiento, y en diluir el respeto y la admiración que me profesaban. Mientras yo cavilaba de este modo, surgió una oportunidad.

La vi desfilar por el Paso de Armas con tanta habilidad consumada y gracia que hizo que muchos guerreros veteranos que la rodeaban parecieran unos simples campesinos con su arado. No perdió los pasos ni el ritmo. Pasaba la espada de una mano a otra, embistiendo y cortando con rapidez y precisión en la mano izquierda y la derecha. Su rostro denotaba concentración y determinación. Sus gestos denotaban una gran habilidad y belleza, y no cabía ninguna duda sobre las capacidades de esos brazos esbeltos que empuñaban la espada. La hizo susurrar y entonar un canto amenazador a medida que avanzaba en los ejercicios. Al final se quedó tan quieta como una estatua de marfil, encontrando el equilibrio y sosteniendo la espada como si fuera hecha de seda, no de metal pesado.

–¡Descansen armas! –ordenó Zaras. El coro de espectadores aplaudió y pataleó generosamente. Luego, una voz gritó su nombre, remarcando sus tres sílabas:

–¡Te-Hoo-Tee! –los demás se unieron a la invocación–. ¡Te-Hoo-Te!

Su adulación era contagiosa. Me sentí henchido de orgullo y amor por mi pequeña protegida. También me dejé llevar por el fervor propio del culto a los héroes.

–Te-Hoo-Tee.

Olvidé mi propia dignidad mientras me unía al coro de voces.

Por fin llegó un jinete de camello a Miyah Keiv procedente del norte. Llevaba un mensaje del señor Remrem informándome que la avanzadilla de su compañía estaba a punto de salir del oasis de Zaynab, donde se habían estado recuperando durante al menos dos semanas.

Remrem me aseguró de que todo iba bien. No había perdido ningún hombre; sólo un camello, que se había roto una pata en una reyerta con un toro. Se había visto obligado a sacrificar al animal y transformó esa carne en raciones para sus hombres. Me instó a llegar a Zaynab lo más rápido posible, donde encontraría el oasis vacío y la superficie del agua reabastecida gracias a un manantial subterráneo.

Comuniqué la orden a Zaras, pero tardamos otros dos días en dismantelar el campamento y cargar a los animales. Durante ese tiempo convoqué a Zaras a mis aposentos y lo obligué a desnudarse para comprobar la evolución de sus heridas. Me di cuenta de que su estado físico era óptimo. Sus cicatrices quirúrgicas eran difíciles de detectar, especialmente por el hecho de que el vello de su cuerpo había crecido profusamente en ese espacio. Me aseguró que a pesar de las laceraciones internas su función intestinal no se había visto afectada en lo más mínimo; y yo no

creí necesario pedir una prueba de ello. Esa misma mañana le había visto regresar en primera posición de una carrera de diez leguas a pie, ataviado con armadura y cargando un pesado saco de arena sobre uno de sus hombros.

Nuestra compañía partió de Miyah Keiv a primera hora de la tarde, cuando el sol había perdido la virulencia de su calor. Proseguimos a lo largo de la noche, con la luz de la luna menguante iluminando nuestro sendero. Volvimos a acampar cuando el sol brillaba con todo su esplendor, después de haber recorrido veinte leguas. Estaba contento. Recorrí el nuevo campamento para asegurarme de que todo estuviera en orden antes de descansar. Siempre me sorprende comprobar que mis palabras de aliento son siempre bien valoradas incluso por los miembros más humildes de nuestro séquito. Uno suele olvidar el modo en que otras personas con menos talento veneran a aquellos de un talento superior.

No obstante, en esta ocasión mi ecuanimidad se

vino abajo por el alboroto que me encontré al regresar al complejo real. De hecho me di cuenta de ello cuando aún me encontraba a cierta distancia. Los llantos, los lamentos de desesperación, los gritos de amargo resentimiento colmaban el aire del desierto. Eché a correr, convencido de que la tragedia y la muerte se habían cernido sobre nuestra compañía.

Cuando entré en el complejo, hallé a las doncellas y criadas de la corte igual de desconcertadas por el miedo. Fueron incapaces de responder a mis acuciantes preguntas. Me volví tan impaciente con su estupidez que agarré a una de las jóvenes nubias por los hombros y la zarandé para hacerla entrar en razón. Pero mis esfuerzos fueron infructuosos. El alboroto que me rodeaba acabó por convertirse en un tumulto.

Solté de inmediato a la chica y la tranquilicé diciéndole que no la castigaría; después me dirigí a la tienda centra de Tehuti. Cuando entré tuve que abrirme paso por una hueste de mujeres

lamentándose ruidosamente hasta ver a mi princesa, que yacía en su camastro. Estaba tumbada boca abajo con el rostro enterrado entre sus brazos. Todo su cuerpo se movía al son de sus sollozos.

Tan pronto como escuchó mi voz se incorporó de un salto y me abrazó.

—¿Qué ocurre, pequeña? ¿Alguien ha muerto? ¿Qué te aflige?

—¡Mi anillo! He perdido mi anillo... y estoy convencida de que alguien lo ha robado.

—¿Qué anillo? —Me quedé sorprendido por unos instantes.

Levantó la mano izquierda extendiendo los dedos—. Mi anillo ha desaparecido. El anillo que me diste; el anillo del diamante mágico que me trajiste de la fortaleza de Tamiat.

—¡Cálmate! Lo encontraremos. —Me tranquilicé al percatarme de la naturaleza moderada de la calamidad.

—Pero ¿y si no puedes encontrarlo? Es el objeto

que más amo en este mundo. Me mataría a mí misma si lo perdiera.

—En primer lugar, saca a estas mujeres de aquí y luego hablaremos del tema con calma y sensatez. — Utilicé mi báculo y mi tono de voz más persuasivo para que esas intrusas que sollozaban salieran de la tienda. Luego volví junto a Tehuti para darle la mano.

—Ahora, dime cuándo fue la última vez que lo viste —empecé. Ella reflexionó sobre esta cuestión y mientras observaba su cara me di cuenta de que a pesar de sus llantos y lamentos y amenazas de suicidio, sus encantadores ojos no lloraban. De hecho, ahora que nos encontrábamos a solas, me pareció que su actitud era relajada, incluso se diría que disfrutaba de la situación. Mis sospechas se confirmaron de inmediato.

—¡Ah, sí! ¡Lo tengo! —Su cara se iluminó de un alivio teatral—. Ahora lo recuerdo. Sé dónde pude haberlo perdido. Justo antes de partir de Miyah Keiv ayer por la tarde Loxias, Bekatha y yo fuimos

a nadar por última vez en la cueva. Recuerdo que me saqué el anillo del dedo antes de adentrarme en las aguas, y lo coloqué en la misma grieta de la roca para no perderlo. Debí dejarlo allí.

—¿Estás segura? ¿No lo has dejado en otra parte? —le pregunté con seriedad, siguiéndole el juego de sus mentiras y fantasía.

—Sí, estoy segura. No, no pude dejarlo en otra parte —me aseguró con la misma vehemencia.

—Pues bien, entonces es muy sencillo —le dije con una sonrisa—. Tus preocupaciones son infundadas, Tehuti. Enviaré al coronel Hui de vuelta a Miyah Keiv para que lo encuentre. Con su caballo más rápido no tardará en llegar allí y volver antes de mañana por la mañana.

—Pero... —quedó desconcertada. Retorció las manos en un gesto de dolor—. No, no quiero que envíes a Hui.

—¿Y por qué no? —pregunté inocentemente—. Es un buen hombre.

—Creo... —Se detuvo e intentó encontrar una

explicación convincente. Le di unos momentos para que pudiera pensar en algo.

—Será difícil describirle a Hui dónde lo dejé con exactitud. Hui es un extranjero, y no habla el egipcio demasiado bien.

La miré atentamente y ella no supo aguantar la presión.

—Es posible que tenga un acento extranjero, pero su egipcio es lo suficientemente bueno como para dirigir a un regimiento —refuté su excusa, pero ella seguía en esta misma línea.

—No confío en Hui. Ya sabes cómo humilló a nuestra pobre y pequeña Bekatha. Probablemente robará el anillo. No le confiaría nada.

—Pues, en ese caso, tú misma deberías ir a la caverna a recuperarlo.

—¡No había pensado en ello! —exclamó con entusiasmo, después de manipularme hacia la conclusión que ella buscaba desde el principio—. Tienes razón, Taita, tendré que ir sola.

—Pero no puedes ir sola. Tendré que enviar a

alguien contigo. No a Hui, desde luego, porque no confías en los extranjeros. –Fingí pensar en esta cuestión detenidamente–. Enviaría al señor Remrem, pero no está aquí. En cualquier otro momento cabalgaría contigo, pero me duele la espalda y necesito descanso. –Coloqué ambas manos en la parte inferior de la espalda y solté un gemido de dolor.

–¡Mi pobre Taita! –Nunca permitiría darte motivos para herirte–. Escudriñó mi rostro con muestras de ansiedad.

–¡Ya lo tengo! –exclamé–. Enviaré al capitán Zaras contigo.

La joven bajó la mirada. Se dio cuenta de que le había estado tomando el pelo, y tenía razones para sentirse abatida. Volvió a mirarme y se dio cuenta de que la expresión de mi cara era benévola. Dejó de actuar y se echó a reír juguetonamente. Luego rodeó mi cuello con sus brazos y me abrazó tan fuerte que me dolió.

–Te amo –susurró–. Lo digo de verdad.

Le devolví el abrazo y le susurré al oído.

—Sería más discreto si dejaras ese viejo anillo conmigo, sólo por si acaba saliéndose realmente del dedo.

Buscó en su manga. Luego extendió la mano que había cerrado en un puño. Me lo mostró con un gesto desafiante delante de mí.

—Te confiaría cualquier otra cosa, excepto esto.

Abrió la mano que escondía el famoso diamante y lo mostró sobre su palma.

—Cuando regrese estará en mi dedo, y jamás me lo volveré a sacar. Será el símbolo de mi amor por Zaras. Incluso si mis obligaciones me llevan a renunciar a su amor, este anillo permanecerá conmigo para no olvidarlo nunca.

Ella y Zaras partieron al cabo de una hora. Cabalgaron tan rápido hacia el sur que su escolta quedó rezagado una legua mientras la pareja desaparecía en una lejana duna.

Me sentí ligeramente culpable de este abandono fragante de mi deber. Sin embargo, esa culpa

quedó superada por la alegría de saber que había proporcionado este fugaz espacio de felicidad a dos jóvenes tan queridos para mí.

No tenía previsto que ninguno de los dos regresara raudo de Miyah Keiv para volver a unirse a la caravana. No me decepcionaron. Esperamos en el oasis de Zanyab durante casi una semana hasta que la pareja hizo su aparición.

Mientras bajaban del caballo frente a mi tienda de mano, Tehuti le susurró a Zaras:

–Espérate aquí. Debo hablar a solas con él.

Debido a la brillante luz del sol, no me vieron surgir de la oscuridad de la tienda. Pude leer los labios de Tehuti sin que ella se diera cuenta.

La joven corrió hasta la entrada de mi tienda. Mientras yo me acercaba a darle la bienvenida, soltó un grito amortiguado de alegría y se abalanzó sobre mis brazos. Mientras nos abrazábamos, me di cuenta de que desde nuestro último encuentro se

había transformado milagrosamente de niña a mujer; de oro en bruto a oro real.

—¿Has hallado lo que fuiste a buscar? —le pregunté sin soltarla.

—Oh sí, por supuesto. —Extendió la mano delante de mí. El diamante me hizo un guiño, pero no de un modo tan brillante como los ojos de la joven—. Me encanta. Pero todavía amo más al otro tesoro que encontré en la caverna.

—No creo que debamos hablar de ello —la interrumpí y me deshice del abrazo—. No quiero oír hablar de ello.

—Pero voy a contártelo todo; cada detalle insignificante, porque es lo más hermoso que me ha pasado en la vida. —Hablabla con absoluta sinceridad.

Miré por la ranura de entrada a la tienda. El pobre Zaras seguía esperando con aspecto de sabueso, como si fuera un niño pequeño que acabara de ser pillado en un huerto robando

manzanas y esperara una azotaina. Dejé pasar el tema sin darle conversación.

Me sentía tan cerca de Tehuti en espíritu que me contagié en parte de su entusiasmo, que a su vez se transfirió a toda la compañía.

El campamento pasó a ser un lugar feliz lleno de risas y carcajadas. Sin embargo, me sorprendí gratamente de lo discretos que Tehuti y Zaras se mostraron en dar continuidad a su romance. Creo que yo era el único que sabía lo que pasaba. Ni siquiera Bekatha, que no soporta que se le escape nada, parecía consciente de ello. Yo quedé contento e incluso orgulloso de mi decisión de ser el guardián de su amor en vez de un impedimento para ellos. Me acordé amargamente de que en el pasado había desempeñado el mismo papel en el caso del padre y la madre de Tehuti.

Nuestra estancia en el oasis Zaynab fue corta para todos. Teníamos que irnos. Una semana tras otra seguíamos las marcas que Remrem y su compañía habían dejado en la inmensidad del

desierto. No hay ningún otro lugar en el mundo como el desierto por su belleza y grandeza que calma a un corazón frenético y nos acerca a los dioses. Éste fue uno de los periodos más memorables y satisfactorios de mi vida.

Pero con cada paso hacia el norte nos acercábamos más al señor Remrem y a su columna, hasta que finalmente lo alcanzamos y pudimos unir nuestras fuerzas. Todo ello formaba parte de mi concienzudo plan, y el reencuentro tuvo lugar cuando nos encontrábamos sólo a unas cuarenta leguas al sur del Éufrates, aunque no había indicios de que este río tan caudaloso estuviera tan cerca. Seguíamos rodeados de colinas estériles de roca y valles polvorientos y calcinados por efecto del sol.

Nuestro guía de un solo ojo, Al Namjoo, nos había conducido al último oasis antes de llegar al río. Era un lugar llamado Khrus. Había una agrupación de quince manantiales de los que emanaba agua potable y dulce. Este suministro

abastecía a todo un pueblo y a una extensa plantación de palmeras datileras y otros productos agrícolas. Había agua suficiente para abastecer incluso a un mayor número de hombres y animales de nuestra caravana durante un breve período de tiempo.

Tan pronto como hubimos acampado, Al Namjoo vino a verme con una expresión más seria de la que por lo general denota su feo rostro.

—¡Honorable Señor Taita! —Se inclinó ante mí. Me habían comentado que, desde la ejecución de su hijo por traición, esta conducta servil solía anunciar una petición fuera de lugar o un aviso especialmente desagradable o pesimista—. Desde aquí la ruta de la caravana hasta la ciudad de Ur de los Caldeis en el río Éufrates está bien transitada y demarcada. El río fluye por las inmediaciones. Sería imposible perderse —me dijo.

—Pues en este caso no tendrás dificultades para guiarnos hasta Ur, según lo acordado, ¿verdad, Al Namjoo?

–Poderoso Señor Taita, le pido comprensión y compasión. No me atrevo a entrar en la ciudad de Ur. Supera con creces el valor de mi desdichada vida. Tengo enemigos de sangre en ese lugar. Los acadios son un pueblo vengativo y peligroso. Le ruego que me exima de ello y me permita regresar al sur hasta Zuba, donde pueda llorar la muerte de mi primogénito. –Se secó una lágrima de su ojo seco. No era una escena agradable de contemplar.

–Naturalmente, ¿quieres que te pague la cantidad entera por los servicios que acordamos? –le pregunté, y él se puso de rodillas y se toqueteaba remolinos de cabello ondulado de su barba.

–Usted es mi padre y mi maestro. La elección es suya, pero soy una persona pobre. Tengo que hacerme cargo de la viuda de Haroun y su descendencia. La suerte no me ha sido favorable.

Escuché el catálogo de aflicciones mientras pensaba en su petición. No podía descartar el hecho de que era el padre de un hijo condenado

por traición, y que un hijo está hecho de la misma pasta que sus antecesores familiares. Por otro lado, yo le había obligado a matar a su propio hijo. ¿Acaso ese hecho no saldaba la deuda?, me preguntaba. Tal vez ya había sufrido suficiente.

Soy un hombre amable y generoso por naturaleza, pero quizá se trate de un defecto y no de una virtud. Me encogí de hombros y le dije:

–Me has servido bien, Al Namjoo. Vete con mi bendición. –Abrí mi monedero y saqué dos monedas mem de plata. Las dejé caer sobre sus manos ahuecadas. Luego le permití besarme los pies y se marchó.

Cuatro días más tarde estaba en las colinas bajas sobre Ur de los Caldeos y contemplé la ciudad y el río verde Éufrates por vez primera. Me desmoralizó el hecho de que el río fuera más ancho que nuestra Madre Nilo, ya que hasta ese momento no había albergado ninguna duda de que era el más grande del mundo.

Las orillas del Éufrates estaban cubiertas por

espesos bosques, al menos por lo que pude comprobar en ambas direcciones. A partir de esos bosques habían abierto extensos campos de cultivo. Después del rigor del paisaje desértico que habíamos recorrido durante tanto tiempo, esa imagen de verde frondosidad fue un auténtico regalo para la vista. En la ribera inferior, donde me encontraba, se extendía la ciudad de Ur. En el centro de la ciudad había un enorme zigurat, un templo dedicado a la diosa Ishtar, la deidad más importante de los sumerios y el pueblo acadio. Este en concreto era un edificio piramidal con cuatro pisos de tamaños variables montados uno encima de otro. No sólo era un templo, sino que también hacía las veces de refugio para los sacerdotes y las sacerdotisas cuando el río se desbordaba e inundaba la ciudad y sus inmediaciones.

Enfilamos por el sendero que conducía a la ciudad. Yo cabalgaba a la cabeza de nuestra columna con el señor Remrem y las princesas, y

antes de alcanzar el pie de las colinas salió una procesión de sacerdotes y sacerdotisas de la puerta principal de la muralla de la ciudad, construida con ladrillos de barro rojo. Se acercaron para darnos la bienvenida.

Aunque Babilonia estaba aún a unas ciento veinte leguas río arriba, no quería llegar a la capital del rey Nimrod inmediatamente después de nuestra travesía del desierto. Quería impresionar a los sumerios con nuestra riqueza y pompa. En nuestro estado actual, agotados por el viaje, nos parecíamos más a un grupo de beduinos del desierto que a los representantes de una de las naciones más importantes y prósperas de la tierra.

A medida que se acercaba la procesión, me di cuenta de que el señor Phat Tur caminaba a la cabeza entre el sumo sacerdote y la sacerdotisa del templo. Phat Tur era el embajador de Egipto en Sumeria. Él y yo nos conocíamos desde hacía mucho tiempo antes de que él partiera hacia Tebas para ocupar su puesto actual. Era un alto

funcionario diligente y fiable, y por tanto estaba convencido de que los preparativos de nuestra llegada a Babilonia habían sido adecuadamente atendidos. Bajé del caballo para obsequiarle con un afectuoso saludo y después, mientras caminábamos juntos de regreso a las puertas de la ciudad conversamos como viejos amigos.

—Tal y como me pediste, Taita, he preparado diez barcazas de río grandes y cómodas para tu transporte, el de las princesas y el de los miembros más destacados de tu delegación en vuestra travesía río arriba hasta Babilonia. Están listos para zarpar cuando así lo dispongas. Naturalmente, te acompañaré. Pero, mientras tanto, me atrevería a sugerir que parte de tu caravana viaje de antemano por el camino que conduce a Babilonia, porque así te esperarán en la ciudad.

Cuando nos instalamos en los aposentos que Phat Tur nos había preparado en el gran zigurat, empezaba a atardecer. Indiqué a las princesas y a sus mujeres que sacaran las mejores prendas que

llevaban de Tebas. De este modo, al menos, empezaban a sentir la emoción de acicalarse y prepararse para su llegada a la corte del rey Nimrod en Babilonia.

Les había explicado a las herederas reales que era importante hacer un buen espectáculo para dejar impresionados a Su Majestad el rey Nimrod y al embajador de Creta, ya que se lo contaría todo a su superior, el Minos Supremo de Creta.

Esa noche cené con Phat Tur y Remrem. Nos sentamos en la terraza ancha del zigurat debajo de una cúpula de estrellas, y saciamos nuestro apetito con una enorme perca dorada de río que medía igual que mi brazo, y que además habían pescado esa misma mañana en el Éufrates. Acompañamos el pescado fresco y sabroso con varios tragos de agradable vino tinto de los viñedos que crecían a orillas del río.

Después de la cena pudimos centrar toda nuestra atención en mi gran plan para librar la guerra contra los hicsos y llevarla a su conclusión.

–Como debes de saber, tengo la intención de inducir al rey Nimrod y al Minos Supremo a que establezcan una coalición militar con nuestro amado faraón. Cuando lo hayamos conseguido, entonces tendremos al rey Gorrab tendido en el yunque con tres enormes martillos golpeándolo hasta conseguir su aniquilación.

–Como de costumbre, tu elección de palabras es cautivadora pero no especialmente edificante, mi buen Taita. No me queda muy claro quién hará de yunque y quiénes serán los martillos de los que hablas con tanta elocuencia.

Remrem se desviaba del tema. Yo suspiré para mis adentros. A veces, conversar con Remrem era como subir a un tullido por una montaña. Tienes que guiarlo en cada paso del camino.

–Tienes que perdonarme. Estaba utilizando una metáfora. Debí de ser más claro. El Sahara es el yunque, y los ejércitos de Creta, Sumeria y nuestro Egipto son los martillos.

–En ese caso, lo que vienes a decir es que

tendríamos a Gorrab rodeado –dijo Remrem de un modo pedante–. Tu alusión a los martillos y los yunques resultaba un poco confusa. Siempre es preferible el lenguaje claro, ¿verdad?

–Sin lugar a dudas; y le estoy muy agradecido, señor, por su consejo académico –respondí con tanta moderación que incluso me sorprendí a mí mismo–. No obstante, lo que quería decir es que ni Creta ni Sumeria están tan comprometidos con la lucha contra los hicsos como lo estamos nosotros. –Afortunadamente, logré desviar la atención de Remrem a Phat Tur–. Me encantaría oír tus opiniones sobre la posición del rey Nimrod. Quizá puedas proporcionarnos información al respecto.

Phat Tur reclinó la cabeza en un gesto de asentimiento.

–Estaba impaciente por tener esta oportunidad de verte cara a cara, y de explicarte estas cuestiones con más detenimiento del que permiten los mensajes atados a la patita de una paloma. Ya

sabes que Nimrod heredó la corona de su padre, el rey Marduk, que murió hace catorce años.

—En efecto —contesté—. Ya sabía todo esto.

—Los últimos treinta años del reinado de Marduk se invirtieron en reconstruir Babilonia, y transformarla en la ciudad más hermosa y espléndida de toda la creación.

—Es cierto que oí decir de que Marduk había iniciado obras a gran escala. Sin embargo, dudo de que Babilonia pueda equipararse a Tebas en cuanto a esplendor.

—Pues entonces, creo que tengo una sorpresa para ti. —Phat Tur sonrió—. Por lo general, se cree que el rey Marduk invirtió más de seiscientos lakhs de plata en el proyecto. Lo que es seguro es que vació las arcas del tesoro con su obsesión por estas obras.

Me lo quedé mirando con asombro. Tardé un tiempo en articular una respuesta.

—Entonces ¿me engañaron al hacerme creer que Sumeria era una nación rica, si no más rica que

Creta? –pregunté moviendo la cabeza en un gesto de duda.

–Sí. Esto es lo que cree la mayoría de personas. He estado viviendo en Babilonia durante los últimos cinco años y al principio también creía en el mito de las riquezas de Sumeria. Pero hace poco supe la verdad. El rey Nimrod no tiene fondos suficientes para pagar a sus ministros. Su administración pública está deteriorada. Su ejército no es eficiente por falta de armas y equipamiento. Sus soldados están desertando porque no puede pagarlos. Es imposible que esté organizando una ofensiva contra los hicsos, aunque él sea plenamente consciente de que, al no hacerlo de este modo, pone en peligro a su propio país.

Tanto Remrem como yo miramos a nuestro interlocutor sin mediar palabra.

Remrem parecía muy consternado. Supe que estaba pensando en el hecho de que todo nuestro proyecto se estaba haciendo añicos. Estaba seguro de que Nimrod de Sumeria sería un poderoso

aliado para nosotros. Phat Tur estaba dando al traste con estas esperanzas.

En cambio, yo estaba encantado de oír esta noticia. Para mí, el camino hacia adelante estaba despejado. Nimrod era insolvente. Estaba perdiendo a su ejército y a su país. Debe de estar desesperado. Yo llevaba casi diez lakhs de plata ocultos debajo de tablas falsas en mis carros y las bolsas de las sillas de montar de mis caballos, aparte de otros centenares de lakhs apilados en la tesorería del faraón en el Valle de los Reyes. El rey Nimrod y Sumeria nos pertenecían. Sería capaz de dictar nuestro precio. Nimrod no podría rechazarme.

Tenía en mis manos el primer martillo, a pesar de las reservas de Remrem y sus observaciones sobre mi elección de palabras. Mi otro martillo me estaba esperando en la isla de Creta. Su precio en plata era mínimo, pero el precio en pobreza y aflicción sería desorbitado.

A la mañana siguiente, me levanté muy contento cuando mi esclavo principal, Rustie, me sirvió el desayuno con una copa de plata de mi vino favorito. Diluí el vino con agua de rosas y me lo bebí mientras caminaba hacia la terraza que daba al poderoso río que desempeñaba un papel tan fundamental desde el inicio de los tiempos.

A pesar de la información recientemente adquirida sobre el lamentable estado de las arcas del rey Nimrod, la magnífica vista del río y las cimas nevadas de las montañas que se abría ante mí, así como el exquisito vino de mi copa, sentí cómo mi estado de ánimo se desvanecía. Sabía que había algo importante que estaba pasando por alto, como si tuviera un mosquito revoloteando por encima de mi cabeza, me estuviera esquivando y no lograra aplastarlo con un manotazo.

Dio otra vuelta por la terraza y luego me detuve a medio camino con el pie derecho levantado. Rustie me miraba asustado.

—¿Le pasa algo, amo? —preguntó.

Bajé el pie hasta el suelo.

—Nada que no pueda abordarse —le aseguré. Me dirigí a mi escritorio y escribí unas cuantas palabras sobre los restos de un papiro. Lo plegué y lo sellé antes de entregárselo a Rustie.

—Por favor, entrega este documento a Su Alteza Real, la Princesa Tehuti de inmediato; asegúrate de entregárselo en mano. Luego ve a buscar al mozo de cuadra responsable y dile que me prepare la monta de dos de sus mejores caballos y que espere en el jardín. Llegaré de inmediato, si no antes. No quiero que me hagan esperar.

Rustie se apresuró a cumplir las órdenes.

Lo que necesitaba hacer no podía hacerse dentro del zigurat. No tenía ninguna duda de que había estancias ocultas dentro de esas paredes de piedra, así como ventanas secretas y postes de escucha dirigidos por los secuaces del rey Nimrod o como mínimo de los del sumo sacerdote. Podía imaginarme la alegría con la que informarían a sus

amos del hecho de que estaba suministrando fruta más que madura.

Apuré el contenido de la copa de vino con mucha menos parsimonia de la que merecía y me apresuré a llegar a mis aposentos para ponerme mi túnica de montar. Luego bajé a los establos situados en la parte trasera del zigurat. Tehuti me tuvo esperando menos de media hora, pero cuando hizo su aparición estaba espléndida y sonriente. Su hermoso rostro irradiaba felicidad y buen humor, así como una nueva y delicada belleza que no había visto antes. Echó a correr para abrazarme y se puso de puntillas para susurrarme al oído:

—Rustie me ha dicho que tienes una sorpresa para mí. Por eso no tenía que decirles a las otras chicas que tenía que verte. —Se rio delante de mí—. ¡Cuéntame, cuéntame! Ya sabes que me encantan los secretos, querido *Tata*...

—Vayamos a un lugar en el que podamos estar a solas. —A pesar de su insistencia en el hecho de que se estaba retorciendo de intriga y que eso

acabaría con ella, la insté a subir a la silla, y luego galopé por delante de ella hasta orillas del río Éufrates. Cuando pasamos por el sendero de sirga reduje la marcha y Tehuti me dio alcance.

—¿Cómo has podido ser tan cruel? Sé que tienes un regalo para mí. Juro por mi amor a Osiris que no puedo soportar esta tortura ni un minuto más.

—Esta vez no tengo ningún regalo para ti. Lo único que tengo es una pregunta sencilla. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que tú y Zaras regresasteis del estanque de Miyah Keiv?

—Bueno, es una pregunta sencilla. Hace cuarenta y tres días y... —Levantó la vista hacia el sol para calcular su altura—... y unas siete horas.

Asentí con la cabeza sin sonreír.

—¿Y desde entonces no has echado en falta nada?

—No, no, ¡fíjate! Todavía conservo mi anillo mágico. —Extendió su mano hacia mí, y el diamante que lucía en el dedo centelleaba casi de la misma manera que sus ojos.

No le devolví la sonrisa, sino que me limité a observar esos hermosos ojos inexpresivos. Al cabo de un momento en silencio, la alegría que impregnaba sus facciones se desvaneció, y quedó reemplazada por un gesto de confusión, hasta que de repente se dio cuenta hacia dónde iban encaminadas mis preguntas. Bajó la mirada.

—Te olvidaste de decírmelo, ¿verdad, Tehuti? — Mi tono de voz era inexorable y despiadado—. Has pasado por alto tu luna roja en casi un mes; y has tratado de ocultarme este hecho, a pesar de que me lo prometiste.

—No era mi intención engañarte —susurró—. Sólo quería conservar al bebé en mi interior un poco más. Te lo habría dicho, *Tata*, de verdad que lo habría hecho.

—Sí —accedí—, estoy seguro de que lo habrías dicho cuando ya fuera demasiado tarde. Has puesto tu propia vida y el trono de Egipto en peligro por tu desconsiderado egoísmo.

—No volveré a hacerlo, querido *Tata* —dijo. Su

tono de voz era tenso, y apartó su rostro de mí para ocultar las lágrimas que brotaban de sus ojos y secaba con el reverso de la mano en la que lucía el anillo de diamantes.

–Esto es lo que me dices. –Estaba enfadado y no hice ningún esfuerzo por ocultarlo–. Ahora ven conmigo.

–¿A dónde vamos?

–De vuelta a mis aposentos del zigurat.

Había preparado el jarabe antes de reunirme con ella en los establos. Había hervido el corcho seco del árbol de espino que había traído conmigo procedente de la región que se abre más allá de las cataratas del río Nilo. Cuando llegamos a mis aposentos, los jugos del jarabe se habían enfriado. Llevé a Tehuti hasta mi dormitorio y la senté en un sillón. Luego le serví la taza, y la obligué a beber hasta la última gota de ese jarabe negruzco. Supe que tenía un gusto amargo como la bilis, pero no podía hacer nada para disimularlo. Empezó a sufrir arcadas, pero no le di cuartel.

Sólo cuando se hubo bebido todo el jarabe me apiadé de ella. Para entonces su rostro había empalidecido como el de un hueso teñido por la luz del sol, tenía los ojos rojos y anegados por las lágrimas.

—Lo lamento mucho, Taita. Fue un acto perverso y estúpido por mi parte. Traicioné tu confianza y sé que nunca podrás perdonarme.

Me senté a su lado y la abracé meciéndola hasta que dejó de sollozar. Luego se quedó dormida, la abrigué con una manta de piel, y bajé para hablar con las otras dos muchachas. Les expliqué que Tehuti había sido afectada por unas fiebres contagiosas y perniciosas y que, debido al peligro de infección, no podían visitarla hasta que estuviera curada.

Regresé hasta donde Tehuti descansaba y me quedé a su lado en los espantosos días y noches siguientes. Durante los días leía para ella, tocaba el laúd y cantaba sus canciones preferidas. Durante las noches la llevaba hasta mi cama y la

mecía como a una niña pequeña hasta que surtía efecto la pócima que le había administrado para dormir.

En la tercera noche me despertó quejándose de dolor. La abracé y la mecí con mis brazos, al tiempo que murmuraba palabras de cariño y de aliento hasta sentir las contracciones de su matriz. Luego masajeeé su estómago para calmar los dolores e invocar la ayuda de los dioses benévolos para que la ayudaran a expulsar a esa criatura muerta de su interior. Cuando al fin la expulsó con un reguero de sangre y moco vaginal, se apoyó sobre sus codos y me suplicó:

—Por favor, déjame verlo. Déjame ver a mi bebé.

Unido a la placenta había un pequeñísimo homúnculo de sangre y hiel cuya visión sabía que la perseguiría por el resto de sus días. No podía acceder a su petición. Coloqué a ese pedacito inerte dentro del cáliz de vino y, al caer la noche, me dirigí a los establos para elegir un caballo y

adentrarme en los bosques que se abrían a orillas del río. Allí lo enterré con su sarcófago de plata en el suelo de un enorme platanero. Me arrodillé ante la tumba sin nombre y le rogué a Isis, la diosa de los niños, que se apiadara de esa pequeña alma.

Regresé a mis aposentos del zigurat. Pensé que Tehuti estaría dormida, pero cuando me metí en la cama junto a ella descubrí que seguía llorando. La abracé y lloré también por el dolor que le había causado, así como por mi culpa al tener que extinguir esa preciosa chispa de vida que había surgido entre un hombre y una mujer a quienes amaba con locura.

Pasamos sólo otras doce noches más en el zigurat de Ur. Para entonces Tehuti ya se había recuperado de su terrible experiencia, aunque su belleza no se vio afectada por ello.

En nuestra última mañana cabalgué con el señor Remrem más allá de las puertas de la ciudad.

Nuestra caravana había acampado a las afueras de la muralla. Ya habían guardado las tiendas, cargado a los animales, y la compañía estaba lista para partir hacia el último tramo del largo camino hasta Babilonia.

El guardaespaldas de Remrem salió a recibirme. Le dediqué una cálida despedida.

Remrem es un soldado hábil y todo un caballero, pero un codo de su compañía puede medir una legua. Una hora con él puede parecer un mes. Me alegré de dejarlo marchar.

Esperé mientras ocupaba su lugar a la cabeza de la caravana rodeado de sus oficiales. Levantó la mano derecha y el sonido de los cuernos se dispuso a anunciar la orden de salida. El redoble de los tambores marcaba el ritmo y empezó a desfilar. Giré la cabeza del caballo y regresé a Ur con buen ánimo.

Mis princesas y su séquito esperaban en el muelle cuando descendí al río. Las barcazas que Phat Tur había dirigido habían anclado en medio

del río. Estaban decoradas con banderas y banderines. Tan pronto como me bajé del caballo y cogí mis dos fardos, la barcaza principal levó el ancla y condujo hasta el muelle para empezar a descargar.

Phat Tur había organizado a la tripulación con su usual eficacia. Había hecho entrar a las princesas a bordo y las condujo a su cama de día, debajo de un toldo en la popa de la barcaza principal. Los pajes servían sorbete de miel con unos recipientes dorados en forma de cáliz que se mantenían frescos gracias al hielo procedente de los picos de las Montañas de Zagros por medio de unos carros rápidos que venían con unas cajas de aislamiento especial. Las niñas no habían probado nunca algo tan dulce y frío, y gritaban de sorpresa y deleite.

Soplaba una suave brisa que llenaba las velas y los remos de los remeros con el fin de acelerar la velocidad de las barcasas sobre el poderoso río. En las cubiertas abiertas, los músicos tocaban,

unos payasos actuaban y unos malabaristas hacían juegos. Le permití a Bekatha que me ganara en el tablero de bao, y Zaras recitó su último poema para el deleite de Tehuti. Estos versos no estaban a la misma altura que la de sus relatos de legiones enfrentadas y batallas a muerte. En cambio, se dirimían sobre corazones rotos y una pasión no correspondida que redujo como mínimo a un miembro de su audiencia real a llorar a lágrima viva, aunque a mí no me conmovió y esperaba a que acabara.

Cuando no estábamos ocupados con el entretenimiento de las princesas, Phat Tur y yo planeamos el modo de poder usurpar con más garantías la comandancia de las legiones y los carros del rey Nimrod. Como el señor Remrem no intervino en esta forma de proceder, los dos pudimos pulir, refinar y finalizar estos planes antes de que nuestra barcaza torciera por el último recodo del río y se abriera ante nosotros todo el esplendor de Babilonia.

Fue una de esas pocas veces en la vida en que uno se queda aturdido de asombro. Me di cuenta de inmediato que las descripciones de la ciudad que yo mismo había descartado como muy exageradas eran en realidad muy atenuadas y contenidas.

Mi amada Tebas, la hermosa ciudad de cien puertas, era un humilde pueblecito comparado con esta brillante ciudad que se extendía a ambas orillas del río. Reconocí muchos monumentos a partir de dibujos y esbozos que había visto. Sin embargo, las descripciones de estas magníficas obras sobre un rollo de papiro eran tan fieles como tratar de describir el gran mar Mediterráneo como si fuera un cubo de agua salada.

El palacio de Marduk dominaba la ribera sur. Fue construido por completo de un brillante mármol blanco. Phat Tur se quedó junto a mí en la proa de la barcaza corroborando lo que mis ojos dudaban.

—La fachada de palacio mide media liga de largo desde el este hasta el oeste, y es tres veces

más alta que el palacio del faraón en Tebas. —Se regocijaba ante mi asombro—. Delante de la ribera norte del río están los Jardines Colgantes. Marduk los colocó allí para que cada terraza y ventana de su palacio goce de una visión panorámica de su esplendor.

Los jardines estaban compuestos de una serie de galerías abiertas que eran varias veces más altas que el palacio que tenían delante. La genialidad de los arquitectos del rey Marduk había creado la ilusión de que no se erigían sobre una superficie sólida, sino que quedaban milagrosamente suspendidos del cielo. Estaban inclinados en ángulo de modo que un observador del palacio en la orilla opuesta del río tuviera una visión completa de cada árbol y planta que cubrían las galerías como si de un bosque se tratara.

Puesto que el faraón me regaló el estado de Mechir a orillas del Nilo, mi fascinación por el cultivo de las plantas se ha convertido en una obsesión. Este maravilloso jardín en el cielo

provocó que todos mis campos fértiles parecieran poca cosa.

–Me encantan los árboles y las plantas. Aligeran mi corazón e iluminan mi alma –le comenté a Phat Tur mientras contemplábamos los jardines colgantes.

–Al rey Marduk le gustaría la vegetación tanto como a ti –añadió Phat Tur secamente–. Empobreció a su nación para salirse con la suya.

Me pareció que era sensato cambiar de tema. El embajador no era consciente de que había un enorme tesoro de plata en las bolsas de mi fila de camellos. Una palabra poco conveniente por su parte podría alertar de su existencia al rey Nimrod, y todos los gobernantes son en esencia bandidos que andan ansiosos por conseguir plata. No tenía ninguna razón para creer que Nimrod fuera una excepción a esta norma.

–¿Cómo consiguen agua para estos árboles? –le pregunté a Phat Tur.

–Los ingenieros del rey Marduk diseñaron estos

sifones de agua. –Señaló hacia unas columnas de bronce que se erigían formando un ángulo desde la superficie del río hasta los puntos más elevados de la galería superior de los jardines. Cuando los estudié de cerca me di cuenta de que las columnas eran canalones huecos que rotaban lentamente.

–¿Qué los mantiene en funcionamiento? –me interesé.

–Llevan unos molinos de viento encima, como puedes comprobar. Debajo de la superficie del río hay unas bombas de agua –explicó Phat Tur–, la corriente del río hace girar los sifones del interior de las cañerías. Los tornillos de los sifones que dan vueltas recogen el agua y la levantan hasta la parte superior de la cañería. Señaló hacia arriba.

–¡Mira! ¿Lo ves?

Levanté la vista y vi cómo el agua del río caía en cascada desde el extremo superior de las cañerías hasta los desagües que la llevaban a cada parte de las galerías inferiores. Al igual que todas las ideas hermosas, era muy sencilla. Me

mortificaba la idea de no haber caído yo mismo en cuenta. Llevarla a cabo sería mi proyecto principal a mi llegada a la finca de Mechir. Había cuadruplicado la producción de mis campos con la introducción del compostaje y los fertilizantes. Podía volver a duplicarla introduciendo sifones de este tipo para regar mis campos. Evidentemente, no sería necesario decirles a todos los habitantes de Tebas que el invento no era mío. Todo el mundo en Egipto tomaba mi genialidad por sentado. No había motivo para desilusionarles.

—¿Cuál es ese edificio que se erige más allá de los jardines? —Señalé hacia la torre de piedra que era tan alta que parecía rozar el estómago de unos nubarrones procedentes del Golfo Pérsico.

—Es la Torre de las Nubes, sagrada para la diosa Ishtar. También fue construida por el rey Marduk, después de que fuera elevado a la condición de dios. Deseaba casarse con la diosa Ishtar. Como sabes, Taita, Ishtar es la diosa del amor, el sexo y la victoria en la guerra. Éstas eran las cualidades

más codiciadas y perseguidas por Marduk. Ordenó que la torre fuera construida para impresionar a Ishtar con su riqueza y poder; y también para tentarla a descender de su torre para poder casarse con ella. A partir de entonces, los dos regirían toda la creación como marido y mujer. Desgraciadamente para ambos, Marduk murió antes de que la torre llegara a su altura prevista de trescientos codos. De este modo, Ishtar pudo resistirse a la tentación de descender a la tierra. – Phat Tur se rio entre dientes de las ironías del destino, y yo sonreí con él.

–¿Qué será de la torre ahora que Marduk ya no la utiliza más? –me interesé.

–Marduck se la legó a su hijo, el actual rey Nimrod, a quien estás a punto de conocer. Nimrod carece de la riqueza y la voluntad para continuar con el plan de su padre de atraer la presencia de Ishtar desde su morada divina.

–He oído a algunos hombres referirse a Nimrod como el Gran Cazador que ha matado a más de un

centenar de leones y de hurones en las montañas de Zagros –observé—. Si es tan buen cazador, ¿por qué no ama a las mujeres? ¿Por qué no aprovecha la oportunidad de relacionarse con la diosa?

–Creo que disfrutaría mucho de acoger a la diosa en su lecho. Tiene reputación de ser un prodigioso atleta sexual así como un poderoso cazador. Es una verdadera lástima que el contenido de su tesoro no tenga la misma envergadura que su miembro genital.

Cogí a Phat Tur del brazo y lo conduje hasta la parte de babor, desde donde teníamos una mejor vista del palacio del rey Nimrod. El tamaño y esplendor del edificio me dejó cautivado durante un tiempo, y luego mi vista siguió hacia arriba para fijarse en un zigurat que se erigía sobre la orilla del río en la que estaba el palacio.

Era otro edificio espacioso, tres o cuatro veces más grande que el zigurat de Ur de los Caldeos, donde estuvimos la primera vez que llegamos al Éufrates. Éste en concreto tenía una forma circular,

en vez de piramidal. La terraza se alzaba formando una espiral continua alrededor del edificio principal desde la planta baja hasta la cima.

Phat Tur vio que mi atención se centraba en el edificio y me dijo:

—Éste es el templo de Ishtar, que no debe confundirse con la Torre de la Diosa. Se trata de un lugar fascinante. No puedo describirte la naturaleza de las ceremonias que se celebran en el interior de sus paredes. Me siento obligado a mostrártelo a la menor oportunidad y dejar que lo juzgues por ti mismo.

—Has despertado mi curiosidad, Phat Tur —le aseguré.

—Será para mí un gran placer satisfacer esta curiosidad. —Sonrió de un modo misterioso. Luego señaló hacia una muchedumbre vestida con boato y que se agolpaba en el muelle de piedra bajo los muros del palacio.

—El señor Tuggarta, el gran chambelán, así como otros miembros de la nobleza de la corte del rey

Nimrod, se reúnen para darte la bienvenida como emisario del faraón y el portador del sello del halcón. Es una muestra de gran respeto. Su Majestad, en persona, te estará esperando para recibirte en el salón del trono del palacio.

—Regresé corriendo por la cubierta hacia el lugar en el que mis dos princesas estaban rodeadas por sus esclavos y criadas. Me mostré solícito ante ellas con una gran reverencia para que el comité de bienvenida lo observara desde el muelle, pero al mismo tiempo les recordé a las chicas con un susurro sobre el modo en que esperaba que se comportaran en calidad de representantes de la Casa Faraónica de Egipto. Luego tomé mi posición detrás de ellas, con Phat Tur a mi lado.

Mientras los remeros nos acercaban a la zona de desembarco, aproveché la oportunidad de fijarme en la nobleza sumeria que esperaba para darnos la bienvenida.

Me di cuenta de que las mujeres, incluso las mayores, conservaban mejor aspecto que sus

hombres, como suele ocurrir en casi todas las naciones que conozco. Sus pieles bronceadas eran brillantes y no tenían manchas. El color del pelo era negro como la medianoche sin excepciones, y sus ojos almendrados estaban elegantemente pintados. Eran poseedoras de una dignidad innata, incluso las mujeres más jóvenes.

Los hombres eran más altos y de rasgos más feroces. Tenían la nariz prominente y arqueada. Los pómulos eran altos. Su cabello oscuro les llegaba hasta la altura de los hombros, y estaba trenzado con unos anillos. Sus barbas largas colgaban formando unas ondas esculturales hasta sus cinturas. Las túnicas de hombres y mujeres rozaban los tobillos y estaban hechas con una elaborada lana estampada.

No cabía la menor duda de que se trataba de un pueblo noble, guerrero e imponente.

Colocaron una pasarela de madera decorada en medio del muelle de piedra hasta la cubierta de nuestro barco para poder desembarcar y ser

recibidos por el señor Tuggarta. Phat Tur hizo las veces de traductor. Yo me quedé en un educado segundo plano. No quería que nuestros anfitriones se dieran cuenta del hecho de que hablaba bien su idioma. Sabía que la naturaleza de nuestras negociaciones era difícil y quería aprovechar todas las ventajas que tuviera a mi alcance.

Desde el muelle avanzamos siguiendo el orden de la procesión de estado, dirigidos por el señor Tuggarta, hasta llegar al salón del trono del palacio. Este salón era una estancia cavernosa con un tejado alto arqueado. En sus paredes colgaban los trofeos obtenidos en el campo de batalla y en el de caza. Saltaba a la vista en esta exposición que el rey Nimrod había matado mucho más que a un centenar de leones y de hurones según le atribuían los rumores. El ambiente del salón del trono estaba impregnado del olor a piel y huesos mal curados de animal, así como del sudor a cuerpo humano sin asear. Phat Tur me había

advertido que los sumerios consideran que bañarse es una actividad perjudicial para la salud.

Cuando el rey Nimrod se levantó de su trono de oro y marfil montado sobre un plinto con incrustaciones de piedras semipreciosas, me di cuenta de que el monarca superaba incluso a sus súbditos más altos. Tenía hombros anchos, así como brazos muy musculosos. Cuando alzó su mano derecha y extendió sus dedos enjorjados en un gesto de bienvenida pensé que probablemente su mano podría asir mi cabeza entera. Se fijó en mis dos princesas con un destello lascivo en sus ojos negros, y me di cuenta de inmediato de que no sólo era un insigne cazador, sino también un mujeriego del mismo nivel.

Por mediación de nuestros intérpretes, dedicamos una hora al intercambio de halagos poco sinceros y buenos deseos. Luego, el rey Nimrod se retiró y fuimos conducidos a los aposentos que nos habían asignado en el recinto

del palacio y que ocuparíamos durante nuestra estancia en él.

Me agradó descubrir que nuestros anfitriones habían reconocido mi posición preeminente, y que habían demostrado ese hecho en la elección de aposentos para mí. Eran espacios amplios y bien ventilados que daban al río y al templo de Ishtar, que estaba muy cerca del palacio. Los interiores estaban decorados con magníficos muebles tallados con una madera poco común y otros materiales exóticos. Las cortinas estaban hechas de lana y seda preciosa. La cama era muy ancha y su diseño no me resultaba acogedor. Decidí, sin pensármelo dos veces, que dormiría en otro lugar.

Con la ayuda de Phat Tur me las arreglé para convencer al personal de palacio de que enviaran varios cubos grandes de agua caliente a la terraza exterior de mis aposentos. Luego me desnudé mientras mis esclavos volcaban el agua sobre mi cabeza y cuerpo. Para cuando hube acabado de bañarme, el sol ya casi tocaba el horizonte. Sin

embargo, la temperatura diurna permaneció inalterable hasta que una brisa fría y dulce empezó a soplar procedente de las montañas de Zagros, con sus cimas nevadas en el horizonte oriental.

Ordené a mis esclavos que me dejaran a solas y me quedé un rato en la terraza, todavía desnudo desde mis abluciones. Disfruté de la puesta de sol y del juego de luces sobre la superficie del río que se abría a mis pies.

De repente, tomé consciencia del hecho de que alguien me estaba observando. Me giré de inmediato hacia el templo elevado del zigurat que estaba junto al palacio. La terraza en espiral que se erigía sobre el nivel de la superficie hasta la parte superior del templo estaba tan cerca de mi ubicación actual que parecía como si pudiera arrojar una piedrecita por encima del hueco que nos separaba.

Reparé en la presencia de una figura vestida con túnica y capucha en la terraza del templo que estaba delante de mí. No pude verle los ojos porque la

capucha le tapaba la cara, pero me di cuenta de que éstos se fijaban en mí. Me sentí perfectamente cómodo con su escrutinio, aunque me intrigaba la identidad de ese desconocido. Soy plenamente consciente de que, a excepción de las heridas que me infligieron hace muchos años, mi cuerpo es alto y excepcionalmente bien torneado. Mi musculatura está tonificada porque monto a caballo y ejercito los brazos. Por lo general, la modestia me impide emplear la palabra «atractivo» cuando me describo a mí mismo, pero la honestidad me lleva a definirme así en este caso.

Tanto el desconocido como yo permanecemos en silencio y observándonos mutuamente. Luego, poco a poco, la figura de la túnica alzo ambas manos y se apartó la capucha, dejándola caer en distintos pliegues sobre sus hombros. De algún modo me equivoqué al suponer que ese desconocido era un hombre, ya que entonces me di perfecta cuenta de que había estado equivocado.

Quien estaba delante de mí era una mujer. Una

mujer encantadora más allá de mis sueños más extravagantes de belleza. Su rostro eran tan divino que me provocaba una angustia exquisita contemplarlo. Buscaba palabras para describirlo, pero todos los superlativos de nuestro glorioso idioma se quedaban cortos y parecían insignificantes y mundanos ante ella. Jamás había experimentado una emoción que abrumara mi alma de este modo. He aquí todo lo que siempre he anhelado y me ha sido negado, todo lo valioso que un cruel destino ha colocado a mi alcance y lejos de él al mismo tiempo. He aquí toda la gloria encarnada en feminidad.

Poco a poco, extendí mi mano hacia ella, aunque era consciente de que se trataba de un gesto inerte, ya que sabía perfectamente que semejante magnificencia permanecería siempre fuera de mi alcance. Sin embargo, se conservaría íntegra en mi memoria y me perseguiría durante toda la eternidad.

La mujer me sonrió con tristeza, un gesto de

compasión hacia mi aflicción y un lamento profundo por el hecho de que me tocara a mí. Se cubrió la cabeza con la capucha de la túnica, se dio media vuelta, y desapareció entre las cámaras del templo, dejándome a solas.

Pensé que nunca más volvería a conciliar el sueño, que a partir de ahora todas mis noches hasta el fin de mis días estarían llenas de imágenes de esa mujer encapuchada. Pero no fue así.

Esa misma noche, mientras me tumbaba en mi camastro de la terraza del palacio bajo la cúpula de las estrellas cerré los ojos y caí en un profundo sueño sin imágenes. Lo único que supe después es que las manos de Phat Tur me zarandeaban y que su voz me instaba a despertarme.

Me incorporé y me di cuenta de que el sol estaba por encima del horizonte y que una hueste de criados y esclavos estaban detrás de Phat Tur con todas mis prendas y adornos que me

identificaban como emisario de la Casa Faraónica de Mamose, y el portador del sello del halcón.

—Levántese, mi señor —instó Phat Tur—. El rey Nimrod ha convocado a su consejo de guerra y lo invita a su conclave.

Parpadeé ante la radiante luz del sol de la mañana. Esperaba albergar recuerdos inconexos y melancólicos sobre la extraña visita de la noche anterior. En cambio, me quedé sorprendido de lo bien que me sentía.

—Si Su Majestad espera, entonces, Phat Tur, ¿por qué me retienes? Pongámonos manos a la obra. —El hecho de que hiciera broma a estas horas de la mañana era indicativo de mi animado estado de ánimo.

Cuando llegamos a la cámara del consejo, la mayoría de líderes militares sumerios ya estaban reunidos; todos ellos iban vestidos de gala y luciendo sus condecoraciones y honores. El único ausente era el rey Nimrod. Su trono vacío a la cabeza de la larga mesa era una advertencia de que

tenía intención de permanecer en un segundo plano en esas negociaciones hasta que yo planteara mis propuestas para formar una alianza.

Después de observar el correspondiente protocolo, respondí a los discursos de bienvenida; seguía valiéndome de Phat Tur como intérprete, ya que no quería que la otra parte supiera que podía hablar su idioma con fluidez. Luego abrí las negociaciones con un señuelo para tentar a Nimrod a que se nos uniera a la mesa.

—Caballeros, soy plenamente consciente de que su armada es una de las más encomiables que surcan los mares, sus naves son las más resistentes, sus oficiales son los más preparados y sus navegantes destacan por su valentía. — Parecieron satisfechos con mis halagos, que eran exagerados. El Minos Supremo de Creta cuenta con una flota más grande y poderosa. El volumen de su comercio marítimo supera con creces el comercio de Sumeria. Pero yo continué planteándoles mi propuesta:

—Deseo comprar seis de sus grandes barcos para desplegarlos en nuestra lucha con el impostor y usurpador hicso: Gorrab.

El almirante Alorus era el comandante en jefe de la armada sumeria. Era un hombre alto y delgado con canas visibles en su barba cuidadosamente rizada, tenía bolsas oscuras debajo de los ojos, y unos dientes torcidos con manchas de caries. Reconoció mi petición alzando una ceja y riéndose entre dientes de un modo que no pretendía ser despectivo sino ligeramente divertido.

—Mi señor Taita, sé que el rey Nimrod aplaude sus intenciones bélicas hacia nuestro enemigo común. También sé que hablo en nombre de Su Majestad cuando le recuerdo el hecho de que un buque de guerra es una obra muy cara y que para una flota de ese número... —dejó morir sus palabras negando expresivamente con la cabeza.

—No hay nada de valor que sea barato —dije mostrándome de acuerdo con él—. Mi faraón

también es consciente de ello, al igual que su rey Nimrod. Egipto se encuentra en una posición poco envidiable. Los hicsos controlan el río Nilo por el norte desde Akhenaten hasta el mar Mediterráneo. No disponemos de buques de guerra con los que oponer resistencia al usurpador hicsos de Gorrab. Sólo tenemos galeras de río, y además están apostadas en el Nilo. Si tuviéramos que lanzar una ofensiva sorpresa sobre su flota en mar abierto acabaría en un desastre.

Saqué de mi manga un rollo de papiro y lo coloqué sobre la mesa que nos separaba. El almirante Alorus lo miró de pasada, pero cuando se dio cuenta de que en él se incluía un listado de los nombres y especificaciones de seis de las galeras de combate más importantes de sumeria, aceptó el rollo y lo escudriñó con avidez. Al cabo de un rato me miró levantando la vista por encima del papiro.

—¿De dónde ha sacado esta información? —me preguntó con cierta brusquedad—. Es altamente

confidencial. –Ahora me tocó el turno de encogerme de hombros y negar con la cabeza como si no alcanzara a comprender la pregunta. Evidentemente, los agentes de Phat Tur habían preparado ese listado para nosotros.

–¿Accedería a vendernos estos buques? –Hablé con serenidad y con sentido común—. De ser así, ¿qué precio consideraría como aceptable el rey Nimrod?

–Os suplico vuestra indulgencia. –Alorus se levantó, inclinando la cabeza—. Evidentemente, tendré que consultar con Su Majestad antes de poder responderos a estas preguntas. Abandonó apresuradamente la sala del consejo y, antes de volver, permaneció durante casi una hora junto al reloj de agua, frente a la pared.

–El rey Nimrod desea que os informe de que la construcción y botadura de cada uno de los barcos que habéis elegido cuesta ciento cincuenta deben de plata. Si él decidiera venderlos, lo cual es muy

poco probable, no aceptaría un precio más bajo – anunció el almirante Alorus.

Hice un rápido cálculo mientras Phat Tur aún estaba traduciendo la oferta. Un lakh de plata son diez mil deben. Llevaba dinero suficiente en una alforja para comprar cuarenta buques de guerra, pero mi contraoferta a Alorus era de setenta y cinco deben por barco. Alorus abandonó de nuevo la sala para hablar con el rey, y cuando Nimrod regresó con él supe que estaba ansioso por vender a mi precio.

Su Majestad y yo estuvimos regateando como dos comerciantes de caballos árabes durante el resto de la mañana y buena parte de la tarde. Finalmente, acordamos un precio de quinientos deben de plata por los seis buques, que me deberían ser entregados en el puerto sumerio de Sidón, en la costa oriental del mar Mediterráneo, a finales del mes de Famenoth.

Encantado con lo que consideraba un astuto trato, el rey Nimrod nos invitó esa noche a un

banquete especial a mí y a mis princesas para celebrar el acuerdo.

Cuando abandonamos la sala del consejo, Phat Thur caminaba junto a mí, murmurando en voz lo bastante alta como para que yo pudiera oírle.

—Prometí que os llevaría a visitar el templo de Ishtar. El templo no cierra nunca, de modo que podemos ir cuando lo deseéis. Aún faltan unas horas para el banquete real de esta noche.

Yo estaba tan satisfecho por la adquisición de los buques de guerra como Nimrod de vendérmelos. Habría estado dispuesto a pagarle el doble de esa cantidad. Por lo tanto, estaba de tan buen humor que respondí de inmediato a la sugerencia de Phat Tur.

—Si es tan instructivo e interesante como me has dicho, vayamos a visitar el templo ahora mismo.

Salimos del palacio, y mientras caminábamos

por la orilla del río hacia el templo de Ishtar, Phat Tur me contó su historia.

—Como ya os dije, el rey Marduk tenía más de cien esposas y concubinas, pero su gran pasión era la diosa Ishtar. Primero construyó el templo para ganarse su favor, y cuando eso se reveló insuficiente para tentarla, empezó a trabajar en la gran torre de la otra orilla. —Ambos volvimos la cabeza para contemplar la parte alta de la torre inacabada, que se alzaba incluso por encima de la galería superior de los magníficos Jardines Colgantes—. Ya os conté que Marduk murió antes de poder consumir su pasión por la diosa. Aunque los afectos de Marduk se concentraban en un único objeto, los de su hijo Nimrod están mucho más diseminados. Se jacta de que antes de morir desea tener conocimiento carnal con todas y cada una de las mujeres núbiles de Sumeria, jóvenes o viejas, casadas o vírgenes.

—Una ambición no del todo irracional tratándose de un rey —dije, con el semblante serio—. Al igual

que con sus hazañas de caza, parece que a Nimrod le preocupa más la cantidad que la calidad. Aunque ¿no son más grandes sus ojos que los otros órganos de su cuerpo?

–Todo el mundo sabe que el rey Nimrod es insaciable. –Phat Tur sacudió la cabeza–. Y hasta ahora se ha mostrado inquebrantable en su decisión.

–No entiendo qué relación tiene todo esto con el templo de su padre –lo animé.

–Seis meses después de que el rey Nimrod accediera al trono promulgó un decreto que obliga a todas las mujeres del reino a sentarse durante un día en el templo. A cambio de una suma de dinero, no importa que sea grande o pequeña, deben tener relaciones sexuales con cualquier hombre que se lo pida, ya sea un amigo, un enemigo o un desconocido. Ninguna mujer puede negarse, y ningún marido puede prohibir esa relación.

–¿Eso significa que el rey Nimrod debe hacer

cola junto a sus súbditos para elegir entre las damas que se ofrecen? –pregunté.

Phat Tur sonrió con picardía y sacudió la cabeza.

–De acuerdo con el real decreto, las mujeres deben ocupar sus puestos al amanecer, pero sólo se permite entrar a un hombre en el templo antes del mediodía para hacer su elección. Está claro que adivinaréis quién es ese hombre –dijo, dedicándome una sonrisa cómplice–. Después del mediodía, cualquier otro ciudadano sumerio puede entrar para elegir entre las mujeres que quedan en el interior del templo.

Llegamos a la entrada del templo al caer la tarde. Había una fila de unos cincuenta hombres, puede que más, esperando su turno para cruzar la puerta principal del recinto sagrado. Algunos eran soldados fuera de servicio o marineros; otros llevaban el gorro que los distinguía como abogados o la túnica negra manchada de sangre que era el uniforme de los médicos. El resto lo

componían un variopinto grupo de viejos y jóvenes pertenecientes a todos los estamentos del reino, desde nobles a labriegos.

—Los sacerdotes y las sacerdotisas de la diosa se distinguen por sus túnicas verdes —explicó Phat Tur—. Ése es uno de ellos —añadió, señalando con el dedo a un hombre que acababa de entrar y se dirigía a toda prisa hacia nosotros—. Se llama Onyos; he hablado con él para que nos guíe por el templo y os explique sus misterios.

Después de saludarnos respetuosamente, Onyos nos condujo hasta un portal de madera cerrado que estaba junto a la entrada principal. Cuando nos acercamos, el portal se abrió desde dentro y lo cruzamos para ingresar en la nave central del templo.

Era tan amplio que el techo arqueado estaba envuelto en sombras y tinieblas. Un único rayo de luz solar penetraba desde las alturas, iluminando la estatua dorada de la diosa que se alzaba en el centro de la planta.

—En el techo del templo hay un enorme espejo de bronce —dijo Phat Tur, anticipándose a mi pregunta—. Está colocado encima de unas ruedas giradas por diez esclavos que siguen la trayectoria del sol desde el amanecer hasta el crepúsculo, para que la estatua pueda reflejar sus rayos. El efecto era asombroso: los ardientes destellos de luz en movimiento de la estatua se proyectaban en las paredes de la nave.

—¿Os habéis fijado en los murales, señor Taita? —me preguntó Phat Tur—. Dicen que fue necesario que doscientos artistas trabajaran durante veinte años para pintarlos.

—Son increíbles —admití, a regañadientes—. No había visto nada igual en todos los templos que he visitado; ni siquiera en el templo funerario del faraón Mamose.

Yo mismo había diseñado los murales de la tumba de Mamose, de modo que no era muy sincero al hacer una comparación tan absurda.

—Los temas son fascinantes; estoy seguro de que

estaréis de acuerdo. –El orgullo de Phat Tur era tal que casi parecía el dueño de aquella obra de arte–. Aquí están representadas todas las ardientes pasiones de la diosa Ishtar –dijo, señalándolas una tras otra–. La guerra...

Legiones acorazadas marchando en formación de batalla a través de los altos muros del templo. Carros rodando y cargando entre nubes de polvo. Un vuelo de flechas cubriendo los cielos. Ciudades incendiadas y hordas de refugiados huyendo antes de que los ejércitos las arrasaran. Mujeres llorando que sostenían a sus hijos muertos, suplicando clemencia a los conquistadores. Grandes buques de guerra con arietes de bronce bruñido en los flancos embestían a los barcos más pequeños, arrojando a sus tripulaciones a un mar sembrado ya de cadáveres y restos flotantes. La diosa sobrevolaba el campo de batalla, señalando con el dedo a los vencedores y condenando a los vencidos.

–La guerra, el amor y el sexo... –Phat Tur se

volvió lentamente, señalando los otros muros e inclinándose hacia atrás para que prestara atención a los arcos y a la bóveda del techo, situado a cincuenta codos de altura—. Nunca he oído hablar de otro templo con tal despliegue de temas eróticos y sexuales.

Seguí el barrido de sus brazos. Dondequiera que mirara, veía descripciones gráficas de un montón de hombres y mujeres entregados en un abrazo sin sentido o de dioses provistos de unos monstruosos genitales enterrados hasta el fondo en uno de los orificios del cuerpo de una diosa. Flotando en un mar de esperma humeante y de orgasmos femeninos, los participantes habían sido congelados para siempre en sus voluptuosas contorsiones.

Sobre todos ellos se cernía Ishtar con sus resplandecientes alas blancas, su hermosa cabeza rodeada por un halo de fuego, exhortándolos a un, si cabe, mayor abandono.

Phat Tur y yo recorrimos la nave lentamente,

maravillados ante la imaginación de los doscientos supuestos artistas que habían trabajado durante veinte años para crear aquella monumental obra.

A lo largo de cada muro de la nave, a intervalos, había una especie de cubículos o cámaras. Conté hasta un total de catorce, siete en cada lado. No podíamos ver el interior de estos compartimientos porque estaban llenos de gente, hombres y mujeres que contemplaban fascinados sus recovecos. Sabía que Phat Tur esperaba que le preguntara qué estaba ocurriendo dentro, pero decidí mantener mi dignidad. Al final, se dirigió a nuestro guía, y el sacerdote de la túnica verde nos condujo hasta el cubículo más cercano; con su bastón, se lanzó sobre los curiosos que se agolpaban en la entrada y, a gritos, les dijo:

—¡Dejad paso a los distinguidos invitados del rey Nimrod!

Con expresiones hoscas y murmullos de protesta, la multitud nos abrió paso y volvió a apiñarse detrás de nosotros cuando llegamos a la

primera fila. Desde allí pudimos contemplar sin problemas el interior del cubículo. Junto a los muros de la estancia, de forma circular, había jergones cubiertos con mantas de lana tejidas en brillantes colores.

—Catorce compartimientos, cada uno de ellos con catorce mujeres en catorce jergones. El catorce es el número mágico de la diosa Ishtar, a la que está dedicada esta frenética actividad — explicó Phat Tur alegremente. Sabía que era un devoto de la diosa Hathor y que tenía poco respeto por cualquier otra deidad.

Me asomé a la cámara y conté las mujeres para comprobar lo que había dicho. La cifra era correcta. Sin embargo, ninguna de las catorce hembras que había allí era especialmente atractiva. La mayoría de ellas había superado con creces la mediana edad y algunas eran francamente repulsivas. Se lo comenté a Phat Tur y se mostró totalmente de acuerdo con mi opinión.

—El rey Nimrod ya ha elegido a las más jóvenes

y bonitas. Se ha quedado con la flor y nata y ha escogido las cerezas más maduras de la rama. Estas pobres criaturas son las que ha rechazado.

Volví a prestar atención a las mujeres. Cinco de ellas estaban sentadas, con las piernas cruzadas sobre sus respectivos jergones. Todas lucían sendas coronas de rosas en la cabeza. Era lo único que llevaban puesto; el resto de su cuerpo estaba desnudo. Esperaban pacientemente, mirando al suelo.

—La rosa roja es la flor de la diosa —explicó Phat Tur, refiriéndose a sus tocados.

Los nueve jergones restantes los ocupaban mujeres que se habían quitado sus coronas de flores y estaban copulando descaradamente con hombres que mostraban distintos estados de desnudez. Los hombres gruñían al abalanzarse sobre las mujeres, y ellas, bajo sus cuerpos, entonaban alabanzas a la diosa mientras recibían y correspondían entregadas su devoto ardor.

Con una repulsión que aumentaba por

momentos, vi que uno de los hombres arqueaba la espalda repentinamente, presa del paroxismo del éxtasis y, con un grito estremecedor, se derrumbaba sobre la mujer que yacía debajo de él. De inmediato, su pareja se puso en pie, recogió la túnica que había en la parte superior del jergón y se la tiró a la cabeza. Sólo se detuvo para lanzar a la cara del hombre la pequeña moneda de cobre que éste debía haberle entregado y luego, llorando en silencio, se abrió paso entre la multitud embelesada que había junto a la puerta y salió a la calle, dejando atrás las puertas del templo.

A mi lado había un marinero. Dándome un codazo, entró en el cubículo y se dirigió hacia una de las mujeres con coronas de flores que estaban sentadas.

—Vengo a ti para que saldes tu deuda con la diosa —la desafió, y acto seguido lanzó una moneda en su regazo.

Ella lo miró fríamente mientras con una mano se remangaba la falda hasta la cintura y, con la otra,

le masajeara vigorosamente su miembro viril hasta que estuvo totalmente erecto. El hombre tenía una protuberante barriga, cubierta de abundante vello negro. La mujer hizo una mueca mientras se quitaba la corona de flores de la cabeza y se tumbaba en el jergón, dejando caer las rodillas.

Cogí a Phat Tur por el brazo, apartándolo de la multitud de curiosos, y lo llevé hasta las puertas del templo.

El espectáculo de esos seres sórdidos interpretando una grotesca parodia de algo esencialmente bello me provocó más melancolía que placer.

Pasé la tarde del día siguiente con Nimrod, después de que éste hubiera regresado de sus devociones matutinas en el templo de Ishtar. El rey contó con la presencia de sus jefes militares y sus consejeros de confianza durante nuestras deliberaciones.

El señor Remrem y yo tratamos de convencerlos de proseguir la campaña contra los hicsos con más vigor y determinación. No obstante, cuando una maquinaria militar ha perdido su rumbo y su impulso es muy difícil conseguir que sus ruedas vuelvan a girar.

Todo se debía a la falta de recursos de Nimrod. La cantidad que le había pagado por la flotilla de seis buques de guerra era insignificante comparada con sus necesidades. A pesar de que había chupado hasta la última gota de sangre de sus súbditos con los impuestos, Nimrod no había podido pagar al ejército y a la marina desde hacía casi dos años. Sus armas, carros y otros equipamientos presentaban unas lamentables condiciones, y las tropas que le quedaban estaban a punto de amotinarse.

Para el faraón y para el propio Egipto, la situación se tambaleaba al borde del desastre. Si Sumeria nos fallaba, todo nuestro frente oriental quedaría desprotegido. Tenía que encontrar la

manera de sacar del aprieto al rey Nimrod. No por él, sino por nuestra supervivencia nacional.

Había calculado que el rey Nimrod necesitaría un mínimo de treinta mil lakhs de plata para que Sumeria volviera a ser una potencia militar a tener en cuenta.

La crisis que debía evitar tenía una doble vertiente. Nimrod era el primer aspecto de ella, y mi amado faraón, por mucho que detestara admitirlo, era el segundo. Nimrod estaba necesitado, mientras que Memnón Tamose nadaba en un océano de plata. Nimrod se había resignado a su estado de penuria, mientras que el faraón era un roñoso nuevo rico. Estaba sentado sobre un fabuloso tesoro de casi seiscientos mil lakhs de plata. Daba igual que hubiera sido yo, casi sin ayuda, quien hubiera conseguido dicho tesoro para él. El tesoro era suyo, pero yo conocía muy bien a mi Mem. Lo había educado desde su más tierna infancia y le había enseñado todo lo que sabía. Le había enseñado que cuesta mucho conseguir plata,

aunque sea muy fácil gastarla. Y ahora, de alguna forma, debía conseguir que olvidara esa lección. Debía conseguir que se desprendiera de treinta mil lakhs de plata y que se los entregara a un hombre al que no conocía y en el que no confiaba. Y tampoco estaba muy claro que yo confiara en él. Sin embargo, sabía que no teníamos elección. Debíamos confiar en él si queríamos que Egipto sobreviviera.

Por la noche, temprano, tras haber pasado una desafiante jornada con el rey Nimrod y sus hombres de confianza, me retiré a mis aposentos. Cené solo: un higo maduro y un poco de queso con pan duro, porque no tenía apetito. Evidentemente, me serví un poco de vino, aunque el primer sorbo me supo a vinagre. Aparté la copa y me concentré en escribir un mensaje a Mem; un mensaje que debía caber en un trozo de fino pergamino que una paloma mensajera pudiera llevar a Tebas por mí; un mensaje que debía convencer al faraón Tamose

para cometer un acto que él consideraría una catastrófica locura.

Muchas horas después había desechado mi sexto borrador del mensaje y estaba desesperado. Trataba de decirme que soy un hombre que comercia con las palabras, pero aun así era incapaz de dar con las que podrían convencer al faraón. Sabía que había fracasado incluso antes de empezar. Estiré las entumecidas piernas, me levanté del escritorio y me acerqué a la puerta que daba a la terraza. Alcé los ojos hacia la luna nueva y por su altura me di cuenta de que era medianoche pasada.

Mientras miraba, una nube no más grande que mi mano ocultó la luna y sumió el mundo que me rodeaba en la oscuridad. Pensé que, sin duda alguna, quedarme sin la luz de la luna intensificaría mi angustia. Pero, por arte de magia, tuvo justo el efecto contrario en mi estado de ánimo. Sentí que me invadía una profunda calma

que hizo esfumarse la desesperación que me atenazaba hacía tan sólo un momento.

Entonces oí una voz que me llamaba. Era una voz suave pero clara como el canto de un tordo al despuntar el alba, tan clara que miré a mi alrededor para ver quién había hablado. Pero estaba solo.

De pronto, la solución a mi problema se me presentó con toda nitidez. Me pregunté cómo podía haber dudado.

Cogí el sello real del halcón. En mi mano tenía todo el poder del faraón. Sabía que para salvar a mi patria del desastre y a mi faraón de la ruina debía ejercer ese poder. Aunque mis actos fueran contrarios a la voluntad del faraón; aunque invocaran su furia.

Mientras tomaba la decisión, me pregunté de dónde y de quién venía ese consejo. La solución era tan ajena a mi profundamente arraigada lealtad y a mi fe que me di cuenta, con una piadosa

sensación de asombro, de que la decisión no había sido sólo mía.

La nubecilla que había ocultado la luna se alejó y su tenue luz bañó de nuevo la noche, reflejándose en los muros del templo de Ishtar.

La dama encapuchada estaba allí, en la terraza, frente a mí, en el mismo lugar donde la había visto la última vez. Como en aquella ocasión, la capucha de su túnica de color gris plateado cubría su rostro. Y entonces supe de dónde procedía mi inspiración.

Ansiaba desesperadamente ver de nuevo su semblante. De alguna milagrosa forma, ella sintió mi necesidad. Con un movimiento de la cabeza, se echó la capucha sobre los hombros, dejando sus rasgos al descubierto. Su rostro estaba más pálido que la luz de la luna que jugueteaba en él. Era más hermosa de lo que recordaba, más bella que nada que jamás hubiera visto o imaginado.

Extendí las manos hacia ella a través del profundo vacío que nos separaba, pero la

expresión de su rostro se volvió triste y distante. Se alejó de mí y fue desvaneciéndose poco a poco en la noche hasta desaparecer. Y con ella, también, se desvaneció la luz de la luna.

Por la mañana, cuando Phat Tur se presentó en mis aposentos, yo ya me había vestido y estaba esperándole. Mi fuerza y mi determinación se habían visto reforzadas, y me sentía muy confiado. Avancé por los pasillos y pasadizos del palacio a un paso tan ligero que el señor Remrem, Phat Tur y el resto de mi séquito tuvo que apresurarse para seguir mi ritmo.

Cuando entramos en la sala del consejo, el trono de Nimrod estaba vacío. Sin embargo, sus consejeros y jefes militares llenaban la estancia. Se levantaron de la larga mesa para darme la bienvenida. Poco después de haber tomado asiento, fuera, en las puertas principales, las trompetas tocaron una fanfarria.

El rey Nimrod entró en la sala con aire solemne. Lo primero que pensé al verlo aparecer tan temprano fue que ese día había renunciado a la flor y nata y a sus cerezas del templo para estar con nosotros.

Era consciente del respeto que sentía por mí, y eso reforzó mi confianza sobre lo que estaba a punto de hacer. Tras observar el protocolo real, me arrodillé y me dirigí directamente al rey.

—Majestad, tengo una propuesta tan delicada y confidencial que quisiera reservarla para su real persona y el hombre en quien más confiéis. Os doy mi palabra de que mi oferta redundará en nuestro mutuo beneficio y que nos llevará a resolver la difícil situación en que nos encontramos en este momento.

Era evidente que Nimrod estaba desconcertado y por un instante intentó no tomar una decisión, pero yo no le dejé otra alternativa y, finalmente, accedió a mis deseos.

Mantuve al señor Remrem a mi derecha y a Phat

Thur a mi izquierda para traducir. Nimrod le hizo un gesto al almirante Alorus para que permaneciera en la mesa y acto seguido despidió al resto de sus consejeros.

Cuando los cinco nos quedamos a solas en la estancia, saqué el sello real del halcón de la manga de mi túnica y lo coloqué encima de la mesa.

–Estoy seguro de que Su Majestad es consciente de la importancia de este símbolo.

–Aunque es la primera vez que lo veo, entiendo que se trata del sello real del halcón y que confirma que habláis con la voz y la autoridad de Tamose, faraón de Egipto.

–Correcto, Majestad.

El rey Nimrod posó su fría y oscura mirada en mí. No dijo nada más, pero esperó con la intensidad de un leopardo que aguarda en un charco a que se acerque su presa. Lo miré casi con la misma intensidad.

–Majestad, ambos somos guerreros forjados en

las batallas, con experiencia y sentido común para saber que las guerras no se ganan sólo con gallardía y una hoja afilada, sino también con el peso de la plata que somos capaces de lanzar contra el enemigo.

–Nunca había oído a nadie expresarlo así, pero vuestras palabras son sabias y están llenas de verdad –repuso Nimrod en voz baja.

–En nombre de Tamose, faraón de Egipto, y por la autoridad que me concede el sello real del halcón, os ofrezco plata por valor de treinta mil lakhs con la única condición de establecer una alianza militar con Egipto y que invirtáis esa cantidad exclusivamente en la destrucción del rey Gorrab y su horda de hicsos.

Oí a Remrem respirando profundamente a mi lado. Sabía que no tenía permiso del faraón para hacer esa oferta y fue consciente del riesgo que corría. Sin embargo, no me digné a mirarlo. Nimrod se balanceó en su trono y me miró fijamente con silencioso recelo. Bajo el borde de

su corona, vi que unas gotitas de sudor perlaban su frente. Cuando por fin habló, su voz, ronca, sonó incrédula y avariciosa.

—¿Puede vuestro faraón deshacerse de una suma de tal magnitud?

—Os aseguro que sí, Majestad. El faraón me ha ordenado sellar un acuerdo entre nuestras dos naciones mediante la inmediata entrega a Su Majestad de tres mil lakhs de plata. Y eso no es más que una simple promesa de lo que está por venir.

Nimrod se me quedó mirando en silencio un largo rato. Luego, de repente, se puso en pie y empezó a pasear frenéticamente por la sala. Su rostro se contrajo en una mueca asesina y se mordió el labio hasta que una gota de sangre se derramó por su barbilla y manchó su túnica bordada. No mostró ningún signo de dolor.

De pronto, se detuvo frente a mí y me miró a la cara.

—¿Tres mil lakhs ahora mismo y veintisiete mil

más a lo largo de este año? –preguntó.

Esperé a que Phat Tur tradujera antes de decirle que sí.

–Lo que Su Majestad diga. Sin embargo, debéis mandar a vuestro mejor regimiento para recibir la entrega de parte del tesoro en Tebas. El faraón no aceptará correr el riesgo de que sean sus hombres quienes lo transporten.

Nimrod se dio la vuelta y siguió paseando. Sus sandalias con suela de bronce resonaban en las losas del suelo mientras recorría la sala de arriba abajo. Empezó a discutir consigo mismo en sumerio.

–¿Cómo puedo confiar en este monstruo taimado y sin testículos? No es ningún secreto que tiene un complot con Seth y todos los demonios de las tinieblas. Incluso hay quien cree que él mismo es uno de los espíritus más malignos del más allá –murmuró, y entonces, al darse cuenta de lo que había dicho, se dio la vuelta y, a gritos, se dirigió a Phat Tur–: ¡Traduce mis palabras por tu cuenta y

riesgo! Si lo haces, te estrangularé con tus propios intestinos, ¿lo has entendido?

Phat Tur palideció y bajó la mirada.

–Lo que Su Majestad ordene –accedió.

Nimrod retomó la marcha por la sala y su discusión consigo mismo. Luego volvió a detenerse frente a mí.

–Dile que confío en él –le ordenó a Phat Tur–. Pero que debo hacer un pacto con Tamose, faraón de Egipto, antes de acceder a una alianza.

Mientras ponía esa condición, vi un destello de maliciosa lascivia en sus ojos.

–Si es posible, sé que el faraón aceptará –dije, con cautela.

–Deseo unir mi familia con la familia real de Egipto –declaró Nimrod–. Quiero que Tehuti y Bekatha, las hermanas del faraón, sean mis esposas. Así, él y yo seremos cuñados.

Me asombró el alcance de su codicia, su desfachatez y su lujuria. Aquel pícaro ansiaba tanto el dinero como la carne.

—Es un gran honor el regalo que le ofrecéis a Egipto. En otras circunstancias, sé que mi farón no dudaría ni un momento en aceptar vuestra sugerencia. —Tras un tono de voz razonable, oculté mi enojo con aquella detestable criatura que me había colmado de insultos y que ahora mostraba abiertamente su deseo por mis queridas niñas—. Sin embargo, el faraón ya ha comprometido a sus dos hermanas en matrimonio con el Minos Supremo de Creta para sellar la alianza militar entre las dos naciones y no osaría renegar de su promesa. Los minoicos no aceptarían tal ultraje a su honor.

Nimrod se encogió de hombros y murmuró alguna obscenidad. No obstante, diría que no estaba demasiado molesto por mi negativa. Ambos sabíamos que había sido un intento suyo para exprimir hasta la última gota nuestro acuerdo. Da igual lo que se ofrezca a determinados hombres, porque siempre intentarán obtener un poco más.

Nimrod dio otra vuelta alrededor de la sala

mientras recuperaba su ingenio y acometió un nuevo intento:

—Me gustaría ver los tres mil lakhs de los que hablabais antes; no es porque no me fie de vos y de vuestro faraón a la hora de honrar nuestro acuerdo, sino porque simplemente me gustaría ver cómo los habéis ocultado hasta ahora...

Nimrod habló directamente conmigo, esperando, estoy seguro de ello, que me traicionara y admitiera que entendía el sumerio. Sin embargo, lo frustré una vez más y miré a Phat Thor para que tradujera. Estaba empezando a disfrutar esquivando las trampas de Nimrod. Era casi lo mismo que jugar con las piedras bao con el señor Atón.

Mandé a Zaras y a Hui a buscar la plata al campamento de nuestro regimiento, al otro lado de las murallas de la ciudad. Fueron necesarios dos carros y cincuenta hombres para su transporte. Cuando fue finalmente colocada en la sala del consejo, la montaña de lingotes era impresionante.

Nimrod se paseó alrededor de la brillante pila, acariciando cada lingote y dedicándoles palabras de cariño, como si fueran sus queridas mascotas.

Por la noche, disfrutamos de otro banquete en la mesa de Nimrod. El vino me pareció bastante más aceptable que las putrefactas entrañas que nos habían servido antes. Sin embargo, su efecto sobre los modales y el comportamiento de mi anfitrión y sus compinches fue menos meritorio.

El rey Nimrod se había perdido sus ejercicios matutinos en el templo de Ishtar. Nos apeteciera o no, fuimos obsequiados con una exhibición de la insaciabilidad del Gran Cazador. La mitad de las mujeres asistentes al banquete terminaron la velada en un estado de lascivo abandono.

Me felicité por haber dejado a mis dos princesas encerradas en sus aposentos con Zaras y una docena de sus hombres montando guardia en la puerta.

Los seis buques de guerra que había comprado a Nimrod estaban siendo aparejados de nuevo en el puerto de Sidón y no estarían listos para que tomara su mando hasta finales del mes de Famenoth.

Aproveché este paréntesis para planificar con el rey Nimrod y sus hombres nuestra campaña contra los hicsos. Había elegido al señor Remrem para que permaneciera en Babilonia y actuara como agregado militar del faraón.

A regañadientes, acepté que el coronel Hui se quedara con Remrem como su asistente. Bajo mi tutela, Hui se había convertido en uno de los más cualificados expertos en el arte de la guerra de carros. Sabía que iba a echarlo de menos a él y a su experiencia cuando empezaran las hostilidades con las hordas de hicsos en el norte de Egipto y en la costa del Mediterráneo, pero Bekatha había dejado muy clara su aversión hacia él. Sabía que se pondría furiosa si me hubiera llevado a Hui con nosotros a Creta.

Pocas semanas después de que Nimrod recibiera su incentivo en plata, los talleres de su ejército se emplearon a fondo en la fabricación de nuevas armaduras y armas, la reparación de los viejos carros y la construcción de centenares de carros nuevos según mi propio diseño y especificaciones. Las calles de Babilonia se llenaron de columnas de soldados en marcha y los zocos eran un tumulto de compradores y vendedores regateando.

Por Phat Thur y sus agentes me enteré de que el resto de ciudades de Sumeria estaba disfrutando de esa misma resucitación marcial. Los hasta entonces miles de desempleados guerreros sumerios acudían en manada al encuentro del estandarte real... y de las monedas de plata del rey.

El trabajo que yo mismo me había impuesto era bastante difícil y complicado, y la situación era aún peor al fingir que carecía de fluidez hablando el sumerio. Empecé a hablarlo como un niño y de forma titubeante con mis anfitriones, aunque cada

día resultaba más fluido y gramaticalmente correcto. Incluso Su Majestad el rey Nimrod se vio obligado a dejar de hacer en mi presencia sus insultantes comentarios sobre mi persona a sus aduladores. Muy pronto fui capaz de desconcertar a nuestros anfitriones con mi rápida cháchara y mis ingeniosos juegos de palabras en su propio idioma.

Una mañana observé al almirante Alorus mientras le comentaba a Nimrod que mi aprendizaje de la lengua sumeria era poco menos que un milagro. Cuando me acerqué para darle las gracias por el cumplido, Alorus se apartó de mí con temor supersticioso, haciendo la señal contra el mal de ojo. No creo que hubiera oído hablar jamás de la lectura de los labios. Pero, evidentemente, creía en la brujería, como hace toda persona sensata y educada.

Por las tardes, cuando ya refrescaba, aprovechaba para nadar en el Éufrates o para caminar por las colinas del sur, más allá de los

límites de la ciudad, acompañado por mis princesas. Me divertía comprobar la frecuencia con la que nos topábamos con Zaras durante nuestras excursiones, incluso en los lugares más remotos. Era casi como si alguien lo hubiera alertado de nuestra presencia. Estaba claro que no podía tratarse de Tehuti. Su sorpresa al encontrarlo merodeando por el camino casi superaba la mía.

Por las noches siempre recibíamos invitaciones para cenar con nuestros anfitriones sumerios o con mis oficiales. Si el rey Nimrod estaba presente, yo insistía en que mis princesas se sentaran cerca de mí, donde pudiera vigilarlas.

Cuando todos se habían retirado, me sentaba a solas en la terraza de mis aposentos, esperando hasta mucho después de medianoche a que regresara mi dama encapuchada. Noche tras noche, ella me decepcionaba.

Con toda esta bulliciosa actividad, los días pasaron con rapidez. Un día llegó un mensajero de la base naval de Sidón con la noticia de que los

seis buques de guerra que le había comprado a Nimrod estarían listos para su botadura veinte días antes de lo previsto. Nuestra engorrosa caravana tardaría casi la mitad de ese tiempo en llegar a Sidón, en la costa del mar Mediterráneo. Ordené a Zaras y a Hui que ultimaran los preparativos para abandonar Babilonia.

Aquella noche, después de haber acompañado a mis princesas a sus aposentos reales en el ala este del palacio, regresé a mis estancias antes de que se ocultara la luna. Mis esclavos habían dejado las lámparas de aceite encendidas en mi habitación y en la terraza, junto al jergón. Siguiendo mis instrucciones, habían mezclado el aceite con unas hierbas cuyas emanaciones ahuyentaban a los mosquitos y a otros insectos nocturnos y al mismo tiempo invitaban a un sueño agradable y reparador.

Rustie estaba esperando a que me acostara. Se acercó para desvestirme y colocar un cáliz de plata lleno de vino junto al jergón.

—Ya es medianoche pasada, amo —me regañó—.

Apenas habéis dormido un par de horas desde que empezó la semana.

Rustie es mi esclavo desde hace tantos años que ambos hemos perdido la cuenta. Hace mucho que se dio a sí mismo permiso para tratarme como si fuera mi niñera.

Con su ayuda, me despojé de la ropa. Salí a la terraza y cogí el cáliz de vino. Me mojé los labios y solté un suspiro de satisfacción. Era un vino de diez años de los viñedos de mi finca de Mechir. Luego me di la vuelta para contemplar, al otro lado de la terraza, el templo de la diosa. Sufrí una decepción pero me resigné al comprobar que estaba desierta. Habían pasado semanas desde que había visto por última vez a la dama encapuchada.

Me despedí de Rustie, que se alejó sin dejar de refunfuñar. Me paseé por el suelo de mármol, repasando mentalmente los puntos más destacados de las negociaciones que había hecho esa noche con el rey.

De pronto, me detuve en medio de un paso. La

tonalidad de la luz de la luna cambió, adquiriendo una sutil luminosidad dorada. Levanté los ojos hacia ella. Supe al instante que estaban en juego fuerzas sobrenaturales, aunque no pude decidir de inmediato si eran benignas o malignas. Hice la señal de Horus con dos dedos para alejar el mal y esperé en silencio a que aquellas fuerzas misteriosas se manifestaran.

Poco a poco fui percibiendo un aroma sutil y escurridizo en el cálido aire de la noche. Nunca había olido nada igual, y, aunque no pude identificar el perfume, todos mis sentidos se despertaron. Noté una extraña pero agradable sensación recorriéndome el cuello, los hombros y finalmente la espina dorsal. Eso me alertó de una poderosa y cercana presencia detrás de mí.

Me volví para mirarla. Estaba tan asustado que el cáliz de vino se cayó al suelo. Por un momento, mi corazón se detuvo, y luego empezó a latir de nuevo, golpeándome el pecho como los cascos de un caballo desbocado.

La misteriosa dama del templo estaba frente a mí, tan cerca que casi podía distinguir sus exquisitos rasgos tras las sombras de su capucha. Si hubiese extendido la mano podría haberla tocado, pero fui incapaz de moverme. Al final conseguí recuperar la voz, pero después de hablar fue silenciada con veneración.

—¿Quién sois?

—Mi nombre es Inana.

Me sorprendió tanto la rapidez de su repuesta como el sonido y el significado de ésta. Resonó en mis oídos como una música celestial. Supe de inmediato que nunca podría surgir de una boca humana un sonido tan hermoso como aquél. El significado de lo que había dicho era si cabe más sorprendente. Desde el principio de los tiempos, Inana había sido el antiguo nombre de la diosa Ishtar.

—Me llamo Taita.

Fue la única respuesta que fui capaz de pensar.

—Además de tu nombre, sabes muy pocas cosas

sobre ti, ¿verdad? Ni siquiera sabes cómo se llamaban tu padre o tu madre.

Mientras me decía eso, sonrió con delicada simpatía.

—No. Nunca los conocí.

Admití la verdad de la afirmación. Me tendió una mano compasivamente y, sin dudarlo, la tomé. Sentí de inmediato su calor y su fuerza fluyendo a través de mí.

—No tengas miedo, Taita. Soy tu amiga; más que tu amiga.

—No me das miedo, Inana. —Me tendió la otra mano, y cuando la cogí, también sentí que entre nosotros existía un poderoso vínculo de sangre—. ¡Yo te conozco! —exclamé, asombrado—. Siento que te conozco desde siempre. Dime quién eres.

—No he venido para hablarte de mí. He venido para hablarte de ti. Ven conmigo, Taita.

Sin soltarme las manos, retrocedió y me condujo desde la terraza hasta mi dormitorio. Sus pasos, si es que los daba, eran silenciosos. Sólo se oía el

suave chasquido de su falda; sentí que, debajo de ella, sus pies no tocaban el suelo, que flotaban sobre la superficie.

La hermosa habitación iluminada con lámparas de aceite había sido mi hogar durante las últimas semanas, y pensaba que la conocía palmo a palmo. Sin embargo, entonces vi que había una puerta en la que nunca había reparado en la pared de enfrente. Mientras Inana me conducía hacia ella, la puerta se abrió por sí misma. La oscuridad, al otro lado de los portales, era absoluta. Sin soltarnos, nos sumergimos en la oscuridad, que nos envolvió a ambos. Nos precipitamos hacia abajo, pero yo no tuve miedo porque ella me cogía de las manos. Mientras descendíamos, el viento sopló en mi cara con tanta fuerza que tuve que entrecerrar los ojos para protegerme. Volamos en la oscuridad durante lo que me pareció una eternidad, aunque sabía que el tiempo era una ilusión. Entonces sentí una superficie sólida bajo mis pies y dejamos de movernos. Había luz, aunque al principio fue tan

sólo un destello. Pude distinguir de nuevo la forma de la cabeza de Inana, y luego, poco a poco, su figura apareció debajo de ella. Ví que ahora estaba desnuda, igual que yo.

He visto los cuerpos de muchas mujeres hermosas a lo largo de mi vida, pero el de Inana los superaba con creces a todos. Sus caderas eran voluptuosas, pero por encima de ellas, su estrecha cintura resaltaba sus elegantes contornos. Aunque era tan alta como yo, sus extremidades eran tan finas y estaban tan delicadamente esculpidas que no pude evitar acariciarlas. Recorrí su brazo desde las muñecas hasta la curva de los hombros. Su piel era sedosa, pero, bajo ella, los músculos eran adamantinos.

Llevaba el pelo recogido, pero cuando sacudió la cabeza, se desprendió como una cascada sobre sus hombros, formando una onda que brillaba intensamente, hasta caer finalmente hasta la altura de las rodillas. Aquella cortina ondulante no cubrió sus pechos, que se abrieron paso a través

de ella como seres vivos. Eran de una perfecta redondez, blancos como la leche de yegua y coronados por unos pezones de rubí que se arrugaron cuando los recorrí con la mirada.

Su cuerpo no tenía vello, incluidas sus partes pudendas. Las puntas de sus labios interiores sobresalían tímidamente de la hendidura vertical. El dulce rocío de la excitación femenina brillaba sobre ellos.

La luz cobró intensidad y vi que estábamos en los Jardines Colgantes, sobre la ciudad de Babilonia. El conjunto de flores y arbustos que nos rodeaban era extraordinariamente bello, aunque parecía algo mundano comparadas con la belleza de Inana. Me cogió las manos de sus hombros y las besó. La sensación que invadió todo mi ser me hizo estremecer.

—¿Qué quieres de mí, Inana?

La voz que dijo eso no parecía la mía.

—Te propongo que nos unamos.

—Estoy seguro de que sabes que soy un hombre

incompleto –susurré, avergonzado—. Fui castrado hace mucho tiempo.

–Lo sé. –Su voz era amable y compasiva—. Estaba allí cuando te hicieron eso. Sentí el cuchillo con la misma intensidad que tú. Y lloré por ti, Taita. Pero me alegré por mí. Acoplarse no es lo mismo que unirse. No me estaba refiriendo a la breve unión de la carne, que acaba demasiado pronto con un ridículo espasmo muscular, una exigua recompensa para el hombre que entrega su semilla o para la mujer que la acepta en su seno. Eso es un mero remiendo de la naturaleza para lanzar a otro mortal a una breve e intrascendente existencia que pronto se borra con la muerte.

Guió mi mano derecha hacia la parte inferior de sus labios e introdujo mis dedos hasta el fondo de la grieta que había entre sus deliciosos muslos. Era lúbrico y estrecho como mis dos dedos. Sentí derretirse mis entrañas con el calor de las suyas.

–No me estaba refiriendo a esto. –Con la punta de los dedos, acarició suavemente la brutal

cicatriz que tenía entre mis piernas, allí donde una vez había estado mi virilidad—. Ni a esto.

—¿Qué más puede unir a un hombre y a una mujer, Inana?

—Existe la unión de las almas además de la de los cuerpos. La fusión de las mentes superiores. Ése es el verdadero milagro de la vida que rara vez puede ser consumado.

Me condujo hasta el césped del jardín secreto. Era sedoso y suave bajo nuestros pies, como el plumaje de un pato. Se acercó a mí con un rápido y sinuoso movimiento, y al cabo de un momento, nuestros cuerpos se entrelazaron tan estrecha e íntimamente como los dioses habían imaginado. Nuestros brazos y nuestras piernas se enroscaron, nuestros alientos se mezclaron. Podía sentir los latidos de su corazón contra el mío.

Poco a poco, nuestros corazones se convirtieron en un órgano que compartíamos y que latía como uno solo. Nuestra respiración combinada armonizaba y sostenía sus pulmones y los míos.

Quería que su cuerpo me envolviera más, y envolver completamente el suyo con el mío para convertirnos en un solo organismo.

Entonces, al ser consciente de que su mente controlaba la mía, experimenté una fugaz sensación de pánico e impotencia. Traté de evitarlo, pero luego me di cuenta de que yo estaba usurpando su mente al mismo tiempo que ella usurpaba la mía. Mientras se apoderaba de mis recuerdos, yo atesoraba los suyos. Nada se perdía ni olvidaba entre los dos. Compartíamos una existencia que se remontaba a un pasado muy lejano.

—Ahora ya sé quién es mi padre —le susurré, maravillándome al oír mi propia voz.

—¿Quién es? —preguntó.

Conocía la respuesta antes de haber formulado la pregunta, que yo escuché aunque ella no hubiera hablado.

—Es Meniotos, el dios de la ira y la moral —contesté, en medio del divino silencio que compartíamos.

–¿Y quién es tu madre? –preguntó Inana, y saqué la respuesta de la mente que compartíamos.

–Mi madre era Selia, pero era humana y mortal. Murió al dar a luz.

–Eres un semidiós, Taita. No eres enteramente humano ni del todo divino. Aunque tendrás una larga vida, un día también morirás. –Envolvió mi alma con la suya, protegiéndome con más fuerza–. Pero ese día aún está lejos. No obstante, yo estaré allí para protegerte y cuidar de ti cuando llegue. Cuando te hayas ido, te lloraré durante mil años.

–¿Quién eres, Inana? ¿Por qué me siento tan unido a ti en cuerpo y espíritu? ¿Quién es tu padre?

–Mi padre es Hiperión, el dios de la luz. Es el hermano de Meniotos. Así pues, tú y yo compartimos la misma sangre divina –dijo, sin rodeos.

–He escuchado tu respuesta antes de formular la pregunta –le dije, en silencio–. Y tu madre, ¿era una mortal o una diosa?

–Mi madre es Artemisa –respondió Inana.

–Artemisa es la diosa de la caza y de los animales salvajes –dije–. También es la diosa virgen y la diosa de las doncellas. ¿Cómo es posible que sea virgen y también sea tu madre?

–Debes saber, Taita, que con aquellos de nosotros que somos dioses y semidioses todo es posible. Hiperión, mi padre, devolvió la virginidad a mi madre después de que yo naciera. –Sonreí ante el encantador pragmatismo de la solución del padre, y sentí la sonrisa de Inana antes de que prosiguiera–. Pero yo soy virgen, como mi madre, y por decreto de Zeus, que es el padre de todos los dioses, debo seguir siéndolo. Ese es mi castigo por haber rechazado a Zeus, que es mi abuelo, cuando trató de cometer incesto y copular conmigo.

–Un castigo muy cruel para una ofensa tan trivial –repuse, compadeciéndome de ella.

–No lo creo, Taita. Creo que es la más dulce de las recompensas, porque, de lo contrario, ¿cómo podríamos tú y yo ser amantes a lo largo de los

siglos que han transcurrido y los que están por venir y aun así conservar la virginidad y la pureza?

—¿Cómo puede alguien conocer su destino, Inana? Yo ni siquiera había nacido en los tiempos remotos de los que hablas.

—Yo estaba allí cuando tú naciste, Taita. Y estaba allí cuando te arrancaron tu virilidad. Y lloré por ti, aunque sabía el gran provecho que íbamos a sacar a lo largo de los milenios de aquel hecho tan terrible.

—Hablas de milenios. ¿Estaremos juntos tanto tiempo, Inana?

No respondió directamente a mi pregunta.

—Aunque no has sido consciente de ello, te he seguido de cerca desde el día que naciste. Sabía todo lo que te acontecía, cada breve alegría y cada insoportable agonía.

—¿Por qué yo, Inana?

—Porque somos uno, Taita. Somos de la misma sangre y un solo aliento.

–No puedo ocultarte nada –admití–. Sin embargo, no soy virgen como tú. A lo largo de mi vida he tenido relaciones carnales con otras mujeres.

Inana sacudió la cabeza con aire triste.

–Sólo has conocido una mujer, Taita. Yo estaba allí cuando ocurrió. Podría haberte prevenido contra ello, porque por ese breve momento de placer pagaste con la hoja del cuchillo que te castró. –Sentí su aliento en mi boca y su dolor en mi corazón mientras continuaba–: Podría haberte evitado la agonía, pero si lo hubiera hecho, si te hubiera advertido de las consecuencias, entonces tú y yo nunca habríamos podido unirnos como lo estamos haciendo ahora, en eterna y divina castidad.

Reflexioné sobre lo que había dicho y luego suspiré mientras ella suspiraba dentro de mí.

–Todo sucedió hace mucho tiempo. No recuerdo la cara de aquella muchacha. Ni siquiera recuerdo su nombre –reconocí.

—Eso es porque he borrado ese recuerdo de tu mente —susurró—. Si lo deseas, puedo devolvértelo, y podrás conservarlo durante los próximos cinco mil años, pero no te proporcionará ninguna alegría. ¿Es eso lo que quieres?

—Ya sabes que no.

Estaba renunciando a esa alma en pena, que había sido esclava conmigo. En nuestro dolor compartido, nos habíamos dado mutuamente un poco de consuelo. Ella me había dado amor, pero hacía tiempo que había sido engullida por el abismo del espacio y del tiempo y se había ido a un lugar donde nadie podía seguirla. Ni siquiera un semidiós castrado.

Me entregué al momento, deleitándome con los pensamientos de la mente de Inana y el recuerdo mientras ella se deleitaba con los míos. Con nuestros cuerpos y nuestras almas entrelazados, el tiempo ya no era un río que fluía sin aliento. Se había convertido en un suave océano en el que flotábamos los dos, saboreando cada momento

como si fuera un fragmento de eternidad. Ella reforzó las murallas de mi alma, haciéndome inconmensurablemente más sabio e invulnerable al mal.

Juntos alcanzamos un estado de gracia espiritual.

Después de una eternidad, mi alma se dirigió a la suya.

—No quiero que esto acabe nunca, Inana. Quiero quedarme contigo así, para siempre.

Entonces escuché su voz, que me respondía desde lo más profundo de mi ser:

—Tú eres parte de mí, Taita, y yo soy parte de ti. Pero al mismo tiempo estamos separados y somos seres completos. Tenemos nuestra propia vida, distinta de la del otro, una vida a la que debemos volver. Tenemos nuestro propio destino, al que debemos enfrentarnos solos.

—Por favor, no me abandones —le imploré.

—Ahora voy a dejarte. Ha llegado el momento de irme.

Su voz ya no se mezclaba con la mía.

—¿Volverás a mí?

—Sí.

—¿Dónde? —pregunté.

—Dondequiera que estés.

—¿Cuándo, Inana? ¿Cuándo volveré a verte?

—Dentro de un día, de un año o puede que de mil años.

Sentí que su cuerpo se escurría para liberarme de su abrazo.

—Quédate un poco más —le supliqué, pero ya se había ido.

Me senté y miré a mi alrededor, desconcertado. Estaba acostado en el jergón, en la terraza del palacio. Me levanté dando un brinco y corrí hacia el dormitorio principal. Me detuve en el centro de la gran sala y me quedé mirando la pared del fondo, donde había visto la puerta del jardín secreto al que Inana había volado conmigo. Ahora ya no había ninguna puerta.

Crucé la estancia despacio y empecé a examinar

minuciosamente la pared de enfrente, recorriendo su superficie con los dedos, buscando la bisagra que hay entre la puerta y la jamba. El estucado era suave y sin fisuras. Entonces recordé lo que Inana me había dicho.

«Debes saber, Taita, que con aquellos de nosotros que somos dioses y semidioses todo es posible».

Parecía que habían transcurrido muchos años desde la última vez que había estado allí. ¿Existía una dimensión como la del tiempo en el lugar lejano al que Inana me había transportado? Aunque así fuera, ¿era posible que el tiempo se hubiera detenido en este mundo cuando yo me encontraba en el otro con ella?

Mientras trataba de separar la realidad de la fantasía y lo verdadero de lo falso, mis ojos se posaron en el despliegue floral de rosas rojas colocadas en la enorme ánfora de bronce que estaba en el centro de la estancia. Me acerqué a ella y examiné las flores de espinosos tallos.

Estaban tan frescas como la última vez que las había visto.

–Podrían haberlas cambiado muchas veces en mi ausencia –dije, en voz alta.

Entonces bajé la mirada. En el suelo de mármol había una rosa roja. Recordé haberla arrancado del ramo la tarde anterior para oler su perfume; luego la tiré al suelo para que los sirvientes de palacio se la llevaran.

Me agaché para recoger la flor y la olí. Tenía la misma fragancia que la última vez que la había olido; al examinarla más de cerca, me di cuenta de que a pesar de no haber estado en agua, no sólo no se había marchitado, sino que estaba tan fresca y firme como cuando había roto el tallo.

¿Era posible que Inana y yo sólo hubiéramos pasado una noche en aquel divino abrazo y no toda una vida, como yo me imaginaba? No parecía posible. Me quedé perplejo mientras rozaba mis labios contra los pétalos de rosa.

Entonces oí que se abría la puerta principal de

la casa y unas voces apagadas hablando en egipcio.

–¿Quién es? –grité.

Una de las voces me respondió:

–Soy yo, amo.

Reconocí la voz de Rustie. Un momento después apareció en el umbral de la puerta del dormitorio.

–¿Dónde estabas?

–Me dijisteis que no os despertara hasta que el sol no asomara por encima del horizonte, amo – protestó, con mal disimulada indignación.

–¿Cuándo te dije eso?

–Anoche, cuando me ordenasteis que me retirara.

Así pues, había estado ausente solamente una noche. A lo mejor nunca había ocurrido. Tal vez había sido nada más que un sueño, aunque deseaba desesperadamente que no fuera así. Ya estaba deseando encontrarme de nuevo con Inana, en el caso de que fuera real y no una fantasía de mi mente. ¿Conocería alguna vez la respuesta a ese

misterio? ¿Fantasía o realidad? ¿Qué y quién era Inana?

–Se me había olvidado. Por favor, discúlpame, Rustie.

–Por supuesto, señor. Pero soy yo quien debe disculparse con vos.

Rustie es muy fácil de apaciguar. Es un hombre encantador y estoy realmente encariñado con él. Sin embargo, en tono severo, le recordé:

–No olvides que dentro de cinco días partimos a Sidón. Para entonces debe estar todo preparado para viajar.

–Ya he cargado la mayoría de nuestras pertenencias en los carros. Puedo estar listo para salir en una hora.

Cada hora de los cinco últimos días que pasamos en Babilonia parecía estar llena de una frenética actividad. Celebramos las últimas reuniones con Nimrod y su consejo, firmamos los acuerdos entre

nuestras naciones y las disposiciones acordadas para el resto de los lingotes de plata que los compinches de Nimrod debían recoger en Tebas. Me alegraba mucho no estar presente cuando el acuerdo para el pago de los veintisiete mil lakhs de plata, que había firmado con el sello real de halcón, fuera entregado al faraón Tamose.

Además de todo esto, estaba la llegada a Babilonia del emisario que el Minos Supremo había enviado a la ciudad para dar la bienvenida a mi delegación y viajar con nosotros a Creta. Había zarpado de Cnosos acompañado por su séquito con una flotilla de buques de guerra. Había fondeado los barcos en el puerto sumerio de Sidón y viajado por tierra con sus hombres para reunirse conmigo.

Se llamaba Toran, que puede traducirse del minoico como «el Hijo del Toro». Era un hombre bien parecido en la plenitud de su vida y viajaba como el representante del monarca más rico y poderoso de la tierra. El rey Nimrod reservó una ala entera de su palacio para acomodar a su

séquito. Sólo para alimentar y entretener a los visitantes cretenses, Nimrod tuvo que gastar una gran parte de los tres mil lakhs que yo le había entregado. Estaba ansioso por ver regresar a Toran a su isla e hizo todo lo posible por acelerar su partida.

A pesar de su atractivo físico y sus regios modales, Toran era uno de los hombres más inteligentes y astutos que he conocido. En nuestro primer encuentro establecimos un fuerte vínculo de mutuo respeto; casi de inmediato, ambos reconocimos las cualidades superiores del otro.

Una de las muchas virtudes que compartíamos era el odio por los bárbaros hicsos y cualquier cosa que estuviera relacionada con ellos, por remota que fuera. Me pasé una hora compadeciéndome con él por el despreciable y no provocado ataque que habían lanzado contra la fortaleza minoica de Tamiat y por las atrocidades que habían cometido con las tropas cretenses que allí habían capturado. El hijo pequeño de Toran

fue uno de los jóvenes oficiales a los que decapitaron después de haberse rendido.

Sin embargo, ninguno de los dos mencionó los tres grandes trirremes, auténticos tesoros cretenses, ni los 580 mil lakhs en lingotes de plata que los hicsos habían robado al Minos Supremo. Era como si aquel fabuloso tesoro jamás hubiese existido. Por mi parte, habría jurado sin problemas ante todos los dioses que no sabía nada de ello.

Pero lo que me convenció definitivamente del gran talento de Toran y de su privilegiado intelecto fue su fluidez hablando egipcio y el hecho de que había leído y estudiado mucho lo que yo había escrito sobre los más diversos temas. Me confesó que consideraba mi tratado sobre tácticas y batallas navales como la obra de un genio y que había traducido gran parte de mi obra poética a la lengua minoica.

No fue hasta el segundo día de nuestras deliberaciones que abordamos el asunto de la alianza propuesta entre nuestras dos poderosas

naciones y la forma en que podríamos confirmar y consolidar dicho pacto. Esas deliberaciones nos llevaron otros tres días, durante los cuales ambos pusimos a prueba todo nuestro poder de negociación hasta el límite. Finalmente, el cuarto día estuvimos en disposición de firmar un acuerdo que yo había redactado en egipcio jeroglífico y en minoico lineal A.

Estimé que era el momento oportuno para presentar mis princesas a Toran. Lo invité a él y a su séquito a cenar con nosotros la noche siguiente.

Supervisé personalmente la selección de los vinos y decidí los platos que se servirían. Mi menú era casi tan largo como el tratado con Creta que acababa de firmar, aunque bastante más fascinante. Luego dediqué toda la tarde a preparar a mis dos princesas para la ocasión. Era algo esencial para mi propósito, por no hablar de las ventajas para Egipto, engatusar a Toran para que hiciera una brillante descripción de sus atributos cuando regresara al palacio de Cnosos.

Con mucho cuidado, elegí del armario que me había traído desde Tebas las telas y colores que mejor complementaban la belleza de mis dos niñas: el rosa para Bekatha y el verde para Tehuti.

Me senté junto a las dos mujeres que las estaban maquillando. No aceptaría de ninguna de ellas nada que no rozara la perfección. Cuando finalmente aprobé sus esfuerzos, ambas estaban llorando, pero los resultados merecieron mi perseverancia. La única belleza que he contemplado y que superaba la de mis niñas aquella noche era la del rostro de la diosa Inana a la luz de la luna. Sabía que ni Toran ni su señor en Creta serían capaces de resistirse a mis dos niñas, del mismo modo que nunca he sido capaz de hacerlo yo.

Aquella noche esperé hasta que Toran y el resto de la compañía estuvieron sentados a la mesa magníficamente decorada que había preparado y a que a todos les hubieran servido vino antes de dar la señal para que las niñas hicieran su entrada.

Cuando aparecieron deslizándose una junto a la otra por la puerta de doble hoja que había al final de la sala, un inmediato y profundo silencio cayó sobre la compañía. Los hombres estaban cautivados por la admiración, y las mujeres por la envidia.

Mis princesas se detuvieron frente a Toran y ambas hicieron una elegante reverencia. Loxias, que iba detrás de ellas, también se inclinó. Evidentemente, yo no había dedicado ninguna atención a la muchacha de Creta. Llevaba un vestido de un color bastante apagado que dejaba al descubierto sus rodillas. Su rostro y sus rodillas eran hermosos, aunque nada excepcionales. Era obvio que se había maquillado y peinado ella misma. Después de todo, era una sirvienta, y muy afortunada por haber conseguido mi permiso para asistir al banquete.

Miré de reojo a Toran para juzgar su reacción ante aquella plétora de belleza femenina y me di cuenta de que miraba por encima de las cabezas de

mis dos princesas y sonreía. Desvié mi atención en esa dirección y descubrí con gran sorpresa y disgusto que Loxias le devolvía tímidamente la sonrisa. Fue entonces cuando recordé la admiración que la muchacha había demostrado por el señor Remrem y deduje que debía sentir inclinación por los hombres maduros.

Inmediatamente, moderé mi exagerada opinión sobre Toran. Puede que fuera un afable y erudito estadista con buen gusto literario, pero en cuestión de mujeres era evidente que no era capaz de distinguir un resplandeciente colibrí de un pequeño gorrión gris.

Hice un gesto a mis niñas para que tomaran asiento a ambos lados de Toran. Ya habían recibido mis instrucciones para deslumbrarlo con su dominio de la lengua minoica. Luego, con un movimiento de la cabeza, desterré a Loxias al otro extremo de la sala, donde gozaría de libertad para desplegar sus encantos entre algunos de mis

jóvenes oficiales, más próximos a ella en edad y estatus social.

Durante las semanas siguientes me vi obligado a pasar gran parte de mi tiempo en solemne cónclave con Toran, el señor Remrem y el alto mando sumerio, planificando y coordinando nuestra campaña conjunta contra el rey Gorrab. Los días pasaban sin darnos cuenta, y parecía que no había ni un momento de respiro para mí.

Dos días antes de que nuestra caravana partiera de Babilonia con destino al puerto de Sidón no pude resistir más la tentación que sentía de hacer una visita de despedida al templo de Ishtar. Tenía la ferviente esperanza de encontrar algún persistente rastro de Inana en aquella extraña construcción, tal vez un mensaje críptico de la diosa o al menos alguna esotérica pista de su presencia.

Acordé con Onyos, el sacerdote de túnica verde

de la diosa, que me dejara acceder al templo después de que se cerrara al resto de fieles. Fui solo, vestido con una túnica gris con capucha parecida a la que siempre llevaba Inana. Pasaba una hora de la medianoche cuando llegué al portalón de madera del templo, donde me estaba esperando Onyos.

—Me gustaría estar a solas —lo despedí, depositando un mem de plata en la palma de su mano.

Se alejó de mí respetuosamente, inclinando la cabeza con una solemne reverencia, y desapareció en las sombras de la nave hipóstila.

Sin el reflejo del gran espejo solar que iluminaba el techo, el templo era un lugar sombrío e inquietante. Salvo por la presencia de unos pocos sacerdotes y sacerdotisas vestidos con túnicas verdes, estaba desierto. Los cubículos donde las mujeres esperaban para realizar su servicio obligatorio a la diosa estaban vacíos. Algunos de los frescos más espectaculares estaban

iluminados por lámparas de aceite con reflectores de cobre pulido.

La vacilante luz bailaba sobre las figuras pintadas, dotándolas de una vida escabrosa. Me detuve frente a algunas de ellas y pensé en el abismo que separaba aquellas imágenes de la verdadera naturaleza de la divina y casta deidad a la que estaban dedicadas. Durante el viaje de exploración que había hecho con Inana aprendí que lo que los hombres creen acerca de los dioses es, mayormente, lo que desea su imaginación. La idea de que un hombre puede doblegar a los inmortales a voluntad a través de la oración y el sacrificio o la confesión piadosa es ridícula. Los inmortales sólo hacen lo que más les conviene, es decir, velar por su poder y su placer.

Exploré lenta y atentamente los cavernosos pasillos y claustros, pero no pude detectar ni la más mínima prueba de la presencia de Inana en ninguno de ellos. El rey Marduk había levantado aquella enorme construcción en un intento de

atraer a la diosa y capturarla, pero ahora yo sabía que ella nunca era la presa, sino la cazadora.

Subí a la terraza que se extendía formando una espiral por los muros exteriores del templo; era el lugar donde ella se me había aparecido en tantas ocasiones, aunque ahora no había ni rastro de su presencia. Llegué a la azotea y me senté al lado del gigantesco espejo de metal que durante las horas de luz proyectaba los rayos del sol en la nave.

Busqué en la enjoyada bóveda del cielo de medianoche por encima de mi cabeza, pero ella no me había dejado nada. Todo cuanto conservaba era su recuerdo y la promesa de que algún día volvería a mí.

El rey Nimrod había ordenado la construcción de un pabellón real al otro lado de las puertas principales de la ciudad. Estaba decorado con banderas, flores y hojas de palma. El día que

partimos para Sidón, Su Majestad ocupó el podio que había en lo alto.

Estaba rodeado de los nobles sumerios, los altos mandos militares y los dignatarios de la ciudad. El señor Remrem, el coronel Hui y el resto de oficiales egipcios que iban a quedarse en Babilonia también ocuparon posiciones privilegiadas en el estrado.

El día antes, yo había enviado a todos los sirvientes, esclavos y otros no combatientes para que se avanzaran a nuestras fuerzas principales. Con ellos viajaban los carros con el equipaje y las manadas de caballos y camellos. Así pues, cuando desfilamos ante el rey Nimrod, conmigo sólo estaban los oficiales y los guerreros.

Todos nuestros carros, armas y armaduras habían sido reparados, renovados y pulidos para que brillaran a la luz del sol. Los caballos y los camellos habían comido, descansado y habían sido cepillados hasta que estuvieron en óptimas condiciones. Zaras se ocupó de que los hombres

recibieran las mismas atenciones y no les había permitido aflojar el ritmo. Nuestro aspecto era realmente el de lo que éramos: un pequeño ejército de duros combatientes.

Muchos hombres habían establecido relaciones con la población local, por lo que había numerosas damas llorando a la vera del camino que conducía a la costa. Algunas de ellas estaban embarazadas, y eso no hacía sino aumentar la emoción y el drama del momento.

Toran montaba a mi izquierda, y mis dos princesas a mi derecha. Loxias se las había arreglado para situarse cerca del embajador minoico. Era algo que no me sorprendía ni me inquietaba. Sabía que ya no dormía en la misma habitación que mis niñas, y que desde que Toran llegó a Babilonia había encontrado un nuevo alojamiento. Decidí no hacer más pesquisas al respecto.

Con el embajador y mis princesas reales a ambos lados y la banda de cuernos, flautas y

tambores del regimiento a nuestras espaldas, llevé a mis hombres fuera de la ciudad. Detuve la columna cuando llegamos a la altura del pabellón real, desmonté y subí las escaleras hasta el podio donde se encontraba el rey Nimrod.

La banda dejó de tocar y la multitud guardó un respetuoso silencio cuando, apoyando una rodilla en el suelo, me postré ante el rey Nimrod. Su Majestad me levantó y me abrazó con el mismo cariño con el que, de haberlo tenido, lo habría hecho mi propio hermano. Era lo adecuado por haberle devuelto su reino y su ejército. También lo había convertido en un hombre rico y le había restituido gran parte de la fortuna que su padre, el rey Marduk, había dilapidado.

Después de intercambiar votos de eterna amistad que, por mi parte, no eran del todo sinceros, nos separamos.

Tras montar de nuevo en mi semental, levanté la mano derecha para disponerme a dar la orden de

marcha y la banda tocó los primeros compases del himno del regimiento.

En aquel momento lleno de tensión, a mi izquierda, una voz muy querida lanzó un grito que resonó contra las gigantescas murallas de la ciudad.

—¡Alto! —gritó la princesa Bekatha.

Todos obedecemos su orden. La música de la banda y los vítores de la multitud titubearon y finalmente guardaron un incómodo silencio. Todas las miradas, incluida la mía, se volvieron hacia ella.

—¿Qué te aflige, querida? —le pregunté, con voz tranquilizadora.

Me di cuenta de que estaba al borde de una de sus famosos arrebatos. Puede que yo sea en parte responsable del destemplado temperamento de Bekatha. Tal vez haya sido demasiado indulgente con ella en el pasado.

—¿Qué cree que está haciendo Hui allí arriba, en el estrado, escondiéndose detrás del señor

Remrem mientras yo me veo obligada a partir hacia una desolada isla en el otro extremo del mundo? –Bekatha extendió la mano derecha, señalando al hombre que le había hecho tan terrible ofensa—. ¡Mirad cómo se esconde!

Todas las cabezas, incluida la del rey Nimrod, se volvieron hacia Hui.

–Dijisteis que no querías volver a ver nunca a Hui –le recordó Loxias a Bekatha.

Bekatha se volvió hacia ella.

–¡No te metas en esto o lo lamentarás!

–Loxias tiene razón. Dijiste que odiabas a Hui.

–Tehuti salió valientemente en defensa de la muchacha de Creta.

–Yo nunca dije tal cosa. ¡Nunca empleé la palabra odiar!

–Claro que sí –respondieron al unísono las otras dos muchachas.

Tehuti fue un poco más lejos:

–Incluso dijiste que ibas a ordenar que lo decapitaran.

–Nunca dije decapitar. –Los ojos de Bekatha se llenaron de lágrimas de rabia–. Dije castigar. Dije que quería que lo castigaran.

Los que estaban en la parte de atrás de la tribuna llena de gente empezaron a preguntar a los de la parte delantera, que entendían un poco el egipcio:

–¿Qué ha dicho esa muchacha?

–Dice que quiere que decapiten a alguien.

Los niños que había entre la multitud empezaron a lloriquear para que sus padres los levantaran en hombros para contemplar mejor la ejecución.

–Incluso te oí decir que Hui es un patán y un bárbaro. –Me metí en la conversación prudentemente, protegido por el alboroto.

–Lo único que dije es que no debería haberse burlado de mí.

–¿No crees que sea feo?

Bekatha bajó los ojos y la voz.

–En realidad no. En realidad creo que, de una forma extraña, es adorable.

–¿Y qué me dices de sus cinco esposas?

–Me prometió que las mandaría de vuelta con sus madres.

Parpadeé. Evidentemente, aquel asunto estaba totalmente fuera de mi control.

–Tal vez sería mejor dejarlo aquí, en Babilonia, o cumplir tu promesa y decapitarlo –sugerí.

–No seas tan malo, Taita.

–¿Estás totalmente segura de que quieres que Hui venga con nosotros a Creta?

Ella asintió con la cabeza. Su sonrisa, al menos para mí, era irresistible. Me puse de pie sobre los estribos y grité sobre las cabezas de la multitud.

–¡Hui! Recoge tus cosas y forma en filas. No pienso esperarte. Si no te has unido a nuestro regimiento antes del atardecer diré que te has ausentado sin permiso.

Pateé los flancos de mi caballo con los talones y nos encaminamos hacia la costa. Por el rabillo del ojo vi que el coronel Hui descendía del podio real a toda velocidad. Ignorando las protestas del señor

Remrem, salió corriendo hacia la ciudad para recoger sus pertenencias.

Me pregunté por qué me sentía tan satisfecho conmigo mismo. Acababa de tomar una decisión que era casi del todo insostenible. No suponía ningún provecho para mí, salvo que ahora tenía al mejor auriga de Egipto a mi mando y que había hecho de nuevo feliz a mi pequeña Bekatha.

Seguimos el río Éufrates en dirección noroeste durante los siguientes seis días hasta llegar al camino real en la ciudad de Resafa. Luego nos desviamos para seguir el camino principal a través de las montañas hasta Ash-Sham, la ciudad de Jasmine.

Cuando dejamos atrás el mar Rojo, avanzamos en un enorme círculo que nunca nos acercó a más de setecientas leguas de las tierras dominadas por los hicsos en todo el extremo norte de la Madre Nilo.

Desde la ciudad de Jasmine pudimos por fin avanzar directamente por el oeste hacia el puerto de Sidón, en la costa más oriental del mar Mediterráneo. Ésa fue la etapa más hermosa y agradable de nuestro largo viaje, que nos condujo a través de las montañas y los bosques del Líbano.

El camino principal estaba lleno de unos árboles gigantes que nunca habían conocido el hacha. Parecían ser los pilares sobre los que se suspendía el cielo para alcanzar la verdadera morada de los dioses. En aquella época del año sus ramas superiores estaban adornadas con guirnaldas de nieve fresca, y el aire estaba impregnado del perfume de su resina.

A medida que nos acercábamos a la costa la temperatura aumentó y pudimos despojarnos de las pieles y de los pesados chalecos de lana que habíamos comprado en la ciudad de Jasmine. Al salir de los bosques de cedros descubrimos otra montaña que se alzaba ante nosotros. Los guías me aseguraron que se trataba del monte Rana, que en

la lengua canaanita significa «perfecto en su belleza». Se encuentra en las costas del mar Mediterráneo, entre los puertos fenicios de Tiro y Sidón, separados por una distancia de casi veinte leguas.

La montaña dividía la ruta comercial que seguíamos. Tomamos la desviación de la derecha, y al doblar el flanco del monte Rana disfrutamos de la primera vista del mar. Era una maravillosa sombra de profundo azul cerúleo que se extendía hasta el horizonte. Incluso el vientre de las imponentes montañas de nubes se teñían de azul por el reflejo de las aguas que había debajo de ellas.

Sidón era una de las ciudades comerciales más prósperas y bulliciosas de la costa. El puerto estaba abarrotado de buques mercantes. Aun desde lejos pude distinguir el emblema del hacha de dos puntas de Creta en las velas de los barcos más grandes. Éstos formaban parte de la flotilla que había llevado a Toran hasta allí desde Creta. Se

acercó a mí para despedirse y luego se dirigió hacia el puerto para embarcar en su buque insignia y tomar su mando. Él zarparía antes que nosotros para avisar al Minos Supremo de nuestra inminente llegada.

Escogí un área de terreno abierto que bordeaba el camino, a media legua de distancia de los muros de piedra del puerto. Un arroyo que bajaba de las laderas del monte Rana nos proporcionaría el suministro de agua. Ordené a Zaras que montara el campamento del regimiento en aquel lugar. Antes de haber terminado de acampar, una delegación cruzó las puertas de la ciudad y se acercó a nosotros por el camino. Vi que el hombre que la encabezaba vestía la túnica de los oficiales sumerios de alto rango. Cabalgó hasta donde yo me encontraba y desmontó.

—Soy Naram Sin, gobernador de la provincia de Sidón. —Apretó el puño contra el pecho en un gesto de respeto—. Sé que sois el señor Taita; vuestro nombre es conocido y venerado en toda Sumeria.

Su Majestad el rey Nimrod me ha dado órdenes estrictas de otorgaros todo mi respeto y obedecer vuestras instrucciones al instante y sin rechistar. Debo velar para que a vos y a las damas reales no os falte de nada.

—Gracias por esta cálida bienvenida. Mi primera petición es que nos suministréis forraje para los animales.

Naram Sin giró sobre sus talones y gritó una serie de órdenes a sus subordinados, quienes se escabulleron al escucharlas. El gobernador se volvió de nuevo hacia mí y dijo:

—¿Hay algo más en lo que pueda ayudaros, señor?

—Por favor, llevadme a los astilleros donde se está aparejando mi flotilla. Estoy ansioso por inspeccionar el trabajo.

A primera vista, las seis galeras que había comprado a Nimrod me causaron una gran

decepción. Se sostenían sobre unos troncos, de forma que pude examinar los cascos por debajo de la línea de flotación. Cometí el error de compararlas con los grandes trirremes minoicos que había capturado en la fortaleza de Taimat. Las naves sumerias tenían casi la mitad de su tamaño y por el diseño de los cascos intuí que serían mucho más lentas y menos prácticas.

Hice un esfuerzo por dejar de lado mi desilusión y decidí concentrar toda mi atención en hacer cuanto estuviera en mis manos.

Durante las semanas siguientes pasé la mayor parte del tiempo en los astilleros con Zaras y los carpinteros. Hacían lo que podían, pero eso no bastaba para contentarme. Yo siempre exijo la perfección.

Inspeccioné cada tablón y cada mástil. Saqué algunos clavos de los cascos al azar y los inspeccioné en busca de signos de corrosión. Hice otro tanto con los accesorios de bronce. Comprobé con la punta de mi espada el calafateo del casco

para juzgar la calidad de la mano de obra. Ordené que desplegaran todas las velas y que las llevaran a la playa para poder examinarlas más minuciosamente y buscar y reparar rasgaduras y puntos flacos en la lona.

También ordené una serie de modificaciones en los cascos. Zaras y yo habíamos discutido a conciencia durante el largo viaje desde Babilonia. Cuando le mostré mis dibujos al capataz del astillero, gruñó y se quejó, presentándome una docena de objeciones, aunque yo se las eché por tierra de forma implacable.

Quería utilizar aquellas galeras para apoyar estrechamente a nuestro ejército de tierra, que pronto se enfrentaría a los hicsos en la costa norte de Egipto. A pesar de mis dudas iniciales, ahora estaba convencido de que esos barcos serían capaces de mover grandes contingentes de hombres con rapidez desde cualquier punto del delta hasta donde fueran más necesarios. No

obstante, las tropas eran ineficaces sin sus carros y sus caballos.

Finalmente, el capataz de los astilleros cedió a mis exigencias y construyó rampas de carga en las popas de mis galeras. Le hice reforzar el entablado entre los bancos de remo para que pudieran cargar doce carros pesados con sus respectivos caballos, incluso en mar gruesa.

Podríamos llevar esos barcos a cualquier playa o terreno allanado y desembarcar un escuadrón de más de setenta carros con los caballos atados a sus arneses y los hombres en la cabina, listos para entrar en acción de inmediato. Una vez hubiesen alcanzado su objetivo, podrían ser recogidos en la playa con igual presteza.

Mientras se estaba llevando a cabo este trabajo, Toran recibió órdenes del Minos Supremo de retrasar su partida para que pudiera navegar en convoy con nosotros. Puso a mi disposición sus grandes y espaciosas galeras para que las princesas reales y su séquito disfrutaran de

mayores comodidades que en mis barcos, mucho más pequeños.

Fue una suerte que el soberano cretense me hubiese concedido esta cortesía; de lo contrario, Toran no habría tenido ocasión de presenciar las capacidades bélicas de mi pequeño ejército.

Cuando las modificaciones de los cascos de mis barcos estuvieron terminadas, la estación de tormentas llegó a su fin. Los dioses nos bendecían con buen tiempo y mares en calma. Sin embargo, antes de zarpar para Creta, decidí que debíamos poner a prueba la navegabilidad de los renovados cascos y el funcionamiento de las modificaciones que había instalado. Al mismo tiempo, podría acostumbrar a mis aurigas a utilizar las rampas de carga de popa.

Nos hicimos a la mar y navegamos por la costa de arriba a abajo durante varios días, desembarcando los carros en todas las playas y terrenos allanados que lo permitían y volviéndolos a embarcar. No paré hasta que los hombres y sus

caballos estuvieron completamente adiestrados y demostraron ser unos expertos en estas maniobras. Cuando por fin estuve satisfecho, regresamos al puerto de Sidón.

A primera hora de la mañana, dos días antes de partir definitivamente para Creta, cuando me dirigía desde nuestro campamento a los astilleros para supervisar el trabajo del día, se me acercó un mendigo tuerto en los arrabales del puerto. Traté de apartarlo y proseguir mi conversación con Zaras y Hui, que iban conmigo, pero aquel sucio sinvergüenza era muy insistente. Gimoteando, se aferró a mi manga. Me di la vuelta y levanté la vara para golpearlo, pero no demostró ningún miedo y me sonrió con descaro.

—El señor Atón os reta a un juego de bao —me dijo.

Bajé la vara y lo miré boquiabierto. Lo que había dicho resultaba tan incongruente proviniendo de aquellas fauces desdentadas y fétidas que por un instante me quedé totalmente perplejo. Antes de

que pudiera recuperar el habla, el hombre depositó un ínfimo rollo de papiro en mi mano y se alejó corriendo por un callejón lleno de gente. Zaras fue inmediatamente tras él, pero yo le dije que volviera.

—Deja que se vaya, Zaras. Es amigo de un amigo.

Zaras se detuvo a regañadientes y me miró.

—¿Estáis seguro de que no se ha llevado vuestra bolsa? ¿No queréis que lo muela a palos, por si acaso?

—¡Olvídalo! —le dije—. Deja que se vaya. ¡Vuelve aquí, Zaras!

Zaras me obedeció, aunque miró por encima del hombro con recelo.

Regresé de inmediato al campamento y me encerré en mi tienda antes de desplegar el papiro. Vi a simple vista que, efectivamente, se trataba de un mensaje de Atón. Su caligrafía es inconfundible. Al igual que sus modales, es pretenciosa.

El quinto día de Pachon, el Buitre mandó doscientos chacales al este desde Zanat para interceptar al halcón herido en el agujero de la pared y evitar su vuelo hacia el nido de la nueva isla.

El contenido del mensaje confirmaba inequívocamente en sí mismo la identidad de su autor. En el código secreto que empleábamos Atón y yo, el Buitre era el rey Gorrab. Los doscientos chacales era el número de carros hicsos. Zanat era nuestro nombre en clave para la ciudad fronteriza de Nello, situada entre el norte de Egipto y el Sinaí. El agujero en la pared era Sidón. La nueva isla era Creta. Y, por supuesto, el halcón herido era mi jeroglífico personal.

En un lenguaje sencillo, Atón me estaba advirtiendo de que, dieciséis días atrás, Gorrab

había enviado un destacamento de doscientos carros a Sidón por el camino costero de Nello para interceptarme y evitar que zarpara rumbo a Creta.

No me provocó ninguna conmoción ni ninguna sorpresa que Gorrab y sus secuaces se hubiesen enterado de mi misión. En cualquier compañía grande y dispersa como la que yo había llevado de Tebas a Babilonia, y ahora hasta el puerto de Sidón, siempre habría alguien que hablara más de la cuenta y otros con oídos atentos. Habíamos pasado bastante tiempo en el camino como para que la noticia hubiese llegado a la guarida de Gorrab en Menfis y que éste reaccionara. Aunque había tomado todas las precauciones posibles para borrar mis huellas, me había resignado al hecho de que Gorrab sabía que yo estaba al frente de esta misión. Mi fama me precede. Y también debía saber que soy un formidable adversario.

No perdí ni un momento más pensando en cómo habría conseguido Atón esa información, ni en si

era auténtica y en cómo me la había hecho llegar. Al igual que yo, Atón dispone de los medios necesarios para hacer las cosas. Y, como yo, tampoco cometía errores.

Asomé la cabeza por la abertura de la tienda y llamé a Zaras. Estaba esperando cerca y llegó casi de inmediato, con Hui pisándole los talones.

—Embarcad a los hombres y cargad los carros en los barcos de inmediato. Quiero zarpar antes del mediodía —les dije.

—¿Hacia dónde? —preguntó Hui—. ¿Se trata de otra maniobra?

—No hagas preguntas estúpidas. —Zaras se volvió hacia él violentamente—. Tú sólo cumple las órdenes de Taita, y hazlo en seguida.

Faltaba una hora para el mediodía cuando sacaba a mi flotilla del puerto de Sidón. A petición mía, Toran se colocó a mi lado en la popa de mi buque insignia, al que había llamado *Furia*. La furia

había sido mi primera reacción cuando posé por primera vez mis ojos sobre él.

En cuanto dejamos atrás el espigón, puse rumbo hacia el sur. El resto de mis barcos viraron detrás de mí y avanzamos en paralelo a la costa por la línea de popa. Había hecho unos rápidos cálculos basados en la sucinta información que Atón me había proporcionado. Si, tal y como Atón me había advertido, los invasores hicsos habían salido de Zanat el quinto día de Shemu, tendrían que afrontar un viaje de más de cuatrocientas leguas para llegar a Sidón. En un trayecto tan largo, los carros cargados de peso sólo podían recorrer unas veinte leguas al día sin castigar a los caballos. Los animales tenían que descansar y pastar. Así pues, en total, el viaje les llevaría casi veinte días y, según Atón, ya llevaban dieciséis de camino. Por lo tanto, era probable que estuvieran a tan sólo unas ochenta leguas de distancia. En cuanto se puso el sol, anclé las naves.

Cuando Toran me preguntó por qué era reacio a

navegar de noche, se lo expliqué.

—No puedo correr el riesgo de navegar cerca del enemigo durante la noche cerrada —dije—. Sin embargo, echar el ancla no retrasará demasiado tiempo nuestro encuentro. Los carros hicsos se nos echarán encima a toda velocidad. Es posible que nos encontremos con ellos pasado mañana, al mediodía.

Tras comentarle todos estos cálculos, Toran tenía otra buena pregunta para mí.

—¿Cómo sabremos cuándo hemos llegado a su altura? Lo más seguro es que sólo veamos ocasionales atisbos del camino de la costa desde la cubierta de este barco.

—Polvo y humo —le dije.

—No comprendo.

—Doscientos carros levantarán una nube de polvo que podremos ver a gran distancia desde el mar.

Aunque asintió con la cabeza, Toran insistió:

—¿Y el humo?

—Entre las muchas interesantes costumbres de los hicsos se encuentra la de quemar todas las aldeas que toman, a ser posible con los habitantes atrincherados en sus casas. Podéis estar seguro de que su avance estará marcado por las nubes de polvo y las columnas de humo. Son un pueblo realmente detestable.

Tal y como había predicho, una hora después del mediodía del segundo día vi una humareda alzándose tras un bosquecillo de árboles a no más de un centenar de pasos tierra adentro de las olas que rompían en la orilla.

Subí a lo alto del mástil, desde donde vi que los incendios habían sido provocados hacía muy poco. Me di cuenta de que así era porque la columna de humo se hizo más espesa y se elevó mientras la contemplaba. Entonces apareció más humo detrás de la primera columna.

—Otra aldea más arrasada, con todos los seres vivientes que la habitaban —murmuré.

En ese momento vi dos figuras femeninas

surgiendo de entre los arbustos y matorrales, en lo alto de la playa. Huían, aterrorizadas y desamparadas. Una de las mujeres llevaba un niño pequeño sobre los hombros y miraba hacia atrás mientras huía. Corrieron hacia abajo por la playa hacia la orilla y luego siguieron avanzando por ella, donde la arena era más firme bajo sus pies. Miraban nuestros barcos, agitando frenéticamente los brazos en nuestra dirección.

De pronto, un carro hicsa avanzó a toda velocidad por un camino lleno de baches a través de la maleza que había en la parte superior de la playa. En él iban tres hombres. Todos llevaban la característica armadura hicsa, con cascos de bronce en forma de cuenco. El auriga tiró de las riendas de su caballo antes de llegar a las blandas y traicioneras arenas de la orilla de la playa. Los tres saltaron del carruaje y empezaron a perseguir a las dos fugitivas. No prestaron demasiada atención a nuestros buques; estábamos demasiado lejos de la costa y no suponíamos ninguna amenaza

para ellos. Es curioso lo poco que saben los hombres del ejército de tierra sobre los barcos y lo que son capaces de hacer. Toda su atención estaba concentrada en las mujeres a las que perseguían. Mi amarga experiencia me decía que, en cuanto hubieran acabado con la madre, acabarían también con el bebé con la misma brutalidad.

—¿Vais a rescatar a esas mujeres?

Toran ahuecó las manos para hablarme a gritos desde el alcázar.

—No hay ningún lugar seguro donde desembarcar. Es mejor dejar a esos cerdos hicsos con vida; luego podremos masacrarlos a ellos y a otros doscientos compañeros suyos —le grité.

Ordené al timonel que pusiera rumbo a alta mar. Toran se quedó en el carril de popa, mirando fijamente la playa y observando lo que los aurigas hacían a las mujeres que habían capturado. Ignoré los indignados gritos de horror y furia de Toran.

Ni siquiera volví los ojos para ver lo que estaba

ocurriendo en la arena. Lo había visto ya en cientos de ocasiones, aunque eso no significaba que fuera más fácil de contemplar. Lo que hice fue concentrarme en alejar a mi pequeña flotilla de tierra firme para luego navegar en paralelo a la costa, tal y como habíamos hecho.

Unas horas antes habíamos pasado junto a una pequeña y resguardada bahía de rocosos acantilados que había sido arrancada de tierra firme por un río de considerable caudal. En esta época de sequía, sin embargo, el río había quedado reducido a un arroyo. El camino de la costa lo cruzaba en un vado resguardado a ambos lados por unos escarpados y rocosos bancos que suponían un serio obstáculo para la columna de carros que ascendía por el camino que conducía al puerto de Sidón. Los hicsos se verían obligados a maltratar todos los carros para vadear el río. Y cuando lo hicieran, desprovistos de maniobrabilidad, serían vulnerables.

A primera hora del día, cuando dejábamos atrás

esa bahía, había tomado nota de una estrecha playa de arena amarilla escondida detrás de su extremo más septentrional. Los acantilados la protegían de los golpes de mar. La pendiente era suave y la arena parecía lo bastante firme como para permitir que nuestros carros rodaran por ella hasta alcanzar un terreno más duro.

Navegué de nuevo en paralelo a la costa hasta ese sitio para preparar una emboscada. Al pasar junto al resto de mis galeras, me acerqué lo bastante para gritar mis órdenes a los hombres que iban a bordo. Uno tras otro, los barcos siguieron al *Furia* en dirección al lugar que había elegido para desembarcar. Las velas estaban desplegadas y los remeros pasaron de la velocidad de crucero a la de ataque. Los hombres pueden mantener la velocidad de crucero sin descanso durante tres horas, mientras que la de ataque los deja totalmente agotados en una hora.

Las estelas de agua se volvieron blancas, rizándose bajo las popas mientras nos dirigíamos

hacia tierra firme. Nos movíamos tan deprisa que dudaba que los remeros pudieran mantener el ritmo. Sin embargo, su sangre hervía y no flaquearon hasta que vimos la bahía frente a proa.

La estudié con entusiasmo y me di cuenta de que servía incluso mejor a mi propósito de lo que había imaginado en un principio. La playa era lo bastante amplia como para dar cabida a dos de mis galeras a la vez. Eso aceleraría el trabajo de desembarcar a mis hombres.

Además de esta ventaja, me di cuenta de que el camino por el que la columna de carros hicsos se vería obligada a abordar el vado estaba lleno de arbustos y árboles de un espesor casi impenetrable. Eso obstaculizaría seriamente el despliegue de la retaguardia de sus carros. No podrían avanzar, porque el vado quedaría bloqueado por los primeros vehículos, y no podrían retirarse con rapidez porque la vía era demasiado estrecha para permitir que los carros maniobraran con facilidad. Si ocultaba a mis

arqueros entre los arbustos que había a ambos lados del camino podrían disparar sus flechas a los carros varados desde una distancia mortal.

Cuando nos aproximábamos a la bahía, hice una seña a Hui para que avanzara con su galera junto a la mía. Grité las órdenes a través del estrecho espacio que separaba los barcos. Él comprendió de inmediato lo que le pedía y mientras navegábamos al abrigo del acantilado, arriamos las velas al unísono y cambiamos la dirección de nuestros bancos de remos para que las naves giraran medio círculo, orientando la popa hacia la playa. Ahora, nuestros carros estaban en las rampas de popa. Los caballos estaban enganchados a los arneses y los hombres en las cabinas de los carros, con sus armaduras y sus armas.

En el último momento, Toran bajó de la cubierta superior y exigió montar conmigo en el primer carro. Yo admiraba su coraje, pero no era un guerrero. En tierra firme sólo sería un estorbo. Era

mi contacto con el Minos Supremo y no quería correr el riesgo de que muriera en la inminente batalla.

—Quedaos a bordo y observad la acción, así luego podréis informar al Minos Supremo —lo despedí con brusquedad.

En aquel momento, la popa del barco se acercó con tanto ímpetu a la dura y mojada arena que Toran se cayó y rodó por los imbornales. Eso lo abandonó a su suerte y resolvió mi problema.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —grité, mientras la rampa de popa se abría con gran estrépito.

Saqué a mis hombres y los guié por la rampa. Los caballos chapotearon en el agua, que apenas les llegaba a la altura de los corvejones. En cuanto se abalanzaron sobre la arena seca, mis hombres y yo saltamos de la cabina, apoyando todo nuestro peso en ella para ayudar a los caballos a llegar hasta la arena. Inmediatamente después subimos de nuevo a la cabina y nos dirigimos tierra adentro a

medio galope. Uno tras otro, los carros rodaron por la rampa, siguiendo al mío en rápida sucesión.

Antes de alcanzar el camino de la costa nos topamos con una pequeña aldea en mal estado que hasta ese momento no había podido ver porque la ocultaba un pliegue del terreno. Consistía en no más de una docena de miserables chozas. Mientras galopábamos, sus ocupantes salieron de ellas corriendo. Las mujeres y sus hijos chillaban de terror. Con ellos había diez hombres vestidos con harapos; estaban tan sucios que sus rasgos a duras penas parecían humanos. Sin embargo, se habían armado con palos de madera y se enfrentaban a nosotros, en una patética muestra de desafío. Sin detenerme, les grité, en sumerio:

—¡Coged a las mujeres y a los niños y buscad un lugar seguro en el bosque! Un ejército de violadores y asesinos se acerca por el camino desde el sur. Estarán aquí antes del mediodía. ¡Corred! ¡Salid de aquí cuanto antes!

Sabía que debían tener algún escondite en el

bosque, no muy lejos de allí. Sin un lugar donde refugiarse, no habrían sobrevivido tanto tiempo. Miré hacia atrás y vi que seguían mi consejo. Cargando a los niños y algunas de sus escasas posesiones, abandonaron las chozas y salieron corriendo hacia la maleza como una manada de aterrorizados animales salvajes. No les presté más atención y me dirigí hacia el camino de la costa, que ahora podía ver delante de mí.

Cuando lo alcancé, me detuve sin cruzarlo. Mis setenta carros habían llegado a tierra sin problemas y se agruparon ordenadamente detrás de mí. Miré hacia el mar y vi que mi flotilla ya estaba a media legua de distancia de la costa y se dirigía hacia el siguiente promontorio, detrás del cual iba a fondear. Evidentemente, no usaban los remos, porque no había suficiente tripulación para manejarlos. Los hombres que no era necesarios para izar las velas habían tomado las armas y desembarcado al mando de Zaras. Todos seguían mi escuadrón a paso ligero.

Sólo podía suponer cuánto tiempo tardaría la columna de los hicsos en llegar al vado, pero a menos que se retrasara por el placer del pillaje y la violación, calculé que no les llevaría más de dos o tres horas, tiempo apenas suficiente para preparar mis disposiciones para enfrentarnos a ellos. Mientras esperaba impaciente a que Zaras llegara con sus soldados de infantería, estudié detenidamente el terreno a ambos lados del río.

Más allá del vado, el bosque era demasiado denso para los carros. Mandaría a Zaras y a sus soldados de infantería al otro lado del río para que aprovecharan la espesura. Sin embargo, en este lado del río, sobre la playa en la que habíamos desembarcado, había un campo abierto hasta el límite de los bosques, a unas doscientas yardas del camino en el que nos encontrábamos. Allí dispondría de espacio para sacar el máximo partido a nuestros carros.

Una vez decidido mi plan de ataque, ordené a Hui que avanzara con su escuadrón por el

polvoriento camino y se ocultara en la entrada del bosque, donde esperaría mis nuevas órdenes. Hui era un gran maestro en el manejo de los carros. Sabía que podía confiar en él. Lo vi ordenar a los aurigas que bajaran de sus vehículos y arrastraran lentamente a los caballos por el camino a fin de no levantar una nube de polvo que pudiera alertar de nuestra presencia a los hicsos.

En cuanto los carros estuvieron a salvo, los aurigas volvieron a montar y trotaron sobre la mullida hierba hasta el límite del bosque, donde desmontaron de nuevo y tiraron de los carros hacia atrás. Luego regresaron al bosque y cortaron las ramas más frondosas de los árboles para levantar una pantalla delante de la línea de carros. Volví con Hui al borde del camino para asegurarnos de que quedaban totalmente ocultos.

Mientras tanto, Zaras llegó al camino con sus arqueros. Además del potente arco recurvado, todos llevaban una madeja de cuerdas de arco de

repuesto alrededor del cuello y tres aljabas con cincuenta flechas colgadas del hombro.

Les di unos minutos para que recuperaran el aliento mientras indicaba a Zaras dónde quería que se posicionase, en un extremo del vado. Tras despedirme de ellos, los observé desde lo alto de la orilla mientras cruzaban la corriente, unas doscientas yardas por debajo del vado.

Mientras atravesaban el río, se embadurnaron la cara y el dorso de las manos con lodo negro antes de subir hasta la otra orilla. Zaras y Akemi, su lugarteniente, fueron los últimos en ascender la pendiente, asegurándose de que no dejaban ningún rastro que pudiera alertar a los hicsos de su presencia.

En cuanto alcanzaron el terreno situado encima de la garganta, Zaras escondió a sus hombres en el espeso bosque que bordeaba el camino, situándolos a intervalos de veinte pasos a ambos lados de la pista. Quedaban ocultos incluso desde una corta distancia por el denso follaje y sus

máscaras de lodo negro. La columna hicsa debería desfilar entre esas dos mortales filas de hábiles arqueros.

Después de que los hombres de Zaras tomaran sus posiciones, me apresuré a regresar al límite del bosque, donde mi línea de carros aguardaba para tender una emboscada.

Una vez estuve seguro de que quedaban completamente ocultos, elegí un árbol muy alto que crecía cerca de donde se encontraba mi carro. Sin grandes esfuerzos, me encaramé a las ramas superiores. Desde allí tenía una excelente perspectiva del camino a ambos lados del vado. Complacido, comprobé que ni siquiera desde esa altura podía ver a los hombres de Zaras al otro lado del río.

Satisfecho, por fin, de los preparativos para recibir a los invasores hicsos, miré hacia el mar y comprobé que mi flotilla también había desaparecido tras el rocoso promontorio, al norte de la desembocadura del río. El mar estaba

desierto y el bosque, a mi alrededor, en silencio; no lo perturbaba ni siquiera el movimiento de un animal salvaje ni el canto de un pájaro.

Esperé en el árbol hasta que, por la altura y el cambio de posición del sol, calculé que había transcurrido otra hora, tan despacio como un lisiado camina sin sus muletas. Luego, en el límite de mi campo de visión, descubrí una pálida mancha de polvo que se levantaba por encima del bosque, más allá de donde Zaras aguardaba con sus arqueros.

Lentamente, esa nube de polvo fue aumentando de tamaño a medida que se acercaba. De repente, en la base de la nube vi el destello de un rayo de sol reflejado en una superficie de metal bruñido, puede que un casco o la hoja de un arma.

Poco después vi el primer par de carros asomando por la lejana curva del camino. No cabía duda de que eran hicsos: su estructura, alta y deslavazada, y sus torpes ruedas, con relucientes cuchillas en los bordes, eran características.

La columna hicsa alcanzó el tramo del camino donde Zaras aguardaba con sus arqueros. Cuando la cabeza de la columna llegó a la orilla del vado, el oficial hicsa que iba en el primero de los carros levantó el puño enguantado para ordenar a la escuadra que lo seguía que se detuviera.

Entonces, el jefe examinó minuciosamente el vado y el suelo de nuestro lado del río. Incluso desde esa distancia me di cuenta de que era un petimetre: su capa estaba teñida de un azul intenso de Tiro; de su cuello colgaban tres o cuatro brillantes collares; su casco era de bronce bruñido y tenía unas piezas de plata con bisagras, hábilmente grabadas, que cubrían las mejillas. Yo quería un casco como ése.

Cuando por fin se convenció de que nada malo lo acechaba, el oficial hicsa saltó de su carro y corrió por el rocoso camino hasta alcanzar la zona más baja del río. Aunque tres de sus hombres lo siguieron, no lo dudó, se sumergió en el agua y cruzó hasta la otra orilla del río. Satisfecho al

comprobar que era vadeable, dio media vuelta y ascendió de nuevo hasta donde había dejado su carro. Montó y, lanzando gritos de ánimo a sus caballos, los condujo hasta la orilla.

Aunque los animales dudaron, el oficial hizo restallar el látigo sobre sus cabezas y, a regañadientes, avanzaron hasta que el agua mojó sus panzas. Luego, de repente, una de las ruedas golpeó una roca sumergida y el carro volcó sobre uno de sus lados. Los caballos, apoyados sobre las rodillas, fueron arrastrados hacia el fondo, donde quedaron atrapados por el peso del vehículo y la presión de la corriente. El conductor y sus dos tripulantes fueron arrojados por la borda y aplastados por el peso de sus armaduras y pertrechos.

Inmediatamente, los soldados que los seguían saltaron de sus carros y se adentraron en el agua en dirección a los hombres y a los caballos, que no dejaban de forcejear. En medio de un barullo de órdenes y contraórdenes lanzadas a gritos,

arrastraron a los hombres hasta la superficie antes de que se ahogaran y acto seguido volvieron a colocar el carro sobre sus ruedas. Una vez que los caballos hubieron recuperado el equilibrio, empujaron el vehículo fuera del agua hasta el despeñadero, a nivel del suelo, justo enfrente del lugar donde se escondían nuestros carros.

Con cautela, los otros aurigas enemigos avanzaron con los carros por la orilla del vado, donde el grupo que estaba esperando tiró de ellos, moviéndolos manualmente. Desde mi posición tenía una buena perspectiva de la columna de carros enemigos retrocediendo y esperando su turno para cruzar. Pude calcular con bastante exactitud su número, y llegué a la conclusión de que habría unos 160 carros, menos de los doscientos que Atón me había advertido que debía esperar. Sabía que el déficit podían explicarlo las pérdidas que los hicsos debían haber sufrido durante el largo y duro viaje que habían emprendido desde el norte de Egipto dieciséis

días atrás. El diseño de sus vehículos propiciaba la rotura de los ejes y las llantas de las ruedas. Además, estaba también la huida de sus caballos, provocada por las largas horas de marcha sobre los tortuosos caminos en mal estado.

A medida que cada carro cruzaba el vado y se acercaba para detenerse en la otra orilla del río, las tripulaciones manearon a los caballos y luego dejaron que pastaran. Entonces, los hombres se tumbaron sobre la hierba para descansar y dormir o se reunieron alrededor de fogatas encendidas a toda prisa para prepararse una comida caliente.

Me sorprendió pero me complació que su jefe permitiera que un comportamiento tan descuidado y una disciplina tan relajada prevalecieran mientras estaban en un territorio desconocido y potencialmente hostil. No colocó centinelas ni estableció puestos de observación, y tampoco envió exploradores para reconocer el camino. Permitted que sus hombres se despojaron de sus pesadas armaduras y sus armas mientras

reposaban. La mayoría de ellos parecían casi agotados, y ninguno se acercó al perímetro del bosque en el que estaban escondidos nuestros carros. Incluso los que se vieron obligados a responder a la llamada de la naturaleza no se alejaron demasiado de sus compañeros para hacer sus necesidades. Allí, en esa tierra desconocida y extranjera, los hombres de las tropas hicsas se mantenían instintivamente agrupados para protegerse unos a otros.

Al otro lado del río, la congestión de hombres, carros y caballos en el camino que cruzaba el bosque fue relevada poco a poco. Iba contando los carros a medida que llegaban a la otra orilla. Esperaba el momento en que el enemigo se dividiera en dos grupos iguales y todos los hombres se dejaran arrullar por la ausencia de una amenaza evidente. Cuando se iba acercando el momento, saqué el pañuelo de seda amarillo de mi bolsillo donde lo había guardado y lo desenrollé.

El jefe de los hicsos, el que llevaba la capa azul

y el llamativo casco, aún estaba de pie en la orilla, sobre el vado, supervisando a las tropas mientras cruzaban. Sin embargo, aún no podía ver ni un atisbo de Zaras ni de sus hombres, aunque sabía exactamente dónde se ocultaban. Cuando me vio encaramarme al árbol, Zaras me saludó alegremente con la mano antes de agazaparse en su escondite.

El siguiente carro hicsa subió por el camino hasta la garganta del río, con los caballos tirando de los arneses y los hombres resollando detrás de ellos. Era el número ochenta y cinco de los que hasta entonces habían cruzado el río. Las fuerzas hicsas estaban divididas ahora en dos mitades casi iguales, una situación crítica, porque ninguna de las dos estaba en condiciones de ofrecer apoyo a la otra.

En mi tomo sobre el arte de la guerra había escrito: *Un enemigo dividido es un enemigo dominado*. Aquella era una oportunidad de demostrar la sabiduría de mis propias enseñanzas.

Me alcé lentamente, balanceando con facilidad la rama del árbol. Agité tres veces el brillante pañuelo amarillo alrededor de mi cabeza. Al otro lado del río vi a Zaras poniéndose en pie de inmediato. Levantó un puño cerrado en mi dirección, reconociendo mi señal. En la otra mano tenía el arco de guerra, con una flecha lista para disparar.

Esperé el tiempo suficiente para ver cómo, a ambos lados del camino, la espesa maleza cobraba vida cuando los hombres de Zaras abandonaron su escondrijo. Como un solo hombre, levantaron sus arcos, dispuestos para recibir la orden de lanzar la primera lluvia de flechas.

Zaras fue el primero en dejar volar una flecha, que se elevó contra el telón de fondo de las lejanas montañas azules. Yo sabía qué destino había elegido antes de que la flecha empezara a descender. El jefe de los hicsos seguía de pie en la orilla, de espaldas a Zaras. El impacto de la flecha

lo lanzó hacia delante y cayó por el despeñadero, fuera de mi línea de visión.

Zaras ya había lanzado otras tres flechas. Es muy rápido, casi tanto como yo. Sus hombres siguieron su ejemplo y sus flechas se elevaron en el cielo como una oscura y veloz nube de langostas que cayó sobre la hilera de carros hicsos varados a lo largo del camino, entre las dos compañías de arqueros.

Con el calor, la mayoría de los aurigas hicsos se habían quitado el casco y la armadura. Los caballos sólo estaban protegidos por unas gruesas mantas de batalla de fieltro que cubrían sus lomos pero dejaban expuestos sus cuartos traseros. Podía oír claramente el ruido sordo de las puntas de sílex de las flechas penetrando profundamente en la carne viva.

A eso le siguieron de inmediato los gritos de los heridos y los estridentes relinchos de los caballos cuando eran alcanzados. El caos se extendía a través de las hacinadas filas de nuestros enemigos.

Presas del pánico, los caballos retrocedían y pateaban a los hombres que trataban de guiarlos con sus cascos delanteros. Los animales que habían sido alcanzados en las ancas arremetían de dolor con sus patas traseras, destrozando la parte delantera de los vehículos que remolcaban y tirando al suelo a sus ocupantes.

En cuanto los aurigas perdieron el control de sus caballos, enloquecidos por el dolor, trataron de salir corriendo, pero no tenían espacio para maniobrar. Sólo conseguían estrellarse contra el carro que bloqueaba el camino que tenían ante ellos, empujando ese vehículo contra el siguiente. Eso se convirtió rápidamente en una reacción en cadena que volcó algunos carros, arrancó las ruedas de otros, lisiando a aurigas y caballos, hasta que finalmente llegó a los carros de las primeras filas, arrojándolos al río desde la escarpada garganta.

Caballos, carros y hombres cayeron rodando por la pendiente sobre los otros carros y los

hombres que ya estaban en el vado con el agua hasta la cintura, luchando por alcanzar la otra orilla. Ese amasijo de hombres y animales enloquecidos, junto con los restos de sus carros, bloqueó el vado. No había forma de escapar en esa dirección.

Cada uno de los arqueros de Zaras disponía de cincuenta flechas, y a una distancia tan corta muy pocas fallaron su objetivo. Vi a un hombre lanzándose de cabeza desde la plataforma de su carro y que había conseguido mantenerse en pie de milagro sin ser pisoteado o triturado por las cuchillas de las ruedas. Echó a correr para alejarse del tumulto, pero luego se detuvo bruscamente tras dar unas pocas zancadas cuando tres flechas lo alcanzaron al mismo tiempo en la espalda. Las afiladas puntas de sílex sobresalían abruptamente de su velludo pecho. Con la elegancia de una bailarina, hizo una pirueta antes de desplomarse y perderse de vista en la vorágine de la muerte.

En la orilla del río donde me encontraba, los aurigas hicsos que ya habían logrado cruzar el vado se levantaron de la hierba sobre la que estaban tumbados o del lugar que ocupaban junto a las fogatas para cocinar. Impotentes, contemplaron horrorizados la masacre de sus compañeros en la otra orilla.

Yo había dejado de mirar y me había deslizado por el tronco del árbol para lanzarme sobre mi carro. Un miembro de mi tripulación se inclinó y me agarró del brazo para que pudiera dar la vuelta en la plataforma. Mientras cogía las riendas, ordené:

—Adelante, cohorte. ¡Vamos! ¡Al trote! ¡A la carga!

Mi orden fue repetida a lo largo de toda la línea.

Frente a nosotros, la mayor parte de los hicsos que se habían dispersado por el campo abierto habían salido corriendo de nuevo hacia la orilla del río. Ahora se habían apiñado allí, mirando

indefensos y con horror la suerte que habían corrido sus compañeros en el vado situado debajo de ellos y en el bosque atestado de hombres, que Zaras seguía asediando con una tormenta de flechas.

Ninguno de los carros hicsos en esa orilla del río tenía tripulación ni caballos que tiraran de ellos. Los caballos con ronzales que habían sido soltados se habían dispersado por el campo abierto. La mayoría de los aurigas enemigos dejaron atrás el río y corrieron tras los animales en un vano intento por capturarlos. Los caballos, asustados por la repentina confusión y el alboroto, salieron huyendo. Ni siquiera las manecas que llevaban en las patas conseguían que su velocidad fuera inferior a la de un hombre corriendo.

Incliné la cabeza hacia atrás, gritando y riéndome para aliviar el miedo y expresar mi júbilo. Incluso por encima del estruendo de las ruedas y el ruido de los cascos en el suelo pude oír a Hui haciéndolo eco de mi risa. Nos echamos

sobre ellos como un solo hombre, avanzado rueda contra rueda, sin espacio para que ni un solo hicso pudiera escapar. Pero, aun así, parecían ajenos a nuestra carga. La mayoría de ellos ni siquiera miraba en nuestra dirección. Solo los que habían renunciado a correr para alcanzar a sus compañeros estaban hipnotizados por el terror, mirándonos sin decir nada. Sabían que no podían esquivar la carga. Nuestros arcos estaban levantados, y nuestras flechas a punto para ser lanzadas.

Cuando nos encontrábamos a menos de setenta pasos del que estaba más cerca, grité la orden de disparar las flechas. Incluso desde un carro en marcha, la mayoría de mis muchachos eran capaces de acertar desde cincuenta pasos a un hombre corriendo. La mayoría de los fugitivos se desplomaron antes de poder alcanzar sus vehículos.

Sólo vi a uno de ellos que fuera capaz de llegar al lugar donde había detenido su carro. Cogió el

arco del contenedor de las armas y un puñado de flechas del carcaj. Luego se volvió hacia nosotros. Aquel hombre era una enorme bestia peluda, fuerte y loco de rabia como un jabalí salvaje manteniendo a raya a una jauría de perros de caza. Levantó el arco y lanzó una única flecha antes de que las nuestras lo golpearan. El asta de su flecha alcanzó al conductor de uno de mis carros. Era el hijo del señor Kratas. Un buen chico, tan valiente como su padre y cincuenta veces más apuesto. Era uno de mis favoritos; la flecha lo mató al instante.

Disparé tres flechas a aquel bruto antes de que pudiera disparar otra. Entonces, cada segundo arquero de nuestras líneas le disparó a la vez, hasta que se encrespó con nuestras flechas como si fuera un puercoespín con púas. Sin embargo, se mantuvo en pie y me lanzó otra flecha. Impactó en la parte superior del casco y se desvió lanzando un zumbido, pero el golpe casi me tiró del carro.

Nunca he pensado que los hicsos sean cobardes. Al final fueron necesarias diecisiete flechas para

acabar con aquel hombre. Cinco de ellas –las conté más tarde– fueron mías.

Acto seguido tuvo lugar una carnicería. No soy contrario a una pequeña masacre cuando se presenta la ocasión, especialmente en circunstancias como éstas. No obstante, hacer esclavos resulta mucho más lucrativo que una carnicería, y por eso fui el primero en gritar a los fugitivos en su propia lengua:

–¡Rendíos o morid, perros de Gorrab!

–¡Rendíos o morid!

El grito se propagó por nuestra línea de carros.

–¡Rendíos o morid!

La mayoría de los hicsos que huían se arrodillaron en el suelo tras mi primera orden, alzando las manos en señal de rendición, pero algunos siguieron corriendo hasta que mi línea de carros se abrió y se extendió para rodearlos. Luego se detuvieron, jadeando por el esfuerzo y el miedo. Miraron a su alrededor y vieron los arcos que apuntaban hacia ellos desde todas partes; acto

seguido, su miedo se convirtió en resignación y, uno tras otro, cayeron al suelo, gritando: «¡Tened clemencia, en nombre de todos los dioses! ¡Perdonadnos, gran señor Taita! Sólo queremos vuestro bien». El buen dios Horus puede dar fe de que no busco lo gloria. Sin embargo, soy lo suficientemente sincero para admitir que me sentí complacido y halagado al ser reconocido por mis enemigos en el campo de batalla.

—Atad a estos pequeños héroes —ordené a Hui—. Barred el campo y traed todos sus caballos. No dejéis escapar ninguno.

Reuní mis caballos en un apretado semicírculo y los obligué a retroceder hasta el borde de la garganta situada sobre el río. En la cima, tiré de las riendas y miré hacia abajo para observar la matanza en el vado y en el camino que se extendía más allá de él.

Allí, la batalla también habían terminado y los hombres de Zaras reunían a los prisioneros y recogían el botín. A simple vista vi que sus

víctimas habían sido más o menos las mismas que las nuestras: muy pocas. Me alegré de que Zaras hubiera salido ileso y que estuviera supervisando el trabajo de reunir a los presos y capturar los caballos de los hicsos. Aquellos animales eran tan valiosos como los hombres.

De repente, Zaras levantó la vista y me vio de pie en lo alto de la garganta. Me saludó y luego, ahuecando las manos, gritó:

—¡Más poder para vuestra espada, señor Taita! Otra buena cacería. Pronto podré comprar una esposa.

Era una broma absurda. Ya había convertido a Zaras en un hombre rico con su parte del botín que habíamos conseguido en la fortaleza de Tamiat. Y su ocurrencia sobre comprar una esposa no era muy sutil. Sin embargo, esboqué una sonrisa y le devolví el saludo antes de darme la vuelta.

Mandé un jinete al promontorio tras el cual se ocultaba nuestra flotilla con la orden de izar la bandera azul.

Mi júbilo se esfumó rápidamente, porque tenía ante mí la peor parte de la jornada. Tuve que lidiar con los caballos hicsos, muchos de los cuales habían resultado heridos. Siempre he sentido un profundo afecto por estos animales. Fui el primer hombre de Egipto en someter y domar a uno de esos maravillosos ejemplares, lo cual hacía más oneroso mi deber para con ellos.

Monté a pelo diez de los caballos que habían resultado ilesos y que aún eran capaces de mantenerse en pie. Separé rápidamente los que no habían resultado heridos y los mandé hacia el norte por el camino de la costa de vuelta a Sidón, con mis mozos de cuadra para arrearlos. Aquellos animales habían sido entrenados para tirar de un carro y eso los hacía particularmente valiosos.

Acabé con los caballos que habían resultado grave o fatalmente heridos para poner fin a su sufrimiento. Primero coloqué un puñado de mijo triturado frente a cada uno de ellos, y cuando bajaron la cabeza para comer un buen bocado, uno

de mis hombres levantó una pesada porra con la cabeza de bronce entre sus orejas para machacarles el cráneo. Sus muertes fueron misericordiosamente rápidas.

Una vez llevada a cabo esta espantosa acción, volví mi atención a los prisioneros hicsos. Mi orden de preferencias estaba muy claro: el amor que sentía por los caballos era comparable al amargo y profundo odio que sentía por sus dueños. Me moví rápidamente por las filas de hombres arrodillados y los examiné uno a uno de modo superficial. A los que estaban ilesos o sólo levemente heridos, los mandé a la playa a esperar el regreso de las galeras.

Sin embargo, había muchos prisioneros que estaban muy malheridos para sernos de utilidad, incluso como esclavos. Un hombre con una flecha clavada profundamente en el pecho no tiene muchas probabilidades de manejar un remo. Ordené a esas desdichadas criaturas que se tumbaran a la sombra y les di un poco de agua para

mantenerlas algo más de tiempo con vida, abandonándolas en manos de su malvado dios, quien, estaba seguro de ello, no andaba lejos.

Sé que debería haber aliviado su sufrimiento con un golpe en la cabeza, como había hecho con los caballos heridos, pero eran hicsos y no les debía ningún trato especial.

Por fin tuve un momento para pensar en mí y en mis dos princesas. Monté de nuevo en mi carro, me dirigí hacia el vado del río y me detuve en la parte alta de la orilla. Dejé las riendas en manos de mi auriga y caminé hasta el borde de la garganta. Ahora, en la zona del campo de batalla no quedaba ni un alma con vida. Aunque sabía dónde buscar el cuerpo del jefe enemigo, no pude localizarlo de inmediato en medio del montón de carros destrozados, armas desparramadas y cadáveres en la otra orilla. Entonces descubrí una mancha distintiva de azul índigo un poco más abajo de la pendiente donde esperaba encontrarlo, casi en la orilla del río.

Empecé a descender por la pronunciada pendiente, manteniendo el equilibrio a pesar de las piedras que rodaban bajo mis pies. Cuando llegué a la parte inferior, salté al agua y vadeé hasta la otra orilla.

Encontré el cuerpo del capitán hicsco encajado entre dos grandes rocas. Había rodado por la pendiente hasta alcanzar casi el borde del agua. Sólo un pliegue de su capa me había revelado el lugar donde descansaba.

Me agaché, agarré una sus piernas por el tobillo y saqué el cadáver de la grieta donde se había atascado. La sangre había salpicado copiosamente su capa, pero mi sirviente era un excelente lavandero. Doblé la capa y la dejé a un lado. Entonces busqué su casco. Tuve que volver a la ladera donde se había golpeado contra las rocas. Y allí lo encontré, providencialmente escondido bajo los restos de un carro. Los saqueadores que habían pasado antes por allí no habían reparado en el casco ni en el cadáver.

Me senté con el casco en mi regazo para admirar los grabados. Ofrecían unas maravillosas imágenes de dioses egipcios: Hathor y Osiris en las piezas de las mejillas y Horus en la frente. El capitán hicsu debía habérselo arrebatado a uno de nuestros oficiales de alto rango en otro campo de batalla. Era un tesoro de un valor casi incalculable que hizo que mi casco pareciera viejo y vulgar. Estaba abollado por el impacto de las flechas hicsas.

Me lo quité sin remordimiento alguno y lo sustituí de inmediato por aquella obra maestra de oro y plata. Su interior estaba recubierto de cuero y encajaba en mi cabeza como si hubiera sido diseñado especialmente para mí. En aquel momento hubiera dado cualquier cosa por un espejo.

Volví al lugar donde había dejado el cadáver del capitán. Llevaba tres collares; al igual que el casco, eran piezas muy hermosas. Sin embargo, uno de ellos estaba decorado con una cabeza de

Seth tallada en cristal de roca. Lo arrojé al río. Los otros eran dos representaciones de elefantes y camellos talladas en marfil. A las princesas les encantarían, aunque nunca hubieran visto un elefante en sus jóvenes vidas.

Subí de nuevo hasta el lugar donde había dejado el carro. El auriga devoraba mi casco con los ojos, mudo de asombro. Luego volví a la playa. La mayoría de los hombres dejaron lo que estaban haciendo para mirarme. El aspecto que ofrecía debía ser fastuoso.

Los barcos de mi flotilla rodearon el promontorio de la bahía, se dirigieron hacia la playa y soltaron las rampas de carga.

Los prisioneros que había seleccionado subieron a bordo y fueron conducidos a la cubierta más baja, donde fueron encadenados por los tobillos a los bancos de remo. Permanecerían allí con los pies desnudos en el agua de sentina hasta

que Seth enviara su ángel de la oscuridad para liberarlos de su cautiverio.

Una hora antes de la puesta de sol habíamos embarcado a todos nuestros hombres y los carros y estábamos listos para zarpar hacia Sidón. Toran estaba de pie a mi lado, en el alcázar. Miró de nuevo hacia la orilla y señaló con un gesto de la cabeza a los hicsos heridos que había dejado en la playa.

—Veo que habéis perdonado la vida a los enemigos heridos. Jamás había visto tal clemencia en un general victorioso.

—Lamento haberos decepcionado, pero los he dejado en la playa para que otros se encarguen de ellos. Ahí vienen.

Los habitantes de la aldea a los que antes había mandado esconderse de los carros hicsos habían regresado. Los hombres aún iban armados con las espadas de madera y las azadas con las que habían intentado amenazarnos.

Ahora nos ignoraron por completo. Vimos cómo

el hombre que parecía ser el líder de aquella desdichada muchedumbre se colocaba delante de un hicsu herido y levantaba la espada y la dejaba caer con ambas manos sobre su cabeza, como si estuviera cortando un tronco de leña. Incluso desde esa distancia pudimos escuchar cómo el cráneo de la víctima se rompía como un melón demasiado maduro estrellándose contra un suelo de piedra. Entonces, el hombre que empuñaba la espada se movió implacablemente, dejando que el cuerpo del guerrero hicsu se sacudiera, retorciéndose en su agonía.

El siguiente hombre herido lo vio acercarse y trató de arrastrarse con los codos. El asta de la flecha que había dividido las vértebras de su espina dorsal aún sobresalía de su espalda. Las piernas paralizadas se deslizaron tras él. Gritaba como una mujer que estuviera dando a luz. El campesino se rio mientras permanecía de pie ante él y le clavaba la espada en el lugar justo para asestarle el golpe de gracia.

Las desaliñadas mujeres y sus mugrientos hijos seguían de cerca a los hombres, pululando entre los recientes cadáveres hicsos como enjambres de moscas y despojándolos de cada puntada de sus ensangrentadas ropas y de cualquier baratija de algún valor. Los chillidos de sus emocionadas risas nos llegaban a través del agua.

—Señor, ahora ha quedado claro que, a pesar de las apariencias, sois un hombre con el que no se juega —dijo Toran, mirándome con renovado respeto.

Al día siguiente, una hora antes del mediodía, cuando entraba con el *Furia* en el puerto de Sidón, mis dos niñas estaban en el muelle, dando saltos y saludándome con entusiasmo. Siempre habían competido entre ellas para ver quién era la primera en darme la bienvenida cuando regresaba de alguna de mis periódicas ausencias. En general, Tehuti era la más tímida y comedida, pero en esta

ocasión nos sorprendió tanto a su hermana como a mí. Con el entrenamiento al que la había sometido recientemente Zaras, se había convertido en una atleta excepcional y manejaba muy bien la espada.

Ahora exhibía algunas de estas nuevas habilidades. Se quitó las sandalias y salió corriendo descalza por las losas de piedra del muelle y saltó el espacio que aún separaba el barco de tierra firme, una distancia de unas cinco yardas. Si hubiera calculado mal, habría quedado atrapada entre el casco y el muelle y se habría ahogado antes de que yo hubiese podido rescatarla.

Viví doce agónicas muertes durante el breve momento que permaneció en el aire, pero cuando sus pies tocaron la cubierta, el miedo y la ira se convirtieron instantáneamente en alivio. Corrí hacia ella, dispuesto a reprenderla por tan indecorosa conducta.

—Estás muy elegante con tu nueva capa y ese casco, amado Taita. ¿De dónde los has sacado? ¡Te

dan un aspecto tan noble como el de un rey! ¿Nos has traído algún regalo?

Hablaba sin respirar. Mi enfado se esfumó y la estreché contra mi pecho.

—Por supuesto que os he traído un regalo. Pero primero, dime, ¿te has portado bien mientras he estado fuera?

—No me dejaste otra opción. Te llevaste contigo todas mis tentaciones.

Su sonrisa era maliciosa mientras observaba la galera que seguía a la mía hasta el puerto. Zaras estaba en la cubierta principal, y, a pesar de la distancia que los separaba, intercambiaron una mirada que parecía un relámpago.

Nos llevó otros cuatro días ultimar los preparativos para el viaje final a Cnosos, en Creta. Toran nos invitó a viajar a bordo de su buque insignia. Aquel magnífico trirreme tenía al menos dos veces el tamaño de cualquiera de mis galeras sumerias.

—Vos y vuestras princesas estaríais mucho más

cómodos a bordo del *Toro Sagrado* que en cualquiera de vuestros lugares.

Así se llamaba su barco: un nombre bastante pretencioso, pensé. Por otra parte, tampoco me agradó especialmente su despectiva forma de referirse a mis barcos de guerra, que acababan de demostrar su valía en nuestra primera y significativa victoria sobre los hicsos. Dudé.

—Si viajarais conmigo tendríamos tiempo y ocasión de discutir con más detalle lo que os cabe esperar cuando lleguemos a Cnosos. La política y el protocolo de la corte del Minos Supremo son muy complicados, pero deben ser estrictamente observados. —Yo seguía dudando, y él prosiguió persuasivamente—: Mi cocinero está considerado como uno de los mejores del mundo helénico, y también debería mencionar que llevo a bordo veinte ánforas de los mejores vinos tintos de las Cícladas. Sé que para vos se trata de un pobre incentivo para pasar dos semanas en mi compañía, pero estoy enamorado de vuestra inteligencia y me

asombran vuestros conocimientos y erudición. Os ruego que me sigáis la corriente y aceptéis mi oferta de hospitalidad.

Las reservas que aún tenía se disiparon ante un argumento de tanto peso.

–Sois muy amable, embajador –acepté, aunque lo hice preguntándome si lo que tan altamente valoraba era mi compañía o más bien la de la pequeña Loxias, la sirvienta minoica de mis princesas.

Tanto Tehuti como Bekatha se opusieron enérgicamente a los planes de viaje que había acordado con Toran. Se presentaron indignadas en mi camarote con una larga lista de objeciones, cada una más inconsistente y menos convincente que la anterior.

Mostré ante ellas mi expresión más imponente y las escuché sin interrumpirlas hasta que sus protestas fueron a menos. Me miraban tan angustiadas que sentí lástima por ellas.

–Así pues, ¿debo creer que ambas desconfiáis

del embajador Toran y pensáis que conspira para atraeros a las dos a bordo de su barco para asesinaros mientras dormís?

Ambas se retorcieron, avergonzadas.

—¿Y cuándo se os ha ocurrido que el *Toro Sagrado* es un barco tan grande que no puede flotar y por lo tanto todos moriremos ahogados porque se hundirá?

Permanecieron en silencio hasta que, súbitamente, a Bekatha se le saturaron las lágrimas y empezaron a correr por sus mejillas. Me quedé paralizado. De haber sabido el alcance de su angustia, no me habría burlado de ellas tan cruelmente. Me levanté del taburete para consolarla. Ella me apartó y volvió su rostro.

—Nunca volveré a verlo —dijo, entre sollozos.

Fingí quedarme desconcertado ante su declaración.

—¿A quién no volverás a ver? ¿Estás hablando del embajador Toran?

Ella ignoró mi pregunta y estalló en una

tormenta de palabras.

–Le prometiste a Tehuti que podríamos estar juntos al menos hasta que llegáramos a Creta y que sólo entonces seríamos confinadas en el serrallo del Minos Supremo. Pero dijiste que, siempre que fuéramos discretas, podríamos verlos hasta que desembarcáramos en Creta. Pero ahora nunca volveremos a verlos. Mi vida ha llegado a su fin.

–Necesito que me lo aclares, querida Bekatha –la interrumpí–. ¿De quién estamos hablando?

–Sabes muy bien de quién estamos hablando. Estamos hablando de mi Hui.

–Y de mi Zaras.

Tehuti habló en voz baja, pero con la misma claridad que su hermana pequeña.

Efectivamente, mi intención había sido destetarlas suave y sutilmente a las dos de sus respectivas y peligrosas relaciones antes de que llegaran a Creta y se instalaran en el palacio del Minos. Pero ahora, mi plan se había estrellado

contra el arrecife de su intransigencia y se hundía debajo de mí.

Hice todo lo posible por animarlas, pero ambas rechazaban de inmediato todos mis intentos. Al final cedí.

Cuando por fin zarpamos del puerto de Sidón, Zaras y Hui viajaban a bordo del *Toro Sagrado*.

Nuestra flotilla la componían siete barcos. El *Toro Sagrado* navegaba en el centro de la formación. Dos de las galeras más rápidas, que deberíamos haber mandado Zaras y yo, iban en cabeza. Ahora, Dilbar y Akemi eran sus capitanes.

Mis otras cuatro galeras actuaban como flancos y retaguardia de la flotilla. Todos los barcos mantenían contacto visual con sus inmediatos vecinos. Así, podíamos barrer el mar en sesenta leguas a la redonda. Había ideado un sencillo sistema de señales con banderas para poder

conocer cualquier peligro en el buque insignia antes de que éste se materializara.

Todas estas precauciones eran cruciales, porque esa parte del Mediterráneo era el coto de caza de los pueblos del mar. Los formaban los renegados y marginados de todas las naciones civilizadas y respetuosas con la ley. En el exilio se habían unido en una asociación libre de piratas. No eran leales a nadie y no reconocían a nadie como su jefe. Carecían totalmente de moral, conciencia o remordimientos. Eran peligrosos como los leones salvajes o como las serpientes venenosas y los escorpiones. Conseguían que el mar fuera más peligroso que cualquier arrecife oculto o que los tiburones devoradores de hombres. En Egipto nos referimos a ellos como «los hijos de Yam». Yam es el dios del mar cuando éste se vuelve turbulento y furioso. No se cuenta entre los dioses bondadosos.

Sin embargo, aquella era la época más propicia del año para navegar por el Gran Verde, que es el

nombre egipcio para esta parte del Mediterráneo. El clima era templado, los vientos suaves y el mar estaban en calma. Como pasajeros del *Toro Sagrado*, disfrutábamos del momento.

Zaras seguía entrenando a Tehuti en el manejo de las armas. Improvisó un blanco flotante de madera arrastrado por la embarcación para que ella pudiera disparar desde diferentes distancias. También se había traído consigo escudos y espadas de madera para practicar, con hojas rellenas de piel de oveja. Ambos se enfrentaban en cubierta. Los gritos triunfales de Tehuti anunciaban que se había anotado otro éxito. Nunca se reprimía en la ferocidad de sus estocadas y cortes. Siempre eran vigorosos, y Zaras, un consumado espadachín, parecía tener problemas para evitarlos. Por extraño que fuera, él nunca la alcanzaba con la espada cuando contraatacaba.

Bekatha se sumó a las lecciones de tiro con arco, pero no era lo bastante fuerte como para tensarlo con tanta amplitud como su hermana

mayor, por lo que no era capaz de disparar una flecha tan lejos ni con tanta precisión como ella. Estuvo enfurruñada un día entero y luego desafió a Tehuti a un combate con espadas de madera. Las heridas que recibió de su hermana tardaron una semana en desaparecer.

Se retiró con dignidad de la contienda y concentró toda su energía en enseñar al coronel Hui el juego del bao. Hui era un alumno lamentable y ella le daba unas tremendas palizas. Cuando él se rebeló por fin ante el suplicio, ella cambió las clases de bao por lecciones de canto, baile y adivinanzas.

Para sorpresa de todos, Hui tenía una bonita voz y un paso ligero. Destacó en las dos primeras disciplinas, sobre todo porque el baile le daba una excusa para abrazar a su maestra. Sin embargo, su fuerte eran las adivinanzas. Bekatha se esforzó por mantener el ritmo de sus tortuosos razonamientos.

—Dos madres y tres hijas salen a montar. ¿Cuántos caballos necesitan? —le preguntó Hui.

—Cinco, está claro.

—¡Error! —exclamó, en tono jactancioso—. Sólo necesitan tres, porque son abuela, madre e hija.

—¡Oh, qué tonto eres!

Ella le tiró a la cabeza la granada que se estaba comiendo. Hui la cogió y le dio un mordisco antes de arrojársela de nuevo.

El cocinero del embajador cumplió con creces las promesas de excelencia de su señor. Nos sirvió una sucesión de deliciosos platos que comíamos en la cubierta de popa bajo un toldo de lona que nos protegía del sol, al son de la música de una banda de cuatro hombres que tocaban la flauta y otros instrumentos de viento.

Los vinos de las Cícladas que nos servía Toran sabían a gloria y hacían que las conversaciones fueran mucho más animadas.

Fueron unos días felices y nos reíamos como chiquillos alegres y despreocupados.

Evidentemente, nada es nunca del todo perfecto. Al parecer, el *Toro Sagrado* estaba infestado de

ratas o de algunas otras extrañas criaturas nocturnas. Cuando todos nos habíamos retirado a nuestras literas, las oía correteando subrepticamente arriba y abajo por el pasillo o susurrando y chillando en los camarotes contiguos al mío, donde estaba seguro de que mis dos inocentes niñas dormían profundamente.

Ni siquiera el camarote principal del embajador Toran, situado frente al mío, se libraba de estos misteriosos ruidos. Al parecer no era consciente de ellos, porque de vez en cuando lo oía riéndose o susurrando, y las respuestas que recibía me parecían exhortaciones femeninas minoicas a un empeño mucho mayor.

Llevábamos catorce días de travesía. Toran y yo estábamos sentados a la sombra que la vela mayor proyectaba sobre la cubierta de proa. Nos habíamos enfrascado en una conversación sobre

una jarra de su excelente vino cuando nos alertó una repentina actividad en la cubierta de popa.

Miré hacia arriba y vi que el capitán Hypatos, el oficial minoico al mando del *Toro Sagrado*, estaba haciendo señales con las banderas en lo alto del mástil. Me puse de pie bruscamente, interrumpiendo a Toran en medio de una frase.

—Algo está pasando. Puede que sea importante. Venid conmigo.

Retrocedimos a toda prisa por cubierta hasta el grupo de oficiales reunidos en la popa del barco. Todos miraban al frente.

—Hemos recibido una señal de una de nuestras galeras de exploración, señor. Lo siento, pero la distancia es muy grande y su mensaje no está claro —se disculpó el capitán Hypatos.

Eché una ojeada a la nave, cuyo casco se recortaba contra el horizonte. Se trataba de mi barco, el *Furia*, ahora al mando de Akemi.

—Nos informan de que su nave gemela está siendo atacada y abordada por la tripulación de un

barco desconocido –traduje la señal de la bandera a un lenguaje sencillo que pudieran comprender–. Akemi dice que se dispone a ayudar a Dilbar.

–¿De dónde sacáis toda esa información, señor? Hypatos parecía asombrado.

–No he hecho más que leer la señal de Akemi –le expliqué, pacientemente.

–¿A esta distancia? –intervino Toran–. Eso me parece cosa de brujería, Taita.

–El halcón es mi jeroglífico personal –repuse–. Ese pájaro y yo tenemos la vista muy aguda. Por favor, ordenad a Hypatos que despliegue todas las velas y ordene velocidad de ataque a los remeros.

Tardamos más de una hora en alcanzar a nuestras galeras de exploración. Cuando lo hicimos, descubrimos que estaban al paio, con los remos y las velas recogidos. Estaban librando una batalla con un velero árabe, un barco más grande que cualquiera de mis galeras, con dos velas latinas y una vela mayor que ahora estaban totalmente arriadas. Era evidente que la lucha casi

había terminado, porque la tripulación del velero árabe estaba tirando las armas y levantaba las manos.

Mientras nos íbamos acercando, vi el nombre del velero capturado, que estaba impreso en la proa en egipcio jeroglífico: *Paloma*. La incongruencia me hizo sonreír. Ciertamente, no se trataba de la paloma de la paz.

—¡Condúcenos hasta el enemigo! —ordené a Hypatos.

Completó la maniobra con habilidad. Bajé por la escalera de cuerda y salté a la cubierta del velero árabe asediado. Zaras me siguió de cerca como un perro pastor. Podía sentir lo decepcionado que estaba por haberse perdido la batalla. Dilbar y Akemi salieron a mi encuentro, espadas en ristre.

—¿Qué tenemos aquí? —les pregunté cuando me saludaron.

Con la ensangrentada hoja de su arma, Dilbar me señaló las filas de prisioneros arrodillados en

el suelo. Tenían las manos atadas detrás del cuello y las cabezas apoyadas en el suelo.

—Estos pequeños granujas pensaron que navegábamos solos —explicó Dilbar—. Fingieron que estaban naufragando y nos pidieron ayuda. En cubierta sólo había unos pocos hombres, pero cuando nos acercamos aparecieron los que se habían escondido y nos agarraron con ganchos de abordaje. Entonces se nos echaron encima. — Parecía muy satisfecho—. Pero estábamos preparados y los mantuvimos ocupados hasta que llegó Akemi y se unió a la fiesta.

—¿Cuántos hombres habéis capturado?

—Me temo que nos vimos obligados a matar a algunos de ellos hasta que estos bastardos recuperaron el sentido común y se rindieron —se disculpó Akemi. Sabía que yo prefería los esclavos a los cadáveres—. Sin embargo, hemos apresado a treinta y ocho con vida.

—Habéis hecho un buen trabajo. Llevaos a la

mitad de ellos a vuestras galeras y buscadles algo que hacer en los bancos de remo.

Mientras nuestros hombres empezaban a levantar a los prisioneros y los empujaban hacia las cubiertas de los esclavos de mis galeras, vi que uno de los cautivos estaba tratando de pasar inadvertido en la fila de atrás. Un esfuerzo inútil. Evidentemente, era el jefe de los piratas, porque era el que mejor vestía y, a pesar de su intento por parecer servil, tenía un aire de elegancia y de seguridad en sí mismo. No obstante, intentaba no mirarme.

—¡Nakati!

Me acerqué a él. Enderezó la espalda y alzó la barbilla antes de mirarme a la cara. Luego me dedicó el saludo de un guardia, cerrando el puño sobre el pecho.

—¡Señor! —exclamó, al reconocermee—. He rezado por no volveros a ver.

—Los dioses no siempre atienden nuestras súplicas —contesté, compadeciéndome de él.

—¿Conocéis a esta bestia, señor?

Dilbar se metió en la conversación.

—Era el capitán del batallón rojo de la guardia del faraón. Hace cinco o seis años mató a cuchilladas a su coronel en una pelea de borrachos por una ramera de taberna en Abidos. Desapareció antes de que pudiera ser detenido y ahorcado.

—¿Lo mato ahora mismo?

Negué con la cabeza.

—Vamos a retrasar un poco más ese placer. —Hubo un tiempo en que Nakati fue un oficial de primer orden, destinado, en principio, a un más alto rango y a mayores empresas—. De momento, manténlo ocupado con los remos.

—¿Debo ahorrarle el látigo?

—¿Bromeas, Dilbar? Encárgate de que reciba lo que corresponde a cualquier esclavo, incluidos los latigazos.

—Os recuerdo que siempre fuisteis benevolente, señor Taita.

Nakati adoptó una expresión seria. Dadas las

circunstancias, su sentido del humor me pareció loable, y pronunció mi nombre con respeto. Hice un gesto con la cabeza al oficial de cubierta para que se llevara al resto de los prisioneros y luego me acerqué a la escotilla principal de carga del *Paloma*.

–Dilbar, ordena a tus hombres que golpeen las cuñas y abran esta escotilla.

Cuando la puerta de la escotilla cayó al suelo, me asomé a la bodega: estaba llena de lingotes de cobre y estaño. Estaba claro que éramos los primeros clientes en recibir las atenciones de Nakati y su tripulación.

–Lleva este tesoro al *Furia* –ordené a Dilbar–. Luego manda una tripulación de presa al barco pirata para que la conduzca con nosotros hasta Creta.

Mi mente ya estaba trazando un imaginativo plan. Sin embargo, quería que Nakati pasara el tiempo suficiente en los bancos de remo para que

su estado de ánimo fuera el adecuado y escuchara mi propuesta con toda su atención.

Esperé hasta que faltaban sólo cuatro o cinco días para recalar en la isla de Creta y entonces ordené que lo llevaran al *Toro Sagrado* y lo escoltaran hasta mi camarote.

Le habían arrancado todas las plumas. Sólo llevaba los grilletes y un exiguo y mugriento taparrabos. Su arrogante actitud había mejorado. Tenía marcas de latigazos en la espalda. Sus brazos, delgados, se habían endurecido por el movimiento del remo, y su vientre era tan cóncavo como el de un galgo hambriento. En su figura no sobraba ni un ápice de carne.

No obstante, aunque estaba abatido, pensé que aún no se sentía derrotado. Las brasas todavía brillaban bajo las cenizas de su orgullo. No me había decepcionado.

—¿Aún tienes una esposa en Tebas o se ha ido con otro? —le pregunté.

Me miró fijamente. Sus ojos eran duros y

chispeantes. Su famoso sentido del humor se había esfumado.

—¿Hijos? —insistí—. ¿Cuántos? ¿Niños o niñas? Me pregunto si alguna vez pensarán en ti. ¿Piensas tú en ellos?

—¿Por qué no haces que te crezcan otros órganos genitales y luego te vas al infierno? —sugirió, reprimiendo una sonrisa.

Admiraba sinceramente su gracia. Ignoré su sugerencia y proseguí como si no hubiera hablado.

—Sospecho que, en el fondo de tu corazón, sigues siendo hijo de nuestro Egipto; un hombre civilizado y no un maldito pirata. —No reaccionó, pero yo seguí mirándolo—. Cometiste un error, y te ha costado todo lo que era valioso para ti.

A su pesar, se estremeció. De modo infalible, le había metido el dedo en otra llaga y contraatacó:

—¿Y a vos qué os importa, cabrón engreído?

—No demasiado —admití—. Pero sospecho que significa mucho para tu esposa y tus hijos.

—Ahora ya es demasiado tarde. No hay mucho

que nadie pueda hacer al respecto.

Su tono cambió de nuevo y en su voz había un océano de tristeza.

–Puedo hacer que te perdonen –le dije.

Resopló, riéndose amargamente.

–Vos no sois el faraón.

–No, no lo soy, pero soy el portador del sello real del halcón. Mi palabra vale tanto como la del faraón.

Ví un atisbo de esperanza en sus ojos, y eso me complació.

–¿Qué queréis de mí, señor?

Ahora estaba suplicando. El tono desafiante había desaparecido.

–Quiero que me ayudes a liberar a nuestro Egipto de las hordas hicsas.

–Hacéis que parezca muy sencillo, pero he dedicado más de la mitad de mi vida a esa desesperada causa.

–Sé que desde que huiste de Tebas te has convertido en uno de los príncipes de los pueblos

del mar. Estoy convencido de que muchos de tus compañeros son también parias egipcios que lucharían por la oportunidad de poder regresar a su patria.

Nakati inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Y lucharían con más ahínco por un poco de plata y un trozo de suelo egipcio que arar —sugirió.

—Ésa es la recompensa que te puedo prometer —le aseguré—. Tráeme cincuenta navíos como el *Paloma* con hombres que sirvan y luchen en ellas, y te devolveré tu orgullo, tu honor y tu libertad.

Pensó en lo que le había dicho y luego negó con la cabeza.

—Nunca podría conseguiros cincuenta barcos. Pero devolvedme el *Paloma* y su tripulación y dentro de tres meses regresaré con al menos otros quince barcos. ¡Os lo juro solemnemente!

Me dirigí a la puerta del camarote y la abrí. Zaras y tres de sus hombres estaban esperando con

las espadas desenvainadas, listos para acudir a mi rescate.

—Id a las cocinas y ordenad al cocinero que nos traiga vino y comida.

Cuando Zaras regresó, yo estaba sentado a la mesa con Nakati frente a mí. Se había lavado la cara en mi palangana y peinado el pelo mojado. Llevaba la ropa que yo le había dado; aunque era alto y ancho de espaldas, era delgado como yo, y le sentaba bien.

El grumete que seguía a Zaras dejó un gran bol con carne de cerdo en salazón delante de Nakati. Serví tres generosas copas de vino tinto y le hice un gesto a Zaras para que se sentara con nosotros. Nos pusimos a hablar y no paramos hasta la mañana siguiente, cuando empezaba a amanecer.

El capitán Hypatos desplegó las velas y nuestra tripulación de presa acercó el *Paloma*. Nakati bajó a cubierta, retomó el mando de su velero y

navegó junto a las galeras en las que yo había encerrado a su tripulación. En cada una de ellas, bajó a la cubierta de los esclavos y de entre ellos escogió a sus hombres. Luego los llevó a la luz del sol.

Estaban en un estado lamentable. Sólo iban vestidos con un taparrabos y, al igual que Nakati, habían sido marcados por el látigo. Siguiendo mis órdenes, Akemi y Dilbar se habían ensañado con ellos. Estaban más allá de la desesperación y la resignación. Sabía que si alguien podía recuperarlos era Nakati. Un desafío con el que yo, ciertamente, no habría disfrutado.

Nakati me saludó desde la cubierta de popa del *Paloma*. Luego cogió el timón y puso rumbo hacia el norte. La flota pirata estaba allí, acechando en sus guaridas, diseminadas entre las miles de islas deshabitadas del archipiélago egeo.

—¿Creéis que volveréis a verlo? —preguntó Zaras,.

Me encogí de hombros. No quise tentar a los

dioses de la oscuridad respondiendo afirmativamente a su pregunta; no obstante, había hecho un trato con Nakati, y soy lo bastante bueno juzgando a la gente como para pensar que podía confiar en él y que pondría todo su empeño en cumplirlo.

Ya había probado, para mi propia satisfacción y disgusto de los enemigos, que podía desembarcar un gran destacamento de carros en cualquier enclave pobremente defendido de la costa ocupada por los hicsos, sembrar la muerte y el caos entre las fuerzas de Gorrab y regresar de nuevo a los barcos antes de que el enemigo pudiera tomar represalias. Evidentemente, mi pequeño ejército nunca aspiraría a participar en una campaña a gran escala contra el tirano, pero yo podía obligarlo a desviar un gran número de sus tropas principales de su frontera sur con Egipto para defender su extenso frente norte.

Había acordado pagar a Nakati y a sus hombres mil mems de plata a cada uno como premio para

compensarlos del botín al que tendrían que renunciar cuando navegaran bajo mis órdenes. Luego, cuando la campaña contra los hicsos desembocara finalmente en la liberación de Egipto, sus hombres serían perdonados de los delitos que hubiesen cometido, incluidos la piratería y el asesinato. Todos serían dados de baja con honores de la marina y les sería concedida la ciudadanía egipcia. Además, serían recompensados con quinientos kha-ta de tierras fértiles y de regadío en la finca del señor Taita de Mechir a orillas del río Nilo, al sur de la ciudad de Tebas.

Mientras observaba zarpar el *Paloma*, me pregunté qué parte de la generosidad que había prometido a Nakati podría recuperar del tesoro del faraón y qué parte debería cubrir con mis propias arcas. Sin duda alguna, el faraón estaría agradecido, pero era menos optimista respecto al hecho de que expresara su gratitud con monedas. Mi Mem no se separaba fácilmente de su plata.

Sabía que el capitán Hypatos había realizado este mismo trayecto entre Sumeria y Creta en varias ocasiones, pero cuando le pregunté cuándo pensaba que llegaríamos a Cnosos, se mostró evasivo.

—Por supuesto, depende de los vientos y las corrientes que nos encontremos, pero apostaría a que dentro de dieciséis días haremos nuestra entrada en la sagrada isla de Creta.

Me satisfizo la estimación. Los caballos de nuestros carros llevaban mucho tiempo en sus establos y su estado general estaba empeorando. Tenían el pelo seco, habían perdiendo peso y se volvían apáticos. Hui estaba tan preocupado como yo.

Durante la cena del decimocuarto día de los dieciséis que me había prometido, le recordé al capitán Hypatos lo que había dicho y largó un poco las velas.

—Señor Taita, debéis comprender que todos los marineros están sujetos a la voluntad y los

caprichos del gran dios Poseidón, que es quien gobierna los mares. Dieciséis días fue mi estimación, y soy bueno en eso.

Una de las cosas de la que tanto Hypatos como yo estábamos razonablemente seguros era que ya no corríamos ningún riesgo de ser atacados por los piratas. Ningún corsario osaría actuar tan cerca del puerto principal de la flota más poderosa de todos los mares, por lo que mandé la señal de aviso a todas mis galeras. Mucho antes de la puesta del sol habían tomado una formación cerrada, escoltando al *Toro Sagrado*.

A la mañana siguiente, mucho antes de que amaneciera, abandoné mi camarote en silencio, salí a cubierta y subí a lo alto del mástil. Con la primera luz del alba, barrí el horizonte que se extendía ante nuestras proas y vi que estaba vacío: no había tierra a la vista.

Estaba a punto de bajar del mástil y regresar a mi camarote cuando un albatros surgió de entre la niebla y planeó por encima de mí con las alas

totalmente extendidas, volviendo la cabeza de un lado a otro para observarme. Las aves me fascinan, y esa fue la primera oportunidad que jamás había tenido de estudiar a una de las más hermosas desde una distancia tan corta. Parecía estar también muy interesado en mí y se deslizó casi lo bastante cerca para que lo tocara mientras me estudiaba con sus brillantes ojos negros. Sin embargo, cuando extendí la mano hacia él, viró bruscamente y volvió a desaparecer entre la bruma de la que había surgido.

Miré hacia la cubierta antes de empezar a bajar y me sorprendí al ver que mientras el pájaro había captado mi atención, una pareja había salido de las cubiertas inferiores y estaba de pie en la proa de la nave, mirando hacia el horizonte con la misma intensidad que lo había hecho yo unos minutos antes. No estaba seguro de quiénes eran, porque iban envueltos en gruesas capas para protegerse del frío del amanecer y sus rostros estaban muy lejos de mí.

Cuando al fin se volvieron para mirarse, pude ver que se trataba de Zaras y Tehuti. Echaron un vistazo a la cubierta pero no levantaron la vista hacia el mástil. Satisfechos al comprobar que nadie los observaba, Zaras la tomó entre sus brazos y la besó. Ella se puso de puntillas y se agarró a él con palpable desesperación. Me sentí como un mirón que se inmiscuía en aquel momento de intimidad, pero antes de poder apartar la mirada, Tehuti retrocedió un poco para hablar y pude leer sus labios.

—Como de costumbre, Taita tenía razón. No hay ninguna señal de tierra. Los dioses nos han concedido al menos otro precioso día para estar juntos antes de que nos separen para siempre.

Su expresión era trágica.

—Eres una princesa —le recordó Zaras—, y yo soy un guerrero. Y ambos tenemos un sagrado deber que cumplir, cueste lo que cueste. Lo soportaremos.

—Sé que lo que dices es verdad, pero cuando te vayas te llevarás contigo mi corazón y el deseo de estar contigo. Me dejarás una cáscara vacía.

Ella se le acercó y volvió a besarlo.

Volví la cabeza. No podía ver su profunda desesperación por más tiempo. Yo también tenía un sagrado deber que cumplir. Todos somos meros insectos atrapados en la red que los dioses tejen para nosotros. Y no hay forma de escapar de ella.

Esperé hasta que hubieron abandonado la cubierta para bajar del mástil y me dirigí a mi camarote.

No había llorado desde aquel lejano día en que murió la madre de Tehuti. Pero ahora volví a hacerlo.

A la mañana siguiente subí de nuevo al mástil y esta vez no sufrí ninguna decepción. A la primera luz del día, la isla de Creta, baja y azul, apareció en nuestro horizonte de estribor. No era donde yo había esperado encontrarla, porque en lugar de estar justo enfrente de nosotros, se extendía unas cincuenta leguas o más hacia el norte.

A decir verdad, no me incomodó este pequeño contratiempo. No tenía ninguna prisa por conocer al Minos Supremo porque, de ser así, privaría a mis princesas de unos días adicionales de felicidad. Decidí aprovechar al máximo esa oportunidad de conocer más a fondo aquel reino de mitos y leyendas. Al parecer, el romance y la fuerza mística parecían estar acercándose a mí a través de sus aguas.

Quería disfrutar de ello plenamente, sin la intromisión de nadie, pero no iba a ser posible. En el *Furia*, que navegaba por delante de nosotros, se escuchó un repentino tumulto y gritos de: «¡Tierra a la vista!».

Casi de inmediato, en la cubierta situada debajo de mí parecía bullir una excitada humanidad. Todos se apiñaron en la borda de estribor y treparon a los aparejos para contemplar mejor la tierra.

No pude disfrutar mucho tiempo a solas, porque el embajador Toran subió para unirse a mí en el mástil. Estaba si cabe más eufórico que yo, y al igual que en mi caso, tampoco estaba demasiado preocupado por el retraso en la travesía.

—El error de Hypatos en la navegación es disculpable, dado el largo período de travesía sin ver tierra y a los caprichos del viento y las corrientes. La navegación marítima no es nunca una ciencia exacta, sino más bien un instinto desarrollado. En realidad, el error de cálculo de Hypatos puede ser fortuito.

Lo miré de reojo.

—¿Os importaría explicaros mejor?

—Estoy seguro de que recordáis que antes de que zarpáramos de Sidón os expliqué que, por decreto

del Minos Supremo, a los buques de guerra extranjeros no se les permite entrar en el puerto de Cnosos, en la costa norte de su reino. Ahí es donde están fondeados nuestros barcos de guerra.

—Sí, claro, me dijisteis que mis barcos deberían utilizar el puerto de Krimad, en la costa sur. De hecho, ese lugar será mucho más conveniente para mis galeras, así no tendrán que seguir navegando para alcanzar las posiciones hicsas en el delta del Nilo.

Toran dirigió mi atención hacia la tierra lejana.

—¿Veis esas construcciones blancas en la base del monte Ida? Son los astilleros del puerto de Krimad. Deberíais destacar a vuestro escuadrón de inmediato y mandarlo a ocupar los amarres que les han sido asignados en el puerto. El capitán Hypatos enviará a uno de sus oficiales para que actúe como piloto para sus capitanes.

—¡Excelente! —aprobé—. ¿El Minos Supremo desea que me quede con mi flotilla en Krimad?

—¡No, no, Taita! —se apresuró a tranquilizarme—.

El Minos Supremo es plenamente consciente de que sois el representante del faraón Tamose y que, como tal, merecéis el máximo respeto. Se ha dispuesto una mansión en las laderas del monte Ida, sobre la ciudad de Cnosos, para vuestro uso exclusivo. Sin embargo... –Hizo una pausa y dejó caer un párpado, mirándome conspirativamente–. Sin embargo, a bordo de este barco hay algunos miembros de vuestro séquito que estarían mejor acomodados en Krimad que en Cnosos.

–¡Ah! –exclamé, fingiendo ignorancia–. ¿Y quiénes son esas personas?

–No quiero dar a entender que nadie se haya comportado de forma inapropiada, pero hay quien tiene excesiva confianza con las futuras esposas del Minos Supremo.

–¿No os estaréis refiriendo a la pequeña Loxias, la sirvienta real?

Toran bajó la mirada. Discretamente, le había recordado que ambos teníamos secretos que ocultar.

–Lo dejo a vuestro impecable juicio –repuso Toran, retirándose con elegancia de la discusión.

Cuando bajamos a la cubierta principal, el capitán Hypatos me estaba esperando con una sonrisa.

–Finalmente han sido dieciséis días, señor Taita.

–Debo felicitaros por vuestra maestría en el arte de la navegación, Hypatos –lo elogió–. Por favor, decid a los capitanes de mis galeras que suban a bordo de inmediato.

Hypatos dio la orden de arriar las velas del buque insignia y de izar la señal «a todos los capitanes».

Los comandantes de mis galeras lanzaron los esquifes y ordenaron a sus tripulaciones que remaran hasta alcanzar el *Toro Sagrado*. Por orden de antigüedad, con Dilbar y Akemi a la cabeza, subieron a bordo. Les señalé el puerto de Krimad

y les informé de que iba a ser su futura base de operaciones.

Entonces, Zaras y Hui retomaron formalmente el mando de sus propias naves y se dispusieron a abandonar el buque insignia. Sus sirvientes habían preparado su equipaje, que fue cargado en los esquifes que iban a trasladarlos a las galeras.

Deliberadamente, había avisado con poca antelación a Zaras y a Hui de su traslado y me había abstenido de informar a Tehuti y Bekatha de su inminente partida. Quería evitar a toda costa cualquier demostración pública de emoción.

No obstante, a mis niñas no se las engañaba tan fácilmente. Se habían dado cuenta casi de inmediato de que algo extraño estaba ocurriendo. Abandonaron sus camarotes y salieron a la cubierta de popa para investigar. Su estado de ánimo era ligero y relajado, pero cambió bruscamente al ver a Zaras y a Hui en la cubierta principal, de pie frente a sus hombres.

Observé disimuladamente a mis dos niñas

asumiendo la dura realidad de que el temido momento había llegado y que la marcha era inminente.

El semblante de Tehuti se volvió frío y palideció como el de un cadáver tumbado sobre una piedra para ser enterrado. El labio inferior de Bekatha se estremeció y parpadeó para contener las lágrimas.

En la cubierta principal, Zaras llamó a sus oficiales, que saludaron al castillo de popa. Vi a Bekatha buscando a tientas la mano de su hermana mayor y agarrándola con tanta fuerza que los nudillos adquirieron un gélido tono blanco. Los labios de Tehuti se movieron cuando ella le susurró:

–Debes ser valiente, Bekatha. Todos nos están mirando.

Loxias, que estaba de pie justo detrás de ellas, se movió para situarse al lado de Bekatha y le cogió la otra mano.

Zaras se dirigió formalmente al capitán

Hypatos:

–Permiso para abandonar la nave, capitán.

Hypatos le respondió con la misma formalidad:

–Permiso concedido, capitán.

Zaras se volvió hacia el costado del barco y bajó con su contingente por la escalera de cuerda hasta los esquifes. Hui lo siguió. Tampoco advirtió la presencia de las niñas, que estaban de pie en popa, a sus espaldas. Ninguno de los dos miró hacia atrás.

Mientras miraba partir a Hui, Bekatha se tambaleó ligeramente y dejó escapar un grito ahogado. Luego, sin soltarse de las manos, las tres muchachas se dirigieron hacia la escalera que conducía a sus camarotes. Bekatha dio un traspié en el primer escalón, pero Tehuti la estabilizó discretamente, evitando que se cayera.

Toran estaba de pie frente a mí, en el lado de babor de la cubierta. Cuando las tres muchachas desaparecieron escaleras abajo, miró en mi

dirección y me hizo un gesto de aprobación casi imperceptible.

Con esa simple seña, nos habíamos convertido en cómplices. Sabía que en el futuro ambos seríamos capaces de confiar en el otro.

Después de que los esquifes abandonaran el *Toro Sagrado* para dirigirse de nuevo a las galeras, Hypatos viró el buque insignia, invirtiendo su rumbo, y rodeó el cabo oriental de la isla.

Miré por encima del montante rastrillado del buque insignia y observé mis galeras en línea de popa alejándose directamente hacia el puerto de Krimad. Aún estaba triste tras haber sido testigo de la angustia de mis niñas. Traté de distraerme y me coloqué junto a Toran en la barandilla y le hice una trillada pregunta cuya respuesta ya conocía.

—¿Cuál es la distancia por tierra en línea recta entre Cnosos y Krimad?

—La distancia real no es significativa: son

apenas cuarenta leguas, quizás un poco menos – explicó Toran—. El problema es que el camino es empinado y traicionero donde rodea el monte Ida, y difícil de recorrer durante el resto del trayecto. Puede que a vuestros caballos les lleve dos días completarlo. Si los forzáis más, acabaréis con ellos.

Sabía que tendría que recorrer ese camino con regularidad si quería estar en contacto con los oficiales de mi nave y también con mis niñas en el serrallo real. Por otro lado, no podía aceptar las demoras que Toran estimaba. Decidí que debería establecer una cadena de relevos por toda la isla. Con caballos descansados esperando en intervalos de diez leguas, podría cruzar la isla en siete horas o un poco menos de tiempo. Ésa sería mi prioridad en cuanto hubiera dejado a mis niñas en su nuevo hogar.

Bajé un momento con la intención de tentarlas para que subieran a cubierta y olvidaran sus penas, pero no quisieron acompañarme. Su desdicha era

tan grande que apenas pudieron abrir la boca para responder a mis solícitas preguntas. Se sentaron en una litera, agarrándose la una a la otra en busca de consuelo. Loxias se sentó en el suelo, a sus pies, con las piernas cruzadas. No era la primera vez que me sentía emocionado por la lealtad de la muchacha minoica.

Mis niñas necesitaban pasar un tiempo a solas para asumir la crueldad del destino y la de los dioses. Los jóvenes multiplican por cien las exigencias de la vida, pero consigue aliviarlas, en la misma medida, lo volátil de su edad. Todos debemos aprender a resistir.

Las dejé y volví a cubierta. Toran había bajado, de modo que subí de nuevo al aparejo.

Aquellas eran las aguas de la patria de Hypatos, y él las conocía a fondo. A veces bordeaba los arrecifes y acantilados a tan poca distancia que

parecía que podía pisar la tierra sin mojarme los pies.

Contemplé el paisaje fascinado. No esperaba que fuera tan montañoso ni que lo cubrieran unos bosques tan exuberantes. He pasado gran parte de mi vida en parajes desiertos, y a mí me resultan exóticos y bellos.

Era ya más de mediodía cuando doblamos el extremo más oriental de la isla y cambiamos el rumbo para dirigirnos hacia Cnosos por la costa norte. El ángulo de la luz del sol estaba tan alterado que, bajo la quilla, el agua adquirió un maravilloso tono azul.

Ante nosotros, el mar estaba salpicado de embarcaciones: desde pequeñas barcas de pesca ancladas hasta grandes trirremes mercantes agitando sus bancos de largos remos y sus nubes de velas.

Al pasar frente a las bocanas de las bahías y puertos del litoral, vi que también estaban llenos de barcos fondeados embarcando o

desembarcando mercancías. Sus cargas eran el músculo del comercio que genera la riqueza y que había transformado aquella pequeña isla en un coloso que dominaba el mundo civilizado.

Y, sin embargo, sabía por mis estudios que su terreno era rocoso y escarpado. Su suelo era pobre, porque carecía de minerales preciosos y no era apto para los cultivos. Y aunque los bosques crecían en él con profusión, sus raíces suponían otra barrera más para obtener valiosas cosechas.

Los minoicos habían resuelto este problema enviando sus naves para recoger las materias primas que producían otras tierras. Pagaban una miseria por estas riquezas, que transportaban de vuelta a Creta. Aquí, aplicando sus conocimientos de ingeniería y su talento para el diseño y la innovación, las transformaban en productos muy atractivos que deseaba el resto del mundo.

Refinaban los minerales que otros pueblos más primitivos habían escarbado en la tierra con palos afilados, y con esos metales fabricaban espadas y

cuchillos, cascos y armaduras para los guerreros y azadas, horcas y azadones para los campesinos.

Habían perfeccionado la cocción de las arenas de sílice y otros minerales para fabricar vidrio, un extraordinario material al que daban forma de fuentes y platos y otros utensilios que adornaban las mesas de los banquetes de los reyes, ornamentos y joyas de múltiples colores para deleitar a las esposas de los ricos y cuentas que algunas tribus utilizaban como moneda. En algunos países primitivos, una cadena de estas cuentas de cristal permitía comprar un caballo de pura sangre o una hermosa joven virgen.

Los minoicos intercambiaban estos productos con el cáñamo, el algodón, el lino y la lana que los campesinos de otras tierras habían cultivado. Trabajaban y tejían estos materiales para convertirlos en tela para vestimentas, tiendas de campaña y velas para barcos.

Ellos, a su vez, salían a comerciar, repitiendo

este ciclo sin fin hasta que ninguna otra nación pudo igualar su riqueza, ni siquiera nuestro Egipto.

Sin embargo, esta incesante e inquebrantable búsqueda de riquezas tenía un costo oculto.

Desde mi posición en lo alto del aparejo del *Toro Sagrado* observé la tierra y vi el humo elevándose de las innumerables fraguas y hornos en que se perfeccionaban los minerales, se aleaban los metales y las arenas se convertían en vidrio.

En las laderas de las montañas, por encima de las ciudades y las fábricas, había amplios terrenos desolados; la tierra mostraba las cicatrices allá donde se habían talado los bosques para conseguir la madera de los cascos de los buques mercantes minoicos o para ser quemada en los hornos de los molinos.

Ví las aguas de la costa manchadas y sucias por los tintes tóxicos y los líquidos corrosivos que usaban en los molinos y que desaguaban directamente en el mar.

Como a cualquier otro hombre, me gusta el peso

y el brillo del oro y la plata en mis manos, pero al enfrentarme a esa desfloración de la prístina naturaleza me pregunté cuál es el precio que el hombre está dispuesto a pagar para alimentar su insaciable codicia.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por un grito procedente de cubierta. Miré hacia abajo y vi que el embajador Toran había salido y me hacía señas para que me uniese a él. Cuando salté a su lado, se disculpó.

—No puedo permanecer demasiado tiempo ahí arriba —explicó—. Los giros del barco me resultan muy desagradables desde el mástil y no me gustaría desperdiciar el excelente desayuno que mi cocinero se esmera tanto en prepararme. —Me tomó del brazo y me llevó hacia delante—. La vista desde la proa es tan buena como desde el mástil; me gustaría mostraros los lugares de interés cuando dejemos atrás la isla Dragonada y tengamos una vista completa de Cnosos y el monte Cronos.

Nos instalamos cómodamente a la sombra de la vela de proa mientras el barco rodeaba el extremo de la isla y se extendía ante nosotros un perfecto panorama de la costa norte de Creta.

Desde nuestro lado de babor contemplamos una maravillosa vista del monte Ida, completamente distinta de la que habíamos disfrutado desde el lado sur de la isla. Desde este ángulo, la montaña parecía aún más grande, pronunciada y escabrosa. Debajo de ella, la ciudad de Cnosos y su puerto se abrían ante nosotros.

El puerto era enorme, pero sus aguas no parecían lo bastante amplias para dar cabida a la flota de barcos de guerra minoicos y los buques mercantes que estaban fondeados en ellas. Algunos de esos barcos eran tan grandes que la cubierta del *Toro Sagrado* parecía pequeña.

Por encima del puerto se alzaban los edificios de la ciudad. Me di cuenta inmediatamente de que su extensión era mucho más grande que la de Tebas y Babilonia juntas. No obstante, comparadas con

Cnosos, esas dos ciudades eran bonitas, alegres y acogedoras.

A pesar del fondo con montañas altas y majestuosas y el alcance y la grandeza de su arquitectura, Cnosos era un lugar sombrío y oscuro. Mis sentidos están tan sintonizados con las sutiles corrientes subterráneas y los matices ocultos de lo preternatural que advertí de inmediato que Cnosos se había construido sobre uno de esos raros campos de energía en los que los dioses concentraban todo su poder.

En esta época de progreso, los hombres ilustrados han aceptado que la tierra es un ser vivo que respira, una tortuga gigante que nada eternamente en el oscuro océano de la eternidad. Las placas que forman el caparazón que cubre su espalda se fusionan a lo largo de esas líneas de energía. Cuando la tierra se mueve, esas articulaciones le permiten flexionar el cuerpo y las extremidades. Son centros de una fuerza

inimaginable, algunos para bien, pero otros para mal.

Y allí era para mal. Noté su desagradable sabor en la parte posterior de la lengua y su hedor en las fosas nasales. Me estremecí mientras trataba asumir su enormidad.

—¿Tenéis frío, Taita? —me preguntó Toran, solícito.

Aunque negué con la cabeza y sonreí, no estaba seguro de que mi rostro no revelara mis verdaderos sentimientos. Me aparté de él y miré directamente el mar. Lejos de calmar mis presentimientos, sus aguas me parecieron aun más agitadas al contemplar de cerca los picos gemelos del monte Cronos. Toran debía ser consciente de mi perturbación, porque se rio entre dientes y me palmeó la espalda de forma paternal.

—¡Ánimo, Taita! La mayoría de la gente reacciona igual cuando ve por primera vez la ciudadela de Cronos, el padre de todos los dioses.

¿Conocéis la historia de este lugar y de cómo se desarrollaron todos sus misterios?

—Apenas sé nada al respecto.

En realidad, estaba convencido de conocer la historia mucho mejor que el propio Toran, pero, a menudo, lo mejor es fingir ignorancia, porque así puedes descubrir secretos que de otra forma te serían negados.

Toran se tomó mi instrucción con entusiasmo.

—Como hombre de letras e instruido, estaréis de acuerdo en que Cronos es el padre de todos los dioses. Antes de él solo existía la tierra, Gaia, y el cielo, Urano. Cuando se aparearon, de su unión nació Cronos.

—Eso ya lo sé —concedí, prudentemente. No quería que me arrastrara a una discusión, aunque sabía que había otras explicaciones más plausibles de la creación—. Pero por favor, Toran, proseguid.

—Pasado el tiempo, Cronos se peleó con su padre, Urano, y lo derrotó. Luego lo castró y lo convirtió en su esclavo. Cronos gobernó durante

toda la edad de oro de los dioses. No obstante, era consciente de una profecía según la cual uno de sus hijos le declarararía la guerra, como había hecho él con su propio padre. Así pues, devoró a todos sus hijos al nacer para evitar que eso sucediera.

—Dadas las circunstancias, devorar a sus hijos era seguramente una opción razonable. Conozco a más de un mortal que desearía haber actuado así — bromeé, con expresión grave, aunque Toran se lo tomó en serio y asintió.

—¡Por supuesto! Sin embargo, y siguiendo con el relato, cuando Rea, que era la mayor de las esposas de Cronos, dio a luz a su sexto hijo, al que llamó Zeus, lo escondió de su padre en una cueva, en lo alto del monte Ida. —Señaló la montaña, al otro lado de la bahía—. Así pues, Zeus sobrevivió y alcanzó la madurez. Entonces, tal y como se había profetizado, se enfrentó a Cronos. Cuando lo derrotó, le rajó el vientre y todos sus hermanos fueron liberados.

—Entonces, Zeus y sus hermanos y hermanas

viajaron a la cima del monte Olimpo, donde aún siguen teniendo su morada, gobernando nuestras vidas con mano dura. –Aceleré el relato. A veces Toran podía resultar pedante–. Zeus es ahora el padre de todos los dioses y el señor de las tormentas. Sus hermanos son Hestia, diosa del hogar; Deméter, diosa de la agricultura y las cosechas abundantes; Hera, diosa del matrimonio; Hades, dios del inframundo, y Poseidón, dios del mar.

–Me habíais dicho que no conocíais su historia. –Toran parecía ligeramente ofendido, pero prosiguió sin dilación antes de que yo pudiera relatar el resto de la historia–. Zeus no podía matar a su padre porque era inmortal, así que antes de partir hacia el monte Olimpo, encarceló a Cronos en las ardientes profundidades del volcán que ahora lleva su nombre.

Ambos observamos la montaña en silencio durante unos instantes.

–Es el volcán más antiguo y poderoso del

mundo. —Toran rompió el silencio—. Cronos controla todo su poder. Con él nos protege de la envidia de los reyes extranjeros y de la avaricia de las naciones menos civilizadas. Sólo en una ocasión, cuando los eubeos mandaron a su flota para atacarnos, Cronos arrojó grandes rocas de fuego sobre ellos desde lo alto de su montaña, hundiendo la mayoría de sus naves y haciendo regresar a los supervivientes por donde habían venido.

Contemplé la montaña. Era un espectáculo realmente impresionante. No había señales de vida animal ni vegetal en ninguno de los escalonados terraplenes en forma de pirámide. Caían casi en vertical sobre el agua y en ellos brillaban piedras negras de lava solidificada.

Desde las aberturas gemelas que atravesaban las cumbres de los picos, la lava fundida, resplandeciente por el calor, aún rezumaba y se deslizaba en ríos de fuego que estallaban en nubes

de vapor cuando alcanzaban las aguas que lamían la base de la montaña.

—Cuando Cronos está muy contento o muy enfadado, expulsa humo o fuego —explicó Toran—. La intensidad de su ira o de su placer se puede calcular por el volumen y la fuerza de su abrasador aliento. Por sus suaves exhalaciones se puede deducir que está durmiendo o tiene un estado de ánimo jovial. Cuando está realmente excitado, expulsa rocas fundidas y unas nubes de humo sulfuroso tan altas que se confunden en el cielo con las nubes. Entonces, sus bramidos y sus rugidos pueden escucharse incluso en tierras lejanas, al otro lado del mar.

—¿Y qué puede enojarlo hasta ese punto? —le pregunté a Toran.

—Es el más poderoso de todos los dioses. Cronos no necesita ningún motivo para enojarse, y desde luego no es responsable ante nosotros de sus caprichos o antojos. Se enoja porque se enoja, es así de sencillo.

Asentí prudentemente con la cabeza mientras escuchaba a Toran ensalzando los poderes y justificando los excesos de su dios particular. Por supuesto, no estaba de acuerdo con él. He estudiado la historia y el origen de todos los dioses. Hay cientos de ellos y, al igual que los mortales y los semidioses, son muy distintos en su poder y su temperamento, en sus virtudes y su maldad.

Lo que me desconcertaba era que un hombre cultivado como Toran rindiera tributo y fidelidad a un monstruo furioso antes que a una deidad noble y benevolente como Horus.

No confío en Cronos ni en Seth. Es más, nunca he estado seguro de Zeus. ¿Cómo puedes confiar en alguien, incluso en un dios, que se complace en jugar con malas artes con la humanidad y con su familia más cercana?

No, yo soy un hombre de Horus hasta la médula.

La aglomeración de barcos en el puerto de Cnosos y sus alrededores era tan grande que, cuando nos acercamos, el capitán del puerto envió un lugre con un mensaje negándole la entrada inmediata al *Toro Sagrado* y ordenándonos que fondeáramos en la rada hasta que dispusiéramos de un amarradero en el interior del puerto.

El embajador Toran desembarcó en el lugre para informar a palacio de nuestra llegada.

Una hora después de que Toran se fuera, se acercó un cúter para nuestro anclaje. Llevaba la insignia real de Creta. En la parte delantera estaba el toro dorado, y en el reverso el hacha de doble hoja del verdugo; su significado eran los poderes sobre la vida y la muerte esgrimidos por el Minos Supremo.

Antes de desembarcar, Toran me había advertido que Tehuti y Bekatha, como futuras esposas reales, debían ser confinadas en sus camarotes, lejos de las miradas de los hombres. Cuando aparecieran en público, debían llevar el

rostro completamente tapado con un velo e incluso sus manos y sus pies tendrían que estar cubiertos hasta que se presentaran de forma segura en el serrallo real.

Cuando les hablé del código de vestimenta minoico, las niñas se indignaron. Estaban acostumbradas a ir completamente desnudas cuando les apetecía. Empleé todo mi tacto y mi capacidad de negociación para convencerlas de que respetaran las costumbres y modales de la isla y se comportaran como miembros de la familia real minoica.

Teniendo muy en cuenta estas restricciones, yo era el único no minoico en la cubierta de popa del *Toro Sagrado* que podía recibir a la delegación de palacio.

Junto al embajador Toran, de pie en la proa del cúter que se acercaba, había tres oficiales de palacio. Cuando estuvieron ya a poca distancia, uno de ellos nos habló y solicitó permiso para

subir a bordo, una petición que el capitán Hypatos concedió con celeridad.

Estos tres visitantes iban vestidos con largas túnicas negras cuyos dobladillos barrieron la cubierta cuando se acercaban a mí con pasos deliberadamente majestuosos. Llevaban sombreros altos sin ala adornados con cintas negras. Sus barbas, rizadas con tenacillas calientes, estaban teñidas con hollín. Se habían empolvado el rostro con tiza blanca, pero en sus ojos se apreciaba un círculo de kohl, un contraste realmente asombroso. La expresión de su cara era lúgubre.

El embajador Toran los seguía de cerca y me los presentó cuando se detuvieron delante de mí. Dedicué una reverencia a cada uno de ellos mientras Toran pronunciaba sus nombres y enumeraba sus complicados títulos.

—¡Señor Taita! —dijo el emisario principal, devolviéndome la reverencia—. El Minos Supremo me ha ordenado que os dé la bienvenida al reino de Creta.

Luego me dijo que nuestra llegada había sido anunciada con entusiasmo, aunque en palacio desconocían la fecha y hora exactas de tan feliz acontecimiento. Ahora solicitaban veinticuatro horas más para preparar una bienvenida apropiada para las damas reales egipcias que estaban comprometidas con el Minos Supremo.

—Una barcaza llegará a esta nave mañana al mediodía y os trasladará a vos y a las novias reales a palacio, donde el Minos Supremo estará esperando para daros la bienvenida a su familia.

—¡Vuestro Minos Supremo es muy amable! — respondí a lo que, en esencia, no era tanto una invitación como una orden real expresada con diplomacia.

—Su Majestad me ha ordenado que me encargue de las damas reales para su satisfacción. Y también me ha pedido que les ofrezca estas muestras de su favor real.

Señaló los pesados cofres de plata que cargaban los ayudantes vestidos de negro que lo

flanqueaban. Dejaron los presentes sobre la cubierta y luego se alejaron con profundas reverencias.

La reunión había llegado a su fin. La comitiva subió de nuevo al cúter que los había traído. Me estaba dando cuenta de que los minoicos eran gente que no perdía el tiempo en ceremonias ni en trámites de cortesía. El embajador Toran los acompañó a tierra. Al menos me dedicó una breve sonrisa y un gesto discreto cuando subió al cúter.

Albergaba la esperanza de que los presentes que el Minos Supremo había enviado pudieran aliviar la profunda tristeza de mis princesas. Y, efectivamente, resultaron ser dignos del monarca más rico del mundo. El oro y la plata brillaban, y las piedras preciosas iluminaban el camarote con rayos de luz multicolor. Tehuti y Bekatha las examinaron con indiferencia antes de deshacerse de ellas y sumirse de nuevo en su melancolía.

Hasta ahora había mantenido severas restricciones para que ninguna de mis niñas

disfrutara del consuelo de la uva, pero me di cuenta de que había llegado el momento de aliviar su gran aflicción con un drástico remedio. Bajé a la bodega del barco, cogí una de las ánforas del embajador Toran y llené hasta la mitad tres grandes jarras de cobre con el delicioso vino tinto de las Cícladas. Luego las terminé de llenar con agua y ordené al sobrecargo del barco que las llevara al camarote donde languidecían mis niñas.

—¿Quieres que nos bebamos este veneno? —preguntó Tehuti—. Nos dijiste que si lo hacíamos nos quedaríamos calvas.

—Eso sólo ocurre si te lo tomas cuando eres muy joven, pero ahora yo sois adultas —expliqué—. Miradme. ¿Acaso estoy calvo?

A regañadientes, admitieron que no lo estaba.

—También nos dijiste que se nos caerían los dientes —me recordó Bekatha.

Para rebatir lo que decía, le mostré mi perfecta dentadura. Durante un rato, reflexionaron en silencio.

–Esto hará que os sintáis más alegres y felices –
dije.

–Yo no quiero sentirme alegre y feliz. –Bekatha
habló con firmeza–. Sólo quiero morir.

–Al menos morirás feliz –razoné.

–Tal vez deberíamos hacer que Loxias lo
probara primero.

Tehuti observó pensativamente a la muchacha
minoica.

Bekatha empujó una de las jarras que había
sobre la mesa hacia Loxias. La muchacha suspiró
con resignación. Estaba muy acostumbrada a que
se le asignaran las tareas menos agradables y
potencialmente peligrosas. Se llevó la copa a los
labios y bebió un sorbito; luego se enderezó,
manteniendo el vino en la boca.

–¡Trágatelo! –le ordenó Tehuti.

Loxias obedeció y ambas la miraron
atentamente, esperando a ver si se quedaba sin
pelo o sin dientes. La muchacha sonrió.

–Sabe bien –dijo, inclinando nuevamente la

cabeza sobre la jarra.

—¡Ya basta! No tienes por qué bebértelo todo — protestó Tehuti, cogiendo la jarra de sus manos.

Se pasaron la jarra, comentando animadamente el sabor del vino. Bekatha dijo que sabía como a ciruelas, aunque en opinión de Tehuti sabía sin duda a granada madura. Loxias no dio ninguna opinión, pero se aseguró de que no se le negara su parte. Fue la primera en reírse. Tehuti y Bekatha la miraron con sorpresa. Entonces, Bekatha también se echó a reír.

Al cabo de una hora, las tres se habían quitado la ropa y se habían puesto las brillantes joyas que el Minos Supremo había mandado. Yo estaba tocando con la lira una de las melodías que más les gustaba bailar. Las tres retozaban por el camarote, chillando y riendo. No fue hasta pasada la medianoche que Bekatha se derrumbó en su litera, aunque las otras dos no tardaron mucho tiempo en hacerlo. Las cubrí con las sábanas, les di un beso de buenas noches y apagué la lámpara.

Subí la escalerilla hasta la cubierta principal para disfrutar del aire de la noche. Me sentía bastante satisfecho de mí mismo.

Mis princesas, vestidas al estilo minoico, estaban esperando en la cubierta cuando la barcaza real salió del puerto al mediodía del día siguiente y remó hasta el *Toro Sagrado*. Hasta que no subieron a la embarcación, nada sugería que hubiera un ser viviente bajo las capas de tela negra y los velos que las cubrían. El embajador Toran nos había mandado esos vestidos y accesorios en otra barca aquella misma mañana. Había tenido que emplear todo mi ingenio y astucia para convencer a las niñas de que se pusieran esas estrafalarias vestimentas. Loxias se había ahorrado la humillación. Aunque su vestido también era largo y negro y el sombrero alto, en forma de cono y adornado con cintas, al menos llevaba el rostro y las manos descubiertas. Ella no era más que una

servienta, y si hubiera llevado el pecho desnudo estoy seguro de que nadie habría reparado en ello.

Las acompañé a la barcaza al solemne ritmo de los tambores que tocaban cuatro sacerdotes del templo de Cronos que iban sentados en la popa. Luego fuimos conducidos a remo hasta el muelle interior del puerto y tuve ocasión de estudiar más de cerca los imponentes edificios que rodeaban la cuenca y se agolpaban a orillas del mar. Estaban contruidos en su totalidad con bloques de piedra de un color gris pardo que más adelante vi que habían sido extraídas de las montañas. Apenas se distinguían unos de otros: todos eran impresionantemente feos. Los tejados eran planos y las ventanas unas estrechas hendiduras cubiertas con cristales opacos de color gris.

El edificio más grande se alzaba justo frente a la entrada del puerto. No le hacía falta la estatua del toro dorado de Creta en la azotea para dejarnos claro que se trataba de uno de los enormes palacios del Minos Supremo.

Con experta precisión, los remeros condujeron la barcaza hasta el muelle situado delante del palacio, donde un grupo de dignatarios esperaba para dar la bienvenida en tierra a mi pequeño destacamento. Todos vestían el mismo uniforme largo y negro y los sombreros altos en forma de cono. Llevaban los rostros espolvoreados con tiza y los ojos pintados con kohl. Algunos de ellos lucían cadenas de oro y plata y otros ornamentos en sus túnicas para dar fe de su superior rango y estatus.

Incluso yo iba vestido con la larga túnica negra que el embajador Toran me había hecho llegar. Sin embargo, llevaba mi magnífico casco dorado con su penacho de plumas y mi cara no estaba manchada con tiza ni con kohl.

Los únicos miembros del grupo que no vestían de negro eran cuatro ágiles guerreros de piel muy oscura: llevaban unas túnicas de un brillante color verde, con correas de cuero cruzadas sobre el pecho y cascos también de cuero en la cabeza. Se

acercaron a mis princesas para ayudarlas a desembarcar. Iban armados con sendas espadas cortas y dagas. Dos de ellos llevaban látigos que esperaba que fuesen más ceremoniales que funcionales. Se situaron a ambos lados de mis niñas.

Había algo extrañamente femenino en esos escoltas vestidos de verde. Sus rostros eran imberbes y suaves, y sus rasgos, al igual que sus manos, delicados y finamente esculpidos. Sólo les faltaban las protuberancias de los pechos femeninos: eran tan planos como los de cualquier muchacho. Pensé que serían una especie de hermafroditas, una más de las tantas peculiaridades que ya había detectado en aquella tierra tan peculiar. Me olvidé de ellos y seguí a mis niñas a través de la puerta de entrada al cavernoso vestíbulo del palacio. Estaba abarrotado por una multitud de rostros pintados con tiza. Sin embargo, no vi ni a una sola mujer entre todo el gentío. Nosotros, los egipcios, nos

sentimos orgullosos de nuestras mujeres y esperamos que jueguen un papel importante y muy visible en la vida de nuestra nación. Aquella muestra intencionada del aislamiento de las mujeres me pareció repugnante y antinatural.

En el centro del suelo de mármol habían dejado un pasillo lo bastante ancho para dejar pasar a mis niñas y a sus acompañantes uniformados de verde que conducía a otro conjunto de puertas situadas en el otro extremo de la sala. Nuestro pequeño grupo empezó a avanzar por ese espacio, pero no habíamos recorrido más de una docena de pasos cuando alguien salió de entre la multitud y se colocó a mi lado. Por un momento no me di cuenta de que se trataba del embajador Toran, porque también vestía completamente de negro y tenía el rostro mortalmente blanco, con las cuencas de los ojos cadavéricas. Sin embargo, llevaba una cadena de oro que reconocí y, aunque habló con un tono sepulcral, su voz era inconfundible.

—Todo marcha según lo previsto. El Minos

Supremo y todo su consejo os están esperando en el salón del trono, detrás de esas puertas. —Las señaló con un gesto de la barbilla—. Incluso la Reina Madre está con él. Es un raro honor. No se espera que toméis parte en la sesión de hoy, pero a partir de mañana trabajaréis en estrecha colaboración con el almirante y su consejo de guerra en la planificación de la campaña contra los hicsos.

—Me siento aliviado y feliz al oíros decir eso. — Aunque traté de hablar en voz tan baja como la suya, era verdad. Me había llevado años de intensa planificación y de esfuerzos si cabe más intensos llegar a ese punto. Estábamos a las puertas del éxito—. Pero, decidme, ¿cuándo se celebrará la ceremonia matrimonial? —le pregunté.

Toran me lanzó una mirada de asombro con los ojos pintados con kohl, pero antes de que pudiera responderme las puertas de madera de cedro pulida, con sus ornamentos del toro dorado, se abrieron silenciosamente ante nosotros. Al ritmo

solemne de un solo y oculto tambor, entramos en el salón del trono y nos detuvimos mientras las puertas se cerraban detrás de nosotros.

El interior estaba tenuemente iluminado. No había lámparas. Las escasas y estrechas rendijas de las ventanas estaban cubiertas por unas oscuras cortinas de lana. El techo era tan alto que se fundía con las sombras. Sin embargo, mis ojos se adaptaron rápidamente, y los detalles de las formas y figuras emergieron de la oscuridad.

En el centro de la sala, situado en un podio elevado, se encontraba el trono. Alrededor de su base se apiñaba un grupo de hombres. A su izquierda se reunieron los sacerdotes de Cronos. Vestían unas largas túnicas con capuchas que ocultaban sus rasgos. Estas prendas eran de un color rojo oscuro que, como me enteré más adelante, era conocido como el color sangre de toro.

En el lado opuesto del trono había otro grupo de nobles y cortesanos, algunos de los cuales

llevaban las tradicionales túnicas largas y negras y el sombrero alto. Frente a ellos estaban los militares y jefes navales de alto rango. Sus uniformes, de llamativos colores, contrastaban con la monótona vestimenta de los nobles.

El trono era enorme. Estaba tallado en ébano y tenía incrustaciones de madreperla. A pesar de que el asiento era lo bastante amplio como para dar cabida a cinco corpulentos hombres con armadura, sólo lo ocupaban dos personas. Una de ellas era la única mujer presente en el salón del trono, a excepción de mis dos princesas y Loxias. La miré con incredulidad. Era la mujer más anciana que había visto jamás. Parecía ser tan vieja como el tiempo. Su enjuto cuerpo y sus extremidades estaban cubiertas con encajes negros llenos de polvo, aunque sus manos no estaban enguantadas. Sus dedos se retorcían en formas grotescas a causa de la artritis y la edad. El dorso de sus esqueléticas manos estaba lleno de nudos y venas azules.

Tenía el rostro amarillento y arrugado como la piel de una manzana caída que hubiese permanecido al sol durante toda una estación. Ya no parecía humano. Los pelos dispersos y grasientos de su cabello estaban teñidos de un rojo brillante y se pegaban a su cráneo y se rizaban en torno a las orejas. Sus ojos estaban hundidos en sus profundas cuencas: uno era negro y brillante como la obsidiana pulida; del otro, opaco, dejaba escapar unas lágrimas que se derramaban por su marchita mejilla y que goteaban sobre el encaje negro que cubría la parte superior de su cuerpo. En medio del silencio, carraspeó y soltó una masa de mocos verdes y amarillos. Cuando abrió la boca para escupir sobre las losas de mármol, vi que sus dientes eran negros y andrajosos como los tocones quemados de los árboles de un bosque tras un incendio.

—Es Pasifae, la Reina Madre —me susurró Toran en una voz tan baja que tan sólo yo pude oírlo.

A su lado se erguía una gigantesca figura

humanoide vestida con una túnica de filigranas de plata y una coraza con relieves de oro. Sin embargo, aquella criatura parecía demasiado grande para ser humana. Me pregunté si se trataba de una bestia sobrenatural o de un ser del panteón minoico de los inmortales.

Sus manos estaban cubiertas por unos guantes de piel negra, que supuse que sería de búfalo salvaje, y sus extremidades inferiores por unas botas altas del mismo material.

Sin embargo, la característica más sorprendente de la criatura era su cabeza. Estaba completamente cubierta por una máscara de metales preciosos. Tenía forma de cabeza de toro salvaje con las fosas nasales dilatadas y una greñuda melena. Los grandes cuernos de la máscara eran auténticos y habían sido extraídos de la carcasa del propio animal. Eran largos y se curvaban hacia delante, señalando de forma asesina. Había visto especímenes casi idénticos en Babilonia entre los trofeos de caza del rey Nimrod.

Los agujeros de los ojos de la máscara parecían negros y vacíos hasta que me moví ligeramente hacia un lado. La cabeza enmascarada se volvió para seguir mi movimiento y al hacerlo modificó el ángulo de la luz que penetraba por las altas ventanas. Pude ver el brillo y el parpadeo de unos ojos dotados de vida en las profundas cuencas. ¿Eran humanos, animales o divinos? No había forma de saberlo.

El tambor oculto redobló dos veces y enmudeció. Nada ni nadie se movió en medio del repentino silencio. Entonces, la figura enmascarada que ocupaba el trono se puso en pie y extendió los brazos. Dejó escapar un bramido como el de un toro salvaje, con el olor del celo en sus fosas nasales. El bramido resonó con tal intensidad en el interior de la máscara de la criatura que pensé que los ingenieros minoicos debían de haber ideado algún sistema para amplificarlo hasta adquirir un volumen tan extraordinario.

Al unísono, toda la congregación, incluidos los sacerdotes, lanzaron un gemido de veneración tan profundo que parecía de terror. Luego, todos se postraron. Los guardias vestidos de verde que flanqueaban a mis niñas las obligaron a arrodillarse en el suelo de mármol.

El embajador Toran me agarró por la muñeca, obligándome a arrodillarme con él.

—¡Por lo que más queráis, no miréis hacia arriba!

Le obedecí. No tenía ni la menor idea de lo que estaba ocurriendo, pero sabía que no era el momento de discutir ni de poner objeciones. Me quedé quieto, gimiendo y apoyando la frente en el suelo sólo cuando lo hacía el resto de la congregación. La diatriba procedente del trono no cesaba, pero aumentó de volumen hasta que mi cabeza empezó a palpar.

Aunque había estudiado la lengua minoica con verdadera devoción, no entendía ni una sola palabra de lo que decía el Minos Supremo. O bien

nos arengaba en una lengua arcana o la amplificación distorsionaba tanto sus palabras que era incapaz de comprenderlas.

Tengo una pulsera que suelo ponerme en la muñeca derecha en ocasiones como ésta. De una fina cadena cuelga un pequeño disco de oro que he pulido casi con la perfección de un espejo. En su reflejo soy capaz de ver cualquier cosa o persona que esté delante o detrás de mí sin necesidad de mover o levantar la cabeza. Así he aprendido muchas cosas interesantes, y más de una vez he esquivado la muerte.

De repente, en mi pequeño espejo vi una cortina circular de color negro cayendo silenciosamente desde las sombras del techo. Era exactamente del mismo tamaño del podio donde se encontraba el trono y envolvió por completo al Minos Supremo y a su madre, Pasifae. Luego, se elevó con la misma rapidez con la que había caído, y tanto el trono como el podio quedaron vacíos. El Minos Supremo y su madre habían desaparecido. Era el

mejor golpe de efecto teatral que jamás había presenciado.

El tambor oculto volvió a redoblar. A esa señal, todos nos pusimos en pie y levantamos la cabeza. Hubo un murmullo y gritos de asombro cuando nos dimos cuenta de que el Minos Supremo y su madre habían desaparecido. Me uní a ellos sin que Toran tuviera que alentarme a hacerlo. Tras haber expresado mi sorpresa ante los milagrosos poderes del rey de Creta, me puse en pie junto a Toran y le pregunté:

–Supongo que el Minos Supremo ha fijado fecha y hora para la ceremonia matrimonial. ¿Estoy en lo cierto?

–Por favor, disculpadme, señor Taita. Debería haberme explicado con mayor detalle. Supuse que entendíais lo que estaba pasando. –Parecía realmente avergonzado—. Lo que acabamos de ver ha sido la ceremonia matrimonial.

No podía recordar cuál era la última vez que no había sido capaz de decir algo inteligente o

ingenioso. Finalmente conseguí hacerlo, aunque al hablar, mi voz sonó como un graznido.

–No lo entiendo, Toran. Os pregunté por la boda de mis princesas egipcias.

–Esto ha sido la boda. Ya no son princesas. Ahora son reinas minoicas. Ambos hemos conseguido lo que nos proponíamos.

Me tomó del brazo, como para sostenerme. Me solté, sin dejar de mirarlo fijamente.

–¿Y qué será ahora de mis niñas? –insistí.

–Las viragos las conducirán al serrallo real.

Con un gesto de la cabeza, señaló los escoltas de uniforme verde.

–Aún no estoy listo para acompañarlas –protesté–. Antes debo recoger mis pertenencias en el *Toro Sagrado*.

–Los hombres tienen prohibida la entrada en el Palacio de las Esposas Reales. Lo siento muchísimo, señor.

–Sabéis muy bien que soy un hombre

incompleto, Toran. Nunca me han separado por la fuerza de mis niñas.

–De acuerdo con la ley minoica, vos sois un hombre –dijo Toran.

–¿Y qué hay de esas criaturas? –pregunté, señalando a los guardias uniformados de verde que estaban levantando a mis princesas–. ¿Acaso no son hombres..., incluso más de lo que yo lo soy, Toran?

–No, Taita. Son mujeres de la tribu Mbelala de África occidental.

–¡Pero no tienen pechos! –protesté.

–Les fueron amputados en la adolescencia para que pudieran manejar la espada con más habilidad, pero más abajo son mujeres. Os lo demostraré.

Se volvió hacia la capitana de las viragos y le habló con aspereza. Obedeciéndole, se levantó la falda de la túnica verde y mostró su perfecta vagina.

–Si lo deseáis, podéis tocarla, señor, pero sólo

si estáis dispuesto a sacrificar el brazo por tal privilegio.

Con la mano en la empuñadura de la espada, la virago sonrió, desafiándome a intentarlo. Negué con la cabeza y me volví hacia Toran.

—¿Cuándo podré volver a ver a mis niñas?

Escuché un tono de súplica en mi voz.

—Odio ser quien tenga que contestar a esa pregunta, porque la respuesta es nunca. —Toran habló con firmeza—. Ningún hombre, salvo el Minos Supremo, verá de nuevo sus rostros... hasta que mueran.

Más adelante, mirando hacia atrás con la sabiduría que otorga la perspectiva, me di cuenta de que la última parte de su declaración pretendía ser una advertencia encubierta; sin embargo, estaba tan afligido por la ineludible pérdida que se me escapó.

Las cuatro viragos levantaron a mis princesas, cuyos rostros cubrían sendos velos, y se las llevaron. Loxias las siguió, pero me miró y me

susurró algo en voz demasiado baja al oído para que pudiera entenderla. Sin embargo, pude leer sus labios: «Las protegeré con mi propia vida».

Ya era incapaz de seguir conteniéndome y empecé a andar para evitar que tal cosa ocurriera. Sin embargo, Toran me agarró por el brazo y me detuvo.

—Estáis desarmado, Taita. Esas viragos son asesinas entrenadas. No saben qué es la piedad.

De pie, vi cómo se alejaban. Vi que Bekatha estaba llorando; bajo el velo, todo su cuerpo temblaba. En cambio, Tehuti dio un paso hacia lo desconocido, como una heroína.

En la pared situada detrás del trono de ébano se abrió una puerta silenciosamente. Con dolorosa desesperación, vi cómo desaparecían tras ella.

Fue como si mi vida hubiera llegado a su fin. Se habían separado de mí para siempre las dos

personas que durante muchos años habían sido mi principal razón de ser.

El embajador Toran sabía lo muy unido que me sentía a ellas y cuán amargamente me había lastimado su pérdida. Entonces me demostró que se había convertido en un verdadero amigo. Se encargó de introducirme en las extrañas complejidades de la sociedad minoica. Tenía un carruaje esperándonos en la parte trasera del palacio que nos llevó por un sinuoso camino hasta la gran mansión situada en la ladera de la montaña que dominaba la ciudad de Cnosos. Aquel lugar iba a ser la embajada de Egipto, y yo su embajador.

Mientras ascendíamos, Toran charló alegremente conmigo para distraerme, señalándome los enclaves más destacados de la ciudad que se extendía a nuestros pies, entre ellos los cuarteles generales de la marina y el extenso complejo de los edificios del gobierno por medio

del cual el Minos Supremo reinaba sobre su vasto imperio.

—La jefatura de nuestro gobierno la constituye el Consejo de Estado, compuesto de diez señores nombrados por el Minos Supremo. Sus deberes y responsabilidades incluyen todos los aspectos de nuestra nación, desde la adoración del dios Cronos, obligatoria para todos los ciudadanos, al pago de impuestos, que no es opcional. —Toran se rio de su pequeña broma—. Los otros principales ministerios son el Almirantazgo, el Departamento de Comercio y el Ejército.

Haciendo un esfuerzo, fui capaz de dejar de lado el dolor de mi pérdida y concentrarme en esa vital información. Incluso conseguí unirme a la conversación.

—Evidentemente, el mundo entero ha oído hablar de la flota minoica, que supera la de cualquier otra nación, pero ignoraba que tuvierais un ejército tan importante.

—Nuestro ejército lo integran casi cincuenta mil

hombres altamente entrenados –explicó Toran, orgulloso.

–¡Por Horus! Eso debe ser la mayor parte del total de la población –exclamé, con asombro.

–Todos los oficiales de alto rango son minoicos, pero las filas están compuestas de mercenarios. La mayoría de nuestra población no son soldados sino obreros cualificados.

–Ahora lo entiendo. –Aquella información me dejó fascinado–. Y estoy seguro de que vuestra magnífica flota de barcos sería capaz, con gran rapidez, de trasladar a esos guerreros dondequiera que fueran necesarios.

Toran me enumeró los nombres y cargos de todos los oficiales militares de alto rango. Luego habló de los puntos fuertes y las flaquezas de todos esos poderosos hombres.

–Algunos son hábiles y sagaces guerreros, pero hay muchos que no ven más allá de sus bolsas, sus barrigas o sus entrepiernas.

No obstante, cuando traté de preguntar a Toran

acerca del Minos Supremo y de la naturaleza del ser que se escondía tras la máscara dorada, se volvió tan asustadizo como un pollino y rehuyó el tema con una breve advertencia.

–Hablar sobre la persona del Minos Supremo es un delito de lesa majestad castigado con la muerte. Os basta con saber que encarna el espíritu de nuestra nación. Esta vez tendré en cuenta que habéis hecho esa pregunta desde la ignorancia, pero os aconsejo que os toméis en serio esta advertencia, Taita.

Nos sumimos en un incómodo silencio cuando doblamos un rocoso estribo de la montaña y llegamos inesperadamente al alojamiento que se había puesto a mi disposición. Era un edificio grande pero sombrío y feo, igual que todos los que había visto hasta ese momento. No tenía jardines que embellecieran la impasible mampostería gris, sino que estaba rodeada de vides emparradas.

Mis criados formaban en fila delante de la puerta principal para darme la bienvenida, aunque

su acogida fue tan sombría como las paredes que había detrás de ellos.

—Evidentemente, son esclavos —explicó Toran con displicencia—. A todos se les ha cortado la lengua y extirpado las cuerdas vocales, por lo que no os molestarán con su cháchara.

Y tampoco aprenderé nada de interés o importancia de ellos, pensé, aunque no verbalicé mi reserva.

—Éste es Bessus, vuestro mayordomo. —Señaló a un robusto granuja de agradable sonrisa—. Entiende el egipcio, pero por razones obvias no lo habla. Pedidle cuanto necesitéis.

Toran se movió deprisa mientras me mostraba mi nuevo hogar. Las habitaciones eran cómodas pero austeras. Mis efectos personales y mi ropa de repuesto habían sido enviados desde el puerto antes de nuestra llegada. Los habían desembalado, lavado y colocado en el salón. Junto a mi habitación había una biblioteca con más de cien rollos enormes apilados en los estantes.

—Ésta es la historia definitiva del imperio minoico, una gran parte de ella escrita por mí. Espero que la encontréis instructiva —dijo Toran, y luego señaló el escritorio que había en el centro de la estancia—. Aquí tenéis tinta, pinceles y rollos de papiro en blanco de buena calidad para vuestro uso exclusivo. Puedo hacer que envíen vuestras misivas a cualquier parte del mundo.

—Sois muy amable, buen Toran. —Le di las gracias con expresión grave, aunque estaba sonriendo y valorando su oferta por dentro.

«Posiblemente sólo después de haber hecho las correspondientes copias». Comprendí que su amistad y su amabilidad tenían un límite.

—Hay cincuenta ánforas de buen vino en las bodegas —prosiguió—. Serán rellenas en cuanto estén vacías. El pescado fresco y la carne serán enviados todas las mañanas desde el puerto. Los dos cocineros son excelentes; lo sé por experiencia. Los he elegido para vos.

Salimos al patio del establo. El jefe de los

mozos de cuadra se postró ante mí. Pude ver marcas recientes de látigo en su espalda desnuda.

—¡Levántate, hombre! —Oculté mis verdaderos sentimientos tras un tono amistoso. En otros tiempos, yo también había sido esclavo, y recordaba muy bien la caricia del látigo—. ¿Cómo te llamas? —le pregunté.

Haciendo un esfuerzo, gorgoteó la respuesta. Era un hombrecillo alegre, y estaba claro que no era cretense.

—¿Waaga? —repetí la respuesta, y él se rio entre dientes—. Muy bien, Waaga, enséñame los caballos.

Waaga corrió delante de mí hacia los establos, emitiendo unos ininteligibles pero entusiastas sonidos a través de su garganta vacía.

Había ocho excelentes monturas en el pequeño prado situado detrás de los establos. Waaga les silbó y se acercaron a él a la vez, relinchando de contento. Los alimentó con una tortita de maíz al horno que sacó de la bolsa de cuero que llevaba

colgada de la cintura. Puesto que los caballos confiaban en él, decidí hacer lo mismo, al menos hasta que me demostrara que estaba en un error. En general, los caballos demuestran tener buen juicio.

—Pronto tendré que viajar a Krimad, en la costa sur. Necesitaré un guía que me muestre el camino. ¿Lo conoces? —Waaga asintió enfáticamente—. Pues debes estar preparado —le advertí—. Te avisaré con poco tiempo y cabalgaremos duro.

Waaga me sonrió. Parecía que nos habíamos entendido.

A la mañana siguiente, me levanté antes que el sol y desayuné a toda prisa antes de cabalgar montaña abajo hasta el Almirantazgo. Pasé el día entero allí, hablando y negociando con el almirante Herakal y sus hombres, aunque no fue de mucha utilidad. Me ofrecieron ocho birremes decrepitos que, era evidente, ya habían sido utilizados durante muchos años como buques mercantes y servían de

bien poco. Esperaban que con ellos sometiera a las hordas hicsas. Me estaba dando cuenta de que, en general, los minoicos eran gente hosca y difícil, y extremadamente hostil con los desconocidos y los extranjeros. El único al que había conocido hasta entonces y que suponía una excepción a esta regla era el embajador Toran. Era un hombre tan afable y solícito que podría haber sido egipcio.

Por la noche regresé a mi nuevo hogar. Estaba anímicamente agotado y desanimado. Apenas probé el cordero a la parrilla que me había preparado el cocinero. Sin embargo, una jarra del delicioso vino que Toran había dejado en las bodegas me dio la fuerza para perseverar, y al amanecer del día siguiente cabalgué de nuevo por la montaña hasta el Almirantazgo.

Tuve que emplear toda mi capacidad de negociación y alguna pequeña ayuda de Toran, pero, por fin, antes del décimo día había conseguido reunir una flotilla de seis barcos casi nuevos de tres cubiertas. El almirante me cedió de

mala gana a sendos experimentados oficiales minoicos para gobernarlos y a unos cuantos duros mercenarios escogidos de entre las tribus más salvajes del norte de Italia para tripularlos. Esos hombres se hacían llamar latinos o etruscos. Toran me aseguró que eran unos excelentes marineros y unos temibles guerreros. Con 120 de esos salvajes a bordo de cada uno de los trirremes estaba convencido de que podríamos igualar a cualquier barco de la flota hicsa.

Ordené a mis nuevos capitanes que navegaran alrededor de la isla hasta el puerto de Krimad, donde Zaras y Hui habían fondeado mis birremes sumerios, listos para zarpar. De ahora en adelante, aquella sería nuestra principal base de operaciones; desde allí podríamos atacar al enemigo, que sólo estaba a seiscientas leguas al sur: con vientos favorables, cinco días de navegación.

La mañana siguiente de que mi escuadra de recién adquiridos trirremes zarpara de Cnosos, Waaga y yo salimos de noche, antes del amanecer, para llegar a Krimad antes de que lo hicieran los barcos. Siguiendo mis instrucciones, Waaga había ensillado dos caballos y nos llevamos otros cuatro de las riendas para poder cambiar de montura en cuanto los nuestros mostraran los primeros signos de fatiga.

Toran me había advertido que a veces había bandas de ladrones y bandidos merodeando en los bosques del interior de las montañas. Pensando en eso, llevaba una espada corta en la vaina, sujeta a mi cinturón, y el largo arco curvado colgado del hombro derecho.

Como esclavo, Waaga tenía prohibidas las armas blancas, pero llevaba una honda y una bolsa de cuero con cantos rodados. Con esa arma, le había visto matar perdices que volaban alto y derribar un ciervo que había asaltado nuestra

huerta. Estaba seguro de que podía romperle el cráneo a un bandido con la misma eficacia.

Partimos antes de que saliera el sol, en cuanto hubo luz suficiente para divisar el áspero camino. Waaga era un hábil jinete, por lo que era capaz de seguir mi ritmo. Conocía cada recodo y desviación del camino. Cabalgaba a mi derecha y no paraba de dirigirme gruñidos animales y gestos con la mano.

Atajamos a través de las faldas del monte Ida en dirección este, hacia el pico más alto, que a pesar de lo avanzado del verano, aún estaba cubierto de nieve. A esa altura, los árboles maduros habían sido diezmados para proporcionar combustible a las fraguas y hornos de las fábricas. Aquella destrucción me entristeció. Los hacheros no habían dejado ni un solo árbol en pie.

Por fin llegamos a los bosques vírgenes situados a mayor altitud y cabalgamos entre los magníficos troncos de los árboles que se levantaban desde que los dioses eran jóvenes. Las ramas más altas se

entrelazaban por encima de nosotros, protegiendo del sol los pasillos que había entre ellos con un silencio catedralicio. Los tupidos bancos de musgo verde amortiguaban el ruido de los cascos de los caballos. Sólo se escuchaba el sonido de los gritos de los pájaros y de los animales pequeños. Abrevamos a los caballos en los arroyos que corrían claros y limpios como el aire de la montaña, con agua helada procedente de la nieve derretida.

Nos detuvimos en un claro del bosque, en la espalda de la montaña, para ver cómo Helios, el dios del sol, asomaba la cabeza por el horizonte oriental.

Aquélla era una tierra sagrada: allí había nacido Cronos, el padre de todos los dioses, y sus hijos e hijas después de él. Podía sentir la presencia de todos ellos y oler su perfume en el aire dulce y las margas del bosque. Me producía una sensación extraña estar tan estrechamente en contacto con los inmortales. Puede que mi aguzada sensibilidad se

deba a la sangre familiar que corre por mis venas y de la que Inana me hizo ser consciente por primera vez. Entonces me recordé severamente a mí mismo que tal vez, con toda seguridad, Inana fuera una criatura que sólo vivía en mi imaginación y que yo era víctima de mi ociosa superstición. Me molestaba que su imagen volviera a mí de manera tan insistente.

Con firmeza, decidí ahuyentar a Inana de mi mente, y mientras tomaba esa decisión escuché el sonido de su risa indulgente. Sueño o diosa, sabía que ella estaba cerca y mi valiente resolución se vino abajo.

Dirigí a mi caballo por la pendiente hacia el puerto de Krimad, situado al abrigo de la rocosa costa sur de Creta. Aún faltaban dos horas para el mediodía. Habíamos hecho el trayecto en un tiempo excelente.

Incluso a veinte leguas de distancia me pareció distinguir los mástiles desnudos de mis naves sumerias apiñadas en el puerto. Cuando volví la

cabeza para observar el camino que habíamos recorrido, vi el volcán donde estaba encarcelado el dios Cronos. Dominaba las aguas del horizonte norte. Una plácida columna de humo de color crema se elevaba de sus picos gemelos. Sonreí. El dios estaba de buen humor.

Waaga aprovechó esta breve pausa en el viaje para desmontar y ponerse en cuclillas detrás del árbol más cercano. Aquélla era una señal de que antes de convertirse en esclavo debía haber sido un hombre cultivado y de buenos modales. Sólo los hombres y mujeres de las clases más bajas y vulgares orinaban de pie.

De repente, Waaga se levantó dando un brinco, dejando que la falda de su túnica cayera en torno a sus rodillas mientras señalaba la zona donde se había agachado, lanzando incoherentes bufidos y gruñidos. Estaba tan alterado que desmonté y salí corriendo hacia él para averiguar la causa de su inquietud.

En la base del árbol, la tierra blanda estaba tan

revuelta que me llevó unos minutos identificar las huellas de unas enormes pezuñas hundidas en ella. Eran mucho más grandes que las que dejan las vacas lecheras en mi finca de Mechir, a orillas del Nilo.

Me arrodillé para comparar el tamaño de una de esas huellas con la de mi mano derecha con los dedos y el pulgar totalmente extendidos; no era lo bastante grande. Tuve que extender ambas manos sobre una de las huellas para llegar a abarcarla por completo.

—En el nombre de Seth, el maligno, ¿qué monstruosidad habrá dejado estas huellas? —exclamé, mostrando mi asombro ante Waaga.

No fui capaz de interpretar su respuesta. Repitió el mismo sonido con una inflexión ascendente mientras se rodeaba con los brazos, temblando en una parodia del miedo. Luego se volvió, corrió hacia su caballo y montó. Me hizo un gesto para que me levantara, lanzando al mismo tiempo temerosas miradas hacia el bosque que nos

rodeaba. Su agitación era contagiosa, por lo que salté sobre mi montura y la insté a seguir cabalgando.

Estaba tratando de encontrar una explicación racional a esas huellas de gigantescas pezuñas. Sus dimensiones parecían ser más una fantasía que una realidad... hasta que me acordé de los enormes cráneos y cuernos de los uros que había visto en Babilonia, entre los trofeos de caza del rey Nimrod. Sin embargo, los remotos montes Zagros, en la orilla noreste del río Éufrates donde los había conseguido, estaban a medio mundo de distancia de aquella pequeña y densamente poblada isla.

Parecía muy poco probable que en aquellos encantadores bosques aún hubiera uros salvajes, a menos que estuvieran protegidos por un decreto del Minos Supremo. Tal vez había declarado a esas monstruosas criaturas símbolo heráldico de la nación minoica y animal sagrado del dios Cronos. La máscara de plata que llevaba el Minos hacía

creíble esa posibilidad. No obstante, dudé de la prudencia de hablar de ello incluso con Toran. Ya me había advertido que no me entrometiera demasiado en los asuntos del gobernante minoico.

Observé a Waaga. Aún se lo veía muy inquieto. Estaba sudando y le temblaba el labio inferior. Se volvía hacia atrás y hacia delante en la silla, mirando ansiosamente la maleza a ambos lados del camino. Estaba empezando a irritarme. Aun cuando hubiera uros salvajes en esas montañas, su exagerado comportamiento era injustificado.

A pesar de su enorme tamaño, los uros eran, en esencia, una vaca, y las vacas son animales apacibles. Estaba a punto de reprender bruscamente a Waaga cuando de repente lanzó un grito. Viniendo de su maltrecha garganta, el sonido era tan inesperado que me sobresaltó y me distrajo.

Su caballo dio un respingo y asustó al mío con tanta violencia que si yo no hubiera reaccionado instantáneamente me habría tirado al suelo. Me

enderecé en la silla y lancé un gruñido a Waaga. Sin embargo, él farfullaba, aterrorizado, apuntando hacia la maleza que había sobre el camino que transitábamos.

—¡Cálmate, idiota! —le grité.

Me interrumpí al descubrir la enorme forma oscura que se acercaba a través de la espesura. A simple vista, pensé que era parte de la formación rocosa de la montaña, pero, acto seguido, se movió y su imagen quedó perfectamente definida.

Sin lugar a dudas, se trataba de un animal vivo.

Mi caballo medía dieciséis palmos de altura hasta la cruz, pero tuve que inclinarme hacia atrás en la silla y *levantarme* para mirar a los ojos a esa criatura. Eran enormes. Me miraban fijamente, con una mirada oscura e infernal. Sus enormes orejas en forma de campana se movieron hacia delante para escuchar el llanto de Waaga. Tenía el lomo tan encorvado como el de un camello y unos cuernos tan amplios como el de dos brazos extendidos; eran gruesos y afilados como los

colmillos del elefante que había visto en Tebas, en el palacio del faraón.

Aquello no era una vaca regurgitando. Dejé constancia de mi asombro lanzando un grito cuyo volumen igualó el de Waaga.

La criatura bajó la cabeza, exhibiendo ante nosotros aquellos puntiagudos cuernos asesinos al mismo tiempo que pateaba el suelo con sus patas delanteras, arrojando terrones de tierra blanda sobre su lomo. Luego, como una avalancha, se lanzó ladera abajo, chocando con la maleza, con sus ojos fijos en mí.

Yo estaba atrapado en el estrecho camino, sin ninguna vía de escape ni espacio para girar ni maniobrar. Y tampoco tenía tiempo de desenvainar la espada ni de tensar el arco.

El corcel de Waaga fue presa del pánico y trató de salir corriendo para ponerse a salvo, llevándose consigo a su jinete hacia el camino por donde cargaba el uro. Pero incluso ante una muerte inminente, aquel hombrecillo tuvo un acto de

increíble valentía. Su clámide de lana, enrollada como una bola, estaba atada al pomo de su silla. La arrancó y, con un movimiento de la muñeca, la extendió como un estandarte y la lanzó sobre la cabeza del toro. Nunca sabré si fue su intención, pero el manto se enganchó en la parte inferior de los cuernos y se enrolló alrededor de la cabeza, vendando por completo los ojos del animal.

A pesar de haber perdido de vista al caballo y a su jinete, el toro embistió instintivamente en su dirección. Vi cómo la punta de uno de los cuernos penetraba en el pecho de Waaga, debajo de su axila derecha, traspasándolo por completo y emergiendo por el lado opuesto de su cuerpo, reventando su caja torácica.

El toro sacudió la cabeza y el cuerpo de Waaga fue lanzado al aire. Con los ojos aún vendados, el animal embistió de nuevo y esta vez alcanzó al caballo, que se desplomó sobre sus rodillas.

A estas alturas, el toro estaba totalmente desorientado. Metió las patas entre los matorrales,

estrellándose contra los troncos de los árboles mientras intentaba deshacerse de la capa que aún le envolvía la cabeza y los cuernos.

Waaga me había proporcionado un precioso momento de respiro para poder patear los estribos de madera tallada y bajar de la silla. Ya tenía el arco en la mano. Lo encordé con un solo movimiento.

El carcaj seguía atado a mi silla, pero siempre llevo dos flechas sueltas en el cinturón para situaciones como ésta. Cogí una flecha y tensé el arco, resistiendo un momento la inmensa presión de la barra de madera de fresno.

El toro debió de oírme u olerme. Giró su enorme cuerpo, mirando hacia mí. Aún balanceaba la cabeza de un lado a otro, tratando de situarme o de deshacerse de la clámide que seguía enredada alrededor de sus cuernos. Esperé hasta que ese movimiento abrió su hombro derecho, dejando expuesta la parte delantera de su pecho. Y entonces disparé. La distancia era tan corta que la

flecha salió a toda velocidad y penetró hasta el fondo. Desapareció por completo en la cavidad torácica del toro, dejando tan solo una pequeña herida externa que bombeaba un brillante chorro de sangre.

La segunda flecha lo alcanzó un poco más arriba, pero en la misma línea. El toro se tambaleó sobre sus cuartos traseros antes de alejarse rodando y estrellarse a ciegas contra la maleza. Lo escuché mientras se precipitaba ladera abajo. Unos momentos después se cayó. Oí cómo su cuerpo se estrellaba contra el suelo con un golpe seco. Luego, sus patas patearon espasmódicamente los arbustos. Al final dejó escapar un fúnebre grito de muerte que resonó en los peñascos.

Sólo tardé un momento en recuperar la sensatez y conseguir que me dejaran de temblar las manos. Primero me acerqué al lugar donde yacía Waaga. En seguida vi que había sido destripado como un atún recién pescado. La sangre manaba a borbotones de la herida abierta, pero a su

alrededor el charco ya se estaba secando. Tenía los ojos fijos y abiertos, con las pupilas apuntando hacia su cráneo, y la boca desencajada. Cualquier ayuda que pudiera prestarle sería vana.

Su caballo estaba a su lado. El pobre animal había sido corneado en la garganta. El aire burbujeaba en sus pulmones a través de la tráquea perforada. Además, vi que tenía la pata delantera rota: varios fragmentos irregulares del hueso de la caña sobresalían a través de la piel. Me puse de pie junto a él y desenvainé la espada. Se la clavé en el cerebro, entre las orejas, matándolo al instante.

Las riendas con las otras monturas aún estaban ancladas a la silla del caballo muerto de Waaga. Las llevé al árbol más cercano y las até. Luego fui a buscar mi montura y los otros caballos. No habían ido demasiado lejos. Los encontré pastando en un claro del bosque cercano. Los conduje hasta el lugar donde había dejado a los otros y los até al mismo árbol.

Me deslicé por la pendiente hasta el lugar donde yacía el uro. Me moví alrededor del cadáver, maravillándome una vez más ante su tamaño. Ahora comprendía el terror que había sobrecogido a Waaga. Aquél era uno de los animales más feroces que podía imaginar y nos había atacado sin la más mínima provocación.

También entendí perfectamente por qué el rey Nimrod presumía de haber matado a cien bestias como ésa y por qué los minoicos la habían elegido como símbolo heráldico de su nación.

Me arrodillé junto al cadáver con deferencia, mostrando mi respeto a tan formidable oponente, consciente de lo cerca de la muerte que me había llevado. Saqué la clámide manchada de sangre de Waaga de sus cuernos, la doblé y me la metí debajo del brazo. Entonces, antes de darme la vuelta, me levanté y saludé al toro muerto con el puño cerrado. Había sido un adversario digno de mis flechas.

Subí de nuevo hasta el lugar donde yacía el

cadáver del aguerrido Waaga, le limpié la sangre de la cara y lo envolví en su clámide. Luego lo cargué sobre mis hombros, lo subí hasta la horcadura de un árbol y lo dejé allí, lo bastante alejado del suelo para mantenerlo a salvo de los animales carroñeros hasta que pudiera enterrarlo como se merecía.

Me senté junto a él, en el árbol, y, antes de bajar, recé una breve oración, confiándolo al cuidado de su dios particular, fuera quien fuera.

Cuando mis pies tocaron de nuevo el suelo, me estremecí tan violentamente que casi perdí el equilibrio. Me agarré al tronco del árbol para mantenerme en pie. El árbol se agitó; las ramas se sacudían bruscamente. Cuando miré hacia arriba, una lluvia de hojas y ramitas cayó sobre mi cara. Aunque lo había encajado firmemente, pensé que el movimiento podría haber desplazado el cuerpo de Waaga.

A mi alrededor, todo el bosque estaba siendo sacudido violentamente. La propia montaña estaba bailando. Se oyó un rugido sordo; miré la cima del monte Ida justo cuando un gran bloque de granito se desprendía, deslizándose hacia el valle.

Los caballos fueron presas del pánico. Movían la cabeza mientras se peleaban con los ronzales, tratando de liberarse de sus ataduras. Me acerqué hasta ellos tambaleándome sobre el tembloroso suelo. Me dirigí a ellos, hablándoles con dulzura. Tengo una especial habilidad con los caballos, al igual que con la mayoría de aves y animales, y conseguí tranquilizarlos y convencerlos de que se tumbaran en el suelo, evitando que echaran a correr o que se cayeran y resultaran heridos.

Entonces miré de nuevo al norte, hacia el puerto de Cnosos y el mar abierto, en dirección a los dos picos volcánicos del monte Cronos.

El dios estaba furioso. Luchaba por liberarse de las cadenas que le había puesto su hijo Zeus. Incluso a esa distancia, sus rugidos eran

ensordecedores. Por los conductos de ventilación de su calabozo en la montaña salía humo, vapor y fuego. Lo vi lanzar hacia el cielo rocas tan grandes como los edificios de la ciudad.

Me sentía pequeño e indefenso ante aquella ira devastadora. Incluso Helios, el sol, nos ocultaba su rostro. Una oscura desesperación cayó sobre nuestro mundo. La propia tierra temblaba de miedo, y su hedor sulfuroso llenaba el aire.

Me senté junto a mis caballos y hundí la cara en mis brazos cruzados. Tenía miedo. Era un miedo piadoso y devoto. No hay ningún lugar donde refugiarse en esta tierra para escapar de la ira de los dioses.

Había matado a la monstruosa criatura con cuernos que era el alter ego del dios. Sin duda alguna, la furia de Cronos iba dirigida a mí por tan sacrílega ofensa.

Durante dos horas, el dios se encolerizó, y al mediodía, su ira cesó tan bruscamente como se

había desatado. Las nubes sulfurosas se alejaron, la montaña se calmó y el mundo recuperó la paz.

Desperté a los caballos, monté y conduje la cuerda de animales sueltos montaña abajo, abriéndome paso entre los restos de ramas caídas y los pequeños desprendimientos de rocas y tierra que el dios había expulsado de la montaña.

Tres días antes había enviado un mensaje a Zaras advirtiéndole de mi llegada. Mucho antes de alcanzar el puerto de Krimad vi a Zaras y a Hui avanzando a medio galope hacia mí por el camino. Me reconocieron desde lejos y, lanzando gritos de alivio, espolearon sus monturas al galope. Cuando llegaron a mi altura, se detuvieron y descabalaron. Casi me arrancaron de mi silla y, por turnos, me abrazaron. Juro por mi amor a Horus y a Hathor que cuando Zaras me soltó de su apabullante abrazo de oso se le saltó una lágrima mientras me decía:

—Pensamos que por fin nos habíamos librado de vos, pero ni siquiera el mismísimo Cronos ha sido capaz de conseguirlo.

Evidentemente, yo tenía los ojos secos, pero di gracias por que no hubiera ningún testigo de tan embarazosa escena.

—Dime, ¿ha llegado ya a Krimad la escuadra de guerra? —pregunté, tratando de recuperar la sensatez.

—No, señor. —Zaras consiguió borrar la sonrisa de su rostro. Señaló hacia abajo, en dirección al horizonte—. Como podéis ver, el mar está revuelto a causa del terremoto. Lo más seguro es que se hayan desviado de su rumbo. Supongo que se retrasarán unos días.

—Y nuestra flotilla, ¿cómo ha capeado el temporal?

Mientras bajábamos por la montaña, me aseguré de hablar exclusivamente de asuntos navales. Fingí no ver las señales que Hui hacía a Zaras con la mano y las negativas igualmente subrepticias de

éste a reconocerlas. Sin embargo, cuando avistamos el puerto de Krimad, Hui no pudo contenerse más y, retorciéndose de vergüenza, espetó:

—Nos preguntábamos si traíais algún mensaje para nosotros, señor.

—¿Un mensaje? —Fruncí el ceño—. ¿De quién estáis esperando un mensaje?

—Puede que de palacio...

Su voz se fue apagando.

—¿Estabais esperando un mensaje del Minos Supremo? —Fingí ignorancia. Sin embargo, sus suplicantes miradas resultaban tan patéticas que, en contra de mi buen juicio, les dije—: No tengo ningún mensaje, pero probablemente os habréis enterado de que las princesas Tehuti y Bekatha se han casado con el monarca minoico y se cobijan en el harén real. Ambos habéis cumplido con vuestro deber y seréis recomendados como corresponde. Se lo trasladaré al faraón en cuanto tenga ocasión. Sé que él estará muy agradecido. —Tras coger

aliento, proseguí—: Estoy seguro de que os preguntáis por qué he llegado sin ningún escolta. Ha habido un accidente en el transcurso del cual un animal mató a mi sirviente. En cuanto sea posible, quiero que mandéis un cortejo fúnebre a la montaña para localizar sus restos y darles digna sepultura.

Seguí hablando y dando órdenes, impidiendo que ahondaran en el asunto de las princesas. No quería reconocer que no estaba en contacto con ellas y que ignoraba qué suerte habían corrido en el serrallo.

Cuando llegamos al puerto me quedé asombrado al descubrir que, incluso en aquel lado de la isla, protegido de las erupciones volcánicas del monte Cronos, el mar estaba tan encrespado que las olas rompían contra el muro del puerto y alcanzaban el fondeadero. No obstante, Zaras y Hui habían tomado todas las precauciones posibles para proteger sus barcos. Los habían amarrado dos veces a la piedra del muelle con las cuerdas más

pesadas que el capitán del puerto fue capaz de proporcionarles; de ellos colgaban gruesas defensas de cuerda trenzada para evitar que chocaran entre sí o contra los muros del muelle.

Habían dejado sólo un hombre a bordo de cada barco para vigilar el ancla. Los otros nos refugiamos en un almacén vacío, invitados por el capitán del puerto. Se llamaba Poimen y era un típico minoico, un hombre melancólico y pesimista.

Aquella primera noche nos invitó a cenar a mis oficiales y a mí. Me sorprendió esa muestra de hospitalidad. Fue más tarde cuando descubrí que no era sólo el capitán del puerto, sino también un coronel de la policía secreta minoica que estaba redactando un informe sobre todos nosotros para sus superiores de Cnosos.

La comida que nos ofreció estaba muy salada y demasiado hecha. El vino estaba aguado y amargo. La conversación era tediosa y vulgar, centrada en el terremoto y el tormentoso mar que había

engendrado. Yo estaba sumamente necesitado de distracción, de modo que, a nadie en particular, pregunté:

—¿Cuál es la causa de estos terremotos y erupciones volcánicas?

Nadie tenía ninguna duda de que se infligían a la humanidad como castigo por un crimen o un delito cometido contra los dioses.

—¿Y qué crimen sería lo bastante grave como para exigir un castigo tan oneroso? —pregunté ingenuamente.

No me resultó fácil mantener una expresión seria mientras escuchaba lo diverso y absurdo de sus respuestas, que abarcaban todo el catálogo de la fragilidad humana y de la arrogancia divina.

Pasado un rato, incluso eso me aburrió, de modo que pregunté:

—¿Cómo podemos expiar nuestros pecados ante los dioses?

Todos volvieron la cabeza hacia el capitán del puerto, el representante del Minos Supremo, que

adoptó una expresión docta y un tono de suficiencia.

—No nos corresponde a nosotros adivinar la voluntad de los dioses. Sólo el Minos Supremo, bendito sea su nombre por toda la eternidad, posee tal sabiduría. Su Alteza Suprema ya ha desentrañado las causas de la furia divina y la compensará. —Ladeó la cabeza para escuchar el sonido de la tormenta, más allá de las paredes del almacén—. ¡Escuchad! La tormenta está amainando. La ira de las dioses ya se ha apaciguado. Mañana, a esta hora, el mar estará en calma y la montaña en silencio.

—¿Cómo es capaz el Minos Supremo de aplacar tan fácilmente a los dioses? —insistí en el tema, incansable.

—De la única manera en que cualquier dios puede ser apaciguado —respondió el capitán del puerto, encogiéndose de hombros y con una expresión de superioridad—. ¡Con un sacrificio, por supuesto!

De no haber sido por la advertencia de Toran, podría haber abordado el peligroso asunto de la naturaleza del Minos Supremo, pero me mordí la lengua. El capitán del puerto volvió la cabeza y se enfrascó en un animado debate con sus ayudantes sobre hasta qué punto el mar revuelto afectaría a la pesca.

Me quedé con la incómoda e insistente certeza de que el hecho de que a la matanza del uro le siguiera casi de inmediato la divina ira de Cronos no era mera coincidencia.

Me pregunté qué sacrificio de apaciguamiento habría exigido Cronos al Minos Supremo.

Al amanecer del día siguiente, las olas ya no rompían contra los muros de protección del puerto de Krimad, y Zaras y Hui pudieron reanudar los preparativos de nuestra campaña naval contra los hicsos.

Cuatro días más tarde, los seis trirremes que me

habían sido asignados por el almirante Herakal llegaron a Krimad. La mar gruesa los había alejado mucho hacia el este, casi hasta la isla de Chipre. Sólo les quedaban unos pocos barriles de agua dulce y los hombres estaban totalmente exhaustos.

Dejé que las tripulaciones cretenses descansaran tres días enteros y me aseguré de que se les suministraran cantidades razonables de comida, aceite de oliva y vino. Respondieron muy bien. Una vez finalizado el periodo de reposo, hice maniobras con las dos flotillas.

El principal problema que nos encontramos era el idioma, pero me aseguré de que cada barco tuviera al menos dos intérpretes a bordo y que las banderas de señales tuvieran el mismo significado para los minoicos y los egipcios.

Ambas flotillas las integraban marineros bien entrenados y experimentados, y al cabo de una semana ya realizaban maniobras complicadas: navegación en formación y formación en línea de

batalla. Los minoicos aprendieron en seguida a desembarcar los carros y la infantería a través de las olas, y a recuperar hombres, caballos y vehículos una vez llevado a cabo el asalto.

A medida que fueron adquiriendo experiencia, la mutua confianza y camaradería entre egipcios y cretenses fue en aumento. Los estaba convirtiendo en una pequeña pero formidable fuerza de combate. Sabía que muy pronto podría lanzarlos sobre los hicsos. Evidentemente, mi mayor preocupación era decidir dónde podrían causar más daño.

La inteligencia gana batallas mucho antes de que se dispare la primera flecha o de que se desenvaine la primera espada.

Entonces, sin previo aviso, un pequeño y casi decrepito velero árabe arribó a la entrada del puerto de Krimad. Su vela estaba manchada y hecha jirones. Su casco mostraba unas rayas, provocadas por los excrementos que su tripulación había defecado por la borda. Su desaliñada

tripulación de ocho hombres achicaba frenéticamente el agua para mantenerlo a flote. Su aspecto era más el de unos parias que el de unos marineros. El barco no llevaba ninguna bandera y estaba casi a punto de hundirse. Ningún pirata que se precie le habría dedicado su atención, y ésa era posiblemente la razón de que, viniera de donde viniera, hubiera sobrevivido a la travesía.

Por otra parte, no soy tan ingenuo ni arrogante como cualquier corsario. El barco estaba en unas condiciones demasiado lamentables para ser inocente. Podía sentir el olor del viejo zorro en el viento. Ordené a Zaras que mandara cinco barcos con hombres bien armados para abordarlo de inmediato.

En cuanto nuestros barcos de ataque despejaron la entrada del puerto, el misterioso velero dejó caer la vela e izó la bandera egipcia. Zaras lo remolcó hasta el puerto y lo amarró al muelle para retrasar su hundimiento.

El presunto capitán fue llevado a la fuerza a

tierra y exigió hablar con el señor Taita. Fruncí dramáticamente el ceño y ordené que le dieran veinte latigazos para que entendiera quién mandaba allí. El infeliz cayó al suelo de rodillas, apoyando la frente contra las piedras de la escollera, e hizo una señal de reconocimiento con un dedo de la mano izquierda. Atón y yo habíamos empleado esa señal hacía muchos años, cuando ambos aún éramos esclavos.

Revoqué la orden de que lo azotaran e hice que lo llevaran a rastras hasta mi camarote, a borde de mi buque insignia, el *Furia*. En cuanto llegamos, despedí a los guardias y ordené a mis sirvientes que trajeran agua caliente para que el prisionero se lavara y una túnica limpia para reemplazar sus malolientes harapos.

—¿Cómo te llamas, amigo? —le pregunté, mientras mi cocinero nos servía un plato de marisco y filetes de atún y yo sacaba el tapón de madera de una ánfora de vino etrusco.

—*Amigo* es un nombre tan bueno como cualquier

otro. –Sonrió–. Mucho mejor que el que mi madre eligió para mí.

–¿Cómo es nuestro amigo común? –le pregunté.

–Alto –repuso–. Os manda saludos y regalos.

Se acercó a su montón de harapos y hurgó en ellos hasta que encontró un rollo de papiro cosido en el dobladillo de uno de ellos. Me lo entregó. Mientras lo desenrollaba, le señalé la comida. Se acercó a la mesa y se lanzó sobre ella.

Observé el papiro y vi de inmediato que se trataba de la «orden de batalla» de la flota hicsa. Además, Atón había tomado nota de los objetivos en el delta del Nilo que consideraba más dignos de mi consideración.

¿De dónde habría sacado Atón ese documento? Ni siquiera fui capaz de aventurar una respuesta. Volví a enrollar el papiro. Aunque seguramente llegaba con semanas de retraso, merecía mi atención.

–¿Has mencionado unos regalos, amigo?

–Os he traído cuarenta y ocho palomas

mensajeras. Están en jaulas, en mi barco.

Parecía satisfecho de sí mismo. Desenrollé la carta de Atón y la estudié de nuevo.

—El hombre alto dice que me manda cien palomas —dije, en tono afable—. ¿Qué ha sido de los otros cincuenta y dos pájaros?

—Nos quedamos sin comida.

—¿Os habéis comido mis pájaros? —Su desfachatez me dejó atónito. Se encogió de hombros y sonrió descaradamente. Llamé a Zaras. Cuando entró, le dije—: Sube de inmediato al barco de este granuja. A bordo encontrarás cuarenta y ocho palomas. Tráemelas ahora mismo, antes de que desaparezcan misteriosamente.

Zaras no hizo preguntas, pero se apresuró a cumplir mis órdenes.

Mi visitante se sirvió otra jarra de mi magnífico vino y me saludó con ella.

—Excelente vino. Os felicito. Nuestro amigo me pidió que le mandarais un regalo acorde con el suyo para poder comunicaros con más regularidad.

Consideré la sugerencia sólo por un momento. Sabía que el embajador Toran tenía un enorme palomar en Cnosos.

—¿Cómo quieres que le mande mis pájaros sin que también sean devorados por los chacales y las hienas?

Ni siquiera parpadeó al escuchar mi calculado insulto.

—Se los entregaré personalmente; es decir, si uno de vuestros barcos puede llevarme y dejarme en una zona deshabitada del delta del Nilo.

—Puedo hacer algo mejor que eso, amigo —le dije. Él ladeó la cabeza inquisitivamente—. Ahora mismo hay un buque mercante cartaginés en el puerto de Krimad. Su capitán cenó conmigo anoche. Dentro de cuatro días tiene planeado regresar a Cartago recalando en el puerto hicsa de Rosetta, en el delta. Como sabrás, el sultán de Cartago y el rey Gorrab de los hicsos no están enfrentados. Puedo conseguir que viajes con él hasta Rosetta. Te llevarás un centenar de palomas

que han sido incubadas en Cnosos y que estarán ansiosas por volver a su palomar en cuanto las dejen ir. Así, el hombre alto y yo podremos estar en contacto directo en un plazo de tiempo muy corto.

—Sé que le encantará este arreglo. Incluso podríais aprovechar la oportunidad para jugar al bao con las palomas mensajeras.

El intento de humor de *Amigo* me pareció una insubordinación y el íntimo conocimiento de mis asuntos personales me desconcertó. Nunca me siento del todo cómodo en compañía de estos agentes clandestinos. Son retorcidos y mentirosos. ¿Cómo puedes fiarte de alguien que se come a tus palomas?

Mientras esperaba a que Toran me mandara sus palomas desde Cnosos, ordené que se llevaran el decrepito velero árabe mar adentro y lo echaran a pique antes de que despertara la curiosidad de alguno de los agentes hicsos que, lo sabía, abundaban en Creta. En cuanto a los siete

miembros de la tripulación, los mandé a los bancos de remo del *Furia*.

Cuatro días más tarde, cuando el mercader cartaginés zarpó rumbo a Rosetta, en el delta, *Amigo* estaba a bordo del buque con cien palomas sanas y bien alimentadas procedentes del palomar de Toran.

Antes de que el barco cartaginés desapareciera por el horizonte del sur, solté una de las palomas de Atón con un mensaje para darle las gracias por su regalo e informarle del presente que *Amigo* llevaba a Rosetta en mi nombre. Terminé mi escrito con mi primer movimiento del juego de las piedras bao: la liberación de mi garza del castillo oriental. Era una táctica que siempre incomodaba a Atón.

El hecho de que me hubiera sentido ofendido por la frivolidad de *Amigo* no significaba que debiera rechazar su sensata sugerencia de aprovechar esta excepcional oportunidad de proseguir mi partida de bao con Atón.

El sol estaba saliendo por el horizonte oriental cuando a la mañana siguiente me despedí de Zaras y de Hui para remontar de nuevo las laderas del monte Ida hacia Cnosos, siguiendo los puestos de relevo que Hui había establecido según mis órdenes. Había hecho un buen trabajo.

Sus hombres habían marcado el camino con placas de bronce clavadas en los árboles a lo largo del recorrido. Así pues, nunca dudé de mi posición y pude ir todo el rato al galope. A medida que me iba acercando a cada puesto de relevo, hacía sonar el cuerno para avisar a los mozos de cuadra de mi llegada. Cuando me aproximaba cabalgando, ya tenían mi siguiente caballo ensillado y esperando. Sólo paraba para tomar unos tragos de vino agudo y volvía a montar de nuevo, mientras me comía la carne y las salchichas de cebolla que uno de los mozos de cuadra había depositado en mi mano.

Detuve la montura al lado de un montículo de

tierra fresca que señalaba el lugar donde estaba la tumba del esclavo que había dado su vida por mí.

—Descansa, buen Waaga. Sé que pronto nos reuniremos, y entonces te expresaré plenamente mi gratitud.

Lo saludé con el puño en alto, espoleé mi caballo y empecé a bajar por la montaña hacia el puerto de Cnosos.

Cuando entré en el patio del establo, en la parte trasera de mi mansión, contemplé el sol de la tarde y calculé cuánto había cambiado su ángulo desde que había salido de Krimad.

—¡Menos de seis horas para cruzar la isla! — exclamé para mí mismo, satisfecho.

A pesar del agotador viaje, me encaminé directamente al escritorio de la biblioteca para ocuparme del montón de rollos de papiro que me estaban esperando. La mayoría eran del embajador Toran.

Antes de cenar, solo, mandé a uno de mis esclavos a la ciudad para entregar mis respuestas

en la casa de Toran, situada cerca de palacio. Luego me dirigí a mi dormitorio.

Esa noche volví a soñar con Inana. Estaba de pie, en la terraza de mi habitación; la luz de la luna hacía brillar su túnica y su capucha, aunque no podía ver su rostro. Intenté levantarme para ir hacia ella, pero mis piernas eran pesadas como el plomo y no obedecían mis órdenes. Traté de hablarle, pero mi voz se desvaneció antes de llegar a la punta de la lengua. Sin embargo, mi incapacidad para comunicarme con ella no me produjo ninguna inquietud. En cambio, sentí que me inundaba su bondad y que su divino poder me protegía como un escudo. Confiadamente, me permití caer de nuevo en mi sueño.

Volví a despertarme antes del amanecer y salté de la cama sintiéndome maravillosamente fresco y vivo. No estaba preparado para esa sensación de bienestar, hasta que de pronto recordé el sueño. Entonces, un dulce lamento de que no hubiera sido real atenuó mi alegría.

Desnudo, salí a la terraza y llené los pulmones con el aire que habían limpiado mil leguas de mar.

Contemplé el monte Cronos. Una vez más, el dios estaba tranquilo. Sonreí cuando eructó una nube de humor negro. Puede que me hubiera visto en la terraza y me estuviera dando los buenos días, o que hubiese cenado algo que le había provocado un poco de flatulencia. El hecho de que fuera capaz de disfrutar con esas chiquilladas era una señal de mi buen humor.

No obstante, era una extravagancia que no podía permitirme. Mi plan era lanzar nuestra primera incursión contra las posiciones hicsas en la orilla norte del delta dentro de los siguientes diez días, y cada hora contaba.

Me volví con determinación hacia la puerta de la habitación, y mientras lo hacía, mi pie tropezó con algo suave. Bajé la vista para ver de qué se trataba. Me agaché, lo recogí y lo examiné: primero, con poco interés, y luego, con un asombro cada vez mayor.

Era una flor, o, mejor dicho, un lirio. Sin embargo, jamás había visto nada parecido, y soy un ávido horticultor. Era del tamaño de una jarra de vino. Sus pétalos eran de un vivo tono dorado, que se convertía en un brillante color rojo en la corola. Los estambres eran blancos como el marfil tallado, y las puntas azules como zafiros.

La flor era magnífica; había sido cortada hacía tan poco tiempo que del tallo aún brotaban gotas de límpido jugo. La hice rodar delicadamente entre los dedos y percibí su suave fragancia. Era un olor que conocía tan bien que se me erizó el pelo de la nuca.

Era el olor de la diosa Inana; el perfume de Ishtar, la diosa de las flores cuyo símbolo era el lirio.

—No ha sido un sueño —susurré—. Ella ha estado aquí.

Me llevé el lirio a los labios y lo besé. Sentí cómo se marchitaba en mis manos; los pétalos crujieron y se doblaron. Los brillantes colores de

la flor se desvanecieron: ahora eran de un marrón opaco y mustio, como las manchas solares en las manos de un hombre muy viejo. Acto seguido, los pétalos se convirtieron en un polvo fino que se deslizó entre mis dedos, flotando hasta las losas de la terraza. La leve brisa del amanecer lo dispersó.

La esencia de la diosa parecía haber sido absorbida por el lirio y traspasada a mi propio cuerpo, fortaleciéndome contra no sabía qué.

Me di un baño de agua caliente en los cubos de cuero que los esclavos subieron a la terraza. Luego me vestí con una túnica de lana azul y me dirigí a la biblioteca.

La puerta estaba cerrada, aunque la noche anterior la había dejado abierta. La empujé silenciosamente y me quedé paralizado, invadido por un religioso pavor, cuando vi la figura femenina encapuchada y envuelta en una capa que estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a mí.

–¡Inana! –susurré.

Ella se volvió rápidamente, se arrodilló a mis pies y me besó la mano antes de que yo pudiera recuperar la voz.

–¡Señor Taita! Me alegro mucho de veros. Os he echado de menos. Todas os hemos echado de menos –dijo, empujando la capucha sobre sus hombros.

–¡Loxias! –exclamé–. Pensé que eras otra persona. ¿Cómo me has encontrado?

–Le pregunté a mi buen amigo, el señor Toran. El me dijo dónde estabais.

La levanté y la llevé al sofá. Cuando se sentó, hice sonar la campanilla de latón que tenía en el escritorio y tres de mis esclavos subieron corriendo de la cocina.

–Traed comida y bebida –ordené.

Nos sentamos uno frente al otro mientras devorábamos la enorme fuente de huevos cocidos, pescado en salazón, salchichas de cerdo y pan duro que nos habían servido los esclavos.

—¿Es seguro que estés aquí, conmigo? Pensaba que estabas encerrada en el serrallo real, con Tehuti y Bekatha.

—¡Oh, no! —Negó con la cabeza, sacudiendo sus rizos—. Las viragos sólo ven en mí a una esclava de baja cuna. Dejan que entre y salga cuando quiera.

—Está claro que la vida de esclava te sienta bien. Estás incluso más guapa que la última vez que te vi.

—Sois un viejo travieso y adulador, Taita.

Loxias se pavoneó tímidamente.

—Háblame de mis niñas. ¿Son tan felices como tú?

—Ambas confiesan morirse de aburrimiento. Desean escuchar una de vuestras historias para divertirse.

—¿Es que su nuevo esposo no las entretiene? —le pregunté, con mucho tacto.

—¿Os referís a la vieja cabeza de hojalata, el Minos Supremo? —ronroneó, riéndose—. Así es

cómo lo llamamos, aunque supongo que cortaría nuestras *cabezas* si nos oyera. Ni Tehuti ni Bekatha lo han visto desde la ceremonia matrimonial. Ninguna de nuestras nuevas amigas del harén lo ha visto desde sus bodas, y algunas llevan allí veinte años o puede que más. Lo que sí está claro es que nadie lo ha visto sin su cabeza de hojalata.

—No lo entiendo —protesté—. ¿Ninguna de las esposas ha tenido contacto carnal con el rey? ¿Es eso lo que me estás diciendo?

Loxias era amiga del embajador desde hacía bastante tiempo, el suficiente para comprender el significado de la expresión. Sonrojándose ligeramente, bajó la mirada.

—De vez en cuando, el Minos manda a las viragos a buscar a alguna de sus esposas. Sin embargo, una vez se han ido, nunca regresan al serrallo.

—¿Y qué pasa con ellas?

Estaba perplejo.

—Las viragos dicen que son elevadas a la

categoría de favoritas de los dioses y que ascienden el Templo Mayor, en las montañas.

Interrogué a Loxias minuciosamente, pero era evidente que, salvo lo que me había contado, sabía muy poco sobre el asunto y no estaba demasiado interesada en conocer la ubicación de ese Templo Mayor. Intentó cambiar el tema de nuestra conversación y quiso saber dónde y cómo se encontraban Zaras y Hui. Yo sabía que quería conseguir esa información en nombre de las amantes reales.

En repetidas ocasiones tuve que reconducirla a nuestra conversación sobre las numerosísimas esposas del Minos Supremo.

—¿Cuántas esposas se han convertido en favoritas de los dioses desde que las princesas y tú os instalasteis en el serrallo? —insistí.

—Cuarenta —respondió, sin dudar.

Me sorprendieron el número y la certeza de Loxias sobre la cifra exacta.

—Así pues, aproximadamente una esposa al día

desde que estáis en el serrallo, ¿no?

—No, no, mi señor. Las cuarenta abandonaron el serrallo al mismo tiempo. Se fueron bailando y cantando, con guirnaldas en el pelo.

—El Minos Supremo debió de tener una noche muy ocupada. —No pude evitar la ocurrencia. Loxias hacía esfuerzos por mantener una expresión recatada, pero sonreía con los ojos. Proseguí con mis preguntas—: Ninguna de esas cuarenta mujeres ha regresado al serrallo. ¿Estás segura de eso?

—Estoy totalmente segura. Sabemos todo lo que ocurre en nuestros aposentos de palacio.

Reflexioné a fondo sobre sus respuestas. Tenía la incómoda sensación de que se me escapaba algo de gran importancia.

—Cuarenta esposas se van juntas y ninguna de ellas ha regresado —dije, pensando en voz alta.

—Ya os lo he dicho, Taita. —Su expresión era paciente—. Tehuti quiere saber dónde está Zaras. ¿Está en Krimad o patrullando con sus barcos? A

ella le gustaría enviarle un presente. ¿Vos se lo daríais?

Ignoré la pregunta. Estaba decidido a no dejarme absorber por esa intriga.

—¿Cuándo abandonaron el serrallo las esposas?— dije, concretando la pregunta.

—Se fueron el día del terremoto, al mediodía — me espetó Loxias, impaciente—. ¿No os lo había dicho ya?

La miré fijamente mientras mi mente trabajaba para poner al día los giros y vueltas de nuestra conversación.

—¿Me estás diciendo que cabeza de hojalata se solazó con cuarenta vírgenes en medio de un terremoto?

—Supongo que sí. —Loxias se echó a reír—. De ser así, me habría encantado verlo. —Se puso en pie—. Y ahora debo irme, o las viragos no dejarán que vuelva a palacio. ¿Queréis que les dé algún mensaje a las niñas?

—Diles que las quiero más que nada en este

mundo.

–¿Y yo qué? –dijo, haciendo una dramática mueca.

–No seas avariciosa. Tú ya tienes a un viejo que te quiere, Loxias.

–No es tan viejo –protestó–. Es bastante joven y muy rico. Va a casarse conmigo; esperad y veréis.

Después de que Loxias se fuera, me senté a solas en la terraza, pensando en todo lo que me había dicho. No le encontré demasiado sentido, y eso me dejó con una insistente sensación de malestar y de inminente catástrofe.

Quería volver de inmediato a Krimad para sumergirme en los preparativos bélicos con Zaras y Hui, porque sabía que así me distraería. Sin embargo, tenía que estar en el palomar del embajador Toran cuando regresara una de las palomas mensajeras que Amigo había llevado a Atón, en Tebas.

Estaba conferenciando con el almirante Herakal y sus hombres cuando se produjo un leve tumulto en las puertas enrejadas de la sala de mando.

—¿Qué ocurre? —gritó Herakal, con una voz que resonó en las cavernosas estancias del Almirantazgo—. ¡Ordené que no me molestaran!

El capitán de la guardia abrió las puertas de madera de cedro pulido y entró haciendo una reverencia y soltando una disculpa.

—El señor Toran, del Consejo de Estado, ha enviado un mensaje. Dice que es de suma importancia y que debe ser entregado en mano y sin demora al señor Taita, el egipcio.

Herakal me lanzó una sombría mirada de desaprobación y levantó las manos, fingiendo desesperación.

—¡Dejad que pase ese granuja! ¡Que entren todos! Adelante, desobedeced mis órdenes cuando os venga en gana.

Me puse en pie rápidamente, para proteger al

hombre que se acobardaba ante la furia de Herakal.

–Asumo toda la responsabilidad, almirante. Estaba esperando un despacho muy importante de mis fuentes en Egipto.

–Todos vamos a esperar por vos, señor Taita.

Gruñendo para sí mismo, Herakal se levantó de su taburete y se dirigió a la ventana, donde miró a través de la bahía, con los ojos fijos en el monte Cronos.

Cogí el despacho de la temblorosa mano del capitán. Era un apretado rollo de seda amarilla, no más grande que la articulación superior de mi dedo meñique; apenas pesaba. Cuando lo desplegué, vi que era tan largo como mi brazo; los símbolos codificados que Atón y yo habíamos ideado lo llenaban densamente. Eran un gran avance con respecto a cualquier otra lengua escrita que existiera, tanto por su compacidad como por el rango y la exactitud de los significados que ponían a disposición de quien escribía.

Leí el mensaje a toda prisa y miré al almirante antes de que tuviera tiempo de preparar y soltar su siguiente queja.

—Almirante, tengo excelentes noticias. Se nos ha presentado la oportunidad de asestar un golpe en el corazón de nuestro común enemigo. El rey Gorrab de los hicsos ha reunido una fuerza de caballería de más de un millar de carros en la llanura de Shur, en el extremo occidental del delta del Nilo.

—¡Conozco la zona! —exclamó Herakal, mientras se volvía. Su tono de voz había cambiado—. Se extiende a lo largo de la costa del mar Mediterráneo, entre las ciudades de Zin y Dhuara.

—¡Correcto! —dije—. El año pasado, mi faraón y el señor Kratas concentraron su ofensiva en la orilla occidental del Nilo. Han avanzado hacia el norte hasta el lago Meris, que se encuentra a tan sólo ochenta leguas al sur de Zin.

Extendí el cuadrado de seda amarilla sobre la mesa, y Herakal y sus hombres se reunieron en

torno a él. Atón había escrito su mensaje en una cara, pero en el reverso había dibujado un detallado mapa del norte de Egipto que mostraba la disposición del ejército hicsu y del egipcio.

—Mis fuentes informan de que Gorrab está planeando una importante maniobra de flanqueo, oscilando por la frontera oriental de Egipto para atacar nuestra línea extendida, aquí, en Quan. — Señalé con el dedo en el mapa de seda—. Es un plan astuto, pero su punto de reunión en Zin es extremadamente vulnerable a los ataques desde el mar. Al parecer, Gorrab aún sigue ignorando que nuestra flota combinada está esperando en Krimad una oportunidad como ésta.

—¿Decís que Gorrab dispone de mil carros? — preguntó Herakal—. Eso significa que probablemente tendrá más de tres mil aurigas. Os veréis ampliamente superado en número. Si Gorrab se entera de vuestros planes, os aniquilarán si intentáis atacarlos.

Para refutar lo que había dicho, golpeé el trozo

de seda amarilla.

—Sí, efectivamente: Gorrab tiene mil carros concentrados en Zin, pero mi información dice que aún no ha prescindido de los aurigas de su principal fuerza de ataque contra el faraón y el señor Kratas en el lago Meris. Tal como está ahora, dispone de menos de quinientos hombres para vigilar los carros. —Había leído las cifras en el mensaje de Atón—. Quinientos hombres y el doble de caballos.

Herakal se alisó el bigote, pensativo.

—Eso iguala más o menos vuestras fuerzas.

—Mi flotilla está lista para zarpar, y podríamos estar en las afueras de Zin en seis días, antes de que Gorrab pueda disponer del resto de sus hombres. Podría conducir mis carros hasta la retaguardia y atacarlos antes de que sepan que hemos desembarcado. Contaremos con la ventaja del factor sorpresa, que vale más que mil carros tripulados.

—Os lo diré sin tapujos, señor Taita: no me

gusta. Todo parece demasiado perfecto y fortuito. Me huele a trampa para osos. Sin embargo, el Minos Supremo os ha concedido el mando independiente, por lo que no precisáis autorización para vuestro descabellado plan.

—Entonces no tenemos nada más que hablar, almirante. Os doy las gracias por vuestros consejos y buenos deseos. Partiré lo antes posible.

Cabalgué solo por la montaña, espoleando duramente a los caballos. Llegué a Krimad una hora antes del atardecer y encontré a Zaras y a Hui en los establos. Se extrañaron al verme, pero su sorpresa se convirtió en profana alegría cuando les conté lo que tenía en mente.

—Embarca a los caballos mientras haya luz —le dije a Hui—. Zaras, llévate cuantos hombres sean necesarios y asegúrate de que los carros de todos los barcos están perfectamente sujetos con cuerdas antes de zarpar.

Tras gritar órdenes a sus hombres, se apresuraron a seguir las mías.

Me dirigí al palomar, que era el nuevo hogar de las aves de Atón, que habían sobrevivido a la peligrosa travesía desde Egipto. Elegí dos de las más gordas y fuertes y até el mismo mensaje a cada una de sus patas. Luego les di un beso en la cabeza y las lancé al aire, revoloteando. Sobrevolaron el puerto en círculo cuatro veces y después tomaron la dirección sur-sureste, desapareciendo en la creciente oscuridad. Un vuelo nocturno sería más seguro para ellas. Aunque los halcones no cazan durante la noche, había repetido mi mensaje a Atón para estar doblemente seguro de que llegaba.

Le pedía que hubiera guías esperándonos en la playa de Zin dentro de seis días. Se reunirían con nosotros cuando desembarcáramos y nos conducirían hasta el lugar donde el rey Gorrab tenía sus carros.

Una hora antes de la medianoche, mi flotilla de seis galeras salió del puerto. Cuando apenas lo

distinguimos en lontananza, nos dirigimos al sur en línea de popa, rumbo a Egipto y la bahía de Zin.

La oscuridad que precede al amanecer impidió que nos encontráramos con la escuadra de doce galeras de guerra que Nakati, príncipe de los pueblos del mar, dirigía desde su propio barco, el *Paloma*. Nakati se apresuraba por llegar a Krimad y avisarme del traicionero mar por el que yo navegaba alegremente con mi pequeña escuadra.

Nakati arribó al puerto de Krimad unas horas después de la salida del sol para descubrir que mis naves habían desaparecido. Sin embargo, yo había dejado a cinco de mis hombres que, a causa de las heridas y las enfermedades, no podían navegar. Esos hombres habían estado conmigo en el viaje desde Sidón, en Sumeria, cuando capturamos el *Paloma* y encadenamos a Nakati al banco de remo. También habían estado presentes cuando le quité los grilletes y volví a ponerlo al mando del *Paloma*. Así pues, sabían que él era uno de los nuestros, por lo que no dudaron en

informar a Nakati de adonde me dirigía y el propósito de mi incursión en Zin.

Nakati permaneció en el puerto de Krimad el tiempo suficiente para cargar agua y provisiones de mi almacén. Luego, casi tres horas después del amanecer, partió de nuevo con su flotilla en busca de la mía; sin embargo, ya le llevaba una ventaja de ocho horas.

Obviamente, en esa etapa de la travesía no podía saber que Nakati me estaba siguiendo a toda velocidad. Por el contrario, no tenía noticias suyas desde que había confiado en él, dejándolo en libertad. En aquel momento me inclinaba a lamentar aquella apresurada decisión. Empezaba a creer que me había engañado, que había retomado su papel de príncipe de los pueblos del mar y que nunca volvería a verlo, salvo con una espada clavada.

No fue hasta mucho después de los acontecimientos que estoy narrando aquí que supe que Nakati había respetado nuestro pacto. Sin

embargo, había dedicado todo ese tiempo a reclutar a las tripulaciones de sus barcos entre las filas de piratas y saqueadores que integraban la tribu de los pueblos del mar.

Ahora, mirando atrás, debería haberlo sabido, pero siempre había pensado que los pueblos del mar eran una chusma caótica carente de la organización y la estructura de la marina moderna. Había pasado por alto el hecho de que muchos de los príncipes piratas eran marineros entrenados y cualificados a quienes las circunstancias habían convertido en renegados. Además, tenían a su disposición una extensa y bien organizada red de espionaje que, sin duda, era más eficaz que la que dirigía mi viejo amigo el señor Atón. Nakati contaba con agentes dobles entre los hombres de Atón, pero también tenía espías en el cuartel general de los hicsos, en Menfis. No dudo de que también hubiese penetrado en mi propia red. Gracias a esas fuentes, era plenamente consciente de la correspondencia que Atón y yo habíamos

intercambiado. Conocía mis intenciones de asaltar los carros hicsos en Zin y sabía que los hicsos también estaban al tanto de mis planes. No obstante, Nakati no tenía palomas para advertirme de lo que estaba ocurriendo. Había venido en persona para salvarme del desastre, pero había llegado demasiado tarde.

Desembarcamos del *Furia* en la costa africana una hora antes de la salida del sol, en la penumbra, cinco días después de haber zarpado de Krimad. Había navegado deliberadamente con un rumbo ligeramente desviado hacia el oeste. No había ningún navegante vivo que pudiera dirigir un barco durante cinco días sin ser visto desde tierra y llegar a un destino tan preciso como la bahía de Zin. Haber desembarcado en el lado oriental de la bahía habría sido peligroso. La costa más próxima al delta del Nilo estaba muy poblada y nos habrían descubierto en cuanto el barco hubiera asomado

por el horizonte. Si no estaba seguro de poder navegar directamente hasta la bahía de Zin, entonces era mejor desviarse hacia el oeste. La orilla occidental estaba en el Sahara, una zona escasamente habitada por unos pocos beduinos nómadas.

Más importante aún, estaba absolutamente seguro de mi rumbo en cuanto avisté tierra. Sin dudarlo, di órdenes a la flotilla para que viraran sucesivamente hacia el puerto y navegaran en línea con el desierto a nuestro lado de estribor. Avanzamos durante tres horas en paralelo a la costa antes de que fuera evidente que había sobrepasado mi deliberado desvío. Aunque eso me causó una gran preocupación que en su momento, resultó ser una suerte, porque dio a Nakati un margen de maniobra extra para estrechar el espacio entre nuestras dos escuadras.

Finalmente, llegamos a la altura de la boca de la bahía de Zin, que reconocí por sus prominentes cabos, que protegían el interior de los accesos

septentrionales. Di la orden de virar y avanzamos a través de la entrada de la bahía.

Los hicsos nos estaban esperando. Se acercaron a nosotros en masa en cuanto pasamos entre los cabos de la bahía. Debían de haber reunido todo lo que flotara a cien leguas a la redonda entre la costa y el delta del Nilo. Eran demasiado numerosos para contarlos. Había embarcaciones tan pequeñas como un lugre y tan grandes como el único trirreme que lideraba el ataque de nuestra flotilla. Los barcos más cercanos cubrían a los que venían detrás; las naves más grandes protegían a las más pequeñas. Pero, haciendo una apresurada estimación, me dije que debía haber por lo menos veinticinco barcos hicsos frente a los seis que teníamos nosotros.

Todas sus cubiertas estaban atestadas de hombres armados. Los cascos, las corazas, las hojas y los escudos brillaban con el resplandor del sol naciente. Sus gritos de guerra y sus desafíos

llegaban perfectamente a través del agua mientras venían a nuestro encuentro.

El viento del amanecer soplabá con brío desde mar abierto a través de la entrada de la bahía, justo detrás de nuestra escuadra y delante de los hicsos. Eso me impidió invertir mi rumbo y tratar de huir por donde había llegado.

Por otro lado, los barcos hicsos se dirigían directamente hacia el viento, tan apiñados como lo permitían sus cascos. Estaban haciendo tiempo, manteniendo apenas el rumbo. Nuestros seis barcos cargaban hacia delante, con el viento inflando las velas y el agua blanca haciendo espuma bajo las popas. Tras una docena de golpes de remo, alcanzamos la máxima velocidad de ataque.

Me di cuenta de que las cubiertas de las naves enemigas estaban tan atestadas de hombres que sus arqueros eran obstaculizados por la presión de los cuerpos y los escudos. Por otro lado, Zaras, Hui, Akemar, Dibar y el resto de mis capitanes habían

sacado el máximo partido a nuestras naves, con menos tripulación. Incluso antes de que pasáramos entre los promontorios de la bahía y cayéramos en la emboscada, nuestros arqueros se habían preparado para cualquier eventualidad. Sus arcos estaban tensados y las flechas a punto de ser lanzadas. En cuanto el espacio entre el enemigo y nuestras naves principales se estrechó, Zaras dio la orden de disparar. El viento que entraba directamente por nuestra popa fue nuestro aliado: nos dio una ventaja de más de cien metros. Nuestros arqueros fueron capaces de lanzar diez descargas antes de que los hicsos pudieran arrojar sus flechas lo suficientemente alto para alcanzarnos.

Nuestra nube de flechas cayó sobre sus cubiertas y la masacre fue prodigiosa. Los gritos de los heridos fueron el contrapunto a los impactos de nuestras flechas.

El trirreme enemigo era casi la mitad más grande que cualquiera de las naves de mi

escuadra, pero en esas condiciones, con el viento en contra, su envergadura era más un lastre que una ventaja. Vi que estaba virando hacia sotavento. El enorme espolón de bronce de proa ya no nos señalaba amenazadoramente. Cuando viró, dejó expuesta la entrada del costado del barco y el centro, donde el entablado y los tres bancos de largos remos nos resultaban más fáciles de abordar.

—¡Embístelo cuando gire! —le grité a Zaras, y saltó para obedecer mi orden.

Nuestros tambores aumentaron el ritmo a velocidad de ataque. Los remeros estaban frescos y ansiosos. Remaron hasta que los ojos se les salieron de las órbitas. Con el empuje del viento y el ímpetu de los remos, el *Furia* se lanzó hacia delante. Insté a Zaras para que no dejara de ajustar el timón y que nuestro espolón de bronce apuntara al objetivo más vulnerable del casco del trirreme.

Apartamos los lugres y las barcazas situados entre nosotros y nuestro objetivo y, en el último

momento, antes de embestir el trirreme, Zaras gritó la orden:

—¡Dentro remos!

Los remeros guardaron los remos con mucho cuidado y, con un estruendo desgarrador, nuestro espolón de bronce en forma de cabeza de águila se estrelló contra el casco del trirreme y lo hizo volcar sobre uno de sus lados. Los gritos de su tripulación se mezclaron con el ruido desgarrador de la madera crepitando y de los remos haciéndose astillas. Sus dos mástiles se quebraron a la altura de la cubierta, que rodó más allá del punto de no retorno. Los esclavos encadenados se ahogaron casi de inmediato, y los guerreros que llenaban la cubierta superior fueron arrojados al mar junto con la tambaleante mole.

Zaras y yo caímos sobre la cubierta del *Furia* por la fuerza del impacto. Nuestra nave se había parado en seco en el agua; así pues, mientras nos arrastrábamos, las embarcaciones hicsas más pequeñas pudieron rodearnos y lanzar ganchos a

nuestros flancos. Los asaltantes, armados, ya estaban luchando furiosamente a bordo del *Furia*, aullando como una manada de lobos alrededor del cadáver de un ciervo. Saltaban por las dos bordas, blandiendo las hachas de guerra y empujando con las espadas. Estábamos rodeados.

Zaras, el resto de oficiales de cubierta y yo formamos un círculo, espalda contra espalda, mirando hacia fuera. Éramos unos consumados espadachines, habíamos peleado juntos en numerosas ocasiones y superábamos a los atacantes hicsos en sus salvajes balanceos y sus torpes envites. Pero, cuanto más rápido los reducíamos, más numerosos eran los enjambres que abordaban el *Furia* para ocupar sus puestos.

Casi de inmediato, mis pies resbalaron por la sangre que manchaba la cubierta; mis brazos también estaban manchados de sangre hasta los codos. Pero aun así, los bárbaros hicsos seguían abordándonos y morían. A mi derecha, Zaras parecía infatigable; sin embargo, yo me cansé

rápídamente. Me pesaban los brazos y los pies estaban perdiendo su gracia y agilidad.

Maté a otro hombre y, mientras le arrancaba la punta de la espada con el pie, miré por encima del costado del barco y vi que las otras naves de mi flotilla estaban en apuros, rodeadas de embarcaciones enemigas y luchando por sobrevivir. Luego, horrorizado, vi que otra docena de naves hicsas se acercaban a la bahía desde mar abierto: eran grandes galeras de guerra atestadas de hombres lanzando vítores y remando vigorosamente. Sabía que estábamos a punto de ser superados por el peso de su número y que no podríamos resistir mucho más tiempo. Por un instante pensé cómo podríamos retirarnos y huir hacia mar abierto, pero me di cuenta de que esa idea era no sólo el último recurso de un espíritu cobarde, sino también una fantasía producto de la desesperación. Aquel baño de sangre no tenía escapatoria. Seguimos luchando mientras nos abordaban nuevas hordas de enemigos. Al final

giré sobre mis talones, exhausto. Zaras apoyó su escudo en el mío para sostenerme, pero incluso levantar la espada me exigía un gran esfuerzo. Mi rostro y mis brazos estaban salpicados de la sangre de los hombres que había matado.

Entonces, otro barbudo enemigo apareció ante mí y lo atacé con mi desafilada espada. A esas alturas, el filo estaba romo y la punta quebrada. Mi golpe fue tan flojo y chapucero que mi nuevo adversario la apartó hacia un lado con despectivo gesto de la muñeca.

—¡Taita! —me gritó.

Controlé mi nueva embestida y lo miré, atónito. Por un momento, tras la barba y las rojas salpicaduras que empañaban mi visión no lo reconocí, pero luego me di cuenta de que no era otro de esos brutos hicsos. Sus rasgos eran nobles y me resultaban familiares.

—Envainad la espada, señor. Soy vuestro vasallo.

También reconocí su voz.

—¿Nakati? —pregunté, jadeando—. Pensé que nunca volvería a verte.

—Los dioses no siempre atienden nuestras súplicas. —Sonrió mientras me pagaba con la misma moneda. Entonces me agarró del brazo para evitar que me cayera, pero hice un gesto para deshacerme de su mano. Una nueva esperanza había renovado mis fuerzas.

—Llegaste por los pelos, pero aun así me alegro de verte. —Señalé por encima de la proa del *Furia*, donde los supervivientes hicsos habían dejado de luchar. Huían hacia tierra, en busca de refugio; vararon los barcos y los abandonaron, corriendo hacia las dunas—. Captúrame a esos hicsos que corren como relámpagos y luego podremos concentrarnos en la destrucción de sus carros, si es que damos con ellos.

Se rio de lo que había dicho.

—Esos relámpagos no son lo bastante veloces. Las líneas de la caballería hicsa están a menos de una legua de aquí —me aseguró.

–¿Estás seguro de eso?

–Mis fuentes no son tan numerosas como las vuestras o las del señor Atón, pero son igual de eficientes. Me informaron de la emboscada que los hombres de Gorrab habían preparado para vos. Zarpé rumbo a Krimad para avisaros, pero cuando llegué ya os habíais ido. Doy las gracias a Horus y a Isis por haber llegado a tiempo y encontraros aún con vida.

–¡Yo también doy las gracias por ello! –Me limpié el sudor y la sangre de la cara con la cola de mi clámide y me agaché para recoger una espada enemiga para sustituirla por la mía, muy maltrecha. Mientras me incorporaba, le grité a Zaras–: Llévanos a la playa. ¡No dejemos que escape ni una de esas bestias hicsas!

Varamos los barcos en la arena. Cumpliendo mis órdenes, Nakati condujo a sus hombres tras los hicsos que habían huido, mientras Zaras y Hui descargaban los carros y colocaban los arneses a los caballos.

Los guías beduinos que Atón había mandado para que se reunieran con nosotros salieron de sus escondites en las dunas. Hui y yo montamos y, con la mitad de nuestros carros, seguimos a los guías hasta el depósito de la caballería de los hicsos.

Zaras unió sus fuerzas a los hombres de Nakati. Con el resto de los carros, salieron en busca de los hicsos que habían huido hacia las dunas.

Los guardias hicsos que custodiaban el depósito de la caballería estaban demasiado lejos de los combates para haber sido alertados por el tumulto y el clamor de la batalla. Cuando Hui y yo llegamos con los carros hasta la valla del depósito les grité en su idioma que nos abrieran las puertas. Nos tomaron por refuerzos enviados desde el sur por su ejército principal y nos abrieron para darnos la bienvenida. Cuando se dieron cuenta de su error, nuestros hombres ya estaban dentro, desarmándolos y obligándolos a arrodillarse con las manos a la espalda para ser maniatados.

En la zona de estacionamiento del depósito

encontramos 850 carros recién fabricados alineados en ordenadas filas de cuatro.

Obviamente, los carpinteros hicsos habían copiado el diseño de nuestros carros egipcios, mucho mejores que los tradicionales vehículos hicsos. La carrocería era de caña y bambú de Malaca, mucho más ligeros y flexibles que el pino macizo o el cedro. Las ruedas no eran sólidas, sino de radios, lo que las hacía más rápidas y duraderas.

Los carros estaban recién barnizados y tan estrechamente embalados que los bujes de las ruedas se tocaban. Los rociamos generosamente con el aceite de lámpara que habíamos traído con ese fin. Cuando lanzamos las antorchas encendidas, las llamas se propagaron de un vehículo a otro, reduciéndolos a cenizas en el tiempo que tarda un hombre sediento en beberse una copa de buen vino. Me sentí feliz al verlos arder, mucho más que en un combate, porque habrían sido unos formidables adversarios.

Tras habernos ocupado de los carros hicsos, los guías de Atón nos llevaron a las líneas de caballería. Había casi dos mil caballos de batalla en los establos de techo de paja.

Lo que sí reconozco a los hicsos, y quizás sea lo único, es su excelencia en el manejo de los caballos. Estaba claro que aquellos animales habían sido cuidadosamente criados y seleccionados y luego concienzudamente entrenados y preparados hasta una bruñida perfección. Me encantan los animales por encima de cualquier otra especie animal, incluida la mayoría de seres humanos. En un caballo, por lo menos, se puede confiar.

Los bajamos a la playa, hasta el lugar donde habíamos varado nuestras naves. No estaba seguro de qué hacer con ellos. Dos mil caballos son una multitud. No teníamos sitio para ellos en nuestros barcos, ni siquiera contando con la escuadra de Nakati.

Cuando uno de los oficiales de Nakati sugirió

que sacrificaríamos a esas magníficas criaturas en vez de permitir que los hicsos volvieran a capturarlas, sentí arder de indignación cada nervio y cada tendón de mi cuerpo. Me volví hacia Nakati.

—¿Acaso no hay ni cincuenta hombres entre tus rufianes que entiendan de caballos y los amen? —le pregunté.

—Sí los hay, señor.

Se dio cuenta de lo furioso que estaba.

—Tráemelos, Nakati. Voy a dividir la manada entre ellos. Luego, cada uno, por su cuenta, tratará de conducir a sus animales hacia el sur, a territorio egipcio. Elegirán rutas distintas. Pagaré una recompensa de un deben de plata por cada caballo que lleven a mi finca de Mechir. Si alguno de ellos muere en el intento, me ocuparé de su viuda y de sus hijos el resto de sus vidas. ¡Lo juro!

En menos de una hora, Nakati había reunido a los voluntarios. Echaron a suertes su parte de los animales capturados y luego los reunieron bajo la

luz del atardecer, dividiéndolos en grupos más pequeños a medida que partían.

Algunos de los hombres habían decidido llevar a sus caballos al Sahara y tratar de rodear por el oeste las posiciones hicsas para llegar a Egipto. Otros decidieron cruzar el delta del Nilo, nadando con los caballos a través de los afluentes del gran río para alcanzar la península del Sinaí, en el este, antes de dirigirse al sur siguiendo la orilla del mar Rojo para llegar a Tebas.

Cuando los vi pasar recé una ferviente y devota oración a Horus y a Inana, rogándoles que cuidaran de mis caballos durante el peligroso viaje que les esperaba.

Ahora podía concentrar de nuevo mi atención en los prisioneros.

Con la guarnición del depósito de carros y los supervivientes de la batalla de la bahía de Zin habíamos capturado a 793 aurigas y marineros

hicsos. Zaras y Nakati tenían a estos prisioneros de rodillas en largas filas en la playa. Estaban desnudos y con los brazos atados a la espalda. Su actitud era resignada y taciturna, como la de los hombres que esperan la orden del verdugo al pie del patíbulo.

—¿Qué deberíamos hacer con estas miserables criaturas? —pregunté a Nakati y a mis oficiales.

Ninguno de ellos demostró mucho interés en el asunto. Los barcos de nuestra flota que habían resultado dañados en la batalla fueron rápidamente reparados y reflotados. Los que no podían ser reparados habían sido incendiados y quemados en la arena. La batalla se había librado y habíamos vencido. Todo el mundo estaba ansioso por subir a bordo y zarpar antes de que llegaran nuevas hordas de hicsos clamando sangre y venganza.

—Matarlos —sugirió Hui displicentemente.

—Estoy de acuerdo —dijo Zaras—. Acabemos con todos.

Habló en hicsos y en voz lo bastante alta como

para que los presos que estaban más cerca pudieran oírlo y entenderlo.

—Es un buen consejo —intervino Nakati—. Si los dejamos ir, mañana volverán para matar a nuestros hombres y violar a nuestras mujeres. —Los otros emitieron gruñidos de aprobación, pero Nakati levantó la mano para requerir su atención y siguió hablando—: Sin embargo, señor Taita, os conozco lo bastante bien y sé que nunca estaríais de acuerdo con nuestra sensata sugerencia. Nunca podríais matar a sangre fría a un hombre que se ha entregado a vos.

—Puede que des demasiado crédito a la caballeridad. —Me encogí de hombros—. Tal vez te sorprenda.

No obstante, él sabía que mi protesta no era sincera. Me sonrió.

—Dejadme hacer una sugerencia —propuso—. Permitidme que os enseñe cómo podemos asegurarnos de que estos cerdos no vuelvan a disparar nunca una flecha o a blandir una espada

contra el faraón y nuestro Egipto. Luego podéis soltarlos según los dictados de vuestra conciencia, señor.

—¿Y cómo te propones lograr eso? ¿Le pediremos que nos den su palabra y confiaremos en ella?

Me irritaba la inutilidad de aquel debate. Y también estaba ansioso por subir a bordo del *Furia* y regresar a Creta, donde estaban mis princesas. Ya había tomado la decisión de liberar a los cautivos en cuanto zarpáramos.

—Os ruego que me prestéis un momento más vuestra atención.

Nakati dirigió un gesto de la cabeza a un grupo de sus hombres de los pueblos del mar que estaba de pie junto a los prisioneros arrodillados. Arrastraron por la arena a uno de los aurigas hicsos, sin desatarle los brazos atados a la espalda. Nakati se colocó junto a él y desenvainó su espada.

—¡Levanta los pulgares, compañero! —le ordenó.

El prisionero lo obedeció, inocentemente.

Con un doble movimiento de su espada, Nakati le cortó los pulgares de ambas manos a la altura de la segunda articulación. El prisionero gritó de dolor y desesperación cuando la sangre brotó de los muñones y la parte superior de sus pulgares cayó sobre la arena.

—Apuesto a que este hombre nunca volverá a empuñar una espada o a disparar una flecha contra Egipto —dijo Nakati.

Lo miramos boquiabiertos un momento, conmocionados y mudos de asombro, antes de que todos mis hombres lanzaran gritos y carcajadas.

Entonces, Zaras dio un paso al frente antes de que yo pudiera intervenir. Con el pie, hizo rodar al prisionero desnudo y mutilado sobre su espalda. Desenvainando la espada, colocó la punta sobre su flácido pene.

—Y ésta es la forma de asegurarse de que nunca vuelva a violar a ninguna mujer egipcia o a uno de nuestras niñas.

Con un movimiento ascendente de la hoja, cortó el miembro viril a la altura de la ingle del prisionero. Luego lo ensartó con la punta de su espada y lo lanzó a las olas que lamían la playa.

—Una ofrenda a Poseidón, el dios del mar, si es que acepta como tal este trozo de carne porcina.

Aunque los hombres que me rodeaban dejaron escapar gritos de aprobación, mi voz era más fuerte que la de cualquiera de ellos.

—¡Basta de una vez con esta brutalidad, Zaras! Envaina tu espada. ¡Te estás rebajando al mismo nivel que cualquiera de estas bestias hicsas!

Zaras metió de nuevo su espada en la vaina, pero cuando se volvió hacia mí, tenía la barbilla levantada y su mirada era tan feroz como la mía.

—Señor Taita, en nuestras naves no hay espacio para llevárnoslos como prisioneros —me desafió—. Si dejáis libres a estas bestias ilesas, ¿a cuántos más de los nuestros van a matar? ¿Cuántas más de nuestras mujeres e hijos van a morir?

Poco a poco sentí cómo languidecía mi rabia

ante su terca lógica. Me di cuenta de que mi juicio lo nublaba el recuerdo de las heridas que me había infligido el cuchillo que me había castrado. Era reacio a permitir que se cometiera esa brutalidad con otro ser humano, por malvado y monstruoso que fuera. Respiré larga y profundamente para tranquilizarme y modulé la voz para apartar de ella la ira.

—Tienes razón, Zaras, y voy a negociar contigo. Les cortaremos los pulgares, pero dejaremos que Seth se quede con sus pajaritos.

Empleé deliberadamente el eufemismo infantil para el pene. Estaba intentando reducir la tensión que se había creado entre nosotros. Hui y los demás se echaron a reír a carcajadas, y Dilbar le agarró la entrepierna a Akemi.

—¿Acaso tu pajarito no tiene un poco de hambre? No has probado un coñito desde que zarpamos de Krimad.

En el fondo, todos mis hombres eran como niños. Me obligué a reírme con ellos. Sin

embargo, cuando me volví hacia Zaras la sonrisa desapareció de mis labios.

Zaras me miraba con ferocidad. Poco a poco, el silencio cayó sobre el resto de los hombres. Lo único que se oía era el viento y los gemidos del prisionero herido, que seguía retorciéndose en la arena. Cuando Zaras habló de nuevo, su voz sonó fría y clara. Llegó a todos y cada uno de nosotros, y nos heló el corazón.

—Mis hermanas tenían siete y ocho años de edad cuando los hicsos invadieron nuestra aldea. Mi padre estaba con su regimiento. Los hicsos violaron a mi madre y luego a mis dos hermanas, turnándose con ellas durante casi medio día. Yo tenía cinco años, pero había conseguido escapar y esconderme en los campos, desde donde pude verlo todo. Cuando hubieron acabado con mi madre y con mis hermanas, las lanzaron a las llamas que incendiaban nuestra casa cuando aún estaban vivas y seguían gritando. —Zaras respiró

profundamente y luego me preguntó—: ¿Qué queréis que haga ahora?

No podía darle ninguna respuesta. Sacudí la cabeza con tristeza y le dije:

—Cumple tu deber con el faraón y con la memoria de tu familia.

—Gracias, señor —repuso Zaras. Luego sacó la espada y fue a reunirse con Nakati.

Entre los dos eligieron a treinta de sus mejores hacheros para practicar las amputaciones. A cada uno de ellos se le adjudicaron cuatro ayudantes para arrastrar e inmovilizar a los prisioneros. Las primeras víctimas apretaron los puños y se negaron a presentar sus pulgares ante la hoja. Los hacheros no perdieron tiempo tratando de convencerlos de que lo hicieran; simplemente, les cortaron la mano a la altura de la muñeca. Los presos que les siguieron se mostraron más cooperativos.

Después, los ayudantes hicieron rodar a los prisioneros sobre sus espaldas y, sin mucha

ceremonia, les cortaron los genitales de un hachazo y los dejaron tumbarse sobre las dunas, gimiendo y taponando sus heridas en un intento por detener la hemorragia.

Las gaviotas fueron atraídas por el olor de la sangre. Varias bandadas de estas aves carroñeras se reunieron para graznar y aletear sobre los montones cada vez más grandes de pulgares y órganos sexuales. Engulleron esas exquisiteces casi a la misma velocidad que el hacha las había cortado.

Me sentí mal por todo eso. Me di la vuelta y me dirigí hacia el lugar de la playa donde estaban varados nuestros barcos. Traté de ignorar los gritos y las súplicas de los prisioneros hicsos concentrándome en la supervisión de la carga de los carros y los caballos, junto con las ánforas de agua y las provisiones que habíamos encontrado en el depósito de la caballería.

Cuando terminó la sangrienta tarea en la playa, Nakati se acercó para despedirse de mí. Según

nuestro acuerdo, tenía intención de seguir causando estragos en los puertos y pueblos hicsos situados a orillas del mar Mediterráneo.

Cuando finalmente Zaras subió a la cubierta del *Furia*, vino de inmediato y se arrodilló ante mí.

—Os he desobedecido, señor —confesó—. He desafiado vuestras órdenes delante de vuestros hombres. Estaría totalmente justificado que me degradarais y me relevarais del mando.

—Hiciste lo que creías correcto —le contesté—. Ningún hombre lo habría hecho mejor. Toma el mando del barco y zarpa rumbo a Krimad.

Zaras se puso en pie.

—Gracias, Taita. Nunca os volveré a decepcionar.

Cuando el sol se hundía cansadamente en el horizonte, subí al mástil del *Furia* y desde allí inspeccioné por última vez el mar, asegurándome de que no había ninguna señal de que nos

persiguiera una escuadra hicsa. Todo estaba despejado. La costa norte de Egipto no era más que una delgada franja azul por encima del azul profundo del mar. Nuestra flotilla iba provista de linternas encendidas para que nuestros navegantes pudieran mantener con precisión sus puestos en la formación durante las horas de oscuridad.

El marinero encargado de sondar en la proa gritó:

—¡No tocamos fondo en esta línea!

Estábamos en aguas profundas, rumbo a Creta. Yo estaba en lo alto del mástil, mi lugar preferido. Abajo, oí a Zaras despidiendo al vigía. Los remeros guardaron los remos y se acurrucaron en la cubierta para dormir. El viento era fresco en nuestra cuarta y todas las velas estaban extendidas.

De pronto me sentí cansado en lo más profundo de mi cuerpo y de mi alma. La lucha había sido agotadora, y mi enfrentamiento con Zaras todavía más. Pensé en bajar del mástil y tumbarme en la estrecha litera de mi camarote de popa, pero la

brisa que soplabla era cálida y aún estaba cargada de los aromas de mi amado Egipto. La suave oscilación del palo mayor me adormeció. Sentía dolor a causa de las heridas y golpes que había recibido en la batalla de la bahía de Zin. Mi camarote me parecía un lugar muy lejano. Aseguré el cordel de la cintura al mástil, contra el que había apoyado la espalda antes de cerrar los ojos y dejar que la barbilla reposara en mi pecho.

Cuando me desperté, la luna había alcanzado su zenit y su reflejo en la superficie del mar seguía nuestro ritmo, trazando un brillante camino de plata sobre las olas. El olor de África había sido sustituido por el salado estremecimiento del mar. Lo único que se oía era el murmullo del agua bajo el casco, el crujido regular del mástil y el susurro del viento en los aparejos.

El dolor había remitido y, con él, también la fatiga. Volvía a sentirme fuerte y alerta. Me llenaba esa extraña sensación de euforia que había llegado a identificar como una inequívoca señal de que la

diosa Inana estaba cerca. La busqué ansiosamente, y no me sorprendí en absoluto al verla deslizarse por el camino de luz de luna para alcanzar nuestro barco. La capucha de su túnica estaba echada hacia atrás y la luz de la luna jugueteaba en su rostro. Su belleza estaba más allá de lo imaginable.

Cuando llegó a la altura del *Furia*, subió a cubierta y levantó la vista hacia mí.

Su expresión cambió, y mi estado de ánimo también. De repente, me invadió una sensación de temor y aprensión. Sabía que Inana no había venido para felicitarme por mi victoria en las llanuras de Zin.

No dijo nada, pero, aun así, su voz resonó suavemente en mi cabeza.

–El dios está enfadado. Cronos exige un último sacrificio.

–No entiendo.

Traté de hablar, pero las palabras se atascaban en mi garganta.

–Ve a por ellas. Están en peligro de muerte.

Su voz era silenciosa, pero escuché claramente su advertencia por encima del ruido del viento y el mar.

Intenté moverme para ir hacia ella, pero era incapaz de hacerlo. Quería que me explicase su enigmático mensaje, pero no podía hablar.

Entonces, las oscuras sombras del sueño cayeron sobre mí como una red y ella desapareció. Hice un esfuerzo por mantener la lucidez y traté de gritar en la oscuridad:

–¡No te vayas, Inana! ¡Espérame! No comprendo.

Pero la oscuridad me abrumó.

No sé cuánto tiempo dormí la segunda vez, pero cuando luché por abandonar de nuevo las sombras estaba empezando a amanecer y las gaviotas de alas negras se bañaban y buceaban en nuestra estela.

Miré hacia abajo. La cubierta bullía de actividad. El primer turno de remeros bajaba la

escalerilla para ocupar su puesto en los bancos de remo.

Desaté el cordón que me sujetaba al mástil y lo deslicé por el estay de popa de la cubierta superior. Cuando mis pies tocaron el suelo, Zaras corrió a mi encuentro. Sonreía, sacudiendo la cabeza.

—Señor, habéis dormido otra vez en el aparejo, ¿verdad? ¿Acaso no os gusta vuestra litera? — Entonces vio mi expresión y su sonrisa se esfumó—. ¿Qué...?

—Tira todos los carros por la borda inmediatamente —ordené—. Y traslada todos los caballos a los otros barcos de la escuadra.

Zaras me miró boquiabierto.

—¿Por qué, Taita?

—No cuestiones mis órdenes. No tengo tiempo para volver a discutir contigo. —Estaba tan impaciente que lo agarré por los hombros y lo zarandé—. Trae a un equipo completo de remeros

de cada una de las otras naves. Quiero que puedan turnarse cada hora.

—¿Cada hora? —me espetó.

—Quiero navegar a velocidad de ataque hasta que llegemos a Krimad.

—¿Velocidad de ataque?

Me miró, incrédulo.

—No quiero seguir repitiendo todas mis órdenes. ¡Que Seth te maldiga, Zaras! —gruñí—. Quiero estar en Krimad dentro de cinco días, o incluso antes si es posible.

—Va a matar a mis hombres —protestó.

—Es mejor que mueran ellos a que mueran las princesas reales.

Me miró, horrorizado.

—No comprendo...

—Las princesas están en peligro de muerte. Puede que ya sea demasiado tarde. Cada hora que perdamos significa que ellas están una hora más cerca de su fin.

Se alejó de mí, gritando una orden al oficial de

guardia:

–Iza la señal de «a todos los capitanes».

Los otros barcos se acercaron a nosotros de dos en dos, uno por babor y el otro por estribor. Cada uno de ellos mandó a bordo del *Furia* a veinte de sus mejores remeros con agua y provisiones para cinco días. A cambio, les enviamos a los esclavos y a los hombres más débiles de nuestra tripulación.

Trasladamos todos los caballos, alzándolos con las poleas de carga y balanceándolos a través del espacio que había entre las naves. Utilizamos el mismo sistema para levantar los carros y tirarlos por la borda. Quería que el *Furia* navegara alto y ligero. Incluso así, cinco días para llegar a Creta no era tarea fácil.

Cuando le llegó el turno al barco de Hui, Zaras se lo llevó con él y le habló en voz baja, pero yo leí sus labios. Hui se apartó y se acercó a mí por la cubierta a grandes zancadas con una resuelta expresión en el rostro.

–Muy bien, Hui –le dije, anticipándome a su

queja—. Pon a tu mejor hombre al mando del barco y únete a nosotros. Pero te advierto que harás tu turno en el banco de remo.

En cuanto completamos la tripulación y el primer turno de remeros estuvo en su puesto, el tambor empezó a marcarles el ritmo, pasando gradualmente de la velocidad de crucero a la de ataque a diez golpes por minuto.

El *Furia* desplegó las alas y alzó el vuelo a través del agua. Al cabo de una hora, habíamos dejado al resto de la flotilla en el horizonte, detrás de nosotros.

Cuando cambié los equipos, los hombres que fueron relevados cayeron de sus bancos, empapados en sudor y exhaustos. Durante las tres siguientes jornadas, noche y día, nunca aminoramos nuestra velocidad.

Zaras y Hui hicieron sus turnos en los bancos e incluso yo remé una hora completa de cada doce. Cuando algunos hombres que tenían la mitad de mi

edad vacilaban, yo no perdía el ritmo. El recuerdo de la muda advertencia de Inana me mantenía.

Ve a por ellas. Están en peligro de muerte.

* * *

Era la tarde del cuarto día. Acababa de abandonar mi puesto en el banco de remo y, sin dejar de jadear y goteando sudor, me dirigí a la proa del barco para explorar el mar.

No tenía forma de calcular cuánto nos quedaba aún por navegar hasta avistar la isla. Ni siquiera estaba seguro de que mantuviéramos el rumbo. Confiaba en que Inana nos guiara. Sin embargo, el mar seguía apareciendo vacío ante nosotros y la línea del horizonte estaba intacta.

No soplaba el viento. El cielo estaba despejado, brillante y despiadado como la hoja del hacha del verdugo. El aire era pesado y opresivo. Tenía un leve pero desagradable y sulfuroso sabor que me quemaba la garganta. Tosí y escupí, y luego miré

de nuevo por la popa. El único movimiento era la ondulación de nuestra estela y los picudos remolinos que dejaban los remos al subir y bajar.

Estaba a punto de ir a mi camarote para descansar un rato, pues apenas había dormido desde que zarpamos de la bahía de Zin, pero en ese mismo instante algo llamó mi atención en el horizonte. Era una oscura y fina línea ondulada. Me incorporé y estuve mirando un rato hasta que me di cuenta de que se trataba de una bandada de pájaros que volaba directamente hacia nosotros. Soy muy aficionado a todas las especies de aves, pero no fui capaz de reconocerlos hasta que estuvieron mucho más cerca. Entonces me quedé asombrado al ver que eran cuervos . El cuervo de Creta suele ser un ave solitaria o que vuela en pareja. Por otra parte, siempre suelen mantenerse cerca de tierra. Por eso no los había identificado desde la distancia. Aquélla era una bandada de varios centenares de pájaros y estaban por lo menos a cien leguas o probablemente más de la

tierra más cercana. Los contemplé volando por encima de mí. Se graznaban unos a otros con un apremio que me sonó como una llamada de socorro o, al menos, como un grito de advertencia.

Cuando se alejaron, miré de nuevo hacia el norte y vi más aves que se acercaban volando. Algunas de ellas también eran cuervos, pero las había de muchas otras especies. Ibis, garzas, cernícalos y otras aves pasaron volando sobre nosotros. Luego aparecieron pájaros más pequeños: petirrojos, alondras, gorriones y alcaudones. El cielo estaba lleno de pájaros. Su número casi oscurecía el sol. Sus gritos eran una estridente cacofonía casi ensordecedora. Había una sensación de desesperación en aquel éxodo de plumas.

Un pequeño canario amarillo cayó del cielo y aterrizó en mi hombro. Estaba totalmente agotado. Todo su cuerpo temblaba; gorjeó patéticamente cuando lo tomé en mi mano y le acaricié la cabeza.

Volví a mirar el cielo con asombro mientras

seguían pasando multitud de bandadas. Hui y Zaras se acercaron y se quedaron conmigo, con la cabeza inclinada hacia atrás, mirando hacia arriba.

–¿Qué está ocurriendo, Taita? –preguntó Hui.

–Parece que es una migración masiva. Nunca había visto nada semejante.

–Es como si estuvieran huyendo de alguna amenaza mortal –sugirió Hui.

–Los animales salvajes, y sobre todo las aves, tienen un instinto para el peligro –dijo Zaras, y luego me miró, buscando mi aprobación–. ¿No es así, mi señor?

Ignoré la pregunta, no porque no conociera la respuesta, sino porque en aquel momento se escuchó en la proa un chapoteo producido por un cuerpo pesado.

Miré hacia un lado. La superficie del mar hervía de vida. Grandes cuerpos brillantes se desgarraban bajo el casco. Un enorme banco de atunes seguía la misma dirección que las bandadas de pájaros que llenaban el cielo. Miré al frente y

vi que el banco se extendía hasta el horizonte norte. Sus plateadas formas avanzaban por delante de nosotros sin cesar. Otras criaturas se mezclaban con ellas. Unas brillantes marsopas negras aparecieron en la superficie, con sus afiladas aletas dorsales en forma de daga, vomitando colas de gallo que formaron espuma detrás de ellas. Ballenas casi tan largas como nuestra nave lanzaban nubes de vapor a través de los conductos situados en sus cabezas mientras salían a la superficie para respirar. Tiburones rayados como tigres y con bocas maliciosamente sonrientes llenas de afilados dientes nos adelantaron, en dirección al sur.

Parecía que toda la creación huyera presa del pánico a causa de un terrible cataclismo que tenía lugar más allá del horizonte norte.

A medida que fueron transcurriendo las horas, esa gran aglomeración de aves y criaturas marinas fue reduciéndose, hasta que se perdieron de vista.

Estábamos solos en un mundo desierto;

nosotros, unos pocos mortales, y el pequeño canario amarillo que se había quedado conmigo, posado en mi hombro y trinándome dulcemente al oído.

La noche cayó sobre nosotros mientras remábamos tenazmente a través de la oscuridad. Sólo las estrellas iluminaban nuestro camino. Cuando salió el sol, vi que aún no había vida ni en el cielo ni en el mar. El silencio y la soledad resultaban cada vez más inquietantes y opresivas.

Los únicos ruidos eran los crujidos de los remos en los escálamos, que nos llevaban a Creta, el susurro del agua en el casco y los golpes del tambor marcando el ritmo. Ningún hombre hablaba ni se reía.

Incluso mi canario amarillo se había quedado en silencio. Poco antes del mediodía se deslizó de mi hombro y se cayó a la cubierta. Cuando lo recogí, estaba muerto. Lo llevé a popa y, confiando su

cuerpecillo al cuidado de Artemisa, la diosa de los pájaros, lo tiré a la estela del barco y luego subí a mi observatorio del mástil.

Inspeccioné el horizonte con entusiasmo, pero estaba vacío. Me costó soportar la decepción. Me senté durante una hora, y luego otra, observando y esperando.

La despiadada luz del sol hería mis ojos, y pasado un rato empecé a ver cosas que no existían: islas ilusorias y barcos fantasma. Cerré los ojos para que descansaran. Cuando volví a abrirlos, me quedé asombrado al descubrir que mis alucinaciones se habían intensificado. El acuoso horizonte situado frente a nuestra pequeña nave se elevaba hacia el cielo como una cadena montañosa; era sólida en lugar de líquida. Aquellos poderosos Alpes oceánicos eran cada vez más altos y amenazadores. Ahora estaban cubiertos de una espuma brillante, blanca como la nieve recién caída.

Entonces oí un murmullo de voces procedente

de cubierta. Miré hacia abajo y vi que Zaras, Hui y el resto de oficiales del puente salían corriendo hacia la proa. Se acurrucaron allí, señalando hacia delante y discutiendo. Los hombres de los bancos de la cubierta superior habían abandonado los remos y estaban de pie, mirando al frente. El barco había perdido el rumbo e iba a la deriva.

Salté al estay de popa y me deslicé hasta la cubierta. Cuando la alcancé, corrí hacia delante, gritando a los hombres para que volvieran a los remos y recuperaran el rumbo.

Los oficiales que estaban en popa escucharon mi voz y se volvieron hacia mí. Zaras salió corriendo a mi encuentro.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Es que el mundo está girando al revés? —Señaló por encima de su hombro—. El mar se está elevando hacia el cielo.

Zaras estaba al borde del pánico.

—Es una ola.

Haciendo un esfuerzo, conseguí que mi tono de voz fuera tranquilo.

—No. —Zaras sacudió la cabeza con vehemencia—. Es demasiado grande. Se acerca demasiado deprisa para ser una simple ola.

—Es un maremoto —dije, con certeza—. El mismo que sumergió el imperio de la Atlántida en la antigüedad.

—Por todos los dioses buenos, ¿no hay nada que podamos hacer para escapar de él?

Aquel no parecía el Zaras que no renunciaba sin luchar, por lo que le grité a la cara:

—¡Avisa a la tripulación, maldita sea! Asegúrate de que tengan los remos de repuesto a mano. Cuando esa cosa nos embista, sufriremos grandes daños. Romperá los remos. Debemos mantener el rumbo y seguir adelante. Si nos golpea en un flanco, rodaremos como un tronco y lo inundará todo. Cierra todas las escotillas. Ata los mástiles. Coloca cuerdas de seguridad en los bancos de remo; de lo contrario, la tripulación saltará por la borda.

Zaras respondió de inmediato a mis perentorias

órdenes y llamó a Hui para que se uniera a él. Decidí no interferir y lo dejé todo en sus manos. Me quedé en proa para ver cómo se acercaba la ola.

Cuanto más se aproximaba, más se elevaba y más rápido parecía aproximarse a nosotros. Apenas tuvimos tiempo suficiente de prepararnos para recibirla antes de que su cresta nos alcanzara.

Levantó la proa a tanta velocidad que mis rodillas se doblaron y el estómago presionó mis pulmones, obligándome a jadear. No parábamos de ascender. La popa cayó y la cubierta se inclinó hacia atrás en un ángulo tan pronunciado que tuve que agarrarme a los baluartes con ambas manos. Las jarcias rodaron y se estrellaron contra la popa.

A pesar del caos, Hui y Zaras nos mantuvieron de frente a la ola gritando enérgicas órdenes a los hombres en los bancos de remo: «¡A babor! ¡A estribor!».

Los hombres lanzaban súplicas a sus dioses y a

sus madres para que los salvaran, aunque no dejaban de remar.

Cuanto más ascendíamos, más pronunciada era la pendiente, hasta que la cubierta estuvo casi en posición vertical y la proa apuntando al cielo.

Por un breve instante pude mirar por encima de la cresta de la poderosa ola. Estábamos tan alto que pude ver claramente en el distante horizonte la costa sur de Creta y, sobre ella, el humo que salía del monte Cronos, en el lado opuesto de la isla. Las nubes de azufre de color amarillo se superponían, llenando todo el cielo del norte hasta lo más alto. Entonces, la cresta de la ola nos envolvió, enterrando la cubierta del *Furia* bajo una braza de agua verde.

Una de las cuerdas de seguridad se rompió y cuatro miembros de la tripulación fueron arrojados por la borda. Nunca volvimos a verlos. El resto de nosotros estábamos inundados por el agua, como ratas atrapadas en una alcantarilla desbordada. La tosca cuerda de cáñamo que ceñía mi cintura me

estaba cortando por la mitad. Ni siquiera era capaz de gritar para aliviar mi terror. Mi visión empezó a nublarse. Sabía que me estaba ahogando.

Entonces, de pronto, la proa emergió a través de la vertiente posterior de la ola. Pude respirar un soplo de aire limpio antes de caer al vacío. Estuvimos cayendo durante lo que pareció una eternidad. Sólo las cuerdas de seguridad nos salvaron de ser arrojados por la borda con el resto de aparejos.

Entonces, por fin, alcanzamos de nuevo la superficie del mar con un golpe que amenazó con destruir cada tablón, mamparo y traca del casco. Los remeros parecían ramas secas sujetadas a los escálamos.

Pensé que volveríamos a sumergirnos de nuevo, pero nuestra pequeña pero aguerrida nave logró escabullirse. Nos balanceábamos en la superficie, escorando pesadamente, con las cubiertas inundadas. Los aparejos y los hombres se amontonaban en ella, unos encima de otros.

Zaras y Hui se lanzaron sobre ellos, maldiciendo y pateándolos para que volvieran a sus puestos en los bancos. Sin embargo, había tripulantes que estaban heridos de gravedad, con fracturas en las extremidades y la caja torácica machacada. Después de arrastrar a un lado a la tripulación malherida, los remos de repuesto fueron atados a la cubierta, debajo de los bancos. Los remeros tiraron los tocones rotos de los remos por la borda y levantaron los nuevos en los escálamos.

Entonces, todos empezamos a achicar el agua como posesos. Poco a poco, el *Furia* volvió a navegar alto y ligero. El tambor recuperó el ritmo. Los remeros retomaron sus asientos de los bancos y las palas de los remos volvieron a deslizarse y a cortar la superficie del mar. Aceleramos rumbo a Creta. Aunque desde ese ángulo tan bajo había vuelto a desaparecer del horizonte, ahora tenía el humo del monte Cronos para orientarme.

Poco después de mediodía se levantó un viento

que parecía un suave vendaval del sur. La tripulación volvió a colocar los mástiles e izó todo el velamen para aprovechar el viento. Nuestra velocidad casi se duplicó. El agua que había dejado el maremoto estaba revuelta, sembrada de los restos de árboles, naves y edificios que habían sido arrancados de la isla. Sin embargo, navegamos por ella, con un equipo de hombres en la proa para esquivar los restos flotantes más peligrosos.

Al cabo de dos horas volvimos a ver la silueta de Creta alzándose en el mar. Comparada con la espesa columna de humo volcánico que se elevaba por encima de ella, era insignificante y diminuta. Ahora, los rugidos y bramidos del enloquecido Cronos cayeron sobre nosotros. La distancia apenas silenciaba el clamor, y la superficie del mar también bailaba al son de la furia del dios.

Los remeros miraban por encima del hombro, asombrados y asustados a medida que avanzaban. La tripulación que no estaba de servicio se apiñó

en la cubierta junto a los heridos y los moribundos. Todos estaban pálidos de terror. Pero yo los conducía implacablemente hacia Creta. Cuando parecían estar a punto de amotinarse, Zaras y Hui sacaron los látigos de los esclavos y se colocaron ante ellos, dispuestos a emplearlos.

A medida que nos acercábamos a tierra, me sobrecogieron los daños que había causado el maremoto. Cuando avistamos el puerto de Krimad, apenas lo reconocí. Sólo lo identifiqué por la cima del monte Ida, que se alzaba a sus espaldas.

Todos los edificios habían sido arrasados por la ola, e incluso las pesadas losas del muelle habían caído al mar, como las piezas de un juego de un niño caprichoso.

Los bosques y los campos de cultivo que se extendían al pie de la montaña habían sido totalmente arrasados. Grandes árboles, ruinas de edificios y cascos de barcos otrora poderosos formaban un amasijo de escombros.

Lo que más me inquietó fue que los establos

habían desaparecido. Los mozos de cuadra y los caballos debían de haber sido engullidos por las olas y arrastrados hacia el mar. Mis princesas estaban en el lado opuesto de la isla. Sin caballos, tardaría días en llegar a través de los enmarañados bosques.

Barajé la posibilidad de circunnavegar la isla, pero desestimé la idea. En unas condiciones tan peligrosas, me llevaría muchos días y no había forma de saber lo que podíamos encontrarnos si conseguíamos llegar a Cnosos.

Lo más que podía esperar era que algunos de los puestos de relevo repartidos por la espalda de la isla estuvieran lo bastante alto para haber escapado a la furia del maremoto y que algunos caballos hubieran sobrevivido.

Fondeamos en el límite de las aguas profundas, a dos cables de distancia de las ruinas de Krimad, donde el barco estaba protegido por la mole de la isla. Entonces llamé a Zaras y a Hui y les dije:

—Cada uno de los puestos de relevo repartidos

por la montaña tiene entre diez y veinte caballos en sus establos, en el caso de que hayan sobrevivido. Con un jinete y dos hombres colgados de los estribos, cada animal puede llevar a tres hombres. Elegid a treinta de vuestros mejores hombres para que desembarquen con nosotros. Que se lleven sólo las armas; las armaduras sobrecargarían las monturas.

Cuando el destacamento estuvo listo, lanzamos los esquifes que habían sobrevivido a los estragos de la ola gigante. Cuando subimos, esas diminutas embarcaciones iban peligrosamente sobrecargadas.

Recé en silencio a Inana mientras las olas nos golpeaban y el agua entraba por la proa. Le recordé a la diosa que sólo estaba siguiendo sus dictados; debía de estar escuchándome. Llegamos a las ruinas del muelle. Sólo tres hombres habían saltado por la borda, y uno de ellos consiguió llegar de nuevo a nado hasta el *Furia*.

Los esquifes se hicieron astillas en cuanto

tocamos las rocas. Sin embargo, fuimos capaces de trepar hasta los restos del muelle agarrándonos unos a otros por los brazos. Llegamos a tierra firme sin sufrir más pérdidas.

Entonces, Zaras ordenó a los hombres que formaran en dos filas y los conduje a través de los restos de la ciudad inundada. Salvo por unos pocos cadáveres medio enterrados entre los escombros, estaba desierta. Luego subimos por las faldas de la montaña, que también se había inundado. Estaba buscando el principio del camino que conducía al primer puesto de relevo, pero no quedaba rastro de él. Puede que nunca lo hubiésemos encontrado de no habernos guiado por el sonido de un cuerno de caza que nos llegó del bosque que estaba encima de nosotros.

Tres hombres del equipo de relevos nos habían visto llegar desde lo alto y habían bajado por el camino para salir a nuestro encuentro. Estaban aterrorizados, pero convencidos de que habíamos desembarcado para rescatarlos. Su decepción fue

patética cuando se dieron cuenta de que no era así. Conduje a mis hombres hasta el puesto de relevos a un trote que desafiaba la empinada pendiente. Bajo nuestros pies, el suelo temblaba y se estremecía, o se sacudía y rebotaba según el temperamento del enloquecido Cronos estallara o se quebrara de forma impredecible.

Cuando llegamos al primer puesto de relevo, encontramos allí a un total de seis hombres y veinte caballos que habían sobrevivido a la devastación. Los animales se volvieron casi locos de terror cuando la tierra tembló bajo ellos y el hedor ardiente del azufre de la montaña que llegaba desde la bahía castigó sus fosas nasales. Hice acopio de todas mis habilidades para apaciguarlos lo bastante como para poder ensillarlos.

Permanecimos allí sólo el tiempo justo para examinar nuestras armas. Me sentí aliviado al ver que mi arco aún estaba intacto en su estuche de cuero encerado y que no se había mojado. Sin

embargo, no me satisfizo tanto el estado de las cuerdas de repuesto. Muy a su pesar, me apropié de la cartera de cuerdas de arco secas del capitán del puesto. Mantuve la mirada firme cuando empezó a protestar hasta que tartamudeó y finalmente se calló. Entonces le ordené a él y a todos sus hombres que se quedaran en el puesto de relevo para cubrir la retaguardia cuando nos obligaran a retirarnos.

Sin perder ni un minuto más, grité a Zaras y a Hui que montaran y conduje a nuestro pequeño convoy hacia el camino que cruzaba la espalda del monte Ida.

Casi habíamos alcanzado la cima cuando escuchamos un estruendo de pezuñas y el bramido de una manada de bestias salvajes que se dirigían hacia nosotros. Tuve tiempo de llevar a mis hombres hasta una tupida arboleda situada junto al camino antes de que una masa de monstruosos cuerpos barriera el camino en nuestra dirección.

Evidentemente, los identifiqué de inmediato.

Era una manada de uros salvajes. Pasaron junto a nosotros golpeando con gran estruendo, con los ojos inyectados en sangre. Tenían la espalda encorvada y su piel era de un color marrón uniforme y oscuro. La lengua colgaba de sus bocas abiertas y su espumosa saliva salpicaba sus lomos. Huían presas del pánico y el terror, bramando a lo largo del camino que bordeaba el acantilado.

Mientras los observábamos, otro temblor sacudió la montaña bajo nuestros pies. Vi una profunda hendidura abierta en el borde del acantilado; allí estaba la manada de uros. La ladera de la montaña era tan empinada y el impulso de las bestias tan fuerte que no pudieron evitar la caída. Toda la manada se precipitó por el acantilado; los animales que iban detrás empujaron a los de delante, hasta que todos cayeron al vacío. Escuchamos el ruido de sus cuerpos estrellándose contra las rocas, cientos de metros más abajo. Después se hizo el silencio, hasta que volvió a romperlo el siguiente rugido del volcán.

Volví a conducir a mi destacamento hasta el camino y subimos la última pendiente hasta la cima. Allí volvimos a detenernos. Miré de nuevo hacia el lugar donde estaba anclado el *Furia*, frente a las ruinas de Krimad. Entonces me di la vuelta en la silla y miré al frente, hacia lo que había sido la ciudad de Cnosos, capital del imperio más poderoso de la tierra.

Su enorme puerto ya no existía. No había ni rastro del faro; debió de haber sido arrojado a la dársena. Los muros del puerto habían desaparecido; no quedaban ni sus cimientos. El mar salvaje se había estrellado contra las rocas sobre las que antes se levantaba la ciudad.

La tan cacareada flota de diez mil barcos del Minos Supremo había sido arrojada por encima de la marea alta y había quedado reducida a leña y astillas. No había ni rastro de un solo casco flotando en la ancha bahía. Sin embargo, las aguas estaban llenas de escombros a causa de las olas que aún seguían estrellándose contra la costa.

El palacio donde el Minos Supremo se había casado con mis princesas no estaba, al igual que el edificio del Almirantazgo y cualquiera de las otras construcciones de piedra que se alzaban en el litoral.

Más allá de este caos, los volcanes gemelos tronaban y llenaban el cielo de llamas y humo.

Recorrí con los ojos la devastación, incrédulo. El imperio minoico ya no existía. Había sido destruido por su enloquecido dios.

¿Dónde estarían mis niñas? Mi corazón sollozó con más fuerza de lo que nunca lo había hecho mi voz. ¿Por qué me enviaste aquí, Inana? ¿Lo hiciste sólo para burlarte de mí y atormentarme?

Como guiado por una fuerza interior, posé mis ojos en los pies de la montaña, justo debajo de donde había dejado el caballo. Ví que la embajada egipcia, que había sido mi hogar por un corto periodo de tiempo, aún seguía en pie, intacta. El maremoto no había llegado tan alto. Era el único

edificio de la ladera norte de la isla que había sobrevivido.

—¡Vamos! —les grité a Zaras y a Hui—. ¡Seguidme!

Golpeé las costillas del caballo con las espuelas. Cuando empezamos a bajar la ladera a través del bosque, se produjo otro movimiento sísmico de los picos gemelos del monte Cronos. Mi semental dio un violento respingo. Luché por controlarlo, y aunque los hombres que iban colgados de los estribos se zarandearon de un lado a otro, consiguieron seguir agarrados hasta que pude tranquilizar al caballo y seguimos bajando.

La embajada parecía totalmente desierta cuando me acerqué a la entrada principal y desmonté.

—¡Zaras! ¡Hui! Id al establo que hay en la parte de atrás para ver si aún queda algún caballo. Necesitaremos más monturas para volver a Krimad cuando hayamos encontrado a las niñas.

No estaba dispuesto a rendirme ante la

desesperación. Inana no me habría llamado si mis princesas no siguieran con vida.

Las puertas de la embajada estaban abiertas de par en par. Recorrí el edificio, buscando supervivientes, pero los ecos se burlaban de mí. Todas las estancias estaban desiertas, pero en su mayoría habían sido saqueadas. Habían arrojado al suelo lo que contenían con salvaje desenfreno. Mis criados o los refugiados de la ciudad se habían llevado las cosas en su huida.

No estaba seguro de qué debía hacer a continuación. Sentí la primera punzada de desesperación en mis entrañas. Me armé de valor para hacerle frente y llamé a la diosa en voz alta en busca de ayuda.

—¡Inana! ¿Dónde están? No me abandones ahora. Llévame hasta ellas, te lo imploro.

Ella me contestó de inmediato; su voz resonó desde la parte alta del edificio.

—¡Taita! ¿Eres tú, mi señor? —Oí el ruido de sus

pasos en la escalera—. Al principio pensé que se trataba de otra banda de saqueadores —gritó.

Cubierta con la capucha, bajó los últimos peldaños y se echó en mis brazos. Me cogió la cara entre las manos y la levantó. La miré fijamente un momento antes de recuperar la voz.

—¡Loxias! —exclamé—. ¿Qué haces aquí, muchacha? Pensé que eras otra persona.

—Mi señor, Toran me mandó para esperaros. Sabíamos que vendrías. Os mostraré el camino hasta el Templo Mayor del dios Cronos, en las montañas.

Sollozaba tan incontrolablemente que me costaba entender lo que me decía. Le di un abrazo para sosegarla.

—¡No tan deprisa, pequeña! No entiendo nada. Respira hondo y habla más despacio.

—En la subasta del Minos Supremo, los sacerdotes se llevaron a Tehuti y a Bekatha al Templo Mayor. Allí iban a sacrificarlas para aplacar al dios Cronos y evitar que destruyera el

imperio minoico con fuego y azufre. –Tras respirar hondo una vez más, prosiguió–: Ya han sacrificado a cuarenta de las esposas vírgenes del Minos Supremo, pero Cronos las ha rechazado. Su ira aún no ha sido aplacada y exige el máximo sacrificio: las princesas vírgenes de la casa del faraón de Egipto.

–¿Dónde está Toran ahora?

–Ha ido al Templo Mayor para tratar de disuadir al Minos Supremo de que lleve a cabo esta acción, o por lo menos retrasar el sacrificio hasta que lleguéis. Dice que vos sois el único que puede salvar a Tehuti y a Bekatha. De alguna manera, sabía que vendrías. En sus sueños vio a una dama encapuchada que le avisó...

–¿Conoces el camino hasta ese templo? –la interrumpí.

–Sí –repuso ella–. No está lejos de aquí. Toran me ha explicado cómo encontrar la entrada secreta y recorrer el laberinto.

La agarré del brazo y corrimos por las salas

desiertas hasta la entrada principal de la embajada. Zaras y Hui me estaban esperando allí con todos sus hombres. Zaras saltó de la silla y salió a mi encuentro.

—Habéis encontrado... —empezó, pero luego reconoció a Loxias bajo la capucha—. ¿Dónde están las princesas?

—¡Ya basta! —exclamé, atajando sus preguntas—. Te lo contaré todo mientras cabalgamos. Loxias sabe donde están; ella nos llevará hasta allí.

Hui había encontrado seis caballos más en los establos de la embajada, suficientes para todos los hombres. Senté a Loxias detrás de mí y ella rodeó mi cintura con los brazos mientras espoleaba a mi semental.

Cabalgamos formando un apretado grupo. Loxias me condujo hasta el camino que se extendía hacia el oeste por la espina dorsal de la montañosa isla. Tras recorrer dos leguas, llegamos a una encrucijada: el camino principal seguía recto, pero otro más estrecho se bifurcaba hacia la cima del

monte Ida. Esta ruta estaba marcada por un gigantesco cedro; sus ramas superiores, muertas, miraban hacia arriba, en dirección a las ondulantes nubes volcánicas.

—El señor Toran dice que este árbol tiene mil años. —Loxias habló por encima de mi hombro—. Es el símbolo del dios Cronos.

Señaló el cráneo de un enorme uro que estaba clavado en el tronco del cedro. Los cuernos eran casi el doble del tamaño del que había matado a Waaga, el esclavo. El tiempo y la luz del sol los habían dejado de un deslumbrante color blanco.

No perdí ni un momento más contemplándolos y dirigí nuestra montura hacia la pista que Loxias me había indicado. Ascendimos a través de la espesura del bosque, cuya anchura sólo permitía el paso de dos caballos al galope. Terminaba abruptamente en un alto acantilado de rocas negras. Al pie de éste había una enorme puerta de bronce en cuyo centro había una rueda de seguridad del mismo metal.

Loxias saltó de la silla y aterrizó en el suelo como un gato. Luego salió corriendo hacia la puerta y empezó a girar la rueda de seguridad hacia la izquierda y hacia la derecha, contando las vueltas en voz alta.

Descabalgué y puse uno de las cuerdas secas en el arco. Luego saqué un par de flechas del carcaj y las sujeté al cinturón, donde podía cogerlas al instante. Acto seguido, con la mano derecha, aseguré mi espada en la vaina. Zaras, Hui y todos sus hombres siguieron mi ejemplo y, tras preparar sus armas, se colocaron detrás de Loxias y de mí.

Loxias dio la última vuelta a la rueda de seguridad y el mecanismo soltó un ruidoso chasquido. Le hice señas a Zaras para que la ayudara con la rueda y, haciéndome a un lado, tensé con fuerza el arco, apuntando por encima del hombro de Zaras.

La puerta se abrió pesadamente. Detrás de ella había dos de las viragos con uniformes verdes del serrallo real. Ambas tenían sendas espadas en

ristre y corrieron hacia delante para atacar a Zaras y a Loxias.

Zaras estaba esperándolas y mató a una de ellas de una limpia estocada en su desnudo pecho de muchacho. Yo maté a la otra de un flechazo. A tan corta distancia, la flecha le atravesó el torso, rompió la columna vertebral y salió entre los omóplatos, haciendo saltar chispas del muro de piedra que había detrás de ella. Las dos guerreras se desplomaron sin emitir ningún sonido. Pasamos por encima de los cadáveres. Hombro con hombro, Zaras y yo corrimos por el túnel. Estaba pobremente iluminado con unas humeantes antorchas sostenidas por unos soportes en los muros laterales.

–Toran dice que hay que girar a la izquierda; de lo contrario, nos perderemos en el laberinto.

Loxias estaba cerca, a mis espaldas, y me habló por encima del hombro.

Giré a la izquierda tres veces seguidas. Entonces oí el débil sonido del eco de un canto en

el túnel, que fue haciéndose más fuerte a medida que nos acercábamos a él. Giré nuevamente a la izquierda y de repente vi un rayo de luz frente a nosotros.

Ordené a Loxias y al resto de mis hombres que permanecieran donde estaban y luego me adelanté con Zaras y Hui a mis flancos. La luz se hizo más brillante y giramos una vez más.

Había otras dos viragos bloqueando el túnel, pero ambas estaban de espaldas a nosotros. Toda su atención estaba concentrada en lo que ocurría delante de ellas y no advirtieron nuestra presencia. Nos arrastramos hasta ellas. Zaras y Hui les taparon la boca con la mano para impedir que gritaran y luego hubo un rápido destello de hojas antes de que las dos guerreras cayeran flácidamente al suelo. Pasamos por encima de sus cuerpos y accedimos a una terraza que había sido excavada en la roca.

Unos veinte codos más abajo se abría una enorme caverna iluminada por la luz del día que

penetraba por una entrada con pilares situada en el muro opuesto. A través de esos portales pudimos ver las ruinas de la ciudad de Cnosos y la amplia bahía hasta el monte Cronos, que llenaba el horizonte.

Justo debajo de nosotros había un espacioso escenario semicircular. El suelo estaba cubierto de una blanca y fina arena sobre la que había un altar de oro y plata. En el altar se levantaba la estatua dorada de un uro envuelta en flores a cuyo alrededor había unas humeantes ollas de incienso.

La arena y el altar estaban rodeados de hileras de bancos de piedra. Las dos filas inferiores estaban llenas de nobles minoicos vestidos de negro y con sombreros altos. Sus rostros estaban manchados de tiza blanca y los ojos pintados con kohl, a la manera tradicional. Sólo sus bocas se movían mientras entonaban un canto fúnebre.

Me sorprendió que fueran tan pocos. En el palacio del puerto, cuando Tehuti y Bekatha contrajeron matrimonio con el Minos, había varios

miles. Pero ese día, reunidos allí, eran menos de cincuenta. La erupción y el maremoto debían de haber diezmando la flor y nata de la sociedad minoica.

Justo detrás del trono estaba la entrada del templo subterráneo. Era una cavernosa abertura que enmarcaba la lejana vista del monte Cronos a través de las turbias aguas de la bahía de Krimad. Los volcanes gemelos escupían columnas de humo que se elevaban hacia el cielo y casi ocultaban el sol, convirtiéndolo en un orbe de un apagado color amarillo.

La terraza en la que nos habíamos agachado estaba tan alta que nos encontrábamos muy por encima del área de visión del público que teníamos enfrente. También nos ocultaban parcialmente unas largas cortinas de color oscuro que colgaban del techo de la cueva, justo por encima del suelo arenoso. Sin embargo, advertí a Zaras y a Hui en un susurro que retrocedieran hacia las sombras y envainaran sus espadas para

evitar que cualquier reflejo de la luz natural delatara nuestra presencia en el templo.

Apenas había hablado cuando dos hileras de sacerdotes ataviados con sus túnicas de color sangre aparecieron a cada lado del anfiteatro. Ocuparon sus puestos alrededor del trono dorado y sus voces se unieron a las de los nobles para llenar el templo con un fúnebre lamento.

Entonces, de repente, dejaron de cantar; el pesado silencio era más opresivo que el canto. La congregación gimió y, como uno solo, todos sus miembros se arrodillaron, apoyando la cabeza en las losas de mármol.

Estaba aguardando la aparición del Minos Supremo, mirando el trono vacío con toda mi atención, a la espera de otro efecto teatral. Pero, aun así, me llevé una sorpresa.

Aunque el trono estaba vacío, un momento después el monarca minoico apareció sentado en él, con su frágil y esquelética madre a su lado.

Ella llevaba ropa de luto, oscura y deprimente.

Él iba vestido de gala, alzándose sobre todos sus súbditos. Parecía llenar toda la caverna con su presencia. Su coraza y su horrible máscara de toro de metales preciosos lanzaron brillantes destellos de luz en las sombras.

La música marcial de una orquesta oculta llenó la caverna con un sonido tumultuoso. La congregación gritó, arrastrada por un éxtasis idólatra.

El Minos Supremo levantó su enguantado puño derecho y el silencio, casi sofocante por su intensidad, se apoderó por completo de la caverna. Incluso nosotros tres nos sentimos intimidados.

El Minos hizo otro gesto y la congregación recobró la voz. Sin embargo, se trataba de un sonido salvaje, lleno de una rabia primitiva. Entonces, las cortinas que colgaban del techo de la cueva se movieron para dejar al descubierto dos puertas enrejadas en la rocosa pared, una a cada lado del anfiteatro. La voz de la congregación se elevó en un frenesí de expectación. Incluso los

sacerdotes vestidos de rojo se unieron al clamor, aunque ahora tenía un elemento adicional. El sonido ya no era el del rezo y la adoración, sino que se había convertido en un bramido de lasciva excitación, lujuria carnal y sádico embeleso.

A través de la abertura de las cortinas apareció un grupo de viragos vestidas de verde. Llevaban cascos altos, adornados con brillantes plumajes de flamenco. Sus escudos eran de piel de cocodrilo curtida, y estaban superpuestos para ocultar algo en medio de la formación. Cuando llegaron al centro de la arena, se detuvieron. Entonces, obedeciendo a una señal preestablecida, abrieron las filas para mostrar a mis princesas.

Tehuti y Bekatha iban cogidas de la mano y miraban totalmente desconcertadas a la multitud que gritaba en las gradas situadas encima de ellas. En la cabeza lucían sendas coronas de rosas blancas.

Eso era todo lo que llevaban. Sus cuerpos estaban completamente desnudos. Parecían muy

jóvenes, tiernas y casi infantiles. Las viragos se volvieron al unísono y se alejaron de la arena, dejando solas a Tehuti y a Bekatha.

El estruendo de la congregación cayó sobre mis dos pequeñas. Ambas se pusieron a temblar. El Minos Supremo se levantó y el alboroto fue nuevamente silenciado. Se volvió lentamente para que su máscara de oro contemplara la abertura de la pared trasera del templo que enmarcaba la lejana imagen del monte Cronos, y su voz se elevó cuando empezó a invocar al dios. No pude entender ni una sola palabra de los mugidos y aullidos animales que resonaban en el interior de su casco.

Sin embargo, la sensación que producían era inconfundible, y más aún cuando sacó de su enjorada vaina una enorme espada de bronce cuya longitud era la de mi altura. Se volvió hacia las dos niñas desnudas que estaban de pie en el suelo del sacrificio, debajo de él.

Entonces, por primera vez, entendí las palabras

que pronunció, aunque sonaran distorsionadas por la máscara que cubría su rostro y resultarían confusas por el eco de las paredes de roca.

—¡Amado Cronos! ¡Cronos, el primero de todos los dioses! Yo soy tu hijo, el fruto de tu sexo, la carne de tu carne y la sangre de tu sangre. Durante mil años te he adorado. Durante mil años te he amado y obedecido. Una vez más me presento ante ti para renovar mis votos. Te ofrezco el sacrificio que anhela tu alma divina. Te ofrezco sangre virgen real para que la bebas. Te ofrezco carne virgen real para que la devores. ¡Déjate ver bajo tu apariencia terrenal y participa en la fiesta que te ofrezco! ¡Mata! ¡Come!

Levantando la espada, apuntó con ella hacia la puerta enrejada que estaba delante de Tehuti y Bekatha.

La puerta de doble hoja se abrió, pero el interior estaba a oscuras. Miré hacia allí, pero no pude ver nada salvo los marcos. Entonces, algo se

movió dentro; algo tan enorme que desafió mi imaginación.

Bekatha gimió y se encogió contra su hermana mayor. Estaba pálida por el terror. Tehuti la rodeó en un gesto protector; Bekatha se aferró a ella con ambos brazos. Las dos retrocedieron hacia la puerta de entrada.

Un denso y palpable silencio cayó sobre la arena y el mundo más allá de la caverna. El retumbante trueno de los volcanes cesó bruscamente. Bajo nuestros pies, el suelo se quedó quieto. Parecía que incluso el gran dios Cronos hubiera sido hechizado por el espectáculo que se estaba desarrollando en su propio templo.

El silencio lo rompieron unos rabiosos bufidos bovinos y el ruido sordo de unas grandes pezuñas en el suelo. Un uro se precipitó a través de la puerta, pero se paró en seco al escuchar el repentino rugido de la congregación y sus pezuñas patearon la arena, levantando una nube de polvo.

Aunque los uros que había visto tenían manchas

negras y marrón oscuro, ese toro era de un blanco resplandeciente, como la espuma de la ola gigante que había destruido la ciudad de Cnosos. Sus ojos brillaban como dos rubíes pulidos. Su cuerpo, hinchado por la rabia, parecía hacerse más grande mientras movía su enorme cabeza de un lado a otro, buscando un objetivo para su ira.

Sus descomunales cuernos eran blancos como el marfil. Las puntas, afiladas como el extremo de una lanza, eran de un negro brillante. Su envergadura era dos veces la de los brazos extendidos de un hombre.

Entonces, la criatura fijó su mirada en las dos niñas desnudas que estaban de pie delante de él y bajó la cabeza. La gran joroba que tenía entre los omóplatos parecía crecer con su rabia. Pateó el suelo.

De pronto me di cuenta, por su color y su tamaño así como por el aura de maldad que desprendía, que no era una criatura del bosque o la montaña, sino algo que había sido enviado desde

las ardientes profundidades del volcán para aceptar el sacrificio en nombre de su demoníaco amo.

La bestia gruñó a sus presas. Su labio superior se curvó, dejando al descubierto sus colmillos: eran los dientes de un animal carnívoro, no de un herbívoro.

«Te ofrezco sangre virgen real para que la bebas. Te ofrezco carne virgen real para que la devores», había instado el Minos Supremo a la criatura. «¡Mata! ¡Come!»

Ahuyenté el horror que amenazaba con paralizarme.

—¡Zaras! ¡Hui! —dije, levantando la voz por encima del ensordecedor tumulto de la congregación minoica—. Debemos ir en su ayuda. Aunque sea usando esas cortinas, tenemos que bajar.

Ambos salieron corriendo y casi me pisotearon con las prisas. Uno tras otro subieron a la barandilla de la terraza y se agarraron a las

cortinas para ayudarse en su descenso hasta el suelo de arena. Sin embargo, comprendí que no llegarían a tiempo de salvar a Tehuti. El brillante toro blanco había centrado toda su atención en ella y empezó a cargar, rugiendo directamente en su dirección.

Bekatha gritó. El sonido seguramente inflamó la furia del monstruo. Zaras y Hui apenas había alcanzado el suelo y aún debían cruzar la mitad del círculo antes de poder intervenir.

Tensé el arco y disparé una flecha. Alcanzó al toro en el hombro, exactamente donde había apuntado, pero me di cuenta de que había impactado en el hueso y se había desviado. La bestia gimió y golpeó a uno de los nobles del público. El hombre se perdió de vista.

Mi flecha sólo le había hecho un rasguño al toro. No me atreví a disparar de nuevo, porque Bekatha se había separado de su hermana. Presa del pánico, corrió directamente hacia la línea de carga del toro.

El animal se dirigió hacia ella y bajó su monstruosa cabeza. Uno de sus cuernos la alcanzó en la parte superior del brazo. Vi cómo le rompía un hueso y cómo brotaba la sangre cuando fue lanzada al aire por encima del lomo del toro. Cayó al suelo; la arena atenuó el golpe. El toro se volvió para ir tras ella.

Tehuti reaccionó con más celeridad que cualquiera de nosotros. Se movió hacia delante para interceptar la embestida del toro, gritando con voz aguda y agitando los brazos para desviar su atención. Corrió hacia la bestia, de cuyas fosas nasales salía un caliente y apestoso aliento que invadió el aire húmedo de la caverna. Al pasar junto al animal, se quitó la tiara de rosas de la cabeza y se la arrojó a la cara. Desconcertado, el descomunal toro dudó un momento, dando a Tehuti suficiente margen de maniobra para girar a su alrededor y salir corriendo hacia el lugar donde había visto a Zaras, que estaba agarrado a mitad

de las cortinas que colgaban sobre el suelo de arena.

—¡Zaras! —gritó.

El toro vaciló sólo un instante antes de alejarse del lugar donde yacía Bekatha y salir en busca de Tehuti. Ella era veloz como una gacela, pero el toro era más rápido. Estaba casi encima cuando ella dio un bandazo y cambió de dirección, ganando un metro antes de que el toro pudiera seguirla.

La vi pasar casi justo por debajo de donde yo me encontraba, apoyado en la barandilla de la terraza. Desenvainé la espada, la levanté y la lancé al vacío. Golpeó el suelo con la punta y se clavó en la arena, con la empuñadura delante de ella.

—¡Coge la espada! —le grité a Tehuti.

Una vez más, ella reaccionó con la velocidad y la fuerza de un atleta nato. Se desvió de su carrera y, al pasar junto a la espada, la arrancó de la arena y la empuñó con la mano derecha.

El toro volvía a estar casi encima de ella. Giró

la cabeza y la punta de su cuerno izquierdo chasqueó en el aire al cortarlo junto al hombro de Tehuti. Ella se escabulló por debajo del animal, encogiendo el estómago. Entonces, mientras el toro sacudía la cabeza para recuperar el equilibrio, Tehuti se agarró al cuerno que tenía más cerca con la mano que le quedaba libre, justo por detrás de la punta.

Cuando la levantó con el cuerno, ella no se resistió, sino que lo siguió, saltando en la misma dirección. Flotó por encima del lomo del uro y, mientras se dejaba caer, alzó el brazo con el que empuñaba la espada y dirigió la punta del arma a la cruz. Allí no había ningún hueso que pudiera evitar la punta. Con todo el peso de su cuerpo, Tehuti le clavó toda la hoja entre los omóplatos, atravesando el corazón de la criatura. Soltando la empuñadura, dejó la espada en la herida. Acto seguido, arqueó la espalda mientras se dejaba caer suavemente sobre sus pies, detrás del malherido toro, y hacía una pirueta con los brazos levantados

por encima de la cabeza. Se levantó y miró con serenidad al monstruoso animal, que se paró en seco. Separó sus patas delanteras, extendiéndolas, y bajó la cabeza hasta que su boca casi tocó la arena. Abriendo la boca, lanzó un bramido. De su garganta brotó un brillante torrente de sangre. Luego se tambaleó hacia atrás hasta que sus patas traseras se doblaron bajo su peso y golpeó el suelo de arena con un sonido que parecía el de un cedro al caer. Rodando hacia un lado, sus patas traseras patearon espasmódicamente hasta que por fin dejó de moverse. El silencio de la caverna duró el tiempo que tardé en llenar de aire los pulmones.

Entonces, el gran dios Cronos, en el volcán de la bahía, dio rienda suelta a su ira. Le habían negado el sacrificio. La criatura que era su alter ego había sido derrotada en el recinto de su propio templo.

Levanté la vista del espectáculo de la arena y miré hacia el otro lado, en dirección a la bahía de Cnosos. Lo que vi era maravilloso.

En su extrema furia, Cronos había destruido su fortaleza. Todo parecía ocurrir muy lentamente. La montaña explotó en mil enormes pedazos de roca, algunos de ellos tan grandes como la propia Creta, y otros mucho más grandes. Eran arrojados hacia arriba por las catastróficas fuerzas surgidas del centro, situado a miles de metros bajo la superficie del mar. Las rocas se habían calentado en ese profundo horno hasta que se fundieron y quemaron con una luz blanca que parecía oscurecer el sol e iluminar todo nuestro mundo. Cuando las rocas se sumergieron en el agua, el mar empezó a hervir.

El vapor del agua estalló en unas nubes blancas que giraban y volvían a subir hacia el cielo, destruyéndolo todo: el mar, la tierra y el cielo habían desaparecido. Sólo quedaba el denso muro de vapor.

Todo esto parecía suceder en silencio, mientras el mundo y todas sus criaturas vivientes contenían la respiración.

Luego se escuchó el fragor del cataclismo. Se

había tomado mucho tiempo para cruzar las aguas de la bahía. El sonido se estrelló contra la isla de Creta como un objeto sólido, algo casi tan pesado como las rocas que habían caído.

Aunque estábamos parcialmente protegidos por los muros de la caverna que nos rodeaba, fuimos arrojados al suelo por la ferocidad y el volumen de ese sonido. Nos quedamos tumbados, gimiendo y tapándonos los ensordecidos oídos.

El sonido y el temblor de la tierra agrietaron las enormes rocas del techo de la caverna. A mi alrededor sólo había hombres aplastados, gimiendo y lanzando gritos de muerte por las piedras que se habían desprendido del techo. El suelo saltaba y se balanceaba como la cubierta de un barco en medio de un huracán.

Fui uno de los primeros en recuperar la consciencia, aunque mis ojos aún estaban deslumbrados por la luz de la montaña ardiente y el oído dañado por el ruido atronador. Me di la

vuelta de rodillas y eché un vistazo a la caverna. No era el único que se movía.

Zaras se había arrastrado hasta Tehuti, que yacía junto al cadáver del toro. La acunaba entre sus brazos. Pude ver que ella también estaba aturdida y desconcertada.

Hui estaba arrodillado junto a Bekatha. Parecía que le daba miedo tocarla. Como guerrero, había luchado en muchos campos de batalla, pero ahora le aterrorizaba la sangre de la mujer que amaba. Ella sostenía contra el pecho su brazo roto y miraba a Hui como una niña buscando el consuelo de su amado padre.

Miré más allá de donde se encontraban y vi al Minos Supremo. Estaba de pie en la abertura de la caverna, contemplando las nubes de vapor de agua que habían arrasado el lugar donde antes estaba el monte Cronos. Sostenía el frágil cuerpo de su madre con las dos manos, por encima de su cabeza. Vi que el cráneo de la anciana estaba machacado y que tenía los ojos fuera de las

órbitas. Había muerto aplastada por las rocas que habían caído del techo de la cueva.

—¿Por qué has hecho esto? Yo soy tu hijo, poderoso Cronos —bramó el Minos—. Mi madre era tu amante y tu esposa. ¿No podrías haber aceptado el sacrificio que te ofrecía y perdonarla?

Sabía que tenía que matarlo antes de que sembrara más mal sobre nuestro mundo. Esta vez sabía que acabaría con todos, con mis princesas, mis amigos, mis compañeros y conmigo.

Tensé el arco y disparé la flecha a través de la caverna. Alcanzó al Minos en el centro de su espalda. Traspasó su cuerpo; la sangre, negra, brotó del agujero que mi flecha había hecho en su coraza. Su hedor llenó el templo como el de los cuerpos en descomposición que han permanecido diez días al sol.

La fuerza del golpe de la flecha lanzó el cuerpo del Minos a través de la abertura en el muro de la caverna y desapareció de mi vista. El cadáver de

su madre yacía donde había caído, como una pila de viejos trapos negros.

Subí a la barandilla de la terraza y me deslicé por las cortinas hasta el suelo. Corrí hacia el lugar donde estaba tumbada Bekatha. Desenganché la vaina de la espada de mi cinturón, me arrodillé junto a ella y le dije a Hui:

—Agárrala con fuerza. Esto le va a doler.

Ella lanzó un gemido cuando enderecé los huesos de su brazo roto. Empleé la vaina de la espada como tablilla para inmovilizarlos. Luego saqué una botella de vino de la bolsa que llevaba sujeta a la cadera y se la entregué a Hui.

—Dale todo el que quiera —le dije—. Es de las Cícladas, un vino demasiado exquisito para un rufián como tú.

Bekatha sonrió con una mueca de dolor y susurró:

—Hui es mi hombre. De ahora en adelante iré donde quiera que él vaya. Su casa es mi casa. Y el vino que bebo es para compartirlo con él.

Estaba orgulloso de ella.

Inspeccioné el templo y vi que las viragos que custodiaban el serrallo real habían huido. Pensé que todos los nobles minoicos se habrían ido con ellas, pero luego vi a Toran de pie junto a Zaras y Tehuti, rodeando con el brazo a Loxias.

—¿Queréis venir con nosotros, viejo amigo? —le pregunté.

Toran se tomó un momento antes de responder.

—Hoy, aquí, ha perecido el imperio minoico. Nunca volverá a levantarse. Esto fue profetizado hace quinientos años. —Su expresión era sombría, pero al cabo de un momento siguió hablando—: He perdido mi patria, pero Egipto ha perdido a su más poderoso aliado contra el azote de los hicsos. —Lanzó un suspiro—. Sin embargo, Loxias y yo iremos con vos a Tebas y la convertiremos en nuestra nueva patria.

—Zaras, Tehuti..., me da miedo preguntaros —dije, mientras me volvía hacia ellos.

No me sorprendió que fuera Tehuti quien

hablara por los dos.

—Querido Taita, te amo a ti y a Egipto, pero quiero más a Zaras —dijo, sin más—. Si vuelvo contigo a Tebas, mi hermano tratará de casarme con otro rey loco de algún país bárbaro. He servido a mi faraón y a mi patria hasta el límite de mi deber. Ahora quiero ser libre para pasar el resto de mi vida junto al hombre que amo. —Cogió a Zaras de la mano—. Nos iremos con Hui y Bekatha y buscaremos un nuevo hogar en las tierras del norte, más allá del mar Jónico.

—Me gustaría acompañaros, pero no puedo —le dije—. Mi deber es estar con el faraón, en Tebas. Le diré que Bekatha y tú estáis muertas para que nunca os mande a buscar.

—Gracias, querido Taita —repuso ella y, antes de proseguir, vaciló—: Puede que un día, si los dioses son bondadosos, volvamos a vernos de nuevo.

—¡Tal vez! —dije.

—Voy a poner tu nombre a mi primer hijo —prometió.

Le di la espalda para ocultar las lágrimas que llenaban mis ojos. Luego subí las gradas de los bancos de piedra, que ahora estaban vacíos. Llegué a la abertura del muro de la caverna a través de la cual mi flecha había arrojado el cuerpo del Minos. Me coloqué en el borde del precipicio y miré cien metros más abajo, donde el cadáver yacía con las piernas separadas, sobre unas rocas, en medio de un charco de su sangre coagulada. Mi flecha sobresalía de su coraza de plata. El casco aún cubría su cabeza. No pude ver nada a través de los oscuros agujeros que parecían mirarme fijamente.

—¿Qué eras? —Hice la pregunta en voz alta, aunque en un susurro—. ¿Eras un hombre o un monstruo? ¿Un demonio o un pequeño dios? —Negué con la cabeza—. Rezo por no conocer nunca la respuesta.

El cuerpo de Pasifae, la madre del Minos, yacía a mis pies. Lo cogí y lo dejé caer por el precipicio. Cuando volví a mirar, yacían los dos

juntos, con los brazos y las piernas obscenamente entrelazados como los de dos amantes y no como los de madre e hijo.

Me di la vuelta y me dirigí hacia la arena, donde estaban esperando mis niñas. Salimos del templo y recorrimos el laberinto hasta llegar al bosque donde habíamos dejado los caballos. Montamos y cabalgamos juntos como una familia por última vez. Subimos las laderas del monte Ida y, con las riendas al hombro, miramos hacia atrás para contemplar la bahía de Cnosos.

El monte Cronos había desaparecido, succionado de nuevo por las abismales profundidades del océano. Sólo las aguas turbias del mar hirviendo señalaban su tumba.

Entonces miramos al frente, hacia el lugar donde antes se levantaba el puerto de Krimad y vimos que los seis barcos de la flotilla habían sobrevivido al maremoto. Estaban anclados y seguros en alta mar, esperándonos.

A mi alrededor, todos gritaron de alegría y

emoción, espoleando a sus caballos por el camino que cruzaba el bosque. Viajaban en parejas: el señor Toran con Loxias, Hui meciendo a Bekatha contra su pecho para proteger su brazo lesionado, y Zaras con Tehuti, que lo instaba a ir más deprisa.

Me quedé atrás y dejé que se fueran.

—Que sus viajes empiecen aquí y terminen para todos en las colinas de la felicidad —susurré.

Sin embargo, la alegría que sentía por ellos se vio atenuada por la melancolía que sentía por mí mismo: pobre y solitario Taita. Entonces oí una voz que podría haber sido sólo el viento de la tarde en las copas de los árboles.

—Tú nunca estarás solo, Taita, porque un corazón noble es el imán que atrae hacia sí el amor de los demás.

Miré a mi alrededor con emocionado asombro y pensé que la veía acercarse a mí por el bosque con su túnica y su capucha. Sin embargo, la luz se desvanecía y podría haberme confundido.

Título original: Desert God

Edición en formato digital: enero de 2015

© 2014 por Wilbur Smith

First published in 2014 by HarperCollins Publishers

© de la traducción, 2015 por Carme Font y Josep Escarré
Reig

© de esta edición, 2015 por Antonio Vallardi Editore
S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. del Príncep d'Astúries, 20, 3º B, Barcelona 08012
(España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-16261-30-7

Conversión a formato digital: David Pablo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por

cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico – incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Créditos